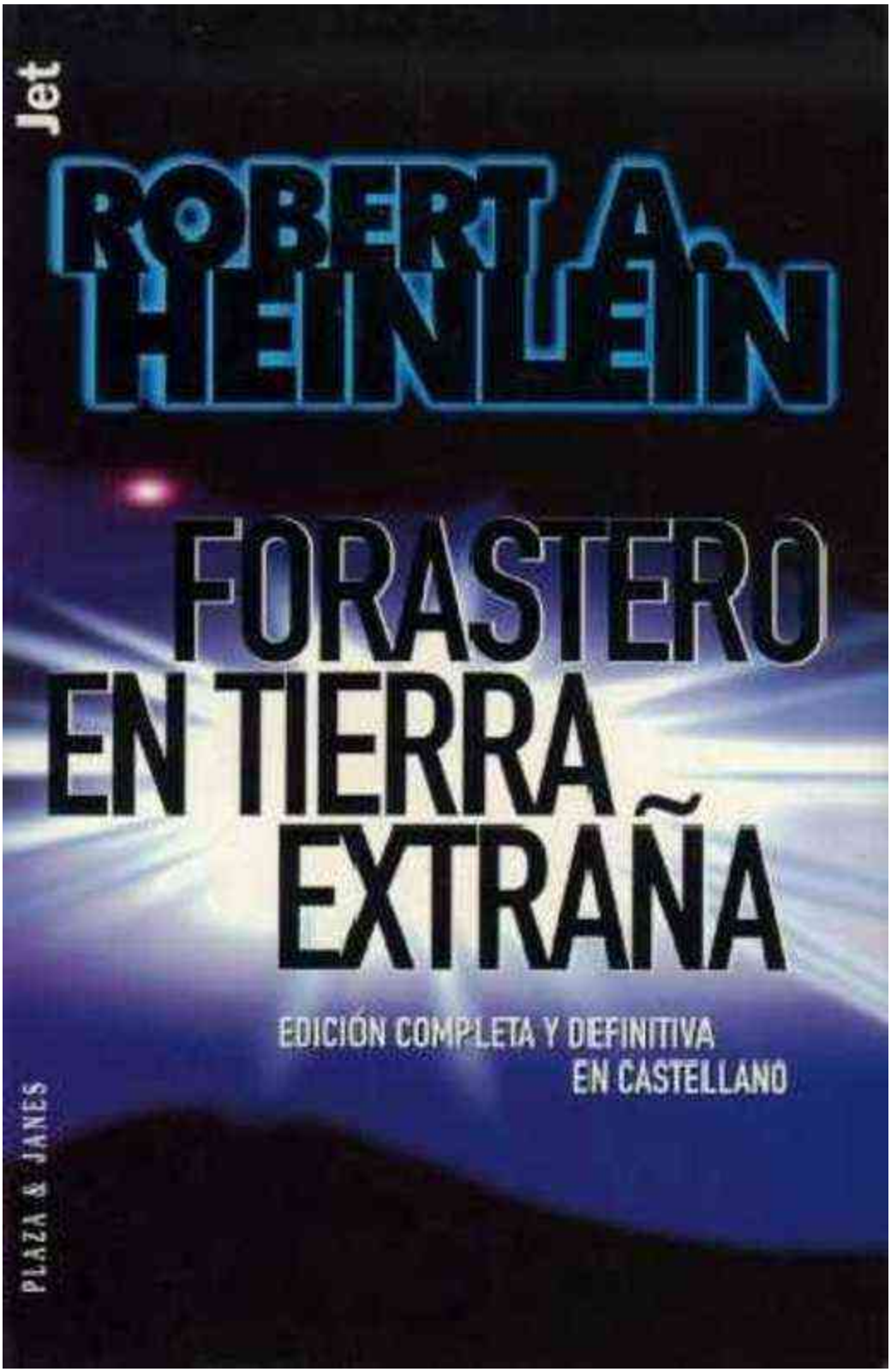


OceanofPDF.com

Forastero en Tierra Extraña

Robert A. Heinlein

OceanofPDF.com

Título: Forastero en Tierra Extraña
© 1996, Robert A. Heinlein
Título original: *Stranger in a Strange Land*
Traductor: Domingo Santos
Ilustración de cubierta: Next
Editorial: Plaza y Janés. Jet nº 315
ISBN: 9788401463150
Revisado por: teref
Agradecimientos:Carlos Palazón y abur_chocolat, por el escaneo y revisión inicial
Versión: 1.0
Galardones: Premio Hugo 1962

Reseña:

Objeto de escándalo tras su publicación, libro de cabecera de la cultura hippie, biblia de Charles Manson y sus seguidores, Forastero en tierra extraña es la novela más polémica e iconclasta del género de ciencia ficción. Humano por parte de padres, marciano por nacimiento y educación, Valentine Michael Smith llega a la Tierra como un auténtico forastero. Pesa a su ascendencia terrestre, Smith piensa y siente como un marciano y no tiene nada en común con los seres humanos. Su peripecia en nuestro planeta se convertirá en motivo de asombro y escándalo allá donde vaya...

"La primera edición en español, la de Géminis de 1968, fue secuestrada en virtud de la entonces vigente "Ley de Prensa" y casi todos los ejemplares destruidos. Esta demoledora acción de la censura supuso la estrangulación económica de esta jovencísima editorial y, pocos meses después, su quiebra y definitivo cierre."


ePUB


HUGO
AWARD WINNER

OceanofPDF.com

Dedicatoria

Para
Robert Cornog
Fredric Brown
Philip José Farmer

OceanofPDF.com

PREFACIO

Si cree usted que este libro parece más grueso y que contiene más palabras que las que encontró en la primera edición publicada de *Forastero en tierra extraña*, su impresión es correcta. Esta edición es la original… la que Robert Heinlein concibió y trasladó al papel.

La edición anterior contenía algo más de 160.000 palabras, mientras que esta ronda las 220.000. Las copias manuscritas de Robert contenían normalmente entre 250 y 300 palabras por página, según la cantidad de diálogo. Así, tomando una media de 275 palabras, y con el manuscrito rozando las 800 páginas, obtenemos un total de 220.000 palabras, quizá un poco más.

Este libro se apartaba tanto de lo que se vendía normalmente al público en general, o al público que leía ciencia—ficción, en 1961, cuando fue publicado, que el editor exigió algunos cortes y la supresión de unas cuantas escenas que podían ser ofensivas para los gustos del público.

El número de noviembre de 1948 de la revista *Astounding Science Fiction* contenía una carta de un fan al director en la que se sugerían una serie de títulos para el número del año siguiente. Entre esos títulos tenía que haber una historia firmada por Robert A. Heinlein: «Golfo».

En una larga conversación entre ese director —John W. Campbell, Jr.— y Robert, se decidió que había suficiente margen de tiempo para permitir que todas las historias que el fan había titulado fueran escritas, y la revista saliera a tiempo para noviembre de

1949. Robert prometió entregar un relato que encajara con el título. La mayoría de los demás autores mencionados también estuvieron de acuerdo con la iniciativa. Este número de la revista llegaría a ser conocido como el número del «Viaje por el Tiempo».

El problema de Robert, entonces, era encontrar una historia que encajara con el título que le había sido asignado.

Así que ambos celebramos una sesión de *brainstorming*. Entre otras ideas que resultaron inadecuadas, sugerí una historia acerca de un niño humano educado por una raza alienígena. La idea era simplemente demasiado vasta para comprimirla en un relato corto, dijo Robert, pero tomó nota de ella. Aquella noche fue a su estudio y escribió algunas notas un poco más detalladas, y las dejó a un lado.

Para el título «Golfo» escribió una historia completamente distinta.

Aquellas notas reposaron en un archivador varios años, durante los cuales Robert empezó a escribir lo que sería *Forastero en tierra extraña*. De alguna manera, la historia no acababa de cristalizar, y la dejó a un lado. Volvió al manuscrito unas cuantas veces, pero no lo terminó hasta 1960: ésa era la versión que tiene usted ahora en sus manos.

En el contexto de 1960, *Forastero en tierra extraña* era un libro que el editor confesó temer: se alejaba demasiado de los senderos trillados. Así que, a fin de minimizar posibles pérdidas, se le pidió a Robert que redujera el manuscrito a 150.000 palabras… una eliminación de unas 70.000 palabras. Hubo luego otros cambios, antes de que el editor estuviera dispuesto a correr el riesgo de su publicación.

Eliminar casi una cuarta parte de un libro largo y complicado era una tarea rayana en lo imposible. Pero, a lo largo de varios meses, Robert la realizó. El resultado final tenía 160.087 palabras. Robert estaba convencido de que era imposible cortar más, y el libro fue aceptado con esa extensión.

Durante 28 años fue impreso de esa forma.

En 1976, el Congreso de EE. UU. aprobó una nueva Ley del Copyright que, en parte, decía que en el caso de que el autor o autora falleciera, y la viuda o viudo renovaran el copyright, todos los antiguos contratos quedaban automáticamente cancelados. Robert murió en 1988, y al año siguiente el copyright de *Forastero en tierra extraña* fue presentado para su renovación.

Al contrario que muchos otros autores, Robert guardaba siempre una copia del manuscrito original mecanografiado, tal como había sido sometido para su publicación, en un archivo en la biblioteca de la Universidad de California en Santa Cruz, sus archiveros. Solicité una copia de ese manuscrito y lo leí, y lo comparé con las versiones publicadas. Y llegué a la conclusión de que había sido un error cortar el libro.

Así que envié una copia del manuscrito a Eleanor Wood, la agente literaria de Robert. Eleanor comparó también las dos versiones y estuvo de acuerdo con mi veredicto. Así pues, luego de la correspondiente notificación al editor, se presentó ante él con una copia de la nueva/vieja versión.

Nadie recordaba el hecho de que se hubiera efectuado un recorte tan drástico en el libro; a lo largo de los años todos los directores literarios y principales miembros del personal de la editorial habían cambiado. Así que esta versión fue una completa sorpresa para todos ellos.

Decidieron publicar la versión original, tras admitir que era mejor que la recortada.

Así que tiene usted ahora en sus manos la versión *original* de *Forastero en tierra extraña*, tal como la escribió Robert Anson Heinlein.

Los nombres adjudicados a los personajes principales tienen gran importancia para la trama. Fueron cuidadosamente seleccionados: Jubal significa «el padre de todo», Michael quiere decir « ¿Quién es como Dios? ». Dejo al lector descubrir lo que significan los otros nombres.

Virginia Heinlein
Carmel, California

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE — SU MACULADO ORIGEN

OceanofPDF.com

1

Érase una vez, cuando el mundo era joven, un marciano llamado Valentine Michael Smith.

Valentine Michael Smith fue tan real como los impuestos, pero de una estirpe distinta.

Los miembros de la primera expedición terrestre al planeta Marte fueron seleccionados a partir de la teoría de que el mayor peligro para el hombre en el espacio es el propio hombre. En aquella época, sólo ocho años terrestres después de la fundación de la primera colonia humana en la Luna, cualquier viaje interplanetario tripulado tenía que hacerse necesariamente a través de tediosas órbitas en caída libre: de la Tierra a Marte significaba doscientos cincuenta y ocho días, lo mismo para el regreso, más cuatrocientos cincuenta y cinco días esperando en Marte mientras los planetas se arrastraban lentamente en sus eclípticas hasta volver a situarse en las posiciones relativas adecuadas que permitirían trazar la órbita de doble tangente… Un total de casi tres años terrestres.

Además de esa tediosa longitud, el viaje era muy arriesgado. Sólo repostando en una estación espacial, luego volviendo casi de regreso a la atmósfera de la Tierra, podría ese primitivo ataúd volante, la *Envoy*, realizar el viaje. Una vez en Marte, le sería posible volver… si no se había estrellado al llegar, si encontraba agua para llenar sus tanques de masa reactiva, si se encontraba alguna clase de comida en Marte, si otras mil cosas no salían mal.

Pero el peligro físico era considerado menos importante que la tensión psicológica. Ocho seres humanos, apretujados durante casi tres años terrestres en un espacio reducido, tenían que congeniar mucho mejor de lo que normalmente lo hacen los hombres. Por razones aprendidas de experiencias anteriores, se había rechazado la idea de una dotación compuesta exclusivamente por individuos del sexo masculino por considerarla una situación tanto física como socialmente inestable. Se decidió que lo óptimo era un conjunto de cuatro matrimonios, si podían hallarse los especialistas necesarios que formaran tal combinación.

La Universidad de Edimburgo, el contratista primario, subcontrató la selección de la tripulación al Instituto para Estudios Sociales. Tras descartar a todos los voluntarios que no reunían los requisitos indispensables de edad, salud, mentalidad, formación o carácter, el Instituto se encontró con que tenía nueve mil candidatos potenciales, todos ellos sanos en cuerpo y mente y con al menos una de las especializaciones necesarias requeridas. Se esperaba que el Instituto proporcionara varias tripulaciones de cuatro parejas aceptables.

No pudo hallarse ni una sola de esas tripulaciones. Las especialidades más importantes requeridas eran astrogación, medicina, mecánica, cocina, pilotaje de naves, semántica, ingeniería química, ingeniería electrónica, física, geología, bioquímica, biología, ingeniería atómica, fotografía, cultivos hidropónicos, ingeniería de cohetes. Cada miembro de la tripulación tenía que poseer más de una especialización, o ser capaz de adquirirla en el tiempo necesario. Había centenares de combinaciones posibles de ocho personas en posesión de tales especializaciones; al fin salieron tres combinaciones de cuatro parejas casadas que las poseían… pero en los tres casos los especialistas en dinámica de grupo que evaluaban los factores temperamentales en busca de compatibilidad se llevaron las manos a la cabeza, llenos de horror.

El contratista primario sugirió bajar el listón de la importancia de la puntuación relativa a la compatibilidad; el Instituto ofreció

rígidamente devolver el dólar de su simbólica retribución. Mientras tanto, un programador de ordenadores cuyo nombre no ha quedado registrado hizo que las máquinas buscaran tripulaciones alternativas que pudieran formar tres parejas. Halló varias docenas de combinaciones compatibles, cada una definida por sus propias características, que debían ser completadas por la pareja. Mientras tanto, las máquinas siguieron revisando las variaciones de datos producidas por defunciones, retiradas, nuevos voluntarios, etc.

El capitán Michael Brant, adscrito al Ejército, comandante de la reserva, piloto — licencia ilimitada —, y veterano de treinta vuelos a la Luna, tenía al parecer un hurón en el Instituto, alguien que le buscaba nombres de mujeres voluntarias solteras susceptibles de completar —con él— una tripulación, y luego emparejaba su nombre con el de ellas y traspasaba el problema a las máquinas para que determinasen si la combinación era o no aceptable. Eso dio como resultado un viaje en reactor a Australia para proponerle matrimonio a la doctora Winifred Coburn, una solterona especialista en semántica, con cara de caballo y nueve años mayor que él. Los archivos de Carlsbad la presentan con una expresión de relajado buen humor, pero, excepto eso, como una persona por completo carente de atractivo.

O quizá Brant actuó sin información interior, impulsado simplemente por ese rasgo de audacia intuitiva necesario para dirigir una exploración. Sea como fuese las luces parpadearon, las tarjetas perforadas brotaron, y así se halló finalmente una tripulación para la *Envoy*:

El capitán Michael Brant, comandante de la expedición y piloto, astrogador, cocinero suplente, fotógrafo suplente, ingeniero de cohetes.

La doctora Winifred Coburn de Brant, cuarenta y un años, especialista en semántica, enfermera titulada, oficial de intendencia, historiadora.

El señor Francis X. Seeney, veintiocho años, segundo comandante, segundo piloto, astrogador, astrofísico, fotógrafo.

La doctora Olga Kovalic de Seeney, veintinueve años, cocinera, bioquímica, especialista en hidropónica.

El doctor Ward Smith, cuarenta y cinco años, médico y cirujano, biólogo.

La doctora Mary Jane Lyle de Smith, veintiséis años, ingeniera atómica, técnica en electrónica y energía.

El señor Sergei Rimsky, treinta y cinco años, ingeniero electrónico, ingeniero químico, mecánico no diplomado y encargado de instrumentos, criólogo.

La señora Eleonora Álvarez de Rimsky, treinta y dos años, especialista en geología, selenología e hidropónica.

La tripulación poseía todas las especializaciones requeridas, aunque en algunos casos las especializaciones secundarias habían sido adquiridas a través de un entrenamiento intensivo durante las semanas que precedieron al lanzamiento. Y, lo que era más importante, el carácter de todos sus miembros resultaba mutuamente compatible.

Demasiado compatible, quizá.

La *Envoy* partió sin ningún problema, según lo previsto. Durante la primera parte del viaje sus informes diarios pudieron ser captados por los radioyentes particulares; a medida que se fue alejando y se debilitaron las señales, los satélites de comunicaciones se encargaron de retransmitirlas a la Tierra. La tripulación parecía hallarse en perfectas condiciones físicas, y enteramente feliz. Lo peor con lo que tuvo que enfrentarse la doctora Smith fue una infección de tiña. La tripulación se adaptó bien a la ingravidez y, tras los primeros ocho días, ni siquiera necesitaron tomar pastillas contra el mareo. Si el capitán Brant tuvo algún problema de tipo disciplinario, no informó de él a la Tierra.

La *Envoy* entró en una órbita de aparcamiento justo dentro de la órbita de Fobos, y pasó dos semanas dedicada a la exploración fotográfica. Luego, el capitán Brant anunció por radio: «Intentaremos el amarizaje mañana a las doce horas, HMG, al sur del Lacus Soli».

Después de éste no se recibió ningún mensaje más.

OceanofPDF.com

2

Transcurrió un cuarto de siglo de la Tierra antes de que Marte volviera a ser visitado por seres humanos. Seis años después que la *Envoy* quedara en silencio, la sonda teledirigida *Zombie*, patrocinada conjuntamente por la Geographic Society y la Société Astronautique Internationale, cruzó el vacío, se estableció en órbita en torno del planeta durante el período de espera, y luego regresó. Las fotografías tomadas por el vehículo robot mostraron un terreno desprovisto de atractivos según los estándares humanos; sus instrumentos de grabación confirmaron lo tenue y poco conveniente que era la atmósfera de la zona para la vida humana.

Pero las imágenes que proporcionó la *Zombie* demostraron también claramente que los «canales» eran obras de ingeniería de algún tipo, y otros detalles fueron interpretados como ruinas de ciudades. De no haber estallado la Tercera Guerra Mundial, sin duda se hubiera organizado sin más demora una expedición tripulada a gran escala.

Pero la guerra y el consiguiente retraso dieron al fin como resultado una expedición mucho mejor preparada y más segura que la de la perdida *Envoy*. La nave *Champion* de la Federación, con una tripulación totalmente masculina de dieciocho astronautas experimentados y un número mayor de colonos, también masculinos, cubrió la distancia en sólo diecinueve días gracias al impulsor Lyle. La *Champion* amarizó al sur del Lacus Soli, puesto que el capitán Van Tromp tenía intención de buscar la *Envoy*. La

segunda expedición informó diariamente a la Tierra por radio, pero tres de esos informes fueron del mayor interés científico.

El primero decía: «Nave espacial *Envoy* localizada. No hay supervivientes».

El segundo y más sensacional afirmaba: «Marte está habitado».

El tercero indicaba: «Corrección al despacho 23—105: localizado un superviviente de la *Envoy*».

OceanofPDF.com

3

El capitán Willem van Tromp era una persona humanitaria y con muy buen sentido. En su viaje de vuelta, antes de aterrizar, radió:

—Mi pasajero no debe, repito, no debe ser sometido a la tensión de ninguna recepción pública. Preparen una lanzadera de baja gravedad, una camilla y un servicio de ambulancia, y una guardia armada.

Envió al cirujano de la nave, el doctor Nelson, para que se asegurase de que Valentine Michael Smith era instalado en una suite en el Centro Médico de Bethesda, transferido a una cama hidráulica y protegido de todo contacto con el exterior por una guardia de guardiamarinas. El propio Van Tromp acudió a informar a una sesión extraordinaria del Consejo Supremo de la Federación.

En el mismo momento en que se acomodaba a Valentine Michael Smith en su cama, el ministro para las Ciencias decía, en un tono algo impertinente:

—Admito, capitán, que su autoridad como comandante militar de lo que, pese a todo, era primariamente una expedición científica, le confiere el derecho de ordenar que se prodiguen servicios médicos extraordinarios para proteger a una persona que se halla temporalmente a su cargo, pero no comprendo qué razones puede tener ahora para intervenir en una cuestión que corresponde a mi departamento. ¡Porque Smith constituye el hallazgo de un auténtico tesoro de información científica!

—Sí. Supongo que lo es, señor.

—Entonces, ¿por qué…? — el ministro para las Ciencias se volvió hacia el ministro para la Paz y la Seguridad —. ¿David? Evidentemente, este asunto entra ahora en mi jurisdicción. ¿Dará usted las instrucciones necesarias a su gente? Después de todo, uno no puede esperar que personas del calibre del profesor Kennedy y el doctor Okajima, por citar sólo a dos, estén dispuestos a permanecer cruzados de brazos. No lo aceptarán.

El ministro para la Paz no respondió, pero miró interrogativamente al capitán Van Tromp. El capitán negó con la cabeza.

— ¿Por qué no? — insistió el ministro para las Ciencias —. Ha admitido usted que su pasajero no está enfermo.

—Déle al capitán una oportunidad, Pierre —aconsejó el ministro para la Paz—. ¿Y bien, capitán?

—Smith no está enfermo, señor —dijo el capitán Van Tromp al ministro para la Paz—, pero tampoco está bien. Nunca se vio sometido a un campo de una gravedad. Aquí pesa más de dos veces y media lo que está acostumbrado a pesar, y sus músculos no le responden. Tampoco está habituado a la presión atmosférica normal de la Tierra. No está familiarizado con *nada*, y es probable que la tensión sea excesiva para él. Por las campanas del infierno, caballeros, también yo me siento exhausto por el hecho de hallarme de nuevo a una g… y eso que nací en este planeta.

El ministro para las Ciencias adoptó una expresión desdeñosa.

—Si la fatiga de la aceleración es todo lo que le preocupa, permítame asegurarle, mi querido capitán que ya hemos anticipado esto. Su respiración y sus funciones cardíacas serán monitorizadas cuidadosamente. Puedo asegurarle que no carecemos por completo de imaginación y previsión. Al fin y al cabo, también yo he salido ahí fuera. Sé lo que se siente. Ese hombre, Smith, debe…

El capitán Van Tromp decidió que había llegado el momento de iniciar su pataleta. Podía disculparla por el cansancio que le embargaba —un auténtico cansancio, se sentía como si acabara de posarse en Júpiter—, y era muy consciente de que ni siquiera un

alto consejero podía permitirse adoptar una actitud demasiado rígida con el comandante de la primera expedición a Marte saldada con éxito.

Así que interrumpió al ministro con un bufido de disgusto.

— ¡Ja! «Ese hombre, Smith…» ¡Ese *hombre*! ¿Acaso no se da cuenta de que *no* lo es?

— ¿Eh?

—Smith… no… es… un… *hombre*.

— ¿Cómo? Explíquese, capitán.

—Smith no es un *hombre*. Es una criatura inteligente, con los genes y los antepasados de un hombre, pero no es un hombre. Es más un marciano que un hombre. Hasta que llegamos nosotros, nunca había posado los ojos en un ser humano. Piensa como un marciano, siente como un marciano. Ha sido criado y educado por una raza que no tiene *nada* en común con nosotros. Una raza que ni siquiera tiene sexo. Smith nunca ha puesto los ojos en una mujer… ni siquiera ahora, si mis órdenes han sido cumplidas. Es un hombre por ascendencia, pero un marciano por medio ambiente. Ahora, si quieren ustedes volverle loco y estropear ese «hallazgo de un tesoro de información científica», llamen a sus profesores de cabeza cuadrada y déjenles que lo sacudan de un lado para otro. No le concedan ni la más re mota posibilidad de recuperarse y fortalecer su cuerpo y acostumbrarse al manicomio que es este planeta. Simplemente sigan adelante y estrújenlo como una naranja. La responsabilidad no será mía: ¡yo ya he cumplido con mi trabajo!

El silencio que siguió fue roto en voz baja por el propio secretario general Douglas.

—Y hay que reconocer que ha sido un buen trabajo, capitán. Su consejo será sopesado, y nos aseguraremos de no hacer nada de una forma demasiado precipitada. Si ese… hombre—marciano, Smith, necesita unos cuantos días para adaptarse, estoy seguro de que la ciencia podrá esperar… así que tómeselo con calma, Pete. El capitán Van Tromp está cansado.

—Hay algo que no puede esperar —intervino el ministro para la Información Pública.

— ¿Eh, Jock?

—Si no mostramos dentro de poco a ese Hombre de Marte en los estéreos, va a encontrarse usted con un montón de desórdenes entre las manos, señor secretario.

—Hum… Exagera usted, Jock. Hablaremos mucho de Marte en las noticias, por supuesto. Yo condecorando al capitán y a su valiente tripulación… Mañana, creo que será el mejor momento. El capitán Van Tromp relatando sus experiencias… evidentemente después de una noche de descanso, capitán.

El ministro negó con la cabeza.

— ¿Eso no sirve, Jock?

—El público esperaba que la expedición regresara con un marciano auténtico y vivo al que poder hincarle el diente. Puesto que no lo han hecho, necesitamos a Smith, y lo necesitamos desesperadamente.

— ¿Marcianos vivos? —el secretario general Douglas se volvió para mirar a Van Tromp—. Tomó usted películas de los marcianos, ¿verdad?

—Miles de metros.

—Ahí tiene su respuesta, Jock. Cuando empiece a flaquear nuestra reserva de noticias en directo, pasaremos las películas de los marcianos. A la gente le encantarán. Y ahora, capitán, respecto a esta posibilidad de extraterritorialidad: ¿Dice usted que los marcianos no se oponen a ello?

—Bueno, no, señor… Pero tampoco se manifiestan a favor.

—No le sigo.

El capitán Van Tromp se mordió el labio.

—Señor, no sé exactamente cómo explicarlo. Conversar con un marciano es como hablar con un eco. Uno no se enzarza en ninguna discusión, pero tampoco obtiene ningún resultado.

— ¿Dificultades semánticas? Quizá debió venir usted acompañado de su… ¿cómo se llama?, experto en semántica. ¿O acaso está aguardando fuera?

—Mahmoud, señor. No, el doctor Mahmoud no se encuentra bien. Una… ligera indisposición nerviosa, señor —Van Tromp reflexionó que el estar borracho como una cuba era más o menos el equivalente moral.

— ¿Mareo espacial?

—Un poco, tal vez. — ¡Aquellos malditos marmotas!

—Bien, tráigale aquí en cuanto se sienta mejor. Y supongo que ese joven Smith también nos servirá de ayuda como intérprete.

—Quizá —dijo Van Tromp, dubitativo.

El joven Smith estaba atareadísimo en aquellos momentos tratando tan sólo de seguir con vida. Su cuerpo, insoportablemente comprimido y debilitado por la extraña forma del espacio existente en aquel increíble lugar, logró al fin un cierto alivio gracias a la suavidad del nido donde le habían colocado aquellos otros individuos. Renunció al esfuerzo de resistir y aplicó el tercer nivel a su respiración y palpitaciones cardíacas.

Comprendió de inmediato que estaba a punto de consumirse. Sus pulmones funcionaban casi con la misma intensidad con que lo hacían en su hogar, el corazón aceleraba su ritmo para distribuir la afluencia, todo ello en un intento de contrarrestar los efectos opresores de aquel espacio… y todo ello en una situación en la que se veía asfixiado por una atmósfera venenosamente intensa y peligrosamente cálida. Tomó de inmediato precauciones.

Cuando el ritmo cardíaco descendió a veinte latidos por minuto y la respiración fue casi imperceptible, lo mantuvo todo así y se observó a sí mismo durante el tiempo suficiente como para asegurarse de que no se descorporizaría inadvertidamente mientras su atención estaba en otro lado. Cuando se sintió satisfecho de que todo funcionaba correctamente, dejó alerta una pequeña porción de su segundo nivel y retiró el resto de sí mismo. Era necesario revisar las configuraciones de aquel cúmulo de nuevos acontecimientos a

fin de asimilarlos, estudiarlos y evaluarlos… no fuera caso que le engulleran.

¿Por dónde debía empezar? ¿Por cuando abandonó su hogar, con aquellos que eran ahora sus nuevos compañeros de nido? ¿O por su llegada a este aplastante espacio? Se vio bruscamente asaltado por las luces y los sonidos de esa llegada, sintió de nuevo el lacerante dolor que sacudía su cerebro. No, todavía no estaba preparado para recibir esa configuración… ¡atrás!, ¡atrás!, más atrás de la primera vez que vio a esos otros que eran ahora los suyos. Más atrás incluso de la curación que siguió a su primera abrumadora comprensión del hecho de que no era como sus propios hermanos de nido… allá en el mismo nido.

Ninguno de sus pensamientos se desarrollaba de acuerdo con los símbolos de la Tierra. Recientemente había aprendido a pronunciar unas pocas y sencillas palabras en inglés, pero le resultaban menos fáciles que los términos que usaría un hindú para comerciar con un turco. Smith utilizaba el inglés como quien emplea un diccionario, a través de una tediosa e imperfecta traducción para cada símbolo. Ahora sus pensamientos, puras abstracciones marcianas procedentes de medio millón de años de cultura alocadamente alienígena, viajaban tan alejados de cualquier experiencia humana que resultaban absolutamente intraducibies.

En la sala contigua, un interno, el doctor «Tad» Thaddeus, jugaba al cribbage con Tom Meechum, el enfermero especial de Smith. Thaddeus no apartaba un ojo de los diales y medidores y el otro de sus cartas; sin embargo, captaba cada latido del corazón de su paciente. Cuando una de las parpadeantes luces descendió de noventa y dos pulsaciones por minuto a menos de veinte, echó las cartas a un lado, se puso en pie de un salto y se precipitó a la habitación donde estaba Smith, con Meechum pisándole los talones.

El paciente flotaba en la piel flexible de la cama hidráulica. Parecía estar muerto. Thaddeus maldijo brevemente y restalló:

— ¡Llame al doctor Nelson!

— ¡Sí, señor! —dijo Meechum, y añadió—. ¿Y si le aplicáramos un electrochoque, doc? Parece que lo hemos perdido.

— ¡*Llame al doctor Nelson!*

El enfermero se alejó a la carrera. El interno examinó al paciente desde tan cerca como le era posible, pero sin atreverse a tocarlo. Todavía lo estaba haciendo cuando entró un médico ya mayor, que caminaba con la cuidadosa torpeza propia de un hombre que ha permanecido largo tiempo en el espacio y aún no se ha ajustado de nuevo a la alta gravedad.

— ¿Y bien, doctor?

—La respiración, la temperatura y el pulso del paciente descendieron de pronto hará unos, esto, dos minutos, señor.

— ¿Qué ha hecho usted?

—Nada, señor. Sus instrucciones…

—Bien —Nelson examinó brevemente a Smith, luego estudió los instrumentos a la cabecera de la cama, idénticos a los de la sala de observación—. Infórmeme si se produce algún cambio —y se dispuso a marcharse.

Thaddeus pareció desconcertado.

—Pero, doctor… —se interrumpió.

—Adelante, doctor —dijo Nelson hoscamente—. ¿Cuál es su diagnóstico?

—Hum… No quisiera entrometerme con su paciente, señor.

—No importa. Le he pedido su diagnóstico.

—Muy bien, señor. Shock… atípico, quizá —dio un rodeo—, pero un shock terminal.

Nelson asintió.

—Razonable. Pero éste no es un caso razonable. Relájese, hijo. He visto a este paciente en estas mismas condiciones una docena de veces durante el viaje de vuelta. Mire… —levantó el brazo derecho del paciente y lo soltó. El brazo se quedó inmóvil allá donde lo había dejado.

— ¿Catalepsia? —preguntó Thaddeus.

—Llámelo como quiera. Pero llamar a una pierna cola no la convierte en tal. No se preocupe por eso, doctor. Nada es típico en este caso. Usted tan sólo limítese a evitar que le molesten y avíseme si se produce algún cambio —y volvió a depositar sobre la cama el brazo de Smith.

Cuando Nelson hubo salido, Thaddeus echó otra mirada al enfermo, agitó la cabeza y se reunió con Meechum en la sala de guardia. Meechum recogió sus cartas y dijo:

— ¿Seguimos?

—No.

Meechum aguardó unos instantes, luego añadió:

—Doc, si me lo pregunta, diría que es un caso para el ataúd antes de mañana.

—Nadie se lo ha preguntado.

—Lo siento.

—Vaya a fumar un cigarrillo con los guardias. Quiero meditar.

Meechum se encogió de hombros y salió. Thaddeus abrió un cajón del fondo, sacó una botella y se sirvió una dosis calculada para ayudarle a meditar. Meechum se reunió con los guardias en el pasillo; éstos se envararon por un momento, pero al ver quién era se relajaron de nuevo. El guardiamarina más alto dijo:

—Hola, colega. ¿A qué vino tanta conmoción?

—Nada importante. El paciente acaba de tener quintillizos, y discutimos un poco acerca de qué nombres ponerles. ¿Quién de vosotros, gorilas, tiene un cigarrillo? ¿Y lumbre?

El otro guardiamarina sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo.

— ¿Cómo te las has arreglado para darles de mamar? —preguntó con aire sombrío.

—Como he podido. Gracias —Meechum se metió el cigarrillo entre los labios y habló alrededor de él—. Sinceramente, caballeros, Dios es testigo de que no sé absolutamente nada acerca de ese paciente. Me gustaría saberlo.

— ¿Qué es lo que hay detrás de esa orden de «Prohibida la entrada al personal femenino»? ¿Es algún tipo de maníaco sexual?

—No que yo sepa. Todo lo que sé es que lo trajeron de la *Champion* y dijeron que debía guardar reposo absoluto.

— ¡La *Champion*! — exclamó el primer guardiamarina —. ¡Eso lo explica todo!

— ¿Explica el qué?

—Es algo lógico. No ha estado con ninguna mujer, no ha visto ninguna, no ha tocado ninguna… desde hace meses. Y además está enfermo, ¿entiendes? Temen que, si echa mano a alguna, sea capaz de matarse… —parpadeó y dejó escapar un largo suspiro—. Apuesto a que a mí me ocurriría eso, bajo circunstancias similares. No es extraño que no deseen tetas a su alrededor.

Smith se había dado cuenta de la visita de los médicos, pero de inmediato captó que sus intenciones eran buenas; no era necesario que la mayor parte de su organismo regresara de allá donde estaba.

Por la mañana, a la hora en que los enfermeros humanos abofeteaban a los pacientes con paños fríos y mojados con la pretensión de lavarles, Smith volvió de su viaje. Aceleró su ritmo cardíaco, incrementó la respiración y tomó nota de nuevo de lo que le rodeaba, examinándolo todo con serenidad. Echó un vistazo a la habitación, y observó sin discriminación y admirativamente todos los detalles, tanto importantes como sin importancia. De hecho, veía las cosas por primera vez, ya que había sido incapaz de asimilarlas cuando le llevaron allí el día antes. Aquel cuarto de apariencia común no le resultaba en absoluto común; no había nada ni remotamente parecido en todo Marte, ni se parecía a los compartimientos metálicos en forma de cuña de la *Champion*. Pero, tras revivir los sucesos que ligaban su nido a aquel lugar, estuvo preparado para aceptarlos, evaluarlos y, hasta cierto punto, apreciarlos.

Se dio cuenta de que había otra criatura viva con él en la habitación. Una abuelita patas largas estaba efectuando un fútil viaje hacia abajo desde el techo, tejiendo su hilo de seda mientras

lo hacía. Smith la observó con deleite y se preguntó si no sería una compañera de nido del hombre.

El doctor Archer Frame, el interno que había relevado a Thaddeus, entró en aquel instante.

—Buenos días —saludó—. ¿Cómo se encuentra?

Smith analizó la pregunta. Reconoció en la primera frase un sonido formal, que no requería respuesta pero que podía ser repetida… o no. La segunda frase estaba archivada en su mente con varias traducciones posibles. Si la usaba el doctor Nelson, significaba una cosa; si la empleaba el capitán Van Tromp, era otro sonido formal que no requería respuesta.

Experimentó ese desaliento que tan a menudo le dominaba cuando intentaba comunicarse con aquellas criaturas… una sensación aterradora, desconocida para él antes de conocer a los hombres. Pero obligó a su cuerpo a permanecer tranquilo y aventuró una respuesta.

—Me encuentro bien.

— ¡Bien! — hizo eco la criatura —. El doctor Nelson estará aquí dentro de un minuto. ¿Se siente con ánimos para desayunar?

Todos los seis símbolos de la pregunta figuraban en el vocabulario de Smith, pero tuvo problemas en creer que había oído bien. Sabía lo que era la comida; sin embargo, ignoraba el significado de «sentirse con ánimos» para comer. Ni había recibido aviso alguno en el sentido de que pudiera ser seleccionado para tal honor. No sabía que la provisión de comida fuera tal que resultara necesario reducir el grupo corporativo. Se sintió lleno de un leve pesar, puesto que aún le quedaba tanto por asimilar de los nuevos acontecimientos, aunque no sentía reluctancia hacia ellos.

Pero la entrada del doctor Nelson le ahorró el esfuerzo de traducir una respuesta. El médico de la nave había descansado poco y dormido menos; no perdió tiempo en charlas, sino que inspeccionó a Smith y revisó el conjunto de diales en silencio.

Después se volvió hacia él.

— ¿Ha evacuado? —preguntó.

Smith entendió la pregunta; Nelson siempre la formulaba.

—No, todavía no.

—Nos ocuparemos de eso. Pero primero coma. Enfermero, traiga esa bandeja.

Nelson le dio dos o tres cucharadas, luego le pidió que cogiera la cuchara e intentase comer solo. Era una actividad cansadora, pero le proporcionó una sensación de alegre triunfo, puesto que era el primer acto que realizaba sin ayuda desde que había llegado a aquel espacio extrañamente distorsionado. Acabó el plato y se acordó de preguntar « ¿Quién es esto? », a fin de poder alabar a su benefactor.

—Qué es esto, querrá decir —respondió Nelson—. Es una gelatina sintética alimenticia… y ahora sabe usted tanto como antes. ¿Ha terminado? Muy bien, baje de la cama.

— ¿Perdón? —era un símbolo de atención que había aprendido, que resultaba muy útil cuando fallaba la comunicación.

—He dicho que salga de ahí. Siéntese. Póngase en pie. Pasee un poco. Puede hacerlo. De acuerdo, está tan débil como un gatito, pero nunca tonificará sus músculos si sigue flotando en esa cama.

Nelson abrió una válvula en la cabecera de la cama; el agua empezó a vaciarse. Smith reprimió una sensación de inseguridad, puesto que sabía que Nelson le apreciaba. No tardó en hallarse tendido en el piso del lecho, con la cubierta hermética arrugada a su alrededor. Nelson añadió:

— Doctor Frame, sosténgale por el otro codo. Lo ayudaremos a levantarse.

Con Nelson animándole y la ayuda de los dos médicos, Smith se puso en pie y franqueó el borde de la cama.

—Manténgase firme. Ahora intente sostenerse usted solo —dirigió Nelson—. No tenga miedo. Le sujetaremos si es necesario.

Realizó el esfuerzo y se quedó de pie, solo… un joven esbelto con músculos subdesarrollados y tórax superdesarrollado. Le habían cortado el pelo en la *Champion*, donde también le habían afeitado la barba e inhibido su crecimiento. Su rasgo más notable

era un semblante blando, inexpresivo y casi infantil… con un par de ojos que hubieran sido mucho más adecuados en un muchacho de diecinueve años.

Permaneció de pie por un momento, sin que nadie le sostuviera, temblando ligeramente; luego trató de andar. Consiguió dar tres pasos arrastrando los pies, y esbozó una sonrisa luminosa e infantil.

— ¡Buen chico! —aplaudió Nelson.

Intentó dar otro paso, empezó a temblar violentamente y, de pronto, se derrumbó. A duras penas consiguieron frenar su caída.

— ¡Maldita sea! — bufó Nelson —. Ya ha vuelto a ocurrirle. Vamos, ayúdenme a alzarlo a la cama. No… llénenla primero.

Frame cortó el chorro de entrada cuando la piel de la cubierta flotaba a quince centímetros del tope. Lo trasladaron a ella, torpemente porque se había quedado paralizado en posición fetal.

—Coloquen una almohada cervical debajo del cuello —indicó Nelson—, y avísenme cuando salga de esto. No… mejor déjenme dormir. Lo necesito. A menos que ocurra algo que les preocupe. Esta tarde le haremos andar de nuevo y mañana iniciaremos los ejercicios sistemáticos. En tres meses lo tendremos columpiándose entre los árboles como un mono. A su organismo no le ocurre nada malo.

—Sí, doctor —respondió Frame dubitativamente.

—Ah, otra cosa: cuando salga de esto, enséñele a utilizar el cuarto de baño. Pida al enfermero que le ayude; no deseo que se caiga.

—Sí, señor. Esto, ¿algún método en particular? Me refiero a cómo…

— ¿Eh? ¡Muéstreselo, por supuesto! Hágale una demostración. Probablemente no entenderá gran cosa de lo que usted le diga, pero capta como un látigo las cosas que ve. Se estará bañando sin ayuda antes de que termine la semana.

Smith almorzó sin ayuda. Al cabo de un rato un enfermero entró a llevarse la bandeja. El hombre miró a su alrededor, luego se

acercó a la cama y se inclinó sobre él.

—Escuche —dijo en voz baja—. Tengo una buena proposición para usted.

— ¿Perdón?

—Un trato, un negocio, una forma para que usted haga un montón de dinero de una forma rápida y fácil.

— ¿«Dinero»? ¿Qué es «dinero»?

—Dejemos a un lado la filosofía; todo el mundo necesita dinero. Ahora escuche. Tendré que hablar deprisa porque no puedo permanecer aquí mucho tiempo… me ha costado horrores arreglar las cosas para conseguir llegar a esta habitación. Represento a la *Perles Features*. Le pagaremos sesenta mil por la exclusiva de su historia y no le causaremos ninguna molestia… Tenemos los mejores «negros» de todo el negocio editorial. Usted no tendrá que hacer más que hablar y responder a las preguntas, y ellos se encargarán de escribir el libro —sacó un documento—. Lo único que tiene que hacer es leer esto y firmar aquí. Llevo conmigo el dinero del pago.

Smith aceptó el papel y lo miró pensativo, sujetándolo del revés. El hombre le miró de reojo y ahogó una exclamación.

— ¡Buen Dios! ¿No lee inglés?

Smith comprendió aquello lo suficiente como para poder responder.

—No.

—Bueno… Mire, se lo leeré yo, y luego usted sólo tiene que apoyar el dedo pulgar en este pequeño recuadro y yo firmaré como testigo. «Yo, el abajo firmante, Valentine Michael Smith, conocido también a veces como el Hombre de Marte, concedo y transfiero a la sociedad *Peerless Features, Limited* los derechos exclusivos de mi historia verídica, que se titulará *Yo fui prisionero en Marte*, a cambio de…»

— ¡Enfermero!

El doctor Frame estaba de pie en el umbral; el papel desapareció entre las ropas del hombre.

—Ya voy, señor. Sólo estaba recogiendo esta bandeja.

— ¿Qué leía?

—Nada.

—Le vi. No importa, salga de aquí rápido. Este paciente no puede ser molestado bajo ningún concepto.

El hombre obedeció; el doctor Frame cerró la puerta tras de sí.

Smith permaneció tendido, inmóvil, durante la siguiente media hora; pero, por más que se esforzó, no pudo asimilar nada de aquello.

OceanofPDF.com

4

Gillian Boardman estaba considerada una enfermera profesionalmente competente; era juzgada competente en muchos y muy amplios campos por los internos solteros, y era juzgada con dureza por algunas otras mujeres. Esto no la preocupaba en absoluto, pues su pasatiempo eran los hombres. Cuando le llegaron los rumores de que había un paciente en la suite especial K—12 que no había visto una mujer en su vida, se negó a creerlo. Cuando una detallada explicación la convenció, decidió remediarlo. Aquel día consiguió hacer el turno de guardia como supervisora de planta en el ala donde se alojaba Smith. Tan pronto como le resultó posible, fue a echar un vistazo al extraño paciente.

Conocía la regla de «Prohibidas las visitas femeninas», y aunque ella no se consideraba visitante, pasó de largo junto a los guardiamarinas sin tratar de hacer uso de la puerta que custodiaban: había descubierto que los soldados tenían la enojosa costumbre de interpretar las órdenes al pie de la letra. Así que entró en la habitación de guardia contigua. El doctor Thaddeus estaba allí de guardia, solo.

El doctor alzó la cabeza.

— ¡Vaya, pero si tenemos a Hoyuelos! Hey, corazón, ¿qué te trae por aquí?

Ella se sentó en la esquina del escritorio y tendió la mano hacia el paquete de cigarrillos.

—Señorita Hoyuelos para ti, compañero; estoy de guardia. Esta visita forma parte de mi ronda. ¿Qué me dices de tu paciente?

—No te calientes la cabeza con él, chile dulce; no está bajo tu responsabilidad. Mira tu libro de órdenes.

—Ya lo he leído. Quiero echarle una ojeada.

—En una sola palabra: no.

—Oh, Tad, no te ciñas tan estrictamente a las reglas conmigo. Te conozco.

Él se miró pensativo las uñas.

— ¿Has trabajado alguna vez para el doctor Nelson?

—No. ¿Por qué?

—Si yo te dejase poner un pie al otro lado de esa puerta, me vería en la Antártida mañana por la mañana a primera hora, recetándoles curas para los sabañones a los pingüinos. Así que quita el culo de aquí y ve a molestar a tus propios pacientes. Ni siquiera me gustaría que el doctor Nelson te sorprendiese en este cuarto de guardia.

Ella se puso en pie.

— ¿Hay muchas posibilidades de que el doctor Nelson aparezca de forma inesperada?

—No es probable, a menos que yo le avise. Todavía está durmiendo para recuperarse del cansancio de la baja gravedad.

—Entonces, ¿a qué viene toda esta rigidez?

—Eso es todo, enfermera.

— ¡Muy bien, doctor! —y añadió—. Asqueroso.

— ¡Jill!

—Y presuntuoso, además.

El hombre suspiró.

— ¿Sigue en pie lo del sábado por la noche?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que sí. En estos días, una chica no puede ser demasiado exigente.

Volvió a su puesto, comprobó que sus servicios no eran requeridos de inmediato y tomó una llave maestra. Había perdido el

primer round pero no había sido vencida, puesto que recordó que la suite K—12 tenía una puerta interior que la comunicaba con la habitación adyacente, una habitación que era utilizada a veces como sala de espera cuando la suite era ocupada por alguna Persona Muy Importante. La habitación no estaba ocupada en aquellos momentos, ni como parte de la suite ni separadamente. Se metió en ella. Los guardias en la puerta de más allá no le prestaron la menor atención, ajenos al hecho de que habían sido burlados.

Titubeó ante la puerta que conectaba las dos habitaciones, al tiempo que experimentaba la misma excitación que había sentido de estudiante cuando se escapaba subrepticiamente del alojamiento de enfermeras. Pero, se dijo, el doctor Nelson estaba dormido y Tad no la denunciaría si la atrapaba. No le culparía si le pedía lo que imaginaba a cambio… pero no la denunciaría. Abrió la puerta y miró dentro.

El paciente estaba en la cama, y le devolvió la mirada cuando se abrió la puerta. Su primera impresión fue de que había allí un paciente que había ido mucho más allá de todos los cuidados que pudieran administrársele. Su falta de expresión parecía señalar la apatía absoluta del caso desesperado. Entonces observó que sus ojos brillaban con interés; se preguntó si su rostro estaría paralizado. No, decidió; faltaban los típicos descolgamientos.

Adoptó su actitud más profesional.

—Bien, ¿cómo nos encontramos hoy? ¿Se siente mejor?

Smith tradujo y examinó las preguntas. La inclusión del plural en la primera le confundió, pero decidió que muy bien podía simbolizar un deseo de aprecio y de acercamiento. La segunda parte estaba en consonancia con la forma de expresarse de Nelson.

—Sí —respondió.

— ¡Estupendo! —aparte su curiosa falta de expresión, no vio nada extraño en él… y, si las mujeres le eran desconocidas, ciertamente se las arreglaba muy bien para disimularlo—. ¿Puedo hacer algo por usted? —miró a su alrededor, observó que no había vaso en la mesilla de noche—. ¿Quiere un poco de agua?

Smith se había dado cuenta enseguida de que aquella criatura era distinta de las demás que habían acudido a verle. Con la misma rapidez comparó lo que estaba viendo con las fotografías que Nelson le había mostrado en el viaje desde su hogar hasta aquí… fotografías que trataban de explicar una particularmente difícil y desconcertante configuración de aquel grupo de personas. Entonces comprendió que lo que tenía delante era una «mujer».

Se sintió a la vez extrañamente emocionado y decepcionado. Reprimió ambas sensaciones a fin de poder asimilar, con tal éxito que el doctor Thaddeus no observó cambio alguno en las lecturas de los diales de la habitación contigua.

Pero, cuando tradujo la última pregunta, sintió una oleada tan aguda de emoción que casi estuvo a punto de dejar que los latidos de su corazón se acelerasen. Se reprimió a tiempo y se reprendió por aquel acceso de indisciplina. Luego revisó su traducción.

No, no se había equivocado. Aquella criatura mujer le había ofrecido el ritual del agua. Deseaba acercarse más.

Con gran esfuerzo, luchando por encontrar los significados adecuados en su lamentablemente pobre lista de palabras humanas, intentó responder con la debida ceremonia.

—Le agradezco el agua. Que siempre pueda beber profundamente.

La enfermera Boardman pareció sorprendida.

— ¡Hey, qué considerado! —buscó un vaso, lo llenó y se lo tendió.

—Beba usted —dijo él.

«¿Creerá que trato de envenenarle?», se preguntó ella… Pero en la petición había cierta cualidad autoritaria. Dio un sorbo, tras lo cual él tomó el vaso de su mano e hizo lo mismo, para después dar la impresión de que se contentaba con hundirse de nuevo en la cama, como si hubiese realizado algo importante.

Jill se dijo a sí misma que, como aventura, aquello era más bien un fracaso. Murmuró:

—Bueno, si no necesita nada más, debo volver a mi trabajo.

Se dirigió hacia la puerta. Él exclamó:

— ¡No!

Ella se detuvo.

— ¿Eh? ¿Qué desea?

—No se vaya.

—Bueno… tendré que hacerlo enseguida… —pero volvió al lado de la cama—. ¿Desea algo?

Él la miró de arriba abajo.

— ¿Es usted una… «mujer»?

La pregunta sorprendió a Jill Boardman. Desde hacía años su sexo no había sido puesto en duda ni siquiera por el más casual de los observadores. Su primer impulso fue responder con una impertinencia.

Pero el semblante grave de Smith y sus ojos extrañamente turbadores la contuvieron. Empezó a darse cuenta emocionalmente de que aquel hecho imposible respecto al enfermo era cierto: ignoraba qué era una mujer. Respondió con cautela:

—Sí, soy una mujer.

Smith siguió mirándola sin ninguna expresión. Jill empezó a sentirse azarada. Ser observada apreciativamente por los hombres era algo que siempre esperaba y con lo que a veces disfrutaba, pero esto resultaba más bien como ser examinada a través de un microscopio. Se agitó, inquieta.

— ¿Y bien? Parezco una mujer, ¿no?

—No lo sé —respondió Smith con voz lenta—. ¿Qué aspecto tiene una mujer? ¿Qué es lo que la hace a usted mujer?

— ¡Oh, por el amor de Dios! —Jill se dio cuenta de forma confusa que aquella conversación se le escapaba de las manos, y esto no le había ocurrido con ningún hombre desde que cumpliera los doce años—. ¡No esperará que me desnude y se lo enseñe!

Smith se tomó algún tiempo para examinar aquellos símbolos verbales e intentar traducirlos. No podía asimilar en absoluto el primer grupo. Podía ser de uno de esos grupos de sonidos formales

que esa gente utilizaba tan a menudo… pero había sido pronunciado con sorprendente fuerza, como si fuese una última comunicación antes de un retraimiento. Quizá había equivocado tan por completo la conducta correcta con la que tratar con una criatura mujer que la criatura estaba dispuesta a descorporizarse de inmediato.

Sabía vagamente que no deseaba que la enfermera muriese en aquel momento, ni siquiera aunque fuese su derecho y, posiblemente, su obligación. El brusco cambio de la relación del ritual del agua a una situación en la que el recién conseguido hermano de agua podía considerarse retraído o descorporizado estuvo a punto de sumirle en el pánico, pero consiguió suprimir conscientemente esa alteración. Sin embargo, decidió que, si ella tenía que morir ahora, él debería seguirla de inmediato… No le era posible asimilarlo de otro modo, no después de la cesión del agua.

La segunda mitad de la comunicación contenía sólo símbolos que ya había encontrado antes. Asimiló de forma imperfecta la intención, pero parecía haber allí una manera implícita de evitar la crisis… accediendo al deseo sugerido. Tal vez, si la mujer se desnudaba, ninguno de los dos necesitara descorporizarse. Sonrió feliz.

—Por favor.

Jill abrió la boca, la cerró al instante. Volvió a abrirla.

— ¿Eh? ¡Bueno, que me aspen!

Smith pudo asimilar la violencia emocional y supo que, de algún modo, había ofrecido la respuesta equivocada. Empezó a preparar su mente para la descorporización, saboreando y acariciando todo lo que había sido y visto, con especial atención a aquella criatura mujer. Entonces se dio cuenta de que la mujer se inclinaba sobre él, y supo de algún modo que no iba a morir. La criatura le miró directamente al rostro.

—Corríjame si me equivoco —dijo—, pero, ¿me está pidiendo que me desnude?

Las inversiones y abstracciones requerían una cuidadosa traducción, pero Smith consiguió realizarla.

—Sí —respondió, y confió en que aquello no produjera una nueva crisis.

—Eso es lo que creí que había dicho. Hermano, usted no está enfermo.

Smith consideró primero la palabra «hermano»: la mujer le recordaba que se habían unido en el ritual del agua. Pidió la ayuda de sus compañeros de nido para medir lo que deseaba su nueva hermana.

—No estoy enfermo —admitió.

—Pero que me aspen si comprendo qué es lo que no funciona en usted. No pienso ponerme en pelota. Y tengo que marcharme ya —se enderezó y se dirigió hacia la puerta lateral; luego se detuvo y miró hacia atrás con una sonrisa irónica—. Puede pedírmelo en otra ocasión; será realmente agradable, bajo otras circunstancias. Siento curiosidad por ver lo que es usted capaz de hacer.

La mujer se fue. Smith se relajó en la cama de agua y dejó que la estancia se difuminara a su alrededor. Experimentó una sensación de sereno triunfo por haberse confortado de tal modo que no fue necesario que ninguno de los dos muriera… Pero todavía quedaba mucho por asimilar. Las últimas palabras de la mujer habían contenido muchos símbolos nuevos para él, y aquellos que no lo eran habían sido expresados de tal forma que no resultaban fácilmente comprensibles. Pero se sentía feliz de que su aroma emocional hubiera sido el adecuado para la comunicación entre dos hermanos de agua… aunque teñido por algo a la vez turbador y terriblemente agradable. Pensó en su nuevo hermano, la criatura mujer, y eso hizo que un extraño hormigueo recorriera todo su cuerpo. Esa sensación le recordó lo que había experimentado la primera vez que le fue permitido presenciar una descorporización, y se sintió feliz sin saber por qué.

Deseó que su hermano, el doctor Mahmoud, estuviese allí. Tenía tanto que asimilar, y tan poco de donde hacerlo.

* * *

Jill Boardman se pasó el resto de su turno de guardia medio adormilada. Consiguió no cometer errores en la administración de las medicaciones y respondió por reflejo a las insinuaciones verbales de costumbre que le formularon. Pero el rostro del Hombre de Marte permaneció fijo en su mente, y no dejó de darle vueltas en la cabeza a las cosas extrañas que había dicho. No, no *extrañas*, se corrigió; había hecho sus prácticas en las salas de psiquiatría, y estaba segura de que las observaciones del hombre no habían sido psicopáticas. Decidió que *inocentes* era el término adecuado. Luego decidió que la palabra tampoco era correcta. Su expresión era inocente, pero sus ojos no. ¿Qué clase de criatura podía tener un rostro así?

En una ocasión había trabajado en un hospital católico; de pronto vio el rostro del Hombre de Marte rodeado por la cofia de una hermana enfermera, una monja. La idea la inquietó, porque no había nada femenino en el semblante de Smith.

Se estaba poniendo su ropa de calle cuando otra enfermera asomó la cabeza por la puerta de los vestuarios.

—Teléfono, Jill. Para ti.

Jill aceptó la llamada, sonido sin visión, mientras seguía vistiéndose.

— ¿Florence Nightingale? —inquirió una voz de barítono.

—Al habla. ¿Eres tú, Ben?

—El fiel paladín de la libertad de prensa en persona. ¿Tienes mucho trabajo, pequeña?

— ¿Qué es lo que ronda por tu mente?

—Ronda por mi mente la idea de salir contigo, invitarte a un bistec *saignant*, seducirte a base de licor y formularte una pregunta.

—La respuesta sigue siendo no.

—No *esa* pregunta. Otra.

—Oh, ¿así que sabes otra? Si es así, dímela.

—Luego. Primero quiero ablandarte un poco.

— ¿Un bistec auténtico? ¿No sintético?

—Garantizado. Cuando le claves el tenedor, volverá hacia ti unos ojos implorantes.

—Debes de estar trabajando con cuenta de gastos, ¿eh, Ben?

—Eso es irrelevante e innoble. ¿Qué respondes?

—Me has convencido.

—En la azotea del centro médico. Tienes diez minutos.

Volvió a guardar el traje de calle que se había puesto en su armario y lo cambió por otro más elegante que guardaba allí para casos de emergencia. Era serio, apenas traslúcido, con polisones y pectorales tan tenues que se limitaban a recrear el efecto que hubiera producido si no llevara nada. El vestido le había costado la paga de un mes y no lo parecía, puesto que su sutil poder se hallaba oculto, como el alcohol que te tumba en una bebida. Jill contempló con satisfacción su imagen en el espejo y tomó el tubo impulsor para subir a la azotea.

Allá se envolvió en la capa para protegerse del viento, y estaba buscando con la mirada a Ben Caxton cuando el ordenanza de la terraza tocó su brazo.

—Hay un taxi esperándola, señorita Boardman… Ese Talbot de lujo.

—Gracias, Jack.

Vio el taxi, preparado ya para despegar y con la portezuela abierta. Se metió en él, y se disponía a dirigir a Ben un cumplido irónico cuando se dio cuenta de que él no había subido. El taxi estaba en piloto automático; la portezuela se cerró y el aparato despegó, trazó el reglamentario círculo de salida y se deslizó hacia

la otra orilla del Potomac. Jill se echó hacia atrás en su asiento y esperó.

El taxi se posó en una zona de aterrizaje pública próxima a Alexandria, y allí subió Ben Caxton; volvió a despegar de inmediato. Jill le miró hoscamente.

— ¡Vaya! Te vuelves importante, ¿eh? ¿Desde cuándo tu tiempo es tan valioso que delegas en un robot la misión de ir a recoger a tus mujeres?

Ben se inclinó hacia ella, le dio unas palmaditas en la rodilla y dijo con voz gentil:

—Tengo mis razones, pequeña, tengo mis razones. No puedo permitirme que me vean recogerte…

— ¡Vaya!

—… y tú no puedes permitirte el lujo de que te vean mientras te recojo. Así que tranquilízate. Te pido disculpas. Me humillo en el polvo. Beso tus delicados piececitos. Pero era necesario.

—Hum… ¿Quién de nosotros tiene la lepra?

—Los dos, aunque de un modo distinto, Jill. Yo soy periodista.

—Empezaba a creer que eras otra cosa.

—Y tú una enfermera del hospital donde retienen al Hombre de Marte —abrió las manos en un gesto expresivo y se encogió de hombros.

—Sigue hablando. ¿Eso me incapacita para que me presentes a tu madre?

— ¿Necesitas un mapa, Jill? Hay más de mil periodistas rondando la zona, sin contar los agentes de prensa, locutores de radio, presentadores de televisión, técnicos y expertos en grabaciones magnetofónicas, y esa estampida se inició apenas la *Champion* tomó tierra. Cada uno de ellos ha estado intentando entrevistar al Hombre de Marte, incluido yo. Por todo lo que sé, hasta ahora nadie lo ha conseguido. ¿Crees que hubiera sido inteligente por nuestra parte que nos viesen abandonar juntos el hospital?

—Hum, quizá no. Pero no comprendo qué tiene eso que ver. Yo no soy el Hombre de Marte.

Él la miró fijamente.

—No, realmente no lo eres. Pero quizá puedas ayudarme a verle… Por eso precisamente no quería que me vieran acudiendo a recogerte.

— ¿Eh? Ben, me parece que has estado demasiado tiempo al sol sin sombrero. Tienen todo un pelotón de guardiamarinas a su alrededor.

Pensó en el hecho de que a ella no le había costado mucho eludir esa guardia, pero decidió no mencionarlo.

—De modo que así están las cosas. Charlemos un poco de ello.

—No veo de qué hay que hablar.

—Luego lo verás. No tengo intención de volver a tocar el tema hasta que te haya ablandado un poco con proteínas animales y etanol. Vayamos a cenar.

—Ahora pareces más razonable. ¿Resistirá tu cuenta de gastos el que vayamos al Nuevo Mayflower? Porque *supongo* que trabajas con cuenta de gastos, ¿verdad?

Caxton frunció el entrecejo.

—Jill, si comemos en un restaurante, no puedo arriesgarme a uno que esté más acá de Louisville. Y este trasto tardará más de dos horas en llevarnos hasta allá. ¿Qué opinas de una buena cena en mi apartamento?

—…«dijo la araña a la mosca». Ben, recuerdo la última vez. Estoy demasiado cansada para resistirme.

—Nadie te pide que lo hagas. Se trata estrictamente de negocios. Te lo juro, que una espada atraviese mi corazón y me mate aquí mismo.

—No creo que esto me guste mucho más. Si estoy a salvo a solas contigo, debo estar desvariando. En fin, está bien, caballero de la espada.

Caxton se inclinó hacia delante y pulsó unos botones; el taxi, que había estado trazando círculos bajo la instrucción de «esperar», despertó, miró a su alrededor, y se orientó hacia el apartotel donde vivía Ben. Éste marcó un número telefónico y preguntó a Jill:

— ¿Cuánto tiempo necesitas para emborracharte, pie de azúcar? Le diré a la cocina cuándo debe tener los bistec a punto.

Jill meditó unos instantes.

—Ben, tu ratonera tiene cocina particular.

—En cierto modo. Puedo asar un bistec, si es eso lo que quieres decir.

—Yo asaré el bistec. Pásame el teléfono —dio una serie de órdenes, tras detenerse un momento para asegurarse de si a Ben le gustaban las endibias.

El taxi les dejó en la azotea, y bajaron hasta el piso de Caxton. Era un poco anticuado y falto de estilo; su único lujo era un césped natural en la sala de estar. Jill se detuvo en el vestíbulo, se quitó los zapatos, luego entró descalza en la sala de estar y frotó los dedos contra las frescas hojitas verdes. Dejó escapar un suspiro.

—Oh, qué bien le sienta esto a mis pies. Me duelen desde que ingresé en la escuela de enfermeras.

—Siéntate.

—No, quiero que mis pies recuerden esto mañana, cuando entre de turno de nuevo.

—Como quieras —Caxton fue a la despensa y mezcló unas bebidas.

Jill fue tras él y empezó a sentirse hogareña. Los bistec aguardaban en el montacargas; junto a ellos había unas raciones de patatas precocinadas listas para ser metidas en el microondas. Preparó la ensalada, la metió en el refrigerador y ajustó los mandos del horno de forma que asase los filetes y calentara al mismo tiempo las patatas, pero no puso el ciclo en marcha.

—Ben, ¿tiene control remoto este horno?

—Por supuesto.

—Bueno, pues no puedo encontrarlo.

Caxton estudió los mandos y luego accionó un interruptor no identificado.

—Jill, ¿cómo te las arreglarías si tuvieses que guisar en una fogata?

—Apuesto a que lo haría bien. Fui muchacha exploradora, y de las buenas. ¿Qué me dices de ti, chico listo?

Él la ignoró, tomó una bandeja y regresó a la sala de estar; ella le siguió y se sentó a sus pies, tras abrirse la falda para no mancharla con la hierba. Se dedicaron seriamente a los martinis. Frente a la silla de él había un tanque estereovisor camuflado como un acuario; lo conectó desde la silla. Parásitos y zumbidos dieron paso al rostro del conocido locutor August Greaves.

—…puede afirmarse sin lugar a dudas —dijo la imagen estéreo— que el Hombre de Marte está siendo sometido a un tratamiento constante de drogas hipnóticas para impedir que descubra estos hechos. A la Administración le resultaría extremadamente embarazoso si…

Caxton desconectó el aparato.

—El viejo Gus —dijo con un tono relajado— sabe tanto del asunto como yo —frunció el ceño—. Aunque es posible que tenga razón en eso de que el Gobierno lo mantiene drogado.

—No, no lo hace —dijo Jill de pronto.

— ¿Eh? ¿Y cómo es eso, pequeña?

—El Hombre de Marte no es mantenido bajo hipnóticos —al comprender que había dicho más de lo que pretendía, añadió cautelosamente—. Está bajo vigilancia constante de un médico y un enfermero, pero no hay ninguna orden de mantenerlo bajo sedación.

— ¿Estás segura? No serás una de sus enfermeras… ¿o sí?

—No. Todos los enfermeros son hombres. Hum… de hecho, hay una orden estricta de mantener a las mujeres completamente lejos de él, y un par de fornidos guardiamarinas se ocupan de que la orden se cumpla a rajatabla.

Caxton asintió.

—Algo de eso había oído. El hecho es que tú no sabes si le drogan o no, ¿verdad?

Jill miró su vaso vacío. Le irritaba que dudaran de su palabra, pero se dio cuenta de que tenía que respaldar de alguna forma lo que había dicho.

—Ben… no me traicionarías, ¿verdad?

— ¿Traicionarte? ¿En qué sentido?

—En todos.

—Hum… Eso abarca mucho terreno, pero de acuerdo.

—Conforme. Pero primero sírveme otra copa —Caxton lo hizo, y Jill prosiguió—. Sé que no han drogado al Hombre de Marte… porque hablé con él.

Caxton dejó escapar un lento silbido.

—Lo sabía. Cuando me levanté esta mañana me dije: «Ve a ver a Jill. Ella es tu as en la manga». Corderita, tómate otra copa. Tómate seis. Aquí tienes la coctelera.

—No tan aprisa, gracias.

—Como quieras. ¿Puedo darles un masaje a tus pobres y cansados pies? Mi dama, estás a punto de ser entrevistada. Tu público aguarda con temblorosa impaciencia. Así que empecemos por el principio. ¿Cómo…?

— ¡No, Ben! Me lo prometiste… ¿recuerdas? Si citas mis palabras aunque sólo sea como una remota referencia, perderé mi empleo.

—Hum… es probable. ¿Qué te parece lo de «fuentes generalmente dignas de crédito»?

—Seguiría estando asustada.

— ¿Y bien? ¿Vas a decírselo al tío Ben? ¿O vas a dejarme morir de frustración y luego te comerás tú sola los dos bistec?

—Oh, te lo diré… ahora que ya te he dicho demasiado. Pero no puedes utilizarlo.

Ben guardó silencio y no forzó su suerte; Jill le describió cómo había dado esquinazo a los guardias.

— ¡Espera! ¿Serías capaz de repetir eso? —interrumpió él.

— ¿Eh? Supongo que sí, pero no pienso hacerlo. Es arriesgado.

—Bueno, ¿no podrías meterme a mí del mismo modo? ¡Claro que podrías! Mira, me disfrazaré de electricista: mono grasiento, distintivo del sindicato, caja de herramientas. Tú simplemente me pasas la llave y…

— ¡No!

— ¿Eh? Vamos, cariño, sé razonable. Te apuesto cuatro a uno a que al menos la mitad del personal del hospital es ahora gente de la prensa, metida allí por uno u otro servicio de noticias. Ésta es la historia de mayor interés humano desde que Colón convenció a Isabel de que vendiera sus joyas. Lo único que me preocupa es la posibilidad de tropezarme con otro falso electricista…

—Lo único que me preocupa a mí es mi persona —interrumpió Jill—. Para ti es sólo una historia; para mí es mi carrera. Me quitarán la cofia, el distintivo, y me expulsarán de la ciudad, me meterán en un tren. Mi carrera de enfermera habrá acabado.

—Hum… es posible.

—Es seguro.

—Mi dama, estás a punto de recibir una oferta de soborno.

— ¿De qué importe? Tendría que ser lo suficiente como para permitirme llevar una existencia a lo grande en Río durante el resto de mi vida.

—Bueno… la historia vale su dinero, por supuesto, pero no esperarás que mi oferta sea superior a la que pueda hacerte la Associated Press, o la Reuters. ¿Qué te parecen cien?

— ¿Por quién me tomas?

—Ya hablamos de eso, así que sigamos discutiendo el precio. ¿Ciento cincuenta?

—Ponme otra copa y dame el número de la Associated Press; tu oferta es de timo.

—Es Capitol 10—9000. Jill, ¿quieres casarte conmigo? Es lo más lejos que puedo ir.

Ella le miró, sorprendida.

— ¿Qué has dicho?

—Que si quieres casarte conmigo. Luego, cuando te echen de la ciudad en un tren, yo te estaré esperando en la estación y te arrancaré de esa sórdida existencia. Volverás aquí y te refrescarás la punta de los pies en mi césped, en *nuestro* césped, y olvidaremos tu ignominia. Pero primero tienes que conseguir que me introduzca en esa habitación del hospital.

—Ben, casi parece como si hablaras en serio. Si telefoneo a un testigo honesto, ¿repetirás tu oferta?

Caxton suspiró.

—Jill, eres una mujer dura. Llama a ese testigo.

Ella se puso en pie.

—Ben —dijo en voz baja—, no deseo obligarte a una cosa así —le revolvió el pelo y le besó—. Pero no bromees con el matrimonio delante de una solterona.

—No bromeaba.

—Lo dudo. Límpiate el carmín y te contaré todo lo que sé; luego estudiaremos la forma de utilizarlo sin tener que verme metida en ese tren. ¿Te parece justo?

—Completamente justo.

Jill le hizo un relato detallado.

—Estoy segura de que no estaba drogado. Y estoy igualmente segura de que era racional… aunque no sé por qué estoy segura, puesto que hablaba de la manera más extraña y me hizo las preguntas más extravagantes. Pero estoy segura. No es un psicópata.

—Sonaría aún más raro si no hablase de una manera extraña.

— ¿Por qué?

—Utiliza la cabeza, Jill. No sabemos mucho sobre Marte, pero sabemos que Marte es muy distinto de la Tierra y que los marcianos, sean lo que sean, no son ciertamente humanos. Supongamos que de pronto te hallaras en medio de una tribu tan metida en lo más profundo de la jungla que sus miembros jamás hubieran puesto sus ojos en una mujer blanca. ¿Crees que conocerían toda esa sofisticada charla que deriva de toda una vida inmersa en una cultura? ¿O más bien tu conversación les sonaría extraña? Es una analogía muy pobre; la realidad en este caso es que esa criatura se halla alejada de nosotros al menos sesenta millones de kilómetros.

Jill asintió.

—Eso imaginé… y por eso no hice caso de sus extrañas observaciones. No soy tonta, ¿sabes?

—No; para ser mujer, eres extraordinariamente brillante.

— ¿Quieres que vierta este martini sobre tu cada vez más escaso pelo?

—Te pido disculpas. Las mujeres son mucho más listas que los hombres; ha quedado demostrado en todo nuestro sistema social. Dame el vaso, te lo llenaré otra vez.

Ella aceptó la oferta de paz y siguió:

—Ben, esa orden que no le deja ver mujeres es una estupidez. No se trata de ningún maníaco sexual.

—Sin duda no desean que sufra demasiados shocks a la vez.

—No estaba asustado. Sólo… interesado. No era en absoluto como si me mirara un hombre.

—Si hubieses accedido a su deseo de echar una mirada a tu precioso cuerpo, quizá te hubieras visto en dificultades. Probablemente tiene todos los instintos y ninguna inhibición.

— ¿Eh? No lo creo. Supongo que le han explicado algo acerca de los hombres y las mujeres; sólo deseaba ver exactamente en qué se diferencian las mujeres.

—*Vive la difference!* —respondió Caxton con entusiasmo.

—No seas más vulgar de lo necesario.

— ¿Yo? No estaba siendo vulgar. Me mostraba reverente. Estaba dando las gracias a todos los dioses por haber nacido humano y no marciano.

—Sé serio.

—Nunca he sido más serio que ahora.

—Entonces cállate. Smith no me habría causado ningún problema. Tú no viste su rostro… yo sí.

— ¿Qué pasa con su rostro?

Jill pareció confusa.

—No sé cómo expresarlo… ¡Sí, ya lo tengo! Ben, ¿has visto alguna vez un ángel?

—A ti, querubín. A ningún otro.

—Bueno, yo tampoco… pero ése era exactamente su aspecto. Era viejo, con unos ojos sabios en un rostro completamente plácido, un rostro de inocencia ultraterrena —se estremeció.

—«Ultraterrena», ésa es seguramente la palabra correcta —murmuró Ben con voz lenta—. Me gustaría verle.

—Me gustaría que lo hicieras. Ben, ¿por qué le obligan a guardar silencio? No haría daño a una mosca. Estoy segura de ello.

Caxton unió las yemas de sus dedos.

—Bueno, en primer lugar desean protegerle. Creció en la gravedad de Marte; probablemente aquí se siente tan débil como un gatito.

—Sí, por supuesto. Basta mirarle para verlo. Pero la debilidad muscular no es peligrosa; la miastenia gravis es mucho peor, y nosotros nos las arreglamos bastante bien con ella.

—También es posible que quieran evitar que contraiga alguna enfermedad terrestre. Es como esos animales de experimentación de Notre—Dame; nunca ha estado expuesto.

—Sí, claro… carece de anticuerpos. Pero, por lo que he oído en el comedor, el doctor Nelson, es el médico de a bordo de la *Champion*, ¿sabes?, se ocupó de él durante el viaje de regreso.

Repetidas transfusiones mutuas hasta que hubo reemplazado la mitad de su tejido sanguíneo.

— ¿De veras? ¿Puedo utilizar eso, Jill? Es una noticia.

—Está bien, pero no cites mi nombre. Le han puesto inyecciones para inmunizarlo contra todo menos la bursitis de la rótula… ya sabes, la rodilla de fregona. Pero para protegerle contra cualquier infección no hacen falta guardias armados delante de su puerta.

—Hum… Jill, he captado por ahí algunos rumores que es posible que no conozcas. No puedo usarlos porque he de proteger a mis fuentes de información. Pero te los contaré; te lo has merecido… lo único que te pido es que no los divulgues.

—Oh, no lo haré.

—Es una larga historia. ¿Otra copa?

—No, empecemos con los bistec. ¿Dónde está el botón?

—Aquí.

—Bueno, púlsalo.

— ¿Yo? Te ofreciste a cocinar tú la cena. ¿Dónde está ese espíritu de muchacha exploradora del que tanto alardeabas?

—Ben Caxton, me quedaré aquí en la hierba y moriré de inanición antes que levantarme y pulsar un botón que está a quince centímetros de tu dedo índice derecho.

—Como quieras… —pulsó el botón que le diría al horno que ejecutara las órdenes preprogramadas—. Pero no olvides quién hizo la cena. Sigamos ahora con Valentine Michael Smith. En primer lugar, hay graves dudas acerca de su derecho a utilizar el apellido Smith.

—Repite eso, por favor.

—Cariño, parece que tu amigo es el primer bastardo interplanetario de los anales de la humanidad. Quiero decir el primer «hijo del amor».

— ¡Y un cuerno!

—Por favor, habla como una dama. ¿Recuerdas algo de la tripulación de la *Envoy*? No importa, te señalaré lo más importante. Ocho personas, cuatro matrimonios. Dos de esas parejas eran el capitán y la señora Brant y el doctor y la señora Smith. Tu amigo de la cara de ángel es hijo de la señora Smith y del capitán Brant.

— ¿Cómo lo saben? Y, de todos modos, ¿a quién le importa? —dijo Jill, y se sentó, indignada—. Es verdaderamente asqueroso que saquen a relucir un escándalo así después de todo este tiempo. Están todos muertos… ¡yo digo que los dejemos tranquilos!

—En cuanto al modo en que lo han averiguado, ya puedes imaginarlo. Análisis sanguíneo, factor Rh, color del pelo y de los ojos, todos esos detalles genéticos… probablemente tú sabes más de eso que yo. De todos modos, es una certeza matemática que Mary Jane Lyle Smith fue su madre y el capitán Michael Brant su padre. Todos esos factores se hallan convenientemente registrados para toda la tripulación de la *Envoy*; posiblemente nunca hubo ocho personas más minuciosamente examinadas y controladas. Y eso proporciona a Smith una herencia espléndida; su padre tenía un CI de 163, su madre de 170, y ambos eran los primeros en sus respectivas especialidades.

»En cuanto a lo de a quién le importa —prosiguió Ben—, hay un montón de gente a la que le importa mucho… y todavía habrá más cuando todo este cuadro tome forma. ¿Has oído hablar alguna vez del impulsor Lyle?

—Por supuesto. Es el que utilizó la *Champion*.

—Y el que utilizan todas las naves espaciales hoy en día. ¿Quién lo inventó?

—No sé… ¡Un momento! ¿Quieres decir que *ella*…?

— ¡La pequeña dama acaba de ganar el puro! La doctora Mary Jane Lyle Smith. Sabía que tenía algo importante allí, aunque su desarrollo quedó pendiente cuando se marchó. Sin embargo, antes de partir con la expedición, solicitó una docena de patentes básicas sobre el proceso y las dejó en depósito, no a una sociedad filantrópica, tenlo en cuenta… y asignó el control y los beneficios

interinos a la Fundación para la Ciencia. Así que finalmente el Gobierno se hizo cargo de todo ello… Pero tu amigo cara de ángel es el dueño de todo el asunto. No hay la menor duda al respecto. Es algo que vale muchos millones, tal vez cientos de millones; no estoy en situación de calcularlo.

Llevaron la cena a la sala. Caxton usaba mesas suspendidas para proteger su césped; bajó una hasta el nivel adecuado para su silla, y otra a una altura estilo japonés para que Jill pudiera seguir sentada en el suelo.

— ¿Tierno? —preguntó.

— ¡Estupendo! —respondió ella, con la boca llena.

—Gracias. Recuerda que lo cociné yo.

—Ben —dijo Jill, tras engullir un bocado—, ¿qué pasará si Smith es… ilegítimo? ¿Podrá heredar?

—No es ilegítimo. La doctora Mary Jane era de Berkeley; las leyes de California no reconocen el concepto de bastardía. Lo mismo ocurre con el capitán Brant, puesto que Nueva Zelanda tiene también leyes civilizadas a este respecto. Mientras que, según las leyes del estado natal del doctor Ward Smith, el esposo de Mary Jane, un niño nacido en el hogar conyugal es legítimo, tanto si viene del infierno como si cae de las nubes. Así pues, Jill, tenemos a un hombre que es el más puro hijo legítimo de tres padres.

— ¿Eh? Espera un poco, Ben; esto no puede ser así. Puede serlo uno u otro, pero no los dos. No sé nada de leyes, pero…

—Claro que no sabes nada de leyes. Todas esas ficciones legales no preocuparían en absoluto a un abogado. Smith es hijo legítimo de muy distintas formas en diferentes jurisdicciones, todas ellas irrefutables y todas ellas fácilmente defendibles… incluso aunque de hecho sea un bastardo según sus antepasados físicos. Así que hereda. Además, dejando a un lado la fortuna de su madre, sus dos padres no estaban en la pobreza precisamente. Brant era soltero hasta inmediatamente antes de la expedición; había invertido la mayor parte de su escandaloso sueldo como piloto a la Luna en la Lunar Enterprises. Ya sabes cómo han subido esas acciones; acaban

de declarar otro suculento dividendo activo. Brant tenía un vicio, el juego… pero ganaba regularmente, e invertía también sus ganancias. En cuanto a Ward Smith, pertenecía a una familia rica; se había dedicado a la medicina y a la ciencia por vocación. Smith es el heredero de ambos.

— ¡Vaya!

—Y eso no es ni la mitad, cariño. Smith es igualmente el heredero de toda la tripulación.

—No entiendo.

—Los ocho tripulantes firmaron un contrato de «Caballeros Aventureros», por el que se nombraban herederos recíprocos unos de otros… todos ellos y *su* descendencia. Lo redactaron meticulosamente, utilizando como modelos contratos similares de los siglos XVI y XVII que habían resistido con éxito todo intento de impugnación. Y todos ellos eran gente de alto poder económico; en conjunto acumulaban una inmensa fortuna. Entre sus bienes se incluye una considerable cantidad de acciones de la Lunar Enterprises, aparte las que poseía Brant. Puede que Smith se encuentre ahora con un paquete mayoritario de acciones, lo cual le conferiría el dominio de la sociedad o, al menos, le situaría en una posición clave.

Jill pensó en la criatura de expresión infantil que había convertido en una ceremonia conmovedora el simple hecho de beber un vaso de agua y sintió pena por ella. Pero Caxton prosiguió:

—Me gustaría poder echar un vistazo al diario de a bordo de la *Envoy*. Sé que lo recuperaron… pero dudo que llegue a ser dado a la luz pública.

— ¿Por qué no, Ben?

—Es una turbia historia. Logré sacarle lo suficiente a mi informante como para estar seguro de ello antes de que se serenara de los efectos del alcohol y se cerrara como una ostra. El doctor Ward Smith entregó a su esposa para que se le practicase la cesárea… y la mujer falleció en la mesa de operaciones. Parece que

el hombre llevó de forma complaciente sus cuernos hasta entonces. Lo que hizo a continuación demuestra que estaba al corriente de todo: con el mismo escalpelo degolló al capitán Brant… y luego se cortó el cuello. Lo siento, cariño.

Jill se estremeció.

—Soy enfermera. Estoy inmunizada a estas cosas.

—Eres una mentirosa y te quiero por eso. Estuve tres años en batidas policiales, Jill; nunca conseguí acostumbrarme.

— ¿Qué ocurrió con los otros?

—Me gustaría saberlo. Si no conseguimos que los burócratas y los peces gordos suelten ese diario de a bordo, jamás lo averiguaremos… y yo soy un chico de la prensa aún con estrellitas en los ojos que piensa que todos deberíamos enterarnos de todo. Guardar secretos conduce a la tiranía.

—Ben, quizá fuera mejor que le desposeyeran de su herencia. Él está muy en… más allá de este mundo.

—Estoy seguro de que ésta es la definición exacta. La verdad es que no necesita todo ese dinero; al Hombre de Marte nunca le faltará un plato en la mesa. Cualquier gobierno y millares de universidades e instituciones científicas se sentirían encantadísimos de tenerle en calidad de invitado perpetuo y privilegiado.

—Lo mejor que puede hacer es firmar su renuncia y olvidarlo todo.

—No es tan fácil, Jill. ¿Recuerdas el famoso caso de la General Atomics contra Larkin?

—Bueno, no realmente. Supongo que te refieres a la Resolución Larkin. Tuve que estudiarlo en la escuela, como todo el mundo. Pero, ¿qué tiene que ver con Smith?

—Haz memoria. Los rusos enviaron el primer cohete a la Luna. Se estrelló. Estados Unidos y Canadá combinaron sus recursos para lanzar otro; regresó, pero no dejó a nadie en la Luna. De modo que, mientras Estados Unidos y la Commonwealth se preparaban para enviar una fuerza colonizadora conjunta bajo el patrocinio de la Federación, y Rusia montaba el mismo tinglado por

su cuenta, la General Atomics se les adelantó y envió su propia nave desde una isla alquilada a Ecuador… y sus hombres estaban aún en el satélite, tranquilos y con expresión relamida, cuando la nave de la Federación se presentó… seguida por la rusa.

»Y ya sabes lo que ocurrió. La General Atomics, una sociedad suiza controlada por norteamericanos, reclamó para ella la Luna. La Federación no podía simplemente expulsarlos; eso hubiera sido demasiado violento, y además los rusos no se hubieran quedado cruzados de brazos. Así que el Tribunal Supremo dictó una resolución por la que una razón social, una mera ficción legal, no podía poseer un planeta; en consecuencia, los propietarios auténticos eran los hombres de carne y hueso que mantenían la ocupación… Larkin y sus compañeros. De modo que fueron reconocidos como nación soberana e integrados en la Federación… dejando unas cuantas rajas de melón para aquellos que estaban dentro y tenían concesiones de la General Atomics y de su filial, la Lunar Enterprises. Esto no satisfizo por entero a nadie, y por aquel entonces el Tribunal Supremo de la Federación no era aún todopoderoso… pero fue un compromiso que todos pudieron engullir. De ello se derivaron algunas normas más bien estrictas para la colonización de planetas, todas ellas basadas en la Resolución Larkin y destinadas a evitar el derramamiento de sangre. Dieron resultado… la historia ha demostrado que la Tercera Guerra Mundial *no* fue consecuencia de los viajes espaciales y todo eso. Por lo tanto, la Resolución Larkin es una parte fundamental de nuestras leyes planetarias y se aplica a Smith.

Jill agitó la cabeza.

—No veo la relación. Los martinis…

—Piensa, Jill. Según nuestras leyes, Smith es en sí mismo una nación soberana… y el único propietario del planeta Marte.

OceanofPDF.com

5

Jill le miró con los ojos muy abiertos.

—Ciertamente he bebido demasiados martinis, Ben. Juraría que has dicho que ese paciente es el dueño del planeta Marte.

—Lo es. Lo ha estado ocupando, sin ayuda externa, durante el período de tiempo exigido. Smith *es* el planeta Marte: rey, presidente, único cuerpo civil, lo que quieras. Si el capitán de la *Champion* no hubiera dejado colonos antes de volver, la concesión de Smith habría podido caducar. Pero lo hizo, de modo que la ocupación continúa, aunque Smith haya venido a la Tierra. Pero Smith no tiene que compartir nada con ellos, puesto que no son más que simples inmigrantes hasta que él les conceda la ciudadanía marciana.

— ¡Fantástico!

—Por supuesto que sí. Y también legal. Cariño, ¿comprendes ahora por qué hay tanta gente interesada en quién es Smith y de dónde procede? ¿Y por qué la Administración está tan malditamente ansiosa de mantenerle bajo una alfombra? Lo que están haciendo no es ni siquiera vagamente legal. Smith es también ciudadano de Estados Unidos y por derivación de la Federación… una doble ciudadanía que no representa ningún conflicto. Es ilegal retener a un ciudadano incomunicado, aunque se trate de un criminal convicto, en cualquier punto de la Federación; ésa es una de las cosas que quedaron bien sentadas después de la Tercera Guerra Mundial. Aunque dudo de que Smith conozca sus derechos. También ha sido considerado un acto no amistoso, a todo lo largo

de la historia, guardar bajo llave a un monarca que se halla en visita amistosa, lo cual es el presente caso, y no permitirle ver a las personas, especialmente a la prensa, y me refiero *a mí*. ¿Sigues negándote a dejarme entrar como un falso electricista?

— ¿Eh? Has conseguido asustarme más de lo que nunca he estado. Ben, si me hubiesen sorprendido esta mañana, ¿qué crees que me habrían hecho?

—Hum… nada violento. Simplemente te hubieran encerrado en una celda acolchada, con un certificado firmado por tres médicos, y te permitirían recibir correspondencia los años bisiestos alternos. El problema no es contigo. Me pregunto qué van a hacerle *a él*.

— ¿Qué *pueden* hacerle?

—Bueno, simplemente puede fallecer… digamos de fatiga producida por la gravedad. Eso sería estupendo para la Administración.

— ¿Quieres decir… *asesinarle*?

—Oh, vamos, vamos. No emplees palabras desagradables. No creo que lo hagan. En primer lugar, es una mina de información; incluso el público posee alguna leve noción de eso. Puede ser más valioso que Newton y Edison y Einstein y seis más como ellos, todos liados en un mismo canuto. O tal vez no. No creo que se atrevan a tocarle hasta que estén seguros. En segundo lugar, como mínimo, constituye un puente, un embajador, un intérprete único, entre la raza humana y la otra única raza civilizada que hemos encontrado hasta ahora. Eso es por supuesto importante, aunque no hay forma de adivinar hasta qué punto. ¿Qué tal estás de clásicos? ¿Has leído *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells?

—Hace mucho tiempo, en la escuela.

—Considera la idea de que los marcianos decidan declararnos la guerra… y ganen. Pueden hacerlo, ¿sabes?, y nosotros no tenemos forma de saber o adivinar el tamaño de las estacas que son capaces de esgrimir. Nuestro muchacho, Smith, puede ser el mediador, el pacificador, el que consiga que la Primera Guerra

Interplanetaria resulte innecesaria. Por muy remota que sea esta posibilidad, la Administración no puede ignorarla hasta *saber*. El descubrimiento de la existencia de vida inteligente en Marte es algo que, políticamente, no habían imaginado todavía.

—Entonces, ¿crees que está a salvo?

—Es probable, por el momento al menos. El secretario general tiene que meditar mucho las cosas, y meditarlas bien. Como sabes, su administración se tambalea.

—No presto mucha atención a la política.

—Pues deberías. Es casi tan importante como los latidos de tu propio corazón.

—Tampoco presto atención a eso.

—No me interrumpas cuando estoy en plena oratoria. La mayoría encabezada por Estados Unidos puede saltar en pedazos de la noche a la mañana… Pakistán estallará al menor acceso de tos nerviosa. En cuyo caso habrá un voto de censura y el secretario general, el señor Douglas, saldrá en estampida y volverá a su bufete de picapleitos barato. El Hombre de Marte puede apoyarle o provocar su caída. ¿Vas a ayudarme a entrar?

—Yo seré la que entre en un convento. ¿Hay más café?

—Vamos a verlo.

Se pusieron en pie. Jill se estiró y dijo:

— ¡Oh, mis viejos huesos! ¡Y, Señor, mira la hora! No te preocupes por el café, Ben; mañana me espera un día duro: ser amable con los pacientes desagradables y mantener a raya a los internos. Llévame a casa, ¿quieres? O envíame a casa, supongo que será más seguro. Llama un taxi, sé bueno.

—De acuerdo, aunque la noche es joven —entró en su dormitorio, y volvió a salir con un objeto del tamaño y forma de un encendedor pequeño—. ¿No me facilitarás la entrada?

—Por Dios, Ben… *deseo* hacerlo, pero…

—No importa. Tampoco te dejaría. Realmente es peligroso… y no sólo para tu carrera —le mostró el pequeño objeto—. ¿Le

colocarás esto?

— ¿Eh? ¿Qué es?

—El mayor invento para los abogados especializados en divorcios y los espías desde el mezclar drogas en la bebida: una grabadora microminiaturizada. El hilo está enrollado de tal forma que no puede ser localizado por ningún circuito detector. Las partes internas son transistores y resistencias y condensadores, todo envuelto en plástico… puedes dejarlo caer desde un aerotaxi sin que sufra ningún daño. La energía tiene casi tanta radiactividad como la que puedes hallar en la esfera de un reloj, pero protegida. El hilo tiene una duración de veinticuatro horas. Entonces sacas un carrete y metes otro… el muelle forma parte del carrete.

— ¿No explotará? —preguntó ella, nerviosa.

—Puedes meterla dentro de un pastel y hornearla.

—Ben, me has hecho sentir miedo de volver a meterme en esa habitación.

—No es necesario que lo hagas. Puedes introducirte en la de al lado, ¿no?

—Supongo que sí.

—Esto tiene unas orejas de mulo. Pega el lado cóncavo a una pared, un poco de esparadrapo servirá, y el aparatito grabará hasta la última palabra de lo que se diga en el cuarto contiguo. ¿Hay algún armario o algo así?

Ella lo pensó un momento.

—Es posible que llame la atención si me ven entrar y salir demasiado de esa habitación contigua; en realidad forma parte de la suite donde está él. O pueden empezar a usarla para alguna otra cosa. Mira, Ben, su habitación tiene una tercera pared en común con una habitación que da a otro pasillo. ¿Servirá eso?

—Perfecto. Entonces, ¿lo harás?

—Hum… dámelo. Lo pensaré y veré lo que decido.

Caxton dejó de limpiar la grabadora con su pañuelo.

—Ponte los guantes.

— ¿Por qué?

—La posesión de esto es estrictamente ilegal; tener una equivale a unas cortas vacaciones entre rejas. Usa siempre guantes con ella y con los carretes de recambio… y no te dejes atrapar llevándola encima.

— ¡Piensas en las cosas más agradables del mundo!

— ¿Quieres echarte atrás?

Jill dejó escapar un prolongado suspiro.

—No. Siempre he deseado una vida de crimen. ¿Me enseñarás el argot de los gángsters? Quiero ser una buena alumna.

— ¡Buena chica! —una luz parpadeó sobre la puerta y Caxton alzó la vista—. Eso debe ser tu taxi. Lo llamé por teléfono cuando entré a buscar esto.

—Oh. Encuentra mis zapatos, ¿quieres? No, no me acompañes a la azotea. Cuanto menos me vean contigo, mejor.

—Como quieras.

Cuando Caxton se alzó después de ponerle los zapatos, Jill sujetó su cabeza con ambas manos y le besó.

— ¡Querido Ben! De este asunto no puede salir nada bueno, y no me había dado cuenta de que eras un tipo criminal; pero eres al mismo tiempo tan buen cocinero que no me queda más remedio que prestarme a tus combinaciones… y hasta es posible que me case contigo, si logro conseguir que me lo propongas de nuevo.

—La oferta sigue en pie.

— ¿Se casan los gángsters con sus chicas? ¿O las llaman «fulanas»? Ya veremos.

Se marchó apresuradamente.

* * *

Jill Boardman no tuvo ninguna dificultad para colocar el dispositivo espía. La paciente de la habitación que daba al otro pasillo estaba postrada en la cama; Jill solía pasar a menudo para conversar un rato con ella. Pegó el aparato en el fondo del armario, encima del estante, al tiempo que comentaba que las mujeres de la limpieza *nunca* quitaban el polvo a la parte alta de los armarios.

Retirar el carrete al día siguiente y colocar uno nuevo le resultó sencillo; la enferma dormía. Se despertó cuando Jill se hallaba aún subida a la silla y pareció sorprendida; Jill la despistó contándole un chismorreo subido de tono que corría por las salas.

Envió por correo el hilo grabado, usando la estafeta del hospital, puesto que la impersonal ceguera del sistema postal parecía más segura que cualquier astucia rebuscada. Pero fracasó en el intento de colocar el tercer carrete. Aguardó a que la enferma estuviese dormida, pero, en el instante en que se subía a la silla la mujer despertó.

— ¡Ah! ¡Hola, señorita Boardman!

Jill se quedó petrificada con una mano en la grabadora.

—Hola, señora Fritschlie —consiguió responder—. ¿Ha dormido bien?

—Estupendamente —dijo la mujer, malhumorada—. Me duele la espalda.

—Le daré un masaje.

—No servirá de mucho. ¿Cómo es que está siempre hurgando en mi armario? ¿Ocurre algo?

Jill hizo un esfuerzo para volver a tragarse su estómago. En realidad la mujer no sospechaba nada, se dijo.

—Ratones —respondió vagamente.

— ¿Ratones? ¡Oh, tendrán que darme otra habitación!

Jill arrancó el instrumento de la pared, se lo guardó en el bolsillo, bajó de la silla y se dirigió a la enferma.

—Vamos, vamos, señora Fritschlie… Precisamente estaba comprobando que no hay ningún agujero en ese armario y, por lo tanto, de ahí no puede salir ninguno. En esta habitación no hay ratones.

— ¿Está segura?

—Completamente segura. Y ahora le daré ese masaje en la espalda. Dese la vuelta.

Jill decidió que no podía volver a colocar el dispositivo en aquella habitación, y llegó a la conclusión de que tenía que correr el riesgo de intentar colocarlo en la habitación vacía que formaba parte de la K—12, la suite del Hombre de Marte. Pero ya casi era la hora del relevo antes de que pudiera hacerlo. Cogió la llave maestra.

Sólo para descubrir que no la necesitaba… La puerta no estaba cerrada con llave y dentro había dos guardiamarinas; habían doblado la guardia. Uno de ellos alzó la cabeza al oír abrirse la puerta.

— ¿Busca a alguien?

—No. No se sienten en la cama, muchachos —dijo con voz tajante—. Si necesitan sillas, iremos a buscarlas.

Mantuvo la mirada fija en el guardia mientras éste se levantaba de mala gana; luego salió, intentando ocultar sus temblores.

El aparatito seguía ardiendo en su bolsillo cuando terminó su turno de guardia; decidió devolvérselo de inmediato a Caxton. Se cambió de ropa, lo metió en el bolso y subió a la azotea. Una vez en el aire, se dirigió hacia el apartamento de Ben y empezó a respirar más tranquila. Le telefoneó durante el vuelo.

—Caxton al habla.

—Soy Jill, Ben. Quiero verte. ¿Estás solo?

—No me parece muy oportuno, muchacha —respondió él, despacio—. No ahora.

—Ben, tengo que verte. Ya voy de camino.

—Está bien, de acuerdo, si no hay más remedio.

— ¡Cuánto entusiasmo!

—Mira, cariño, no es que yo…

— ¡Adiós! —cortó la comunicación, se calmó, y decidió que no debía abandonar ahora al pobre Ben. El hecho era que ambos estaban jugando a un juego que se salía de sus atribuciones. Al menos ella… Hubiera debido seguir como enfermera y dejar a un lado la política.

Se sintió mejor cuando vio a Ben, y todavía mejor cuando él la besó y la abrazó. Era tan encantador… Quizá debiera casarse con él. Pero cuando intentó hablar, Caxton puso una mano sobre su boca y le susurró:

—No digas nada. Nada de nombres, y habla sólo de trivialidades. Es posible que haya micrófonos aquí.

Ella asintió con la cabeza y él la condujo a la sala de estar. Sin hablar, ella sacó la grabadora y se la entregó. Las cejas de él se alzaron brevemente cuando vio que le entregaba no sólo un carrete, sino todo el aparato, pero no hizo ningún comentario. En su lugar le tendió un ejemplar del *Post* de aquella tarde.

— ¿Has leído el periódico? —dijo con naturalidad—. Puedes echarle una mirada mientras me lavo.

—Gracias.

Cuando lo cogió, él le señaló una columna; luego salió, llevándose consigo la grabadora. Jill vio que la columna era la sindicada del propio Ben:

EL NIDO DEL CUERVO

por Ben Caxton

Todo el mundo sabe que cárceles y hospitales tienen una cosa en común: de ambos sitios puede resultar muy difícil salir. En ciertos aspectos, un preso está menos aislado que un enfermo; un preso puede llamar a su abogado, pedir un testigo honesto, invocar un habeas

corpus y exigir a sus carceleros que expongan su causa en una audiencia pública.

Pero sólo hace falta un cartel de prohibidas las visitas, ordenado por un curandero de nuestra peculiar tribu, para reducir a cualquier paciente internado en un hospital a una incomunicación más absoluta que la que sufrió nunca el Hombre de la Máscara de Hierro.

Por supuesto, al pariente más próximo de un enfermo no se le puede mantener alejado… pero el Hombre de Marte no parece tener ningún pariente próximo. La tripulación de la malaventurada Envoy contaba con pocos lazos en la Tierra; si el Hombre de la Máscara de Hierro —perdón, quise decir el «Hombre de Marte»— posee algún familiar dispuesto a velar por sus intereses, varios miles de periodistas (entre los cuales está el que firma esto) no han sido capaces de identificarlo.

¿Quién habla por el Hombre de Marte? ¿Quién ordenó que se estableciera una guardia armada a su alrededor? ¿Acaso su enfermedad es tan terrible que no permite que nadie le mire, que nadie le formule una pregunta? Me dirijo a usted, señor secretario general; las explicaciones acerca de «debilidad física» y «fatiga gravitatoria» no sirven; si ésa fuera la respuesta, una enfermera de cincuenta kilos de peso sería tan efectiva como un guardia armado.

¿No podría suceder que esa enfermedad fuese de naturaleza financiera? ¿O (digámoslo con delicadeza) acaso es política?

El artículo seguía, todo en el mismo estilo; Jill se dio cuenta de que Ben Caxton trataba deliberadamente de ponerle un cebo a la Administración con la intención de obligarla a sacar a Smith a la luz pública. No sabía lo que conseguiría con ello, ya que su horizonte no abarcaba la alta política ni las altas finanzas. Adivinó,

más que supo, que Caxton estaba corriendo un serio riesgo al desafiar de aquella forma a las autoridades establecidas, pero no tenía ninguna noción de las proporciones de ese peligro ni de la forma que podía adoptar.

Hojeó el resto del periódico. Estaba lleno de reportajes sobre el regreso de la *Champion*, con fotografías del secretario general Douglas prendiendo medallas a la tripulación, entrevistas con el capitán Van Tromp y con otros miembros de su valiente grupo, imágenes de marcianos y de ciudades de Marte. Había muy poco acerca de Smith: simplemente un parte médico que afirmaba que se estaba reponiendo lenta pero satisfactoriamente de los efectos de su viaje.

Ben salió y dejó caer unas cuartillas de papel de copia en el regazo de Jill.

—Ahí tienes otro periódico que tal vez te guste leer —observó, y se fue de nuevo.

Jill vio enseguida que el «periódico» era una transcripción de lo que había grabado el primer carrete de hilo de la grabadora espía. Llevaba indicaciones de «Primera voz», «Segunda voz» y así, pero Ben había escrito a mano a un lado los nombres de quienes más tarde había supuesto que habían dicho cada frase. En la parte superior, al principio, había anotado: «Todas las voces, identificadas o no, son masculinas».

La mayor parte carecía de interés. Simplemente indicaba que a Smith le habían alimentado, lavado, dado un masaje, y que cada mañana y cada tarde se le pedía que hiciera ejercicio bajo la supervisión de una voz identificada como «doctor Nelson» y de otra persona señalada como «segundo médico». Jill decidió que debía ser el doctor Thaddeus.

Pero un largo pasaje no tenía nada que ver con el cuidado físico del paciente. Jill lo leyó y luego volvió a leerlo:

Doctor Nelson: ¿Cómo se encuentra, muchacho? ¿Lo bastante fuerte como para hablar un poco?

Smith: Sí.

Doctor Nelson: Un hombre quiere hablar con usted.

Smith (pausa): ¿Quién? (Caxton había escrito al margen: Todos los parlamentos de Smith van precedidos por una pausa)

Nelson: Este hombre es nuestro gran (vocablo gutural sin posible transcripción… ¿Sería marciano?). Es nuestro Anciano más viejo. ¿Hablará usted con él?

Smith (pausa muy larga): Me encantará. El Anciano hablará y yo escucharé y creceré.

Nelson: ¡No, no! Lo que quiere es hacerle algunas preguntas.

Smith: Yo no puedo enseñar a un Anciano.

Nelson: El Anciano lo desea. ¿Permitirá usted que le haga esas preguntas?

Smith: Sí.

(Ruidos de fondo, una corta pausa)

Nelson: Por aquí, señor. Tengo, eh… al doctor Mahmoud preparado para efectuar la traducción.

Jill leyó: *«Voz nueva»*. Pero Caxton había tachado luego estas dos palabras y escrito en su lugar: *« ¡Secretario general Douglas! »*

Secretario general: No lo necesitaré. Dijo usted que Smith comprende el inglés.

Nelson: Bueno, sí y no, su excelencia. Conoce un cierto número de palabras pero, como dice Mahmoud, carece de un

contexto cultural al que referir esas palabras. El diálogo puede resultar confuso.

Secretario general: Oh, nos las arreglaremos, estoy seguro. De joven recorrí todo Brasil con la mochila al hombro sin saber ni una palabra de portugués al empezar. Ahora, si tiene la bondad de presentarnos… y luego déjenos solos.

Nelson: Señor, creo que sería mejor que yo permaneciese junto a mi paciente.

Secretario general: ¿De veras, doctor? Me temo que debo insistir. Lo lamento.

Nelson: Y también me temo que yo debo insistir. Lo lamento, señor. La ética médica…

Secretario general (interrumpiéndole): Como abogado, sé algo sobre jurisprudencia médica… así que no me venga con esas idioteces acerca de la «ética médica», por favor. ¿Acaso este paciente le eligió a usted?

Nelson: No exactamente, pero…

Secretario general: Tal como pensé. ¿Ha tenido este paciente la oportunidad de elegir a sus médicos? Lo dudo. Su situación actual es la de paciente a cargo del Estado. De facto, actúo en calidad de pariente más próximo del enfermo… y también de iure, como comprobará. Quiero entrevistarme con él a solas.

Nelson (una larga pausa; luego, muy rígido): Si plantea usted las cosas de ese modo, su excelencia, me retiraré del caso.

Secretario general: No se lo tome así, doctor; no pretendía que se le erizara el vello de la nuca. No cuestiono su tratamiento. Pero estoy seguro de que usted no intentaría impedir que una madre viera a solas a su hijo, ¿verdad? ¿Teme que pueda hacerle daño?

Nelson: No, pero…

Secretario general: Entonces, ¿cuál es su objeción? Vamos, preséntenos y déjenos seguir. Tal vez esta discusión esté trastornando un poco a su paciente.

Nelson: Le presentaré, su excelencia. Después, deberá seleccionar usted a otro médico para su… tutela.

Secretario general: Lo siento, doctor, lo lamento de veras. Pero no puedo aceptar ese final… lo discutiremos más tarde. Ahora, por favor…

Nelson: Pase por aquí, señor. Hijo, éste es el caballero que desea verle. Nuestro gran Anciano.

Smith: (intranscribible)

Secretario general: ¿Qué ha dicho?

Nelson: Una especie de bienvenida respetuosa. Mahmoud dice que puede traducirse como: «No soy más que un huevo». Algo así, más o menos. Acostumbraba a usarla conmigo. Es un saludo amistoso. Hijo, hable la lengua humana.

Smith: Sí.

Nelson: Y, si se me permite ofrecerle un último consejo, señor, será mejor que utilice usted palabras sencillas y de pocas sílabas.

Secretario general: Oh, así lo haré.

Nelson: Adiós, su excelencia. Adiós, hijo.

Secretario general: Gracias, doctor. Le veré luego.

Secretario general (prosiguiendo): ¿Cómo se encuentra?

Smith: Muy bien.

Secretario general: Estupendo. Cualquier cosa que desee, sólo tiene que pedirla. Queremos que se sienta feliz. Ahora, me gustaría que hiciese algo por mí. ¿Sabe escribir?

Smith: ¿Escribir? ¿Qué es escribir?

Secretario general: Bueno, bastará con la impresión de la huella de su dedo pulgar. Quiero leerle un documento. Este documento está lleno de términos legales pero, reducido a un lenguaje sencillo, dice tan sólo que usted, por el hecho de salir de Marte, ha abandonado —cedido, quiero decir— cualquier derecho de propiedad que tuviese allí. ¿Me comprende? Que asigna estos derechos en fideicomiso al Gobierno.

Smith: (no responde)

Secretario general: Bueno, digámoslo de otro modo. Usted no es dueño de Marte, ¿verdad?

Smith (pausa más larga): No entiendo.

Secretario general: Hum… probemos de otra forma. Usted quiere quedarse aquí, ¿verdad?

Smith: No lo sé. Me enviaron los Ancianos (largo discurso intranscribible, sonidos semejantes a los de una lucha entre una rana toro y un gato).

Secretario general: Maldita sea, a estas alturas ya deberían haberle enseñado más inglés. Veamos, hijo, no tiene usted por qué preocuparse de todas estas cosas. Permítame simplemente que ponga la huella de su dedo pulgar al pie de esta página. Déme su mano derecha. No, no se gire de este modo. ¡Estése quieto! No voy a hacerle ningún daño… ¡Doctor! ¡Doctor Nelson!

Segundo médico: ¿Sí, señor?

Secretario general: Llame al doctor Nelson.

Segundo médico: ¿El doctor Nelson? Pero se ha ido, señor. Dijo que usted le había echado del caso.

Secretario general: ¿Nelson ha dicho eso? ¡Maldito sea! Bueno, haga usted algo. Aplíquele la respiración artificial. Déle una inyección. No se quede ahí parado… ¿Es que no ve que este hombre se está muriendo?

Segundo médico: No creo que se pueda hacer nada, señor. Sólo dejarle en paz hasta que salga de ese estado. Es lo que el doctor Nelson ha hecho siempre.

Secretario general: ¡Maldito doctor Nelson!

La voz del secretario general no volvía a aparecer, ni tampoco la del doctor Nelson. Jill juzgó, a través de los rumores que había oído por el hospital, que Smith había vuelto a hundirse en una de sus fugas catalépticas. Había dos entradas más, ninguna de ellas

atribuida. Una rezaba: «No es necesario que susurres. No te oye». La otra decía: «Llévate esa bandeja. Le daremos de comer cuando salga de esto».

Jill estaba releyendo por tercera vez la transcripción cuando Ben apareció de nuevo. Llevaba más cuartillas de papel de copia, pero no se las ofreció; en vez de ello preguntó:

— ¿Tienes hambre?

Ella miró interrogativamente los papeles en la mano de él, pero respondió:

—Me estoy muriendo de inanición.

—Entonces vamos a cazar una vaca.

No dijo nada más mientras se dirigían a la azotea y tomaban un taxi, y siguió guardando silencio durante el vuelo hasta la plataforma de Alexandria. Allí cambiaron a otro taxi. Ben eligió uno con matrícula de Baltimore. Una vez en el aire puso rumbo a Hagerstown, Maryland, y se relajó.

—Ahora podemos hablar.

—Ben, ¿a qué viene tanto misterio?

—Lo siento, pies bonitos. Probablemente sólo nervios y mi mala conciencia. Ignoro si han puesto micrófonos en mi apartamento… pero si yo puedo hacérselo a ellos, ellos también pueden hacérmelo a mí… y he estado mostrando un interés muy poco saludable en cosas que la Administración desea mantener bajo mano. Del mismo modo, aunque no es probable que un vehículo llamado desde mi piso tenga una grabadora metida bajo el tapizado de los asientos, existe esa posibilidad; las patrullas del Servicio Especial suelen estar en todo. Pero este taxi… —Palmeó la tapicería—. No pueden poner micrófonos en miles de taxis. Uno elegido al azar resulta bastante seguro.

Jill se estremeció.

—Ben, no creerás que ellos… —dejó morir sus palabras.

— ¡Ahora sí! Ya viste mi artículo. Recogí ese ejemplar hace nueve horas. No pensarás que la Administración va a permitir que la patee en la boca del estómago sin hacer nada al respecto.

—Pero tú siempre te has manifestado opuesto a esta Administración.

—Cierto. El deber de la Leal Oposición de Su Majestad es oponerse. Ellos esperan eso. Pero esto es distinto: prácticamente les he acusado de estar reteniendo a un prisionero político. Jill, un Gobierno es un organismo vivo. Y, como toda cosa viva, su principal característica es un ciego e irrazonado instinto de conservación. Si le golpeas, contraataca. Esta vez les he golpeado de veras… —la miró de soslayo—. Pero no debería haberte implicado en ello.

— ¿A mí? No tengo miedo. Al menos, no desde que te devolví ese artilugio.

—Estás asociada a mí. Si las cosas se ponen feas, eso puede ser suficiente.

Jill apretó los labios. Nunca en su vida había experimentado la enorme crueldad del gigantesco poder. Fuera de sus conocimientos de enfermería y de la alegre guerrilla entre los sexos, Jill era casi tan inocente como el Hombre de Marte. La idea de que ella, Jill Boardman — que lo más terrible que había experimentado era alguna que otra azotaína de niña y alguna que otra palabra dura de adulta —, pudiera hallarse en peligro físico, le resultaba casi imposible de creer. Como enfermera había visto las consecuencias de la crueldad, la violencia, la brutalidad… pero eso no podía ocurrirle a ella.

El vehículo trazaba un círculo para aterrizar en Hagerstown antes de que se decidiera a romper su meditabundo silencio.

—Ben, supón que este paciente muere. ¿Qué sucedería?

— ¿Eh? —Caxton frunció el entrecejo—. Es una buena pregunta, una muy buena pregunta. Me alegro de que la hayas formulado; demuestra que te estás tomando interés en el trabajo. Ahora, si no hay más preguntas, la clase ha terminado.

—No bromees.

—Hum… Jill, he pasado noches en blanco, cuando debería estar soñando contigo, intentando responder a esa pregunta. Es una

pregunta que tiene dos vertientes, una política y otra financiera… y éstas son las mejores respuestas a las que he llegado: si Smith muere, sus derechos legales sobre Marte desaparecen. Probablemente el grupo de pioneros que la *Champion* dejó atrás en Marte inicie una nueva demanda de propiedad… y es casi seguro que la Administración llegó a un acuerdo con ellos antes de que abandonasen la Tierra. La *Champion* es una nave de la Federación, pero es más que posible que el trato, si existe, deje todos los hilos en las manos de ese terrible defensor de los derechos humanos, el señor secretario general Douglas. Un trato así podría mantenerlo en el poder durante largo tiempo. Por otra parte, es posible también que no signifique nada en absoluto.

— ¿Eh? ¿Por qué?

—Tal vez la Resolución Larkin no pueda aplicarse en este caso. La Luna estaba deshabitada, pero Marte está habitado… por los marcianos. De momento, los marcianos son un cero legal. Pero el Tribunal Supremo puede echar un vistazo a la situación política, contemplarse su ombligo colectivo, y decidir que la ocupación humana no significa nada en un planeta habitado ya por nativos no humanos. Entonces los derechos sobre Marte, de existir, tendrían que respaldarse tratando directamente con los marcianos.

—Pero Ben, ése podría ser el caso de todas las formas. Esta idea de un hombre propietario de todo un planeta… ¡resulta fantástica!

—No utilices esa palabra con un abogado; no te entenderá. Atar mosquitos y engullir camellos son requisitos indispensables para obtener el título en cualquier facultad de Derecho. Además, existe un precedente. En el siglo XV el papa repartió todo el hemisferio occidental entre España y Portugal, y nadie prestó la menor atención al hecho de que aquellos territorios estaban ya ocupados por varios millones de indios con sus propias leyes, costumbres y derechos de propiedad. Su concesión, además, fue tremendamente efectiva. Echa en cualquier momento un vistazo a un mapa del hemisferio occidental y observa dónde se habla

español y dónde portugués… y cuánta tierra les ha quedado a los indios.

—Sí, pero… Ben, no estamos en el siglo XV.

—Díselo a un abogado. Aún siguen citando a Blackwell, el Código de Napoleón o incluso las leyes de Justiniano. Mira, Jill: si el Tribunal Supremo dictamina que la Resolución Larkin es aplicable, Smith se hallará en posición de otorgar o retirar concesiones sobre Marte que pueden valer millones, más probablemente miles de millones. Si entrega sus derechos territoriales a la Administración actual, entonces el secretario Douglas será el hombre que lo controle todo. Lo cual es precisamente lo que Douglas intenta conseguir. Ya has visto la transcripción.

— ¿Por qué puede desear una persona ese tipo de poder, Ben?

— ¿Por qué vuela la polilla hacia la luz? El impulso hacia el poder es menos lógico aún que el impulso sexual… y más fuerte. Pero te he dicho que la tuya era una pregunta con dos vertientes. Los activos financieros de Smith son casi tan importantes como su posición especial como rey y emperador nominal de Marte. Posiblemente más importante aún, puesto que una resolución del Tribunal Supremo podría arrebatarle sus derechos de propiedad sobre Marte, pero dudo de que haya nada en este mundo que pueda privarle de sus derechos de propiedad sobre el impulsor Lyle y un importante paquete de acciones de la Lunar Enterprises: los ocho testamentos son asunto del dominio público, y en los tres casos más importantes hereda con o sin testamento.

»¿Qué sucederá si muere? No lo sé. Surgirán mil pretendidos primos, por supuesto, pero la Fundación para la Ciencia lleva veinte años luchando con un montón de esos parásitos hambrientos de dinero. Parece posible que, si Smith muere sin haber hecho testamento, su enorme fortuna revierta al Estado.

— ¿Al Estado? ¿Te refieres a la Federación o a Estados Unidos?

—Otra buena pregunta para la que no tengo respuesta. Sus padres naturales proceden de dos países distintos miembros de la Federación, y él nació fuera de los dos… y eso va a significar una diferencia crucial para algunas de las personas que tienen voto decisivo en esos paquetes de acciones y explotan bajo licencia esas patentes. No va a ser Smith; es incapaz de distinguir a un agente de bolsa de un cobrador de los transportes públicos. Será probablemente aquel que consiga agarrarle o colgarse de él. Mientras tanto, dudo de que la Lloyd's le suscribiera una póliza de seguro de vida; me parece un riesgo demasiado grande.

— ¡Pobre niño! ¡Pobre, pobre criatura!

OceanofPDF.com

6

El restaurante en Hagerstown tenía «ambiente» además de buena comida, lo que significaba que disponía de mesas diseminadas no sólo en un prado que conducía hasta el borde de un pequeño lago, sino también en las ramas de tres enormes árboles. Por encima de todo el conjunto había un campo de fuerza que formaba un techo, para mantener la zona del comedor al aire libre en un perpetuo verano, aunque lloviera o nevara.

Jill quería comer en los árboles, pero Ben la ignoró y sobornó al *maitre d'hótel* para que les buscase una mesa cerca del agua en un lugar elegido por él; luego pidió que situaran en su mesa una estéreo portátil.

Jill se sintió mortificada.

—Ben, ¿para qué molestarse en venir aquí y pagar estos precios si no podemos comer en los árboles y además tenemos que soportar esa horrible caja de luz y ruidos?

—Paciencia, pequeña. Todas las mesas de arriba en los árboles tienen circuitos microfónicos; los necesitan para el servicio. Ésta no tiene ninguno, confío, ya que vi al camarero cogerla de un montón de reserva para traerla aquí. En cuanto al tanque, no sólo resulta antinorteamericano comer sin ver la estéreo, sino que puede servirnos para crear toda la interferencia necesaria en caso de que haya algún micrófono direccional apuntado hacia aquí… suponiendo que los investigadores del señor Douglas hayan empezado ya a interesarse por nosotros, cosa que no dudo que han hecho.

— ¿Crees de veras que nos están siguiendo, Ben? —Jill se estremeció—. No estoy hecha para una vida de crimen.

— ¡Bah, te acostumbrarás pronto! Cuando estaba trabajando en los escándalos de sobornos de la General Synthetics, nunca dormía dos noches seguidas en el mismo sitio, y sólo me alimentaba de alimentos envasados que había comprado yo mismo. Al cabo de un tiempo te acostumbras a ello… estimula el metabolismo.

—Mi metabolismo no lo necesita, gracias. Todo lo que me hace falta es un paciente particular, viejo y rico.

— ¿No vas a casarte conmigo, Jill?

—Después de que mi futuro esposo se vaya al otro mundo, sí. O quizá cuando sea tan rica que pueda permitirme el lujo de tenerte como animalito de compañía.

—Es la mejor oferta que he tenido en meses. ¿Qué te parece si empezáramos esta noche?

—*Después* de que me quede viuda.

Durante los cócteles, el espectáculo musical — más los estridentes comerciales que habían estado martilleando sus tímpanos desde el tanque estéreo — se interrumpió de pronto. La cabeza y los hombros de un locutor llenaron el tanque; sonrió con sinceridad profesional y dijo:

—La NWNW, New World Networks, y el patrocinador de esta emisión, las Píldoras Maltusianas Chica Lista, se sienten honrados y privilegiados de ceder los siguientes minutos de este espacio a una emisión histórica del Gobierno de la Federación. Y recuerden: toda chica lista utiliza píldoras Chica Lista. Fáciles de llevar, agradables de tomar, garantizadas contra todo fallo y aprobadas para su venta sin receta por la Ley Pública 1.312. ¿Por qué correr el riesgo de emplear métodos anticuados, antiestéticos, perjudiciales e inseguros? ¿Por qué exponerse a perder su amor y respeto? Recuerden… —el simpático y lobuno anunciador lanzó una ojeada hacia un lado y apresuró el resto de la publicidad—: les ofrezco las

píldoras Chica Lista, que a su vez les ofrecen la presencia del secretario general… ¡y del Hombre de Marte!

La imagen tridi se fundió a la de una joven tan sensual, tan increíblemente pechugona, tan seductora, que con sólo verla cualquier espectador masculino tenía que sentirse automáticamente insatisfecho de los talentos locales. La señorita se desperezó, se contoneó y dijo, con una ronca voz de tórrido dormitorio:

—Yo siempre uso píldoras Chica Lista.

La imagen se fundió de nuevo y una orquesta interpretó los compases de apertura de *Bienvenidos a la paz soberana*.

— ¿Tú usas las píldoras Chica Lista? —preguntó Ben.

— ¡No es asunto tuyo! —Jill pareció enojada, luego añadió—. No es más que un curalotodo de charlatán. De cualquier forma, ¿qué te hace pensar que lo necesito?

Caxton no respondió; el tanque se había llenado con los rasgos paternales del secretario general Douglas.

—Amigos —empezó—, compañeros ciudadanos de la Federación, esta noche me caben un honor y un privilegio únicos. Desde el regreso triunfal de nuestra llameante nave *Champion*…

Siguió con unos cuantos miles de bien escogidas palabras para felicitar a los ciudadanos de la Tierra por su éxito al haber conseguido establecer contacto con otro planeta, con otra raza civilizada. Se las arregló para dar a entender que la proeza de la *Champion* era el logro personal de cada ciudadano de la Federación, que cualquiera de ellos pudo haber conducido la expedición si no hubiera estado ocupado con otros asuntos importantes… y que él, el secretario general, no era más que el humilde instrumento escogido por todos ellos para poner en práctica su voluntad. No expresaba esas ideas halagadoras con una audacia demasiado evidente, pero lo dejaba entrever: la suposición implícita era que el hombre corriente era igual a cualquiera y mejor que la mayoría… y que el buen viejo Joe Douglas encarnaba al hombre corriente. Hasta su arrugada corbata y su ensortijado pelo tenían cierto aire de «sólo soy uno más».

Ben Caxton se preguntó quién le habría escrito el discurso. Jim Sanforth, probablemente… Jim sabía dar un toque más sutil que cualquier otro miembro del equipo literario de Douglas a la tarea de seleccionar adjetivos que alabasen y complacieran a una audiencia; había escrito anuncios comerciales antes de dedicarse a la política, y no estaba arrepentido de ello. Sí, aquello acerca de «la mano que mece la cuna» era a todas luces obra de Jim… Era el tipo de hombre capaz de seducir a una chica tentándola con un caramelo, y considerarlo una hábil operación.

— ¡Apaga eso! —gimió Jill con urgencia.

— ¿Eh? Tranquila, pies bonitos. Tengo que escuchar esto.

—… y así, amigos, me cabe el honor de traer ante ustedes a nuestro conciudadano Valentine Michael Smith, ¡el Hombre de Marte! Mike, todos sabemos que está usted cansado y que no se encuentra del todo bien, pero… ¿querrá decirles unas palabras a nuestros amigos?

La escena de la estéreo en el tanque se fundió a un plano medio de un hombre sentado en una silla de ruedas. Inclinado sobre él como si fuera su tío preferido estaba el secretario Douglas y, al otro lado de la silla, una enfermera, rígida, almidonada y fotogénica.

Jill abrió mucho la boca. Ben susurró ferozmente:

— ¡Silencio! No quiero perderme ni una sola palabra de esto.

La entrevista no fue larga. El suave rostro infantil del hombre en la silla de ruedas esbozó una tímida sonrisa; miró hacia la cámara y dijo:

—Hola, amigos. Disculpen si sigo sentado. Aún estoy débil — parecía hablar con dificultad y, en una ocasión, la enfermera le interrumpió para tomarle el pulso.

En respuesta a las preguntas de Douglas, dirigió cumplidos al capitán Van Tromp y a la tripulación de la *Champion*, dio las gracias a todos por su rescate, y dijo que todo el mundo en Marte estaba excitadísimo por haber contactado con la Tierra y que esperaba poder ayudar en la tarea de amalgamar unas relaciones

intensas y amistosas entre los dos planetas. La enfermera le interrumpió de nuevo, pero Douglas dijo con voz suave:

—Mike, ¿se siente lo bastante fuerte como para contestar a una pregunta más?

—Claro, señor Douglas… si sé la respuesta.

—Mike… ¿Qué opina de las muchachas de la Tierra?

— ¡Jesús! — el semblante infantil adoptó una expresión alucinada y extática y se tiñó de rosa.

La cámara fundió de nuevo a la cabeza y los hombros del secretario general.

—Mike me pidió que les comunicara —continuó en tono paternal—que volverá a estar con ustedes en cuanto le sea posible. Tiene que revitalizar sus músculos, ya saben. La gravedad de la Tierra es tan intensa para él como lo sería para nosotros la gravedad de Júpiter. Quizá la semana próxima, si los médicos consideran que está lo bastante fuerte.

La escena cambió de nuevo a la publicidad de las píldoras Chica Lista y a una rápida obrita de un acto que dejaba bien claro que la muchacha que no las utilizaba no sólo estaba loca sino que no tenía la menor idea de lo que le convenía: los hombres cruzarían a la acera de enfrente para no encontrarse con ella. Ben cambió de canal, luego se volvió a Jill y dijo hoscamente:

—Bueno, ya puedo hacer pedazos mi artículo de mañana. Douglas lo tiene bien metido bajo su pulgar.

— ¡Ben!

— ¿Eh?

— ¡Ése no era el Hombre de Marte!

— ¿Qué? Cariño, ¿estás segura?

— ¡Claro que estoy segura! Oh, se parecía a él, se parecía mucho a él. Incluso la voz era similar. Pero no era el paciente que vi en la habitación custodiada.

Ben intentó hacer tambalear su convicción. Señaló las varias docenas de personas que se sabía que habían visto a Smith:

guardias, internos, enfermeros, el capitán y los miembros de la tripulación de la *Champion*, probablemente otros. Unos cuantos de esa lista debían de haber visto esta transmisión… o al menos la Administración tenía que presuponer que alguno la vería y se daría cuenta de la sustitución… si había habido sustitución. No tenía sentido… el riesgo era excesivo.

Jill no ofreció ninguna refutación lógica; se limitó a proyectar hacia delante su labio inferior e insistió en que la persona que había aparecido en la estéreo no era el enfermo que ella había conocido. Por último exclamó, irritada:

— ¡De acuerdo, de acuerdo, lo que tú quieras! No puedo probar que tengo razón… así que he de estar equivocada. ¡Hombres!

—Vamos, Jill…

—Por favor, llévame a casa.

Ben se fue en silencio a buscar un taxi. No tomó uno de los que se alineaban fuera del restaurante, aunque ya no creía que nadie se interesara por sus movimientos; lo seleccionó entre los que había estacionados en la plataforma de aterrizaje de un hotel al otro lado de la calle.

Jill se mantuvo gélida durante el vuelo de regreso. Finalmente, Ben sacó las transcripciones de lo grabado en la habitación de Smith en el hospital y las releyó. Volvió a leerlas, meditó unos instantes y dijo:

—Jill.

— ¿Sí, señor Caxton?

— ¡También yo te llamaré «señora»! Mira, Jill, lo siento. Te pido disculpas. Estaba equivocado.

— ¿Y qué te ha conducido a esta trascendental conclusión?

Caxton golpeó los papeles contra la palma de su mano.

—Esto. No es posible que Smith se manifestara ayer y anteayer del modo en que lo hizo, y que esta noche haya concedido esa entrevista. Antes hubiera accionado sus mandos… Se hubiera sumergido en uno de esos trances.

—Me siento reconfortada de que al fin te hayas dado cuenta de lo obvio.

—Jill, ¿serías tan amable de patearme un par de veces en la boca y luego olvidarlo? Esto es serio. ¿Sabes lo que significa?

—Significa que usaron un actor para falsificar una entrevista. Te lo dije hace una hora.

—Desde luego. Un actor, y uno bueno además, meticulosamente caracterizado y aleccionado. Pero esto implica mucho más que eso. Tal como lo veo, hay dos posibilidades. La primera es que Smith ha muerto y…

— ¡Muerto! —Jill se halló de pronto reviviendo la curiosa ceremonia del trago de agua y notó de nuevo el sabor de la extraña, cálida y extraterrestre personalidad de Smith, entremezclada con una insoportable amargura.

—Tal vez. En cuyo caso, ese suplantador seguirá «vivo» durante una semana o diez días, hasta que tengan tiempo de redactar los documentos que desean que firme. Luego el suplantador «morirá» y lo mandarán fuera de la ciudad, probablemente con un condicionamiento hipnótico de silencio tan fuerte que el asma le asfixie si tratara de hablar… Incluso es posible que le practiquen una lobotomía transorbital si los chicos quieren estar seguros. Pero, si Smith *está* muerto, será mejor que lo olvidemos todo; nunca podremos demostrar la verdad. Así que vamos a suponer que sigue con vida.

— ¡Oh, eso espero!

— ¿Qué es Hécuba para ti, o qué eres tú para Hécuba? —citó erróneamente Caxton—. Si continúa vivo, es posible que no haya nada especialmente siniestro en todo este asunto. Al fin y al cabo, muchas figuras públicas utilizan dobles en algunas de sus apariciones; es algo que ni siquiera irrita al público porque, cada vez que algún tipo cree haber descubierto un doble, esto le hace sentirse tan listo que con ello ya tiene suficiente. Así que es posible que la Administración se haya limitado a ceder a las demandas públicas, y haya ofrecido el espectáculo del Hombre de Marte que

tanto hemos estado reclamando. Podría ser que dentro de dos o tres semanas nuestro amigo Smith se halle en suficiente buena forma como para resistir el esfuerzo que representan las apariciones en público, en cuyo momento le harán correr sin descanso de un lado para otro. ¡Pero lo dudo mucho!

— ¿Por qué?

—Utiliza tu hermosa cabecita rizada. El honorable Joe Douglas ha hecho ya un primer intento de arrancar a Smith lo que deseaba de él… y ha fracasado de la manera más miserable. Pero Douglas no puede permitirse fracasar. Así que opino que enterrará a Smith más profundamente que nunca… y eso será lo último que sabremos del auténtico Hombre de Marte.

— ¿Quieres decir que lo matará? —jadeó Jill, muy despacio.

— ¿Por qué ser tan cruel? Pero sí encerrarle en alguna clínica particular y no permitirle que se entere nunca más de nada. Puede que ya haya sido alejado del Centro de Bethesda.

— ¡Oh, querido! Ben, ¿qué vamos a hacer?

Caxton frunció el entrecejo y pensó unos instantes.

—No tengo ningún buen plan. Ellos tienen el bate y la pelota, y establecen las reglas del juego. Pero lo que voy hacer es esto: me presentaré en ese hospital con un testigo honesto a un lado y un abogado duro al otro, y pediré ver a Smith. Quizá consiga arrastrarles a terreno descubierto.

— ¡Estaré detrás de ti!

—Ni lo sueñes. Tú quédate fuera de esto. Como señalaste antes, podría arruinarte profesionalmente.

—Pero me necesitas para identificarle…

—Oh, no. Me considero capaz de distinguir, incluso en el transcurso de una entrevista muy corta, a un hombre criado por seres no humanos de un actor que pretenda suplantarle. Pero, si algo va mal, tú serás mi as en la manga: una persona que sepa que están organizando una mascarada con el Hombre de Marte y que tenga acceso al interior del Centro de Bethesda. Cariño, si no

recibes noticias mías, considérate en libertad para obrar por tu cuenta.

—Ben, ¿no te harán daño?

—Lucho fuera de mi peso, nena. No hay forma de saberlo.

—Oh… Ben, no me gusta esto. Si logras entrar y verle, ¿qué piensas hacer?

—Voy a preguntarle si desea abandonar el hospital. Si dice que sí, le invitaré a que venga conmigo. En presencia de un testigo honesto no se atreverán a impedirle salir. Un hospital no es una prisión; no tienen ningún derecho legal a retenerle.

—Oh… ¿Y luego qué? Necesita realmente cuidados médicos, Ben; no está en condiciones de ocuparse de sí mismo. Lo sé.

Caxton frunció de nuevo el entrecejo.

—He estado pensando en eso. Yo no puedo cuidarle. Tu podrías, por supuesto, si tuvieras los medios. Podríamos acomodarle en mi piso y…

—…y yo le cuidaré. ¡Lo haremos, Ben!

—Despacio. He pensado en eso. Douglas podría sacar algún conejo legal del sombrero, un reconocimiento de incapacidad o algo parecido, y Smith tendría que regresar a su encierro. Y acaso tú y yo fuéramos encerrados también… —Frunció más el entrecejo —. Pero conozco a un hombre que podría ofrecerle refugio y salirse con bien de ello.

— ¿Quién?

— ¿Has oído hablar alguna vez de Jubal Harshaw?

— ¿Eh? ¿Y quién no?

—Esa es una de sus ventajas: todo el mundo sabe quién es, lo cual le convierte en una persona difícil de atropellar. Puesto que posee a la vez los títulos de doctor en medicina y abogado, es tres veces más difícil de atropellar. Pero, lo más importante, es un individualista tan acérrimo que lucharía contra el Departamento de Seguridad de la Federación en pleno, armado sólo con un cuchillo de pelar patatas, si eso le pareciera bien… y *eso* le hace ocho veces

más difícil de atropellar. Pero lo más importante es que le conocí a fondo durante los juicios de deslealtad; es un amigo con el que puedo contar. Si logro sacar a Smith de Bethesda, lo llevaré a la casa de Harshaw en el Poconos… ¡y entonces simplemente nos limitaremos a dejar que esos inútiles traten de volver a ocultarlo bajo la alfombra! Entre mi columna y los deseos de lucha de Harshaw, les haremos pasar unos malos momentos.

OceanofPDF.com

7

Pese a haber trasnochado, Jill estaba preparada para efectuar su relevo del turno nocturno en la planta del hospital a la mañana siguiente, diez minutos antes de la hora que le correspondía. Tenía toda la intención de obedecer las órdenes de Ben: permanecer alejada del intento del periodista de ver al Hombre de Marte, pero estaba decidida a mantenerse cerca cuando se produjera… sólo por si Ben necesitara refuerzos.

Ya no había guardiamarinas en el pasillo. Bandejas, medicamentos y dos pacientes que preparar para cirugía la tuvieron atareada durante las primeras dos horas; apenas tuvo tiempo de comprobar la puerta de la suite K—12. Estaba cerrada con llave, lo mismo que la puerta de la sala de espera contigua. La puerta a la sala de guardia al otro lado también estaba cerrada. Consideró la posibilidad de meterse en ella subrepticiamente para ver a Smith a través de la puerta de comunicación, ahora que los guardias se habían ido, pero decidió aplazarlo; tenía demasiado trabajo. No obstante, se mantuvo atenta a cuantas personas aparecieron por la planta.

Ben no se dejó ver, y un discreto interrogatorio a la telefonista de la centralita le aseguró que ni Ben ni nadie más había acudido a ver al Hombre de Marte mientras Jill estuvo atareada en otra parte. Eso la desconcertó; aunque Ben no había dicho la hora, ella había sacado la conclusión de que su plan consistía en invadir la ciudadela a primeros del día, tan pronto como le fuera posible.

Finalmente decidió que tenía que echar una ojeada. Durante una pausa, llamó a la puerta de la sala de guardia, luego asomó la cabeza y fingió sorprenderse.

— ¡Oh! Buenos días, doctor. Pensé que el doctor Frame estaría aquí.

El médico sentado al escritorio de guardia era completamente desconocido para Jill. Apartó la vista del display de datos fisiológicos que estaba estudiando, la miró, luego esbozó una sonrisa mientras la examinaba de arriba abajo.

—No he visto al doctor Frame, enfermera. Soy el doctor Brush. ¿Puedo ayudarla en algo?

Ante la típica reacción masculina, Jill se relajó.

—No, nada en especial. ¿Cómo se encuentra el Hombre de Marte?

— ¿Eh?

Ella sonrió y le guiñó un ojo.

—No es ningún secreto para el personal, doctor. Su paciente… —indicó con un gesto la puerta interior.

— ¿Eh? — el médico pareció asombrado — ¿Le tenían aquí?

— ¿Acaso ya no está?

—Por supuesto que no. Tenemos a la señora Rose Bankerson, una paciente del doctor Garner. La trasladamos esta mañana a primera hora.

— ¿De veras? Entonces, ¿qué ha sido del Hombre de Marte? ¿Dónde lo han puesto?

—No tengo la menor idea. Vaya, ¿así que me he perdido realmente de ver a Valentine Smith?

—Ayer estaba aquí. Eso es todo lo que sé.

— ¿Y el doctor Frame se ocupaba de su caso? Algunas personas se llevan toda la suerte. Mire lo que me ha tocado a mí…

Conectó la cámara de observación de circuito cerrado que tenía sobre su escritorio; Jill vio enmarcada en la pantalla, como si

la estuviera contemplando desde arriba, una cama de agua; flotando en ella había una diminuta anciana. Parecía estar dormida.

— ¿Qué tiene?

—Hum… Enfermera, si esa mujer no tuviese más dinero del que ninguna persona debería tener, me sentiría tentado a diagnosticarle demencia senil. Pero, tal como son las cosas, ha ingresado para tomarse un descanso y para que le hagan un chequeo.

Jill intercambió unas cuantas frases intrascendentes y, tras unos momentos, fingió haber visto una luz de llamada. Fue a su escritorio y sacó el registro del turno de noche. Sí… allí estaba: V. M. Smith, K—12 transferido. Debajo de esta entrada había otra: Sra. Rose S. Bankerson ingresada en K—12 (dieta s/Dr. Garner —sin órdenes—, responsabilidad nula para el servicio de planta).

Tras comprobar que la vieja rica no era responsabilidad suya, Jill volvió su atención a Valentine Smith. Algo acerca del caso de la señora Bankerson sonaba en su cabeza de un modo extraño, pero no podía echarle mano, así que lo apartó de su mente y se dedicó al asunto que le interesaba. ¿Por qué habían trasladado a Smith en mitad de la noche? Probablemente para eludir cualquier posible contacto con gente de fuera. Pero, ¿adónde lo habrían llevado? En circunstancias normales Jill se hubiera limitado a llamar a Recepción y preguntarlo, pero las opiniones de Ben — además de la falsa emisión de la noche antes — la habían puesto en guardia acerca de mostrar curiosidad. Decidió esperar hasta la comida y ver qué podía captar en la marea general de los rumores.

Pero antes fue al teléfono público de la planta y llamó a Ben. Su oficina le informó que acababa de salir de la ciudad y estaría fuera algunos días. Se quedó casi sin habla ante aquello… luego se recobró y dejó recado de que dijeran a Ben que la llamase. Luego telefoneó a la casa. No estaba allí tampoco; dejó grabado el mismo mensaje.

* * *

Ben Caxton no perdió tiempo mientras preparaba su intento de abrirse camino hasta Valentine Michael Smith. Tuvo suerte y pudo contratar a James Oliver Cavendish como testigo honesto. Aunque cualquier testigo honesto hubiese servido, el prestigio de Cavendish era tal que casi ni hacía falta ningún abogado. El anciano caballero había testificado infinidad de veces ante el Tribunal Supremo de la Federación, y se decía que los testamentos archivados en su cabeza representaban una cantidad no de miles de millones, sino de billones. Cavendish había recibido toda su enseñanza en memoria total del gran doctor Samuel Renshaw en persona, y su adiestramiento hipnótico profesional lo había conseguido como pupilo de la Fundación Rhine. Sus honorarios por una jornada de trabajo o fracción superaban el sueldo de Ben de una semana, pero esperaba poder cargar los gastos a la sindicación del *Post*… En cualquier caso, ni siquiera lo mejor era lo bastante bueno para aquel trabajo.

Caxton recogió al joven Frisby, de Biddle, Frisby, Frisby, Biddle & Reed, puesto que esta firma de abogados era la que representaba a la sindicación del *Post*, y luego los dos jóvenes llamaron al testigo Cavendish. La alta y enjuta figura del señor Cavendish, envuelta desde la barbilla hasta los tobillos con la blanca toga de su profesión, le recordó a Ben la estatua de la Libertad… y era casi tan llamativa como ella. Ben le había explicado ya a Mark Frisby lo que pretendía hacer (y Frisby le había señalado que no le asistía ningún derecho) antes de llamar a Cavendish; una vez en presencia del testigo honesto, se atuvieron al protocolo y se abstuvieron de discutir lo que podían esperar ver y oír.

El taxi los dejó en el Centro de Bethesda; fueron directamente al despacho del director. Ben entregó su tarjeta y pidió una

entrevista con él. Una mujer de modales autoritarios y acento cuidadosamente cultivado le preguntó si tenía concertada una cita. Ben admitió que no.

—Entonces me temo que sus probabilidades de ver al doctor Broemer son casi insignificantes. ¿Puede indicarme el motivo de su visita?

—Simplemente dígale —indicó Caxton en voz alta, para que las demás personas que esperaban pudiesen oírlo— que Ben Caxton, de *El Nido del Cuervo*, está aquí con un abogado y un testigo honesto para entrevistar a Valentine Michael Smith, el Hombre de Marte.

La mujer se sobresaltó más allá de su altivez profesional. Pero se recobró rápidamente y dijo en tono helado:

—Le informaré de ello. ¿Tienen la bondad de sentarse?

—Gracias, esperaremos aquí.

Esperaron. Frisby encendió un cigarrillo; Cavendish esperó con la tranquila paciencia de quien ha visto ya todas las actitudes buenas y malas y ha llegado a la conclusión de que en el fondo ambas son lo mismo, y Caxton procuró dominar su nerviosismo y no morderse las uñas. Al fin, la reina de las nieves anunció desde detrás de su escritorio:

—El señor Berquist les recibirá.

— ¿Berquist? ¿Gil Berquist?

—Me parece que su nombre es Gilbert Berquist.

Caxton reflexionó sobre ello… Gil Berquist pertenecía al enorme pelotón de hombres de paja o «ayudantes ejecutivos» que tenía Douglas a su servicio. Su especialidad era ocuparse de los visitantes oficiales.

—No deseo ver a Berquist; quiero ver al director.

Pero Berquist salía ya en aquellos momentos, con la mano derecha extendida y una amplia sonrisa de bienvenida pegada a su rostro.

— ¡Ben Caxton! ¿Qué tal, compañero? Cuánto tiempo sin vernos, y todo esto… ¿Sigues ganándote la vida con las viejas tretas de siempre? —miró al testigo honesto, pero su expresión no admitió nada.

Ben estrechó brevemente su mano.

—Las mismas viejas tretas de siempre, sí. ¿Qué estás haciendo aquí, Gil?

—Si alguna vez consigo librarme de los deberes del servicio público, yo también me buscaré una columna… Nada que hacer, excepto telefonear un millar de palabras sobre las habladurías de cada día, y haraganear el resto del tiempo. Te envidio, Ben.

—He dicho: ¿qué estás haciendo aquí, Gil? Deseo ver al director, luego tener cinco minutos con el Hombre de Marte. No he venido a recibir tus palmaditas de alto nivel en la espalda.

—Vamos, Ben, no adoptes esa actitud. Estoy aquí porque la prensa ha vuelto casi loco al doctor Broemer… así que el secretario general me envió para quitarle un poco de peso de encima de los hombros.

—Está bien. Quiero ver a Smith.

—Ben, viejo amigo, ¿te das cuenta de que todos los periodistas, corresponsales, enviados especiales, redactores de sucesos, comentaristas, colaboradores independientes y gacetilleros lacrimógenos desean lo mismo? Vosotros no sois más que un simple pelotón dentro de un ejército; si os dejara pasar a todos, mataríais al pobre tipo en veinticuatro horas. Hace apenas veinte minutos estuvo aquí Polly Peepers. Quería entrevistar a Smith acerca de la vida amorosa entre los marcianos —Berquist se llevó ambas manos a la cabeza y adoptó una expresión de abrumada impotencia.

—Deseo ver a Smith. ¿Puedo verlo, o no puedo verlo?

—Ben, busquemos un lugar tranquilo donde podamos hablar un poco delante de un vaso largo. Puedes preguntarme cualquier cosa.

—No quiero preguntarte nada; quiero ver a Smith. Por cierto, éste es mi abogado, Mark Frisby, de Biddle & Frisby —como era costumbre, Ben no presentó al testigo honesto; todos fingieron que no estaba presente.

—Conozco a Frisby —dijo Berquist con una breve inclinación de cabeza—. ¿Cómo sigue tu padre, Mark? ¿La sinusitis sigue haciéndole la pascua?

—Como siempre.

—Es este maldito clima de Washington. Vamos, Ben. Tú también, Mark.

—Un momento —dijo Caxton—. No quiero entrevistarte a ti, Gil. Quiero ver a Valentine Michael Smith. Actúo en nombre de la sindicación del *Post*, y por ello represento indirectamente a más de doscientos millones de lectores. ¿Voy a poder verle? Si no es así, dilo en voz alta y deja bien sentada tu autoridad legal para negarte.

Berquist suspiró.

—Mark, ¿quieres explicarle a este cronista chismoso que no puede entrar a la fuerza en la habitación de un hombre enfermo simplemente porque tiene una columna sindicada? Valentine Smith hizo una aparición pública justo anoche… en contra de la opinión de su médico, tengo que añadir. Ese hombre tiene derecho a gozar de un poco de paz y tranquilidad y a disponer de la oportunidad de recuperar sus fuerzas y orientarse un poco. Esa aparición de anoche fue suficiente, más que suficiente.

—Corren rumores —indicó cautelosamente Caxton— de que la aparición de anoche fue un fraude.

Berquist dejó de sonreír.

—Frisby —dijo fríamente—, ¿quieres darle a tu cliente unos cuantos consejos acerca de las leyes relativas a la difamación?

—Tómatelo con calma, Ben.

—Conozco las leyes relativas a la difamación, Gil. En mi negocio he de conocerlas. Pero, ¿a quién estoy difamando? ¿Al Hombre de Marte? ¿O a alguna otra persona? Dame un nombre. Repito —alzó la voz— que he oído decir que el hombre

entrevistado anoche en la televisión no era el Hombre de Marte. Quiero verle personalmente y preguntárselo.

La gente que llenaba el vestíbulo de recepción guardaba un silencio absoluto mientras todo el mundo prestaba oídos a la discusión y fingía ocuparse en otras cosas. Berquist miró rápidamente al testigo honesto, luego controló su expresión y sonrió a Caxton antes de decir:

—Ben, es posible que te hayas convencido a ti mismo de que necesitas esa entrevista… así como un proceso. Aguarda un momento.

Desapareció en el despacho interior y regresó al cabo de poco.

—Lo he arreglado —dijo con voz cansada—, aunque Dios sabe por qué lo he hecho. No te lo mereces, Ben. Vamos. Sólo tú… Mark, lo lamento, pero no es posible permitir la entrada a una multitud; hay que tener en cuenta que Smith es un hombre enfermo.

—No —dijo Caxton.

— ¿Eh?

—O los tres, o ninguno.

—No seas estúpido, Ben; estás recibiendo un privilegio muy especial. Te diré lo que haremos… Mark puede venir y esperar fuera. Pero no le necesitas *a él* —señaló a Cavendish con un movimiento de cabeza; el testigo pareció no oír.

—Quizá no. Pero he pagado sus honorarios para tenerlo aquí conmigo. Mi columna afirmará esta noche que la Administración se negó a permitir que un testigo honesto viera al Hombre de Marte.

Berquist se encogió de hombros.

—De acuerdo, entonces. Ben, espero que ese proceso por difamación acabe contigo definitivamente.

Tomaron el ascensor para las camillas en vez del tubo impulsor — como deferencia a la edad de Cavendish —; luego recorrieron un pasillo lateral durante un largo trecho, dejando atrás laboratorios, salas de terapia, solarios y pabellón tras pabellón. En una ocasión fueron detenidos por un guardia, que telefoneó y luego les dejó pasar; finalmente fueron conducidos a una sala de display

de datos fisiológicos utilizada para observar a los pacientes en estado crítico.

—Éste es el doctor Tanner —anunció Berquist—. Doctor, éstos son el señor Caxton y el señor Frisby —por supuesto, no presentó a Cavendish.

Tanner pareció preocupado.

—Caballeros, hago esto contra mi voluntad, sólo porque el director ha insistido. Debo advertirles una cosa: no hagan ni digan *nada* que pueda excitar a mi paciente. Se halla en unas condiciones de neurosis extrema y cae con facilidad en un estado de huida patológica… de trance, si prefieren llamarlo así.

— ¿Epilepsia? —preguntó Ben.

—Un profano podría confundirlo fácilmente con ella. Sin embargo, es más parecido a una catalepsia. Pero no me cite; no existe ningún precedente clínico para este caso.

— ¿Es usted especialista, doctor? ¿Psiquiatra tal vez?

Tanner miró brevemente a Berquist.

—Sí —admitió.

— ¿Dónde ha efectuado usted sus prácticas de especialización?

—Vamos, Ben —dijo Berquist—, veamos al paciente y terminemos con esto. Después podrás preguntarle al doctor Tanner.

—De acuerdo.

Tanner examinó sus diales y gráficos, luego accionó un interruptor y miró una pantalla de circuito cerrado. Abandonó el escritorio, abrió una puerta y les condujo a un dormitorio contiguo, al tiempo que se llevaba un dedo a los labios. Los otros cuatro le siguieron. Caxton tuvo la sensación de que era conducido a «ver lo que quedaba» y reprimió una nerviosa necesidad de echarse a reír.

La habitación estaba en penumbra.

—La mantenemos en semioscuridad porque sus ojos no están acostumbrados al nivel de brillo de nuestras luces —explicó Tanner con voz baja. Se acercó a una cama hidráulica que ocupaba el

centro de la habitación—. Mike, le he traído unos amigos que desean verle.

Caxton se acercó. Flotando, medio oculto por la forma en que su cuerpo se hundía en la piel de plástico que cubría el líquido en el tanque, y más oculto aún por una sábana que lo cubría hasta las axilas, había un hombre joven. Les miró pero no dijo nada; su rostro liso y redondo carecía de expresión.

Por todo lo que Ben podía decir, era el hombre que había aparecido en la estéreo la noche antes. Le asaltó la vertiginosa sensación de que la pequeña Jill, con la mejor de las intenciones, le había lanzado a la cara una granada sin el seguro. Un proceso por difamación podía muy bien arruinarle.

— ¿Es usted Valentine Michael Smith?

—Sí.

— ¿El Hombre de Marte?

—Sí.

— ¿Apareció usted en la estéreo anoche?

El hombre en la cama no contestó. Tanner dijo:

—No creo que conozca esa palabra. Déjeme intentarlo a mí. Mike, ¿se acuerda de lo que hizo anoche con el señor Douglas?

El rostro del hombre adoptó una expresión malhumorada.

—Luces fuertes. Daño.

—Sí, las luces le hicieron daño en los ojos. El señor Douglas quería que usted dijera hola a la gente.

El paciente esbozó una ligera sonrisa.

—Largo paseo en silla.

—De acuerdo —asintió Caxton—. Entiendo. Mike, ¿le tratan como es debido aquí?

—Sí.

—No está obligado a permanecer aquí si no quiere, ¿sabe? ¿Puede usted andar?

—Hey, un momento, señor Caxton… —se apresuró a decir Tanner. Berquist apoyó una mano en el brazo del médico, y éste se

calló.

—Puedo andar… un poco. Cansado.

—Haré que le proporcionen una silla de ruedas. Mike, si no quiere seguir aquí, puedo llevármelo a donde usted desee ir.

Tanner apartó la mano de Berquist y dijo:

— ¡No tiene usted atribuciones para interferir entre mi paciente y yo!

—Es un hombre libre, ¿no? — insistió Caxton —. ¿O se le considera prisionero aquí?

— ¡Claro que es un hombre libre! — respondió Berquist —. Tranquilo, doctor. Deje que este estúpido cave su propia tumba.

—Gracias, Gil. Muchas gracias. Así que es libre de marcharse si lo desea. Ya lo ha oído, Mike. No tiene que seguir aquí si no quiere. Puede ir usted a donde le plazca. Yo le ayudaré.

El paciente miró a Tanner con expresión aterrada.

— ¡No! ¡No, no, no!

—Está bien, está bien.

— ¡Señor Berquist —restalló Tanner—, esto ya ha ido demasiado lejos!

—De acuerdo, doctor. Ben, traslademos el show a la calle. Supongo que ya has tenido suficiente.

—Hum… sólo otra pregunta.

Caxton pensó rápidamente, intentando imaginar qué podía sacar de aquello. Según todas las apariencias, Jill se había equivocado… Sin embargo, ¡ella no estaba equivocada! Al menos, así lo había parecido la noche antes. Pero algo no encajaba, aunque era incapaz de decir qué.

—Una pregunta más —aceptó Berquist a regañadientes.

—Gracias. Eh… Mike, anoche el señor Douglas le hizo algunas preguntas… —el paciente le miró, pero no hizo ningún comentario—. Veamos, le preguntó qué pensaba de las muchachas de la Tierra, ¿verdad?

El rostro del enfermo se iluminó con una amplia sonrisa.

— ¡Jesús!

—Sí, Mike… *¿cuándo y dónde vio a esas muchachas?*

La sonrisa se desvaneció. El paciente miró a Tanner, luego se puso rígido, sus ojos rodaron en sus órbitas y se encogió en una postura fetal, con las rodillas levantadas, la cabeza doblada, los brazos cruzados sobre el pecho.

— ¡Sáquelos de aquí! —restalló Tanner. Avanzó con paso rápido hasta la cama y tomó el pulso al enfermo.

— ¡Ahora sí lo acabas de destrozar todo! —exclamó Berquist salvajemente—. ¿Te vas a marchar de una vez, Caxton? ¿O tendré que llamar a los guardias?

—Oh, de acuerdo, ya nos vamos —accedió Caxton.

Todos menos Tanner salieron de la habitación, y Berquist cerró la puerta.

—Sólo un detalle, Gil —insistió Caxton—. Le habéis tenido encerrado ahí dentro, así que… ¿dónde *vio* a esas chicas?

— ¿Eh? No seas estúpido. Ha visto montones de muchachas. Enfermeras… técnicas de laboratorio… Ya sabes.

—No, no sé. Tengo entendido que a su alrededor sólo había hombres, enfermeros, y que las visitas femeninas estaban estrictamente prohibidas.

— ¿Eh? No seas más absurdo de lo que ya estás siendo — Berquist parecía irritado. Luego, de pronto, sonrió—. Anoche viste a una enfermera a su lado, en la estéreo.

—Oh. Sí, claro —Caxton calló y se dejó conducir fuera.

No volvieron a hablar del asunto hasta que los tres hombres estuvieron en el aire, camino de la casa de Cavendish. Entonces Frisby comentó:

—Ben, no creo que el secretario general exija que se te demande, puesto que nada de esto ha salido en letra impresa. De todos modos, si realmente posees una fuente digna de crédito para ese rumor que mencionaste, hubiera sido mejor que perpetuáramos

la evidencia. No tienes muchas cosas sobre las que apoyarte, ¿sabes?

—Olvídalo, Mark. No va a demandarme —Ben miró el suelo del taxi con ojos ceñudos—. ¿Cómo sabemos que era el Hombre de Marte?

— ¿Eh? Oh, vamos… deja eso, Ben.

— ¿Cómo lo *sabemos*? Hemos visto un individuo de aproximadamente la edad adecuada en una cama de hospital. Tenemos la palabra de Berquist… y Berquist inició su carrera política con refutaciones; su palabra no significa nada. Vimos a un total desconocido que supuestamente era un psiquiatra… pero cuando traté de averiguar dónde había estudiado psiquiatría me obligaron a cambiar de tema. ¿Cómo lo sabemos? Señor Cavendish, ¿vio u oyó algo que le convenciera de que ese tipo era el Hombre de Marte?

—Mi función no consiste en formar opiniones —respondió Cavendish cuidadosamente—. Veo, oigo… eso es todo.

—Lo siento.

—Por cierto, ¿ha terminado ya conmigo en mi capacidad profesional?

— ¿Eh? Oh, sí, claro. Gracias, señor Cavendish.

—Gracias a usted, señor. Ha sido una asignación interesante —el anciano caballero se quitó la toga que le separaba del resto de los mortales ordinarios, la dobló cuidadosamente y la depositó sobre el asiento. Suspiró, se relajó, y sus facciones perdieron su inexpresividad profesional, se volvieron más cálidas y blandas. Sacó una cajita de cigarros y ofreció a los demás; Frisby aceptó uno, y compartieron el mechero—. Yo no fumo mientras estoy de servicio —observó Cavendish a través de una densa nube de humo —. Interfiere con el funcionamiento óptimo de los sentidos.

—Si hubiese podido llevar con nosotros a un miembro de la tripulación de la *Champion* —insistió Caxton—, tal vez habría conseguido algo. Pero pensé que seguramente podría decirlo por mí mismo.

—Debo admitir —observó Cavendish— que me ha sorprendido un poco el que se abstuviera usted de hacer una cosa.

— ¿Eh? ¿Qué olvidé?

—Las callosidades.

— ¿Las callosidades?

—Desde luego. La historia de la vida de un hombre se puede leer en sus callos. Una vez escribí una monografía sobre ello, que apareció en el *Boletín trimestral del testigo*… algo parecido a la famosa monografía de Sherlock Holmes sobre la ceniza del tabaco. Ese joven de Marte… Puesto que nunca ha llevado nuestro tipo de calzado y ha vivido en una gravedad de aproximadamente un tercio de la nuestra, debería mostrar unas callosidades en consonancia con su anterior medio ambiente. Incluso el tiempo que pasó recientemente en el espacio tuvo que dejar sus marcas. Muy interesante.

— ¡Maldita sea! Buen Dios, señor Cavendish, ¿por qué no me lo sugirió?

— ¿Señor? —el anciano se irguió y sus fosas nasales se dilataron—. Eso no hubiera sido ético. Soy un testigo honesto, no un participante. Mi asociación profesional me suspendería por mucho menos. Seguro que usted sabe eso.

—Lo siento, lo olvidé —Caxton frunció el ceño—. Demos la vuelta a este cacharro. Echaremos un vistazo a sus pies… ¡o haré volar todo el edificio sobre la gorda cabeza de Berquist!

—Me temo que tendrá que buscar usted a otro testigo… en vista de mi indiscreción al tratar del asunto, incluso después del hecho.

—Oh, sí, por supuesto… —Caxton frunció el ceño.

—Será mejor que te calmes, Ben —aconsejó Frisby—. Ya te has hundido bastante. Personalmente, estoy convencido de que era el Hombre de Marte. La navaja de Occam, la hipótesis menor, simplemente el buen sentido del caballo.

Caxton dejó a sus acompañantes, luego puso el taxi en vuelo circular mientras reflexionaba. ¿Qué podía ocurrir? Había ido tan

lejos como Berquist se lo había permitido, no más. Lo había conseguido una vez… con un abogado y un testigo honesto. Solicitar una segunda entrevista con el Hombre de Marte, la misma mañana, era irrazonable y sería rechazado. No, ya que esto era irrazonable, no podía hacer nada efectivo a través de su columna.

Pero Caxton no había logrado una columna sindicada de gran resonancia dejándose vencer por el desaliento. Tenía que encontrar una forma.

¿Cómo? Bien, al menos ahora sabía dónde era retenido el supuesto Hombre de Marte. ¿Entrar disfrazado de electricista? ¿O como conserje? Demasiado llamativo; jamás cruzaría la barrera de los guardias, ni siquiera llegaría hasta el «doctor» Tanner.

¿Era Tanner realmente médico? Parecía poco probable. Los profesionales de la medicina, incluso los peores, tienden a apartarse de las manipulaciones contrarias a su código profesional. Tomemos ese cirujano de la nave, Nelson… Había abandonado el asunto, se había lavado las manos y se había salido del caso simplemente porque…

¡Un momento! El doctor Nelson podría decir con seguridad si ese joven era el Hombre de Marte, sin tener que comprobar callosidades, usar preguntas con trampa ni nada parecido. Caxton tecleó los controles, ordenó al taxi que ascendiera hasta un nivel de aparcamiento y se quedara flotando allí, e inmediatamente trató de telefonear al doctor Nelson a través de su oficina, puesto que no sabía dónde encontrarlo ni tenía los medios para averiguarlo. Tampoco lo sabía su ayudante, Osbert Kilgallen, pero él sí tenía los medios para averiguarlo. Ni siquiera fue necesaria recurrir al largo número de favores no devueltos que guardaba Caxton para estas emergencias, puesto que el archivo de Personas Importantes de la sindicación del *Post* le situó de inmediato en el Nuevo Mayflower.

Unos minutos más tarde Caxton estaba hablando con él, sin conseguir nada: el doctor Nelson no había visto la emisión. Sí, había oído hablar de ella; no, no tenía ningún motivo para sospechar que fuese un fraude.

¿Sabía el doctor Nelson si se había llevado a cabo algún intento de obligar a Smith a renunciar a sus derechos sobre Marte bajo la Resolución Larkin? No, no lo sabía, no tenía ninguna razón para creer que lo hubieran hecho… y le habría tenido sin cuidado aunque fuese cierto; era ridículo hablar de alguien como «propietario» de Marte; Marte pertenecía a los marcianos. Así que…

— Planteemos una pregunta hipotética, doctor: si alguien estuviera intentando…

Pero el doctor Nelson había colgado. Cuando Caxton intentó volver a establecer la comunicación, una voz pregrabada dijo: «El abonado ha suspendido provisionalmente el servicio de forma voluntaria. Si desea usted registrar…».

Caxton colgó, e hizo una estúpida observación referida a los antepasados del doctor Nelson. Pero lo que hizo a continuación fue mucho más estúpido todavía: telefoneó al Palacio Ejecutivo y solicitó hablar con el secretario general.

Su acción fue más fruto de un reflejo que de un plan. En sus años de sabueso — primero como reportero, luego como articulista —, había aprendido que los secretos mejor guardados se descubren con frecuencia yendo directamente a la cumbre y consiguiendo convertirse allí en una persona insoportablemente desagradable. Sabía que retorcer la cola del tigre de aquel modo era peligroso, porque comprendía la psicopatología del poder en sus niveles más altos de una forma tan completa como la ignoraba Jill Boardman… pero habitualmente confiaba en su relativa seguridad como miembro de otra clase de poder, aceptado y temido casi universalmente por los poderosos.

Lo que olvidó fue que, al telefonear al Palacio Ejecutivo desde un taxi, no actuaba tan públicamente como necesitaba.

Caxton no fue puesto en contacto con el secretario general, ni lo había esperado. En vez de ello habló con media docena de subordinados, y se volvió más agresivo con cada uno de ellos. Estaba tan atareado en eso que no se dio cuenta cuando su taxi dejó de flotar y abandonó el nivel de aparcamiento.

Cuando se percató, ya era demasiado tarde; el taxi se negó a obedecer las órdenes que tecleó de inmediato. Caxton comprendió con amargura que se había dejado atrapar de un modo que ningún maleante profesional que se preciara dejaría escapar: su llamada había sido localizada, su taxi identificado, su idiota piloto automático puesto bajo las órdenes de una frecuencia de control de la policía… y el taxi estaba siendo utilizado para apresarle y quitarle de la circulación de la manera más discreta y sin el menor alboroto.

Deseó haber conservado consigo al testigo honesto Cavendish. Pero no perdió el tiempo con estos fútiles pensamientos, sino que cortó la inútil llamada e intentó llamar a su abogado, Mark Frisby.

Aún estaba intentándolo cuando el taxi aterrizó en el interior de un patio y su señal quedó cortada por las paredes. Intentó abandonar el aparato, comprobó que la portezuela no se abría… y apenas se sorprendió al descubrir que se sentía mareado y perdía rápidamente el conocimiento.

OceanofPDF.com

8

Jill intentó decirse a sí misma que Ben debía de haberse lanzado tras otra pista y que simplemente se había olvidado — o no había tenido tiempo — de informarla de ello. Pero no lo creía. Ben, pese a lo increíblemente atareado que estaba siempre, debía mucho de su éxito, tanto profesional como social, a la meticulosa atención que prestaba a los detalles humanos. Recordaba siempre los cumpleaños, y antes dejaría sin pagar una deuda de juego que de enviar una nota de agradecimiento. No importaba adonde hubiera ido ni la urgencia de los asuntos que lo habían impulsado a ello, al menos hubiera dedicado —lo *habría* hecho— dos minutos mientras estaba en el aire a grabar una nota tranquilizadora para ella en su casa o en el Centro. Era una característica invariable de Ben, se recordó, y una de las cosas que lo hacían un ser tan adorable pese a sus muchos defectos.

¡*Debía* haberle dejado un mensaje! Llamó de nuevo a su oficina a la hora del almuerzo y habló con el investigador y jefe de redactores de Ben, Osbert Kilgallen. Éste le aseguró solemnemente que Ben no había dejado mensaje alguno, ni había llegado ninguno desde que ella llamara antes.

Jill pudo ver en la pantalla, más allá de la cabeza del hombre, que había otras personas en la oficina; decidió que era un mal momento para mencionar al Hombre de Marte.

— ¿No dijo adonde iba? ¿O cuándo pensaba volver?

—No. Pero eso no es raro en él. Siempre tenemos unas cuantas columnas de reserva por si se presenta alguna cosa así.

—Bueno… ¿desde dónde llamó? ¿O soy demasiado curiosa?

—En absoluto, señorita Boardman. No llamó; remitió un mensaje desde Paoli Fiat en Filadelfia, creo recordar.

Jill tuvo que contentarse con eso. Fue al comedor de enfermeras e intentó interesarse en el almuerzo. No era, se dijo, como si algo estuviera yendo realmente mal… o como si se hubiera enamorado del maldito tonto o cualquier otra estupidez como aquélla.

— ¡Hey, Boardman! Baja de las nubes… te he hecho una pregunta.

Jill alzó la vista para encontrar a Molly Wheelwright, la dietética del pabellón, que la miraba fijamente.

—Lo siento. Estaba pensando en otra cosa.

— ¿Desde cuándo en tu planta se asignan suites de lujo a los enfermos acogidos al plan de beneficencia?

—No sabía que lo hubiéramos hecho.

— ¿No está la K—12 en tu planta? ¿O te han trasladado?

— ¿La K—12? Por supuesto que está. Pero no se trata de un caso de caridad; es una vieja riquísima, tan rica que puede permitirse el lujo de pagarse un médico para que observe cada vez que respira.

— ¡Bah! Si es rica, entonces debe de haber tropezado de pronto con una montaña de billetes. Se ha pasado los últimos diecisiete meses en el pabellón de terminales del refugio gerontológico.

—Debe de tratarse de algún error.

—Mío no… Yo no dejo que se cometan errores en las dietas de mi cocina. Esa bandeja es difícil, de modo que la compruebo personalmente: dieta sin grasas (le han extirpado la vesícula biliar) y una larga lista de delicadas exquisiteces, aparte la medicación solapada. Créeme, querida, un régimen dietético puede ser tan personal e intransferible como una huella dactilar —la señorita Wheelwright se puso en pie—. Tengo que correr, polluelas. Me

gustaría que me dejaran llevar *esta* cocina por un tiempo. ¡Qué cafetería de mierda!

— ¿Por qué despotricaba Molly? —preguntó una enfermera.

—Por nada. Sólo está confundida.

Pero Jill siguió pensando en aquello. Se le ocurrió que podría localizar al Hombre de Marte haciendo averiguaciones en las cocinas respecto a las dietas. Luego apartó la idea de su cabeza; tardaría todo un día en visitarlas, teniendo en cuenta lo dispersos que estaban los pabellones. El Centro de Bethesda había sido un hospital naval en los días en que las guerras se desarrollaban en los océanos, e incluso entonces ya era enorme. Después fue transferido a Sanidad, Educación y Bienestar, que lo amplió; ahora pertenecía a la Federación y era una pequeña ciudad.

Pero… había algo extraño en el caso de la señora Bankerson. El hospital aceptaba toda clase de pacientes: particulares, de beneficencia y gubernamentales; sin embargo, la planta de Jill sólo albergaba pacientes del gobierno, y sus suites de lujo eran ocupadas por senadores de la Federación u otros altos cargos con derecho a exigir un servicio especial. Resultaba muy raro que un paciente particular tuviera una suite en aquella planta, o estuviera internado en ella bajo cualquier status.

Por supuesto, la señora Bankerson podía haber sido admitida allí si la parte del Centro abierta a los clientes de pago no disponía en aquel momento de suites libres. Sí, probablemente era eso.

Después del almuerzo se vio demasiado abrumada por el trabajo como para poder meditar en el asunto: un alud de nuevos pacientes se lo impidió. Al cabo de un rato se le presentó la necesidad de una cama eléctrica. La acción de rutina hubiera sido pedir por teléfono que enviaran una… pero el almacén estaba en los sótanos, a cuatrocientos metros de distancia, y Jill la necesitaba enseguida. Recordó haber visto que la cama eléctrica que normalmente estaba en el dormitorio de la suite K—12 había sido colocada en la sala de estar de la suite; incluso recordaba haber dicho a uno de aquellos guardiamarinas que no se sentasen en ella.

Al parecer había sido movida allí cuando fue instalada la cama de flotación para Smith.

Probablemente seguiría aún allí, acumulando polvo y contabilizada en el inventario de la planta. Las camas eléctricas eran siempre escasas y costaban seis veces lo que una cama normal. Aunque, estrictamente hablando, aquello era asunto del superintendente del pabellón, Jill no vio razón alguna para cargar innecesariamente una nueva cama eléctrica al presupuesto de la planta… y además, si aún estaba allí, podría cogerla de inmediato. Decidió averiguarlo.

La puerta de la habitación seguía cerrada con llave. Se sorprendió al descubrir que no se abría con la llave maestra. Tras tomar nota para que la sección de mantenimiento reparara la cerradura, se encaminó al cuarto de guardia de la suite para preguntarle acerca de la cama al médico que vigilaba a la señora Bankerson.

El médico de guardia era el mismo que había visto la otra vez, el doctor Brush. No era interno ni residente, sino que había sido traído, según le había dicho a Jill, por el doctor Garner para que se ocupara de aquella paciente. Brush alzó la vista cuanto Jill asomó la cabeza por la puerta.

— ¡Señorita Boardman! ¡Precisamente la persona que deseaba ver!

— ¿Por qué no pulsó el timbre? ¿Cómo está su paciente?

—Oh, ella está bien —respondió el hombre, observando la pantalla de circuito cerrado—. Pero, definitivamente, yo *no*.

— ¿Problemas?

—Un pequeño problema. Cuestión de cinco minutos. Y mi alivio no se encuentra aquí dentro. Enfermera, ¿puede concederme cinco minutos de su valioso tiempo? ¿Y mantener luego la boca cerrada?

—Supongo que sí. Le dije a mi ayudante de planta que iba a estar fuera unos minutos. Déjeme usar su teléfono y le diré dónde puede localizarme si me necesita.

— ¡No! —dijo el médico con tono apremiante—. Sólo cierre la puerta con llave en cuanto yo salga, y no abra a nadie hasta que me oiga tamborilear «Afeitado y corte de pelo». Sea buena chica.

—Está bien, señor —dijo Jill, dubitativa—. ¿Debo hacer algo por su paciente?

—No, no, sólo siéntese aquí en el escritorio y vigílela por la pantalla. No tiene que hacer absolutamente nada. No la moleste.

—Bueno, si ocurre algo, ¿dónde estará usted? ¿En la sala de médicos?

—No voy a ir tan lejos… sólo al lavabo de caballeros al final del pasillo. Ahora calle, por favor, y déjeme ir… esto es *urgente*.

Salió, y Jill obedeció su orden de cerrar la puerta con llave a sus espaldas. Luego observó a la enferma a través de la pantalla del circuito cerrado y echó un vistazo a los diales. La anciana estaba dormida, y los indicadores señalaban que el pulso era fuerte y la respiración tranquila y normal; Jill se preguntó por qué el doctor consideraba necesaria una vigilancia preagónica.

Entonces recordó por qué había ido allí, y decidió comprobar por sí misma si la cama eléctrica estaba en la otra habitación sin tener que molestar al doctor Brush. Aunque aquello no se ceñía a las instrucciones del médico, tampoco molestaría a su paciente —¡por supuesto, sabía cómo cruzar una habitación sin despertar al paciente que dormía en ella!—, y hacía muchos años que había decidido que lo que los médicos ignoraban raras veces les causaba algún daño. Abrió con cuidado la puerta de comunicación y entró en el cuarto de la enferma.

Una rápida mirada le aseguró que la señora Bankerson estaba sumida en el típico sueño senil. Caminó sin ruido hacia la puerta de la sala. Estaba cerrada, pero la llave maestra la abrió sin ningún problema.

Observó que la cama eléctrica se encontraba allí. Y entonces se dio cuenta de que la habitación estaba ocupada… Sentado en un sillón, con un libro de ilustraciones sobre las rodillas, estaba el Hombre de Marte.

Smith alzó la vista y le dirigió una radiante sonrisa, propia de un niño pequeño que se siente de pronto feliz. Jill se sintió aturdida, como si acabaran de despertarla bruscamente. ¿Valentine Smith *allí*? Era imposible; lo habían trasladado a alguna otra parte, lo decía el libro de registro. Pero *estaba* allí.

Entonces todas las desagradables implicaciones y posibilidades parecieron alinearse ante ella… el falso Hombre de Marte en la estéreo… la anciana ahí fuera, a punto de morir, pero cubriendo mientras tanto el hecho de que había allí otro paciente… la puerta que no se había abierto con la llave maestra… y, finalmente, la horrible visión anticipada del «carro de la carne» saliendo de allí cualquier noche, con una sábana por encima que ocultara el hecho de que no llevaba un cadáver, sino *dos*.

Cuando esta última pesadilla se desbocó en su mente arrastró consigo un frío viento de temor: la comprensión de que ella se hallaba también en peligro por el hecho de haber tropezado con aquel asunto de alto secreto.

Smith se levantó desmañadamente de su sillón, tendió hacia ella ambas manos y dijo:

— ¡Hermano de agua!

—Hola. Oh… ¿cómo está?

—Muy bien. Me siento feliz… —agregó algo en una retahíla extraña y sofocada, se corrigió rápidamente y dijo con cuidado—. Está usted aquí, hermano mío. Se había ido. Ahora está aquí. Bebo profundamente de usted.

Jill se sintió desesperadamente dividida entre dos emociones, una que aplastaba y fundía su corazón… y otra un helado temor de ser sorprendida en aquel lugar. Smith no pareció darse cuenta de ello. Dijo:

— ¿Ve? ¡Camino! Cada día estoy más fuerte —lo demostró dando unos cuantos pasos, arriba y abajo; luego se detuvo, triunfante, sin jadear, sonriente ante ella.

Ella se obligó a sonreír también.

—Progresamos, ¿eh? Cada vez está más fuerte, ¡eso es voluntad! Pero ahora tengo que irme… sólo me detuve a saludarle.

La expresión de él cambió a un instantáneo desencanto.

— ¡No se vaya!

— ¡Oh, tengo que hacerlo!

Él siguió mostrándose desconsolado, luego añadió con trágica certidumbre:

—La he lastimado. No me di cuenta.

— ¿Lastimado? ¡Oh, no, en absoluto! Pero tengo que irme… ¡y rápido!

El rostro de Smith se volvió inexpresivo. Declaró, más que pidió:

—Lléveme con usted, hermano.

— ¿Qué? Oh, *no puedo*. Y *tengo* que marcharme ahora mismo. Mire, no diga a nadie que estuve aquí, ¡por favor!

— ¿No decir que mi hermano de agua estuvo aquí?

—Sí. No se lo diga a nadie. Eh… intentaré volver, de veras. Sea buen chico, espere y no hable de esto con nadie.

Smith digirió aquello, pareció serenarse.

—Esperaré. No diré nada.

— ¡Bien!

Jill se preguntó cómo demonios podría cumplir con su promesa de volver a verle… Ciertamente no podía depender de que el doctor Brush tuviera otro oportuno acceso de diarrea. Se daba cuenta ahora de que la cerradura «estropeada» no estaba estropeada, y sus ojos fueron hacia la puerta del pasillo… y vio por qué no había podido entrar. Habían atornillado un cerrojo por la parte de dentro de la puerta, lo que inutilizaba la llave maestra. Como era siempre el caso en los hospitales, las puertas de los cuartos de baño y otras puertas susceptibles a ser cerradas por dentro se disponían de tal forma que pudieran abrirse con una llave maestra, a fin de que los pacientes irresponsables o díscolos no pudieran encerrarse dentro. Pero aquí la puerta mantenía a Smith

encerrado dentro… y el añadido de un simple cerrojo manual de un tipo no permitido en los hospitales servía para mantener fuera incluso al personal que disponía de llave maestra.

Jill se dirigió a la puerta y descorrió el cerrojo.

—Espéreme. Volveré.

—Estaré esperando.

Cuando regresó a la sala de guardia oyó el toc, toc, ti—toc, toc… ¡Toc, toc!, la señal que Brush había dicho que usaría; se apresuró a dejarle entrar.

El médico entró como una tromba y dijo, salvajemente:

— ¿Dónde demonios estaba, enfermera? ¡He llamado tres veces! —miró suspicazmente hacia la puerta interior.

—Vi que su paciente se revolvía en su sueño —mintió Jill con rapidez—. Estaba arreglándole la almohada cervical.

— ¡Maldita sea, le dije que simplemente se quedara sentada a mi mesa!

Jill se dio cuenta de pronto que el hombre estaba más asustado aun que ella… y con más razones. De modo que contraatacó.

—Doctor, le he hecho a usted un favor —dijo fríamente—. En primer lugar, reconozco que su paciente no está bajo la responsabilidad de la supervisora de planta. Pero, puesto que usted me la confió temporalmente, hice lo que consideré necesario durante su ausencia. Ya que ha puesto mis acciones en tela de juicio, vayamos al superintendente del pabellón y zanjemos este asunto.

— ¿Eh? Oh, no, no… Olvídelo.

—No, señor. No me gusta que mis acciones profesionales sean puestas en entredicho sin una causa justificada. Como usted sabe muy bien, un paciente de esa edad puede ahogarse en una cama de agua; hice lo que era necesario. Algunas enfermeras aceptarán sin protestar las culpas que sobre ellas echan los médicos, pero yo no soy una de ellas. Así que llamemos al superintendente.

— ¿Qué? Mire, señorita Boardman, siento mucho lo que dije. Me dejé llevar por los nervios y hablé sin pensar. Le ruego que me disculpe.

—Hum. Muy bien, doctor —respondió rígidamente Jill—. ¿Puedo hacer alguna cosa más por usted?

— ¿Eh? No, gracias. Gracias por quedarse aquí en mi lugar. Sólo… Bueno, procure no contárselo a nadie, ¿eh?

—Oh, no se lo contaré a nadie — puedes apostar tu dulce vida a que no lo haré, añadió Jill para sí. Pero, ¿qué voy a hacer ahora? ¡Oh, me gustaría que Ben estuviese en la ciudad!

Regresó a su puesto, hizo una inclinación de cabeza a su ayudante y fingió revisar unos papeles. Por último recordó telefonear para pedir la cama eléctrica que había estado buscando al principio de todo el asunto. Luego envió a su ayudante a ocuparse del paciente que necesitaba la cama — ahora acostado temporalmente en una de tipo normal — e intentó pensar.

¿Dónde estaría Ben? Si tan sólo supiera cómo ponerse en contacto con él, se tomaría diez minutos de respiro, le llamaría, y descargaría todas sus preocupaciones sobre los robustos hombros del periodista. Pero Ben, maldito fuera, andaba revoloteando por alguna parte, mientras dejaba que ella cargara con la pelota.

¿O no era así? Una inquietante sospecha había estado abriéndose paso en su subconsciente durante todo el día, y finalmente salió a la superficie y la miró directamente a los ojos, y esta vez ella le devolvió la mirada. Ben Caxton no hubiera abandonado la ciudad sin hacerle saber el resultado de su intento de ver al Hombre de Marte. Como camarada conspirador, ella tenía el derecho de recibir un informe, y Ben siempre jugaba limpio… Siempre.

Pudo oír resonar en su cabeza algo que él había dicho en su camino de vuelta de Hagerstown: «Si algo va mal, tú serás mi as en la manga… Cariño, si no recibes noticias mías, considérate en libertad para obrar por tu cuenta». No lo había tomado en serio entonces, del mismo modo que no había creído realmente que

pudiera ocurrirle algo a Ben. Ahora pensó largo tiempo en ello mientras intentaba seguir con sus deberes.

Llega un momento en la vida de cada ser humano en que debe decidir arriesgar «su vida, su fortuna y su sagrado honor» en aras de una empresa dudosa. Aquellos que no aceptaban el desafío eran simplemente niños grandes; nunca podrían ser nada más. A las 3:47 de aquella tarde, mientras convencía a un visitante del pabellón que simplemente no podía entrar un perro a la planta — aunque hubiera conseguido pasarlo más allá del recepcionista, y aunque la compañía de este perro fuera precisamente lo que el paciente necesitaba —, Jill Boardman se enfrentó a su desafío personal, y lo aceptó.

* * *

El Hombre de Marte se sentó de nuevo cuando Jill lo dejó. No recogió el libro de ilustraciones que le habían dado, sino que simplemente se quedó esperando en una actitud que podría calificarse de paciente, sólo porque el lenguaje humano es incapaz de abarcar las emociones y actitudes marcianas. Se limitó a quedarse inmóvil, sumido en una tranquila felicidad, porque su hermano le había dicho que volvería. Estaba preparado para esperar, sin hacer nada, sin moverse, durante años si fuera necesario.

No tenía una idea clara acerca de cuánto tiempo había transcurrido desde que compartiera por primera vez el agua con su hermano; aquel lugar no sólo estaba curiosamente distorsionado en tiempo y forma — con secuencias de visiones y sonidos y experiencias nuevas para él que aún no había podido asimilar —, sino que la cultura de su nido tenía también un concepto del tiempo diferente del humano. La diferencia no estribaba en sus vidas mucho más largas contadas en años terrestres, sino en una actitud básicamente distinta. La frase «es más tarde de lo que crees» no podía expresarse en marciano… ni tampoco «la prisa es mala

consejera», aunque ambas por una razón diferente: la primera noción era inconcebible, mientras que la última era un hecho básico marciano inexpresado, y por ello de planteamiento tan innecesario como decirle a un pez que se bañara. Pero la cita «como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos» tenía un carácter tan marciano que podía traducirse con más facilidad que «dos más dos son cuatro»… cosa esta última que en Marte no era una verdad incuestionable.

Smith aguardó.

Entró Brush y le miró; Smith no se movió, y Brush se fue de nuevo.

Cuando al fin Smith oyó la llave de la puerta, recordó que había escuchado el mismo sonido un poco antes de la visita de su hermano de agua, así que cambió su metabolismo a preparación, para el caso de que la secuencia se produjese de nuevo. Se quedó atónito cuando la puerta exterior se abrió y Jill se deslizó dentro, pues no se había dado cuenta de que la puerta exterior era una puerta. Pero lo asimiló de inmediato y se dispuso a entregarse a la inmensa alegría que sólo se presentaba en la presencia de los miembros de la nidada de uno, de los hermanos de agua elegidos por uno y — en determinadas circunstancias — en presencia de los Ancianos.

Su alegría se vio algo empañada al darse cuenta de inmediato de que su hermano no la compartía plenamente… En realidad, parecía más alterado de lo que era posible, excepto cuando uno estaba a punto de descorporizarse debido a alguna vergonzosa carencia o fracaso.

Pero Smith había aprendido ya que esas criaturas, por muy parecidas a él que fueran en ciertos aspectos, podían soportar emociones terribles sin morir a causa de ello. Su hermano Mahmoud arrostraba una agonía espiritual cinco veces al día, y no sólo no moría, sino que se bañaba en ella como algo indispensable. Su hermano el capitán Van Tromp sufría de forma imprevisible aterradores espasmos, cualquiera de los cuales hubiera producido, según los estándares de Smith, una inmediata descorporización para

poner fin al conflicto… No obstante, dicho hermano, por todo lo que Smith sabía, seguía en estado corpóreo.

Así que ignoró la agitación de Jill.

La enfermera le tendió un paquete.

—Tome, póngase eso. ¡Aprisa!

Smith aceptó el paquete y aguardó. Jill le miró y al fin dijo:

— ¡Oh, querido! Está bien, quítese sus ropas. Le ayudaré.

Se vio obligada a hacer algo más que ayudar; tuvo que desnudarle y volverle a vestir. Smith llevaba la bata del hospital, albornoz y zapatillas, no porque deseara aquellas prendas, sino porque le habían dicho que tenía que llevarlas. Había aprendido ya a manejarlas, pero no lo bastante rápido para el gusto de Jill; ella lo desnudó rápidamente. Por el hecho de que Jill era enfermera, y de que él no conocía el tabú del pudor —cosa que tampoco hubiera entendido caso de explicárselo—, no se vieron frenados por tonterías; las dificultades fueron puramente mecánicas. Smith se sintió encantado y sorprendido por las falsas pieles que Jill puso sobre sus piernas, pero ella no le concedió tiempo para que las acariciase, sino que fijó las medias de mujer a sus muslos en vez de sujetarlas con un portaligas. El uniforme de enfermera con que lo vistió no era suyo, sino que se lo había pedido prestado a una compañera algo más corpulenta, con la excusa de que un primo suyo quería disfrazarse para un baile de máscaras. Jill echó una capa de enfermera sobre los hombros de Smith, y consideró que ocultaba la mayoría de las diferencias de sexo primarias y secundarias… o al menos así lo esperaba. Los zapatos fueron un problema: no encajaban bien, y además Smith tenía dificultades para caminar, hasta para mantenerse en pie, incluso descalzo, por culpa de aquella gravedad.

Pero al fin lo tuvo vestido y con el gorro de enfermera sujeto a su cabeza.

—No tiene usted el cabello muy largo —comentó, preocupada —, pero algunas chicas lo llevan así y, de todos modos, tendrá que servir.

Smith no contestó, ya que no había entendido gran cosa de la observación. Trató de pensar en su cabello más largo, pero se dio cuenta de que eso llevaría tiempo.

—Ahora —dijo Jill—, escuche atentamente. No importa lo que pase, no diga una palabra. ¿Ha entendido?

—No diga. No diré.

—Simplemente venga conmigo… yo le llevaré cogido de la mano. Y no diga una palabra. Pero, si conoce alguna oración, ¡rece!

— ¿Rece?

—No importa. Tan sólo venga conmigo y no abra la boca — abrió la puerta exterior, asomó la cabeza, echó una rápida ojeada y luego condujo a Smith por el pasillo.

Nadie pareció interesarse especialmente en ellos. Smith encontró extraordinariamente turbadoras aquellas numerosas y extrañas configuraciones; se vio asaltado por imágenes que no consiguió enfocar. Avanzó ciegamente junto a Jill, con los ojos y los sentidos casi desconectados e incapaces de protegerle contra el caos.

Jill le llevó hasta el extremo de un pasillo y subieron a una cinta deslizante que cruzaba el edificio. Smith tropezó y casi cayó, y lo hubiera hecho si ella no llega a agarrarle. Una camarera los miró con curiosidad y Jill maldijo para sí; luego fue con más cuidado a la hora de ayudarle. Tomaron un ascensor hasta la azotea; Jill estaba completamente segura de que Smith no resistiría la aceleración de un tubo impulsor.

En la azotea se enfrentaron a un momento de terrible crisis, aunque Smith no se dio cuenta de ello: estaba disfrutando de la pura delicia de ver el cielo. Jamás había visto un cielo así en Marte. Este cielo era brillante y lleno de color y alegre: un típico día nublado y gris en Washington. Mientras tanto, Jill buscaba desesperadamente un taxi a su alrededor con la mirada. La azotea estaba casi desierta — algo con lo que había contado —, puesto que la mayoría de las enfermeras que terminaban su turno al mismo tiempo que ella habían dejado ya el trabajo para irse a casa, y los visitantes también

se habían marchado. Lo malo era que los taxis, por supuesto, habían seguido su ejemplo. Jill no quería arriesgarse a coger un aerobús, aunque sabía que en unos pocos minutos pasaría uno que iba en su dirección.

Estaba a punto de pedir un taxi por teléfono cuando vio uno que se disponía a aterrizar. Llamó al vigilante de la azotea.

— ¡Jack! ¿Está libre ese taxi? Necesito uno.

—Probablemente sea el que ha pedido el doctor Phipps.

— ¡Oh, querido! Jack, mire a ver si me consigue otro para mí, ¿quiere? Ésta es mi prima Madge, trabaja en el Pabellón Sur… tiene laringitis, y quiero sacarla lo antes posible de este viento.

El vigilante miró dubitativo hacia el teléfono en su cabina y se rascó la cabeza.

—Bueno… tratándose de este caso, señorita Boardman, dejaré que tome éste y pediré otro para el doctor Phipps.

— ¡Oh, Jack, es usted un sol! No, Madge, tú no digas nada; ya le daré yo las gracias por ti. Ha perdido completamente la voz; voy a tener que llevarla a casa y cocerle la garganta a base de ron caliente.

—Eso le irá bien. Los viejos remedios caseros son siempre los mejores, solía decir mi madre.

Jack alargó la mano hacia el cuadro de mandos del vehículo y tecleó de memoria la combinación del domicilio de Jill, luego les ayudó a subir. Jill consiguió meterse entre los dos y así disimular la ignorancia de Smith de los usos en estos casos.

—Gracias, Jack. Muchas gracias.

El taxi despegó, y Jill respiró hondo por primera vez.

—Ahora ya puede hablar.

— ¿Qué debo decir?

— ¿Eh? Oh, nada. Cualquier cosa. Lo que guste.

Smith meditó aquello. Evidentemente el alcance de la invitación exigía una respuesta que mereciese la pena, algo adecuado entre hermanos. Pensó en varias, las desechó porque no

sabía cómo traducirlas, y al final se decidió por una que, incluso después de traducida a aquella forma de hablar extraña y plana, retenía algo de la cálida insinuación de acercamiento que unos hermanos deberían disfrutar:

—Que nuestros huevos compartan el mismo nido.

Jill pareció asombrada.

— ¿Eh? ¿Qué ha dicho?

Smith se sintió desanimado ante su fracaso en responder convenientemente y lo interpretó enteramente como culpa suya. Comprendió apesadumbrado que, una y otra vez, no había conseguido más que aportar agitación a aquellas criaturas, cuando su propósito había sido crear unidad. Lo intentó de nuevo, rebuscando en su limitado vocabulario las palabras necesarias que reflejaran el mismo pensamiento de un modo algo distinto.

—Mi nido es suyo y su nido es mío.

Esta vez, Jill consiguió sonreír.

— ¡Vaya, qué encantador! Querido amigo, no estoy segura de entenderle pero, si lo he hecho, ésta es la oferta más hermosa que he recibido en mucho tiempo… —añadió—. Sin embargo, en este momento nuestras cabezas están en peligro… así que más vale que esperemos un poco, ¿eh?

Smith apenas comprendió a Jill un poco más de lo que Jill le había comprendido a él, pero se dio cuenta de que su hermano de agua estaba de mejor humor y captó la sugerencia de que había que esperar. Esperar era algo que hacía sin ningún esfuerzo, así que se reclinó en su asiento, satisfecho de que todo fuera bien entre su hermano y él, y disfrutó del paisaje. Era la primera vez que contemplaba aquel lugar desde el aire, y por todos lados había una riqueza de cosas que trató de asimilar. Se le ocurrió que el medio de transporte utilizado en su hogar no permitía esta deliciosa vista de lo que había en medio. Este pensamiento casi lo condujo a una comparación de los métodos marcianos y humanos que no era favorable a los Ancianos, pero su mente se apartó automáticamente de la herejía.

Jill guardó silencio también, e intentó centrar sus pensamientos. De pronto se dio cuenta de que el vehículo entraba en el tramo final del trayecto hacia la casa de apartamentos donde vivía… y comprendió con la misma rapidez que su casa era el último lugar donde debía ir, ya que sería el primer sitio al que acudirían en cuanto sospecharan cómo había escapado Smith y quién le había ayudado. Aunque no sabía nada de los métodos policiales, supuso que debía de haber dejado huellas dactilares en la habitación de Smith, y las personas que la habían visto marcharse podrían dar señas de ella. Incluso era posible — así había oído — que un técnico pudiera leer la cinta magnética de la cabina de aquel taxi y decir exactamente qué viajes había hecho ese día, cuándo y adónde. Se inclinó hacia adelante, pulsó las teclas de órdenes y borró la instrucción de ir a su casa de apartamentos. No sabía si eso borraría la cinta o no… pero no iba a encaminarse a un lugar donde tal vez la policía estuviera ya esperando. El taxi frenó su avance, se salió de la corriente del tráfico y flotó en el aire.

¿Adónde podía ir? ¿Dónde, en toda aquella hormigueante ciudad, podía esconder a un hombre adulto, medio idiota e incapaz de vestirse solo… un hombre que en aquellos momentos debía de ser la persona más buscada del globo? ¡Oh, si sólo Ben estuviese allí!

«Ben… ¿*dónde* estás?». Se inclinó hacia adelante de nuevo, cogió el teléfono y, más bien desesperanzada, tecleó el número de Ben, esperando oír la monótona voz pregrabada invitándola a dejar su mensaje. Su espíritu dio un vuelco cuando respondió una voz masculina… pero volvió a hundirse cuando se dio cuenta de que no se trataba de Ben sino de su ayudante, Osbert Kilgallen.

—Oh, perdone, señor Kilgallen. Soy Jill Boardman. Creía haber llamado a casa del señor Caxton.

—Lo hizo. Pero las llamadas a su casa se retransmiten automáticamente a su oficina cuando él está ausente más de veinticuatro horas.

—Entonces, ¿aún no ha vuelto?

—Me temo que no. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Oh, no. Mire, señor Kilgallen, ¿no le parece extraño que Ben simplemente haya desaparecido de la circulación? ¿No está usted preocupado por él?

— ¿Eh? ¿Por qué debería? Su mensaje decía que ignoraba cuánto tiempo iba a permanecer ausente.

—Pero, eso mismo, ¿no es raro?

—No en el tipo de trabajo que desempeña el señor Caxton, señorita.

—Bueno… pues yo creo que esta vez hay algo *muy* raro en su ausencia. Opino que debería informar usted de ello. Debería difundir su desaparición por todos los servicios de noticias del país… ¡del mundo!

Pese a que el teléfono del taxi carecía de circuito visual, Jill tuvo la sensación de que Osbert Kilgallen se ponía tenso.

—Me temo, señorita Boardman, que soy yo quien tiene la obligación de interpretar las instrucciones de la persona que me ha contratado. Eh… si no le importa que se lo diga, cada vez que el señor Caxton se ausenta de la ciudad siempre hay alguna… «buena amiga» que le telefonea frenéticamente.

Alguna chica intentando echarle el lazo por algún medio… y este tipo, Osbert, piensa que yo soy la de turno. Apartó de su mente la medio formada idea de solicitar la ayuda de Kilgallen y cortó la comunicación tan rápido como pudo.

Pero, ¿adónde podía ir? La solución obvia brotó en su mente. Si Ben no estaba —y las autoridades tenían algo que ver con ello —, el último sitio donde se les ocurriría buscar a Valentine Smith sería el apartamento de Ben. A menos —se corrigió— que la relacionaran con él, cosa que no creía que hiciesen.

Podrían echar mano de la despensa de Ben —no quería correr el riesgo de pedir nada fuera; tal vez supieran que él estaba ausente —, y podría tomar prestadas algunas prendas para este niño idiota. Tecleó la combinación de la casa de apartamentos donde vivía Caxton. El taxi se orientó al nuevo canal de tráfico y se introdujo en él.

Una vez delante de la puerta del piso de Ben, Jill aplicó la cara a la caja auditiva y dijo con voz firme:

—*Carthago delenda est*.

No sucedió nada. « ¡Oh, maldita sea! », exclamó frenéticamente para sí misma; «ha cambiado la combinación». Permaneció allí inmóvil por unos momentos, notando la debilidad de sus rodillas, con la vista apartada de Smith. Después volvió a hablarle a la caja auditiva. Se trataba de una cerradura Raytheon: el mismo circuito accionaba la puerta o anunciaba las visitas. Se anunció, con la débil esperanza de que Ben hubiera regresado:

— ¡Ben, soy Jill!

La puerta se abrió.

Entraron, y la puerta se cerró tras ellos. Jill pensó por un instante que Ben les había dejado pasar, pero luego se dio cuenta de que había dado accidentalmente con la nueva combinación… una contraseña, supuso, que era a la vez un cumplido y una táctica lobuna. Tuvo la sensación de que hubiera podido pasarse tranquilamente sin el cumplido con tal de evitar el horrible ramalazo de pánico que sintió cuando la puerta se negó a abrirse.

Smith permaneció inmóvil y en silencio al borde del denso y verde césped, y miró a su alrededor. Una vez más era un lugar tan nuevo para él que no podía asimilarlo de una sola vez, pero se sintió inmediatamente complacido con él. Resultaba menos excitante que la caja móvil en cuyo interior habían estado hacía unos momentos, pero en cierto modo más apropiado para envolver y mantener unido el ego. Observó con interés la ventana panorámica en un extremo pero no la reconoció como tal, sino que la confundió con un cuadro viviente como los que había en su hogar. La suite que le habían asignado en el Bethesda carecía de ventanas — estaba en una de las nuevas alas —, y así nunca había llegado a adquirir la noción de «ventana».

Observó con aprobación que la simulación de profundidad y movimiento en el «cuadro» era perfecta… sin duda había sido creado por un gran artista de este pueblo terrestre. Hasta ahora no

había visto nada que le condujera a pensar que esta gente estaba en posesión del arte; su asimilación se vio incrementada por esta nueva experiencia, y eso lo animó.

Un movimiento llamó su atención; volvió la cabeza para descubrir que su hermano se estaba quitando las sandalias y las falsas pieles de sus piernas.

Jill suspiró y agitó los dedos de sus pies sobre la hierba.

— ¡Dios mío, cómo me dolían los pies! —exclamó. Alzó la vista y se dio cuenta de que Smith la contemplaba con aquella curiosa e inquietante mirada de niño pequeño—. Hágalo usted también, si lo desea. Le encantará.

Él parpadeó.

— ¿Cómo se hace?

—Oh, lo olvidaba. Venga aquí, le ayudaré —le descalzó, le soltó las medias y se las quitó—. Vea, ¿no resulta estupendo?

Smith agitó los dedos de los pies contra la hierba y luego dijo tímidamente:

— ¿Pero eso está vivo?

—Claro que está vivo, es auténtica hierba. A Ben le cuesta un riñón mantenerla así. Vaya, sólo los circuitos especiales de alumbrado valen más de lo que yo gano en un mes. Así que camine un poco y deje que sus pies disfruten.

Smith no captó el significado de la mayor parte de las palabras de Jill, pero comprendió que el césped estaba compuesto por seres vivos y que se le invitaba a caminar sobre ellos.

— ¿Pisar seres vivos? —inquirió, con un incrédulo horror.

— ¿Eh? ¿Por qué no? Eso no hace daño a la hierba; está especialmente desarrollada para servir de alfombra doméstica.

Smith se vio obligado a recordarse que un hermano de agua no podía inducirle a cometer actos inicuos. Se animó a pasear aprensivamente por la estancia… y comprobó que era magnífico y que las criaturas vivas no protestaban. Ajustó su sensibilidad hacia tales cosas tanto como le fue posible; su hermano tenía *razón*,

aquéllos eran los seres adecuados… para caminar sobre ellos. Resolvió englobarlo y evaluarlo, y el esfuerzo fue muy parecido al de un ser humano intentando apreciar los méritos del canibalismo… una costumbre que Smith consideraba perfectamente correcta.

Jill dejó escapar un suspiro.

—Bien, será mejor que dejemos de jugar. No sé cuánto tiempo estaremos seguros aquí.

— ¿Seguros?

—No podemos quedarnos aquí, no durante mucho tiempo. Puede que en estos momentos ya estén investigando a todos los que salieron del Centro…

Frunció el entrecejo y pensó. Su casa no servía, este lugar quizá tampoco… y Ben había tenido la intención de llevarlo a Jubal Harshaw. Pero ella no conocía a Harshaw; ni siquiera estaba segura de dónde vivía… En alguna parte del Poconos, había dicho Ben. Bien, tendría que averiguarlo e intentar llamarle; no le quedaba ningún otro lugar al que dirigirse.

— ¿Por qué no eres feliz, hermano mío?

Jill salió de sus cavilaciones con un respingo y miró a Smith. ¡Aquel pobre chiquillo ni siquiera se había enterado de lo ocurrido! Hizo un esfuerzo por mirar las cosas desde su punto de vista. Fracasó, pero pudo comprender que Smith no tenía la más remota idea de que estaban huyendo de… ¿de qué? ¿De los policías? ¿De las autoridades del hospital? Jill no estaba completamente segura de lo que había hecho, o de cuántas leyes había violado; simplemente sabía que se había puesto en contra de la voluntad combinada de los Grandes, de la Gente Importante, de los Jefes, de los que tomaban decisiones.

Pero, ¿cómo explicarle al Hombre de Marte contra qué se enfrentaban cuando ni ella misma lo comprendía? ¿Tenían policías en Marte? La mitad de las veces que hablaba con Smith era como si le gritara a un barril de agua de lluvia.

Cielos, ¿tendrían siquiera barriles de agua de lluvia en Marte? ¿O lluvia, por caso?

—No se preocupe —dijo serenamente—. Usted sólo haga lo que yo le diga.

—Sí.

Era una aceptación inmodificada, ilimitada, un eterno voto afirmativo. Jill comprendió de pronto que Smith se arrojaría sin vacilar por la ventana si ella se lo pedía… Y no se equivocaba: hubiera saltado, disfrutando de todos y cada uno de los segundos que hubiera durado la caída desde el piso veinte del edificio, y aceptado sin sorpresa ni resentimiento la descorporización resultante del impacto. Y no era que ignorase el hecho de que esa caída lo mataría; pero el temor a la muerte era una idea absolutamente más allá de él. Si un hermano de agua le seleccionaba para tan extraña descorporización, Smith aceptaría ese destino y trataría de asimilarlo.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí dejando que el césped nos haga cosquillas en los pies. Vamos a comer; le pondré otra ropa, y luego nos iremos. Quítese eso que lleva puesto —se fue a revisar el guardarropa de Ben.

Seleccionó para Smith un traje de viaje poco llamativo, gorra, camisa, ropa interior y zapatos; luego regresó a la sala de estar. Smith estaba liado como un gato en un ovillo de lana; había intentado obedecer, pero ahora tenía un brazo aprisionado en el uniforme de enfermera y la cara envuelta en la falda. Ni siquiera había retirado la capa antes de intentar quitarse el vestido.

— ¡Oh, querido! —exclamó Jill, y corrió en su ayuda.

Consiguió desembarazarle de aquella ropa, la miró, luego decidió tirarla: ya le pagaría más tarde a Etta Schere por su pérdida, y no deseaba que los polis la encontraran allí… sólo por si acaso.

—Pero va a tomar un baño, mi buen hombre, antes de que le vista con la ropa limpia de Ben. Le han descuidado bastante, ¿sabe? Venga conmigo.

Como enfermera, estaba inmunizada contra los malos olores, pero también (como enfermera) era una fanática del agua y el jabón… y al parecer, por otra parte, nadie se había molestado en bañar a este paciente durante los últimos días. Aunque Smith no olía exactamente mal, le recordaba a un caballo en un día caluroso. Una buena enjabonadura era lo más indicado.

Él la observó llenar la bañera con una expresión de deleite. También había una bañera en el cuarto de baño de la suite donde había estado, pero Smith no había llegado a saber que se utilizaba para contener agua; todo lo que recibió fueron baños de cama, y no muchos; su abundante retraerse a un trance había interferido.

Jill comprobó la temperatura del agua.

—Bien, adentro.

Smith no se movió. En vez de ello pareció confuso.

— ¡Aprisa! — dijo secamente Jill —. Métase en el agua.

Las palabras que usó formaban inconfundiblemente parte de su vocabulario humano, de modo que Smith obedeció, sintiendo que las emociones le hacían temblar. ¡Aquel hermano deseaba que introdujese *todo su cuerpo* en el agua de vida! Jamás le había sido ofrecido tal honor… Por todo lo que sabía, nadie había recibido *nunca* un privilegio tan sagrado. Sin embargo, empezaba a comprender que esta otra gente estaba bastante familiarizada con el líquido vital… Era un hecho no asimilado todavía, pero que debía aceptar.

Metió un tembloroso pie en el agua, luego el otro… y se dejó resbalar hasta que el agua le cubrió por completo.

— ¡Hey! —chilló Jill, y adelantó la mano y sacó la cabeza y los hombros de Smith a la superficie… Entonces se sobresaltó al notar que parecía estar manejando un cadáver. ¡Santo Dios! No podía ahogarse, no en estos momentos. La idea la aterrorizó, y lo sacudió violentamente—. ¡Smith! ¡Despierte! Salga de eso…

Smith oyó la llamada de su hermano desde una gran distancia y regresó. Sus ojos dejaron de estar vidriosos, su corazón aceleró los latidos y su respiración se reanudó.

— ¿Se encuentra bien? —preguntó Jill.

—Perfectamente. Soy muy feliz… hermano mío.

—Me dio un susto de muerte. Mire, no vuelva a meterse otra vez bajo el agua. Continúe sentado como está ahora.

—Sí, hermano.

Smith añadió varias palabras en un curioso croar ininteligible para Jill, cogió agua en el cuenco de ambas manos como si fuera un puñado de piedras preciosas y se la llevó a los labios. Su boca tocó el líquido, luego se lo ofreció a Jill.

— ¡Hey, no beba el agua sucia del baño! No, yo tampoco quiero.

— ¿No bebe?

Su actitud de persona dolida e indefensa fue tan conmovedora que de nuevo Jill no supo qué hacer. Dudó, luego inclinó la cabeza, y rozó apenas con los labios el agua de la ofrenda que quedaba en las manos de Smith.

—Gracias.

— ¡Que nunca vuelva a tener sed!

—Espero que usted tampoco. Pero ahora ya basta. Si quiere un poco de agua, le traeré un vaso. Pero no beba más agua de ésta.

Smith pareció darse por satisfecho y permaneció sentado en silencio. Para entonces Jill estaba convencida de que Smith no se había bañado nunca en una bañera, y que ignoraba lo que se esperaba de él. Consideró el problema. Sin duda podía enseñarle… pero estaban perdiendo ya un tiempo precioso. Quizá hubiera sido mejor dejarlo sucio.

¡Oh, bueno! No era tan malo como atender a los pacientes desequilibrados en las salas del pabellón terminal. Se había empapado la blusa hasta los hombros durante sus esfuerzos por sacar a Smith del fondo de la bañera; se la quitó y la colgó. Se había puesto la ropa de calle cuando había sacado a Smith del Centro y ahora llevaba una ligera falda plisada que flotaba en torno de sus rodillas. Había dejado la chaqueta en la sala de estar. Bajó la mirada a su falda. Aunque el plisado estaba garantizado como

permanente, era una tontería dejar que se mojara. Se encogió de hombros, abrió la cremallera y se la quitó; eso la dejó en panties y sujetador.

Miró a Smith. La contemplaba con los ojos inocentes e interesados de un niño. Se dio cuenta de que se ruborizaba, y eso la sorprendió; no se había creído capaz de algo semejante. Se consideraba libre de morbosos pudores, y no ponía objeciones a la desnudez en los lugares y momentos adecuados. Recordó de pronto que había ido a bañarse por primera vez a una piscina nudista cuando tenía quince años. Pero esta mirada infantil la inquietaba; decidió seguir con la ropa interior puesta, aunque la mojase, antes que hacer lo obvio y lógico.

Disimuló su turbación con cordialidad.

—Vamos a poner manos a la obra y a frotar ese pellejo… —se arrodilló frente a la bañera, lo roció con jabón y empezó a producir espuma.

De pronto Smith adelantó una mano y tocó su seno derecho. Jill retrocedió apresuradamente, casi dejando caer el rociador del jabón.

— ¡Hey! ¡Nada de eso!

Él la miró como si acabase de recibir una bofetada.

— ¿No? —preguntó con tono trágico.

—No —confirmó ella con firmeza. Luego observó su rostro y añadió con más amabilidad—. Está todo bien, pero no me distraiga con estas cosas cuando tengo trabajo.

Él no se tomó más libertades no autorizadas, y Jill terminó pronto el baño y dejó que el agua se vaciara por el sumidero mientras la ducha terminaba de quitarle el jabón a Smith. Luego se vistió de nuevo con una sensación de alivio mientras el aire caliente lo secaba. El aire caliente sorprendió a Smith al principio y se puso a temblar, pero ella le dijo que no se asustara y le hizo sujetarse al asa de atrás mientras él se secaba y ella se vestía.

Le ayudó a salir de la bañera.

—Bien, ahora huele mucho mejor, y apuesto a que también se siente mejor.

—Me siento muy bien.

—Estupendo. Ahora a vestirse.

Le condujo al dormitorio de Ben, donde había dejado las ropas que había seleccionado. Pero antes de que tuviese tiempo siquiera de explicarle, de demostrarle o de ayudarle a ponerse unos calzoncillos, Jill dio un respingo que la hubiera sacado de sus zapatos si no fuera porque aún no se los había puesto.

— ¡Abra, quienquiera que sea que esté ahí dentro!

Dejó caer los calzoncillos. El susto estuvo a punto de hacerle perder los sentidos… Experimentó el mismo pánico que cuando la respiración de un paciente se detenía y su presión sanguínea caía en picado en medio de una operación quirúrgica. Pero la disciplina aprendida en el quirófano acudió en su ayuda. ¿Sabían realmente que había alguien dentro? Sí, debían saberlo… o de otro modo nunca se hubieran presentado allí. El maldito taxi automático debía de haberla traicionado.

Bien, ¿qué hacía ahora? ¿Responder, o hacerse la sorda?

El grito por el circuito anunciador se repitió. Le susurró a Smith: «Quédese aquí», y pasó a la sala de estar.

— ¿Quién es? —preguntó, esforzándose para que su voz sonara normal.

— ¡Abra en nombre de la ley!

— ¿Abrir en nombre de qué ley? No sea estúpido. Dígame quién es y lo que quiere antes de que llame a la policía.

—Nosotros *somos* la policía. ¿Es usted Gillian Boardman?

— ¿Yo? Por supuesto que no. Soy Phyllis O'Toole y estoy esperando a que el señor Caxton vuelva a casa. Ahora será mejor que se vaya, porque voy a llamar a la policía y a informarles de esta invasión de la intimidad.

—Señorita Boardman, tenemos una orden de arresto contra usted. Abra la puerta de inmediato o las cosas se le van a poner

mucho más difíciles.

— ¡No soy esa «señorita Boardman», y estoy llamando a la policía!

La voz no respondió. Jill tragó saliva y aguardó. Poco después notó un calor radiante contra su rostro. Una pequeña zona en torno de la cerradura de la puerta se puso de color rojo y luego blanco; sonó un chasquido, y la hoja se deslizó a un lado. Había dos hombres allí; uno de ellos entró, sonrió a Jill y dijo:

— ¡Ésa es la nena! Johnson, echa un vistazo y encuéntralo.

—Sí, señor Berquist.

Jill trató de bloquearle el paso. El hombre llamado Johnson, dos veces la masa de ella, la apartó a un lado como si fuese una pluma y siguió hacia el dormitorio. Jill chilló con voz estridente:

— ¿Dónde está su mandamiento judicial? ¡Déjeme ver sus credenciales… esto es un ultraje!

—No se ponga difícil, encanto —dijo Berquist, conciliador—. En realidad no la queremos a usted; sólo a él. Pórtese bien, y es posible que ellos también se porten bien con usted.

Jill le lanzó un puntapié en la espinilla. El hombre retrocedió, dolorido, aunque no podía haberle hecho mucho daño, pues Jill todavía iba descalza.

—Esto ha estado muy mal, muy mal —la reprendió—. ¡Johnson! ¿Lo has encontrado?

—Aquí está, señor Berquist. Y desnudo como una ostra. Imagine tres cosas que podían estar haciendo.

—Eso no importa. Tráelo.

Johnson reapareció, empujando a Smith delante de él y controlándolo con un brazo retorcido a su espalda.

—No quería venir.

— ¡Vendrá, vendrá!

Jill eludió a Berquist con una finta y se lanzó contra Johnson. Éste la echó a un lado con una bofetada.

— ¡Nada de eso, pequeña puta!

Johnson no hubiera debido abofetearla. No lo hizo con fuerza, no tan fuerte como solía pegar a su esposa antes de que ésta se fuera a casa de sus padres, y en absoluto tan fuerte como pegaba a menudo a los prisioneros que se resistían a hablar. Hasta aquel momento Smith no había exhibido ninguna expresión ni había dicho nada; simplemente se había dejado empujar al interior de la habitación con la pasiva y fútil resistencia de un cachorrillo que no quiere ser llevado a pasear al extremo de una correa. No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo, y no trató de hacer nada tampoco.

Pero cuando vio a su hermano de agua ser golpeado por aquel otro individuo, se contorsionó y se agachó, se liberó, y alargó la mano hacia Johnson de una extraña manera.

Y Johnson desapareció.

De pronto, ya no estaba allí. La habitación no le contenía. Sólo unas hojitas de hierba, al enderezarse allá donde habían estado sus grandes pies, demostraron que había estado alguna vez allí. Jill se quedó mirando con ojos muy abiertos el espacio que había ocupado y tuvo la sensación de que iba a desmayarse.

Berquist cerró la boca, la abrió de nuevo, dijo roncamente:

— ¿Qué ha hecho usted con él? —miraba a Jill en vez de a Smith.

— ¿Yo? Yo no hice nada.

—No me venga con ésas. ¿Tiene una trampilla en el suelo o algo parecido?

— ¿Adónde se fue? — dijo Jill.

Berquist se humedeció los labios.

—No lo sé —sacó una pistola de debajo de la chaqueta—. Pero no intente ningún truco conmigo. Usted quédese aquí; voy a llevármelo a él.

Smith había vuelto a su actitud de espera pasiva. Sin entender de qué iba todo aquello, sólo había hecho lo mínimo de lo que tenía que hacer. Pero había visto armas de fuego antes, en manos de los hombres que habían estado en Marte, y la expresión del rostro de

Jill, al verse encañonada por una de ellas, no le gustó en absoluto. Asimiló que aquél era uno de los puntos críticos culminantes en el proceso de desarrollo de un ser, en el que la actitud contemplativa debe dejar paso a la acción directa a fin de que el desarrollo continúe. Actuó.

Los Ancianos le habían enseñado bien. Avanzó hacia Berquist; el arma giró para cubrirle. Pese a todo, adelantó el brazo… y Berquist dejó de estar allí. Smith se volvió para mirar a su hermano.

Jill se llevó una mano a la boca y gritó.

Hasta entonces el rostro de Smith había permanecido completamente inexpresivo. Ahora reflejó un trágico desamparo al darse cuenta de que, en un punto crítico culminante, había optado por una maniobra errónea. Miró a Jill con gesto implorante y empezó a temblar. Sus ojos giraron en sus órbitas; se deslizó lentamente sobre la hierba, mientras su cuerpo se acurrucaba hasta formar una bola en posición fetal y se quedaba inmóvil.

La histeria de Jill se cortó en seco como si alguien hubiera accionado un interruptor. El cambio fue un reflejo condicionado: había un paciente que la necesitaba; no tenía tiempo para sus propias emociones ni para preguntarse o preocuparse por los dos hombres que habían desaparecido. Se arrodilló y examinó a Smith.

No pudo detectar su respiración, no pudo hallar el pulso; aplicó un oído contra sus costillas. Al principio creyó que la actividad cardíaca se había detenido por completo pero, al cabo de largo rato, captó un perezoso lub—dub, seguido, cuatro o cinco segundos más tarde, por otro.

Aquel estado le recordó los aislamientos esquizoides, pero nunca había visto un trance tan profundo, ni siquiera en las demostraciones en clase de hipnoamnesia. Había oído de tales estados parecidos a la muerte entre los faquires indios de Oriente, pero en realidad nunca había creído realmente en esos informes.

Normalmente no habría intentado hacer reaccionar a un paciente en semejante estado, sino que habría avisado de inmediato a un médico. Pero estas circunstancias no eran normales. Lejos de

hacer tambalear su resolución, los acontecimientos de los últimos minutos la habían hecho sentirse más decidida que nunca a no permitir que Smith cayese de nuevo en manos de las autoridades. Sin embargo, diez minutos de intentarlo todo la convencieron de que no podía despertar al paciente con los medios de que disponía sin causarle daño… y quizá ni siquiera causándoselo. Ni siquiera el sensible nervio expuesto del codo le ofreció una respuesta.

En el dormitorio de Ben halló una maltratada maleta de vuelo, demasiado grande para ser considerada equipaje de mano, demasiado pequeña para ser considerada un baúl. La abrió y halló en su interior una fonoescritora, un equipo de aseo, una muda completa, todo lo que un periodista atareado podía necesitar en caso de que le enviasen inesperadamente fuera de la ciudad… Incluso un enlace auditivo, debidamente autorizado, que le permitiría conectarse al servicio telefónico público en cualquier momento que fuera necesario. Jill se dijo que aquella maleta llena tendía a demostrar sin lugar a dudas que la ausencia de Ben no era lo que Kilgallen creía, pero no perdió tiempo pensando en ello; la vació y la llevó a la sala.

Smith pesaba más que ella, pero la musculatura adquirida a través del manejo de pacientes que la doblaban en tamaño le permitió meterlo en la gran maleta. Tuvo que doblarlo mejor sobre sí mismo para poder cerrarla. Los músculos de Smith se resistían a ceder a la fuerza, pero cuando la presión era suave se dejaban moldear como masilla. Rellenó las esquinas con algunas prendas de vestir de Ben antes de cerrarla. Trató de practicar unos agujeros para ventilación, pero la maleta era de cristal laminado, más duro que el corazón de un casero. Al final decidió que Smith no podía asfixiarse, puesto que su respiración era mínima y el índice metabólico tan bajo como podía serlo.

Apenas logró levantar la maleta del suelo, y eso utilizando ambas manos con todas sus fuerzas, de modo que no le sería posible trasladarla ninguna distancia. Pero la maleta estaba equipada con un sistema de ruedas «Red Cap». Abrieron dos feas

cicatrices en la alfombra de hierba de Ben antes de que consiguiera llegar al liso parquet del pequeño vestíbulo de la entrada.

No subió a la azotea, puesto que otro aerotaxi era lo último a lo que deseaba arriesgarse, sino que bajó a la puerta de servicio en el sótano. No había nadie allí excepto un joven que se dedicaba a verificar una entrega recibida para la cocina. Se apartó a un lado y la dejó pasar, arrastrando la maleta, hasta el pavimento de fuera.

—Hey, hermana. ¿Qué lleva en esa maleta?

—El cuerpo de un hombre —restalló ella.

El joven se encogió de hombros.

—Haz una pregunta idiota, y recibirás una respuesta idiota. Nunca aprenderé.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE — SU ABSURDA HERENCIA

OceanofPDF.com

9

El tercer planeta a partir del Sol se hallaba en sus condiciones habituales.

Contaba aquel día con 230.000 almas humanas más que el anterior, pero, entre cinco mil millones de terrestres, un aumento tan diminuto pasaba desapercibido. El reino de Sudáfrica, miembro asociado de la Federación, había sido citado de nuevo ante el Tribunal Supremo para responder de persecución contra su minoría blanca. Los grandes señores de la moda, reunidos en solemne cónclave en Río, habían decretado que los dobladillos bajaran y los ombligos fueran cubiertos de nuevo. Las tres estaciones de defensa de la Federación giraban silenciosas en el espacio, prometiendo la muerte instantánea a cualquiera que alterase la paz del planeta. Las emisoras comerciales del espacio giraban no tan silenciosamente, alterando la paz del planeta con el inacabable clamor de las virtudes de una infinidad de artículos con marca registrada. En las playas de la bahía del Hudson se habían establecido medio millón más de hogares móviles que el año anterior; el cinturón chino del arroz había sido declarado zona de emergencia subalimentada por la Asamblea de la Federación; y Cynthia Duches, conocida como la Muchacha Más Rica del Mundo, se desembarazó — tras pagarle convenientemente — de su sexto marido.

El reverendo doctor Daniel Digby, obispo supremo de la Iglesia de la Nueva Revelación (fosterita), anunció que habían nombrado al ángel Azrael para que guiase al senador de la Federación Thomas Boone, y que esperaba la celestial

confirmación de su decisión en cualquier momento de aquel mismo día; todos los servicios informativos transmitían el anuncio, como si fuera una noticia, de que en el pasado los fosteritas habían destruido demasiadas oficinas de periódicos. El señor Harrison Campbell VI y señora habían tenido un hijo y heredero, por madre delegada, en el Hospital Infantil de Cincinnati, mientras los felices padres pasaban unas vacaciones en Perú. El doctor Horace Quackenbush, profesor de artes del ocio en la Escuela de la Divinidad en Yale, propugnaba el retorno a la fe y al cultivo de los valores espirituales; el escándalo de las apuestas afectaba a la mitad de los jugadores profesionales permanentes del equipo de rugby de West Point; tres químicos especializados en la guerra bacteriológica habían sido despedidos en Toronto por presunción de inestabilidad emocional… los tres cesados habían anunciado que llevarían su caso, si era necesario, ante el Tribunal Supremo de la Federación. El Tribunal Supremo de la Federación había revocado una resolución del Tribunal Supremo de Estados Unidos respecto a la reeligibilidad para votar en las primarias con respecto a los miembros de la Asamblea de la Federación en el caso «Reinsberg contra el estado de Missouri».

Su excelencia el muy honorable Joseph E. Douglas, secretario general de la Federación Mundial de Estados Libres, picoteó la tortilla de su desayuno y se preguntó malhumorado por qué un hombre no podía disfrutar en estos días de una decente taza de café. Frente a él, su periódico matinal, preparado por el turno de noche de su cuadro de informadores, pasaba ante sus ojos las noticias a su ritmo óptimo de lectura por la pantalla del escáner ejecutivo hecho a su medida por Sperry. Las palabras fluían mientras el secretario general mirara en aquella dirección; si volvía la cabeza, la máquina lo captaría y se detendría al instante.

En esos momentos estaba mirando hacia la proyección de la letra impresa que se movía a lo largo de la pantalla, pero en realidad no estaba leyendo, sino que simplemente evitaba los ojos de su *jefe* al otro lado de la mesa. La señora Douglas no leía la prensa; tenía otras formas de enterarse de lo que necesitaba saber.

—Joseph.

El secretario general alzó la cabeza, y la máquina se detuvo.

— ¿Sí, querida?

—Algo te está rondando por la cabeza.

— ¿Eh? ¿Qué te hace decir eso, querida?

— ¡Joseph! No llevo treinta y cinco años observándote, mimándote y zurciéndote los calcetines y sacándote de apuros por nada. Sé cuándo algo te ronda por la cabeza.

Al diablo con ello, admitió reluctante para sus adentros, claro que lo sabe. La miró y se preguntó por qué había permitido que aquella mujer le indujera a firmar un contrato indefinido. Originalmente sólo había sido su secretaria, allá en los viejos tiempos — pensaba en ellos como en «Los Viejos y Buenos Tiempos»—, cuando era legislador del estado y batía los arbustos en busca de votos individuales. Su primer contrato había sido un simple acuerdo de cohabitación de noventa días, supuestamente a fin de economizar los gastos de una campaña ajustada de fondos mediante un ahorro en las facturas de los hoteles; ambos estuvieron de acuerdo en que se trataba de una simple conveniencia, con el término «cohabitación» indicando tan sólo que vivirían bajo el mismo techo… ¡y ni siquiera entonces le remendó ella los calcetines!

Trató de recordar cómo y cuándo se había producido el cambio en la situación. La biografía oficial de la señora Douglas — *Sombra de grandeza: historia de una mujer* —, afirmaba que él se le declaró durante el escrutinio de las votaciones, contando con ganar su primera elección… y que su romántica necesidad era tal que nada podía calmarla excepto un matrimonio a la antigua usanza, de los de «hasta que la muerte nos separe».

Bueno, él no lo recordaba así… pero ya era inútil combatir la versión oficial.

—Joseph, ¡respóndeme!

— ¿Eh? Nada en absoluto, querida. He pasado una mala noche.

—Ya lo sé. Cuando te despertaron a primera hora de la madrugada, ¿crees que no me enteré?

Su primer pensamiento fue que las habitaciones de su esposa se hallaban a unos buenos cincuenta metros de su dormitorio.

— ¿Cómo lo supiste, querida?

— ¿Oh? Intuición femenina, por supuesto. ¿Qué decía el mensaje que te trajo Bradley?

—Por favor, cariño… Tengo que acabar con las noticias de la mañana antes de la reunión del Consejo.

—Joseph Edgerton Douglas, no intentes salirte por la tangente.

Él suspiró.

—El hecho es que hemos perdido de vista a ese pordiosero de Smith.

— ¿Smith? ¿Te refieres al Hombre de Marte? ¿Qué quieres decir con «perdido de vista»? Eso es ridículo.

—Tal vez lo sea, querida, pero se ha ido. Desapareció de su habitación del hospital en algún momento de ayer.

— ¡Absurdo! ¿Cómo lo consiguió?

—Al parecer, disfrazado de enfermera. No estamos seguros.

—Pero… Bien, no importa. Ha desaparecido, y eso es lo principal. ¿Qué turbio plan has maquinado para recuperarlo?

—Bueno, tenemos unas cuantas personas buscándole. Gente de confianza. Berquist…

— ¡Berquist! ¿Ese cabeza de chorlito? Cuando deberías tener a todos los funcionarios policiales, desde los mejores agentes del FDS hasta los más asquerosos detectives de las comisarías buscándole, ¡todo lo que se te ocurre es enviar a Berquist!

—Pero cariño, no te haces cargo de la situación. No *podemos*. Oficialmente no se ha extraviado. Comprende que está… bueno, el otro tipo. El… ejem… Hombre de Marte «oficial».

— ¡Oh!… —tamborileó sobre la mesa—. Ya te advertí que ese plan de la sustitución nos traería disgustos.

—Pero querida, lo sugeriste tú misma.

—No lo hice. Y no me contradigas. Hum… haz llamar a Berquist.

—Oh, Berquist está fuera, siguiendo la pista de Smith. Todavía no ha informado.

— ¿Eh? A estas alturas Berquist tiene que haber recorrido ya probablemente la mitad de la distancia desde aquí a Zanzíbar. Nos habrá vendido. Nunca confié en ese hombre. Te dije cuando le contrataste que…

— ¿Cuando *yo* le contraté?

—No me interrumpas… te dije que un hombre que acepta dinero de dos partes aceptará con la misma rapidez el de una tercera —frunció el ceño—. Joseph, la Coalición Oriental está detrás de esto. Prepárate para esperar una maniobra de un voto de censura en la Asamblea.

— ¿Eh? No veo por qué. Nadie sabe nada de esto.

— ¡Oh, por el amor de Dios! Todo el mundo se enterará; la Coalición Oriental se ocupará de ello. Ahora cállate y déjame pensar.

Douglas guardó silencio y volvió a su periódico. Leyó que el Consejo de la Ciudad—Condado de Los Ángeles había pedido ayuda a la Federación para resolver el problema de la contaminación atmosférica, sobre la base de que el ministro de Sanidad no les había proporcionado una cosa, no importaba el qué… pero había que echarles una mano, puesto que las cosas se le presentaban bastante mal a Charlie en lo que a la reelección se refería, ya que los fosteritas tenían su propio candidato… y él necesitaba a Charlie. La Lunar Enterprises había subido dos enteros al cierre, probablemente, decidió, debido a…

—Joseph.

— ¿Sí, querida?

—Nuestro «Hombre de Marte» es el único y auténtico; el que se saque de la manga la Coalición Oriental será un fraude. Así es como tiene que ser.

—Pero cariño, no podemos mantener eso.

— ¿Qué quieres decir con que no podemos? *Tenemos* que mantenerlo.

—Pero no *podemos*. Los científicos se darán cuenta de inmediato de la sustitución. Las he pasado difíciles para mantenerlos apartados de esto hasta ahora.

— ¡Científicos!

—Pero pueden hacerlo, tú lo sabes.

—No sé nada de eso. ¡Los científicos, precisamente! La mitad de su trabajo se basa en suposiciones y la otra mitad en pura superstición. Deberían estar encerrados bajo llave; la ley debería prohibir su existencia. Joseph, te lo he dicho infinidad de veces; la única ciencia verdadera es la astrología.

—Bueno, no sé, querida. Entiéndelo, no estoy en contra de la astrología…

— ¡Mejor que no lo estés! Después de todo lo que ha hecho por ti.

—… pero lo que estoy diciendo es que esos científicos son muy agudos. Uno de ellos me estuvo contando el otro día que hay una estrella cuyo peso es seis mil veces el del plomo. ¿O era sesenta mil? Déjame ver…

— ¡Tonterías! ¿Cómo pueden saber una cosa así? Sigue callado, Joseph, mientras termino de decir esto: no admitimos nada. Su hombre es un fraude. Pero, mientras tanto, utilizamos a discreción nuestros equipos del Servicio Especial y lo recuperamos, a ser posible, antes de que la Coalición Oriental haga sus declaraciones. Si es necesario usar medidas enérgicas, y ese tal Smith se resiste al arresto o algo así… bueno, es una lástima, pero yo no voy a llorarle mucho tiempo. No ha sido más que un engorro desde el principio.

— ¡Agnes! ¿Te das cuenta de lo que me estás sugiriendo?

—No estoy sugiriendo nada. Muchas personas resultan heridas a diario. Este asunto debe aclararse, Joseph, en bien de todos. El mayor bien para la mayoría, como a ti te gusta tanto decir.

—No quisiera que ese chico resultara herido.

— ¿Quién ha dicho nada de hacerle daño? Pero debes tomar medidas firmes, Joseph; es tu deber. La historia te justificará. ¿Qué es más importante, hacer que las cosas sigan funcionando para cinco mil millones de personas, o mostrarse blando y sentimental con un hombre que ni siquiera es propiamente un ciudadano?

Douglas no respondió. La señora Douglas se puso en pie.

—Bueno, no puedo perder mi tiempo tratando temas intangibles contigo, Joseph; tengo que ir a ver a Madame Vesant para que me haga mi nuevo horóscopo para esta emergencia. Pero puedo decirte esto: no me he pasado los mejores años de mi vida empujándote hasta donde estás ahora para ver cómo te echan a un lado por culpa de tu falta de valor. Límpiate el huevo que tienes en la barbilla —se dio la vuelta y se marchó.

El jefe ejecutivo del planeta permaneció sentado a la mesa durante otras dos tazas de café antes de sentirse con ánimos de levantarse y dirigirse a la Sala del Consejo. ¡Pobre vieja Agnes! Tan ambiciosa… Suponía que la había decepcionado, y sin duda el cambio de vida no hacía las cosas más fáciles para ella. Bueno, al menos era leal, fiel a sus principios… y todos pasamos por baches en algunas épocas; probablemente estaba tan harta de él como él de… Oh, no valía la pena pensar en ello.

Enderezó los hombros. Una maldita cosa sí era segura: no iba a dejarse zarandear por el asunto de ese tipo, Smith. Era un fastidio, lo admitía, pero el chico resultaba agradable e incluso conmovedor en su indefensión y con su aparente retraso mental. Agnes debía de haberse dado cuenta de lo fácilmente que se asustaba, o de otro modo no habría hablado de aquella forma. Pero Smith debería despertar sus instintos maternales.

Aunque, ciñéndose estrictamente a los hechos, ¿tenía Agnes algo «maternal» en ella? Cuando fruncía los labios de aquella forma, su boca no era un espectáculo agradable. Oh, mierda, todas las mujeres tenían instintos maternales; la ciencia lo había demostrado. Bueno, ¿o no?

De cualquier modo — condenadas fueran sus entrañas —, no iba a permitir que le abrumara. Siempre estaba recordándole que

fue ella quien le empujó hasta la cumbre, pero Douglas sabía que no era así… y la responsabilidad era suya y sólo suya. Se irguió más, cuadró los hombros y se dirigió a la Sala del Consejo.

Pasó toda la larga sesión esperando que alguien dejara caer el otro zapato. Pero nadie lo hizo, y no acudió ningún ayudante con un mensaje para él. Se vio obligado a llegar a la conclusión de que el hecho de la desaparición de Smith sólo era conocido por los más íntimos colaboradores de su Estado Mayor, al contrario de lo que le había parecido.

El secretario general deseó muy intensamente cerrar los ojos y esperar a que todo aquel horroroso alboroto se alejase de él, pero los acontecimientos no se lo permitían. Ni su esposa tampoco.

* * *

La santa personal de Agnes Douglas, por elección propia, era Evita Perón, a la que tenía la ilusión de parecerse. Su propia persona — la máscara que exhibía al mundo — era la de una colaboradora y satélite del gran hombre al que tenía el privilegio de llamar esposo. Incluso mantenía esta máscara para ella misma, porque tenía la útil habilidad de la Reina Roja de creer todo lo que ella deseara creer. Sin embargo, su política filosófica podría definirse claramente — cosa que nunca se había hecho — como la creencia de que los hombres debían gobernar el mundo y las mujeres debían gobernar a los hombres.

El que todas sus creencias y acciones derivaran de una furia ciega hacia un destino que la había hecho mujer nunca pasó por su cabeza… y menos aún hubiera creído que había alguna conexión entre su comportamiento y el deseo de su padre de un hijo varón… o de sus propios celos hacia su madre. Esos inicuos pensamientos jamás habían entrado en su mente. Amaba a sus padres y hacía que se pusieran flores frescas sobre sus tumbas en las ocasiones apropiadas; amaba a su esposo y a menudo lo decía en público; se

sentía orgullosa de su femineidad y lo decía en público casi tan a menudo… y frecuentemente unía las dos afirmaciones.

Agnes Douglas no esperó a que su esposo actuase en el caso del desaparecido Hombre de Marte. Todos los colaboradores personales de su esposo acataban con la misma facilidad las órdenes de él que las de ella; en algunos casos, incluso mejor las de ella. Mandó llamar al ayudante ejecutivo encargado de la información civil — como se denominaba al agente de prensa del señor Douglas —; luego dedicó su atención a la más urgente medida de emergencia: conseguir que le fuera elaborado un nuevo horóscopo. Tenía instalado un enlace particular, desmodulado, desde sus habitaciones en el Palacio hasta el estudio de Madame Vesant; el blando y regordete rostro de la astróloga apareció en la pantalla casi de inmediato.

— ¿Agnes? ¿Qué ocurre, querida? Estoy con un cliente.

— ¿Tiene conectada la desmodulación del circuito?

—Desde luego.

—Desembarácese de ese cliente ahora mismo. Se trata de una emergencia.

Madame Alexandra Vesant se mordió el labio, pero su expresión no cambió y su voz no mostró ningún fastidio.

—Un momento.

Sus facciones desaparecieron de la pantalla y fueron reemplazadas por la señal de «espere». Un hombre entró en la habitación y se detuvo a un lado del escritorio de la señora Douglas; ésta se volvió y vio que se trataba de James Sanforth, el agente de prensa al que había mandado llamar.

— ¿Sabe algo de Berquist? —le preguntó sin ningún preámbulo.

— ¿Eh? Yo no me ocupo de eso; es cosa de McCrary.

Ella eliminó la irrelevancia con un agitar de su mano.

—Tiene que desacreditarle antes de que hable.

— ¿Eh? ¿Piensa que Berquist nos traicionará?

—No sea ingenuo. Hubiera debido consultarme a mí antes de emplearle.

—Pero no era cosa mía. Ése era el trabajo de McCrary.

—Se supone que usted está enterado de todo lo que ocurre. Yo… —el rostro de Madame Vesant volvió a aparecer en la pantalla—. Siéntese, aguarde un momento —indicó a Sanforth. Se volvió hacia la pantalla—. Allie querida, necesito horóscopos nuevos para Joseph y para mí, tan pronto como pueda tenerlos listos.

—Muy bien… —la astróloga titubeó—. Podría ser de gran ayuda, querida, si me aclarase la naturaleza de la emergencia.

La señora Douglas tamborileó sobre el escritorio.

— ¿Le resulta imprescindible conocerla?

—Por supuesto que no. Cualquiera que posea el riguroso entrenamiento necesario, la capacidad matemática y el conocimiento de las estrellas puede calcular un horóscopo con sólo saber la hora y el lugar de nacimiento exactos del sujeto. Usted podría aprender… si no estuviese tan terriblemente atareada. Pero recuerde: las estrellas inclinan pero no obligan. Usted goza de su libre albedrío. Si tengo que preparar un análisis extremadamente detallado para aconsejarla en una crisis, necesito saber en qué sector debo mirar. ¿Estamos muy preocupadas por la influencia de Venus? ¿O es posiblemente la de Marte? ¿O…?

La señora Douglas decidió.

—La de Marte —interrumpió—. Allie, quiero que haga un tercer horóscopo.

—Muy bien. ¿De quién?

—Hum… Allie, ¿puedo confiar en usted?

Madame Vesant pareció dolida.

—Agnes, si no confía usted en mí, más vale que se abstenga de consultarme. Hay otros que pueden proporcionarle lecturas científicas. Yo no soy la única estudiante del antiguo conocimiento. Tengo entendido que el profesor Von Krausemeyer está bien

preparado, aunque a veces se muestra inclinado a… —dejó que su voz muriera.

— ¡Por favor, por favor! ¡Por supuesto que confío en usted! Ni por un momento se me ha ocurrido la idea de que alguna otra persona realice un cálculo para mí. Ahora, escuche atentamente: ¿nadie puede oír de su lado lo que yo le diga?

—Por supuesto que no, querida.

—Quiero que haga un horóscopo de Valentine Michael Smith.

—«Valentine Mich…» ¿El Hombre de Marte?

—Sí. Allie, ha sido secuestrado. *Tenemos* que encontrarle.

* * *

Unas dos horas más tarde, Madame Alexandra Vesant se echó hacia atrás en su mesa de trabajo y suspiró. Había hecho que su secretaria cancelase todas las citas, y estaba realmente cansada; varias hojas de papel cubiertas con diagramas y cifras, y un almanaque náutico gastado y con las páginas dobladas, eran testigos ante ellas de sus esfuerzos. Alexandra Vesant difería de algunos otros astrólogos practicantes en que realmente intentaba calcular las «influencias» de los cuerpos celestes utilizando un maltratado libro en rústica titulado *La Ciencia Arcana de la Astrología Judicial y Clave para la Piedra Salomónica*, que había pertenecido a su difunto esposo, el Profesor Simón Magus, un reputado mentalista, hipnotizador e ilusionista teatral y estudioso de las artes ocultas.

Confiaba en el libro del mismo modo que había confiado en él; no había nadie capaz de trazar un horóscopo como Simón, cuando estaba sobrio. La mitad de las veces ni siquiera tenía necesidad de recurrir al libro; se lo sabía de memoria. Ella sabía que nunca alcanzaría aquel grado de habilidad, así que siempre recurría al almanaque y al manual. Sus cálculos eran a veces un tanto confusos; Becky Vesey (como era conocida cuando niña)

nunca llegó a aprender de memoria la tabla de multiplicar, y confundía a menudo los sietes y los nueves.

Pese a todo, sus horóscopos resultaban eminentemente satisfactorios; la señora Douglas no era su único cliente distinguido.

Pero esta vez había sentido el roce del pánico cuando la esposa del secretario general le pidió que elaborara un horóscopo del Hombre de Marte. Experimentó la misma sensación que la acosaba cada vez que un idiota del público insistía en hacer un nudo de más a la venda que le cubría los ojos poco antes de que el Profesor empezara a formular sus preguntas. Pero había descubierto, ya de niña, que poseía un talento innato cuando estaba en un escenario para dar la respuesta adecuada; era sólo cuestión de reprimir el pánico y seguir adelante con el espectáculo.

Así que le había pedido a Agnes la hora exacta, la fecha y el lugar de nacimiento del Hombre de Marte, completamente segura, o casi, de que tales datos no le podrían ser proporcionados.

Pero la información le fue suministrada, y con detalles muy precisos, tras una breve demora… todo ello procedente del diario de a bordo de la *Envoy*. Por aquel entonces el pánico había desaparecido, y simplemente aceptó la información y prometió llamar tan pronto como tuviese los horóscopos a punto.

Pero ahora, tras dos horas de penosa aritmética, aunque había completado nuevos descubrimientos relativos al señor y a la señora Douglas, no había ido más lejos con Smith de lo que tenía cuando empezó. El problema era muy simple… e insuperable: Smith no había nacido en la Tierra.

Su biblia astrológica no incluía la idea de seres humanos nacidos en otra parte que en la Tierra; su anónimo autor vivió y murió mucho antes de que se lanzara el primer cohete a la Luna. Había intentado muy intensamente hallar una salida lógica para aquel dilema, basándose en el supuesto de que todos los principios estaban incluidos en el manual y que lo único que tenía que hacer era hallar una forma de efectuar las correcciones impuestas por el desplazamiento lateral. Pero se había extraviado en un laberinto de afinidades con las que no estaba familiarizada; cuando pensó a

fondo en el asunto descubrió que ni siquiera estaba segura de que los signos del Zodíaco fueran los mismos vistos desde Marte… ¿y qué podía hacer una sin los signos del Zodíaco?

Con la misma facilidad hubiera podido intentar extraer una raíz cúbica, que había sido el escollo insalvable que la obligó a abandonar la escuela.

Sacó del fondo de un cajón un tónico que guardaba a mano para tales situaciones difíciles. Se tomó rápidamente una dosis, midió una segunda y meditó acerca de lo que habría hecho Simón en tales circunstancias. Al cabo de un rato casi le fue posible oír su tranquilo y firme tono de voz: «¡Confianza, muchacha, confianza! Ten confianza en ti misma, y los patanes tendrán confianza en ti. Te debes a ellos».

Se sintió mucho mejor entonces, y empezó a redactar los resultados de los dos horóscopos para los Douglas. Una vez hecho esto, se dio cuenta de que también le resultaba sencillo escribir uno para Smith, y descubrió, como hacía siempre, que las palabras sobre el papel tenían una fuerza de convicción propia… ¡eran tan hermosamente *ciertas*! Estaba acabando ya cuando Agnes Douglas llamó de nuevo.

—Allie, ¿aún no ha terminado?

—Justo en este momento —repuso Madame Vesant con enérgica confianza—. Supongo que se dará cuenta de que el horóscopo de ese joven Smith presentaba un problema inusual y muy difícil para la Ciencia. El hecho de haber nacido en otro planeta me ha obligado a recalcular todos los aspectos y actitudes. La influencia del Sol resulta disminuida; la influencia de Diana desaparece casi por completo. Júpiter irrumpe en un aspecto nuevo, quizá me atrevería a decir único, como estoy segura que comprenderá perfectamente. Esto ha requerido una serie de cálculos que…

— ¡Allie! No importa eso. ¿Conoce las respuestas?

—Naturalmente.

— ¡Oh, gracias a Dios! Temí que quizá estaba intentando decirme que la tarea era demasiado para usted.

Madame Vesant se mostró sinceramente ofendida en su dignidad.

—Querida mía, la Ciencia es inalterable; sólo se alteran las configuraciones. Los medios que predijeron el instante y el lugar exactos del nacimiento de Cristo, que le dijeron a Julio César el momento y la forma de su muerte… ¿cómo podrían fallar ahora? La verdad es la verdad, inmutable.

—Sí, por supuesto.

— ¿Está usted preparada para la lectura?

—Déjeme poner en marcha la grabadora… Adelante.

—Muy bien. Agnes, se halla usted en el período más crítico de su vida; sólo dos veces antes habían presentado los cielos una configuración tan fuerte. Por encima de todo tiene que conservar la calma, no precipitarse, meditar a fondo las cosas. En su conjunto los portentos se le muestran favorables, siempre y cuando no luche usted contra ellos y evite todo acto ejecutado sin previa consideración. No permita que su mente se inquiete ante las apariencias superficiales…

Siguió hablando, desgranando sus buenos consejos. Becky Vesey tenía siempre buenos consejos que dar, y lo hacía con gran convicción porque era la primera en creer en ellos. Había aprendido de Simón que, incluso cuando las estrellas parecían más siniestras, siempre existía algún modo de suavizar el golpe, algún aspecto que el cliente podía utilizar en su camino hacia una mayor felicidad… si ella podía hallarlo y señalárselo.

El tenso rostro allá en la pantalla se calmó y empezó a asentir con la cabeza mientras ella enumeraba sus conceptos.

—Así que puede ver —concluyó— que la mera ausencia temporal del joven Smith no constituye algo malo sino una necesidad, resultado de las influencias conjuntas de sus tres horóscopos. No se preocupe y no tema nada; él volverá, o tendrá

usted noticias suyas, en un plazo muy breve. Lo importante es no adoptar medidas drásticas o irrevocables. Tener calma.

—Sí, entiendo.

—Un detalle más. El aspecto de Venus es más favorable, y potencialmente dominante sobre el de Marte. Venus la simboliza a usted, por supuesto, pero Marte es a la vez su esposo y el joven Smith… como resultado de las circunstancias únicas de su nacimiento. Esto arroja una doble carga sobre sus hombros y debe enfrentarse al desafío; tiene que demostrar esas cualidades de serena sabiduría y dominio de sí misma que son peculiares de la mujer. Debe apoyar a su esposo, guiarle a través de esta crisis, apaciguarle. Tiene que proporcionar los tranquilos pozos de sabiduría de la madre Tierra. Éste es su genio especial… y ahora es el momento de utilizarlo.

La señora Douglas suspiró.

— ¡Allie, es usted sencillamente maravillosa! No sé cómo darle las gracias.

—No me lo agradezca. Esa gratitud corresponde a los Antiguos Maestros, de los que sólo soy una humilde discípula.

—No puedo darles las gracias a ellos, así que se las doy a usted. Esto no entra en nuestro acuerdo, Allie. Habrá un regalo.

—Oh, no es necesario, Agnes. Servirla es un privilegio.

—Y mi privilegio es apreciar el servicio. ¡Ni una palabra más, Allie!

Madame Vesant se dejó convencer y luego apagó el televisor, cálidamente satisfecha de haber dado una lectura que *sabía* exacta. ¡Pobre Agnes! Una mujer tan buena por dentro… y tan retorcida por conflictivos deseos. Era un privilegio allanarle un poco el camino, hacer que el peso de la carga que llevaba sobre sus hombros fuera algo más fácil de soportar. Ayudar a Agnes le hacía sentirse mejor.

A Madame Vesant le hacía sentirse bien también verse tratada casi de igual a igual por la esposa del secretario general, aunque —puesto que no era presuntuosa — no lo pensaba así. Pero la joven

Becky Vesey había sido tan insignificante, que el diputado de su distrito nunca logró recordar su nombre, pese a haber observado de inmediato las medidas de su busto. Pero Becky Vesey nunca se había resentido por ello; a ella le gustaba la gente. Ahora le gustaba Agnes Douglas.

A Becky Vesey le gustaba todo el mundo.

Permaneció sentada un momento más, disfrutando del calor de aquella sensación y del respiro de la presión y de un traguito más de tónico, mientras su ágil y perspicaz cerebro ordenaba los fragmentos y datos que había captado. Luego, sin haber tomado conscientemente la decisión, llamó a su agente de bolsa y le dio instrucciones para que vendiese de inmediato sus acciones de la Lunar Enterprises.

El hombre soltó un bufido.

—Allie, está usted loca. Esa dieta de adelgazamiento le está debilitando el cerebro.

—Escúcheme, Ed. Cuando hayan bajado diez enteros, cúbrame, aunque sigan bajando. Espere hasta que den la vuelta. Entonces, cuando hayan recuperado tres enteros, compre otra vez… luego venda de nuevo cuando alcancen de nuevo el cierre de hoy.

Hubo un largo silencio mientras el hombre la miraba con fijeza.

—Allie, usted sabe algo. Dígaselo al tío Ed.

—Las estrellas me lo dicen, Ed.

Ed hizo una sugerencia astronómicamente imposible y añadió:

—Muy bien, si no quiere, no lo haga. Hum… Jamás tuve suficiente sentido común para mantenerme apartado de cualquier juego sucio. ¿Le importa si comparto el riesgo con usted, Allie?

—En absoluto, Ed, siempre y cuando no cargue demasiado la mano y muestre la oreja. Ésta es una situación especialmente delicada, con Saturno en equilibrio entre Virgo y Leo.

—Como usted diga, Allie.

* * *

La señora Douglas puso manos a la obra inmediatamente, feliz de que Allie hubiese confirmado todos sus juicios. Dio órdenes relativas a la campaña para destruir la reputación del extraviado Berquist, tras solicitar su expediente y echarle un vistazo. Tuvo una entrevista a puerta cerrada de veinte minutos con el comandante Twitchell, jefe de los grupos del Servicio Especial… el cual abandonó el despacho con una expresión agria y pensativa, y de inmediato empezó a hacerle la vida imposible a su oficial ejecutivo. Transmitió instrucciones a Sanforth para que preparase otra estereoemisión del «Hombre de Marte», e incluyera en ella un rumor «de fuentes próximas a la Administración» acerca de que Smith iba a ser transferido, o posiblemente había sido transferido ya, a un sanatorio ubicado en las cumbres de los Andes, a fin de proporcionarle para su convalecencia un clima tan parecido al de Marte como fuera posible. Después se sentó y reflexionó acerca del mejor sistema para conservar los votos de Pakistán para Joseph.

Finalmente llamó a su esposo y le instó a que apoyase el reclamo de Pakistán sobre la parte del león del territorio de Cachemira. Puesto que esto era lo que él había deseado hacer desde un principio y no había hecho, no fue difícil persuadirle, aunque a ella le irritó la suposición de que él se había estado oponiendo a la idea. Una vez arreglado ese asunto, fue a dirigirles la palabra a las Hijas de la Segunda Revolución, sobre el tema *La maternidad en el nuevo mundo*.

OceanofPDF.com

10

Mientras la señora Douglas hablaba muy liberalmente sobre un tema que conocía muy poco, Jubal E. Harshaw, licenciado en Derecho, doctor en Medicina, doctor en Ciencias, *bon vivant*, *gourmet*, sibarita, extraordinario autor popular y filósofo neopesimista, estaba sentado al lado de la piscina de su residencia en el Poconos, frotándose la densa pelambrera gris del pecho y observando a sus tres secretarias chapotear en la piscina. Eran sorprendentemente hermosas; también eran sorprendentemente buenas secretarias. En opinión de Harshaw, el principio del mínimo esfuerzo requería que la utilidad y la belleza se combinasen.

Anne era rubia, Miriam pelirroja y Dorcas morena; en cada caso la coloración era auténtica. Se alineaban, respectivamente, de la figura agradablemente rolliza a la esbeltez más deliciosa. Sus edades formaban un abanico ligeramente superior a los quince años, pero resultaba difícil determinar cuál era la mayor. Indudablemente tenían apellidos, pero la casa de Harshaw no se preocupaba mucho por los apellidos. Se rumoreaba que una de ellas era la propia nieta de Harshaw, pero las opiniones respecto a cuál de ellas variaban.

En estos momentos Harshaw estaba trabajando más duro de lo que nunca había trabajado. La mayor parte de su mente estaba ocupada en la contemplación de las hermosas muchachas haciendo cosas hermosas con el sol y el agua, pero un diminuto compartimiento de su cerebro, cerrado herméticamente y a prueba de ruidos, estaba componiendo un texto. Afirmaba que su método

de composición literaria servía para situar sus gónadas en paralelo con su tálamo y desconectar enteramente su cerebro; sus hábitos proporcionaban cierta verosimilitud a la teoría.

Sobre la mesa había un micrófono conectado a una fonoescritora en su estudio, pero Harshaw sólo utilizaba la fonoescritora para tomar notas. Cuando estaba preparado para escribir algo, llamaba a una taquígrafa humana y observaba sus reacciones. En este momento estaba a punto.

— ¡Primera! —gritó.

—Anne es «primera» —respondió Dorcas—. Pero yo lo tomaré. Ese chapoteo fue Anne.

—Zambúllete y ve a buscarla. Puedo esperar.

La morenita surcó el agua; al cabo de un momento Anne salía de la piscina, se echaba un albornoz por encima, sé secaba las manos en él y tomaba asiento al otro lado de la mesa. No dijo nada, no hizo ningún preparativo; Anne poseía una memoria total, nunca se molestaba con dispositivos de grabación.

Harshaw cogió una copa llena de cubitos de hielo sobre la que había vertido coñac y bebió un relajado sorbo.

—Anne, tengo uno auténticamente nauseabundo. Es acerca de un gatito que se mete en una iglesia en Nochebuena buscando calor. Además de estar muerto de hambre y congelado y perdido, el gatito tiene, Dios sabe por qué, una pata herida. Bien, empecemos: «Había estado nevando desde…»

— ¿Con qué seudónimo?

—Hum… será mejor usar de nuevo el de «Molly Wadsworth»; parece bastante repulsivo. Y el título es *El otro pesebre*. Empecemos de nuevo…

Siguió dictando, al tiempo que observaba atentamente a la muchacha. Cuando las lágrimas empezaron a brotar de sus cerrados ojos, sonrió ligeramente y cerró también los suyos. Cuando terminó, las lágrimas rodaban por las mejillas tanto de él como de ella, ambas bañadas en una catarsis de sentimentalismo.

—Y fin —anunció—. Puedes sonarte la nariz. Pásalo en limpio y, por el amor de Dios, no me lo enseñes o lo haré pedazos.

—Jubal, ¿nunca se siente avergonzado?

—No.

—Algún día le voy a patear ese gordo estómago suyo en nombre de alguno de sus desgraciados personajes.

—Ya lo sé. Pero no puedo ejercer ninguna otra profesión decente; no puedo hacer de alcahuete de mis hermanas; son demasiado viejas y, además, nunca he tenido ninguna. Lleva tu trasero adentro y pasa en limpio esto antes de que cambie de idea.

—Sí, jefe.

Ella le dio un beso en la calva mientras pasaba por detrás de su silla. Harshaw gritó de nuevo:

— ¡Primera! —y Miriam echó a andar hacia él. Pero un altavoz montado sobre la casa a su espalda cobró vida:

— ¡Jefe!

Harshaw dejó escapar una palabrota, y Miriam rió desaprobadoramente.

— ¿Sí, Larry?

—Hay una dama aquí en la verja de entrada que quiere verle —informó el altavoz—. Trae un *cadáver* consigo.

Harshaw consideró aquello durante unos segundos.

— ¿Es guapa? —preguntó al altavoz.

—Eh… sí.

—Entonces, ¿por qué estás chupándote el pulgar? Haz que ingrese… —Harshaw se arrellanó en el asiento—. Empecemos —dijo—. Montaje de escenas urbanas fundiéndose en un plano medio, interior. Un policía está sentado en una silla de respaldo recto, sin gorra, con el cuello de la camisa abierto y el rostro perlado de sudor. Vemos sólo la espalda de otra figura, que se interpone entre nosotros y el poli. La figura alza una mano, la lleva hacia atrás y hasta casi fuera del tanque. Abofetea al policía con un

sonido fuerte y carnosamente metálico, con eco —Harshaw alzó la vista y dijo—. Continuaremos luego desde aquí.

Un coche de superficie avanzaba colina arriba en dirección a la casa. Jill iba al volante del coche; un hombre joven ocupaba el asiento de al lado. Cuando el vehículo se detuvo cerca de Harshaw, el hombre bajó de un salto, como si se considerase feliz de poder divorciarse del coche y su contenido.

—Aquí está ella, Jubal.

—Eso veo. Buenos días, jovencita. Larry, ¿dónde está el cadáver?

—En el asiento de atrás, jefe. Debajo de una manta.

—Pero no es un cadáver —protestó Jill—. Es… Ben dijo que usted… quiero decir que… —hundió la cabeza y estalló en sollozos.

—Vamos, vamos, querida —murmuró Harshaw con voz gentil —. Pocos cadáveres merecen que se derramen lágrimas por ellos. Dorcas, Miriam, cuidad de ella. Dadle algo de beber y lavadle la cara.

Dedicó su atención al asiento posterior del coche; se acercó y empezó a levantar la manta. Jill se desasió del brazo de Miriam y chilló agudamente:

— ¡Tiene usted que escucharme! ¡Él no está muerto! Al menos, espero que no lo esté. Es… ¡oh, Dios mío! —volvió a echarse a llorar—. ¡Estoy tan sucia… y tan asustada!

—Parece un cadáver —musitó meditativo Harshaw—. La temperatura del cuerpo es inferior a la del aire, calculo. Pero no presenta el típico *rigor mortis*. ¿Cuánto tiempo lleva muerto?

— ¡Pero si no está muerto! ¿No podemos sacarle de ahí? Me costó horrores subirle al coche.

—Seguro. Larry, échame una mano. Y deja de mostrar este aspecto tan verde. Si vomitas, tendrás que limpiarlo tú.

Entre los dos sacaron a Valentine Michael Smith del asiento de atrás y lo tendieron sobre la hierba, al lado de la piscina; su cuerpo seguía rígido, apretado aún en una bola. Sin que nadie se lo dijera,

Dorcas había ido a buscar el estetoscopio del doctor Harshaw; lo dejó en el suelo junto a Smith, lo conectó y subió el volumen.

Harshaw se aplicó el casco a los oídos y empezó a buscar los latidos del corazón.

—Temo que está usted equivocada —dijo a Jill con voz suave —. Se encuentra más allá de toda ayuda que yo pueda prestarle. ¿Quién era?

Jill suspiró. De su rostro había desaparecido toda expresión. Respondió con voz llana:

—Era el Hombre de Marte. Lo intenté con todas mis fuerzas.

—Estoy seguro de que lo hizo… ¿El Hombre de Marte?

—Sí. Ben Caxton me dijo que usted era la persona a la que había que acudir.

—Ben Caxton, ¿eh? Agradezco la confian… ¡Silencio! — Harshaw enfatizó su petición alzando la mano mientras fruncía el entrecejo y escuchaba. Pareció confuso, luego la sorpresa estalló en su rostro—. ¡Hay actividad cardíaca! Si seré balbuceante mandril… Dorcas, arriba, en la clínica: tercer cajón en la parte cerrada del frigorífico. El código es «dulces sueños». Trae todo el cajón y toma una aguja hipodérmica de un centímetro cúbico del esterilizador.

—Enseguida.

— ¡Doctor, nada de estimulantes!

Harshaw se volvió hacia Jill.

— ¿Eh?

—Lo siento, señor. Sólo soy enfermera… pero este caso es diferente. ¡Lo sé!

—Hum… Ahora es mi paciente, enfermera. Pero hace unos cuarenta años descubrí que no era Dios, y unos diez años después me di cuenta de que ni siquiera era Esculapio. ¿Qué quiere que intentemos?

—Yo sólo quisiera lograr despertarle. Si se le hace algo, se hunde aún más en ese trance.

—Hum. Adelante, inténtelo. Siempre que no utilice un hacha. Luego probaremos mis métodos.

—Sí, señor —Jill se arrodilló al lado del cuerpo y empezó a probar de enderezar suavemente las piernas de Smith. Las cejas de Harshaw se alzaron cuando vio que tenía éxito. Jill apoyó la cabeza de Smith en su regazo y la acunó gentilmente entre sus manos—. Por favor, despierte —dijo en voz muy baja—. Soy Jill… su hermano de agua.

El cuerpo se agitó. Muy lentamente, el pecho se alzó. Luego Smith dejó escapar un largo y burbujeante suspiro y sus ojos se abrieron. Alzó la vista hacia Jill y sonrió con su sonrisa de niño. Jill se la devolvió. Luego miró a su alrededor, y la sonrisa se borró.

—Todo va bien —se apresuró a decir Jill—. Todos son amigos.

— ¿Todos amigos?

—Exacto. Todos son amigos suyos. No se preocupe… y no se vaya de nuevo. Todo está bien.

Smith no respondió, sino que se mantuvo inmóvil, con los ojos abiertos, contemplándolo todo y a todos a su alrededor. Parecía tan contento como un gato en un regazo.

* * *

Veinticinco minutos más tarde, Harshaw tenía a sus dos pacientes en la cama. Antes de que la pastilla surtiera efecto, Jill consiguió contarle lo suficiente de la situación como para que Harshaw se diera cuenta de que tenía cogido a un oso por el rabo. Ben Caxton había desaparecido —tenía que pensar en algo que hacer al respecto—, y el joven Smith era como una patata caliente en sus manos… aunque ya lo había sospechado apenas oír quién era por primera vez. Oh, bueno, la vida podía volverse divertida por un tiempo; borraría ese aburrimiento gris que acechaba siempre al otro lado de la esquina.

Contempló el pequeño coche utilitario en el que había llegado la muchacha. En sus costados llevaba pintado: ALQUILERES READING — Equipos para transporte terrestre — ¡Trate con el Holandés!

—Larry, ¿está electrificada la cerca?

—No.

—Conéctala. Luego, antes de que oscurezca, limpia todas las huellas dactilares de este trasto. Tan pronto como haya oscurecido lo llevas hasta el otro lado de Reading… mejor vete hasta casi Lancaster, y lo dejas en alguna cuneta. Después vas a Filadelfia, coges la lanzadera para Scranton y vuelves a casa desde allí.

—Por supuesto, Jubal. Eh… Dígame, ¿es *realmente* el Hombre de Marte?

—Por tu bien sería mejor que no lo fuera, porque si lo es y te pescan antes de que puedas librarte de este trasto y te relacionan con él, probablemente te interrogarán con una antorcha encendida. Pero creo que sí lo es.

—Entiendo. ¿Robo unos cuantos bancos en el camino de regreso?

—Probablemente es lo mejor que podrías hacer.

—De acuerdo, jefe —Larry titubeó—. ¿Le importa si me quedo esta noche en Fily?

—En nombre de Dios, ¿qué puede hacer un hombre de noche en Filadelfia?

—Muchas cosas, si uno sabe dónde mirar.

—Tú mismo —Harshaw se dio la vuelta—. ¡Primera!

* * *

Jill durmió hasta poco antes de la cena, que en aquella casa era a las confortables ocho de la noche. Despertó fresca y alerta, hasta el punto que olfateó el aire que brotaba de la rejilla sobre su cabeza y supuso correctamente que el médico había eliminado los efectos

del hipnótico con un estimulante. Mientras dormía, alguien se había llevado las sucias y arrugadas prendas que llevaba y le había dejado un sencillo vestido de tarde completamente blanco y unas sandalias. El vestido le iba a la perfección; Jill supuso que debía pertenecer a la chica que el doctor había llamado Miriam. Tomó un baño, se maquilló un poco y se peinó, y bajó al salón sintiéndose una mujer nueva.

Dorcas estaba acurrucada en un gran sillón, haciendo punto; alzó la vista, saludó amistosamente como si Jill hubiera formado siempre parte de la casa y dedicó de nuevo toda su atención a su trabajo. Harshaw estaba de pie y agitaba suavemente una mezcla de bebidas en una jarra alta de aspecto helado.

— ¿Una copa? —invitó.

—Oh, sí, gracias.

El hombre sirvió hasta el borde dos vasos largos de cóctel y le tendió uno.

— ¿Qué es? —preguntó ella.

—Una receta propia, un cóctel cometa. Un tercio de vodka, un tercio de ácido clorhídrico y un tercio de líquido de batería… dos pulgaradas de sal y un escarabajo en adobo.

—Será mejor que tome un *highball* —aconsejó Dorcas.

—Tú ocúpate de tus cosas —aconsejó Harshaw sin rencor—. El ácido hidroclorhídrico es bueno para la digestión; los escarabajos aportan vitaminas y proteínas —alzó su vaso hacia Jill y dijo con aire solemne—. ¡Por nuestra propia nobleza! Quedamos condenadamente pocos… —vació casi por completo su vaso, y lo volvió a llenar antes de dejarlo.

Jill tomó un cauteloso sorbo y luego un trago mucho más largo. Cualesquiera que fuesen los auténticos ingredientes, la bebida parecía ser lo que necesitaba: una cálida sensación de bienestar se extendió suavemente desde su centro de gravedad hacia sus extremidades. Bebió más de la mitad del contenido del vaso, y dejó que Harshaw le sirviera una generosa dosis adicional.

— ¿Ha visto a nuestro paciente? —preguntó el hombre.

—No, señor. No sabía dónde estaba.

—Le examiné hace unos minutos. Duerme como un bebé… Me parece que lo rebautizaré Lazarus. Por lo de Lázaro, ya sabe. ¿Cree que le gustará bajar a cenar con nosotros?

Jill pareció pensativa.

—De veras no lo sé, doctor.

—Bueno, si se despierta lo sabré. Puede acompañarnos o hacer que le suban una bandeja, lo que prefiera. Éste es el Palacio de la Libertad, querida. Todo el mundo hace absolutamente lo que quiere… Luego, si eso es algo que no me gusta, me limito a echarlo a patadas y en paz. Lo cual me recuerda: no me gusta que me llamen doctor.

— ¿Cómo?

—Oh, no me siento ofendido. Pero cuando empezaron a conceder doctorados a personas comparativamente más bien vulgares, yo empecé a considerarme a mi vez demasiado apestosamente orgulloso para usar el título. No tomo el whisky con agua y tampoco me enorgullecen los títulos aguados. Llámeme Jubal.

—Oh. Pero la graduación en medicina no ha sido… aguada, como dice usted.

—No. Pero ya es hora de que la llamen de alguna otra manera, para no mezclarla con los supervisores de jardín de infancia. No importa. Jovencita, ¿cuál es con exactitud su interés hacia este paciente?

— ¿Eh? Ya se lo dije, doct… Jubal.

—Me dijo lo que había sucedido; no me dijo por qué. Jill, me di cuenta de la forma como le miraba y le hablaba. ¿Cree que está enamorada de él?

Jill se sobresaltó. Miró a Dorcas; la otra muchacha parecía no estar escuchando la conversación.

—Pero… ¡eso es ridículo!

—No veo nada ridículo en ello. Usted es una chica; él es un muchacho… normalmente eso es una espléndida combinación.

—Pero… No, Jubal, no es eso en absoluto… Yo… bueno, creí que lo mantenían prisionero y pensé… mejor dicho, Ben pensó… que podía estar en peligro. Quise asegurarme de hacer prevalecer sus derechos.

—Hum… Querida, siempre recelo de todo acto desinteresado. Parece como si poseyera usted un equilibrio glandular normal, así que sospecho que se trata de Ben, o de este pobre chico de Marte, o de los dos. Será mejor que analice sus motivos en privado y les eche una buena mirada. Entonces podrá juzgar mejor qué camino seguir. Mientras tanto, ¿qué es lo que desea que haga yo?

El alcance no cualificado de la pregunta hizo que a Jill le resultara difícil contestarla. ¿Qué era lo que deseaba? ¿Qué esperaba? Desde el momento en que cruzó su Rubicón no había pensado en otra cosa más que en escapar… y llegar a casa de Harshaw. Carecía de planes.

—No lo sé.

—Eso supuse. Me dijo usted lo suficiente como para permitirme suponer que se había ausentado sin permiso de su hospital, así que, bajo la hipótesis de que desearía conservar su licencia, me he tomado la libertad, mientras usted dormía, de enviar un mensaje desde Montreal a su enfermera jefe. En este mensaje solicita usted dos semanas de permiso sin previo aviso a causa de una repentina enfermedad grave en su familia. ¿De acuerdo? Más tarde podrá elaborar todos los detalles.

Jill experimentó un repentino y tembloroso alivio. Por temperamento había enterrado toda preocupación relativa a su propio bienestar una vez tomada su decisión; no obstante, en lo más profundo de ella había sentido un enorme peso, debido a lo que le había hecho a su hasta entonces excelente carrera profesional.

— ¡Oh, Jubal, muchas gracias! —dijo, y añadió—. En realidad todavía no he cometido ninguna falta: hoy era mi día libre.

—Estupendo. Entonces queda cubierta como por una tienda. ¿Qué desea hacer ahora?

—Todavía no he tenido tiempo para reflexionar. Oh, supongo que deberé ponerme en contacto con mi banco y conseguir algo de dinero… —hizo una pausa mientras intentaba recordar cuál era el saldo de su cuenta. Nunca había sido abundante, y a veces olvidaba…

Jubal cortó en seco sus pensamientos.

—Si se pone en contacto con su banco, pronto va a tener polis saliéndole por las orejas. ¿No sería mejor que se quedara aquí hasta que las cosas se calmaran?

—Oh, Jubal, no quisiera abusar de su amabilidad.

—En realidad ya lo ha hecho. No se preocupe por ello, chiquilla. Siempre hay invitados por aquí, yendo y viniendo… hubo una familia que se quedó diecisiete meses. Pero nadie abusa de mí en contra de mi volun tad, así que relájese. Si resulta que es usted útil además de ornamental, puede quedarse para siempre. Ahora hablemos de nuestro paciente: dijo usted que deseaba que se respetasen sus «derechos». Supongo que esperaba mi ayuda en eso, ¿no?

—Bueno, yo… Ben dijo que… Ben parecía estar convencido de que usted ayudaría.

—Me gusta Ben, pero él no habla por mí. No tengo ni el más remoto interés en que este muchacho obtenga o no sus llamados *derechos*. No estoy del lado de esa estupidez del «auténtico príncipe». Sus derechos sobre Marte son carnaza para abogados; puesto que yo también soy abogado, no necesito respetarlos. En cuanto a la riqueza que se supone que le corresponde, la situación es el resultado de las inflamadas pasiones de otras personas y de nuestras extrañas costumbres tribales; no se ha ganado nada de ella por sí mismo. En mi opinión, tendrá suerte si le timan inteligentemente y le sacan a patadas del asunto… pero no pienso molestarme en escudriñar los periódicos para enterarme de cómo se

realizó la estafa y por quién. Si Ben esperaba que yo luchase en pro de los derechos de Smith, ha llamado usted a la puerta equivocada.

— ¡Oh! —Jill se sintió de pronto desamparada—. Creo que será mejor que prepare su traslado.

— ¡Oh, no! Es decir, a menos que lo desee.

—Pero creí que acababa usted de decir…

—Dije que no estaba interesado en meterme en una maraña de ficciones legales. Pero un paciente y huésped bajo mi techo es otro asunto. El muchacho puede quedarse, si lo desea. Lo único que quería dejar claro es que no tengo la menor intención de mezclarme en política para respaldar cualquier idea romántica que usted o Ben Caxton puedan tener.

»Querida, hubo un tiempo en el que acostumbraba a pensar que estaba sirviendo a la humanidad… y me complacía en ese pensamiento. Luego descubrí que la humanidad no desea que la sirvan; al contrario, le molesta cualquier intento de que se la sirva. Así que ahora hago lo que le place a Jubal Harshaw —se volvió hacia Dorcas como si el tema estuviese zanjado—. Ya es hora de cenar, ¿no es así, Dorcas? ¿Hay alguien haciendo algo al respecto?

—Miriam —Dorcas dejó su labor de punto y se levantó.

—Nunca he sido capaz de imaginar cómo se distribuyen el trabajo estas chicas.

—Jefe, ¿cómo puede llegar a imaginarlo… si usted nunca colabora? —Dorcas le dio unas palmaditas en el estómago—. Pero no se pierde ni una sola comida…

Sonó un gong y pasaron al comedor. Si la pelirroja Miriam había preparado la cena, al parecer había utilizado todos los atajos modernos: estaba sentada ya al extremo de la mesa, y su aspecto no podía ser más fresco y hermoso. Además de las tres secretarias, había allí un joven ligeramente mayor que Larry al que todos llamaban Duque, y que incluyó a Jill en la conversación como si ésta hubiese vivido toda la vida allí. También había una pareja de mediana edad que no fueron presentados, que comieron como si estuvieran en un restaurante y que abandonaron la mesa tan pronto

como acabaron, sin haber cruzado palabra con los otros comensales.

Pero la charla entre los demás fue viva e intrascendente. El servicio corría a cargo de máquinas sirvientes no androides, dirigidas desde los controles que tenía Miriam en su extremo de la mesa. La comida era excelente, y por todo lo que Jill pudo decir, nada de ella era sintético.

Pero no pareció satisfacer a Harshaw. Se quejó de que su cuchillo no cortaba, o la carne era dura, o ambas cosas; acusó a Miriam de servir sobras. Nadie pareció prestarle atención, pero Jill empezaba ya a sentirse violenta en nombre de Miriam cuando Anne dejó su tenedor y su cuchillo sobre la mesa.

—Ha mencionado la forma en que cocinaba su madre —indicó a las otras dos con un tono cortante.

—Vuelve a creerse que es el jefe —admitió Dorcas.

— ¿Desde cuándo?

—Desde hace unos diez días.

—Hum. Demasiado tiempo —Anne pareció hacer una seña a Dorcas y Miriam con los ojos; las tres se pusieron en pie. Duque siguió comiendo.

—Hey, vamos, muchachas, durante las comidas no… —dijo Harshaw precipitadamente.

No prestaron atención a su protesta, sino que avanzaron hacia él; una máquina se escurrió fuera del camino. Anne lo agarró por los pies, cada una de las otras dos por un brazo; las puertas vidrieras se deslizaron hacia los lados, franqueando el paso, y lo sacaron fuera, chillando.

Unos segundos más tarde los chillidos se cortaron en seco con un chapoteo. Las tres mujeres regresaron juntas, sin ninguna alteración visible en ellas. Miriam se sentó y se volvió hacia Jill.

— ¿Más ensalada, Jill?

Harshaw regresó unos minutos más tarde, vestido con pijama y bata en vez del traje que llevaba antes. Una de las máquinas había

tapado su plato tan pronto como fue arrastrado fuera de la mesa; ahora volvió a destaparlo, y él siguió comiendo.

—Como iba diciendo —observó—, una mujer que no sabe cocinar es un derroche de piel. Si no consigo obtener algún servicio de vosotras voy a tener que cambiaros a las tres por un perro, y luego le pegaré un tiro al perro. ¿Qué hay de postre, Miriam?

—Tarta de fresa.

—Eso ya me gusta más. Se suspende vuestra ejecución hasta el miércoles.

* * *

Gillian descubrió que no era necesario comprender cómo funcionaba la casa de Jubal Harshaw; podía hacer todo lo que quisiera, y a nadie le importaba. Después de la cena fue a la sala de estar con la intención de ver las noticias de la noche en el estereotanque, puesto que se sentía ansiosa por comprobar si formaba parte de las mismas. Pero no pudo descubrir ningún receptor estéreo, ni había nada susceptible de albergar un tanque. Ahora que pensaba en ello, no podía recordar haber visto alguno en ninguna parte de la casa. Ni tampoco periódicos, aunque sí había buena cantidad de libros y revistas.

Nadie se reunió con ella. Al cabo de un tiempo empezó a preguntarse qué hora sería. Había dejado su reloj arriba con su bolso, así que miró a su alrededor en busca de uno. No lo encontró; luego revisó su excelente memoria y no pudo recordar haber visto reloj ni calendario en ninguna de las habitaciones donde había estado.

Así que decidió que podía irse a la cama sin importar la hora que fuese. Toda una pared estaba cubierta de libros y cintas; tomó una bobina de Kipling: *Precisamente así*, y se la llevó alegremente consigo escaleras arriba.

Allá se encontró con otra pequeña sorpresa. La cama de la habitación que le había sido adjudicada era tan moderna como la

semana próxima: completa con automasaje, dispensador de café, regulador de temperatura, máquina lectora, etc., pero carecía de circuito despertador: no había más que una lisa placa de metal allí donde hubiera debido estar. Jill se encogió de hombros y decidió que probablemente no se le pegarían las sábanas; se metió en la cama, colocó la bobina de Kipling en la máquina lectora, se tendió boca arriba y escudriñó las palabras que empezaron a aparecer en el techo. Al cabo de un momento el control de velocidad resbaló de entre sus relajados dedos, se apagaron las luces y se quedó dormida.

Jubal Harshaw no se durmió con tanta facilidad; estaba irritado consigo mismo. Su interés inicial se había enfriado, y en su lugar se había asentado una reacción. Hacía más de medio siglo se había hecho el firme juramento — lleno de fuegos artificiales — de que jamás recogería un gato extraviado… y ahora, maldito fuera, por las múltiples tetas de Venus Genitrix, había recogido dos de golpe… no: tres, si contaba a Caxton.

El hecho de haber roto su juramento más veces que años habían transcurrido desde que lo formulara no le preocupaba; la suya no era una mente mezquina, atada a la lógica y la consistencia. Ni tampoco le preocupaba la mera presencia de dos pensionistas más durmiendo bajo su techo y comiendo a su mesa. Ahorrar unos cuantos centavos no era propio de él. En el transcurso de casi un siglo de borrascosa existencia se había arruinado varias veces, y varias veces también había sido más rico de lo que era en estos momentos; consideraba ambas condiciones como meros cambios meteorológicos, y nunca había dejado que influyesen en él.

Pero la perspectiva del alboroto que sabía que iba a organizarse cuando los husmeadores oficiales dieran con esos chiquillos le ponía de mal humor. Estaba completamente seguro de que descubrirían su pista; una chiquilla ingenua como aquella Gillian debía de haber dejado tras ella un rastro más visible que el de una vaca con pezuñas como estacas. No podía esperar ninguna otra cosa.

A resultas de ello, la gente acudiría en tromba a su refugio, haría preguntas estúpidas y formularía exigencias aún más estúpidas… y él, Jubal Harshaw, tendría que tomar decisiones y pasar a la acción. Puesto que estaba filosóficamente convencido de que toda acción era algo inútil, la perspectiva le irritaba.

No confiaba en una conducta razonable por parte de los seres humanos; consideraba que la mayor parte de los individuos eran firmes candidatos a la represión protectora y al tratamiento con toallas mojadas. Simplemente deseaba de todo corazón que le dejasen en paz… todo el mundo menos los pocos que elegía como compañeros de juego. Estaba firmemente convencido de que, si le hubieran dejado tranquilo, habría alcanzado el nirvana haría ya mucho tiempo… se habría metido en su propio ombligo y habría desaparecido de la vista, como aquellos burlones hindúes. ¿Por qué no podían dejar a un hombre en paz?

Alrededor de la medianoche aplastó en el cenicero su vigesimoséptimo cigarrillo y se incorporó; las luces se encendieron.

— ¡Primera! —gritó al micrófono al lado de su cama.

A los pocos momentos se presentó Dorcas, con bata y zapatillas. Bostezó enormemente y dijo:

— ¿Sí, jefe?

—Dorcas, durante los últimos veinte o treinta años he sido un inútil despreciable, un parásito que no ha hecho nada bueno.

Ella asintió y bostezó de nuevo.

—Todo el mundo sabe eso.

—Ahórrate los halagos. Llega un momento en la vida de todo hombre en el que ha de dejar de ser razonable… el momento de erguirse y exigir que se cuente con él… de intentar dar un golpe en pro de la libertad… de castigar a los malvados.

—Hum…

—Así que deja de bostezar; ha llegado el momento.

Dorcas se miró a sí misma.

—Quizá será mejor que me vista.

—Sí. Despierta a las otras chicas también; vamos a tener trabajo. Échale un cubo de agua fría a Duque y dile que quite el polvo de la máquina de los balbuceos y que la lleve a mi estudio. Quiero enterarme de las noticias. De todas.

Dorcas pareció sorprendida y los últimos rastros de sueño desaparecieron de ella.

— ¿Quiere que Duque conecte la estereovisión?

—Ya me has oído. Dile que, si está averiada, elija un rumbo y empiece a caminar. Y ahora en marcha; nos espera una noche muy ajetreada.

—De acuerdo —asintió Dorcas, dubitativa—, pero creo que antes debería tomarle la temperatura.

— ¡Paz, mujer!

Duque tuvo listo el receptor estéreo a tiempo para que pudieran presenciar una repetición en las noticias de última hora de la segunda entrevista con el falso «Hombre de Marte». El comentario incluía el rumor acerca de un posible traslado de Smith a los Andes. Jubal sumó dos más dos y obtuvo veintidós, tras lo cual se dedicó a llamar a alguna gente hasta que se hizo de día. Al amanecer, Dorcas le llevó el desayuno: seis huevos crudos batidos en coñac. Los engulló mientras reflexionaba que una de las ventajas de una vida larga y activa consistía en que, finalmente, un hombre llegaba a conocer a casi todo el mundo que realmente importaba… y se podía recurrir a cualquiera de ellos en caso de necesidad.

Harshaw había preparado una bomba de tiempo, pero no tenía intención de pulsar el disparador hasta que las autoridades establecidas le obligasen a hacerlo. Se había dado cuenta de inmediato de que el Gobierno podía echar mano a Smith y mantenerlo en cautividad sobre la base de que era incompetente para desenvolverse por sí mismo; una opinión con la que Harshaw estaba de acuerdo. Su opinión particular era que Smith podía considerarse a la vez demente — desde un punto de vista legal — y psicópata — desde un punto de vista médico — según todos los estándares normales, víctima de una psicosis situacional de doble

efecto y de un alcance único y monumental; primero por haber sido educado por no humanos, y segundo por haber sido trasladado bruscamente a una sociedad que era completamente alienígena para él.

De todos modos, consideraba que tanto la noción legal de cordura como la noción médica de psicosis eran irrelevantes en este caso. Ahí tenían a un animal humano que se había adaptado profunda y aparentemente bien a una sociedad alienígena… pero cuando era un niño maleable. ¿Podía el mismo sujeto, convertido ya en un adulto con hábitos formados y una forma de pensar canalizada, llevar a cabo otra adaptación, tan radical como la primera y mucho más difícil para un hombre formado que para un niño? El doctor Harshaw tenía intención de averiguarlo; era la primera vez tras varias décadas que se interesaba realmente por la práctica de la medicina.

Además de eso, le seducía la idea de poner trabas al poder constituido. Tenía más de lo que le correspondía de ese rasgo anárquico que constituye el derecho de nacimiento de todo norteamericano; lanzarse contra el gobierno planetario lo llenaba con un deleite de vivir más agudo del que había experimentado en el transcurso de toda una generación.

OceanofPDF.com

11

Alrededor de una estrella menor de tipo G, bastante alejada hacia el borde de una galaxia de tamaño medio, los planetas giraban como de costumbre, tal como llevaban haciéndolo desde hacía miles de millones de años, bajo la influencia de una ley ligeramente modificada de la inversa del cuadrado que configuraba el espacio a su alrededor. Tres de ellos eran planetas lo bastante grandes como para ser perceptibles; el resto no pasaban de ser meros guijarros, ocultos entre los llameantes flecos de la primaria o perdidos en la negrura del espacio exterior. Todos ellos, como es siempre el caso, estaban infectados por esa singularidad de la entropía distorsionada que se llama vida; en los casos del tercero y cuarto, su temperatura superficial seguía un ciclo en torno del punto de congelación del monóxido de hidrógeno; en consecuencia, habían desarrollado formas de vida lo bastante similares como para permitirse cierto grado de contacto social.

En el cuarto guijarro, los antiguos marcianos no se sintieron turbados en ningún aspecto importante por el contacto con la Tierra. Las ninfas de la raza aún brincaban alegremente por la superficie de Marte, aprendiendo a vivir, y ocho de cada nueve morían en el proceso. Los marcianos adultos, enormemente distintos en cuerpo y mente que las ninfas, se concentraban aún en graciosas ciudades de fábula, y eran tan tranquilos en su comportamiento como alborotadoras se manifestaban las ninfas… pero pese a todo llevaban una vida más activa que las ninfas, una compleja e intensa vida mental. Las vidas de los adultos no estaban

exentas por completo de trabajo en un sentido humano; todavía tenían un planeta que cuidar y supervisar, había que decirles a las plantas cuándo y dónde debían crecer, las ninfas que habían superado su período de aprendizaje de supervivencia debían ser reunidas, alimentadas y fertilizadas, había que incubar y cuidar los huevos resultantes para que madurasen de una forma adecuada, era preciso persuadir a las ninfas ya realizadas de que abandonasen sus costumbres infantiles y se metamorfosearan en adultos. Todo eso tenía que hacerse… pero la «vida» de Marte no representaba más que lo que el sacar a pasear al perro dos veces al día es a la «vida» de un hombre que controla una compañía de índole planetaria entre esos dos agradables paseos… aunque, para un ser de Arturo III, tales paseos pudieran parecer la actividad más significativa de un magnate… sin duda como esclavo del perro.

Tanto marcianos como humanos eran formas de vida autoconscientes, pero habían tomado dos direcciones diametralmente opuestas. Toda la conducta humana, todas las motivaciones humanas, todos los temores y esperanzas del hombre, estaban intensamente teñidos y muy controlados por su trágica y extrañamente hermosa forma de reproducción. Lo mismo era cierto para Marte, pero con un corolario que era como la imagen en un espejo. Marte disponía del eficiente esquema bipolar tan común en esa galaxia, pero el de los marcianos era tan distinto del de la Tierra que la cuestión «sexo» podía ser denominada así sólo por un biólogo, y no hubiera sido en absoluto «sexo» para un psiquiatra humano. Las ninfas de Marte eran femeninas, todos los adultos eran masculinos.

Pero en cada caso sólo en su función, no en su psicología. La polaridad hombre—mujer que controlaba todas las vidas humanas no podría existir en Marte. No había ninguna posibilidad de «matrimonio». Los adultos eran enormes, con un aspecto que a los primeros humanos que los vieron les recordó el de veleros rompehielos; eran físicamente pasivos, mentalmente activos. Las ninfas eran rollizas, como esferas peludas, siempre en movimiento, rebotando sin cesar pero carentes de ningún tipo de energía mental.

No había ningún paralelo posible entre los cimientos psicológicos humanos y marcianos. La bipolaridad humana era a la vez la fuerza cohesionadora y la energía impulsora de todo el comportamiento humano, desde la composición de sonetos hasta la resolución de ecuaciones nucleares. Si algún ser piensa que los psicólogos humanos exageran en este punto, no tiene más que ir a investigar en las oficinas de patentes de la Tierra, en sus bibliotecas y en sus galerías de arte, y buscar allí las creaciones de los eunucos.

Marte, que funcionaba de una manera distinta que la Tierra, prestó escaso interés a la *Envoy* y a la *Champion*. Los dos acontecimientos habían ocurrido demasiado recientemente para ser significativos… si los marcianos hubiesen usado periódicos, una edición cada siglo terrestre hubiera sido algo normal. El contacto con otras razas no era nada nuevo para los marcianos; había ocurrido antes, y volvería a ocurrir de nuevo. Cuando la raza nueva era totalmente asimilada (en un milenio terrestre, más o menos), llegaba entonces el momento de la acción, si era necesario.

En Marte, los acontecimientos de importancia eran de un tipo distinto. Los descorporizados Ancianos habían decidido — casi sin pensarlo — enviar al humano incubado a asimilar lo que pudiera del tercer planeta, y luego dirigieron su atención a otros asuntos más serios. Poco antes, más o menos en torno de la época del César Augusto terrestre, un artista marciano se había dedicado a la composición de una obra de arte. Hubiera podido ser calificada con la misma propiedad como un poema, una composición musical o un tratado filosófico; era una serie de emociones, ordenadas a lo largo de una trágica y lógica necesidad. Puesto que un ser humano la hubiera experimentado sólo en el sentido en que puede explicársele una puesta de sol a un ciego de nacimiento, no importa a qué categoría de la creatividad humana hubiera podido ser asignada. Lo verdaderamente importante fue que el artista se descorporizó accidentalmente antes de haber terminado su obra maestra.

La descorporización inesperada era siempre algo raro en Marte; el gusto marciano en tales asuntos requería que la vida fuera un todo redondeado, en el que la muerte física ocurría en el instante

apropiado y elegido de antemano. Este artista, sin embargo, se había obsesionado de tal manera con su trabajo que se olvidó de regresar del frío; cuando fue notada su ausencia, su cuerpo apenas servía para comer. Ni él mismo se había dado cuenta de su descorporización, y había seguido componiendo su secuencia.

El arte marciano se dividía claramente en dos categorías: el creado por los adultos vivos, que era vigoroso, a menudo completamente radical y primitivo, y el de los Ancianos, que era normalmente conservador, extremadamente complejo, y del que se esperaba que mostrase unos estándares de técnica mucho más altos; los dos tipos eran juzgados por separado.

Pero, ¿bajo qué estándares debía juzgarse esa obra? Era un puente que enlazaba lo corpóreo con lo descorporizado; su forma final fue establecida meticulosamente por un Anciano… pero por otra parte el artista con el desprendimiento propio de todos los artistas en todas partes, ni siquiera se había dado cuenta de su cambio de estado y había seguido trabajando como si aún siguiera corpóreo. ¿Era posible que aquélla fuese una nueva forma de arte? ¿Podían producirse más obras semejantes a través de la descorporización por sorpresa de los artistas mientras estaban entregados a su trabajo? Los Ancianos llevaban desde hacía siglos discutiendo las excitantes posibilidades en reflexivas reuniones, y todos los marcianos corpóreos aguardaban ansiosamente su veredicto.

El asunto era del mayor interés, puesto que no se trataba de arte abstracto, sino religioso (en el sentido terrestre) y fuertemente emocional: describía el contacto entre la raza marciana y la gente del quinto planeta, un acontecimiento que había ocurrido hacía mucho tiempo pero que seguía siendo algo vivo e importante para los marcianos en el mismo sentido que una muerte por crucifixión continuaba siendo viva e importante para los humanos después de dos milenios terrestres. La raza marciana había encontrado a la gente del quinto planeta, la había asimilado por completo, y a su debido tiempo había pasado a la acción; las ruinas de los asteroides era todo cuanto quedaba, excepto que los marcianos seguían

apreciando y alabando a la gente a la que habían destruido. Esta nueva obra de arte era uno de los muchos intentos de asimilar todas las partes de la hermosa experiencia, en su absoluta complejidad, en una sola composición. Pero, antes de poder juzgarla, era imprescindible comprender *cómo* juzgarla. Era todo un problema.

En el tercer planeta, Valentine Michael Smith no estaba preocupado por esta candente cuestión en Marte; nunca había oído hablar de ella. El marciano encargado de su tutoría, así como los hermanos de agua de éste, no le molestaban con cosas que no podía entender. Smith sabía de la destrucción del quinto planeta y de su importancia emocional del mismo modo que un niño humano aprende en la escuela lo referente a Troya y a Plymouth Rock, pero no había sido puesto delante de un arte que no podía asimilar. Su educación había sido única, enormemente más amplia que la de sus compañeros de nidada, pero inmensamente inferior a la de un adulto; su tutor y los consejeros de su tutor entre los Ancianos se tomaron cierto pasajero interés en ver cuánto y qué tipo de enseñanzas era capaz de aprender aquel extraño polluelo. Como resultado de ello, habían aprendido más cosas acerca de la raza humana de las que la propia raza humana había aprendido sobre sí misma, ya que Smith asimiló muy rápidamente materias que ningún otro ser humano había aprendido jamás.

Pero, justo en estos momentos, Smith estaba simplemente disfrutando, con una alegría en su corazón que no había experimentado desde hacía muchos años. Había encontrado un nuevo hermano de agua en Jubal, había adquirido muchos nuevos amigos, gozaba de deliciosas nuevas experiencias en una cantidad tan caleidoscópica que no tenía tiempo de asimilarlas; lo único que podía hacer era archivarlas para revivirlas luego con más tranquilidad.

Su hermano Jubal le había dicho que asimilaría aquel extraño y maravilloso lugar con más rapidez si aprendía a leer, así que dedicó todo un día a aprender a leer bien y rápido, con Jill indicándole las palabras y pronunciándolas para él. Eso significó mantenerse alejado de la piscina durante todo el día, cosa que

constituía un gran sacrificio, puesto que nadar (una vez comprendió que era algo *permitido*) no sólo era una exuberante y sensual delicia, sino también un éxtasis religioso casi insoportable. Si Jill y Jubal no se lo hubiesen ordenado, no habría salido nunca de la piscina.

Puesto que no se le permitía nadar de noche, se pasaba todas las noches leyendo. Hojeaba artículos de la Enciclopedia Británica, y luego revisaba libros de medicina y de derecho de la biblioteca de Jubal como postre. Su hermano Jubal le vio hojear rápidamente uno de esos libros, se detuvo ante él y le preguntó cosas acerca de lo que había leído. Smith respondió cuidadosamente, recordando las pruebas a las que ocasionalmente le sometían los Ancianos. Su hermano pareció turbarse ligeramente al escuchar sus contestaciones, y Smith creyó necesario dedicar una hora a la meditación de aquel incidente, porque estaba seguro de haber respondido con las mismas palabras del libro, pese a que no las había asimilado del todo.

Pero prefería la piscina a los libros, sobre todo cuando Jill y Miriam y Larry y Anne y los demás estaban allí chapoteando y lanzándose agua los unos a los otros. No aprendió a nadar enseguida como ellos, pero la primera vez descubrió que podía hacer algo que ellos no. Simplemente se hundió hasta el fondo y permaneció allí, inmerso en aquella tranquila bendición… hasta que le arrastraron de vuelta a la superficie con tanta excitación que casi le obligaron a retraerse dentro de sí; no logró acabar de comprender que tan sólo se preocupaban por su bienestar.

Más tarde hizo una demostración de ello a Jubal, quedándose en el fondo durante un rato delicioso, e intentó enseñárselo a su hermano Jill… pero ella se mostró trastornada, de modo que desistió. Fue la primera vez que se dio cuenta de que había cosas que él podía hacer y esos nuevos amigos no. Pensó en ello durante largo tiempo, esforzándose en asimilarlo en toda su plenitud.

* * *

Smith era feliz; Harshaw no. Continuó con su rutina habitual de relajado ocio, variada tan sólo por alguna que otra observación casual y no planeada respecto de su animal de laboratorio, el Hombre de Marte. No preparó ningún plan para Smith, ningún programa de estudio, ningún examen físico regular, sino que simplemente permitió a Smith que hiciera lo que más le gustase, fuera por donde quisiese, como un cachorrillo criado en un rancho. La única supervisión que Smith recibía era la de Gillian… más que suficiente, según la gruñente opinión de Jubal, al que no le gustaba la visión de los hombres constantemente mimados por las mujeres.

Sin embargo, Gillian Boardman hizo algo más que inculcar a Smith los rudimentos de la conducta social humana… y éste necesitaba poca inculcación. Ahora comía a la mesa con los demás, se vestía solo (al menos Jubal así lo pensaba; tomó nota mental de preguntarle a Jill si aún tenía que ayudarle), se conformaba aceptablemente a las nada formales costumbres de la casa, y parecía estar a la altura de la mayoría de las nuevas experiencias sobre la base de «el—mono—ve—el—mono—hace». Smith empezó su primera comida a la mesa utilizando tan sólo una cuchara, y Jill tuvo que cortarle la carne. Al final de la comida ya estaba intentando comer del mismo modo que lo hacían los demás. A la siguiente comida sus modales en la mesa eran una exacta imitación de los de Jill, incluidos sus manierismos superfluos.

Ni siquiera el doble descubrimiento de que Smith había aprendido por sí mismo a leer con la velocidad de un escáner electrónico y parecía tener una memoria total de todo lo que leía hizo caer a Jubal Harshaw en la tentación de convertir a Smith en un «proyecto», con controles, mediciones y curvas de progresos. Harshaw poseía la arrogante humildad del hombre que ha aprendido tanto que se da perfecta cuenta de su propia ignorancia, y no veía ningún objetivo en las «mediciones» cuando no sabía lo que estaba midiendo. En vez de ello se limitó a tomar privadamente notas, sin la menor intención de publicar sus observaciones.

Pero, aunque Harshaw gozaba observando a aquel animal único desarrollarse hacia una copia mímica de un ser humano, este

placer no le proporcionaba ningún tipo de satisfacción.

Del mismo modo que el secretario general Douglas, Harshaw aguardaba a que cayese el otro zapato.

Mientras aguardaba con creciente tensión, tras haberse visto obligado a entrar en acción sólo por las expectativas de que se emprendiera algo contra él por parte del Gobierno, le irritaba y le exasperaba comprobar que no ocurría nada. Maldita sea, ¿acaso los polis de la Federación eran tan estúpidos que ni siquiera sabían rastrear a una muchacha no sofisticada arrastrando a un hombre inconsciente a través de toda la región? ¿O (como parecía más probable) habían estado tras sus talones desde un principio, e incluso ahora se limitaban a mantener el cerco sobre aquel lugar? Esta última hipótesis resultaba insultante; para Harshaw, la idea de que el Gobierno pudiese estar espiando su hogar, su castillo, aunque sólo fuera con unos prismáticos o el radar, le era tan repulsiva como la idea de que le abriesen la correspondencia.

¡Y podían estar haciéndole eso también!, se recordó ociosamente. ¡El Gobierno! Tres cuartas partes de parásitos y el resto estúpidos chapuceros… Oh, admitía que el hombre, un animal social, no podía evitar el tener un Gobierno, del mismo modo que ningún individuo podía escapar a una servidumbre de por vida a sus intestinos. Pero a Harshaw no tenía por qué gustarle. El simple hecho de que un mal fuese inevitable no era razón suficiente para calificarlo de *bueno*. ¡Deseaba que el Gobierno se alejase y se perdiera definitivamente de vista!

Pero era posible, o incluso probable, que la Administración supiese con exactitud dónde se ocultaba el Hombre de Marte, y por razones propias dejara las cosas tal como estaban, mientras preparaba… ¿qué?

Si era así, ¿cuánto duraría la situación? ¿Y cuánto tiempo podría mantener él su «bomba de tiempo» armada y lista?

Y, ¿dónde demonios estaba aquel joven inquieto e idiota, Ben Caxton?

Jill Boardman le obligó a salir de su espiritual círculo vicioso.

— ¿Jubal?

— ¿Eh? ¡Oh!, es usted, ojos brillantes. Lo siento, estaba ensimismado. Siéntese. ¿Quiere una copa?

—Oh, no, gracias. Jubal, estoy preocupada.

—Normal. ¿Quién no lo estaría? Lo que acaba de hacer ha sido una preciosa zambullida de cisne. Déjenos ver otra igual.

Jill se mordió el labio y pareció como doce años más vieja.

— ¡Jubal, por favor, escuche! Estoy terriblemente preocupada.

Harshaw suspiró.

—En ese caso, mejor séquese. La brisa está empezando a refrescar.

—Noto el calor suficiente. Jubal… ¿estaría bien si yo dejase a Mike aquí? ¿Cuidaría usted de él?

Harshaw parpadeó.

—Desde luego que puede quedarse aquí. Usted lo sabe bien. Las chicas se ocuparán de él… y yo le echaré un vistazo de tanto en tanto. El muchacho no es ningún problema. ¿Debo suponer que piensa usted marcharse?

Jill no cruzó su mirada con la de él.

—Sí.

—Hum. Ya sabe que es bienvenida aquí. Pero también puede marcharse en cualquier momento que lo desee.

— ¿Eh? Pero, Jubal… ¡yo *no quiero* irme!

—Entonces no lo haga.

— ¡Pero es que *debo* hacerlo!

—Será mejor que vuelva a empezar. No lo capto.

— ¿No lo comprende, Jubal? Me gusta este lugar… ¡todos ustedes se han portado maravillosamente con nosotros! Pero no puedo quedarme más tiempo. No con Ben desaparecido. *Tengo* que buscarle.

Harshaw pronunció una palabra, emotiva, materialista y vulgar, luego añadió:

— ¿Cómo piensa buscarle?

Ella frunció el ceño.

—No lo sé. Pero no puedo seguir simplemente aquí, holgazaneando y nadando… con Ben desaparecido.

—Gillian, como le he dicho ya otras veces, Ben es un chico crecido. Usted no es su madre, y tampoco su esposa. Y yo no soy su tutor. Ninguno de los dos somos responsables por él… y usted no tiene ningún derecho ni obligación de ir en su busca. ¿O sí lo tiene?

Jill bajó la vista y retorció un dedo de su pie en la hierba.

—No —admitió—. No tengo ningún derecho sobre Ben. Lo único que sé es que… si yo estuviera desaparecida, Ben me buscaría hasta encontrarme. ¡Así que he de buscarle!

Jubal dejó escapar una maldición interior, dirigida a todos los dioses antiguos implicados de alguna forma en las locuras de la raza humana, y luego dijo en voz alta:

—De acuerdo, de acuerdo, si es necesario… Pero intentemos poner un poco de lógica en el asunto. ¿Planea usted contratar profesionales? Digamos, una firma de detectives especializada en personas desaparecidas…

La muchacha mostró una expresión afligida.

—Supongo que ésa es la forma de enfocarlo. Oh, nunca he contratado a ningún detective. ¿Son muy caros?

—Mucho.

Jill tragó saliva.

— ¿Supone que me permitirán pagarles, eh… en plazos mensuales? ¿O algo así?

—Su política usual suele ser el cobro por anticipado. Deje de poner esa expresión tan triste, chiquilla; ya tomé las medidas necesarias para dejar arreglado ese asunto. Contraté al mejor de la profesión para que intentase dar con Ben, así que no necesita hipotecar su futuro encargando el trabajo al segundo mejor.

— ¡No me dijo usted nada!

—No necesitaba decírselo.

—Pero… ¿qué ha averiguado?

—Nada —dijo él secamente—. Por eso no creí necesario preocuparla aún más contándoselo —frunció el entrecejo—. Cuando apareció usted aquí, pensé que se preocupaba innecesariamente por Ben; supuse lo mismo que su ayudante, ese tal Kilgallen: que Ben andaba tras alguna nueva pista y que, cuando tuviera la historia bien atada, regresaría con ella. Ben hace ese tipo de cosas… es su profesión —suspiró—. Pero ahora ya no opino lo mismo. Ese cabeza de chorlito de Kilgallen… tiene realmente archivado un mensaje que dice que Ben estará ausente unos cuantos días; mi hombre no sólo lo vio, sino que tomó a hurtadillas una fotografía e hizo las comprobaciones necesarias. No era falso… el mensaje fue remitido.

Jill pareció desconcertada.

—Me pregunto por qué Ben no me envió otro a mí al mismo tiempo. No es propio de él… Ben piensa en todo.

Jubal contuvo un gruñido.

—Utilice la cabeza, Gillian. El mero hecho de que un paquete diga «cigarrillos» en la parte delantera no es prueba de que contenga realmente cigarrillos. Usted llegó aquí el viernes; el grupo de códigos de identificación impreso en el mensaje indica que fue remitido desde Filadelfia, desde el Campo de Aterrizaje de Paoli Fiat, para ser exactos, a las diez y media de la mañana anterior, exactamente a las 10:34 del jueves. Fue transmitido un par de minutos después de ser admitido y recibido casi al mismo tiempo, porque la oficina de Ben dispone de su propia teleimpresora. Muy bien, ahora usted explíqueme a mí por qué Ben enviaría un mensaje impreso a su oficina, durante las horas de trabajo, en vez de telefonear.

—Bueno, no creo que lo hiciera, normalmente. Al menos, yo no lo haría. El teléfono es el medio habitual…

—Pero usted no es Ben. Puedo pensar en una docena de razones, teniendo en cuenta la profesión de Ben. Para evitar

interferencias. Para asegurarse un registro grabado de la IT&T con fines legales. Para dejar un mensaje a transmitir más tarde. Un montón de razones. Kilgallen no vio nada extraño… y el simple hecho de que Ben, o la empresa de sindicación periodística a la que vende sus artículos, corra con los gastos de mantener una teleimpresora en su oficina demuestra que la utiliza con cierta frecuencia.

»Sin embargo —prosiguió Harshaw—, los detectives a los que contraté son muy suspicaces; ese mensaje situaba a Ben en el Campo de Paoli Fiat a las 10:34 del jueves… así que uno de ellos fue allí. Jill, el mensaje no fue enviado desde ese lugar.

—Pero…

—Un momento. El mensaje fue aceptado allí, pero no se originó allí. Los mensajes o bien son entregados a mano o se reciben por teléfono. Si se entregan personalmente en una ventanilla, el cliente puede obtener un facsímil de la transmisión de su original y la firma… pero, si se comunica por teléfono, ha de ser mecanografiado antes del envío al destinatario.

—Sí, por supuesto.

— ¿Eso no le sugiere nada, Jill?

—Oh… Jubal, estoy tan preocupada que no consigo pensar a derechas. ¿Qué es lo que sugiere usted?

—Deje de contener el aliento; tampoco me hubiera sugerido nada a mí. Pero el profesional que trabajaba para mí en el asunto es un personaje muy ladino; llegó a Paoli con una convincente copia del mensaje, hecha a partir de la fotografía que había tomado ante las mismas narices de Kilgallen… y con tarjetas de visita y credenciales que le permitían presentarse como «Osbert Kilgallen», el destinatario. Luego, con su actitud paternal y su expresión sincera, convenció a una joven dama empleada de la IT&T de que le contara cosas que, bajo la enmienda de la Constitución sobre la intimidad, solamente podría haber divulgado bajo mandamiento judicial… algo muy triste. De todos modos, recordaba haber recibido aquel mensaje para aceptación y transmisión.

Normalmente no hubiese recordado un mensaje determinado entre miles… entran por sus orejas y salen por las puntas de sus dedos y desaparecen… salvo el archivo de microfichas, claro. Pero, afortunadamente, esa joven dama es una de las fieles simpatizantes de Ben; lee su columna de «El Nido del Cuervo» todas las noches… un horrible vicio —alzó los ojos al horizonte y parpadeó —. ¡Primera!

Apareció Anne, chorreante.

—Recuérdame —le dijo Jubal— que escriba un artículo a nivel popular sobre la compulsión de la gente a leer noticias. El tema será que la mayor parte de las neurosis y algunas psicosis pueden ser rastreadas hasta la innecesaria y perniciosa costumbre de revolcarse diariamente en las dificultades y pecados de cinco mil millones de desconocidos. El título es «Chismografía Ilimitada»… no, cámbialo: «La murmuración desenfrenada».

—Jefe, se está volviendo usted morboso.

—Yo no. Todos los demás se están volviendo morbosos. Ocúpate de que lo escriba en algún momento de la semana próxima. Y ahora desaparece; tengo trabajo —se volvió hacia Gillian—. La dama en cuestión reparó en el nombre de Ben, así que recordaba el mensaje. Se sintió muy estremecida, puesto que eso le permitía hablar con uno de sus héroes… y decepcionada al mismo tiempo, supongo, ya que Ben no había pagado visión además de voz. Oh, sí, lo recordaba… y recordaba también que el servicio fue pagado en metálico desde una cabina pública… de Washington.

— ¿De Washington? — repitió Jill —. Pero, ¿por qué iba a llamar Ben desde…?

— ¡Por supuesto, por supuesto! —convino Jubal, malhumorado—. Si estaba en una cabina telefónica de Washington, pudo haber puesto voz e imagen directas a su oficina, cara a cara con su ayudante, de una forma mucho más barata, fácil y rápida que telefoneando un mensaje a Filadelfia para que fuera reexpedido a Washington desde una distancia de trescientos kilómetros. No tiene sentido. O más bien sólo tiene uno. Furtividad. Ben está tan acostumbrado a la furtividad como una novia a los besos. No ha

llegado a ser uno de los mejores chismosos de la profesión jugando con las cartas boca arriba.

— ¡Ben no es ningún chismoso! ¡Es un periodista!

—Lo siento, a esta distancia soy daltónico. Puede que creyera que su teléfono estaba intervenido pero la teleimpresora de su oficina no. O acaso sospechara que ambos aparatos estaban intervenidos… y recurrió a todo ese rodeo de la retransmisión para convencer a quienquiera que le espiase de que estaba lejos y tardaría varios días en regresar —Jubal frunció el entrecejo—. En cuyo caso no le haríamos ningún favor descubriendo su paradero. Tal vez pusiéramos su vida en peligro.

— ¡Jubal! ¡No!

—Jubal, sí —su voz sonó cansina—. Ese muchacho patina muy cerca del borde. No tiene miedo a nada, y así es como se ha ganado su reputación. Pero el conejo nunca está a más de dos saltos por delante del coyote… y en esta ocasión quizá a un solo salto. O ninguno. Jill, Ben nunca se ha metido en un asunto más peligroso que éste. Si ha desaparecido voluntariamente, y puede que lo haya hecho… ¿quiere usted arriesgarse a remover las cosas yendo de un lado para otro a su manera aficionada, llamando la atención sobre el hecho de que él ha desaparecido de la circulación? Kilgallen le tiene cubierto, puesto que la columna de Ben sigue apareciendo cada día. Normalmente no la leo… pero esta vez me he molestado en comprobarlo.

— ¡Artículos que tenía en reserva! El señor Kilgallen me habló de ello.

—Naturalmente. Algunas de las sempiternas series de Ben sobre corrupciones en los fondos para las campañas. Éste es un tema tan seguro como estar a favor de la Navidad. Probablemente los tiene archivados para estas emergencias… o quizá los escriba el propio Kilgallen. En cualquier caso, Ben Caxton, el siempre dispuesto Abogado del Pueblo, sigue encaramado oficialmente sobre su habitual caja de jabón. Tal vez lo ha planeado todo así, querida… porque se hallaba en un peligro tan grande que ni siquiera se atrevía a ponerse en contacto con usted. ¿Y bien?

Gillian miró temerosa a su alrededor, a una escena casi insoportablemente pacífica, bucólica y hermosa… luego se cubrió el rostro con las manos.

—Jubal… ¡No sé qué hacer!

—Inhíbase —recomendó él, ceñudo—. No se eche a llorar por Ben. Al menos, no en mi presencia. Lo peor que puede haberle sucedido es que haya muerto… y todos estamos destinados a ello, si no esta mañana en cuestión de días, de semanas, de años como máximo. Hable con Mike, su protegido, al respecto. Él considera la «descorporización» como algo que debe temerse menos que a una reprimenda… y puede que tenga razón. Bueno, si le dijese a Mike que íbamos a asarle a él para la cena, me daría las gracias por el honor, con la voz sofocada por el agradecimiento.

—Sé que lo haría —admitió Jill en voz muy baja—, pero yo no tengo su misma actitud filosófica acerca de tales cosas.

—Ni yo —reconoció Harshaw alegremente—; aunque empiezo a hacerme una idea, y debo decir que no deja de ser consolador para un hombre de mi edad. Una predisposición a gozar de lo inevitable… Bien, he estado cultivando eso durante toda mi vida; pero ese chiquillo de Marte, que apenas tiene edad suficiente para votar y es demasiado poco sofisticado como para mantenerse alejado de los coches de caballos, me ha convencido de que acabo de alcanzar el nivel de parvulario en este importante tema en particular. Jill, me ha preguntado usted si Mike podía seguir quedándose aquí. Chiquilla, es el más bienvenido de los invitados que haya tenido nunca. ¡Deseo tener a ese muchacho por aquí hasta averiguar qué es lo que él sabe y yo no! Averigüe todo lo que sabe y lo que no sabe. Esa cosa de la «descorporización» en particular… no es el cliché del «deseo de morir» freudiano, estoy seguro de ello. No tiene nada que ver con la idea de que la vida es insoportable. Nada de eso acerca de «incluso el más tedioso de los ríos…». Se parece más a la idea de Stevenson: «Alegre viví y alegre muero, y yaceré tendido inmóvil con mi última voluntad». Sólo que siempre he sospechado que Stevenson silbaba en la oscuridad o, más probablemente, disfrutaba con la euforia compensadora de la

consunción. Pero Mike me ha convencido a medias de que sabe realmente de lo que habla.

—No lo sé —repuso Jill, taciturna—. Estoy tan preocupada por Ben…

—Yo también —admitió Jubal—. Así que hablemos de Mike en otra ocasión. Jill, no creo más que usted que Ben esté simplemente escondido.

—Pero usted dijo…

—Lo siento. No terminé de explicárselo. Mis detectives no se limitaron al despacho de Ben y a Paoli Fiat. El jueves por la mañana Ben se presentó en el Centro Médico de Bethesda en compañía de un abogado al que utiliza normalmente y de un testigo honesto… el famoso James Oliver Cavendish, en caso de que esté al corriente de tales cosas.

—Me temo que no.

—No importa. El hecho de que Ben contratase a Cavendish demuestra lo muy en serio que se había tomado el asunto: uno no caza conejos con una escopeta para matar elefantes. Los tres fueron llevados a ver al «Hombre de Marte»…

Gillian abrió mucho la boca, luego dijo explosivamente:

— ¡Eso es imposible! ¡No pudieron acudir a mi planta sin que yo me enterara!

—Tómeselo con calma, Jill. Está contradiciendo la declaración de un testigo honesto, el propio Cavendish. Si él lo dice, es el Evangelio.

— ¡No me importa, aunque fueran los Doce Apóstoles! ¡No estuvieron en mi planta el pasado jueves por la mañana!

—No me ha escuchado con atención. No he dicho que les llevaran a ver a Mike… he dicho que les llevaron a ver al «Hombre de Marte». El falso, evidentemente… ese actor que salió por la estereovisión.

—Oh. Por supuesto. ¡Y Ben les descubrió!

Jubal pareció apenado.

—Jovencita, cuente hasta diez mil dos veces mientras termino. Ben no les descubrió. De hecho, ni siquiera el honorable Cavendish les descubrió… al menos él no lo ha declarado así. Ya sabe cómo se comportan los testigos honestos.

—Bueno… no, no lo sé. Jamás he tenido ningún trato con un testigo honesto.

— ¿De veras? Quizá no se ha dado cuenta de ello. ¡Anne!

Anne estaba sentada en el trampolín; volvió la cabeza. Jubal alzó la voz:

—Esa casa nueva que hay en lo alto de la otra colina… ¿distingues de qué color está pintada?

Anne miró en la dirección que señalaba Jubal y respondió:

—De este lado es blanca —no preguntó por qué se lo preguntaba Jubal, ni hizo ningún otro comentario.

Jubal se volvió a Jill y su voz recobró el tono normal.

— ¿Se da cuenta? Anne está tan concienzudamente adoctrinada que ni siquiera se le ha ocurrido inferir que el otro lado probablemente también sea blanco. Ni todos los caballeros del rey podrían obligarla a comprometerse respecto al otro lado de la casa, a menos que fuese ella misma allí y mirase… e incluso entonces jamás afirmaría de qué color podía estar pintado el otro lado de la casa después de haberse ido… porque podrían repintarla tan pronto como se volviera de espaldas.

— ¿Anne es testigo honesto?

—Graduada, con licencia ilimitada y admitida para testificar ante el Tribunal Supremo. Pregúntele alguna vez por qué decidió dejar de ejercer públicamente. Pero no planee hacer nada ese día… le recitará la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, y eso toma tiempo. Volviendo al señor Cavendish… Ben le contrató para un testimonio abierto, público, sin reserva alguna. Así que, cuando fue interrogado, Cavendish respondió con todo (y aburrido) detalle. Tengo una cinta de eso arriba. Pero la parte más interesante de su declaración es lo que *no* dice. No señala nunca que el individuo ante el que fueron llevados *no* fuese el Hombre de Marte… pero ni

una sola de sus palabras puede ser interpretada como indicación de que Cavendish aceptara que lo que le mostraron era realmente el Hombre de Marte. Si uno conoce a Cavendish, y yo le conozco, eso es concluyente. Si Cavendish hubiera visto a Mike, aunque sólo fuera por unos pocos minutos, habría informado de lo que había visto con tal exactitud que usted y yo, que conocemos a Mike, sabríamos sin lugar a dudas que lo había visto. Por ejemplo, Cavendish describe con una precisa jerga profesional la forma de las orejas del hombre al que vio… y su descripción no encaja en absoluto con la forma de las orejas de Mike. *Quod erat demostrandum*: no vio a Mike. Y tampoco lo vio Ben. Les fue mostrado un fraude. Es más, Cavendish lo sabe, pero se ve profesionalmente impedido de emitir opiniones personales o conclusiones.

—Pero ya se lo dije: nunca se acercaron a mi planta.

—Sí. Pero esto nos dice algo más. Todo eso ocurrió horas antes de que usted liberara a Mike de su encierro… unas ocho horas antes, puesto que Cavendish establece su llegada ante el falso «Hombre de Marte» a las 9:14 de la mañana. Lo cual es lo mismo que decir que el Gobierno tenía aún a Mike bajo sus pulgares en aquel momento. En el mismo edificio. Hubieran podido mostrarlo. Sin embargo, corrieron el grave riesgo de presentar un fraude para que fuera inspeccionado por el testigo honesto más famoso de Washington… de todo el país. ¿Por qué?

Aguardó. Jill respondió lentamente:

— ¿Me lo está preguntando a mí? No lo sé. Ben me dijo que tenía intención de preguntarle a Mike si deseaba abandonar el hospital… y de ayudarle si su respuesta era «sí».

—Cosa que intentó con el falso Mike.

— ¿Usted cree? Pero… Jubal, ellos no podían saber lo que Ben intentaba hacer… y, de todas formas, Mike no se hubiera marchado con Ben.

— ¿Por qué no? Más tarde, aquel mismo día, se marchó con usted.

—Sí… pero yo era ya su «hermano de agua», igual que lo es usted ahora. Tiene en la cabeza esta loca idea marciana de que puede confiar por completo en cualquier persona que haya compartido con él un trago de agua. Con un «hermano de agua» se muestra completamente dócil… y con cualquier otro se muestra más testarudo que una mula. Ben no hubiese podido moverle ni un centímetro… —añadió—. Al menos, así era la semana pasada… está cambiando terriblemente aprisa.

—Eso es cierto. Demasiado aprisa, quizá. Nunca había visto un tejido muscular desarrollarse con tanta rapidez. Lamento no haberlo pesado el día que llegaron. No importa, volvamos a Ben. Cavendish informa de que Ben se despidió de él y del abogado, un tipo llamado Frisby, a las 9:31 horas, y Ben continuó en el taxi. No sabemos adónde fue entonces. Pero una hora más tarde él, o alguien que dijo ser él, telefoneó ese mensaje a Paoli Fiat para que fuese retransmitido a su oficina.

— ¿No cree que fuera Ben?

—No. Cavendish mencionó el número de licencia del taxi, y mis investigadores trataron de echar una mirada a la cinta de registro de viajes correspondiente a aquel día. Si Ben utilizó su tarjeta de crédito, en vez de meter monedas en el contador de la cabina, el número de cargo debería figurar en la cinta… pero, aunque Ben hubiera pagado con monedas, la cinta señalaría adonde fue el taxi y cuándo.

— ¿Y bien?

Harshaw se encogió de hombros.

—Los registros indican que el taxi se hallaba en reparación y que nunca estuvo en servicio el jueves por la mañana. Eso nos da dos alternativas: o el testigo honesto leyó o recordó mal el número del taxi, o alguien anduvo manipulando la cinta de registro… —añadió hoscamente—. Tal vez un jurado decidiese que hasta un testigo honesto puede tomar equivocado el número de licencia de un taxi, sobre todo si no se le ha pedido que lo recuerde… pero yo no lo creo. No cuando el testigo en cuestión es James Oliver Cavendish. Cavendish estaba seguro de ese número… o jamás lo

hubiese mencionado en su informe — Harshaw frunció el entrecejo y prosiguió —. Jill, me está obligando usted a meter las narices en el asunto… y no me gusta. ¡No me gusta en absoluto!

»Aun dando por supuesto que Ben remitiera realmente el mensaje, sigue siendo muy improbable que pudiera manipular el registro diario del taxi… y es más inconcebible aún que tuviera alguna razón para hacerlo. No; enfrentémonos a ello: Ben fue a alguna parte en ese taxi… y alguien que puede manipular los registros de un vehículo de transporte público se tomó un montón de trabajo para ocultar adónde fue… y remitió un falso mensaje para impedir que alguien se dé cuenta de que ha desaparecido.

— ¡Desaparecido! ¡Secuestrado, querrá decir!

—Tranquila, Jill. «Secuestrado» es una palabra muy fea.

— ¡Es la única palabra! Jubal, ¿cómo puede seguir usted ahí y no hacer nada, cuando debería estar gritando a los cuatro vientos que…?

— ¡Alto, Jill! Hay otra palabra. En vez de secuestrado, puede estar muerto.

Gillian se desmoronó.

—Sí —admitió, con un hilo de voz—. Eso es lo que temo realmente.

—Yo también. Pero supondremos que no es así hasta que veamos sus huesos. Pero es una cosa u otra… así que supondremos que ha sido secuestrado. Jill, ¿cuál es el mayor peligro que encierra un secuestro? No caliente su linda cabecita; yo se lo diré. El mayor peligro para la víctima es dar la alarma, empezar a gritar; porque un secuestrador asustado suele matar a su víctima. ¿Había pensado usted en eso? —Gillian pareció aterrorizada; Harshaw prosiguió, más suave—. Me veo obligado a decir que creo que es muy probable que Ben esté muerto. Lleva ausente demasiado tiempo. Pero hemos aceptado suponer que estaba vivo… hasta que sepamos otra cosa.

»Ahora tiene usted intención de buscarle. Gillian, ¿puede decirme cómo piensa hacerlo, sin incrementar el riesgo de que Ben

caiga asesinado por los individuos desconocidos que le secuestraron?

—Oh… ¡Pero sabemos quiénes son!

— ¿Lo sabemos?

— ¡Por supuesto que sí! Los mismos que mantenían a Mike prisionero… ¡el Gobierno!

Harshaw negó con la cabeza.

—No lo sabemos. Eso no es más que una suposición basada en lo que hacía Ben cuando fue visto por última vez. Pero no es una certeza. Ben se ha ganado montones de enemigos con su columna, y no todo ellos están en el Gobierno. Puedo pensar en varios que lo matarían de buen grado si pudieran salirse con bien de ello. Sin embargo… —Harshaw frunció el entrecejo—, su suposición es todo lo que tenemos para empezar. Pero no «el Gobierno»; ése es un término demasiado amplio. «El Gobierno» son varios millones de personas, casi un millón sólo en Washington. Debemos preguntarnos: ¿qué pies han pisado aquí? ¿Qué persona o personas? No «el Gobierno», sino ¿qué individuos?

—Pero eso está bastante claro, Jubal, ya le he dicho lo que Ben me contó. Se trata del propio secretario general.

—No —negó Harshaw—. Aunque puede que sea cierto, no nos sirve. No importa quien lo hiciera, si es algo turbio o ilegal no fue el secretario general quien lo hizo, aunque se beneficiara de ello. Ni nadie podrá demostrar siquiera que estuviera enterado. Es probable que no supiera nada de ello… no de su parte sucia. No, Jill, necesitamos averiguar qué lugarteniente, dentro del amplio grupo de sicarios del secretario general, se encargó de esta operación. Pero eso no es una empresa tan desesperada como parece, creo. Cuando Ben fue llevado a ver a ese falso «Hombre de Marte», uno de los ayudantes ejecutivos del señor Douglas estaba con él. Primero intentó quitarle la idea de la cabeza, luego fue con él. Ahora parece que este mismo esbirro de alto nivel desapareció también de la circulación el último jueves… y no creo que sea una coincidencia, no cuando parece que estaba a cargo del falso

«Hombre de Marte». Si le encontramos, puede que encontremos a Caxton. Se llama Gilbert Berquist, y tengo razones…

— ¿Berquist?

—Ése es su nombre. Y tengo razones para sospechar que… Jill, ¿qué ocurre? ¡No se me desmaye, o me obligará a tirarla a la piscina!

—Jubal… Ese «Berquist». ¿Hay más de un Berquist?

— ¿Eh? Supongo que sí… aunque por todo lo que he podido descubrir, parece ser un tanto bastardo; puede que sólo haya uno. Quiero decir dentro del cuadro ejecutivo. ¿Le conoce?

—No lo sé. Pero si es el mismo… no creo que sirva de nada buscarle.

—Hum. Hable, muchacha.

—Jubal… lo siento, lo siento terriblemente… pero no se lo conté todo.

—La gente rara vez lo hace. Adelante, suéltelo.

Interrumpiéndose a menudo, tartamudeando, Gillian consiguió contarle lo de aquellos dos hombres en el apartamento de Ben que de repente dejaron de estar allí. Jubal se limitó a escuchar.

—Y eso es todo —concluyó ella tristemente—. Yo chillé y asusté a Mike… y él cayó en ese trance en el que lo vio usted… y luego lo pasé terrible para conseguir traerle aquí. Pero ya le hablé de eso.

—Hum… Sí, lo hizo. Me hubiera gustado que me hablara de eso otro también.

Jill enrojeció.

—Pensé que nadie me creería. Y estaba asustada. Jubal, ¿pueden hacernos algo a nosotros?

— ¿Eh? —Harshaw pareció sorprendido—. ¿Hacer qué?

—Enviarnos a la cárcel o algo así.

—Oh. Querida, el presenciar un milagro todavía no ha sido declarado crimen. Ni el realizarlo. Pero este asunto tiene más facetas que pelos un gato. Cállese y déjeme pensar.

Jill guardó silencio. Jubal permaneció diez minutos meditando. Al final, abrió los ojos y dijo:

—No veo a su chico problema. Probablemente estará de nuevo en el fondo de la piscina…

—Lo está.

—…así que zambúllase y sáquelo. Séquelo y llévelo a mi estudio. Quiero averiguar si puede repetir su hazaña a voluntad… y no creo que necesitemos una audiencia. No, sí que necesitaremos una audiencia. Dígale a Anne que se ponga su toga de testigo y venga… dígale que la quiero en su capacidad oficial. Y quiero a Duque también.

—Sí, jefe.

—Usted no goza del privilegio de llamarme «jefe»; no figura en mi relación de deducibles de impuestos.

—Sí, Jubal.

—Eso está mejor. Hum… me gustaría que tuviéramos por aquí a alguien cuya desaparición no echásemos de menos. Lamentablemente, todos somos amigos. ¿Supone que Mike podría hacer su acto con objetos inanimados?

—No lo sé.

—Lo averiguaremos. Bueno, ¿a qué está esperando? Arrastre a ese chico fuera del agua y despiértelo —Jubal parpadeó, pensativo —. Qué sistema para desembarazarse de… No, no debo caer en la tentación. La veré arriba, muchacha.

OceanofPDF.com

12

Unos minutos más tarde Jill se presentó en el estudio de Jubal. Anne estaba ya allí, envuelta en la larga toga blanca de su especialidad; miró a Jill, pero no dijo nada. Jill halló una silla y se sentó en silencio mientras Jubal permanecía en su escritorio y dictaba a Dorcas; no pareció notar la llegada de Jill y no interrumpió su dictado.

—…por debajo del cuerpo tendido, la sangre empapaba una esquina de la alfombra y se deslizaba más allá, extendiéndose en un charco oscuro sobre las losas del suelo frente a la chimenea, donde atraía la atención de dos moscas desocupadas. La señorita Simpson se llevó una mano a la boca. « ¡Dios mío! », exclamó, en voz muy baja y angustiada. « ¡La alfombra favorita de papá!… Y papá también, creo ». Fin del capítulo, Dorcas, y fin de la primera entrega. Envíalo por correo. Adelante.

Dorcas se levantó y se fue, llevándose consigo su máquina taquigráfica y dedicándole una sonrisa a Jill al pasar. Jubal dijo:

— ¿Dónde está Mike?

—En su habitación —respondió Gillian—, vistiéndose. No tardará en llegar.

— ¿«Vistiéndose»? —repitió Jubal, malhumorado—. No dije que esto fuera una ceremonia.

—Pero tenía que vestirse.

— ¿Por qué? A mí me da lo mismo que los chicos se presenten en cueros o con gabán de terciopelo en un día caluroso.

Vaya a buscarle.

—Por favor, Jubal. Tiene que aprender a comportarse. Estoy intentando con tanto esfuerzo enseñarle…

— ¡Hum! Lo que está intentando es inculcarle su propia moralidad de clase media, estrecha de miras y directamente salida de la Biblia.

— ¡No es cierto! En ningún momento me ha preocupado su moralidad; simplemente le he enseñado las costumbres necesarias.

—Costumbres, moralidad… ¿hay alguna diferencia? Mujer, ¿no se da cuenta de lo que está haciendo? Aquí, por la gracia de Dios y unas circunstancias favorables, tenemos una personalidad no contaminada por los tabúes psicopáticos de nuestra tribu… ¡y usted quiere convertirlo en una copia al carbón de cualquier conformista de cuarta categoría entre la multitud que puebla esta asustada Tierra! ¿Por qué no ir hasta el fondo? Déle un maletín y haga que lo lleve consigo a cualquier parte donde vaya… hágale sentir vergüenza si no lo lleva en la mano.

— ¡No estoy haciendo nada parecido! Sólo trato de evitarle problemas. Es por su propio bien.

Jubal soltó un bufido.

—Ésa es la excusa que dan al gato macho antes de castrarlo.

— ¡Oh! —Jill se detuvo y pareció contar hasta diez. Luego dijo, formal y cortante—: Ésta es su casa, doctor Harshaw, y estamos en deuda con usted. Traeré a Michael enseguida —se puso en pie para irse.

—Espere, Jill.

— ¿Señor?

—Siéntese… y por el amor de Dios, deje de intentar ser tan desagradable como yo; le faltan mis años de práctica. Ahora déjeme poner una cosa en claro: *no* están en deuda conmigo. Es imposible tal cosa, porque yo *nunca* hago nada que no quiera hacer. En realidad no lo hace nadie, pero en mi caso es distinto porque yo *siempre* me doy perfecta cuenta de ello. Así que por favor no invente una deuda que no existe, o antes de que se dé cuenta estará

intentando sentir gratitud… y ése es un traidor primer paso que desciende hasta la completa degradación moral. ¿Lo asimila? ¿O no?

Jill se mordió el labio, luego sonrió.

—No estoy segura del sentido que quiere darle al vocablo «asimilar».

—Yo tampoco. Aunque tengo intención de recibir lecciones de Mike hasta que lo consiga. Pero hablaba muy en serio. «Gratitud» es un eufemismo de la palabra resentimiento. El resentimiento de la mayoría de las personas me tiene sin cuidado, pero si procede de las chicas guapas me resulta muy desagradable.

—Pero Jubal, yo no estoy resentida… Eso es una tontería.

—Espero que no lo esté, pero ciertamente acabará estándolo si no arranca de su mente esa idea errónea de que me debe algo. Los japoneses tienen cinco formas distintas de decir «gracias»… y cada una de ellas se traduce literalmente como resentimiento, en diversos grados. ¡Ojalá en nuestro idioma tuviéramos este mismo tipo de honestidad sincera! En cambio, el inglés es capaz de definir sentimientos que el sistema nervioso humano es completamente incapaz de experimentar. «Gratitud», por ejemplo.

—Jubal, es usted un viejo cínico. Me siento agradecida hacia usted, y seguiré experimentando gratitud.

—Porque es una jovencita sentimental. Eso nos convierte en una pareja complementaria. Hum… Vayamos a Atlantic City para un fin de semana de ilícito libertinaje, sólo los dos.

— ¿Para qué, Jubal?

— ¿Se da cuenta de hasta qué profundidad llega su agradecimiento cuando intento sacar partido de él?

—Oh, estoy dispuesta. ¿Cuándo nos vamos?

— ¡Hum! Hubiéramos debido irnos hace cuarenta años. Cállese. La segunda cuestión que quiero resaltar es que está usted en lo cierto; el muchacho tiene que aprender efectivamente las costumbres humanas. Hay que enseñarle a quitarse los zapatos en una mezquita y a llevar el sombrero puesto dentro de una sinagoga

y a cubrir sus desnudeces cuando los tabúes lo exijan… o nuestros chamanes lo quemarán vivo por desviacionismo. Pero, chiquilla, por la miríada de aspectos engañosos de Ahrimán, no le haga un lavado de cerebro en el proceso. Asegúrese de que conserva a cada paso cierto cinismo.

—Oh, no estoy segura de conseguirlo. Mike no parece albergar ninguna clase de cinismo.

— ¿De veras? Sí. Bueno, echaré una mano en eso. ¿No debería estar ya vestido? ¿Qué es lo que lo retiene?

—Iré a ver.

—Dentro de un momento. Jill, ya le he explicado por qué no me siento ansioso de acusar a nadie de haber secuestrado a Ben… y los informes que he recibido hasta ahora sirven para apoyar la probabilidad de que ésa fue una decisión tácticamente correcta. Si Ben está siendo detenido ilegalmente (por decirlo de un modo suave), lo que no debemos hacer es empujar a la oposición a eliminar las pruebas eliminando a Ben. Si está vivo, todavía tiene una probabilidad de seguir con vida. Pero di algunos otros pasos la primera noche que estuvo usted aquí. ¿Conoce la Biblia?

—Eh, no muy bien.

—Merece ser estudiada. Contiene consejos muy prácticos para la mayoría de las situaciones de emergencia. «Todo aquel que alberga maldad, odia la luz»; San Juan, no sé qué número. Jesús, hablando a Nicodemo. He estado esperando en cualquier momento que intentaran arrebatarnos a Mike, porque no parece probable que consiguiera usted cubrir perfectamente sus huellas. ¿Qué ocurrirá si lo intentan? Bueno, éste es un lugar solitario y no disponemos de artillería pesada. Pero hay un arma que puede detenerles: la luz. El cegador foco de la publicidad.

»Así que hice unas cuantas llamadas telefónicas y preparé las cosas de modo que cualquier intento contra nosotros diera como resultado un buen jaleo publicitario. No sólo una pequeña publicidad que la Administración pudiera acallar sin gran esfuerzo, sino grandes cantidades de publicidad, inmediata y de resonancia

mundial. Los detalles no importan (dónde y cómo están montadas las cámaras y qué enlaces han sido previstos, quiero decir), pero si se desencadena algo aquí, será recogido por tres cadenas de estereovisión y, al mismo tiempo, un cierto número de mensajes de alerta serán enviados a una amplia variedad de personas importantes… a cada una de las cuales le encantaría atrapar a nuestro honorable secretario general con los pantalones bajos.

Harshaw frunció el entrecejo.

—Pero la debilidad de esta defensa es que no puedo mantenerla indefinidamente. A decir verdad, cuando la adopté, mi principal preocupación era hacerlo lo más rápido posible… esperaba que se produjera algo dentro del período de las siguientes veinticuatro horas. Ahora mi preocupación es a la inversa, y creo que vamos a tener que forzar rápido alguna acción, mientras aún puedo aprovechar que la luz de los focos está sobre nosotros.

— ¿Qué clase de acción, Jubal?

—No lo sé. Durante los últimos tres días he estado dándole vueltas a la cosa, hasta el punto de que ni siquiera puedo disfrutar de la comida. Pero usted me ha sugerido un nuevo enfoque al hablarme de lo que ocurrió en el apartamento de Ben cuando intentaron agarrarles a los dos.

—Lamento no habérselo contado antes, Jubal. Pero no creí que nadie me creyera… y debo decir que me hace sentir bien el que usted sí me crea.

—Yo no he dicho que le creyese.

— ¿Qué? Pero usted…

—Me parece que dice usted la verdad, Jill, aunque un sueño es una experiencia auténtica de algún tipo, lo mismo que una ilusión hipnótica. Pero lo que ocurra en esta habitación durante la próxima media hora será presenciado por un testigo honesto y por las cámaras que —pulsó un botón— empiezan a funcionar en este mismo instante. No creo que Anne pueda ser hipnotizada mientras está de servicio, y desde luego eso no reza para las cámaras televisivas. Con esto deberíamos descubrir con qué tipo de verdad

estamos tratando… después de lo cual deberíamos poder decidir cómo forzar al poder constituido a dejar caer el otro zapato, y acaso pensar también en algún modo de ayudar a Ben al mismo tiempo. Vaya a buscar a Mike.

La tardanza de Smith no tenía nada de misterioso, era puro problema técnico. Había conseguido atarse el cordón del zapato izquierdo al del zapato derecho… luego se enderezó, tropezó consigo mismo, cayó de bruces al suelo y, al hacerlo, los nudos se apretaron aún más fuerte, casi hasta más allá de su capacidad de soltarlos. Dedicó el resto del tiempo a analizar el problema en el que estaba metido, llegó a la conclusión correcta de por qué había fallado y, despacio, muy despacio, consiguió desatar los cordones y volver a atarlos como correspondía, un lazo en cada zapato, sin mezclarlos. No se había dado cuenta de que le hubiera tomado tanto tiempo el vestirse; simplemente se sintió trastornado por el hecho de no haber logrado repetir correctamente algo que Jill le había enseñado. Cuando la muchacha acudió en su busca le confesó abyectamente su fracaso, pese a que por aquel entonces ya había resuelto la situación.

Jill lo calmó y lo tranquilizó, lo peinó y lo condujo a ver a Jubal. Harshaw alzó la cabeza cuando entraron.

—Hola, hijo. Siéntese.

—Hola, Jubal —respondió gravemente Valentine Michael Smith. Se sentó… y esperó. Jill no pudo librarse de la impresión de que Smith había hecho una profunda reverencia, pese al hecho de que ni siquiera había inclinado la cabeza.

Harshaw puso a su lado un micrófono de alta sensibilidad y dijo:

—Bien, muchacho, ¿qué es lo que ha aprendido hoy?

Smith sonrió feliz, luego respondió… como siempre, al cabo de una ligera pausa:

—Hoy he aprendido a ejecutar un uno y medio de campeón. Es decir, salto y zambullida, para entrar en el agua con…

—Lo sé, le vi hacerlo. Pero chapoteó demasiado. Tiene que mantener los dedos de los pies ligeramente inclinados, las rodillas rectas y los pies juntos.

Smith pareció decepcionado.

— ¿Es que no lo hice bien?

—Lo hizo estupendamente, para ser la primera vez. Pero fíjese en cómo lo hace Dorcas. Casi ni una ondulación en el agua.

Smith consideró aquello durante unos instantes.

—El agua asimila a Dorcas. Lo mima.

—«La» mima. Dorcas es «ella», no «él».

—«La» —se corrigió Smith—. Entonces, ¿mi forma de hablar es incorrecta? He leído en el Nuevo Diccionario Internacional de la Lengua Inglesa Webster, tercera edición, publicado en Springfield, Massachusetts, que en la forma hablada el género masculino incluye al femenino. En la Ley de Contratos Hagworth, quinta edición, Chicago, Illinois, 1978, página 1.012, se dice que…

—Alto —interrumpió apresuradamente Harshaw—. El problema está en el idioma, no en usted. Las formas masculinas incluyen a las femeninas cuando se habla en términos generales… pero no cuando uno se refiere a determinada persona en particular. Dorcas es siempre «ella», o «la»… nunca «él» o «lo». Recuérdelo.

—Lo recordaré.

—Será mejor que lo haga… o puede provocar a Dorcas hasta impulsarla a demostrarle lo femenina que es —Harshaw parpadeó pensativamente—. Jill, ¿duerme este muchacho con usted? ¿O con alguna de las demás?

Gillian titubeó apenas un instante, luego respondió con voz llana:

—Por todo lo que sé, Mike no duerme.

—Ha eludido mi pregunta.

—Entonces quizá será mejor que suponga usted que intentaba eludirla. De todos modos, no duerme *conmigo*.

—Hum… Maldita sea, mi interés es puramente científico. De todos modos, seguiremos otra línea de investigación. ¿Qué más cosas ha aprendido hoy, Mike?

—He aprendido dos formas de atarme los zapatos. Una de ellas sólo sirve para caerse. La otra sirve para caminar. Y he aprendido conjugaciones. Yo soy, tú eres, él es, nosotros somos, vosotros sois, ellos son. Yo era, tú eras…

—Está bien, ya basta. ¿Qué más?

Mike sonrió encantado.

—Ayer aprendí a conducir el tractor, de una forma brillante, brillante y hermosa.

— ¿Eh? —Jubal se volvió hacia Jill—. ¿Cuándo fue eso?

—Ayer por la tarde, mientras usted descabezaba un sueño, Jubal. Todo está bien… Duque tuvo buen cuidado de evitar que se lastimara.

—Hum. Bueno, es evidente que no se lastimó. Mike, ¿ha estado usted leyendo?

—Sí, Jubal.

— ¿Qué?

—He leído —recitó cuidadosamente Mike— tres volúmenes más de la Enciclopedia: de Maryb a Mushe, de Mushr a Ozon y de P a Planti. Usted me dijo que no leyese demasiado de la Enciclopedia de una sola vez, así que lo dejé. Luego leí la *Tragedia de Romeo y Julieta*, de maese William Shakespeare de Londres. Después las *Memorias de Casanova* de Seingalt, traducidas al inglés por Arthur Machen. Y acto seguido leí *El arte del contrainterrogatorio*, de Francis Wellman. Luego intenté asimilar lo que había leído hasta que Jill me dijo que debía bajar a desayunar.

— ¿Y lo asimiló?

Smith pareció turbado.

—Jubal, no lo sé.

— ¿Hay algo que le preocupe, Mike?

—No consigo asimilar por completo todo lo que leo. En la historia escrita por el maese William Shakespeare me descubrí lleno de felicidad ante la muerte de Romeo. Luego seguí leyendo y descubrí que se había descorporizado demasiado pronto… o eso me pareció asimilar. ¿Por qué?

—Era un joven idiota charlatán.

— ¿Perdón?

—No lo sé, Mike.

Smith consideró aquello. Luego murmuró algo en marciano y añadió:

—No soy más que un huevo.

— ¿Eh? Siempre dice eso cuando desea pedir un favor, Mike. ¿De qué se trata esta vez? Adelante, hable.

Smith vaciló. Luego estalló:

—Jubal, hermano mío, ¿sería tan amable de preguntarle a Romeo por qué se descorporizó? Yo no puedo preguntárselo; sólo soy un huevo. Pero usted sí puede hacerlo… y luego podrá enseñarme a asimilarlo.

Durante los minutos siguientes la conversación se hizo confusa. Jubal comprendió de inmediato que Mike estaba convencido de que Romeo de los Montesco había sido una persona viva, y consiguió, no sin una considerable impresión hacia sus propios conceptos, darse cuenta de que Mike esperaba que él pudiera, de alguna forma, conjurar el fantasma de Romeo y pedirle explicaciones por su conducta cuando era de carne y hueso.

Pero explicarle a Mike la idea de que los Capuleto y los Montesco nunca habían tenido ningún tipo de existencia corpórea era otro asunto. El concepto de ficción no estaba en ninguna parte de la experiencia de Mike; no disponía de nada en qué basarse, y los intentos de Jubal por explicar la idea eran tan trastornantes emocionalmente para Mike que Jill temió que estuviera a punto de retraerse en sí mismo y convertirse en una bola.

Pero el propio Mike se dio cuenta de lo peligrosamente cerca que estaba de esa necesidad, y había aprendido ya que no debía

recurrir a ese refugio en presencia de sus amigos, porque (con la excepción de su hermano el doctor Nelson) siempre les causaba disturbios emocionales. Así que hizo un poderoso esfuerzo, disminuyó su ritmo cardíaco, calmó sus emociones y sonrió.

—Esperaré hasta que la asimilación se produzca por sí misma.

—Eso está mejor —convino Jubal—. Pero a partir de ahora, antes de leer nada, pregúnteme a mí, o a Jill, o a alguien, si se trata o no de una obra de ficción. No quiero que se haga un lío.

—Preguntaré, Jubal.

Mike decidió que, cuando asimilase aquella extraña idea en toda su amplitud, debería informar de ella a los Ancianos… y de pronto se descubrió a sí mismo preguntándose si los Ancianos no lo sabrían ya todo respecto a la «ficción». La completamente increíble idea de que podía haber algo desconocido para los Ancianos era en sí misma mucho más revolucionaria (de hecho, incluso herética) que el sobrenatural concepto de ficción, así que apartó el asunto a un lado para que se enfriara, reservándolo para una futura y profunda contemplación.

—… pero la verdad —estaba diciendo su hermano Jubal— es que no le he llamado para hablar de formas literarias. Mike, ¿recuerda el día en que Jill lo sacó del hospital?

— ¿«Hospital»? —repitió Smith.

—No estoy segura, Jubal —interrumpió Jill—, de que Mike llegara a saber que se trataba de un hospital. Déjeme probar a mí.

—Adelante.

—Mike, ¿recuerda dónde estaba, dónde vivía, solo en aquella habitación, antes de que yo lo vistiera y me lo llevara conmigo?

—Sí, Jill.

—Luego fuimos a otro lugar, y yo le desnudé y le di un baño.

Smith sonrió ante el agradable recuerdo.

—Sí. Fue una gran felicidad.

—Luego le sequé… y entonces se presentaron dos hombres.

La sonrisa se borró de los labios de Smith. Revivió aquel punto crítico culminante de decisión, y el horror de su descubrimiento del hecho de que, de alguna forma, había elegido la acción equivocada y dañado a su hermano de agua. Empezó a temblar y a retraerse en sí mismo.

— ¡Mike! ¡Alto, Mike! —gritó Jill con voz fuerte—. ¡No se atreva a aislarse!

Mike recobró el control de su ser e hizo lo que su hermano de agua le pedía.

—No, Jill —aceptó.

—Escuche, Mike. Quiero que recapacite en lo que sucedió en aquella ocasión… pero no debe trastornarse por ello ni intentar retirarse. Simplemente recuérdelo. Había dos hombres allí. Uno de ellos lo llevó a empujones hasta la sala de estar.

—El cuarto con la hierba jubilosa en el suelo —reconoció Smith.

—Correcto. Le obligó a ir a la habitación con el suelo de césped, y yo traté de impedírselo. El hombre me golpeó. Y entonces, desapareció. ¿Lo recuerda?

— ¿No está enfadada?

— ¿Qué? Oh, no, no, en absoluto. Pero me asusté. Un hombre desapareció, entonces el otro me encañonó con una pistola… y desapareció también. Me asusté mucho… pero no estaba enfadada.

— ¿Entonces, no está enfadada conmigo ahora?

—Mi querido Mike… *nunca* he estado enfadada con usted. Pero a veces he estado asustada. Estuve asustada esa vez… pero ahora ya no lo estoy. Jubal y yo queremos saber qué sucedió. Aquellos dos hombres estaban allí, en aquella habitación, con nosotros. Y entonces usted hizo algo… y desaparecieron. Lo hizo dos veces. ¿Qué fue lo que hizo? ¿Puede explicárnoslo?

—Sí, se lo diré. El hombre… el hombre corpulento… la golpeó… y yo también me asusté. Así que… —gruñó una frase en marciano, luego pareció aturdido—. No sé las palabras.

—Mike —intervino Jubal—, ¿no puede utilizar un montón de palabras y explicárnoslo poco a poco?

—Lo intentaré, Jubal. Algo está ahí, delante de mí. Es una cosa mala y no debe estar ahí. Así que alargo el brazo… —se detuvo de nuevo y pareció perplejo—. Es algo tan sencillo, tan, tan sencillo. Cualquiera puede hacerlo. Atar los cordones de los zapatos es mucho más difícil. Pero las palabras no salen. Lo lamento mucho. Aprenderé más palabras —meditó sobre aquello —. Tal vez las palabras estén en los tomos de Plants a Raym, o de Rayn a Sarr, o de Sars a Sorc. Los leeré esta noche y se lo diré en el desayuno.

—Quizá —admitió Jubal—. Un momento, Mike… —se levantó de su escritorio, fue a un rincón y regresó con una caja grande de cartón recio que hasta hacía unos momentos había contenido doce botellas de coñac—. ¿Puede hacer desaparecer esto?

— ¿Es una cosa mala y no debería estar aquí?

—Bueno, supongamos que lo es.

—Pero… Jubal, debo *saber* que es una cosa mala. Esto es una caja. No puedo asimilar que exista como una cosa mala.

—Hum… Entiendo. Creo que entiendo. Supongamos que tomo esta caja y se la lanzo a la cabeza a Jill. Se la lanzo fuerte, de modo que le haga daño.

—Jubal —exclamó Mike con suave tristeza—, usted no sería capaz de hacerle semejante cosa a Jill.

—Oh… maldita sea, sospecho que no. Jill, ¿quiere arrojarme usted la caja a mí? Bien y fuerte… como mínimo una herida en el cuero cabelludo, si Mike no puede protegerme.

—Jubal, la idea me gusta menos que a usted.

— ¡Oh, vamos! Es en interés de la ciencia… y de Ben Caxton.

—Pero… —Jill se puso en pie de un salto, agarró la caja y la lanzó directa a la cabeza de Jubal. Harshaw tenía intención de mantenerse firme… pero el instinto lo venció: se agachó.

—Falló el tiro —dijo—. Pero, ¿qué ocurre? —miró a su alrededor—. Maldita sea, no estaba alerta. Tenía intención de mantener la vista clavada en la caja… —miró a Smith—. Mike, ¿es ésa la forma…? ¿Qué le ocurre, muchacho?

El hombre de Marte estaba temblando y su aspecto no podía ser más desdichado. Jill se apresuró hacia él y le rodeó los hombros con ambos brazos.

— ¡Vamos, vamos, todo está bien, querido! Lo ha hecho usted maravillosamente… sea lo que sea. La caja no llegó a tocar a Jubal. Se desvaneció, sencilla y limpiamente.

—Supongo que sí —admitió Jubal, mientras miraba la habitación a su alrededor y se mordisqueaba el pulgar—. Anne, ¿estabas mirando?

—Sí.

— ¿Qué viste?

—La caja no se desvaneció limpia y sencillamente. El proceso no fue instantáneo, sino que duró una mensurable fracción de segundo. Desde donde estoy sentada pareció hacerse pequeña, muy, muy rápidamente, como si estuviera desapareciendo en la distancia. Pero no salió de la habitación, porque pude ver que todavía estaba ahí en el instante en que desapareció.

—Pero, ¿Adónde fue?

—Eso es todo cuanto puedo informar.

—Hum… después pasaremos las películas, aunque estoy convencido. Mike…

— ¿Sí, Jubal?

— ¿Dónde está la caja ahora?

—La caja está… —Smith hizo una pausa—. De nuevo no encuentro las palabras adecuadas. Lo siento.

—Yo no lo siento, pero ciertamente estoy confuso. Mire, hijo, ¿puede alargar la mano y tirar de nuevo de la caja? ¿Traerla de vuelta?

— ¿Perdón?

—Logró alejarla; ahora hágala volver.

— ¿Cómo podría hacerlo? La caja *no* existe.

Jubal se quedó muy pensativo.

—Si este método llega a popularizarse alguna vez, habría que revisar todas las normas relativas al *corpus delicti* —murmuró—. «Tengo una pequeña lista… nadie los echará nunca en falta». Jill, encontremos algo que no sea un arma completamente letal; esta vez voy a mantener los ojos bien abiertos. Mike, ¿a qué distancia tiene que estar para hacer este truco?

— ¿Perdón?

— ¿Cuál es su alcance? Si usted hubiese estado en el pasillo y yo cerca de la ventana… oh, digamos a unos diez metros… ¿habría podido impedir que la caja me golpease?

Smith pareció ligeramente sorprendido.

—Sí.

—Hum… acerqúese a la ventana. Ahora mire ahí abajo, a la piscina. Suponga que Jill y yo hubiésemos estado en la otra parte de la piscina y usted de pie justo donde está ahora. ¿Podía haber detenido la caja desde aquí?

—Sí, Jubal.

—Bueno… supongamos que Jill y yo estuviéramos al final del sendero, junto a la puerta de entrada, a unos cuatrocientos metros de distancia. Supongamos que estuviéramos de pie justo a este lado de los arbustos que protegen la puerta, donde usted pudiera vernos claramente. ¿Es eso demasiado lejos?

Smith titubeó largo rato, luego dijo lentamente:

—Jubal, no es la distancia. No es el ver. Es el *saber*.

—Hum… veamos si lo asimilo. O asimilo parte de ello. No importa lo lejos o lo cerca que esté. Ni siquiera necesita ver que ocurre. Si sabe que está pasando algo malo, puede impedirlo. ¿Es eso exacto?

Smith pareció ligeramente turbado.

—Casi exacto. Pero todavía no llevo mucho tiempo fuera del nido. Para saber, necesito ver. Pero un Anciano no necesita ojos para saber. Él sabe. Asimila. Actúa. Lo siento.

—No sé por qué ha de sentirlo, hijo —dijo Harshaw con voz hosca—. El ministro para la Paz lo hubiera declarado Alto Secreto hace diez minutos.

— ¿Perdón?

—No importa. Lo que usted hace es estupendo incluso en estos alrededores —Jubal volvió al escritorio, miró pensativo a su alrededor y cogió un pesado cenicero de metal—. No me apunte al rostro esta vez —dijo a Jill—; esta cosa tiene esquinas puntiagudas. De acuerdo, Mike, sitúese en el pasillo.

—Jubal… hermano mío… ¡no, por favor!

— ¿Qué ocurre, hijo? Lo hizo estupendamente hace apenas unos minutos. Quiero una demostración más… y esta vez no voy a apartar los ojos.

—Jubal…

— ¿Sí, Jill?

—Creo asimilar que esto preocupa a Mike.

—Bien, entonces cuéntemelo, porque yo no lo asimilo.

—Hicimos un experimento en el que estuve a punto de golpearle a usted con aquella caja. Pero los dos somos sus hermanos de agua… así que trastorna a Mike el que yo simplemente intente hacerle daño a usted. Creo que hay algo muy poco marciano en una situación así. Pone a Mike en un dilema. Lealtad dividida.

Harshaw frunció el entrecejo.

—Tal vez debería ser investigado por la Comisión de Actividades No Marcianas.

—No estoy bromeando, Jubal.

—Ni yo… porque es posible que muy pronto necesitemos un comité así. Me pregunto cómo se sintió la vaca de la señora O'Leary cuando pateó la linterna. De acuerdo, Jill, siéntese y

replantearemos el experimento —Harshaw tendió el cenicero a Mike—. Compruebe lo que pesa, hijo, y vea esas esquinas puntiagudas.

Smith examinó el objeto de una manera más bien torpe. Jubal continuó:

—Voy a lanzarlo al aire, directo al techo… y dejaré que me golpee en la cabeza cuando caiga.

Mike le miró fijamente.

—Hermano mío… ¿quiere descorporizarse ahora?

— ¿Eh? ¡No, no! No me matará, y no quiero morir. Pero me hará un corte y bastante daño… a menos que usted lo impida. ¡Ahí vamos!

Harshaw lanzó el cenicero al aire, en vertical, hasta unos centímetros del techo, y lo siguió con la mirada como si fuera un jugador de fútbol a la espera de pasar la pelota de un cabezazo. Se concentró en observarlo, mientras una parte de su mente consideraba la idea de echar la cabeza a un lado en el último instante antes de permitir que su cuero cabelludo recibiera la pesada y fea cosa que estaba seguro que iba a alcanzarle… y otra pequeña parte de su mente se decía cínicamente que si desaparecía nunca iba a echarlo en falta; nunca le había gustado aquel cenicero… pero era un regalo.

El cenicero llegó a lo más alto de su trayectoria y se quedó parado allí.

Harshaw lo miró con la sensación de haber quedado encallado en un cuadro de una película. Finalmente recordó respirar, y descubrió que lo necesitaba urgentemente. Sin apartar los ojos graznó:

—Anne. ¿Qué ves?

Ella respondió con voz llana:

—Que ese cenicero se halla a trece centímetros del techo. No veo nada que lo sostenga —luego agregó, en un tono menos seguro —: Jubal, *creo* que es eso lo que estoy viendo… pero si las cámaras

no muestran lo mismo, devolveré mi toga y haré pedazos mi licencia.

—Hum. ¿Jill?

—Flota. Simplemente flota.

Jubal suspiró, fue a su silla y se dejó caer pesadamente, todo ello sin apartar los ojos del díscolo cenicero.

—Mike —dijo—, ¿qué ha ido mal? ¿Por qué no desaparece como la caja?

—Pero, Jubal —respondió Smith, como disculpándose—, usted dijo que lo detuviese; no indicó que lo hiciese desaparecer. Cuando hice que desapareciera la caja, luego deseó que *volviese*. ¿He hecho algo mal?

—Oh. No, lo ha hecho todo de un modo perfecto. Siempre olvido que usted se toma las cosas al pie de la letra…

Harshaw recordó algunos insultos coloquiales corrientes en sus primeros años… y se recordó que nunca, *nunca*, debía emplear ninguno ante Michael Valentine Smith; porque, si le decía al muchacho que se cayera muerto o se perdiera, Harshaw tenía ahora la certeza de que Smith cumpliría de un modo literal lo que oyera.

—Me alegro —dijo Smith serenamente—. Lamento no poder hacer que la caja regrese. También lamento el haber derrochado dos veces tanta comida. Pero entonces no sabía cómo actuar de otro modo. Entonces era una necesidad. O así lo asimilé.

— ¿Eh? ¿Qué comida?

—Se refiere a aquellos hombres, Jubal —dijo apresuradamente Jill—. Berquist y el poli que le acompañaba… si era un poli. Johnson.

—Oh, sí —Harshaw reflexionó que sus propias nociones sobre la comida seguían siendo no marcianas, subconscientemente al menos—. Mike, yo no me preocuparía por haber malgastado aquella «comida». Dudo de que ningún inspector de carnes la hubiera dado por buena. De hecho… —añadió, recordando los acuerdos de la Federación sobre la carne de *cerdo*—, supongo que la hubiesen declarado no apta para el consumo humano. Así que no

se preocupe por ello. Además, como usted mismo dice, acabar con ellos fue una necesidad. Asimiló usted la plenitud de la situación y actuó de forma correcta.

—Esto me reconforta mucho —respondió Mike con un gran alivio en la voz—. Sólo un Anciano puede estar seguro siempre de que ha ejecutado la acción correcta en un punto crítico culminante… y yo tengo mucho que aprender para aprender, y mucho que crecer para crecer antes de que me sea posible unirme a los Ancianos. Jubal, ¿puedo moverlo? Empiezo a cansarme.

— ¿Quiere hacerlo desaparecer ahora? Adelante.

—Pero ahora ya no puedo.

— ¿Eh? ¿Por qué no?

—Su cabeza ya no está debajo de él. No asimilo maldad en su esencia, allá donde está.

—Oh. Perfectamente. Entonces trasládelo.

Harshaw siguió observando el cenicero, con la esperanza de que, cuando flotara hasta el punto que ahora se hallaba perpendicular sobre su cabeza, el objeto recobrara su maldad. El cenicero, sin embargo, descendió en un plano inclinado hasta situarse sobre la superficie de la mesa, donde permaneció suspendido unos segundos, para luego deslizarse a un lugar vacío y posarse en él en un aterrizaje casi insonoro.

—Gracias, Jubal —dijo Smith.

— ¿Eh? ¡Gracias a *usted*, hijo! —Jubal recogió el cenicero y lo examinó con curiosidad. No estaba ni caliente ni frío, ni hizo que le hormiguearan los dedos… era feo, excesivamente decorado, y tan vulgar como lo había sido cinco minutos antes—. Sí, gracias a usted. Por la más asombrosa experiencia que he tenido desde el día que la muchacha campesina que servía en casa me subió al desván —alzó la vista—. Anne, tú te adiestraste en el Rhine.

—Sí.

— ¿Habías visto antes ejercicios de levitación?

La muchacha vaciló un instante.

—He presenciado lo que llaman telequinesia con dados… pero no soy matemática y no puedo testificar que aquello que vi fuera auténtica telequinesia.

—Por las campanas del infierno, tú no testificarías que había salido el sol si el día estuviera nublado.

— ¿Cómo podría? Tal vez alguien estuviera suministrando luz artificial desde encima de la capa de nubes. Uno de mis compañeros de clase podía, al parecer, levitar objetos de aproximadamente la masa de recortes de periódico… pero primero tenía que haberse bebido tres copas para entonarse, y a veces no lo conseguía en absoluto. Nunca pude examinar el fenómeno lo bastante de cerca como para poder testificar con competencia al respecto… en parte porque yo también llevaba encima tres copas de más.

—Entonces, ¿nunca viste nada como esto?

—No.

—Hum. Ya he terminado profesionalmente contigo, estoy convencido de ello. Pero si deseas quedarte y ver si ocurre algo más, cuelga tu toga y trae una silla.

—Gracias, eso es lo que haré… ambas cosas. Pero, en vista de la conferencia que le dio a Jill acerca de mezquitas y sinagogas, primero iré a mi habitación a cambiarme. No querría causar un hiato en la adoctrinación.

—Como quieras. Mientras estás fuera, despierta a Duque y dile que quiero que las cámaras entren de nuevo en servicio.

—Sí, jefe. No deje que ocurra nada sorprendente hasta que yo esté de vuelta —se encaminó hacia la puerta.

—No puedo hacer promesas. Mike, siéntese aquí ante mi escritorio. Usted también, Jill; hagamos mesa redonda. Ahora, Mike, ¿puede levantar este cenicero? Demuéstremelo.

—Sí, Jubal —Smith alargó el brazo y tomó el cenicero en su mano.

— ¡No, no!

— ¿Lo he hecho mal?

—No, la culpa ha sido mía. Mike, vuelva a dejarlo. Quiero saber si puede levantar el cenicero sin tocarlo.

—Sí, Jubal.

— ¿Bien? ¿Está demasiado cansado?

—No, Jubal. No estoy demasiado cansado.

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿Es necesario que haya un elemento de «maldad» en ello?

—No, Jubal.

—Jubal —interrumpió Jill—, no le ha dicho usted que lo haga… sólo le ha preguntado si *podía* hacerlo.

—Oh —Harshaw pareció tan avergonzado como era capaz, lo cual no era mucho—. Ya debí haber aprendido eso. Mike, ¿tendría la bondad de levantar ese cenicero como un palmo por encima de la superficie de la mesa, sin tocarlo con sus manos?

—Sí, Jubal —el cenicero se elevó, flotó firme sobre el escritorio—. ¿Quiere medir la distancia, Jubal? —dijo Mike, ansioso—. Si me he equivocado, lo corregiré arriba o abajo.

— ¡Estupendo! ¿Puede mantenerlo ahí? Si se cansa, dígamelo.

—Puedo mantenerlo. Si me canso, se lo diré.

— ¿Puede levantar alguna otra cosa al mismo tiempo? ¿Digamos este lápiz? Si puede, hágalo.

—Sí, Jubal —el lápiz flotó en el aire y se alineó limpiamente junto al cenicero.

A petición de Harshaw, Mike añadió otros pequeños artículos del escritorio al grupo de objetos flotantes. Anne regresó, tomó una silla y observó el espectáculo sin hablar. Duque entró cargado con una escalera de mano, miró al grupo, luego miró una segunda vez, pero no dijo nada y colocó la escalera en un rincón. Al fin, Mike dijo con voz insegura:

—No estoy seguro, Jubal. Yo… —se detuvo y pareció buscar la palabra adecuada—. Soy idiota para estas cosas.

—No se agote.

—Puedo pensar en una más. Espero —un pisapapeles al otro lado del escritorio se agitó, se elevó… y la docena de objetos flotantes se vino abajo al unísono. Mike pareció a punto de echarse a llorar—. Jubal, lo siento. Lo siento enormemente.

Harshaw le dio unas palmadas en el hombro.

—Debería sentirse orgulloso, no lamentarlo. Hijo, puede que no se dé cuenta, pero lo que acaba de hacer es… —Jubal trató de hallar una comparación, y descartó rápidamente las muchas que acudían a su mente porque se daba cuenta de que no se referían a nada que entrase en la experiencia de Smith—. Lo que acaba de hacer es mucho más difícil que atarse los cordones de los zapatos, muchísimo más maravilloso para nosotros que hacer a la perfección ese uno y medio que mencionó antes. Lo ha hecho usted de una forma «brillante, brillante y con hermosura». ¿Lo asimila?

Mike pareció sorprendido.

—No estoy seguro, Jubal. ¿No debo sentirme avergonzado?

—No debe sentirse avergonzado. Ha de sentirse orgulloso.

—Sí, Jubal —repuso Smith, contento—. Me siento orgulloso.

—Estupendo. Mike, yo soy incapaz de alzar ni siquiera un cenicero sin tocarlo.

Smith se mostró sorprendido.

— ¿No puede?

—No. ¿Podría usted enseñarme?

—Sí, Jubal. Usted… —Smith dejó de hablar, pareció azarado —. De nuevo no hallo las palabras. Lo siento. Pero leeré, leeré y leeré, hasta que dé con ellas. Después enseñaré a mi hermano.

—No ponga el corazón en ello.

— ¿Perdón?

—Mike, no se sienta decepcionado si no encuentra las palabras. Es posible que no existan en nuestro idioma.

Smith reflexionó un largo momento sobre aquello.

—Entonces enseñaré a mi hermano el lenguaje de mi nido.

—Quizá. Me gustaría intentarlo… pero puede que haya llegado usted cincuenta años demasiado tarde.

— ¿Actué equivocadamente?

—En absoluto. Me siento orgulloso por usted. Puede empezar intentando enseñarle su lenguaje a Jill.

—Hace que me duela la garganta —objetó rápidamente ella.

—Pruebe de hacer gárgaras con aspirina —Jubal la miró—. Ésa es una excusa tonta, enfermera… pero se me ocurre que esto me da una excusa para ponerla en la nómina… porque dudo de que la dejen volver alguna vez al Bethesda. Bien, queda contratada como investigadora ayudante en lingüística marciana… lo cual incluye tantos deberes extraordinarios como sean imprescindibles. Aprenda de las chicas. Anne, ponla en la nómina… y asegúrate de que su nombre figure en el registro de impuestos.

—Ha estado compartiendo las tareas de la cocina desde el día después de su llegada. ¿La doy de alta en la empresa con carácter retroactivo?

Jubal se encogió de hombros.

—No me molestes con detalles.

—Pero, Jubal —protestó Jill—. ¡No creo que pueda aprender marciano!

—Pero puede intentarlo, ¿no?

—Pero…

— ¿Qué hay sobre esa tonta charla que me estuvo dando sobre la «gratitud»? ¿Acepta el empleo o no?

Jill se mordió el labio.

—Lo aceptaré. Sí… jefe.

Tímidamente, Smith alargó el brazo y tocó su mano.

—Jill, la enseñaré.

Jill palmeó la mano que cubría la suya.

—Gracias, Mike —miró a Harshaw—. ¡Y voy a aprenderlo, sólo para poder escupírselo a usted a la cara!

Jubal le dirigió una sonrisa.

—Asimilo perfectamente el motivo… lo aprenderá, sí. Ahora volvamos a lo que más interesa. Mike, ¿qué otras cosas puede hacer que nosotros no? Además de hacer desaparecer las cosas cuando representan algo «malo», y alzar objetos sin tocarlos…

Smith se mostró confuso.

—Lo ignoro.

— ¿Cómo puede saberlo —protestó Jill—, cuando en realidad no sabe lo que nosotros podemos y no podemos hacer?

—Hum, sí. Anne, cambia el título del trabajo de Jill por el de «investigadora ayudante en lingüística, cultura y técnicas marcianas». Jill, mientras aprende su idioma, es seguro que se tropezará con cosas marcianas que son distintas, realmente distintas de las nuestras… Cuando lo haga, dígamelo. Todo y cualquier cosa acerca de una cultura puede inferirse a través de la estructura de su lenguaje, y probablemente… probablemente es usted aún lo bastante joven como para aprender a pensar como un marciano… lo cual indudablemente no ocurrirá conmigo. En cuanto a usted, Mike, si observa que hay algo que usted puede hacer y nosotros no, dígamelo también.

—Lo haré, Jubal. ¿Qué cosas podrán ser?

—No tengo la menor idea. Cosas como eso que acaba de hacer… y el ser capaz de permanecer en el fondo de la piscina mucho más tiempo que nosotros. Hum. ¡Duque!

—Jefe, tengo las manos llenas de película. No me moleste.

—Pero puedes hablar, ¿no? He observado que el agua de la piscina está más bien turbia.

—Sí. Esta noche le añadiré precipitante y mañana por la mañana le aplicaré el vacío.

— ¿Cómo van los índices?

—Los índices están bien, el agua incluso podría servirse en la mesa. Lo único que le ocurre es que está un poco turbia.

—Deja que siga turbia por ahora. Sigue comprobándola. Ya te diré cuándo quiero que la limpies.

—Demonios, jefe, a nadie le gusta nadar en una piscina que parece un fregadero. La hubiera limpiado mucho antes si no hubiera habido tanto follón aquí esta última semana.

—Al que no le guste, que no se moje. Deja de darle a la lengua, Duque; te lo explicaré más tarde. ¿Están listas las películas?

—Dentro de cinco minutos.

—Bien. Mike, ¿sabe lo que es un arma de fuego?

—Un arma de fuego —respondió Smith concienzudamente— es una pieza de ordenanza que dispara proyectiles por medio de la fuerza de algún explosivo, como la pólvora, y consiste en un tubo o cañón cerrado en un extremo donde la…

—Está bien, está bien. ¿Lo asimila?

—No estoy seguro.

— ¿Ha visto alguna vez un arma de fuego?

—No lo sé.

—Oh, seguro que la ha visto —interrumpió Jill—. Mike, piense en esa ocasión de la que hemos estado hablando, cuando nos hallábamos en la habitación con el piso de hierba… ¡pero no se altere! Un hombre me golpeó, ¿recuerda?

—Sí.

—El otro hombre me apuntaba con algo.

—Dirigió una cosa mala hacia usted.

—Eso era una pistola.

—Había imaginado ya que la palabra para esa cosa mala podía ser «pistola». El Nuevo Diccionario Internacional de la Lengua Inglesa Webster, tercera edición, publicado en…

—Perfecto, hijo —se apresuró a decir Harshaw—. Eso era una pistola, sí. Ahora escuche atentamente. Si alguien apuntase a Jill con una pistola, ¿qué haría usted?

La pausa de Smith fue más larga de lo normal.

— ¿No se enfadaría usted conmigo si estropease comida?

—No. No me enfadaría. En tales circunstancias, nadie se enfadaría con usted por eso. Pero estoy intentando descubrir algo

más. ¿No podría conseguir tan sólo la desaparición del arma, sin hacer que el hombre que la empuñaba desapareciese también?

Smith consideró el asunto.

— ¿Salvar la comida?

—Hum. Bueno, no es eso exactamente lo que había querido decir. ¿Podría hacer que desapareciera el arma sin causar ningún daño al hombre?

—Jubal, el hombre no sufriría ningún daño en absoluto. Yo haría desaparecer el arma, pero al hombre simplemente lo detendría. No sufriría el menor dolor. Tan sólo se descorporizaría. La comida que dejase atrás no se estropearía en absoluto.

Harshaw suspiró.

—Sí, estoy seguro de que así sería. Pero, ¿no puede conseguir que sólo desaparezca el arma? ¿Sin hacer nada más? ¿Sin «detener» al hombre, sin matarle, simplemente dejándole vivir?

Smith volvió a considerar el asunto.

—Eso resultaría mucho más fácil que hacer las dos cosas a la vez. Pero, Jubal, si le dejo corporeizado, todavía podría lastimar a Jill. O así lo asimilo.

Harshaw dejó de recordarse a sí mismo que aquel niño inocente no tenía nada de niño ni de inocente… de hecho tenía toda la sofisticación de una cultura que, empezaba a darse cuenta, aunque confusamente, estaba mucho más avanzada que la cultura humana en algunas formas muy misteriosas… y que estos ingenuos comentarios procedían de un superhombre, o de la idea que por el momento tenían ellos de un «superhombre». Entonces contestó a Smith, eligiendo con cuidado las palabras, puesto que tenía en mente un peligroso experimento y no deseaba que se convirtiera en un desastre a causa de algún error semántico.

—Mike, si llegara usted a un… «punto crítico culminante»… en el que tuviera que hacer algo para proteger a Jill, ¿lo haría?

—Sí, Jubal. Lo haría.

—Sin preocuparse de derrochar o no comida. Sin preocuparse de ninguna otra cosa. Sólo de proteger a Jill.

—Siempre protegeré a Jill.

—Bien. Pero supongamos que un hombre encañona a alguien con una pistola… o simplemente tiene un arma en la mano. Supongamos que no desea o no necesita matar a ese hombre… pero sí necesita hacer que el arma desaparezca. ¿Podría hacerlo?

Mike hizo una breve pausa.

—Creo que lo asimilo. Una pistola es una cosa mala. Pero puede ser necesario que el hombre permanezca corporeizado —meditó sobre aquello—. Puedo hacerlo.

—Bien. Mike, voy a mostrarle una pistola. Una pistola es una cosa mala.

—Una pistola es una cosa muy mala. Tengo que eliminarla.

—No la haga desaparecer apenas la vea.

— ¿No?

—No. Yo levantaré el arma y empezaré a apuntarle con ella. Antes de que consiga apuntarle, hágala desaparecer. Pero no me detenga a mí, no me haga ningún daño, no me mate, *no me haga nada*. No derroche comida tampoco.

—Oh, nunca lo haría —dijo Mike, ansioso—. Cuando se descorporice, hermano Jubal, espero que se me permita comerle personalmente, bendecirle y apreciarle con cada bocado… hasta asimilarlo en toda su plenitud.

Harshaw controló un movimiento reflejo de revulsión que no había sentido desde hacía décadas y repuso con gravedad:

—Gracias, Mike.

—Soy yo quien debe dar las gracias, hermano mío… y, si soy elegido yo antes que usted, confío en que me encuentre digno de ser asimilado. Compártame con Jill. ¿Querrá compartirme con Jill? ¿Por favor?

Harshaw lanzó una ojeada a Jill, vio que mantenía su rostro sereno… y reflexionó que era una enfermera endurecida por el trabajo.

—Lo compartiré con Jill —dijo con tono solemne—. Pero, Mike, ninguno de nosotros será alimento hoy, ni pronto, espero. En este momento voy a enseñarle esa pistola… y usted aguardará hasta que yo lo diga… y entonces procederá con mucho cuidado, por que aún tengo muchas cosas que hacer antes de estar listo para descorporizarme.

—Tendré cuidado, hermano.

—Muy bien —Harshaw se inclinó hacia adelante y abrió un cajón de la mesa—. Mire aquí dentro, Mike. ¿Ve el arma? Voy a cogerla. Pero no haga nada hasta que yo se lo diga. Muchachas… levántense y sitúense a la izquierda; no quiero apuntarlas. Así esta bien. Todavía no, Mike —Harshaw alargó la mano hasta la pistola, un arma de reglamento especial de la policía; la extrajo del cajón—. Preparado, Mike. ¡Ahora! —y Harshaw se esforzó de la mejor manera que pudo en conseguir encañonar con el arma al Hombre de Marte.

Su mano estuvo de pronto vacía. Ninguna impresión, ninguna sacudida, ningún retorcimiento… el arma desapareció, y eso fue todo.

Jubal se dio cuenta de que estaba temblando y procuró recobrarse.

—Perfecto —dijo a Mike—. La hizo desaparecer antes de que pudiese apuntarle con ella. Ha sido absolutamente perfecto.

—Me siento muy feliz.

—Yo también. Duque, ¿tomaste eso con la cámara?

—Aja. Puse cartuchos nuevos de película, aunque usted no me lo había dicho.

—Bien —Harshaw dejó escapar un suspiro y descubrió que estaba muy cansado—. Eso es todo por hoy, muchachos. Fuera todos. A nadar. Tú también, Anne.

—Jefe —pidió Anne—, ¿me dirá lo que muestren las películas?

— ¿Por qué no te quedas y las ves?

— ¡Oh, no! No puedo; no las partes de las que fui testigo. Pero me gustaría saber, luego, si las imágenes muestran que mis garras aún siguen afiladas o no.

—De acuerdo.

OceanofPDF.com

13

Cuando hubieron salido, Harshaw comenzó a dar instrucciones a Duque; luego, en vez de ello, dijo en tono áspero:

— ¿A qué viene esa expresión hosca?

—Jefe, ¿cuándo va a desembarazarse de ese comecadáveres?

— ¿«Comecadáveres»? ¡Oh, eres un patán provinciano!

—Muy bien, así que vengo de Kansas, ¿eh? Pero no encontrará ningún caso de canibalismo en Kansas… todos están más al oeste. Y me he hecho mi propia opinión acerca de lo que es un patán y lo que no… así que comeré en la cocina hasta que nos libremos de él.

— ¿De veras? — dijo Harshaw con voz helada —. No hará falta. Anne te tendrá preparado el cheque de paga dentro de cinco minutos… y espero que no tardes más de diez en empaquetar tus libros de cómics y tu otra camisa.

Duque había estado montando el proyector. Se detuvo y se envaró.

—Oh, no he querido decir que me fuera.

—Eso es exactamente lo que yo he entendido, hijo.

—Pero… quiero decir, ¿qué diablos? He comido en la cocina montones de veces.

— ¿Eh? Claro que no.

— Oh, ya he oído esas tonterías… pero si quiere saber mi opinión, no son más que estupideces.

—No se trata de ninguna estupidez, y a nadie le importa tu opinión; no eres competente para tener ninguna opinión al respecto —Harshaw frunció el entrecejo—. Todo esto es una lástima. Puedo ver que sólo voy a tener que dejarte marchar… y, Duque, no deseo despedirte; haces un buen trabajo manteniendo todos los artilugios de la casa, y eso me evita el tener que meterme en esas idioteces mecánicas que no me interesan en absoluto. Pero no sólo debo ponerte a salvo fuera de este lugar, sino que además tengo que averiguar de inmediato quién más por aquí no es hermano de agua de Mike, y procurar que se convierta en uno… o sacarlo de aquí antes de que le ocurra algo… —Jubal se mordisqueó el labio y miró al techo—. Tal vez bastara con lograr una promesa precisa y solemne por parte de Mike de no hacer daño a nadie sin mi permiso específico. Hum. No, no puedo arriesgarme a eso. Hay demasiada gente pululando por aquí… y siempre existe la posibilidad de que Mike interprete mal algo que no era más que una broma.

»Digamos que si tú… o Larry más bien, puesto que tú ya no estarás aquí… coge a Jill y la tira a la piscina, Larry puede acabar allá donde fue la pistola antes de que yo pueda explicarle a Mike que todo era para divertirse y que Jill no estaba en peligro. No me gustaría que Larry muriera por mi descuido. Larry tiene perfecto derecho a hacer las estupideces que quiera sin que su vida se vea acortada por culpa de un descuido mío. Duque, opino que todo el mundo tiene derecho a condenarse de la manera que le dé la gana… pero eso no es excusa para darle un cartucho de dinamita a un niño como si fuera un juguete.

—Jefe —dijo lentamente Duque—, creo que está exagerando. Mike no haría daño a nadie… Mierda, toda esa charla sobre canibalismo me hizo sentir deseos de vomitar, pero no me interprete mal; sé que él no es más que un salvaje, pero es porque no le han enseñado mejor. Demonios, jefe, es gentil como un corderito. Nunca le haría daño a nadie.

— ¿Eso crees?

—Estoy seguro.

—Bien. Tienes dos o tres pistolas en tu habitación. Yo digo que Smith es peligroso. Se ha abierto la veda del marciano, así que coge la pistola en la que más confíes, baja a la piscina y mátalo. No te preocupes por la ley; yo seré tu abogado y te garantizo que nadie te acusará de nada. ¡Adelante, hazlo!

—Jubal… no estará hablando en serio.

—No. No, en el fondo, no. Porque *no puedes*. Si lo intentaras, tu arma iría a parar al mismo sitio donde fue mi pistola… y si le apretaras un poco es muy probable que tú la acompañaras. Duque, no sabes con quién te la estás jugando; y yo tampoco, excepto que yo sé que es peligroso y tú no. Mike no es «gentil como un corderito», y tampoco es un salvaje. Sospecho que nosotros somos los salvajes. ¿Has criado alguna vez serpientes?

—Oh… no.

—Yo sí, de pequeño. Entonces creía que iba a ser zoólogo. Un invierno, allá en Florida, atrapé lo que creí que era una serpiente escarlata. ¿Sabes qué aspecto tienen?

—No me gustan las serpientes.

—Otra vez los malditos prejuicios. La mayor parte de las serpientes son inofensivas, útiles y divertidas de criar. La serpiente escarlata es toda una belleza… roja y negra y amarilla; es dócil, y constituye un excelente animalito de compañía. Creo que aquel bicho en particular se había encariñado conmigo. Por supuesto, yo sabía cómo tratar a las serpientes, cómo no alarmarlas y no darles la oportunidad de que me mordieran, porque el mordisco de una serpiente, aunque no sea venenosa, es más bien molesto. Pero estaba muy contento con el animalito; era el orgullo de mi colección. Acostumbraba a sacarla y mostrársela a la gente, cogiéndola por la parte de atrás de la cabeza y dejando que se enroscara en mi muñeca.

»Un día se me presentó la oportunidad de mostrar mi colección al herpetólogo del zoo de Tampa… y primero le enseñé mi orgullo y mi pieza más querida. Casi se puso histérico. Mi animalito no era una serpiente escarlata… sino una joven serpiente

de coral. La cobra americana, la serpiente más mortífera de toda América del Norte. Duque, ¿comprendes lo que te quiero decir?

—Entiendo que criar serpientes es peligroso. Eso hubiera podido decirlo yo.

— ¡Oh, por el amor de Dios! Yo ya tenía serpientes de cascabel y mocasines de agua en mi colección. Una serpiente venenosa no es peligrosa, no más de lo que puede serlo una pistola cargada… si la manejas adecuadamente, tanto en uno como en otro caso. Lo que hacía peligrosa a la víbora de coral era el hecho de que yo no sabía lo que era, lo que podía hacer. Si, en mi ignorancia, la hubiera tratado con descuido, me habría matado de una forma tan casual e inocente como puede arañar un gatito. Y eso es lo que intento decirte acerca de Mike. Parece tan gentil como un corderito… y estoy convencido de que realmente es gentil y amistoso sin reservas con cualquiera en quien confíe. Pero si no confía en ti… bueno, no es lo que parece ser.

»Da la impresión de un ejemplar macho normal y joven de la raza humana, más bien subdesarrollado, decididamente torpe y abismalmente ignorante, pero a la vez brillante y muy dócil y ansioso por aprender. Todo lo cual es cierto y en absoluto sorprendente, si tenemos en cuenta sus antepasados y el extraño entorno en el que creció. Pero, como mi querida serpiente, Mike es más de lo que aparenta ser. Si Mike no confía en ti, ciegamente y de la cabeza a los pies, puede volverse instantáneamente agresivo y ser mucho más mortífero que la víbora de coral. Sobre todo si cree que estás maltratando a alguno de sus hermanos de agua, como Jill… o como yo.

Harshaw sacudió tristemente la cabeza.

—Duque, si hubieras cedido a tu impulso natural de golpearme con un atizador hace unos minutos, cuando te dije unas cuantas verdades caseras sobre ti mismo, y si Mike hubiera estado de pie en ese umbral detrás de ti… bueno, estoy convencido de que no habrías tenido la menor oportunidad. Ninguna. Hubieras estado muerto antes de darte cuenta, demasiado rápido para que yo pudiese hacer algo para impedirlo. Luego Mike se hubiera

mostrado terriblemente compungido por haber «malgastado comida»… es decir, tu enorme carcasa de buey. Oh, se hubiera sentido culpable por eso. Sin embargo, no se sentiría en absoluto culpable de haberte matado; eso habría sido una necesidad a la que se vio obligado… y no tendría la menor importancia, ni siquiera para ti. ¿Sabes?, Mike opina que tu alma es inmortal.

— ¿Eh? Bueno, demonios, yo también lo creo. Pero…

— ¿De veras lo crees? —preguntó Jubal con voz fría—. Lo dudo.

— ¡No, de veras! Oh, admito que no voy mucho a la iglesia, pero sigo por el camino recto. No soy un infiel. Tengo fe.

—Bien. Aunque nunca he sido capaz de comprender la «fe», ni de entender cómo un Dios justo puede esperar que sus criaturas elijan la única religión verdadera entre una infinidad de falsas… sólo por la fe. Se me antoja un sistema más bien chapucero de llevar una organización, ya sea el universo u otra cosa más pequeña. Sin embargo, puesto que tienes fe, y eso incluye la creencia en tu propia inmortalidad, no necesitas preocuparte más acerca de las probabilidades de que tus prejuicios sean los causantes de tu prematuro fallecimiento. ¿Quieres ser incinerado o enterrado?

— ¿Eh? Oh, por la joroba de un tullido, Jubal, deje de meterse conmigo.

—No se trata de eso. No puedo garantizarte que saldrás de aquí sano y salvo mientras insistas en pensar que una víbora de coral es tan inofensiva como una serpiente escarlata; cualquier error que cometas puede ser el último. Pero te prometo que no dejaré que Mike te coma.

Duque dejó colgar la mandíbula. Al fin consiguió responder, de una forma explosiva, profana y del todo incoherente. Harshaw escuchó, luego dijo, irritado:

—Está bien, está bien, cierra el pico. Puedes hacer con Mike cualquier acuerdo que quieras. Pensé que te estaba haciendo un favor —se volvió y se inclinó sobre el proyector—. Quiero ver esas

imágenes. Quédate por aquí, si quieres, hasta que acabe. Probablemente sea lo más seguro. ¡Maldita sea! —añadió—. Este trasto me ha pellizcado.

—Trataba usted de forzarlo. Mire…

Duque completó el ajuste que no había conseguido hacer Harshaw, luego fue a la parte de delante e insertó el primer cartucho de película. Ninguno de los dos hombres reabrió la cuestión de si Duque seguía o no seguía trabajando para Jubal. Las cámaras eran servos Mitchell; el proyector era un tanque Yashinon, con un adaptador para permitir la recepción de película sonora Land de cuatro milímetros. Poco después estaban viendo y escuchando los acontecimientos previos a la desaparición de la vacía caja de coñac.

Jubal observó la caja salir disparada en dirección a su cabeza, la vio desaparecer en un parpadeo en medio del aire.

—Ya es suficiente —dijo—. Arme se sentirá complacida de saber que las cámaras la respaldan. Duque, repite la proyección a cámara lenta.

—De acuerdo —Duque rebobinó, luego anunció—. Esto es velocidad diez a uno.

La escena era la misma, pero con movimiento lento el sonido era innecesario; Duque lo cortó. La caja flotó con lentitud desde las manos de Jill hacia la cabeza de Jubal; luego, de pronto, dejó de estar allí. Pero no desapareció simplemente; gracias a la cámara lenta se la pudo ver encogerse, hacerse más y más pequeña hasta dejar de existir.

Jubal asintió pensativamente.

—Duque, ¿puedes pasarla más despacio todavía?

—Un segundo. Creo que algo va mal con la estéreo.

— ¿Qué es?

—Que me maldiga si lo sé. Todo parecía ir bien a velocidad normal. Pero cuando la he disminuido, el efecto de profundidad se ha invertido. Ya lo ha visto usted. La caja se alejaba de nosotros rápido, muy rápido… pero siempre parecía estar más cerca que la

pared. Cambio de paralaje, por supuesto. Pero nunca saqué el cartucho del eje.

—Oh. Está bien, Duque. Veamos la película de la otra cámara.

—Hum… oh, ya entiendo. Eso nos proporcionará una visión en ángulo de noventa grados y la veremos como corresponde aunque yo haya estropeado de alguna forma esta película —Duque cambió los cartuchos—. Deprisa la primera parte, ¿no? Luego cambiar a diez a uno cuando lleguemos a la parte que cuenta.

—Aja. Adelante.

La escena era la misma excepto por el ángulo. Cuando la imagen de Jill agarró la caja, Duque disminuyó la velocidad, y observaron la caja desaparecer otra vez.

Duque maldijo.

—Algo fue mal también con la segunda cámara.

— ¿De veras?

—Sí. Tomaba la escena lateralmente, de modo que la caja debió haberse salido del campo por un lado o el otro. Pero desapareció alejándose en profundidad. ¿No es así? Usted lo ha visto.

—Sí —admitió Jubal—. Se alejó directamente en profundidad.

—Pero *no es posible*… no desde ambos ángulos.

— ¿Qué quieres decir con que no es posible? Lo hizo —Harshaw añadió—. Si hubiéramos utilizado un radar Doppler en vez de esas cámaras, me pregunto qué habría mostrado.

— ¿Cómo quiere que lo sepa? Voy a revisar estas cámaras.

—No te molestes.

—Pero…

—No pierdas el tiempo. Duque, las cámaras están bien. ¿Qué son exactamente noventa grados con respecto a todo lo demás?

—Nunca he sido bueno con los acertijos.

—No se trata de ningún acertijo, y estoy hablando en serio. Podría remitirte al señor A. Cuadrado de Flatland, pero contestaré yo mismo. ¿Qué se halla exactamente en ángulo recto respecto a

todo lo demás? Respuesta: dos cadáveres, una pistola y una caja de licor vacía.

— ¿Qué demonios quiere decir, jefe?

—Nunca en mi vida he hablado con más claridad. Intenta creer en lo que vieron las cámaras en vez de insistir en que las cámaras debieron funcionar mal porque no vieron lo que tú esperabas. Veamos las otras películas.

Harshaw no hizo ningún comentario mientras las veía; no añadían nada a lo que ya sabía. El cenicero, cuando flotó cerca del techo, quedó fuera del campo de la cámara, pero su lento descenso y aterrizaje había sido registrado. La imagen de la pistola en el tanque estéreo era pequeña pero, por todo lo que Jubal pudo ver, hizo exactamente lo mismo que había parecido hacer la caja: se encogió y desapareció en la distancia, sin moverse. Puesto que Harshaw la había apretado con fuerza mientras se encogía en su mano, se sintió satisfecho… si «satisfecho» era la palabra adecuada, añadió malhumorado para sí mismo. «Convencido», al menos.

—Duque, cuando tengas tiempo, quiero duplicados de todas estas películas.

Duque vaciló.

— ¿Quiere decir que sigo trabajando aquí?

— ¿Qué? ¡Oh, maldita sea! No puedes comer en la cocina, y eso es definitivo. Duque, intenta dejar tus prejuicios locales fuera del circuito y sólo escucha por un momento. Inténtalo con todas tus fuerzas.

—Escucharé.

—Cuando Mike solicitó el privilegio de comerse mi correosa y vieja carcasa, me estaba haciendo el mayor honor que conoce… bajo las únicas reglas que conoce. Lo que «aprendió sobre las rodillas de su madre», por decirlo de alguna forma. ¿No lo captaste? Oíste el tono de su voz, viste su actitud. Me estaba haciendo su más alto cumplido… al tiempo que me solicitaba un

favor. ¿Entiendes? No importa lo que piensen de tales cosas en Kansas; Mike utiliza los valores que le enseñaron en Marte.

—Creo que me quedo con Kansas.

—Bueno —admitió Jubal—, yo también. Pero no es un asunto de libre albedrío para mí, ni para ti… ni para Mike. Los tres somos prisioneros de nuestras tempranas adoctrinaciones, porque resulta muy difícil, casi imposible, desembarazarse de la educación impuesta durante los primeros años de vida. Duque, ¿no puedes meterte en la cabeza que, si tú hubieras nacido en Marte y hubieras sido criado y educado por los marcianos, adoptarías la misma actitud que Mike respecto a comer y ser comido?

Duque lo pensó unos instantes, luego negó con la cabeza.

—No puedo aceptarlo, Jubal. De acuerdo, en la mayor parte de las cosas admito que Mike ha tenido mala suerte al no haber sido criado y educado entre gente civilizada. Pero esto es diferente, esto es un instinto.

— ¡«Instinto», una mierda!

—Pero es así. Yo no recibí ninguna «educación sobre las rodillas de mi madre» para no ser un caníbal. Demonios, no lo necesité; siempre supe que era pecado… y un pecado horrible. Sólo de pensarlo se me revuelve el estómago. Es un instinto básico.

Jubal gruñó.

— ¿Cómo es posible, Duque, que hayas aprendido tanto sobre maquinaria y sepas tan poco acerca de lo que te hace funcionar a ti? Esa náusea que sientes… eso no es instinto; es un reflejo condicionado. Tu madre no necesitó decirte: «No debes comerte a tus compañeros de juegos, querido; eso no está bien», porque te impregnaste de ello en la cultura en la que estabas inmerso, al igual que yo. Chistes sobre caníbales y misioneros, películas de dibujos animados, cuentos de hadas, historias de terror, un sinfín de cosas. Pero eso no tiene nada que ver con el instinto. Maldita sea, hijo, eso no puede ser instinto… porque históricamente el canibalismo es una de las más extendidas costumbres de la humanidad, que se

esparce por todas las ramas del árbol genealógico de la raza humana. Tus antepasados, los míos, los de todo el mundo.

—*Sus* antepasados, quizá. No meta a los míos en ello.

—Hum. Duque, ¿no dijiste que tenías algo de sangre india?

— ¿Eh? Sí, un octavo. En el Ejército me llamaban «el Jefe». ¿Qué pasa? No me avergüenzo de ello. Me siento orgulloso.

—No tienes razón alguna para sentirte avergonzado… ni orgulloso tampoco, todo sea dicho de paso. Pero, aunque tú y yo tenemos a buen seguro caníbales en nuestros árboles genealógicos, es mucho más probable que los tuyos se hallen varias generaciones más cercanos a nosotros que los míos, porque…

—Hey, espere, viejo calvo…

— ¡Baja los humos! Dijiste que escucharías, ¿recuerdas? El canibalismo ritual era una costumbre muy extendida entre las culturas americanas aborígenes. Pero no aceptes mi palabra sobre ello; compruébalo. Además, tanto tú como yo, como norteamericanos, tenemos muchas probabilidades de contar con algún toque congoleño sin saberlo… y tranquilízate otra vez. Pero, aunque perteneciéramos a la más pura estirpe del norte de Europa, certificada por el Club del Pedigrí (una idea estúpida, ya que la cantidad de bastardía casual ente los humanos es mucho mayor de lo que nunca se ha querido reconocer)… pero aunque perteneciéramos a ese grupo de elite, esa genealogía nos diría simplemente de *qué* caníbales descendemos… porque cualquier rama de la raza humana, sin ninguna excepción, ha practicado el canibalismo en algún momento de su historia. Duque, es una estupidez decir que cierta práctica va «contra el instinto», cuando centenares de millones de seres humanos han seguido esa práctica.

—Pero… Está bien, está bien, ya debería saber que es inútil discutir con usted, Jubal; siempre sabe darle la vuelta a las cosas a su propia manera. Pero supongamos que todos descendemos de salvajes que no sabían hacer nada mejor… no lo estoy admitiendo, sólo suponiendo. Supongamos que es cierto. ¿Qué tiene que ver? Ahora somos civilizados. Al menos, yo lo soy.

Jubal sonrió alegremente.

—Lo cual da a entender que yo no lo soy. Hijo, aparte mi propio reflejo condicionado contra la idea de comerme una pata asada de… de tu persona, por ejemplo, aparte ese prejuicio emocional imbuido en mí, por razones fríamente prácticas considero que nuestro tabú contra el canibalismo es una idea excelente… porque *no* somos civilizados.

— ¿Eh?

—Es evidente. Si no tuviésemos un tabú tribal sobre ese asunto tan fuerte que tú mismo llegaste a creer honestamente que era un instinto, puedo pensar en una larga lista de personas a las que no me atrevería a dar la espalda con tranquilidad, no con el precio al que se cotiza actualmente en el mercado la carne de buey, ¿eh?

Duque esbozó una reacia sonrisa.

—Quizá tenga razón en eso. Yo no me expondría a correr el riesgo con mi ex suegra. Me odia hasta las entrañas.

— ¿Lo ves? ¿Y qué me dices de nuestro encantador vecino de la parte sur, que se muestra tan poco cuidadoso con las cercas y con el ganado del prójimo durante la temporada de caza? No apostarías a que tú y yo no termináramos en su congelador si no tuviéramos ese tabú. Pero en Mike confío plenamente… porque Mike *es* civilizado.

— ¿Eh?

—Mike está altamente civilizado, al estilo marciano. Duque, no comprendo el punto de vista marciano, y probablemente nunca llegue a comprenderlo. Pero he hablado lo suficiente con Mike sobre este asunto como para saber que la práctica marciana no consiste en absoluto en el perro—come—perro… o marciano—come—marciano. Por supuesto que se comen a sus muertos en vez de enterrarlos, o incinerarlos, o dejarlos expuestos a los buitres. Pero la costumbre está altamente formalizada y tiene un cariz profundamente religioso.

»Un marciano jamás es agarrado y sacrificado en contra de su voluntad. De hecho, hasta donde he conseguido averiguar, la idea del asesinato ni siquiera parece ser un concepto marciano. En vez de ello, un marciano muere cuando decide morir, tras discutir el asunto con sus amigos y ser aconsejado por ellos, y tras recibir el consentimiento de los fantasmas de sus antepasados para ir a reunirse con ellos. Una vez ha decidido morir, lo hace, con la misma facilidad con que tú cierras los ojos… sin violencia, sin una larga enfermedad, sin siquiera una sobredosis de pastillas para dormir. En un momento está vivo y sano, y al momento siguiente ya es un fantasma, con un cuerpo muerto desechado junto a él. Entonces, o quizá más tarde (Mike se muestra siempre vago con los factores temporales), sus más íntimos amigos se comen lo que para él ya no tiene ninguna utilidad, lo «asimilan», como diría Mike, y alaban sus virtudes mientras espolvorean la mostaza. El nuevo fantasma asiste al festín, ya que se trata de una especie de *bar mitzvah* o servicio de confirmación al que el fantasma acude en calidad de «Anciano»… se convierte en un viejo estadista, si lo he entendido bien.

Duque esbozó una expresión de disgusto.

— ¡Dios, qué hatajo de supersticiosos! Me revuelve el estómago.

— ¿De veras? Para Mike es una solemne, pero jubilosa ceremonia mística.

Duque soltó un bufido.

—Jubal, no creerá usted todas esas idioteces sobre fantasmas, ¿verdad? Oh, sé que no. No es más que canibalismo mezclado con la más pestilente de las supersticiones.

—Bueno, yo no iría tan lejos. Admito que esos «Ancianos» de Marte resultan un poco difíciles de tragar… pero Mike habla de ellos de una forma tan prosaica como nosotros hablamos de los acontecimientos del miércoles pasado. En cuanto a lo demás… ¿en qué Iglesia te educaron, Duque? —Duque se lo dijo; Harshaw asintió con la cabeza y prosiguió—. Me lo imaginaba; en Kansas, la mayoría de los habitantes pertenecen a ésta o a alguna otra tan

parecida que hay que mirar el cartel en la entrada para hallar la diferencia. Dime: ¿qué sientes cuando participas en ese canibalismo simbólico que constituye la parte más importante del ritual de tu Iglesia?

Duque le miró fijamente.

— ¿Qué demonios quiere decir?

Jubal le devolvió un solemne parpadeo.

— ¿Eras realmente practicante? ¿O cuando niño sólo asistías a la Escuela Dominical?

— ¿Eh? Oh, seguro que era miembro practicante. Toda mi familia lo era. Aún sigo siéndolo… aunque no voy muy a menudo.

—Pensé que quizá no tuvieses atribuciones para participar. Pero al parecer sí, de modo que ya sabes de qué estoy hablando, si te paras a pensar —Jubal se puso de pronto en pie—. Pero yo no pertenezco a tu Iglesia ni a la de Mike, de modo que no intentaré analizar las sutiles diferencias que existen entre una y otra forma de canibalismo ritual. Duque, tengo trabajo urgente que hacer; no puedo perder más tiempo tratando de liberarte de tus prejuicios. ¿Piensas marcharte? Si es así, vale más que te acompañe hasta que salgas del lugar, para asegurarme de que lo haces sano y salvo. ¿Quieres quedarte? Eso significa que tendrás que comportarte: comer a la mesa con el resto de los caníbales.

Duque frunció el entrecejo.

—Creo que me quedaré.

—Tú eliges. Porque a partir de este momento me lavo las manos de toda responsabilidad acerca de tu seguridad. Ya viste esas películas; si eres lo bastante listo como para andar sobre las manos, te habrás dado cuenta de que ese hombre—marciano que está con nosotros puede ser impredeciblemente peligroso.

Duque asintió con la cabeza.

—Lo he comprendido. No soy tan estúpido como usted piensa, Jubal. Pero tampoco estoy dispuesto a dejar que Mike me eche de aquí —añadió—. Dice usted que es peligroso… y veo que puede serlo, si se le buscan las cosquillas. Pero yo no pienso buscarle las

cosquillas. Demonios, Jubal, me cae bien el pequeño tipo, en la mayor parte de sus aspectos.

—Hum… maldita sea, Duque, sigo pensando que lo subestimas. Mira, si deseas mostrarte realmente amistoso con él, ofrécele un vaso de agua. Compártelo con él. ¿Me comprendes? Conviértete en su «hermano de agua».

—Eh… lo pensaré.

—Pero si lo haces, Duque, no finjas. Si Mike acepta tu ofrecimiento de la hermandad del agua, lo hará de una forma muy seria. Confiará absolutamente en ti, no importa sobre qué… así que no lo hagas a menos que estés igualmente dispuesto a confiar en él y a respaldarlo en todo, por muy difíciles que se pongan las cosas. Tienes que ir hasta el fin… o no empezar.

—Lo entiendo. Por eso dije que lo pensaré.

—De acuerdo. Pero no te tomes mucho tiempo para decidirte… porque me temo que las cosas se van a poner difíciles muy pronto.

OceanofPDF.com

14

En el país volante de Laputa, según el diario de Lemuel Gulliver que cuenta sus *Viajes a varias remotas naciones del mundo*, ninguna persona de importancia escuchaba o hablaba nunca sin la ayuda de un sirviente, conocido como «climenole» en laputiano… o «palmeador» según su traducción aproximada al inglés, puesto que la única misión de este criado consistía en palmear con una vejiga seca la boca y las orejas de su amo siempre que, *en opinión del sirviente*, no fuera deseable que su amo hablase o escuchase.

Sin el consentimiento de su palmeador era imposible conseguir la atención de ningún laputiano de la clase dirigente.

El diario de Gulliver es considerado normalmente por los terrestres como una sarta de mentiras compuestas por un eclesiástico agriado. Sin embargo, no puede haber ninguna duda de que, en su tiempo, el sistema de «palmeadores» fue ampliamente usado en el planeta Tierra, y se vio extendido, refinado y multiplicado hasta que un laputiano no lo hubiera reconocido más que en espíritu.

En tiempos anteriores y más sencillos, uno de los principales deberes de cualquier soberano terrestre era el de hacerse públicamente disponibles en frecuentes ocasiones, de tal modo que incluso los más bajos entre los bajos pudieran acudir ante él *sin ningún intermediario de ninguna clase* y solicitar juicio. Huellas de este aspecto de la primitiva soberanía persistían aún en la Tierra mucho tiempo después de que los reyes se hubieran vuelto raros e

impotentes. Seguía siendo derecho de un inglés el lanzar su *Cry Harold!*, aunque pocos lo sabían y nadie lo hacía. Los dirigentes políticos listos de las ciudades mantuvieron sus audiencias públicas a lo largo de todo el siglo XX, dejando abiertas las puertas de sus despachos y escuchando a todo bracero o ferroviario que las cruzase.

El principio en sí nunca fue abolido, puesto que estaba reflejado en los artículos I y IX de las Enmiendas a la Constitución de los Estados Unidos de América —y en consecuencia se había convertido en una ley nominal para muchos seres humanos—, pese a que el documento básico se había visto casi invalidado en la práctica real por los artículos de la Federación Mundial.

Pero para la época en que la nave de la Federación *Champion* regresó a la Tierra desde Marte, el «sistema de palmeadores» había estado extendiéndose desde hacía más de un siglo y había alcanzado un estado de gran complejidad, con muchas personas empleadas únicamente en llevar a cabo sus rituales. La importancia de un personaje público podía estimarse por el número de capas de intermediarios que lo aislaban del contacto directo con la multitud plebeya. No eran llamados «palmeadores», sino ayudantes ejecutivos, secretarios particulares, secretarios de los secretarios particulares, secretarios de prensa, recepcionistas, funcionarios, etc. De hecho, los títulos podían ser cualesquiera… o — con algunos de los más poderosos — no tener ningún título en absoluto, pero todos podían ser identificados como «palmeadores» por su función: cada uno detentaba un veto arbitrario y concatenado sobre cualquier intento de comunicación del mundo exterior con el Gran Hombre que era el superior nominal del palmeador.

Esta red de intermediarios oficiales que rodeaban de forma natural a toda gran personalidad hacía que creciera también una clase de intermediarios no oficiales cuya función era sacudir las orejas del Gran Hombre sin permiso de los palmeadores oficiales, cosa que hacían (normalmente) en ocasiones sociales o pseudosociales o (con el mayor de los éxitos) vía acceso privilegiado por la puerta de atrás o por un número de teléfono no

relacionado en los directorios. Normalmente esos no oficiales carecían de títulos formales, pero eran llamados con una gran variedad de nombres: «compañeros de golf», «camarilla», «cabilderos», «viejos estadistas», «comisionistas» y muchos otros. Existían en una simbiosis benigna con la barricada de los palmeadores oficiales, puesto que estaba reconocido casi universalmente que, cuanto más apretado era el sistema, más necesitaba una válvula de seguridad.

Los entresijos no oficiales de mayor éxito desarrollaban a menudo redes propias de palmeadores, hasta el punto de que era casi tan difícil llegar a ellos como al Gran Hombre de quien eran los contactos no oficiales… en cuyo caso surgían no oficiales secundarios para eludir a los palmeadores de los no oficiales primarios. Con un personaje de la máxima importancia, como el secretario general de la Federación Mundial de Estados Libres, el laberinto de serpenteos a través de los no oficiales podía ser tan formidable como el cruzar las falanges de oficiales que rodeaban a una persona simplemente muy importante.

Algunos estudiosos terrestres han sugerido que los laputianos debieron de visitar realmente Marte, citando para ello no sólo su muy ultraterrena obsesión por la vida contemplativa, sino también dos materias concretas: se admitía que los laputianos sabían de las dos lunas de Marte al menos siglo y medio antes de que fueran observadas por los astrónomos terrestres, y segundo, la propia Laputa era descrita en tamaño y forma y propulsión de tal modo que el único término que encaja con ella es el de «platillo volante». Pero esa teoría no se sostiene, puesto que el sistema de palmeadores, básico en la sociedad laputiana, era desconocido en Marte. Para los Ancianos de Marte, no atados a cuerpos sometidos al espaciotiempo, los palmeadores les hubieran hecho tanto servicio como los zapatos a una serpiente. Los marcianos aún corpóreos podían utilizar concebiblemente palmeadores, pero no lo hacían; el concepto en sí era contrario a su forma de vida.

Un marciano que necesitara dedicar unos minutos o varios años a la contemplación simplemente se los tomaba; si otro

marciano deseaba hablar con él, ese amigo se limitaría a esperar tanto tiempo como fuera necesario. Con toda la eternidad por delante, no había razón alguna para apresurarse. De hecho, la «prisa» no era un concepto que pudiera simbolizarse en el idioma marciano, y en consecuencia cabía presumir que se trataba de algo impensable. Rapidez, velocidad, simultaneidad, aceleración y otras abstracciones matemáticas que tenían algo que ver con el esquema de eternidad formaban parte de las matemáticas marcianas, pero no de las emociones marcianas. Por el contrario, el incesante e impetuoso torrente de la existencia humana no procedía de las necesidades matemáticas del tiempo sino de la frenética urgencia implícita en la bipolaridad sexual humana.

* * *

El doctor Jubal Harshaw, payaso profesional, agente subversivo aficionado y parásito por elección propia, había intentado desde hacía mucho tiempo eliminar la «prisa» y todas las emociones relacionadas con ella de sus esquemas. Consciente de que sólo le quedaba una corta vida por vivir, y puesto que carecía de fe — tanto la de Marte como la de Kansas — acerca de su propia inmortalidad, su firme propósito era disfrutar de cada dorado momento de su vida como si se tratara de la eternidad… sin miedo, sin esperanza, pero con deleite sibarítico. Para conseguir este fin había comprendido que necesitaba algo un poco más grande que el barril de Diógenes, aunque bastante más pequeño que la majestuosa cúpula de placer de Kubla y sus dieciséis kilómetros cuadrados de fértiles tierras rodeadas de murallas y torres doradas. El suyo era un lugar sencillo, unas cuantas hectáreas cuya intimidad quedaba garantizada por una cerca electrificada, una casa con catorce habitaciones aproximadamente, varias secretarias en funciones y otras comodidades modernas. Para sostener su austero nido y la reducida nómina de su personal, realizaba el mínimo esfuerzo por el máximo beneficio, simplemente porque consideraba que era más sencillo ser rico que pobre… Harshaw deseaba simplemente vivir

como le gustaba, haciendo todo lo que considerara que era mejor para él.

En consecuencia, se sintió honestamente agraviado de que las circunstancias le abrumaran con la necesidad de apresurarse, y reconoció que jamás admitiría el hecho de que estaba disfrutando de cada momento mucho más de lo que lo había hecho en años.

Aquella mañana consideró necesario hablar con el jefe ejecutivo del tercer planeta. Sabía muy bien que el sistema de palmeadores haría que tal contacto con el jefe del Gobierno fuera algo casi imposible para un ciudadano normal, pese a que él personalmente desdeñaba rodearse con las pantallas protectoras propias de su rango… Contestaba personalmente al teléfono si se hallaba cerca del aparato, porque eso le ofrecía buenas probabilidades de mostrarse gratificantemente grosero con cualquier desconocido que se atreviese a invadir su intimidad sin causa justificada… una «causa justificada» según la definición de Harshaw, no de quien le llamaba.

Jubal se daba cuenta de que no podía esperar hallar las mismas condiciones en el Palacio Ejecutivo; el señor secretario general no respondería personalmente el teléfono. Pero Harshaw tenía muchos años de práctica en la cuestión de soslayar las malas costumbres humanas; así que se dedicó alegremente a la tarea después del desayuno.

Mucho después, se sintió cansado y enormemente frustrado. Su nombre sólo había conseguido atravesar tres capas de las defensas de palmeadores oficiales, pese a que él era una personalidad lo suficientemente importante como para que nunca se le cortara una comunicación. Ahora, sin embargo, se vio enviado de secretario a secretario, y acabó hablando, voz y sonido, con un joven educado y cortés que parecía dispuesto a hablar interminablemente y sin irritación visible no importaba lo que Harshaw le dijese… pero que no estaba dispuesto a ponerle en comunicación con el honorable señor Douglas.

Harshaw sabía que conseguiría algo de acción si mencionaba al Hombre de Marte, y tenía la certeza de que conseguiría una

acción inmediata si afirmaba que el Hombre de Marte estaba con él, pero distaba mucho de creer que la acción resultante de todo ello fuese un cara a cara con Douglas a través del aparato. Por el contrario, calculaba que cualquier mención de Smith abortaría toda posibilidad de llegar hasta Douglas, aunque produciría una reacción bastante violenta entre sus subordinados… cosa que no deseaba. Sabía por la experiencia de toda una vida que siempre era más fácil negociar con el hombre de arriba. Con la vida de Ben Caxton muy probablemente en juego, Harshaw no podía arriesgarse a un fracaso por culpa de la falta de autoridad o el exceso de ambición de un subordinado.

Pero aquel amable desaire estaba colmando su paciencia. Finalmente estalló:

—Joven, si no tiene usted la debida autoridad, permítame hablar con alguien que sí la tenga. Póngame con el señor Berquist.

El rostro del lacayo perdió bruscamente la sonrisa, y Jubal pensó con regocijo que por fin le había dado en la barriga. Así que aprovechó su ventaja.

— ¿Y bien? ¡No se quede ahí sentado! Avise a Gil por su línea interior y dígale que ha tenido a Jubal Harshaw esperando. Dígale *cuánto* tiempo le ha tenido esperando.

Jubal revivió con su excelente memoria todo lo que el testigo Cavendish había informado sobre el desaparecido Berquist, más el informe del detective de servicio. Bien, pensó alegremente, este chico se halla al menos tres peldaños más abajo en la escalera que Berquist, así que sacudámosle un poco… y trepemos un par de peldaños en el proceso.

El rostro en la pantalla dijo inexpresivamente:

—El señor Berquist no está aquí.

—No me importa dónde esté. ¡Avísele! Si no conoce personalmente a Gil Berquist, pregunte a su jefe. Me refiero al señor Gilbert Berquist, ayudante personal del señor Douglas. Si lleva usted más de dos semanas en el Palacio, al menos habrá visto al señor Berquist, aunque sea a distancia: treinta y cinco años,

metro ochenta de estatura y ochenta kilos de peso, pelo color arena un poco ralo en la coronilla, sonríe constantemente y tiene una dentadura perfecta. Si no se atreve usted a molestarle, ponga el asunto sobre las rodillas de su jefe. Pero deje de morderse las uñas y haga *algo*. Estoy empezando a irritarme.

El rostro del joven siguió inexpresivo cuando dijo:

—Aguarde un momento, por favor. Preguntaré.

— Claro que aguardaré. Consígame a Gil.

La imagen en el teléfono fue sustituida por una forma abstracta que se movía suavemente; una agradable voz femenina pregrabada dijo:

—Por favor, aguarde mientras se completa su llamada. Este retraso no será cargado en su cuenta. Mientras, tenga la bondad de relajarse…

Una música suave ascendió y cubrió la voz; Jubal se reclinó en su asiento y miró a su alrededor. Anne aguardaba, leyendo, fuera del campo visual del teléfono. A su otro lado el Hombre de Marte estaba también fuera del foco de la cámara telefónica, mirando la estereovisión y escuchando por unos auriculares.

Jubal se dijo que tenía que devolver aquella obscena caja de parloteos al sótano donde pertenecía, una vez terminase aquella emergencia.

— ¿Qué es eso, hijo? —preguntó, al tiempo que alargaba la mano y conectaba el sonido del aparato.

—No lo sé, Jubal —repuso Mike.

El sonido confirmó lo que Jubal había sospechado desde su primera ojeada a la imagen: Smith escuchaba la retransmisión de un servicio fosterita. El pastor en la imagen no estaba predicando, sino que leía un boletín de noticias de la Iglesia:

—…nuestro equipo juvenil Espíritu en Acción nos ofrecerá una demostración práctica, así que ¡acudid temprano para ver el espectáculo! Nuestro preparador, el hermano Hornsby, me ha pedido que diga a los muchachos que sólo deben llevar sus cascos, guantes y palos… en esta ocasión no vamos a ir tras los pecadores.

No obstante, el Querubín estará a mano con su maletín de primeros auxilios por si se produce algún caso de exceso de celo… —el pastor hizo una pausa y sonrió ampliamente—. ¡Y ahora una noticia maravillosa, hijos míos! Un mensaje del Ángel Ramzai para el hermano Arthur Renwick y su buena esposa Dorothy. ¡Vuestra plegaria ha sido aceptada, y subiréis al cielo el jueves por la mañana, al amanecer! ¡Ánimo, Art! ¡Ánimo, Dottie! ¡Recibid un saludo!

El ángulo de la cámara hizo un giro de ciento ochenta grados y mostró la congregación, luego se enfocó en el hermano y la hermana Renwick. Ante los frenéticos aplausos y gritos de «¡Aleluya!», el hermano Renwick respondió agitando los brazos sobre su cabeza en un saludo de boxeador, mientras su esposa, junto a él, se ruborizaba, sonreía y se secaba los ojos.

La cámara volvió a enfocar al pastor cuando éste levantó una mano pidiendo silencio. Siguió con voz enérgica:

—La fiesta de Buen Viaje para los Renwick se iniciará a medianoche y a esa hora se cerrarán las puertas… así que llegad temprano para hacer que sea la más dichosa celebración que haya visto jamás nuestro rebaño; porque todos nos sentimos orgullosos de Art y de Dottie. Los funerales tendrán lugar media hora después de amanecer, e inmediatamente se servirá un desayuno para aquellos que tengan que ir al trabajo pronto —el semblante del pastor se puso repentinamente serio, y la cámara avanzó hacia él hasta que la imagen de su cabeza llenó todo el tanque—. Después de nuestro último Buen Viaje, el sacristán encontró en una de las salas de Felicidad una botella vacía… de una marca destilada por pecadores. Es algo que ya está hecho y pertenece al pasado, puesto que el hermano que resbaló confesó su culpa y ha pagado su penitencia de un séptuplo, rechazando incluso el acostumbrado descuento en metálico; estoy seguro de que *no* volverá a resbalar. Pero deteneos a meditarlo, hijos míos… ¿vale la pena arriesgarse a perder la felicidad eterna por ahorrar unos cuantos centavos adquiriendo un artículo de mercancía mundana? Buscad siempre esa felicidad respaldada por el sagrado sello de aprobación con el

sonriente rostro del obispo Digby en él. No permitáis que un pecador os engañe diciéndoos que lo que vais a adquirir es «igual de bueno». Nuestros patrocinadores nos apoyan, y por ello merecen también nuestro apoyo. Hermano Art, lamento haber tenido que sacar a relucir este triste tema…

— ¡No importa, pastor! ¡Adelante!

—…en un momento de tan gran felicidad. Pero no debemos olvidar nunca que…

Jubal alargó la mano y cortó el circuito audio.

—Mike, eso no es nada que necesite usted ver.

— ¿No?

—Hum… —Jubal pensó en ello. Demonios, el muchacho tenía que aprender tarde o temprano acerca de aquellas cosas—. De acuerdo, adelante. Pero después hablaremos de ello.

—Sí, Jubal.

Harshaw iba a añadir algún consejo tendente a eliminar la inclinación que sentía Mike hacia tomarse al pie de la letra todo lo que oía, pero la relajante música de «espere» del teléfono bajó de volumen y desapareció de pronto, y la pantalla se llenó con una nueva imagen… la de un hombre de unos cuarenta años al que Jubal etiquetó mentalmente de inmediato con el cartel de «poli».

—Usted no es Gil Berquist —dijo agresivamente.

— ¿Cuál es su interés hacia Gilbert Berquist? —preguntó el hombre.

—Deseo hablar con él —respondió Jubal con dolida paciencia —. Veamos, buen hombre, ¿es usted funcionario público?

El otro apenas titubeó.

—Sí. Debe usted…

— ¡No «debo» nada! Soy un ciudadano de alta posición, y los impuestos que pago contribuyen a que usted cobre su sueldo. Llevo intentando durante toda la mañana hacer una simple llamada telefónica… y no he conseguido otra cosa que me pasaran de un individuo bovino con cerebro de mariposa a otro, todos los cuales

comen cada día gracias a los fondos públicos. Estoy harto de eso, y no estoy dispuesto a que dure más. Y ahora, *usted*. Déme su nombre, cargo que ocupa y número de registro. Luego hablaré con el señor Berquist.

—No ha contestado usted a mi pregunta.

— ¡Vamos, vamos! No tengo que responder a ninguna de sus preguntas. Soy un ciudadano particular. Cosa que usted *no es*… y la pregunta que le he formulado tiene derecho a hacérsela todo ciudadano a cualquier servidor público. Caso O'Kelly contra el estado de California, 1972. Exijo que se identifique: nombre, cargo y número.

—Usted es el doctor Jubal Harshaw —repuso el hombre con voz átona—. Llama desde…

— ¿Así que por eso han tardado tanto? Entreteniéndome mientras localizaban la llamada. Eso fue una estupidez. Llamo desde mi casa y mi dirección no puede conseguirse en ningún listín, oficina postal o servicio de información telefónica. En cuanto a quién soy, todo el mundo lo sabe. Es decir, todo el mundo que sepa leer. ¿Usted sabe leer?

—Doctor Harshaw —siguió el hombre—, soy policía y solicito su cooperación. ¿Cuáles son sus razones…?

— ¡Al diablo, señor! Soy abogado. A un ciudadano particular sólo se le puede pedir que coopere con la policía en determinadas circunstancias. Por ejemplo, durante una persecución violenta… en cuyo caso al agente de policía se le puede requerir de todos modos que exhiba sus credenciales. ¿Se trata en estos momentos de una «persecución violenta», señor? ¿Va a recurrir a ese condenado medio? Segundo, puede requerirse la colaboración de un ciudadano particular, dentro de unos límites razonables y legales, en el transcurso de una investigación policial…

—Esto es una investigación.

— ¿Sobre qué, señor? Antes de que pueda requerir mi cooperación en una investigación tiene usted que identificarse, darme las debidas satisfacciones respecto a su buena fe, declarar su

propósito y, si yo se lo exijo, citar el código y demostrar que existe realmente una «necesidad razonable». Usted no ha hecho ninguna de estas cosas. Quiero hablar con el señor Berquist.

Los músculos de la mandíbula del hombre parecían a punto de reventar bajo la piel de su mejilla, pero contestó pausadamente:

—Doctor Harshaw, soy el capitán Heinrich del Departamento de Servicios Especiales de la Federación. El hecho de que su llamada al Palacio Ejecutivo haya llegado hasta mí debería ser prueba suficiente de que soy quien digo ser. No obstante…

Sacó una cartera, la abrió con un gesto seco y la exhibió ante el objetivo de su cámara. La imagen se desenfocó, luego volvió a enfocarse rápidamente. Harshaw estudió la tarjeta de identificación; parecía auténtica, decidió… sobre todo teniendo en cuenta que no le importaba en absoluto si era auténtica o no.

—Muy bien, capitán —gruñó—. ¿Tiene la bondad de explicarme ahora por qué me impide hablar con el señor Berquist?

—El señor Berquist no está disponible.

—Entonces, ¿por qué no lo dijo desde un principio? En ese caso, transfiera mi llamada a alguien del mismo rango que Berquist. Me refiero a alguna de la media docena de personas que trabajan directamente con el secretario general, como hace Gil. ¡No tengo intención de seguir perdiendo el tiempo con unos cuantos auxiliares jóvenes que ni siquiera poseen atribuciones para sonarse! ¡Si Gil no se encuentra ahí y no puedo comunicarme con él, entonces, por el amor de Dios, póngame en contacto con alguien de idéntico rango!

—Usted ha intentado telefonear al secretario general.

—Exacto.

—Muy bien, ¿puede explicarme qué asunto tiene que tratar con el secretario general?

—Es posible que no pueda. ¿Es usted ayudante confidencial del secretario general? ¿Tiene usted acceso a sus secretos?

—Eso es eludir la cuestión.

—Eso es ir directo al grano. Como policía debería saberlo tan bien como yo. Daré mis explicaciones a alguna persona que me

garantice que sabe apreciar el valor del delicado material que tengo entre manos y que goce de la confianza del señor Douglas, sólo para asegurarme de que así podré hablar con el secretario general. ¿Está seguro de que el señor Berquist no puede ponerse?

—Completamente seguro.

—Es una lástima, él hubiera podido arreglarlo rápidamente. Entonces tendré que hablar con algún otro… de su mismo rango.

—Si es algo tan secreto, no debería llamar usted por un teléfono público.

— ¡Mi buen capitán! No nací ayer… y usted tampoco. Puesto que ha hecho localizar esta llamada, estoy seguro de que sabe ya que mi teléfono personal está equipado para recibir y efectuar llamadas con un máximo de seguridad.

El agente de los Servicios Especiales no respondió directamente. En vez de ello dijo:

—Doctor, seré franco, y así ahorraremos tiempo. Hasta que no explique el asunto que le ha hecho llamar, no va a ir a ninguna parte. Si cuelga y vuelve a llamar al Palacio, la comunicación será enviada a esta oficina. Llame cien veces si quiere… o hágalo dentro de un mes. El resultado será el mismo. Hasta que decida usted colaborar.

Jubal sonrió alegremente.

—Ahora ya no lo considero necesario, puesto que a usted acaba de escapársele, sin desearlo… ¿o fue intencionadamente?… el dato que necesitábamos antes de poder actuar. Si es que debemos hacerlo. Puedo contenerlos durante el resto del día… pero la palabra clave ya no es «Berquist».

— ¿Qué diablos quiere decir?

— ¡Por favor, mi querido capitán! No lo diré por un circuito que seguramente no está codificado. Pero usted sabe, o debería saberlo, que soy un viejo filosofunculista en servicio activo.

—Repita eso, por favor.

— ¿No ha estudiado usted anfigoría? ¡Dios mío! ¿Qué enseñan ahora en los colegios? Vuelva a su partida de pinocle; ya

no le necesito.

Jubal cortó bruscamente la conexión, accionó el conmutador de rechazo de todas las llamadas durante diez minutos, dijo «Vamos, muchachos», y regresó a su lugar de relajamiento preferido, al lado de la piscina. Allí avisó a Anne que procurase tener a mano su toga de testigo honesto, pidió a Mike que no se alejara demasiado, y dio instrucciones a Miriam respecto del teléfono. Luego se relajó.

No estaba descontento de sus esfuerzos. No había esperado ponerse al habla enseguida con el secretario general; no a través de los canales oficiales. Pero tenía la impresión de que su maniobra de sondeo de esta mañana había creado al menos un punto débil en el muro que rodeaba a Douglas, y esperaba —o confiaba—que su tormentosa conversación con el capitán Heinrich le proporcionaría una llamada de vuelta… desde un nivel más alto. O algo parecido.

Pero, aunque no fuera así, el intercambio de cumplidos con el poli de los Servicios Especiales había sido en sí mismo gratificante, y le había dejado con un cálido halo de post—fructificación artística. Harshaw sostenía que ciertos pies estaban hechos para pisarlos, a fin de mejorar la raza, promover el bienestar general y minimizar la insolencia ancestral de los funcionarios; había visto al instante que Heinrich poseía esos pies.

Pero, si no se desarrollaba ninguna acción, Harshaw se preguntó cuánto tiempo podría permitirse esperar. Además del colapso pendiente de su «bomba de tiempo», y del hecho de que le había prometido a Jill dar los pasos necesarios en beneficio de Ben Caxton (¿por qué no podía ver aquella chiquilla que probablemente *no* era posible ayudar a Ben —de hecho, estaba casi completamente seguro de que se hallaba más allá de toda ayuda posible—, y que cualquier acción directa o apresurada minimizaba las posibilidades de Mike de mantener su libertad?), además de esos dos factores, algo nuevo le preocupaba: Duque había desaparecido.

Jubal ignoraba si su marcha había sido sólo para un día o para más (o para siempre). Duque había acudido a la cena la noche antes, pero no se presentó a desayunar. Ninguno de estos dos

acontecimientos era de una importancia relevante en las relajadas costumbres de la casa de Jubal Harshaw, de modo que nadie parecía haberlo echado en falta. Ni siquiera el propio Jubal lo hubiera observado en circunstancias normales, a menos que hubiera tenido que chillarle a Duque por algo. Pero esta mañana, por supuesto, se había dado cuenta de la ausencia… y se había contenido de llamarle a gritos al menos en dos ocasiones cuando normalmente lo hubiera hecho.

Jubal miró taciturno al otro lado de la piscina y observó a Mike en su intento de ejecutar un salto exactamente igual al que había hecho Dorcas, y se admitió que no había gritado preguntando dónde estaba Duque cuando lo necesitaba a conciencia. La verdad era que simplemente no deseaba preguntarle al Lobo acerca de qué le había sucedido a Caperucita. El Lobo podría responderle.

Bien, sólo había una forma de enfrentarse con aquel tipo de debilidad.

— ¡Mike! Venga aquí.

—Sí, Jubal.

El Hombre de Marte salió de la piscina y trotó hacia él como un cachorrillo ansioso; aguardó. Harshaw le miró de arriba abajo y decidió que por lo menos había ganado nueve kilos desde su llegada… y que todos ellos parecían ser de músculo.

—Mike, ¿sabe dónde está Duque?

—No, Jubal.

Bien, eso zanjaba el asunto; el muchacho no sabía mentir… ¡Alto, un momento! Harshaw se recordó la costumbre de Mike de responder de una forma exacta a la pregunta que se le formulaba… y Mike no había sabido, o no había parecido saber, adónde había ido a parar aquella maldita caja, una vez hubo desaparecido.

— ¿Cuándo le vio por última vez, Mike?

—Vi a Duque ir arriba cuando Jill y yo bajábamos esta mañana para preparar el desayuno —Mike añadió, con orgullo—. Yo le ayudé a prepararlo.

— ¿Ésa es la última vez que vio a Duque?

—No le he vuelto a ver desde entonces, Jubal. Me siento orgulloso de mis tostadas.

—Apuesto a que las hizo bien. Si no va con cuidado, todavía puede convertirse en un espléndido marido para cualquier mujer.

—Oh, tosté el pan con el máximo cuidado.

—Jubal…

— ¿Eh? ¿Sí, Anne?

—Duque desayunó rápido a primera hora y se marchó a la ciudad. Creí que lo sabía.

—Bueno —ganó tiempo Harshaw—, dijo algo al respecto. Supuse que tenía intención de irse después del almuerzo. No importa, esperaré.

Jubal se dio cuenta de pronto de que se le quitaba un gran peso de encima. No era que Duque significase algo para él, excepto que era un eficiente arreglalotodo… No, por supuesto que no; llevaba muchos años evitando que cualquier ser humano se convirtiera en algo importante para él. Pero, pese a todo, tenía que admitir que se había inquietado. Un poco, al menos.

¿Qué estatuto se violaba — si se violaba alguno — al girar a un hombre noventa grados con respecto a todo lo demás?

No era asesinato, puesto que el muchacho sólo utilizaba sus poderes en defensa propia o en defensa de alguna otra persona, como podía ser Jill. Posiblemente pudieran aplicarse las obsoletas leyes de Pennsilvania contra la brujería… pero sería interesante comprobar cómo conseguiría algún fiscal redactar la acusación.

Una acción civil podía basarse en… ¿Sería válida la alegación de que el Hombre de Marte constituía el «mantenimiento de un atractivo engorro»? Era posible. Pero era más probable que fuera necesario evolucionar a nuevas y más radicales normas legales. Mike había desfondado ya de una patada la medicina y la física, incluso a pesar de que sus practicantes aún no se habían dado cuenta del caos al que se enfrentaban. Harshaw hurgó en su memoria y recordó la tragedia personal que la mecánica relativista representó para muchos distinguidos científicos. Incapaces de

digerir la teoría por encima de sus arraigados hábitos mentales, se habían refugiado en su rabia ciega contra Einstein y cualquiera que se atreviese a tomarlo en serio. Pero ese refugio resultó ser un callejón sin salida; todo lo que pudo hacer aquella inflexible vieja guardia fue morir y dejar que las mentes más jóvenes — más flexibles — se hicieran cargo del asunto.

Harshaw recordó que su abuelo le había contado que más o menos lo mismo ocurrió en el campo de la medicina cuando se hizo pública la teoría de los gérmenes; muchos médicos viejos se marcharon a la tumba llamando a Pasteur embustero, imbécil y cosas peores… todo ello sin molestarse en examinar las pruebas de lo que su «sentido común» les decía que era imposible.

Bueno, podía ver que Mike iba a originar más conmoción que Pasteur y Einstein combinados… elevados al cuadrado y al cubo. Lo cual le recordó que…

— ¡Larry! ¿Dónde está Larry?

—Aquí, jefe —anunció el altavoz montado bajo el alero a espaldas de Harshaw—. En el taller.

— ¿Tienes a mano el botón del pánico?

—Por supuesto. Me dijo usted que durmiera con él. Eso es lo que hago. Lo que hice.

—Ven aquí a toda prisa y dámelo. No, dáselo a Anne. Anne, guárdalo junto a tu toga.

La muchacha asintió. La voz de Larry respondió:

—De inmediato, jefe. ¿Pongo en marcha la cuenta atrás?

—Exacto, hazlo.

Jubal alzó la vista y se sorprendió al descubrir que el Hombre de Marte seguía de pie frente a él, inmóvil como una figura esculpida. ¿Una escultura? Sí, recordaba una escultura… Jubal rebuscó en su memoria. ¡El «David» de Miguel Ángel, eso era! Sí, incluso las manos y los pies de cachorro, el rostro serenamente sensual, el ensortijado pelo, demasiado largo…

—Eso es todo lo que deseaba, Mike.

—Sí, Jubal.

Pero Mike siguió de pie allí. Jubal dijo:

— ¿Le ronda alguna cosa por la cabeza, hijo?

—Lo que vi en esa maldita caja de parloteos. Me dijo usted: «De acuerdo, adelante. Pero después hablaremos de ello».

—Oh —Harshaw recordó la retransmisión de los servicios de la Iglesia de la Nueva Revelación y se sobresaltó—. Pero no llame a ese aparato una maldita caja de parloteos. Es un receptor de estereovisión. Llámelo así.

Mike pareció confuso.

— ¿No es una maldita caja de parloteos? ¿No le entendí correctamente la otra vez?

—Me entendió correctamente, y de hecho es una maldita caja de parloteos. Además de otras cosas. Pero *debe* llamarla receptor de estereovisión.

—La llamaré «receptor de estereovisión». Pero, ¿por qué, Jubal? No lo asimilo.

Jubal suspiró, con la cansada sensación de que había subido ya muchas veces por aquella misma escalera. Cualquier conversación con Smith terminaba conduciendo a una particularidad de la conducta humana que no podía ser justificada de ninguna manera lógica, al menos en términos que Smith pudiera entender, y todos los intentos por conseguirlo resultaban infructuosos, una interminable pérdida de tiempo.

—Tampoco yo lo asimilo, Mike —confesó—, pero Jill desea que lo llame de este modo.

—Lo haré, Jubal. Jill lo quiere.

—Ahora cuénteme lo que vio y oyó en ese receptor de estereovisión… y qué asimiló.

La conversación que siguió fue aún más larga, confusa y digresiva que cualquier charla habitual con Smith. Mike recordaba de una forma exacta todas las palabras y acciones que había oído y visto en el tanque de parloteos, incluidos los anuncios comerciales.

Puesto que casi había terminado de leer la enciclopedia, se había ceñido al artículo sobre «Religión», así como a los relativos a «Cristianismo», «Islamismo», «Judaísmo», «Confucianismo», «Budismo» y muchos otros «ismos» relacionados con la religión. Pero no había asimilado nada de aquello.

Jubal consiguió al fin establecer algunas ideas claras en su propia mente: *a)* Mike ignoraba que el servicio fosterita era religioso; *b)* Mike recordaba lo que había leído sobre religión pero, al no entenderlo, había archivado los datos en su cerebro para futuro examen; *c)* de hecho, Mike poseía tan sólo una idea de lo más confuso acerca de lo que significaba el concepto «religión», pese a que podía recitar de memoria todas sus nueve definiciones tal como eran presentadas en el diccionario no abreviado; *d)* el lenguaje marciano no contenía ninguna palabra (y ningún concepto) que Mike pudiera adecuar a *ninguna* de esas nueve definiciones; *e)* las costumbres que Jubal había descrito a Duque como «ceremonias religiosas» marcianas no eran para Mike nada parecido; para Mike, tales asuntos resultaban tan corrientes como podían serlo para Jubal los artículos de un supermercado; *f)* no era posible expresar separadamente en el lenguaje marciano los conceptos humanos: «religión», «filosofía» y «ciencia»… y, puesto que Mike pensaba en marciano pese a que ahora hablaba fluidamente el inglés, no tenía ninguna forma de distinguir ninguno de tales conceptos de los otros dos. Todas esas cuestiones eran simples «enseñanzas» procedentes de los «Ancianos». Nunca había oído hablar de la duda, y la investigación era innecesaria — no existía vocablo marciano para ninguna de las dos cosas —; la respuesta a cualquier pregunta debía ser obtenida de los Ancianos, que eran omniscientes — al menos dentro del alcance de Mike — e infalibles, tanto si el tema era la meteorología del día siguiente como la teología cósmica. Mike había visto una predicción meteorológica en la caja de parloteos, y había dado por supuesto sin la menor duda que se trataba de un mensaje pasado por los «Ancianos» humanos en beneficio de aquellos que aún seguían corpóreos. Una investigación

posterior reveló que mantenía una hipótesis similar respecto a los autores de la Enciclopedia Británica.

Pero lo último — y lo peor para Jubal, lo que lo sumió en la consternación — fue que Mike había asimilado el servicio fosterita como algo que incluía (entre otras cosas que no había asimilado) el anuncio de la inminente descorporización de dos seres humanos que irían a reunirse con los «Ancianos» humanos… y eso excitó a Smith de un modo terrible. ¿Había asimilado bien? Mike sabía que su comprensión del inglés era bastante imperfecta; seguía cometiendo errores por culpa de su ignorancia, puesto que «sólo era un huevo». Pero, ¿había asimilado correctamente *aquello*? Había esperado conocer a los «Ancianos» humanos, porque tenía muchas preguntas que formularles. ¿Era ésa su oportunidad? ¿O necesitaba más aprendizaje de sus hermanos de agua antes de poder decir que estaba preparado?

Jubal se vio salvado por la campana. Dorcas llegó con bocadillos y café, el habitual almuerzo de picnic al aire libre de la casa. Jubal comió en silencio, lo cual convenía a Smith, puesto que su educación le había enseñado que la hora de la comida era un momento para la contemplación… y había descubierto que la charla que normalmente se producía en la mesa entre los humanos era más bien trastornante.

Jubal prolongó su bocadillo mientras reflexionaba acerca de qué decirle a Mike… y se maldecía por la estupidez de haber permitido que Mike viese la estereovisión. Oh, cabía suponer que en algún momento el muchacho iba a tropezar con las religiones… era inevitable si iba a pasar el resto de su vida en aquel mareante planeta. Pero, maldita sea, hubiera sido mejor aguardar hasta que Mike se hubiese acostumbrado al conjunto del retorcido módulo de la conducta humana… ¡y, en cualquier caso, ciertamente no con los fosteritas como primera experiencia!

Como agnóstico devoto, Jubal evaluaba conscientemente todas las religiones, desde el animismo de los bosquimanos de Kalahari hasta la más sobria e intelectualizada de las principales fes occidentales, como iguales. Pero, emocionalmente, unas le

desagradaban más que otras, y la Iglesia de la Nueva Revelación le producía dentera. La llana creencia de los fosteritas — de un gnosticismo absoluto — en la existencia de un oleoducto directo al Cielo, su arrogante intolerancia instrumentada a través de una persecución abierta de todas las demás religiones siempre que fueran lo suficientemente débiles como para poder con ellas, el sudoroso aroma a partidos de fútbol y convenciones de ventas de sus servicios… todos aquellos aspectos simplemente le deprimían. Si la gente debía acudir a la Iglesia, ¿por qué demonios no podían hacerlo de un modo digno, como los católicos, los de la ciencia cristiana o los cuáqueros?

Si Dios existía (una cuestión respecto a la cual Jubal mantenía una meticulosa neutralidad intelectual), y si deseaba que le adorasen (una proposición que Jubal consideraba inherentemente improbable pero concebiblemente posible a la débil luz de su propia ignorancia), entonces (estipulando afirmativamente las dos proposiciones anteriores) resultaba muy inverosímil para Jubal, hasta el punto de la *reductio ad absurdum*, que un Dios con el suficiente poder como para crear galaxias pudiera dejarse influir e inclinarse hacia las idioteces a grito pelado que los fosteritas le ofrecían en calidad de «adoración».

Pero, con desolada honestidad, Jubal tenía que admitirse que el universo (corrección: ese trozo del universo que él podía ver) podía muy bien ser *in toto* un claro ejemplo de la reducción al absurdo. En cuyo caso los fosteritas tal vez poseyeran la Verdad, toda la Verdad y nada más que la Verdad. El universo era un lugar maldito y estúpido en el mejor de los casos… pero su explicación menos probable era la no explicación del azar, la hipótesis de que algunas cosas abstractas son tales «porque sí», átomos que se unen «porque sí» y, también «porque sí», forman leyes consistentes y algunas configuraciones que, en ciertos casos y «porque sí», toman conciencia de sí mismas, y que dos de esos «porque sí» resultaban ser uno el Hombre de Marte y el otro la envoltura vieja y calva que contenía a Jubal dentro.

No, Jubal no podía aceptar la teoría del «porque sí», por muy popular que fuese entre los hombres que se llamaban a sí mismos científicos. El azar no era suficiente para explicar el universo… de hecho el azar no era suficiente para explicar el propio azar; la olla no podía contenerse a sí misma.

Entonces, ¿qué? La «hipótesis del mínimo» no tenía ningún lugar de preferencia; la navaja de Occam no podía cortar a rodajas el problema principal, la Naturaleza de la Mente de Dios (también podrías llamarte eso tú mismo, viejo truhán; es una simple y corta palabra monosílaba, tan buena como cualquier otra para colocar un rótulo sobre algo que no entiendes en absoluto).

¿Había allí alguna base para preferir una hipótesis suficiente por encima de otra? ¿Cuando simplemente no comprendes algo? ¡No! Jubal no tuvo ningún problema en admitirse que una larga vida le había dejado una incomprensión total y completa de los problemas fundamentales del universo.

Así que era posible que los fosteritas tuvieran razón. Jubal ni siquiera podía demostrar que estuvieran probablemente equivocados.

Pero — se recordó salvajemente — le quedaban dos cosas: su gusto y su orgullo. Si los fosteritas poseían realmente el monopolio de la Verdad (como afirmaban), si el Cielo sólo estaba abierto a los fosteritas, entonces él, Jubal Harshaw, caballero y ciudadano libre, prefería la eternidad llena de sufrimientos de la condenación prometida a todos los «pecadores» que rechazaban la Nueva Revelación. Tal vez no fuera capaz de contemplar el desnudo Rostro de Dios… pero su agudeza visual era suficiente como para ver a sus iguales en el plano social… y aquellos fosteritas, ¡malditos fueran!, no daban la talla.

Pero podía ver cómo se había dejado engañar Mike; la «marcha al Cielo» de los fosteritas, en un momento y lugar previamente seleccionados, se parecía mucho a la «descorporización» voluntaria y planificada que — Jubal no lo dudaba — constituía la práctica habitual en Marte. El propio Jubal tenía la oscura sospecha de que el mejor término para calificar esa

práctica de los fosteritas era el de «asesinato»… pero eso nunca se había podido demostrar y rara vez era insinuado públicamente, y mucho menos denunciado, pese a que el culto era joven y relativamente pequeño. El propio Foster había sido el primero en «marchar al Cielo» según un programa establecido, muriendo públicamente en el instante profetizado. Desde ese primer ejemplo, se había convertido en una marca de gracia especial fosterita… y tuvieron que transcurrir años antes de que algún médico forense mostrara la temeridad de meter mano en tales muertes.

No era que a Jubal le importase el hecho de si esas muertes eran espontáneas o inducidas. En su opinión, un fosterita bueno era un fosterita muerto. ¡Que se las apañasen como quisieran!

Pero todo eso iba a ser difícil de explicar a Mike.

No serviría de nada retrasarlo, otra taza de café no lo haría más fácil…

—Mike, ¿quién creó el mundo?

— ¿Perdón?

—Mire a su alrededor. Todo esto. Marte también.

Las estrellas. Todo. Usted y yo y todos los demás. ¿Le dijeron los «Ancianos» quién hizo todo esto?

Mike pareció desconcertado.

—No, Jubal.

—Bien, ¿no se lo ha preguntado a usted mismo alguna vez? ¿De dónde apareció el Sol? ¿Quién colocó las estrellas en el cielo? ¿Quién lo empezó todo? Todo ello, todas las cosas, el mundo entero, el universo… de tal modo que usted y yo estemos ahora aquí hablando.

Jubal hizo una pausa, sorprendido consigo mismo. Había pretendido efectuar el habitual enfoque agnóstico… y se encontraba siguiendo compulsivamente su entrenamiento legal, manifestándose como un abogado sincero pese a sí mismo, tratando de sostener una creencia religiosa que no compartía pero que era seguida por la mayor parte de los seres humanos. Se encontró con que, lo quisiera o no, era el defensor de las ortodoxias de su propia raza contra… no

estaba seguro qué. Contra un punto de vista extrahumano—. ¿Cómo responden sus Ancianos a tales preguntas?

—Jubal, no asimilo… esas no son *preguntas*. Lo siento.

— ¿Eh? No asimilo esa respuesta.

Mike dudó largo rato.

—Lo intentaré. Pero las palabras salen… *no* salen correctas. No «poniendo». No «creando». Sino un *ahorando*. El mundo es. El mundo era. El mundo será. *Ahora*.

—«Como era en un principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos, un Mundo sin fin…»

Mike sonrió, feliz.

— ¡Usted lo asimila!

—No asimilo nada —respondió Jubal, malhumorado—. Sólo recitaba algo que dijo, hum, un «Anciano».

Decidió retroceder e intentar otro enfoque; al parecer Dios el Creador no era el aspecto más sencillo de la Deidad para intentar explicárselo como inicio a Mike… puesto que Mike no parecía captar la idea de Creación en sí. Bueno, Jubal no estaba seguro de que él la captase tampoco; mucho tiempo atrás había hecho un pacto consigo mismo para postular un universo creado para los días pares y un universo no creado, eterno y que se mordía la cola, para los días impares, puesto que cada hipótesis, aunque igualmente paradójicas ambas, eludía limpiamente las paradojas de la otra… con un día, por supuesto, cada año bisiesto, completamente libre y destinado a la más pura licencia solipsista. Tras haber puesto así sobre la mesa una cuestión incontrovertible, dejó de pensar en ella durante más de una generación.

Jubal decidió intentar explicarle la idea general de religión en su sentido más amplio y dejar para más adelante la noción de Deidad en todos sus aspectos.

Mike aceptó con facilidad que la enseñanza llegaba en diversas medidas, desde las pequeñas enseñanzas que incluso un polluelo podía asimilar, hasta las grandes enseñanzas que sólo un Anciano podía asimilar en toda su amplitud. Pero los intentos de

Jubal de trazar una línea de separación entre las enseñanzas menores y las mayores, a fin de que las «grandes enseñanzas» tuvieran el significado humano de «cuestiones religiosas», fracasaron estrepitosamente, puesto que algunas cuestiones religiosas no le parecían a Mike cuestiones que contuvieran algún significado (como la de «Creación»), y otras le parecían cuestiones «menores», con respuestas evidentes sabidas incluso por los polluelos, tales como la vida después de la muerte.

Jubal se vio obligado a dejarlo correr y pasó a la multiplicidad de las religiones humanas. Explicó (o intentó explicar) que los seres humanos disponían de centenares de sistemas distintos para aprender esas «grandes enseñanzas», cada uno con sus propias respuestas y cada uno afirmando ser la verdad.

— ¿Qué es la «verdad»? —preguntó Mike.

«¿Qué es la verdad?», preguntó un juez romano, y se lavó las manos sobre una cuestión peliaguda. Jubal deseó poder obrar del mismo modo.

—Una respuesta es verdad cuando uno pronuncia las palabras correctas, Mike. ¿Cuántas manos tengo?

—Dos manos. Veo dos manos —se corrigió Mike.

Anne alzó la vista de su labor de punto.

—En seis semanas podría hacer de él un testigo.

—Tú quédate fuera de esto, Anne. Las cosas ya están bastante mal sin tu ayuda. Mike, ha hablado usted correctamente; tengo dos manos. Su respuesta es verdad. Supongamos ahora que dice que tengo siete manos.

Mike pareció turbarse.

—No asimilo cómo podría decir tal cosa.

—No, me parece que no podría. Si lo hiciera, no pronunciaría las palabras correctas; su respuesta no sería verdad. Pero, Mike… ahora escuche con atención. Cada religión afirma ser la verdad, afirma hablar como corresponde. Sin embargo, sus respuestas a las mismas preguntas son tan distintas como dos manos y siete manos.

Los fosteritas dicen una cosa, los budistas otra, los musulmanes otra aún… muchas respuestas, todas diferentes.

Mike dio la impresión de estar haciendo un gran esfuerzo por comprender.

— ¿Todos hablan correctamente? Jubal, no lo asimilo.

—Yo tampoco.

El Hombre de Marte pareció enormemente turbado; luego, de pronto, sonrió.

—Pediré a los fosteritas que pregunten a sus Ancianos, y entonces sabremos, hermano mío. ¿Cómo puedo hacer eso?

Unos minutos más tarde Jubal se dio cuenta, con gran disgusto, de que había prometido a Mike una entrevista con algún bocazas fosterita… o Mike pareció creer que lo había hecho, lo cual venía a ser lo mismo. Ni siquiera fue capaz de hacer mella en él la suposición de Mike de que los fosteritas estaban en contacto con los «Ancianos» humanos. Al parecer, la dificultad de Mike estribaba en que no sabía qué era la mentira: las definiciones del diccionario de «mentira» y «falsedad» habían quedado archivadas en su mente para posterior estudio sin indicación alguna de asimilación. Uno podía «hablar de forma equivocada» sólo por accidente o mala interpretación. Así que había escuchado el servicio fosterita según su valor aparente.

Jubal intentó explicar que *todas* las religiones humanas afirmaban estar en contacto con «Ancianos», de una u otra forma; pese a que todas sus respuestas eran distintas.

Mike pareció pacientemente turbado.

—Jubal, hermano mío, lo intento… pero no asimilo el que eso pueda ser hablar correctamente. Entre mi pueblo, los Ancianos siempre pronuncian las palabras correctas. El pueblo de usted…

—Alto, Mike.

— ¿Perdón?

—Cuando dice «mi pueblo», se refiere a los marcianos. Mike, usted no es marciano; usted es un hombre.

— ¿Qué es «hombre»?

Harshaw gimió para sí mismo. Estaba seguro de que Mike podía citar de memoria todas las definiciones de los diccionarios. Sin embargo, el muchacho nunca formulaba una pregunta simplemente para fastidiar; siempre preguntaba con ánimo de informarse… y esperaba que su hermano de agua Jubal fuera capaz de responderle.

—Yo soy un hombre, usted es un hombre, Larry es un hombre.

— ¿Pero Anne no es un hombre?

— Hum… Anne es un hombre, un hombre femenino. Una mujer.

—Gracias, Jubal.

—Cállate, Anne.

— ¿Un bebé es un hombre? No he visto bebés, pero he visto imágenes de ellos en la maldita caja de… en la estereovisión. Un bebé no tiene la forma de Anne… y Anne no tiene la forma de usted… y usted no tiene mi forma. Pero, ¿un bebé es un polluelo de hombre?

— Hum… sí, un bebé es un hombre.

—Jubal… Me parece que asimilo que mi pueblo, los «marcianos», son hombres. No en su forma. La forma no hace al hombre. El hombre asimila. ¿Hablo correctamente?

Jubal decidió firmemente renunciar a la Sociedad Filosófica y dedicarse a la confección de encajes al ganchillo. ¿Qué significado tenía el verbo «asimilar»? Él mismo llevaba una semana utilizándolo… y aún no lo asimilaba. Pero, ¿qué era el «hombre»? ¿Un bípedo implume? ¿Una imagen de Dios? ¿O simplemente el resultado fortuito de la «supervivencia del más apto», en una definición completamente circular y tautológica? ¿El heredero de la muerte y de los impuestos? Los marcianos parecían haber vencido a la muerte, y había averiguado ya que parecían carecer de dinero, propiedades, gobierno, en ningún sentido humano… ¿cómo podían entonces tener impuestos?

Y, sin embargo, el muchacho tenía razón; la forma era una irrelevancia al definir al «hombre», algo tan poco importante como la botella que contiene el vino. Uno incluso puede extraer al hombre de su botella, como aquel pobre tipo cuya vida los rusos habían insistido en «salvar» metiendo su cerebro en una envoltura vítrea y conectándole hilos como si fuera una centralita telefónica. ¡Vaya, qué broma más horrible! Se preguntó si el pobre diablo apreciaría el macabro humor de lo que le habían hecho.

Pero, en esencia, ¿en qué difería el hombre de los demás animales terrestres, desde el punto de vista sin prejuicios de un marciano? ¿Podía una raza capaz de levitar (y Dios sabía qué otras cosas) sentirse impresionada por la ingeniería? Y, de ser así, ¿ganaría el primer premio la represa de Assuán o un arrecife de coral de kilómetro y medio? ¿La autoconsciencia del hombre? Pura presunción local, porque no existía modo de demostrar que los cachalotes o las secoyas no eran filósofos y poetas que iban mucho más allá de todas las capacidades humanas.

Había un campo en el que el hombre era invencible, sin embargo: mostraba una ingeniosidad ilimitada para diseñar mayores y más efectivas formas de matar, esclavizar, asolar y convertirse por todos los medios en un insoportable engorro de sí mismo. El hombre era la más repulsiva broma de sí mismo. El propio fundamento del humor era…

—El hombre es el animal que ríe —contestó Jubal.

Mike consideró seriamente aquello.

—Entonces yo no soy un hombre.

— ¿Eh?

—Yo no me río. He oído la risa, y me asusta. Luego asimilé que no hacía daño. He tratado de aprender… —echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar una especie de cloqueo ronco, más crispante que la llamada idiota de un martín cazador.

Jubal se cubrió las orejas con las manos.

— ¡Basta! ¡Basta!

—Ya lo ha oído —admitió Mike tristemente—. No sé hacerlo bien. Así que no soy un hombre.

—Espere un momento, hijo. No renuncie tan pronto. Lo que ocurre es que aún no ha aprendido a reír… y nunca aprenderá simplemente intentándolo. Pero al final aprenderá, se lo prometo. Si convive con nosotros el tiempo suficiente, un día se dará cuenta de lo ridículos que somos… y se echará a reír.

— ¿De veras?

—Seguro. No se preocupe por ello y no intente asimilarlo, tan sólo deje que llegue. Porque, hijo, incluso un marciano se partiría de risa una vez nos hubiera asimilado.

—Esperaré —aceptó Smith plácidamente.

—Y, mientras espera, no dude de que usted es un hombre. Lo es. Un hombre nacido de mujer y nacido para causar problemas… y algún día asimilará eso en su plenitud y se reirá… porque el hombre es el animal que se ríe de sí mismo. En cuanto a sus amigos marcianos, no lo sé. Nunca los he conocido, no los asimilo. Pero asimilo que pueden ser «hombres».

—Sí, Jubal.

Harshaw pensó que la entrevista había concluido y se sintió aliviado. Decidió que no se había visto en una situación tan embarazosa desde el día —hacía mucho tiempo— en que su padre decidió explicarle lo de los pájaros, las abejas y las flores… con *demasiado* retraso.

Pero el Hombre de Marte no había terminado.

—Jubal, hermano mío, me preguntó usted: «¿Quién hizo el mundo?», y no encontré palabras para contestar porque no asimilé como correspondía que se trataba de una pregunta. He estado pensando palabras.

— ¿Sí?

—Usted me dijo: «Dios hizo el mundo».

— ¡No, no! —protestó Harshaw apresuradamente—. Dije que, aunque esas muchas religiones afirman muchas cosas, la mayoría de ellas afirman: «Dios hizo el mundo». Le dije que no lo asimilaba

en toda su extensión, pero que «Dios» era la palabra que se utilizaba.

—Sí, Jubal —admitió Mike—. La palabra es «Dios» —añadió —. Usted asimila.

—No. Debo admitir que no asimilo.

—Asimila —repitió Smith con firmeza—. Ahora me lo explico. No tenía la palabra. Usted asimila. Anne asimila. Yo asimilo. La hierba que hay bajo mis pies asimila en su feliz belleza. Pero necesitaba la palabra. La palabra es Dios.

Jubal sacudió la cabeza para aclararla.

—Adelante.

Mike apuntó a Harshaw con un gesto triunfal.

— ¡Usted es Dios!

Jubal se llevó bruscamente una mano al rostro, casi una bofetada.

—Oh, Jesucristo… ¿Qué he hecho? Mire, Mike, tómeselo con calma. ¡Tranquilícese! No me ha comprendido. Lo siento. ¡Lo siento mucho! Olvide simplemente cuanto le he dicho y empezaremos de nuevo otro día. Pero…

—Usted es Dios —repitió Mike serenamente—. Lo que asimila. Anne es Dios. Yo soy Dios. La hierba feliz es Dios. Jill asimila en belleza, siempre. Jill es Dios. Todo se forma y hace y crea conjuntamente… —croó algo en marciano y sonrió.

—De acuerdo, Mike. Pero esperemos un poco. ¡Anne! ¿Has estado captando todo esto?

— ¡Puede apostar a que sí, jefe!

—Prepárame una cinta. Tendré que trabajar en ello. No puedo dejarlo tal como está. Debo… —levantó la cabeza, dijo—. ¡Oh, Dios mío! ¡Todo el mundo en estado de alarma! ¡Anne! Sitúa el botón del pánico en «hombre muerto»… y, por el amor de Dios, no apartes el pulgar de él; es posible que no vengan aquí —volvió a levantar la vista hacia los dos grandes aerocoches que se aproximaban desde el sur—. Pero me temo que sí vienen. ¡Mike!

¡Escóndase en la piscina! Recuerde lo que le dije… métase en la parte más honda, permanezca allí y no se mueva… y no salga hasta que envíe a Jill en su busca.

—Sí, Jubal.

— ¡Ahora mismo! ¡Vamos!

—Sí, Jubal —Mike corrió unos pocos pasos, cortó limpiamente el agua y desapareció. Recordó mantener las rodillas sin flexionar, los dedos en punta y los pies juntos.

— ¡Jill! —llamó Jubal—. Zambúllase y salga. Tú también, Larry. Si alguien está mirando, quiero que se confunda acerca de cuántas personas están utilizando la piscina. ¡Dorcas! Sal enseguida, chiquilla, y vuelve a zambullirte. Anne… No, tú tienes el botón del pánico; no puedes.

—Puedo coger mi toga y situarme en el borde de la piscina. Jefe, ¿quiere alguna demora en la situación «hombre muerto»?

—Oh, sí, treinta segundos. Si aterrizan aquí, ponte de inmediato la toga de testigo y sigue con el pulgar en el botón. Luego espera… y si te digo que vengas hacia mí, suelta el globo. Pero no me atreveré a gritar «¡el lobo!» a menos que… —se protegió los ojos con la mano—. Uno de ellos va a tomar tierra, seguro… y tiene todo el aspecto de ser un vehículo celular. ¡Oh, maldita sea, creí que parlamentarían primero!

El primer aerocoche flotó, luego se dejó caer en vertical para posarse en el jardín, al otro lado de la piscina; el segundo empezó a trazar lentos círculos a baja altura. Los coches eran negros, del tamaño de transportes de tropas, y llevaban sólo una pequeña y poco llamativa insignia: el estilizado globo de la Federación.

Anne dejó en el suelo el enlace por radio que liberaría «el globo», se puso rápidamente la prenda símbolo de su profesión, volvió a coger el dispositivo y apoyó de nuevo el pulgar en el botón. La portezuela del primer coche empezó a abrirse como si la hubiesen aguijoneado, y Jubal cargó hacia ella con la arrogante beligerancia de un pequinés. Cuando un hombre saltó fuera del coche, Jubal rugió:

— ¡Quite ese maldito bulto de encima de mis macizos de rosas!

— ¿Jubal Harshaw? —preguntó el hombre.

— ¡Ya me ha oído! ¡Dígale a ese buey que tiene conduciendo para usted que levante ese trasto y lo traslade más atrás! ¡Completamente fuera del jardín y de encima del césped! ¡Anne!

—Ya voy, jefe.

—Jubal Harshaw, traigo una orden judicial para…

— ¡Aunque trajera una orden para el rey de Inglaterra! ¡Primero saque ese armatoste de encima de mis flores! Luego, así Dios me ayude, le demandaré por… —Jubal miró al hombre que había aterrizado, pareció verlo por primera vez—. Oh, así que es *usted* —dijo con áspero desdén—. ¿Nació así de estúpido, Heinrich, o tuvo que estudiar mucho? ¿Y cuándo aprendió a volar ese asno uniformado con alas que trabaja para usted? ¿A primera hora de esta mañana? ¿Desde que hablé con usted?

—Por favor, examine esta orden judicial —dijo el capitán Heinrich con meticulosa paciencia—. Luego…

— ¡Quite de inmediato su carretón de mis macizos de flores o voy a presentar una demanda por derechos civiles que le va a costar su pensión!

Heinrich vaciló.

— ¡Ahora! —chilló Jubal—. ¡Y dígales a esos otros patanes que miren donde ponen las patazas! ¡Ese idiota de la dentadura de caballo está encima de una *Elizabeth M. Hewitt* que ganó un primer premio!

Heinrich volvió la cabeza.

—Eh, muchachos… cuidado con esas flores. Paskin, estás pisando una. ¡Rogers! Levanta el coche y retíralo unos quince metros, fuera del jardín —volvió su atención hacia Harshaw—. ¿Satisfecho?

—Una vez se haya retirado… pero seguirá teniendo que pagar los daños. Déjeme ver sus credenciales… enséñeselas también al

testigo honesto y pronuncie en voz alta y con claridad su nombre, grado, organización a la que pertenece y número de registro.

—Usted sabe quién soy. Tengo una orden judicial…

— ¡Y yo tengo una orden de derecho consuetudinario que me permite peinarle la raya en medio con una escopeta a menos que haga usted las cosas legalmente y en su orden! Yo no sé quién es usted. Se parece bastante a un tipo engolado que vi por la pantalla del teléfono hace un rato… pero esto no es ninguna prueba y no le identifico. *Usted* debe identificarse a sí mismo, de un modo específico, según el Código Mundial, párrafo 1.602, parte II, antes de poder presentar una orden judicial. Y eso reza también para todos esos otros monos y para ese pitecántropo parásito que pilota para usted.

—Todos ellos son agentes de policía, y actúan bajo mis órdenes.

—Yo no sé que sean nada de lo que usted dice. Pueden haber alquilado esos trajes de payaso que tan mal les caen en cualquier casa de alquiler de disfraces. ¡La letra de la ley, señor! Ha invadido usted mi castillo. *Usted dice* que es agente de la policía, y alega poseer una orden judicial para justificar esta intrusión. Pero *yo digo* que son ustedes invasores, mientras no se demuestre lo contrario… basándome en lo cual invoco mi derecho soberano a utilizar toda la fuerza necesaria para expulsarlos de aquí… cosa que empezaré a hacer dentro de tres segundos.

—No se lo aconsejo.

— ¿Quién es *usted* para aconsejar? Si resulto herido en el intento de hacer valer mis derechos, su acto se convertirá en una agresión tácita… con armas mortíferas; si esas cosas que acarrean sus mulos son armas, como así parece. Un asunto civil y criminal a la vez… ¡Bien, jovencito, curtiré su piel para hacerme con ella una esterilla para la puerta! —Jubal levantó un pellejudo brazo y crispó un huesudo puño—. ¡Fuera de mi propiedad!

—Está bien, doctor. Lo haremos a su modo.

Heinrich se había puesto de un color rojo brillante, pero consiguió mantener controlado su tono de voz. Ofreció su tarjeta de identificación, a la que Jubal echó una ojeada antes de devolvérsela para que Heinrich se la mostrase a Anne. Luego Heinrich citó su nombre completo, dijo que era capitán de policía del Departamento de Servicios Especiales de la Federación, y recitó su número de registro. Uno por uno, los otros seis hombres que habían abandonado el coche, y finalmente el conductor, cumplieron con el mismo requisito a indicación de la gélida voz de Heinrich.

Cuando todo eso hubo terminado, Jubal preguntó amablemente:

—Y ahora, capitán Heinrich, ¿en qué puedo servirle?

—Traigo una orden de búsqueda y captura contra Gilbert Berquist, en la que se cita esta propiedad, terrenos y edificios.

—Enséñemela, luego muéstresela al testigo.

—Así lo haré. Pero traigo otra orden de búsqueda y captura, similar a la primera, contra Gillian Boardman.

— ¿Quién?

—Gillian Boardman. La acusación es de secuestro.

— ¡Dios mío!

—Y otra contra Héctor C. Johnson… y otra contra Valentine Michael Smith… y una contra *usted*, Jubal Harshaw.

— ¿Contra mí? ¿Otra vez los impuestos?

—No. Examínela. Complicidad en esto y aquello… y testigo material en algunas otras cosas… y añadiría la mía por obstrucción a la justicia si la orden ya firmada no lo hiciera innecesario.

— ¡Oh, vamos, capitán! He sido de lo más cooperativo desde el momento en que usted se identificó y empezó a comportarse de manera legal. Y continuaré cooperando. Por supuesto, le demandaré pese a todo… a usted, y a su superior inmediato y al Gobierno… por sus actos ilegales cometidos *antes* de su identificación… y no renuncio a ninguno de mis derechos ni recursos respecto de cualquier cosa que algunos de ustedes puedan hacer a partir de ahora. Hum… toda una lista de víctimas.

Comprendo por qué se trajo un camión extra. Pero… ¡válgame Dios!, aquí hay algo muy extraño. Esta, ejem, ¿señora Borkmann?… Veo que se la acusa del secuestro de ese tal Smith… pero en esta otra orden de busca y captura parece que *a él* se le acusa de huir cuando estaba bajo custodia. Parece un tanto confuso.

—Son las dos cosas. Él escapó… y ella le secuestró.

— ¿No es eso un tanto difícil de manejar? Las dos acusaciones, quiero decir. ¿Y bajo qué acusación se le mantenía a él arrestado? La orden de busca y captura no parece mencionarlo.

— ¿Cómo diablos quiere que lo sepa? El tipo escapó, eso es todo. Es un fugitivo.

— ¡Me encanta! Creo que voy a tener que ofrecer mis servicios como consejero legal a cada uno de ellos. Es un caso interesante. Si se ha cometido un error, o varios errores, eso puede conducir a muchos otros asuntos.

Heinrich sonrió fríamente.

—No le va a resultar tan fácil. Usted también estará encarcelado.

—Oh, no durante mucho tiempo, confío —Jubal levantó la voz más de lo necesario y volvió la cabeza hacia la casa—. Conozco a otro abogado. Me parece que si el juez Holland estuviese escuchando esto, el *habeas corpus* para todos nosotros sería presentado con la máxima prontitud. Y, si diera la casualidad de que la Associated Press tenía algún coche correo por las cercanías, no se tardaría nada en saber de *dónde* habían salido esas órdenes.

—Siempre picapleitos, ¿eh, Harshaw?

—Eso es difamación, mi querido señor. Tomo nota.

—No le servirá de gran cosa. Estamos solos.

— ¿De veras?

OceanofPDF.com

15

Valentine Michael Smith buceó a través de la turbia agua hacia la parte más profunda de la piscina, debajo de la palanca de saltos, y se acomodó en el fondo. No sabía por qué le había dicho su hermano de agua Jubal que se escondiera allí; de hecho, ni siquiera sabía que estaba escondiéndose. Jubal le había pedido que hiciera aquello y que permaneciera allí hasta que su hermana de agua Jill fuese a buscarle; eso era suficiente.

Tan pronto como estuvo seguro de que se hallaba en la parte más honda se enroscó en posición fetal, expulsó la mayor parte del aire de sus pulmones, se tragó la lengua, puso los ojos en blanco, disminuyó su ritmo cardíaco casi a la nada y se transformó en un «muerto» efectivo salvo por el hecho de que no se había descorporizado y podía volver a poner en marcha sus motores en cualquier momento a voluntad. También eligió dilatar su sentido del paso del tiempo hasta que los segundos fluyeron como si fueran horas, pues tenía mucho que meditar y no sabía lo pronto que acudiría Jill a buscarle.

Sabía que había vuelto a fracasar en su empeño por lograr una perfecta comprensión, el vínculo de fusión mutua —la asimilación recíproca— que debía existir entre hermanos de agua. Se daba cuenta de que el fracaso era suyo, causado por el empleo erróneo del extrañamente variable lenguaje humano, ya que Jubal se había puesto nervioso tan pronto como él había empezado a hablarle.

Ahora sabía que sus hermanos humanos podían sufrir intensas emociones sin experimentar daño permanente, pese a lo cual Smith

lamentaba sinceramente haber sido la causa de tanta inquietud en Jubal. Por un momento le había parecido que había conseguido por fin asimilar perfectamente una de las más difíciles palabras humanas. Hubiera debido ir con más cuidado porque, en el transcurso de sus primeras lecciones recibidas de su hermano Mahmoud, había descubierto que las palabras largas del lenguaje humano (cuanto más largas mejor) eran fáciles, inconfundibles, raras veces cambiaban de significado… mientras que las palabras cortas eran resbaladizas, impredecibles, cambiaban su significado sin ningún esquema fijo. O eso le parecía asimilar. Las palabras humanas cortas nunca eran como las palabras marcianas cortas, que eran la mayoría, y que significaban siempre exactamente lo mismo. Las palabras humanas cortas eran como tratar de cortar el agua con un cuchillo.

Y aquélla había sido una palabra muy corta.

Smith seguía convencido de que había asimilado correctamente la palabra humana «Dios»… La confusión había surgido de su fracaso en seleccionar otras palabras humanas. El concepto era en realidad tan simple, tan básico, tan necesario, que cualquier polluelo hubiera podido explicarlo perfectamente… en marciano. El problema, pues, era dar con las palabras humanas que le permitieran expresarse como debía, asegurarse de que las esquematizaba correctamente para que encajaran por completo como si las dijera en el lenguaje de su propio pueblo.

Se demoró, confuso, ante el curioso hecho de que resultara un poco difícil expresarlo, incluso en idioma humano, puesto que era una cosa que todo el mundo sabía… a menos que la razón fuera que no pudieran asimilarlo vivos. Posiblemente tendría que preguntar a los Ancianos humanos cómo decirlo, en vez de forcejear con los cambiantes significados de las palabras humanas. En tal caso, tendría que esperar a que Jubal lo arreglase, porque él no era más que un huevo y era incapaz de arreglarlo por sí mismo.

Experimentó un breve pesar por no tener el privilegio de hallarse presente en la próxima descorporización del hermano Art y del hermano Dottie.

Después se dedicó a releer mentalmente el Nuevo Diccionario Internacional de la Lengua Inglesa Webster, tercera edición, publicado en Springfield, Massachusetts.

Desde hacía un buen rato la concentración de Smith se veía alterada por la inquietante sensación de que sus hermanos de agua se hallaban en dificultades. Hizo una pausa entre «sherbacha» y «sherbet» para reflexionar sobre ese conocimiento. ¿Debía subir a la superficie, abandonar el agua de vida que le rodeaba y reunirse con ellos para asimilar y compartir sus dificultades? En su hogar, la cuestión no se habría suscitado; las dificultades se compartían en una jubilosa intimidad.

Pero este lugar era extraño en todos sus sentidos… y Jubal le había dicho que esperase hasta que llegara Jill.

Revisó las palabras de Jubal, estudiándolas en una larga contemplación frente a otras palabras humanas, asegurándose de que las asimilaba. No, Jubal había hablado correctamente y él había asimilado correctamente; tenía que aguardar hasta que llegara Jill.

No obstante, estaba tan intranquilo por la certidumbre de las dificultades de sus hermanos que no podía seguir con su caza de palabras. Finalmente se le ocurrió una idea que estaba tan llena de alegre audacia que se habría puesto a temblar si su cuerpo se hubiese hallado preparado para ello.

Jubal le había dicho que situara su cuerpo bajo el agua y lo dejase allí hasta que acudiera Jill, pero… ¿había dicho Jubal que *él* debía aguardar con el cuerpo?

Smith dedicó un largo y cuidadoso tiempo a considerar aquello, sabiendo que las resbaladizas palabras humanas que había utilizado Jubal podían inducirle (y a menudo lo habían hecho) a cometer errores. Llegó a la conclusión de que Jubal no le había ordenado específicamente que permaneciera con su cuerpo… y eso le proporcionaba una vía de escape para salir de la incorrección de no compartir las dificultades de sus hermanos.

Así que Smith decidió dar un paseo.

Estaba un poco aturdido ante su propia audacia porque, si bien aquello era algo que ya había hecho dos veces antes, nunca lo había hecho solo. Cada vez había tenido a un Anciano con él, vigilándole, asegurándose de que su cuerpo estaba a salvo, impidiéndole que se desorientara ante la nueva experiencia, permaneciendo a su lado hasta que regresó a su cuerpo y se levantó de nuevo.

Aquí no había ahora ningún Anciano para ayudarle. Pero Smith siempre había sido rápido en aprender; sabía cómo hacerlo, y tenía plena confianza en que podría hacerlo solo, de una manera que llenaría de orgullo a su maestro. Así que primero comprobó todas y cada una de las partes de su cuerpo, se convenció de que éste no sufriría daño alguno mientras él estuviese fuera, y salió cautelosamente de él, dejando tras de sí sólo aquella pequeña porción de sí mismo necesaria como vigilante y cuidador.

Luego subió a la superficie y se quedó durante unos instantes en el borde de la piscina, recordando que tenía que actuar como si su cuerpo estuviera todavía con él a fin de tener una salvaguardia contra la desorientación… contra perder la referencia de la piscina, del cuerpo, de todo, y verse obligado a vagar por lugares desconocidos desde donde no podría hallar el camino de regreso.

Smith miró a su alrededor.

Un aerocoche acababa de aterrizar en el jardín junto a la piscina, y había seres debajo de él quejándose de perjuicios e indignidades a los que se habían visto sometidos. ¿Eran ésas las dificultades que podía captar? El césped era para andar por encima de él, las flores y los arbustos no… hacerlo era incorrecto.

Pero… había más cosas incorrectas. Un hombre acababa de salir del aerocoche, su pie estaba a punto de tocar el suelo, y Jubal corría hacia él. Smith pudo captar el estallido de la helada ira que Jubal lanzaba contra el hombre, un estallido tan furioso que, de habérselo lanzado un marciano a otro, ambos se habrían descorporizado al instante.

Smith anotó aquello como algo a ponderar y, si brotaba algún punto crítico culminante, como parecía ser el caso, decidir qué debía hacer para ayudar a su hermano. Luego miró a los demás.

Dorcas estaba saliendo de la piscina; parecía desconcertada y un tanto alterada, aunque no mucho; Smith pudo captar su confianza en Jubal. Larry estaba en el borde de la piscina, recién salido también; el agua goteaba de su cuerpo y colgaba en el aire. Larry no estaba turbado, sino excitado y complacido; su confianza en Jubal era absoluta. Miriam se hallaba cerca de él, y su humor se alineaba a medio camino entre el de Dorcas y el de Larry. Anne estaba de pie allá donde había permanecido sentada, revestida con aquel largo atavío del que no se había separado en todo el día. Smith no consiguió asimilar su estado de ánimo; captó en ella la fría e inflexible disciplina mental de un Anciano. Eso le sorprendió, ya que Anne siempre se había manifestado jovial, amable y cálidamente amistosa.

Observó que estaba mirando a Jubal con atención, preparada para ayudarle. ¡Lo mismo que Larry!… ¡Y Dorcas!… ¡Y Miriam! Con un repentino arrebato de catarsis empática, Smith comprendió que todos aquellos amigos eran hermanos de agua de Jubal… y, por lo tanto, de él. Aquella inesperada liberación de la ceguera lo sacudió hasta el punto de perder casi el anclaje en aquel lugar. Se tranquilizó tal como le habían enseñado e hizo una pausa para apreciarlos y entrar en comunión con todos, uno por uno y en conjunto.

Jill tenía un brazo pasado por encima del borde de la piscina y Smith supo que había estado buceando, comprobando que él se hallaba a salvo. Se había dado cuenta de su presencia cuando lo había hecho… pero ahora comprendió que no sólo se había sentido inquieta por su seguridad; Jill sentía otra inquietud mucho mayor, una inquietud de la que no se vio aliviada tras comprobar que Smith se hallaba a salvo bajo el agua de vida. Eso le trastornó, y consideró la conveniencia de ir hasta ella y hacerle saber que estaba a su lado y que compartía con ella las dificultades.

Lo habría hecho si no hubiera experimentado una leve e inquietante sensación de culpabilidad: no estaba absolutamente seguro de que Jubal hubiera deseado que rondase por allí mientras su cuerpo permanecía oculto en el fondo de la piscina. Llegó a un

compromiso diciéndose que compartiría sus dificultades… y les informaría de su presencia sólo si se hacía imprescindible.

Smith contempló entonces al hombre que estaba bajando del aerocoche, captó sus emociones y retrocedió ante ellas, se obligó pese a todo a examinarlo minuciosamente, por dentro y por fuera.

En un bolsillo de extraña forma sujeto a su cinturón, el hombre llevaba una pistola.

Smith estuvo casi seguro de que era una pistola. La examinó con todo detalle, comparándola con las dos pistolas que había visto brevemente y cotejándola con lo que parecía ser la definición del Nuevo Diccionario Internacional de la Lengua Inglesa Webster, tercera edición, publicado en Springfield, Massachusetts.

Sí, se trataba de una pistola… no sólo por la forma sino también por la malignidad que la envolvía e impregnaba. Smith bajó la vista a lo largo del cañón, comprendió cómo debía funcionar, y la maldad le devolvió la mirada.

¿Debía desviarla y enviarla a alguna otra parte, haciendo desaparecer así con ella su cualidad de *no correcto*? ¿Hacerlo antes de que el hombre acabara de salir del coche? Smith tuvo la sensación de que debería… y sin embargo Jubal le había dicho, en una ocasión, que no realizase tal cosa con una pistola hasta que él le dijera que era el momento adecuado de hacerlo.

Ahora sabía que éste era verdaderamente un punto crítico culminante de necesidad… pero decidió permanecer en equilibrio sobre este punto crítico hasta asimilarlo todo… ya que era posible que Jubal, sabiendo que se acercaba un punto crítico, le hubiera enviado bajo el agua para impedirle actuar incorrectamente.

Esperaría… pero mientras tanto no perdería de vista aquella arma y su cualidad incorrecta. Sin verse limitado ahora a dos ojos mirando en una sola dirección, capaz de ver todo su alrededor si era necesario, siguió vigilando la pistola y al hombre mientras entraba en el coche.

¡Más incorrecciones de las que hubiera creído posible! Había otros hombres ahí dentro, todos, salvo uno, precipitándose hacia la

puerta. Sus mentes olían como una horda de khaughas que hubieran husmeado a una ninfa desprevenida… y cada uno de ellos sostenía en su mano algo tremendamente incorrecto.

Como le había dicho Jubal, Smith sabía ahora que la forma nunca era un determinante primordial; era necesario ir más allá de la forma para asimilar. Su propio pueblo pasaba a través de cinco formas distintas e importantes: huevo, ninfa, pollo, adulto… y Anciano, una vez se abandonaba la forma. Sin embargo, la esencia de un Anciano se configuraba ya en el huevo.

Aquellas cosas que llevaban los otros parecían pistolas. Pero Smith no estaba seguro de que lo fuesen; examinó una con mayor atención. Era mucho mayor que cualquier pistola de las que hubiera visto hasta entonces, su forma era muy distinta, y sus detalles resultaban diferentes por completo.

Pero era una pistola.

Examinó todas las demás, una por una, atentamente. Sí, eran pistolas.

El hombre que aún seguía sentado llevaba atada al cinto una más pequeña.

El propio coche tenía montadas en su interior dos pistolas enormes… además de otras cosas que Smith no pudo asimilar pero que sintió que llevaban consigo una incorrección implícita.

Se detuvo y consideró seriamente la conveniencia de retorcer el coche, su contenido y todo lo demás… dejándolo que desapareciese. Pero, además de su inhibición de toda la vida contra desperdiciar comida, se daba cuenta de que aún no había asimilado lo que estaba sucediendo. Mejor actuar lentamente, vigilar con cuidado y ayudar y compartir el punto crítico culminante según las directrices de Jubal… y si la acción correcta para él consistía en permanecer pasivo, entonces regresar a su cuerpo cuando el punto crítico culminante hubiese pasado y discutir más tarde el asunto con Jubal.

Volvió a salir del coche y observó, escuchó y esperó.

El primer hombre que había salido estaba hablando con Jubal respecto a muchas cosas que Smith sólo pudo archivar sin asimilar: estaban más allá de su experiencia. Los otros individuos salieron y se desplegaron; Smith extendió su atención para vigilarlos a todos. El coche se elevó, retrocedió y se posó de nuevo, lo cual alivió a los seres sobre los que se había posado antes; Smith asimiló brevemente con ellos hasta donde se lo permitía su atención sobre todo lo demás, tratando de mitigar sus dolores.

El primer hombre tendió a Jubal unos papeles; éstos fueron pasados a Anne. Smith los leyó con ella. Reconoció los caracteres como palabras relativas a ciertos rituales humanos de curación y equilibrio, pero, puesto que sólo había tropezado con esos rituales en la biblioteca legal de Jubal, no intentó asimilarlos en este momento, en especial cuando vio que Jubal no se dejaba impresionar por ellos… la incorrección estaba en alguna otra parte. Le encantó reconocer su propio nombre humano en dos de los papeles; siempre experimentaba un extraño estremecimiento de placer al leerlo, como si se encontrase en dos sitios distintos a la vez… cosa imposible para cualquiera excepto para un Anciano.

Jubal y el primer hombre se dieron la vuelta y echaron a andar hacia la piscina, con Anne inmediatamente detrás. Smith relajó un poco su sentido del tiempo para verles avanzar más deprisa, manteniéndolo sólo lo suficientemente tenso como para poder observar cómodamente a todos los hombres a la vez. Dos de ellos se acercaron y flanquearon al pequeño grupo.

El primer hombre se detuvo cerca de sus amigos junto a la piscina, les echó una mirada, luego se sacó una foto del bolsillo, la examinó, miró a Jill. Smith captó que el miedo y la inquietud ascendían en ella y se puso muy alerta. Jubal le había dicho: «Proteja a Jill. No se preocupe si malgasta comida. No se preocupe de ninguna otra cosa. Sólo proteja a Jill».

Por supuesto, protegería a Jill bajo cualquier circunstancia, incluso arriesgándose a actuar erróneamente de alguna otra forma. Pero era bueno contar con el respaldo tranquilizador de Jubal; dejaba su mente íntegra y sosegada.

Cuando el primer hombre encañonó a Jill y los dos hombres que le flanqueaban se apresuraron a acercarse a ella con sus pistolas de gran incorrección en la mano, Smith se adelantó a través de su doble y aplicó a cada uno de los dos ese minúsculo retorcimiento que originaba su expulsión.

El primer hombre se quedó mirando el lugar donde habían estado los otros y llevó la mano a su pistola… y desapareció también.

Los otros cuatro empezaron a acercarse. Smith no deseaba retorcerlos. Tenía la sensación de que Jubal se sentiría complacido si sólo los detenía. Pero detener una cosa, incluso un cenicero, significa trabajo… y Smith no disponía de su cuerpo a mano. Un Anciano hubiera podido ocuparse de los cuatro sin problemas, pero Smith hizo lo que pudo, lo que tenía que hacer.

Cuatro ligeros roces… desaparecieron.

Sintió una incorrección más intensa aún brotar del coche posado en el suelo más allá y se orientó hacia ella… asimiló una rápida decisión, y coche y piloto desaparecieron.

Casi olvidó el coche que flotaba en patrulla de cobertura en el aire. Smith empezaba a relajarse después de haberse ocupado del coche en el suelo… cuando de pronto notó que la sensación de incorrección aumentaba y alzó la vista.

El segundo coche descendía y se preparaba a aterrizar justo en el lugar donde estaba él.

Smith tensó su sentido del tiempo hasta su límite personal, fue al vehículo en el aire, lo inspeccionó cuidadosamente, asimiló que estaba repleto de una incorrección tan absoluta como el primero… y lo lanzó a la nada. Luego regresó al grupo congregado junto a la piscina.

Todos sus amigos parecían muy excitados; Dorcas sollozaba y Jill la sujetaba y la calmaba. Sólo Anne parecía inmune a las emociones que Smith sentía agitarse a su alrededor. Pero la incorrección había desaparecido, toda, y con ella la inquietud que había turbado sus meditaciones antes. Sabía que Dorcas se

repondría mucho más aprisa y mejor en manos de Jill que en las de ninguna otra persona… Jill asimilaba siempre las inquietudes de los demás de una forma completa e inmediata. Algo alterado por las emociones a su alrededor, ligeramente aprensivo ante la posibilidad de no haber obrado correctamente en aquel punto crítico culminante —o de que Jubal pudiera asimilarlo así—, Smith decidió que ahora era libre de abandonar la superficie. Se deslizó de vuelta al interior de la piscina, encontró su cuerpo, asimiló que estaba tal y como lo había dejado, sin el menor daño… y se introdujo de nuevo en él.

Consideró la posibilidad de contemplar los acontecimientos que habían configurado el punto crítico culminante y examinarlos en profundidad. Pero eran demasiado nuevos, demasiado recientes; no estaba preparado para englobarlos, no estaba preparado para alabar y apreciar a los hombres que se había visto obligado a trasladar. En vez de ello, reemprendió alegremente la tarea que había dejado en suspenso. «Sherbet»… «Sherbetlee»… «Sherbetzide»…

Había llegado a «Tinwork», y estaba a punto de examinar «Tiny», cuando captó que Jill se aproximaba. Desenrolló su lengua dentro de su boca y se preparó, ya que sabía que a su hermano Jill no le era posible permanecer mucho tiempo debajo del agua sin sufrir incomodidad.

Cuando ella le tocó, Smith tomó el rostro de Jill con ambas manos y la besó. Era algo que había aprendido a hacer muy recientemente y que aún no asimilaba del todo. Tenía todas las características del acercamiento de la ceremonia del agua. Pero había algo más también… algo que deseaba asimilar en toda su perfecta plenitud.

OceanofPDF.com

16

Jubal Harshaw no esperó a que Gillian sacase de la piscina a su chico problema: dio instrucciones de que le administraran un sedante a Dorcas y se apresuró hacia su estudio, dejando a Anne para que le explicase (o no) los sucesos ocurridos en los últimos diez minutos.

— ¡Primera! —gritó por encima del hombro.

Miriam se volvió y se situó a su altura.

—Supongo que yo debo ser «primera» —jadeó, casi sin aliento—. Pero, jefe, ¿qué demonios…?

— ¡Ni una palabra, muchacha!

—Pero, jefe…

—He dicho que a callar. Miriam, dentro de una semana nos sentaremos tranquilamente y le pediremos a Anne que nos cuente lo que vimos realmente. Pero en este momento todo el mundo y sus primos empezarán a telefonear y los periodistas empezarán a bajar de los árboles… y primero tengo que hacer unas cuantas llamadas. Necesito ayuda. ¿Eres del tipo de mujeres inútiles que se desmoronan cuando más falta hacen? Eso me recuerda… Toma nota de descontarle a Dorcas de la paga la parte de sueldo correspondiente al tiempo que ha perdido poniéndose histérica.

Miriam le miró boquiabierta.

— ¡Jefe! ¡Atrévase a hacer eso, y cada uno de los que estamos aquí renunciará!

—Tonterías.

—Lo digo en serio. No la tome con Dorcas. Bueno, yo sería la histérica si ella no se me hubiera adelantado —y añadió—. Y creo que me estoy poniendo histérica ahora.

Harshaw sonrió.

—Inténtalo y te zurraré. Está bien, apunta a Dorcas para una prima por «servicios peligrosos». Poneos a todos para esa prima. Especialmente yo. Me la merezco.

—Está bien. Pero, ¿quién pagará su prima?

—Los contribuyentes, por supuesto. Hallaremos algún sistema de desgravar… ¡Maldita sea! —habían llegado a la puerta del estudio; el teléfono reclamaba ya su atención. Jubal se deslizó en el asiento y accionó el mando—. Harshaw al habla. ¿Quién diablos es usted?

—Ahórrate la rutina, doc —repuso alegremente un rostro—. Hace muchos años que no me asustas. ¿Cómo marcha todo?

Harshaw reconoció el rostro de Thomas Mackenzie, el director de producción de la *New World Networks*; se suavizó ligeramente.

—Bastante bien, Tom. Pero no puedo estar más agobiado, así que…

— ¿*Estás* agobiado? Entonces prueba mi jornada de trabajo de cuarenta y ocho horas. Seré breve. ¿Sigues pensando que vas a tener algo para nosotros? No me importa lo caro del equipo que te he destinado; eso puedo mantenerlo. Pero el negocio es el negocio… y estoy pagando a tres equipos completos sólo para que permanezcan atentos a tu señal. Quiero favorecerte en todo lo que me sea posible. Hemos utilizado montones de las cosas que nos has enviado en el pasado, y esperamos utilizar más en el futuro… pero estoy comenzando a preguntarme qué voy a decirle a nuestro auditor.

Harshaw se lo quedó mirando fijamente.

— ¿No consideras suficiente esa transmisión en directo que acabas de recibir para justificar los gastos?

— ¿Qué transmisión en directo?

Unos minutos más tarde Harshaw decía adiós y cortaba la comunicación, tras convencerse de que la *New World Networks* no había visto nada de los últimos acontecimientos desarrollados en su casa. Eludió las preguntas de Mackenzie al respecto, porque estaba descorazonadoramente seguro de que una relación verbal de lo ocurrido convencería a Mackenzie de que el pobre viejo Harshaw se había hecho finalmente pedazos. Y Harshaw no podría reprochárselo.

En vez de eso acordaron que, si no ocurría nada de valor que pudieran captar en el plazo de las próximas veinticuatro horas, la *New World* cortaría la conexión y se llevaría cámaras y equipo.

Cuando la pantalla quedó libre, Harshaw ordenó a Miriam:

—Búscame a Larry. Dile que me traiga ese botón del pánico… probablemente lo tiene Anne. —Luego hizo otra llamada, seguida por una tercera. Para cuando se presentó Larry, Harshaw se había convencido ya de que ninguna cadena de noticias estaba mirando cuando los hombres de los Servicios Especiales intentaron invadir su casa. No valía la pena comprobar si las dos docenas de mensajes «retenidos» que había grabado recientemente habían sido enviados; su entrega dependía de la misma señal que no había conseguido llegar a los canales de noticias.

Cuando se apartó del teléfono, Larry le tendió el enlace de radio portátil del «botón del pánico».

— ¿Quería esto, jefe?

—Sólo para burlarme de él, puesto que él se ha burlado de nosotros. Larry, que esto nos sirva de lección: no confíes nunca en ninguna maquinaria que sea más complicada que un cuchillo y un tenedor.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Larry, ¿hay algún medio de repasar ese trasto y ver si funciona correctamente? Sin sacar de la cama a la gente de tres cadenas de noticias, quiero decir.

—Claro que sí. Los técnicos que instalaron el transmisor—receptor en el taller lo dotaron de un interruptor para eso. Se

acciona el interruptor, se oprime el botón, y se enciende una luz. Si se desea una comprobación completa, uno llama simplemente desde el aparato y les dice que desea una comprobación en toda regla hasta las cámaras y de vuelta al monitor.

—Supongamos que la prueba demuestra que la transmisión no llega. Si el problema está aquí, ¿puedes localizar lo que está mal?

—Bueno, quizá —repuso Larry, dubitativo—, si no se tratara más que de una conexión suelta. Pero Duque es el experto en electrónica… yo soy más bien del tipo intelectual.

—Ya lo sé, hijo… A mí tampoco se me dan bien las cuestiones prácticas. En fin, haz lo que puedas. Y hazme saber lo que consigues.

— ¿Algo más, Jubal?

—Sí, si ves al tipo que inventó la rueda, envíamelo; quiero darle un pedazo de mi mente. ¡Entrometido!

* * *

Jubal pasó los siguientes minutos en contemplación umbilical. Consideró la posibilidad de que Duque hubiera saboteado el «botón del pánico», pero desechó la idea como una pérdida de tiempo, si no como algo completamente inútil. Se permitió a sí mismo preguntarse por unos instantes qué había ocurrido realmente en su jardín, y cómo se las había arreglado el muchacho para hacer lo que había hecho… desde tres metros por debajo del agua. Porque no le cabía la menor duda de que el Hombre de Marte estaba detrás de aquellos imposibles juegos de prestidigitación.

De acuerdo, lo que había presenciado el día anterior en su propio estudio era tan intelectualmente pasmoso como estos últimos acontecimientos… pero el impacto emocional era algo completamente distinto. Un ratón era un milagro de la biología tan

importante como un elefante; sin embargo, había una importante diferencia… un elefante era mucho más grande.

Ver que una caja vacía, puro desecho, desaparecía en medio del aire, implicaba lógicamente la posibilidad de que un aerotransporte lleno de hombres pudiera desvanecerse del mismo modo; pero uno de los dos acontecimientos era una patada en los dientes… el otro no.

Bueno, no iba a desperdiciar sus lágrimas con esos cosacos. Jubal admitía que los polis, como tales polis, no tenían nada de malo; había conocido a un cierto número de polis honestos en su vida… e incluso a un alguacil sobornable que merecía algo más que ser apagado de un soplido como una vela. La Guardia Costera era un espléndido ejemplo de lo que los polis deberían ser y frecuentemente eran.

Pero para pertenecer a los Servicios Especiales un hombre debía tener latrocinio en el corazón y sadismo en el alma. *Gestapo*. Tropas de asalto al servicio de cualquier político que estuviese en el poder. Jubal añoraba los buenos y viejos días en los que un abogado podía citar la Declaración de Derechos sin temor a que alguna estratagema solapada de la Federación le derrotara.

No importaba… ¿Qué sucedería lógicamente a continuación? Desde luego, el grupo de Heinrich debía estar en contacto constante con su base; ergo, su pérdida sería observada, aunque sólo fuera por su silencio. Más miembros del Servicio Especial irían a echar una mirada… probablemente ya estarían en camino si el segundo aerococche había sido guillotinado en pleno informe de la acción.

—Miriam….

—Sí, jefe.

—Quiero aquí enseguida a Mike, Jill y Anne. Luego encuentra a Larry, en el taller probablemente, meteos ambos en la casa y cerrad con llave todas las puertas y ventanas de la planta baja.

— ¿Más complicaciones?

—Muévete, muchacha.

Si aquellos monos de los Servicios Especiales se presentaban —mejor dicho, cuando se presentasen—, probablemente no traerían duplicados de las órdenes de busca y captura. Si su jefe era tan estúpido como para irrumpir por la fuerza en una casa cerrada sin una orden, bueno, entonces podría soltar a Mike sobre ellos. Pero había que poner coto a aquella guerra ciega… lo cual equivalía a decir que Jubal tenía que llegar hasta el secretario general.

¿Cómo? ¿Llamando de nuevo al Palacio Ejecutivo? Era muy posible que Heinrich hubiese dicho la verdad cuando afirmó que cualquier nuevo intento por su parte iría simplemente a parar a él… o al jefe de los Servicios Especiales que estuviese calentando su silla ahora que Heinrich no la necesitaría de nuevo. ¿Y bien? Seguro que les sorprendería el tener a un hombre a cuya casa habían enviado un grupo de efectivos para arrestarlo llamándoles cara a cara por teléfono, con rostro blando… eso quizá le permitiera llegar hasta la cumbre, hasta el comandante Comosellame, aquel sujeto con rostro de hurón bien alimentado, Twitchell. Y seguro que el oficial al mando de las hordas de los Servicios Especiales tendría acceso al jefe supremo.

No, no servía. Hay que pensar en las razones que hacen saltar a la rana. Sería malgastar aliento el decirle a un tipo que cree en las pistolas que tú posees algo mejor que las pistolas y que él *no puede* arrestarte y que será mejor que deje de intentarlo. Twitchell seguiría arrojando hombres y pistolas contra ellos hasta que se le agotasen las existencias de ambas cosas… pero nunca admitiría que era incapaz de arrestar a un hombre cuya localización era conocida.

Bueno, cuando no puedes utilizar la puerta principal, te deslizas por la trasera: política elemental. Maldita sea, necesitaba a Ben Caxton… Ben sabría quién tenía las llaves de la puerta de atrás, y seguro que Jubal conocería a alguien que le conocía.

Pero la ausencia de Ben era el motivo principal de aquella estúpida carrera de asnos. Puesto que no podía preguntarle a Ben, ¿a quién conocía que pudiera saberlo?

¡Maldito imbécil, acababa de hablar con esa persona! Jubal regresó al teléfono y trató de ponerse en contacto de nuevo con

Tom Mackenzie. Tuvo que atravesar sólo tres capas de interferencias, cada una de las cuales le conocía y le franqueó rápidamente el paso. Mientras estaba haciendo esto, su personal, junto con el Hombre de Marte, entraron en el estudio; Jubal los ignoró, y se sentaron; Miriam hizo una pausa para escribir en un bloc de notas y mostrárselo: *«Puertas y ventanas cerradas»*.

Jubal asintió con la cabeza y escribió debajo: *«Larry: ¿el botón del pánico?»*. Luego se dirigió a la pantalla:

—Tom, lamento molestarte otra vez.

—Es un placer, Jubal.

—Tom, si quisieras hablar con el secretario general Douglas, ¿cómo te las ingeniarías?

— ¿Eh? Telefonearía a su secretario de Prensa, Jim Sanforth. O posiblemente a Jock Dumont, según lo que quisiera. Pero no hablaría con el secretario general; Jim se encargaría de todo.

—Pero supongamos que desearas hablar personalmente con Douglas.

—Bueno, le diría a Jim que lo arreglase. Aunque supongo que sería mucho más rápido contarle a Jim mi problema; podrían pasar un día o dos antes de que consiguiera meterme… e incluso entonces podría verme rebotado por algo más urgente. Mira, Jubal, la cadena es útil a la Administración… y nosotros lo sabemos y ellos lo saben. Pero no presumimos de ello innecesariamente.

—Tom, supongamos que fuese necesario. Supongamos que *tuvieras* que hablar con Douglas. Ahora. No la semana próxima. En un plazo de diez minutos.

Mackenzie alzó las cejas.

—Bueno… si *tuviera* que hacerlo, le explicaría a Jim por qué es tan urgente…

—No.

—Sé razonable.

—No. Simplemente no puedo. Imagínate que has sorprendido a Jim Sanforth robándole las cucharillas, de modo que no puedes

explicarle a *él* cuál es la emergencia. En cambio, deseas contárselo a Douglas de inmediato.

Mackenzie suspiró.

—Supongo que le diría a Jim que me era imprescindible hablar con el jefe… y que, si no se me ponía en contacto con él de inmediato, la Administración no obtendría en el futuro ni el más remoto asomo de ayuda por parte de la cadena. Educadamente, por supuesto. Pero le haría entender que estaba hablando en serio. Sanforth no es ningún estúpido; nunca serviría su cabeza en bandeja.

—De acuerdo, Tom: hazlo.

— ¿Eh?

—Deja esta línea abierta. Llama al Palacio por otro aparato… y ten a tus muchachos preparados para pasarme de inmediato la comunicación. ¡Tengo que hablar con el secretario general ahora mismo!

Mackenzie pareció apenado.

—Jubal, viejo amigo…

—Eso quiere decir que no vas a hacerlo.

—Eso quiere decir que *no puedo* hacerlo. Has imaginado una situación hipotética en la cual un, perdóname, jefe ejecutivo de una cadena de noticias intercontinental puede hablar directamente con el secretario general bajo condiciones de extrema necesidad. Pero no puedo facilitar esa entrada a nadie más. Mira, Jubal, te respeto. Además, tú eres probablemente cuatro de los seis escritores más populares vivos hoy en día. La cadena odiaría perderte, y somos dolorosamente conscientes de que nunca nos has permitido ni nos permitirás que te liguemos bajo un contrato. Pero no puedo hacer lo que me pides, ni siquiera para complacerte. Uno no se pone en contacto telefónico con el jefe del Gobierno del mundo a menos que sea *él* quien desee hablar contigo.

—Supongamos que firmo un contrato en exclusiva por siete años.

Mackenzie dio la impresión de sufrir un repentino dolor de muelas.

—Seguiría sin poder hacerlo. Yo perdería mi trabajo… y tú tendrías que cumplir el contrato.

Jubal meditó la conveniencia de llamar a Mike ante el aparato y presentárselo. Descartó de inmediato la idea. Los propios programas de Mackenzie eran los que habían puesto en antena las entrevistas con el falso «Hombre de Marte»… y o bien Mackenzie era deshonesto y estaba metido en el asunto… o era honesto, como Jubal creía que era, y entonces simplemente no creería que había sido engañado.

—Está bien, Tom, no voy a retorcerte el brazo. Pero tú sabes mejor que yo cómo abrirte camino por los entresijos gubernamentales. ¿Quién llama a Douglas siempre que quiere… y consigue hablar con él? No me refiero a Sanforth.

—Nadie.

— ¡Maldita sea, ningún hombre vive en una campana de vacío! Tiene que haber al menos una docena de personas que puedan telefonearle y no ser barridas a un lado por un secretario.

—Algún miembro de su gabinete, supongo. Y no todos ellos.

—Por mi parte no conozco a ninguno; he estado fuera de contacto con esos ambientes. Tampoco me refería a políticos profesionales. ¿Quien le conoce lo suficiente como para llamarle por la línea privada e invitarle a una partida de póquer?

—Hum… supongo que no es eso lo que deseas, ¿verdad? Jugar al póquer, quiero decir. En fin, tenemos a Jake Allenby. No el actor, el otro Jake Allenby. El del petróleo.

—Le conozco. No le caigo simpático. Y él no me cae simpático a mí tampoco. Y lo sabe.

—Douglas no tiene muchos amigos íntimos. Su esposa más bien los desanima. Veamos, Jubal… ¿qué te parece la astrología?

—Nunca he tocado eso. Prefiero el coñac.

—Bueno, eso es cuestión de gustos. Pero… escucha, Jubal, si se te escapa una sola palabra a alguien de lo que voy a decirte,

abriré de oreja a oreja tu mentirosa garganta con uno de tus propios manuscritos.

—Anotado. Conforme. Adelante.

—Bien. Agnes Douglas sí que toca eso… y sé dónde obtiene su mercancía. Su astróloga puede llamar a la señora Douglas en cualquier momento… y créeme, la señora Douglas tiene acceso a la oreja del secretario general siempre que quiere. Puedes llamar a su astróloga… y el resto es cosa tuya.

—No recuerdo ningún astrólogo en mi lista de felicitaciones de Navidad —murmuró Jubal, dubitativo—. ¿Cómo se llama el tipo?

—Es una mujer. Y puedes intentar cruzar su palma con plata, siempre que la denominación sea convincente. Se llama Madame Alexandra Vesant. Centralita de Washington. Es V—E—S—A—N—T.

—Ya lo tengo —dijo Jubal, alegre—. Tom, te debo un gran favor.

—Espero que sí. ¿Habrá algo pronto para la cadena?

—Aguarda —Jubal miró la nota que Miriam le había puesto hacía unos momentos junto a su codo. Leyó: *«Larry dice que el transmisor—receptor no transmite. No sabe por qué»*. Continuó—. Esa transmisión en directo de antes falló por avería del transmisor de aquí… y no tengo a nadie que pueda repararlo.

—Enviaré a alguien.

—Gracias. Doblemente agradecido.

Jubal cortó la llamada, estableció otra de persona a persona y dio instrucciones al operador para que utilizara el sistema codificado si el otro aparato estaba equipado para recibirlo. Para su sorpresa, no lo estaba. Los dignificados rasgos de Madame Vesant aparecieron en la pantalla. Jubal le sonrió y saludó:

— ¡Hey, muchacha!

Ella pareció sorprendida, luego le miró con mayor atención.

— ¡Vaya, pero si es doc Harshaw, el viejo bergante en persona! Que el Señor te proteja, no sabes lo que me alegra verte. ¿Dónde has estado oculto?

—Ahí precisamente, Becky… oculto. Tengo a los payasos tras mis talones.

Becky Vesey no preguntó por qué; respondió al instante:

— ¿En qué puedo ayudarte? ¿Necesitas dinero?

—Tengo todo el dinero que puedo necesitar, Becky, muchas gracias. El dinero no me ayudará; estoy en problemas mucho más serios que eso… y no creo que nadie pueda ayudarme excepto el propio secretario general en persona, el señor Douglas. Necesito hablar con él de inmediato. Ahora mismo… o incluso antes.

La mujer adoptó una expresión circunspecta.

—Eso es pedir mucho, doc.

—Ya lo sé, Becky… porque llevo una semana tratando de llegar hasta él sin conseguir nada. Pero no quiero mezclarte en esto, Becky… porque, muchacha, ardo más que un tronco al rojo. Simplemente se me ocurrió que tal vez pudieras aconsejarme… quizá proporcionándome un número de teléfono desde el que pudiera ponerme en comunicación con él. Pero no quiero que te mezcles en ello personalmente. Podrías salir perjudicada… y nunca sería capaz de mirar al Profesor a los ojos de nuevo… que en paz descanse.

— ¡Sé que el profesor querría que lo hiciese! — exclamó la mujer con voz firme —. Así que deja de decir tonterías, doc. El Profesor siempre juraba que eras el único aserrahuesos capaz de cortar artísticamente en pedazos a una persona; los demás eran carniceros. Jamás olvidó lo de aquella vez en Elkton.

—Vamos, Becky, no saques eso a relucir. Se me pagaron los servicios.

—Salvaste su vida.

—No hice tal cosa. Fue su recia constitución y su voluntad de vivir… y tus cuidados.

—Hum. Doc, estamos perdiendo el tiempo. ¿Hasta qué punto ardes como un tronco al rojo?

—Han tirado todos los escrúpulos por la borda y se han lanzado tras de mí… y todos los que se encuentren cerca de mí resultarán salpicados. Hay una orden de arresto contra mí… una orden de la Federación, y saben dónde estoy, y *no* puedo huir. Se presentarán de un momento a otro… y Douglas es la única persona que puede pararlo.

—Serás liberado. Te lo garantizo.

—Becky… estoy seguro de que lo harías. Pero eso podría tomar algunas horas. Me temo que se trate del «cuarto trasero», Becky. Soy demasiado viejo para una sesión en el cuarto trasero.

—Pero… ¡Oh, Dios mío! ¿No puedes darme más detalles? Establecería un horóscopo, y así sabrías qué hacer. Eres Mercurio, por supuesto, ya que eres médico. Pero si supiese en qué casa mirar para descubrir cuál es tu problema, podría hacerlo mejor.

—No hay tiempo para eso, muchacha. Pero gracias —Jubal pensó rápidamente. ¿En quién confiar? ¿Y cuándo?—. Becky, saber eso podría ponerte en el mismo problema en que me encuentro yo ahora… a menos que convenza al señor Douglas.

—Cuéntamelo, doc. Todavía no he puesto pies en polvorosa ante ninguna dificultad… y tú lo sabes.

—De acuerdo. Así que soy «Mercurio». Pero el problema reside en Marte.

La mujer le miró agudamente.

— ¿Cómo?

—Habrás visto las noticias. Sabes que se supone que el Hombre de Marte está tomándose un retiro en alguna parte en lo alto de los Andes. Bueno, pues no es así. Eso no es más que una patraña para engañar a los tontos.

Becky pareció sorprenderse, pero no tanto como Jubal había esperado.

— ¿Y dónde figuras tú en todo esto, doc?

—Becky, en este triste planeta hay gente que está deseando echarle la mano encima a ese muchacho. Quieren utilizarlo, convertirlo en un pelele que haga lo que ellos quieran. Pero es mi cliente, y no estoy dispuesto a consentirlo, si puedo impedirlo de algún modo. Y mi única posibilidad es hablar con el señor Douglas en persona, cara a cara.

— ¿El Hombre de Marte es tu cliente? ¿Puedes entregarlo?

—Sí. Pero sólo al señor Douglas. Ya sabes cómo son estas cosas, Becky… el alcalde puede ser un tipo estupendo, cariñoso con los niños y con los perros, pero no ha de saber necesariamente todo lo que hacen los payasos de su ciudad en su nombre… sobre todo si éstos arrastran a un hombre dentro y se lo llevan al cuarto trasero.

Ella asintió con la cabeza.

—Yo también he tenido problemas con los polis. ¡Los polis!

—Así que necesito desesperadamente hablar con el señor Douglas antes de que sea a mí a quien arrastren ahí dentro.

— ¿Todo lo que deseas es hablar con él por teléfono?

—Sí. Si puedes conseguirlo. Mira, dale mi número… y yo aguardaré aquí sentado, confiando en que llegue su llamada… hasta que me cojan. Si no puedes arreglarlo… gracias de todas formas, Becky, muchas gracias. Sabré que lo intentaste.

— ¡No cortes la comunicación! —dijo ella secamente.

— ¿Eh?

—Mantén el circuito, doc, mientras veo qué puedo hacer. Si tengo un poco de suerte, pueden enlazar la comunicación a través de este mismo teléfono y ahorrar tiempo. Así que espera un momento.

Madame Vesant abandonó la pantalla sin decir adiós y llamó a Agnes Douglas. Habló con tranquila confianza, señalando a Agnes que ése era precisamente el desarrollo de los acontecimientos predicho por las estrellas… y exactamente en el momento previsto. Ahora había llegado el momento crítico en el que Agnes debía

guiar y sostener a su esposo, utilizando toda su sabiduría femenina y su talento para hacer que actuase con sensatez y sin demora.

—Agnes querida, esta configuración no se repetirá en un millar de años… Marte, Venus y Mercurio en trino perfecto, justo en el momento en que Venus alcanza el meridiano, lo cual hace a Venus dominante. Así que, como puede ver…

—Allie, ¿qué me dicen las estrellas que *haga*? Ya sabe que no entiendo la parte científica.

Aquello no resultaba en absoluto sorprendente, puesto que la relación descrita no estaba presente por el momento; Madame Vesant no había tenido tiempo de calcular un nuevo horóscopo y estaba improvisando. Pero eso no la preocupaba; estaba diciendo una «verdad superior», daba un buen consejo y ayudaba a sus amigos. Ser capaz de ayudar a dos amigos al mismo tiempo llenaba a Becky Vesey de felicidad.

—Oh, querida, de veras la entiende, ha nacido con un talento para ello. Usted es Venus, como siempre, y Marte está reforzado, tanto por su esposo como por ese joven Smith, durante la duración de esta crisis. Mercurio es el doctor Harshaw. Para compensar el desequilibrio originado por el refuerzo de Marte, Venus debe sostener a Mercurio hasta que la crisis haya pasado. Pero tiene usted poco tiempo para ello; la influencia de Venus aumenta hasta alcanzar el meridiano a sólo siete minutos de este momento… tras lo cual esa influencia declinará. Debe usted actuar rápidamente.

—Hubiera debido advertirme antes.

—Querida, he estado esperando aquí junto al teléfono durante todo el día, preparada para actuar al instante. Las estrellas nos dicen la naturaleza de cada crisis, pero nunca nos dan detalles. Sin embargo, todavía hay tiempo. Tengo al doctor Harshaw aguardando al teléfono aquí; todo lo que necesitamos ahora es poner a los dos hombres cara a cara… si es posible antes de que Venus llegue al meridiano.

—Bueno… De acuerdo, Allie. Tendré que sacar a Joseph de alguna estúpida conferencia, pero lo haré. Mantenga abierta esta

línea. Déme el número del teléfono en el que tiene a ese doctor Rackshaw… ¿o puede transferir la llamada aquí?

—Puedo hacer las conexiones desde aquí. Simplemente traiga al señor Douglas. Dese prisa, querida.

—Lo haré.

Cuando el rostro de Agnes Douglas abandonó la pantalla, Becky fue a un tercer teléfono. Su profesión requería un amplio servicio telefónico; era el principal gasto del negocio. Tarareando alegremente, llamó a su agente de bolsa.

OceanofPDF.com

17

Cuando Madame Vesant abandonó la pantalla, Jubal se reclinó hacia atrás en su asiento.

—Primera —dijo.

—A la orden, jefe —respondió de inmediato Miriam.

—Esto es para el grupo de «Experiencias reales». Especifica que la narradora debe tener una voz sexy de contralto…

—Quizá debiera probar yo.

—No tan sexy. Cállate. Busca en esa lista de apellidos tontos que sacamos de la Oficina del Censo, elige uno y colócale delante un nombre de pila inocente, de mamífero, como seudónimo. Un nombre femenino que termine en «a»… eso siempre sugiere un trofeo deportivo con copa incluida.

— ¡Uf! Y ninguna de *nosotras* tiene nombre acabado en «a». ¡Parásito!

—Vaya, así que sois un hatajo de puritanas de pecho plano, ¿eh? «Ángela». Su nombre es «Ángela». Título: «Me casé con un marciano». Principio: «Durante toda mi vida deseé ardientemente llegar a ser astronauta. Punto y aparte. Cuando no era más que una cosita pequeña, con pecas en la nariz y estrellas en los ojos, coleccionaba las tapas de las cajas de cereal lo mismo que mis hermanos… y lloraba cuando mamá no me dejaba irme a la cama con mi casco de cadete del espacio. Punto y aparte. En aquellos días de despreocupada infancia, jamás llegué a soñar a qué extraño y agridulce destino iba a conducirme mi ambición de chiquilla…»

— ¡Jefe!

— ¿Sí, Dorcas?

—Aquí llegan dos transportes más.

Jubal saltó de la silla del teléfono.

—Continuaremos luego. Miriam, siéntate al teléfono —fue a la ventana, observó los dos aerocoches que había divisado Dorcas, decidió que podían ser transportes policiales y que era muy probable que aterrizaran en su propiedad—. Larry, atranca la puerta de esta habitación. Anne, ponte la toga. Obsérvales, pero permanece alejada de la ventana; quiero que piensen que la casa está vacía. Jill, usted permanezca cerca de Mike y no le deje hacer ningún movimiento apresurado. Mike, usted haga tan sólo lo que le diga Jill.

—Sí, Jubal. Lo haré.

—Jill, no lo suelte a menos que sea necesario. Quiero decir… para que ninguno de nosotros reciba un disparo. Si revientan las puertas, dejémosles… espero que lo hagan. Jill, si es necesario, preferiría que el chico se encargara sólo de las pistolas y no de los hombres.

—Sí, Jubal.

—Asegúrese de que lo comprende. Esta liquidación indiscriminada de polis debe terminar.

— ¡Teléfono, jefe!

—Ahora voy —Jubal se dirigió sin apresurarse de vuelta al teléfono—. Todo el mundo fuera del campo visual del aparato. Dorcas, puedes ir a echar una cabezada. Miriam, toma nota de otro título para más adelante: «Me casé con un humano» —se deslizó en la silla que Miriam había dejado libre y dijo—. ¿Sí?

Un hombre flácidamente apuesto le miró desde la pantalla.

— ¿Doctor Harshaw?

—Sí.

—Por favor, espere. El secretario general hablará con usted — el tono implicaba que se preveía una genuflexión.

—Está bien.

La pantalla osciló, luego se reafirmó sobre la despeinada imagen de su excelencia el honorable Joseph Edgerton Douglas, secretario general de la Federación Mundial de Naciones Libres.

— ¿Doctor Harshaw? Tengo entendido que necesita hablar usted conmigo. Adelante, suelte lo que sea.

—No, señor.

— ¿Eh? Pero entendí…

—Permítame replantear la frase de una manera más correcta, señor secretario. *Usted* necesita hablar conmigo.

Douglas pareció sorprendido, luego sonrió.

—Parece estar demasiado seguro de sí mismo, ¿no cree? Bien, doctor, dispone usted exactamente de diez segundos para demostrar eso. Tengo otras cosas que hacer.

—Muy bien, señor. Soy el abogado del Hombre de Marte.

De pronto Douglas dejó de parecer despeinado.

—Repita eso.

—Soy el abogado de Valentine Michael Smith, conocido como el Hombre de Marte. Su abogado con plenos poderes. De hecho, puede ayudar mucho el considerarme *de facto* como el embajador de Marte… es decir, de acuerdo con el espíritu de la Resolución Larkin.

Douglas le miró fijamente.

— ¡Amigo, debe usted de estar loco!

—Eso es algo que he pensado bastante a menudo últimamente. Pese a todo, actúo en representación del Hombre de Marte. Y está dispuesto a negociar.

—El Hombre de Marte se encuentra en Ecuador.

—Por favor, señor secretario. Ésta es una conversación privada. Smith… el auténtico Valentine Michael Smith, no el que apareció en las noticias televisadas, escapó de su confinamiento, un confinamiento ilegal, debo añadir, en el Centro Médico de Bethesda, el jueves pasado, en compañía de la enfermera Gillian

Boardman. Conservó su libertad y ahora es libre… y lo seguirá siendo. Si algún miembro de su amplio personal de ayudantes le ha contado alguna otra cosa, entonces alguien le ha estado mintiendo… y éste es el motivo de que ahora yo esté hablando con usted. A fin de darle la oportunidad de enderezar las cosas.

Douglas adoptó una expresión reflexiva. Al parecer alguien le dijo algo desde un punto fuera de la pantalla, pero ninguna de esas palabras llegó hasta el teléfono. Al fin dijo:

—Aunque lo que usted dice fuera cierto, doctor, no se halla en posición de hablar en nombre del joven Smith. Se encuentra bajo la custodia del Estado.

Jubal negó con la cabeza.

—Imposible. La Resolución Larkin…

—Vamos, vamos, yo también soy abogado, y le aseguro…

—Y yo, como abogado también, debo atenerme a mi propio criterio… y proteger a mi cliente.

— ¿Es usted abogado? Creí que había dado a entender que actuaba como apoderado, antes que como consejero legal.

—Las dos cosas. Descubrirá usted que soy abogado en ejercicio, con poderes para ejercer mi práctica incluso ante el Tribunal Supremo. No suelo prodigarme mucho últimamente, pero lo soy.

Jubal oyó un golpe sordo procedente del piso bajo y miró hacia un lado. Larry susurró:

—La puerta de entrada, creo, jefe… ¿Voy a echar un vistazo?

Jubal negó con la cabeza y se dirigió a la pantalla.

—Señor secretario, mientras jugamos a las evasivas se nos está acabando el tiempo. En estos momentos sus hombres… sus rufianes de los Servicios Especiales… están irrumpiendo por la fuerza en mi casa. Es de lo más desagradable que uno se halle bajo asedio en su propia casa. Ahora, por primera y última vez, ¿quiere por favor terminar con ese desagradable incidente? ¿Para que podamos negociar de una forma pacífica y equitativa? ¿O prefiere

que dirimamos este enojoso asunto ante el Tribunal Supremo, con toda la hediondez y el escándalo que ello comportará?

El secretario general pareció consultar de nuevo con alguien situado fuera de la pantalla. Se volvió hacia ésta, con expresión turbada.

—Doctor, si la policía de los Servicios Especiales está tratando de arrestarle, eso es nuevo para mí. No veo…

—Si escucha atentamente, podrá oírles patear mientras suben la escalera, señor. ¡Mike! ¡Anne! Venid aquí —Jubal retiró su silla hacia atrás para permitir que el ángulo de la cámara incluyera a los tres—. Señor secretario general Douglas… ¡el Hombre de Marte! —por supuesto no presentó a Anne, pero ella y su blanca toga de probidad quedaban bien a la vista.

Douglas miró fijamente a Smith; éste le devolvió la mirada y pareció inquieto.

—Jubal…

—Un momento, Mike. ¿Y bien, señor secretario? Sus hombres han violentado mi domicilio… les oigo golpear la puerta de mi estudio en estos momentos —Jubal volvió la cabeza—. Larry, abre la puerta. Déjales entrar —apoyó una mano en el hombro de Mike —. No se excite, muchacho, y no haga nada a menos que yo se lo diga.

—Sí, Jubal. Ese hombre. Le conozco.

—Y él le conoce a usted —hablando por encima del hombro, Jubal se dirigió hacia la puerta ahora abierta—. Entre, sargento. Por aquí.

El sargento de los Servicios Especiales que estaba en el umbral, con la pistola antidisturbios preparada en la mano, no entró. En vez de ello llamó hacia fuera:

— ¡Mayor! ¡Están aquí!

—Permítame hablar con el oficial al mando de ese grupo, doctor —pidió Douglas. Habló de nuevo hacia fuera de la pantalla.

Jubal se sintió aliviado cuando vio que el mayor al que había llamado el sargento aparecía con su arma aún enfundada en su

costado; el hombro de Mike no había dejado de temblar bajo su mano desde el instante mismo en que la pistola del sargento se hizo visible… y, aunque Jubal no albergaba ningún amor fraternal hacia aquellos polis, tampoco quería que Smith desplegase sus poderes… y originara preguntas embarazosas.

El mayor miró a su alrededor.

— ¿Es usted Jubal Harshaw?

—Sí. Venga aquí. Su jefe quiere verle.

—Olvídelo. *Usted* venga aquí. También estoy buscando a…

— ¡Venga aquí! El secretario general en persona desea intercambiar unas palabras con usted… por este teléfono.

El mayor de los Servicios Especiales pareció sorprendido, luego entró en el estudio, rodeó el escritorio de Jubal, vio la pantalla… la miró, se puso bruscamente en posición de firmes y saludó. Douglas asintió con la cabeza.

—Nombre, graduación y servicio.

—Mayor D. C. Bloch, Escuadrón Cheerio de los Servicios Especiales, enclave Maryland.

—Ahora dígame qué está haciendo ahí, y por qué.

—Señor, es más bien complicado. Yo…

—Entonces descomplíquelo para mí. Hable, mayor.

—Sí, señor. Vine aquí cumpliendo órdenes. Verá…

—No veo nada.

—Bien, señor, hará cosa de hora y media fue enviado un pelotón volante aquí para efectuar varios arrestos. No informaron cuando hubieran debido hacerlo, y cuando no pudimos contactar con ellos por radio fui enviado con el pelotón de reserva para buscarles y ayudarles si lo necesitaban.

— ¿Quién ordenó eso?

—El comandante en jefe, señor.

— ¿Y encontró al otro pelotón?

—No, señor. Ni el menor rastro de ellos.

Douglas miró a Harshaw.

—Consejero, ¿sabe usted algo de ese pelotón?

—No forma parte de mis deberes seguir el rastro a sus servidores, señor secretario. Quizá les dieron una dirección equivocada. O simplemente se perdieron.

—Resulta difícil considerar esto como una contestación a mi pregunta.

—Lo expresa usted muy correctamente, señor. No estoy siendo interrogado. Ni lo seré, excepto a través del proceso adecuado. Estoy actuando en nombre de mi cliente; no me hallo bajo la custodia de estas, hum, personas uniformadas. Pero sugiero, por lo que he visto de ellas, que tal vez no sean capaces de encontrar un cerdo en una bañera.

—Hum… es posible. Mayor, reúna a sus hombres y regrese. Confirmaré la orden a través de los canales adecuados.

— ¡Sí, señor! —el mayor saludó.

— ¡Un momento! —dijo Harshaw secamente—. Estos hombres han entrado en mi casa utilizando la fuerza. Exijo ver su orden judicial.

—Oh. Mayor, enséñele su orden de busca y captura.

El mayor Bloch se volvió rojo ladrillo.

—Señor, las órdenes las llevaba el agente que me precedió. El capitán Heinrich. El que ha desaparecido.

Douglas le miró fijamente.

—Joven… ¿me está diciendo que irrumpió en el domicilio de un ciudadano *sin una orden judicial*?

—Pero… ¡señor, no ha entendido! Había una orden… hay unas órdenes. Yo las vi. Pero, por supuesto, el capitán Heinrich se las llevó. Señor.

Douglas se limitó a seguirle mirando.

—Regrese. Póngase bajo arresto cuando llegue allí. Le veré después.

—Sí, señor.

—Alto —exigió Harshaw—. Bajo las actuales circunstancias, no puedo dejar que se marche. Ejerzo mi derecho para efectuar un arresto de ciudadano. Lo tomo bajo mi custodia y lo acuso formalmente en nombre de esta ciudad y lo alojo en nuestro calabozo local. «Irrupción en un domicilio particular sin autorización, armado y con violencia».

Douglas parpadeó pensativamente.

— ¿Es necesario, señor?

—Creo que sí. Es terriblemente difícil dar con esos tipos cuando uno los necesita… así que no deseo que éste abandone nuestra jurisdicción local. Además, aparte las cuestiones criminales, todavía no he tenido oportunidad de evaluar los daños causados a mi propiedad.

—Tiene usted mi seguridad, señor, de que se le compensará por completo.

—Gracias, señor. Pero, ¿qué puede impedir que se presente otro payaso uniformado dentro de veinte minutos, esa vez quizá con una orden? ¡Bueno, ni siquiera tendría necesidad de echar la puerta abajo! Mi castillo continúa violado, abierto a cualquier intruso. Señor secretario, sólo los pocos y preciosos momentos de retraso provocados por el hecho de que mi robusta puerta resulta difícil de derribar impidieron a este truhán sacarme a rastras de aquí antes de que pudiera ponerme en contacto con usted por teléfono… y ya le ha oído decir que aún hay otro como él libre por ahí… con, así lo ha dicho él, órdenes judiciales.

—Doctor, le aseguro que no sé nada de esa orden.

—Órdenes, señor. Dijo «órdenes para varios arrestos». Aunque tal vez el término más adecuado fuera «*lettres de cachet*».

—Eso es una imputación muy seria.

—Se trata de un asunto muy serio. Ya ve lo que me han hecho.

—Doctor, no sé nada de esas órdenes, si es que existen. Pero le garantizo de modo personal que me ocuparé de ello de inmediato, descubriré por qué fueron emitidas, y actuaré en consecuencia. ¿Puedo decir más?

—Puede decir muchísimo más, señor. Yo puedo reconstruir exactamente por qué fueron emitidas esas órdenes. Algún miembro de su servicio, en un exceso de celo, convenció a un juez complaciente para que las emitiera… con el propósito de detener a mis invitados y a mí mismo a fin de interrogarnos con seguridad fuera de la vista de usted. ¡Fuera de la vista de *todo el mundo*, señor! Hablaremos de todos los temas que sean necesarios con *usted*… ¡pero no seremos interrogados por elementos como *éste* —Jubal señaló al mayor con el pulgar— en algún cuarto trasero carente de ventanas!

»Señor, confío, y espero justicia de sus manos… pero si esas órdenes no son canceladas de inmediato, si no se me asegura personalmente a través de su boca, sin que quepa subterfugio posible, que el Hombre de Marte, la enfermera Boardman, y yo mismo, seremos dejados tranquilos, libres de ir y venir sin temor a que alguien nos moleste, entonces… —Jubal se detuvo y se encogió impotente de hombros—, entonces deberé buscar un campeón en alguna otra parte. Usted sabe que hay personas y poderes, al margen de la Administración, que mostrarían un profundo interés en los asuntos del Hombre de Marte.

—Me está usted amenazando.

—No, señor: debato la cuestión con usted. Soy yo quien ha acudido a usted. Deseamos negociar. Pero no podemos hablar libremente si nos sentimos acosados. Se lo suplico, señor… ¡llame de vuelta a sus sabuesos!

Douglas bajó la vista, volvió a alzarla.

—Esas órdenes, en el caso de que haya alguna, no serán utilizadas. Tan pronto como pueda localizarlas serán canceladas.

—Gracias, señor.

Douglas miró al mayor Bloch.

— ¿Insiste usted en encarcelarle localmente?

Jubal le miró con desdén.

— ¿A él? Oh, dejémosle marchar, no es más que un necio con uniforme. Y olvidemos también los daños. Usted y yo tenemos

asuntos más serios que tratar.

—Puede irse, mayor —el oficial de los Servicios Especiales saludó y se fue, con paso excesivamente brusco. Douglas prosiguió —. Consejero, creo que necesitamos hablar personalmente. Los asuntos que usted plantea difícilmente puedan ser solucionados por teléfono.

—Estoy de acuerdo.

—Usted y su… eh, cliente, serán mis invitados en el Palacio. Enviaré mi yate a recogerles. ¿Pueden estar listos dentro de una hora?

Harshaw negó con la cabeza.

—Gracias, señor secretario. Pero no será necesario. Dormiremos aquí… y cuando llegue el momento ya encontraremos algún trineo tirado por perros o algo parecido. No necesita enviar su yate.

El señor Douglas frunció el entrecejo.

— ¡Vamos, doctor! Como usted mismo ha señalado, esas conversaciones tendrán una naturaleza casi diplomática. Al proponer el protocolo adecuado estoy concediendo eso. En consecuencia, se me debe permitir el proporcionar la hospitalidad oficial.

—Bueno, señor, podría señalar que mi cliente ya ha gozado en exceso de la hospitalidad oficial… le costó endiabladamente desembarazarse de ella.

El rostro de Douglas se puso rígido.

—Señor, está usted dando a entender…

—No estoy dando a entender nada. Simplemente digo que Smith ha pasado lo suyo, y que no está acostumbrado a las ceremonias de alto nivel. Dormirá más profundamente aquí, donde se siente como en su casa. Y yo también. Soy viejo, señor; prefiero mi propia cama. O podría señalar que nuestras conversaciones pueden fracasar y mi cliente verse obligado a dirigir la vista hacia otra parte… en cuyo caso me resultaría un tanto violento ser huésped bajo su techo.

El secretario general adoptó una expresión muy hosca.

—Amenaza otra vez. Pensé que confiaba en mí, señor. Le oí decir claramente que estaba «dispuesto a negociar».

—Confío en usted, señor — siempre y cuando me encuentre en igualdad de condiciones, pensó Jubal —. Y, por supuesto, estamos dispuestos a negociar. Pero uso el verbo «negociar» en su sentido original, no en este nuevo significado carente de colmillos de «apaciguamiento». Sin embargo, seremos razonables. De todas maneras, no podremos iniciar enseguida nuestras conversaciones; carecemos de un factor, y por lo tanto debemos esperar. Ignoro durante cuánto tiempo.

— ¿Qué quiere decir?

—Esperamos que la Administración esté representada en esas conversaciones por los delegados que usted elija… y nosotros gozaremos de idéntico privilegio.

—Por supuesto. Pero las delegaciones serán reducidas. Me encargaré personalmente del asunto, con sólo uno o dos ayudantes. El procurador general, pienso… y nuestros expertos en derecho del espacio. Las transacciones requieren grupos reducidos; cuanto más pequeños, mejor.

—Muy cierto. Nuestro grupo será también pequeño. El propio Smith, yo mismo, llevaré un testigo honesto…

— ¡Oh, vamos!

—Un testigo no frena las cosas. Sugiero que usted tenga uno también. Dispondremos de una o dos personas más, tal vez… pero nos falta un hombre clave. Tengo firmes instrucciones de mi cliente acerca de que un individuo llamado Ben Caxton debe estar presente… pero no consigo dar con él.

Jubal, tras pasar horas sumido en las más complejas maniobras para poder soltar aquella observación, esperó ahora con su mejor cara de póquer a ver qué ocurría. Douglas se le quedó mirando con fijeza.

— ¿Ben Caxton? Seguro que no se referirá usted a ese periodista barato, ¿verdad?

—El Ben Caxton al que me refiero es periodista. Tiene una columna con uno de los sindicatos.

— ¡Absolutamente inaceptable!

Harshaw agitó la cabeza.

—Entonces eso es todo, señor secretario. Mis instrucciones son firmes y no me dejan otra alternativa. Lamento haberle hecho perder su tiempo. Le ruego me disculpe… —adelantó la mano como para desconectar el aparato.

— ¡Espere!

— ¿Señor?

— ¡No corte ese circuito! Todavía no he terminado de hablar con usted.

—Pido humildemente perdón al señor secretario general. Esperaremos, por supuesto, hasta que se digne excusarnos.

—Sí, sí, no importan las formalidades. Doctor, ¿lee usted las necedades que salen de ese Capitolio etiquetado como «noticias»?

— ¡Cielos, no!

—Me hubiera gustado que lo hiciera. Es absurdo hablar de tener presente a un periodista en nuestras conversaciones. Les dejaremos entrar más tarde, después de que todo haya sido acordado. Pero, incluso aunque tuviéramos que admitirlos, Caxton no sería uno de ellos. Ese hombre es absolutamente venenoso… un husmeacerraduras de la peor especie.

—Señor secretario, *nosotros* no tenemos nada que objetar a dar toda la publicidad que sea necesaria al asunto. De hecho, insistimos en ello.

— ¡Ridículo!

—Es posible. Pero sirvo a mi cliente como creo que es mejor. Si llegamos a un acuerdo en lo que afecta al Hombre de Marte y al planeta que es su hogar, quiero que todos los habitantes de la Tierra tengan la oportunidad de saber exactamente cómo se hizo y qué se convino. Por el contrario, si no conseguimos alcanzar ese acuerdo,

deseo que la gente se entere de que las conversaciones fracasaron y por qué. No habrá ninguna inquisición, señor secretario.

— ¡Maldita sea, hombre, no he aludido a ninguna inquisición, y usted lo sabe! ¡Simplemente deseo una conferencia tranquila y ordenada, sin codazos de ninguna clase!

—Entonces deje entrar a la prensa, señor, con sus cámaras y sus micrófonos… pero con sus pies y sus codos afuera. Lo cual me recuerda… seremos entrevistados, mi cliente y yo, en una de las cadenas de televisión, a última hora del día de hoy, y anunciaré que deseamos dar una completa publicidad a esas conversaciones.

— ¿Qué? No debe conceder entrevistas *ahora*… eso es contrario al espíritu de este debate.

—Yo no lo veo así. No podemos hablar de esta conversación privada, por supuesto, pero… ¿está sugiriendo que un ciudadano debe pedirle permiso a usted para hablar a la prensa?

—No, claro que no, pero…

—En cualquier caso, me temo que es demasiado tarde. Se han efectuado ya todos los arreglos necesarios, y la única forma que tiene usted de impedirlo consiste en enviar más de esos transportes cargados de esbirros suyos… con o sin órdenes de arresto. Pero me temo que para eso también es demasiado tarde. La única razón que me ha impulsado a mencionárselo es que he pensado que tal vez deseara usted emitir un comunicado a la prensa, como avance de la inminente entrevista, informando al público de que el Hombre de Marte ha regresado de su retiro en los Andes… y está tomando unas vacaciones en el Poconos. De esta manera evitará dar la impresión de que el Gobierno se ha visto tomado por sorpresa. ¿Me sigue?

—Le sigo… demasiado bien —el secretario general miró en silencio a Harshaw por unos momentos, luego dijo—. Espere, por favor —y abandonó por entero la pantalla.

Harshaw hizo una seña a Larry de que se le acercase mientras cubría con la otra mano la toma de sonido del teléfono.

—Mira, hijo —susurró—, con ese transmisor—receptor inutilizado, estoy fanfarroneando a ciegas. No sé si está dispuesto a emitir ese comunicado de prensa que he sugerido… o si ha ido a lanzarnos de nuevo los perros encima mientras me tiene atado al teléfono. Y no lo sabré haga lo que haga. Lárgate a toda velocidad fuera de aquí, llama a Tom Mackenzie por otro teléfono, y dile que si no viene de inmediato aquí y pone en funcionamiento sus aparatos se va a perder la historia más grande desde la caída de Troya. Luego ten cuidado al volver a casa… puede haber polis arrastrándose por todas las rendijas.

—De acuerdo. Pero, ¿cómo llamo a Mackenzie?

—Oh… —Douglas volvía a sentarse frente a la pantalla—. Habla con Miriam. Vuela.

—Doctor Harshaw, acepto su sugerencia. Un comunicado de prensa poco más o menos como usted ha sugerido… más unos cuantos detalles sustanciales —Douglas sonrió cálidamente, en una buena simulación de su «persona pública» más llana—. Y no sirve de nada tomar medias medidas. Puedo ver que, si insiste usted en la publicidad, no hay forma de detenerle, por muy estúpido que sea presentar las conversaciones exploratorias en público. Así que en el comunicado añadiré que la Administración ha dispuesto discutir las relaciones interplanetarias con el Hombre de Marte, tan pronto como éste haya descansado de su viaje, y que la conferencia será pública… *completamente* pública —la sonrisa se le heló en los labios, y dejó de parecer el buen viejo Joe Douglas.

Harshaw sonrió jovialmente, en honesta admiración… porque el viejo bribón había conseguido parar el golpe y convertir una derrota en un buen golpe para la Administración.

— ¡Perfecto, señor secretario! Es mucho mejor si esos asuntos son planteados oficialmente por el Gobierno. ¡Le respaldaremos en toda la línea!

—Gracias. Ahora, respecto a ese individuo, Caxton… Permitir el acceso a la prensa no se aplica en su caso. Puede presenciar la conferencia desde su casa, verla por la estereovisión y urdir sus

mentiras desde ahí… cosa que no dudo que hará. Pero no estará presente en las conversaciones. Lo siento. No.

—Entonces no habrá conversaciones, señor secretario, no importa lo que usted le haya dicho a la prensa.

—Me temo que no me entiende usted, consejero. Ese hombre me resulta ofensivo. Privilegio personal.

—Tiene usted razón, señor. Es cuestión de privilegio personal.

—Entonces no hablemos más del asunto.

—*Usted* no me ha entendido *a mí*. Se trata de hecho de privilegio personal. Pero no de usted. De Smith.

— ¿Eh?

—Usted goza del privilegio de seleccionar sus consejeros que deban estar presentes en esas conversaciones… y puede convocar al propio Diablo en persona, y nosotros no pondremos ninguna objeción. Smith goza del privilegio de seleccionar sus consejeros y hacer que se hallen presentes. Si Caxton no asiste a la conferencia, nosotros no estaremos allí tampoco. De hecho, nos hallará usted al otro lado de la calle, en una conferencia totalmente distinta. Una en la que usted no será bienvenido. Ni siquiera aunque hablase con fluencia el hindi. Ahora, ¿me comprende usted a mí?

Hubo un largo silencio, durante el cual Harshaw pensó clínicamente que un hombre de la edad de Douglas no debería dejarse arrastrar por una ira tan evidente. Douglas no abandonó la pantalla pero consultó en silencio con alguien fuera de ella.

Finalmente habló… al Hombre de Marte. Mike había permanecido frente a la pantalla todo el rato, tan silencioso y al menos tan paciente como el testigo. Douglas le dijo:

—Smith, ¿por qué insiste usted en esa ridícula condición?

Harshaw apoyó una mano en el brazo de Mike y dijo al instante:

— ¡No responda, Mike! —Luego, a Douglas—. ¡Vamos, vamos, señor secretario! No puede preguntarle usted a mi cliente por qué me ha dado determinadas instrucciones. Y déjeme añadir que los estatutos han sido violados con excepcional agravio por el

hecho de que mi cliente ha aprendido nuestro idioma demasiado recientemente y no puede esperarse que sostenga una conversación al mismo nivel que la de usted. Si usted se hubiera tomado la molestia de aprender marciano, le podría permitir que formulase de nuevo la pregunta… en *su* idioma. O tal vez no. Pero ciertamente no en estas condiciones.

Douglas suspiró.

—Muy bien. Podría resultar pertinente que yo le preguntara con qué estatutos ha estado jugueteando *usted* de esta forma tan rápida y elástica… pero no dispongo de tiempo; tengo un Gobierno que dirigir. Cedo. ¡Pero no espere que estreche la mano a Caxton!

—Como usted guste, señor. Ahora volvamos al punto de partida. Estamos encallados. No he conseguido encontrar a Caxton. Su oficina dice que está fuera de la ciudad.

Douglas soltó la carcajada.

—Lo siento, pero ése no es mi problema. Usted insistió en un privilegio… uno que personalmente considero ofensivo. Traiga a quien le plazca. Pero encárguese usted mismo de reclutarlos.

—Razonable, señor, muy razonable. Pero, ¿no estaría dispuesto usted a hacer un favor al Hombre de Marte?

— ¿Eh? ¿Qué favor?

—Las conversaciones no empezarán hasta que se localice a Caxton; esto está claro y fuera de toda discusión. Pero no he conseguido localizarle… y mi cliente se está inquietando. Yo no soy más que un ciudadano particular, pero usted tiene recursos.

— ¿Qué quiere decir?

—Hace unos minutos hablé desdeñosamente de los grupos de Servicios Especiales, llevado por la comprensible ira del hombre al que acaban de echar abajo la puerta de forma violenta. Pero la verdad es que sé que pueden ser asombrosamente eficientes… y cuentan con la colaboración de las fuerzas de policía en todas partes, a nivel local, estatal y nacional, y de todos los departamentos y oficinas de la Federación. Señor secretario, si usted llamara al general de sus Servicios Especiales y le dijera que

estaba ansioso por localizar a un hombre tan rápido como fuera humanamente posible… bueno, señor, eso produciría una actividad más significativa en la próxima hora de la que yo pudiera desarrollar en un siglo.

— ¿Por qué infiernos tendría que alertar yo a las fuerzas policiales de todas partes para que encuentren a un reportero chismoso, sensacionalista y buscador de escándalos?

—No se trata del infierno, mi querido señor; se trata de Marte. Le he pedido que lo considerara como un favor al Hombre de Marte.

—Bueno… es una petición absurda, pero le seguiré la corriente —Douglas miró directamente a Mike—. Sólo como un favor para Smith. Pero espero una colaboración similar cuando se presente el caso.

—Tiene usted mi palabra de que eso facilitará enormemente las cosas.

—Eso espero. No puedo prometer nada. Usted dice que no se le encuentra por ninguna parte. Si es así, puede haberlo atropellado un camión; tal vez esté muerto… y, en ese caso, yo personalmente no lo lamentaría.

Harshaw adoptó una expresión muy grave.

—Confiemos en que no sea así, en bien de todos.

— ¿Qué quiere decir?

—He intentado subrayar esa posibilidad a mi cliente, pero ha sido como gritarle al viento. Simplemente se niega a aceptar la idea —Harshaw suspiró—. Un lío, señor. Si no conseguimos encontrar a ese Caxton, eso es lo único que tendremos entre las manos: un verdadero lío.

—Bueno… lo intentaré. Pero no espere milagros, doctor.

—No yo, señor. Mi cliente. Tiene un punto de vista muy marciano: *espera* milagros. Recemos para que se produzca uno.

—Tendrá noticias mías. Es todo lo que puedo decir.

Harshaw hizo una inclinación de cabeza, sin levantarse.

—Siempre a sus órdenes, señor.

Cuando la imagen del secretario general se borró de la pantalla, Jubal suspiró y se puso en pie, y se encontró de pronto con los brazos de Gillian rodeando su cuello.

— ¡Oh, Jubal, es usted *maravilloso*!

—Aún no hemos salido del bosque, chiquilla.

—Lo sé. Pero si algo puede salvar a Ben, usted acaba de hacerlo —y le besó.

— ¡Hey, nada de eso! Yo ya era un zorro viejo antes de que usted naciera. Así que será mejor que muestre un cierto respeto hacia mis años —le devolvió el beso, cuidadosa y concienzudamente—. Eso es sólo para quitarme el mal sabor de boca que me ha dejado Douglas; entre lanzarle patadas y besarle estaba empezando a sentir náuseas. Ahora será mejor que vaya a besuquear a Mike. Se lo merece… por haber guardado silencio mientras escuchaba mis condenadas mentiras.

— ¡Oh, lo haré! —Jill soltó a Harshaw y rodeó con sus brazos al Hombre de Marte—. ¡Qué maravillosas mentiras, Jubal! —besó a Mike.

Jubal observó con profundo interés mientras Mike iniciaba por su cuenta la segunda parte del beso, ejecutándola solemnemente, pero no como un novato… torpemente, decidió Harshaw, pero sin entrechocar de narices ni retrocesos. Le concedió un notable menos, con un sobresaliente por el esfuerzo.

—Hijo —murmuró—, sigue usted sorprendiéndome. Esperaba que esto hiciera que se enrollara en uno de sus desmayos.

—Eso hice —respondió Mike muy serio, sin soltar a Jill—, la primera vez.

— ¡Vaya! Mis felicitaciones, Jill. ¿Fue corriente alterna o corriente continua?

—Jubal, es usted un fastidio, pero le quiero de todos modos y me niego a enojarme con usted. Mike se alteró un poco en una ocasión… pero ya no le ocurre lo mismo, como puede comprobar.

—Sí —admitió Mike—, es algo estupendo. Para los hermanos de agua significa un acercamiento. Se lo demostraré.

Soltó a Jill. Jubal se apresuró a alzar las manos, con las palmas por delante.

—No.

— ¿No?

—No le sepa mal. Pero se sentiría decepcionado, hijo. Es un acercamiento para los hermanos de agua sólo si son chicas jóvenes y hermosas… como Jill.

—Hermano Jubal, ¿habla usted correctamente?

—Hablo correctamente. Bese a las muchachas todo cuanto quiera… siempre es mucho mejor que darle a las cartas.

— ¿Perdón?

—Es una forma estupenda de acercarse… pero sólo con las chicas. Hum… —Jubal miró a su alrededor—. Me pregunto si ese fenómeno de la primera vez podría repetirse. Dorcas, necesito tu ayuda en un experimento científico.

— ¡Jefe, no soy un conejillo de Indias! Por mí puede irse usted al infierno.

—A su debido tiempo lo haré, no lo dudes. No será difícil, muchacha; Mike no sufre enfermedades contagiosas, o no le hubiera permitido utilizar la piscina… lo cual me recuerda: Miriam, cuando regrese Larry, dile que quiero que vacíe, limpie y vuelva a llenar la piscina esta noche… ya no necesitamos el agua turbia. ¿Y bien, Dorcas?

— ¿Cómo sabe que será nuestra *primera* vez?

—Eso es fácil de averiguar. Mike, ¿ha besado alguna vez a Dorcas?

—No, Jubal. Hasta hoy no he sabido que Dorcas es también mi hermano de agua.

— ¿Lo es?

—Sí, Dorcas y Anne y Miriam y Larry. Son sus hermanos de agua, hermano Jubal.

—Hum, sí. Correcto en esencia.

—Sí. Es la esencia, la asimilación… no el compartir el agua. ¿Hablo correctamente?

—Muy correctamente, Mike.

—Ellos son sus hermanos de agua —Mike hizo una pausa para pensar en las palabras—. En asociación concatenada, pues, son también mis hermanos —Mike miró a Dorcas—. Para los hermanos, acercarse es bueno. Pero yo no lo sabía.

— ¿Y bien, Dorcas? —insistió Jubal.

— ¿Eh? ¡Oh, cielos! ¡Jefe, es usted el tipo más incordiador del mundo! Pero Mike no incordia en absoluto. Es dulce —se acercó al Hombre de Marte, se alzó de puntillas y levantó los brazos—. Béseme, Mike.

Mike obedeció. Durante varios segundos se «acercaron». Dorcas se desmayó.

Jubal se dio cuenta e impidió que cayera al suelo, puesto que Mike era demasiado inexperto en estas situaciones. Luego Jill tuvo que hablar apresurada y secamente a Mike para impedir que sus temblores se convirtieran en retraimiento cuando vio lo que le había ocurrido a Dorcas. Por suerte, Dorcas recuperó el sentido al poco rato y pudo tranquilizar a Mike asegurándole que se encontraba bien, que realmente se habían «acercado», y que estaba dispuesta de muy buen grado a acercarse de nuevo… pero que antes necesitaba recobrar el aliento.

— ¡Uau!

Miriam había estado observando todo aquello con los ojos muy abiertos.

—Me pregunto si yo tendría el valor de arriesgarme.

—Por antigüedad, por favor —intervino Anne—. Jefe, ¿ya no me necesita en calidad de testigo?

—Por el momento no, al menos.

—Entonces sosténgame la toga —se la quitó—. ¿Quién quiere apostar?

— ¿A qué?

—Ofrezco siete a dos a que yo *no* me desmayo… pero no me importaría perder.

—Hecho.

—Dólares, no billetes de cien. Querido Mike… acerquémonos *mucho*.

A su debido tiempo, Anne se vio obligada a ceder por pura hipoxia, puesto que Mike, con su adiestramiento marciano, era capaz de resistir mucho más rato sin oxígeno. Jadeó en busca de aire y dijo:

—No estaba preparada, jefe. Creo que voy a darle otra oportunidad de recuperar su dinero.

Se dispuso a ofrecer de nuevo su rostro a Mike, pero Miriam le dio unos golpecitos en el hombro.

—Fuera.

—No seas tan ansiosa.

—He dicho «fuera». A la cola, muchacha —insistió Miriam.

— ¡Oh, está bien! —Anne ofreció un rápido beso a Mike y se dio por vencida. Miriam ocupó su lugar, le sonrió y no dijo nada. No fue necesario; se acercaron, y siguieron acercándose.

— ¡Primera!

Miriam miró a su alrededor.

—Jefe, ¿acaso no ve que estoy ocupada?

— ¡Está bien, está bien! Pero quítate del campo… contestaré yo mismo al teléfono.

—De veras, no lo había oído.

—Evidentemente. Pero al menos por un tiempo hemos de dar la sensación de que tenemos un mínimo de dignidad aquí… puede ser el secretario general. Así que fuera del campo.

Pero era Mackenzie.

—Jubal, ¿qué demonios pasa?

— ¿Alguna dificultad?

—Hace unos momentos recibí una llamada loca de un tipo joven que aseguró que hablaba en tu nombre y me urgió a dejarlo todo y salir a escape, porque finalmente tenías algo para mí. Puesto que ya había ordenado a una unidad móvil que se trasladase a tu casa…

—Aquí no ha llegado nadie.

—Ya lo sé. Llamaron, después de vagar por alguna parte al norte de tu residencia. Nuestro despachador les concretó mejor las señas, y llegarán de un momento a otro. Intenté dos veces ponerme en comunicación contigo, pero tu circuito estaba ocupado. ¿Qué es lo que me he perdido?

—Todavía nada.

Jubal meditó sobre aquello. Maldición, hubiera debido hacer que alguien monitorizara la caja de parloteos. ¿Había emitido ya Douglas el comunicado de prensa? ¿Se había comprometido? ¿O se presentaría una nueva manada de polis en cualquier momento? ¡Y mientras, los chicos jugaban a la estafeta de correos! Jubal, te estás volviendo senil.

— Y no estoy seguro de que vaya a ocurrir algo, todavía no — dijo —. ¿Ha habido algún comunicado o noticia especial en el transcurso de la última hora?

—Bueno, no… Oh, sí, una cosa: el Palacio ha anunciado que el Hombre de Marte ha regresado al norte y está descansando en el… ¡Jubal! ¿Estás mezclado en eso?

—Espera un momento. Mike, ven aquí. Anne, coge tu toga.

—Ya la tengo, jefe.

—Mackenzie, te presento al Hombre de Marte.

Mackenzie dejó colgar la mandíbula, luego sus reflejos profesionales acudieron en su ayuda.

—Espera un momento. Espera aquí y déjame enfocar una cámara sobre eso. Tomaremos imágenes planas, directamente a través del teléfono… y las repetiremos en estereovisión tan pronto como esos payasos míos se presenten ahí. Jubal… ¿puedo dar eso por seguro? No me… no me…

— ¿Hacerte una mala jugada con un testigo honesto junto a mi codo? Sí, lo haría, si fuese necesario. Pero no te estoy obligando a nada. De hecho, podemos esperar y contactar con la *Argus* y la *Trans—Planet*.

— ¡Jubal! No puedes hacerme esto.

—Y no lo haré. El acuerdo con todos vosotros consistió en monitorizar lo que las cámaras vieran cuando yo diese la señal. Y utilizarlo si merecía la pena. Pero no prometí conceder entrevistas adicionales… y la *New World* puede conseguir esta entrevista, oh, digamos treinta minutos antes que la *Argus* y la *Trans—P*… si tú quieres — añadió, luego —. No sólo nos cediste todo el equipo para este enlace, sino que además me ayudaste mucho personalmente, Tom. No puedo expresarte lo mucho que me ayudaste.

— ¿Te refieres, eh… a ese número de teléfono?

— ¡Exacto!

— ¿Dio resultado?

—Lo dio. Pero no admito preguntas sobre *eso*, Tom. No al aire. Pregúntamelo en privado dentro de un año.

—Oh, ya no me acordaré. Mantén tu boca cerrada y yo mantendré la mía. Ahora no te vayas…

—Otra cosa. Esa cinta de mensajes que tienes, para emitirlos también a mi señal: asegúrate de que no sean lanzados. Envíamelos de vuelta.

— ¿Eh? De acuerdo, de acuerdo… los guardo en mi propio escritorio; estabas tan preocupado al respecto… Jubal, tengo la cámara enfocada a la pantalla del teléfono. ¿Podemos empezar?

—Adelante, dispara.

— ¡Y voy a realizar *esto* personalmente! —Mackenzie volvió su rostro hacia un lado y, al parecer, miró hacia su cámara—. ¡Primicia informativa! Aquí su reportero de la NWNW transmitiendo desde el lugar donde arde la noticia. ¡Acaba de telefonearles el Hombre de Marte a través de esta emisora, y desea dirigirles la palabra a ustedes! Corten. Monitor, inserta unas cuantas

ráfagas de noticias y un agradecimiento al patrocinador. Jubal, ¿debo hacer alguna pregunta especial?

—No le preguntes nada sobre América del Sur; no es un turista. La natación es el tema más seguro. También puedes preguntarme a mí acerca de sus planes futuros.

—De acuerdo. Fin del inserto. ¡Amigos, están ustedes cara a cara y voz a voz con Valentine Michael Smith, el Hombre de Marte! Como ya informó anteriormente la NWNW, siempre a la cabeza en ofrecer toda noticia importante, el señor Smith acaba de regresar de su solitario retiro en las cumbres andinas… y aquí estamos nosotros, dándole la bienvenida. Salude a sus amigos, señor Smith…

—Saluda con la mano al teléfono, hijo. Sonríe y mueve el brazo — dijo Jubal en voz baja a Mike..

—Gracias, Valentine Michael Smith. Todos nos alegramos de verle tan saludable y bronceado. Tengo entendido que ha estado acumulando fuerzas, aprendiendo a nadar, ¿es así?

— ¡Jefe! Visitantes. O algo por el estilo.

—Corten antes de la interrupción… después de la palabra «así». ¿Qué demonios ocurre, Jubal?

—Tengo que verlo. Jill, hágase cargo de Mike… puede tratarse de otra invasión.

Pero no lo era. Se trataba de la unidad móvil de la NWNW que tomaba tierra —y de nuevo resultaron dañados los macizos de rosas —, y de Larry que volvía de telefonear a Mackenzie, y de Duque que regresaba a casa. Mackenzie decidió terminar enseguida la entrevista telefónica, plana y en blanco y negro, puesto que ahora quedaba asegurada la profundidad de imagen y el color a través de la unidad móvil, y mientras tanto su equipo técnico revisaría el problema con el equipo prestado a Jubal. Larry y Duque se fueron con ellos.

La entrevista terminó de una manera anodina, con Jubal desviando algunas preguntas que Mike no llegó a entender; Mackenzie la remató con la promesa de que dentro de treinta

minutos seguiría una entrevista especial, con color y profundidad, al Hombre de Marte:

— ¡Mantengan sintonizada esta emisora!

Se quedó en el teléfono y aguardó el informe de sus técnicos, cosa que hizo el jefe del equipo casi de inmediato:

—No hay nada que vaya mal en el transmisor—receptor, señor Mackenzie, ni en ninguna parte de la instalación.

—Entonces, ¿qué fue lo que se estropeó antes?

El técnico miró a Larry y a Duque, luego sonrió.

—Nada. Pero suele funcionar mejor si se conecta a la energía eléctrica. El interruptor en el tablero estaba desconectado.

Harshaw intervino para parar una pelea entre Larry y Duque, que parecían referirse a los méritos relativos de varios tipos de idiotez crónica antes que a la cuestión de si Duque dijo, o no, a Larry que el interruptor de un circuito determinado debía conectarse si se anticipaba que el equipo prestado iba a ser utilizado. El aspecto de *showman* de la personalidad de Jubal lamentó que «el más espléndido espectáculo improvisado desde que Elías les ganara la mano a los sacerdotes de Baal» se hubiera perdido para las cámaras. Pero el maquinador político que había en él se sintió aliviado de que ese fallo hubiera mantenido los curiosos talentos de Mike en un discreto silencio. Jubal anticipaba que todavía podía necesitarlos como un arma secreta… sin mencionar lo poco deseable de tener que explicar a unos escépticos desconocidos el paradero actual de unos cuantos policías, más dos vehículos de transporte aéreo.

En cuanto a lo demás, simplemente confirmaba su propia convicción de que la ciencia y la invención habían llegado a su cúspide con el modelo T de la Ford, y que desde entonces se había iniciado su creciente y firme decadencia.

Y, además, Mackenzie deseaba seguir adelante con la entrevista en color y profundidad. La realizaron con un mínimo de ensayo, y Jubal tan sólo se aseguró de que no se efectuaran preguntas que pudieran trastornar la ficción pública de que el

Hombre de Marte acababa de regresar de América del Sur. Mike dedicó un saludo a sus amigos y hermanos de la *Champion*, incluido uno al doctor Mahmoud en gutural y raspante marciano. Jubal decidió que Mackenzie había recibido más que un justo pago por su dinero.

* * *

Finalmente la casa quedó tranquila de nuevo. Jubal dispuso el teléfono para que no admitiese llamadas en el transcurso de las dos horas siguientes, se levantó, se estiró, suspiró y sintió un enorme cansancio, y se preguntó si no se estaría volviendo viejo.

— ¿Dónde está la cena? ¿A cuál de vosotras, muchachas, se supone que le tocaba hoy el turno de cocina? ¿Y por qué no ha cumplido con sus obligaciones? ¡Chicas, esta casa está cayendo en la degeneración y en la ruina!

—Esta noche me tocaba a mí hacer la cena —repuso Jill—, pero…

— ¡Excusas, siempre excusas!

—Jefe —intervino secamente Anne—, ¿cómo espera que una persona cocine si la tiene usted ocupada con otras cosas sin poder salir de su estudio durante toda la tarde?

—Ése es un problema insignificante —gruñó Jubal, hosco—. Quiero que quede bien claro que, aunque se desate el Armagedón sobre esta propiedad, espero que la comida esté caliente y en su sitio en el momento en que suene la última trompeta. Por otra parte…

—Por otra parte —completó Anne—, no son más que las siete y cuarenta, de modo que queda el tiempo suficiente para tener la cena preparada a las ocho. Así que deje de lloriquear, jefe, hasta que tenga algo concreto sobre lo que hacerlo. Viejo llorica.

— ¿De veras sólo son las ocho menos veinte? Parece como si hubiera transcurrido una semana desde el almuerzo. De todos modos, no me habéis dejado una civilizada cantidad de tiempo para tomar una copa antes de la cena.

— ¡Oh, pobrecito!

—Que alguien me prepare una copa. Que todo el mundo beba algo. Ahora que lo pienso mejor, saltémonos la cena formal y bebámonosla; empiezo a sentirme tan tenso como la cuerda de una tienda de campaña en un día de lluvia. Anne, ¿crees que estamos bien surtidos para un *smórgasboard*?

—Surtidísimos.

—Entonces, ¿por qué no descongelamos dieciocho o diecinueve cosas y las esparcimos por ahí, y dejamos que cada cual coma lo que le venga en gana? ¿Para qué tanta discusión?

—Ahora mismo —asintió Jill.

Anne se empinó para darle un beso en la calva.

—Jefe, ha actuado usted noblemente. Le alimentaremos y le emborracharemos y le meteremos en la cama. Espere, Jill, la ayudaré.

— ¿Puedo ayudar yo también? —se ofreció ansiosamente Smith.

—Por supuesto, Mike. Usted puede llevar las bandejas. Jefe, la cena se servirá junto a la piscina. La noche es calurosa.

— ¿Dónde si no?

Cuando los demás hubieron salido, Jubal le preguntó a Duque:

— ¿Dónde diablo estuviste?

—Reflexionando.

—No vale la pena. Sólo hace que uno se sienta descontento de lo que ve a su alrededor. ¿Algún resultado?

—Sí —dijo Duque—. He llegado a la conclusión de que, lo que Mike coma o no coma, no es asunto mío.

— ¡Felicidades! El deseo de no meterse en los asuntos de los demás constituye el ochenta por ciento de toda la sabiduría

humana… y el otro veinte por ciento no es muy importante.

—Pero… usted se mete en los asuntos de los demás, todo el tiempo.

— ¿Y quién ha dicho que yo sea sabio? Soy un mal ejemplo profesional. Puedes aprender mucho observándome. O escuchándome. O las dos cosas.

—Jubal, si me dirigiera a Mike y le ofreciera un vaso de agua, ¿supone que aceptaría él toda la rutina del asunto?

—Estoy seguro de que sí. Duque, casi la única característica humana que parece poseer Mike es un abrumador deseo de ser querido. Pero quiero estar seguro de que te das perfecta cuenta de lo serio que es todo el asunto para él. Yo acepté la hermandad del agua con Mike antes de comprender su significado… y me he visto más y más enmarañado en sus responsabilidades a medida que asimilaba más de todo ello. Te tendrás que comprometer a no mentirle nunca, a no engañarle ni decepcionarle nunca, a mantenerte firme a su lado pase lo que pase… porque eso es exactamente lo que él hará contigo. Vale más que pienses bien en ello antes.

—Ya he estado pensando en ello, todo el día. Jubal, hay algo en Mike que hace que uno *desee* cuidarle.

—Lo sé. Probablemente nunca te habías encontrado con una honestidad tan absoluta antes… lo sé, yo tampoco. Inocencia. Mike no ha probado nunca el fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal… así que nosotros, que sí lo hemos hecho, no comprendemos qué le hace seguir funcionando. Bueno, decide tú mismo. Espero que no lo lamentes nunca —Jubal alzó la mirada—. ¡Oh, ahí estás! Pensé que te habías puesto a destilarlo.

—No podía encontrar un sacacorchos —respondió Larry.

—De nuevo las cuestiones mecánicas. ¿Por qué no arrancaste el gollete de un mordisco? Duque, encontrarás algunos vasos ahí arriba, detrás de *La anatomía de la melancolía*…

—Sé dónde los esconde.

—…y tomaremos un trago rápido antes de bajar a beber de verdad —Duque llevó los vasos; Jubal sirvió la bebida y alzó el suyo—. La dorada luz del sol de Italia congelada en lágrimas. He aquí la hermandad alcohólica… mucho más adecuada para la fragilidad del alma humana que la de cualquier otra clase.

—Salud.

—Alegría.

Jubal dejó resbalar lentamente el líquido garganta abajo.

— ¡Ah! —exclamó, satisfecho, y eructó—. Después ofrécele un poco a Mike, Duque, y déjale que se entere de lo estupendo que resulta ser humano. Me hace sentir creativo. ¡Primera! ¿Por qué nunca están cerca esas muchachas cuando las necesito? ¡Primera!

—Sigo siendo «primera» —respondió Miriam desde la puerta —, pero…

—Lo sé. Y yo estaba diciendo: «…a qué extraño y agridulce destino iba a conducirme mi ambición de chiquilla…»

—Pero… ya terminé yo esa historia mientras usted hablaba con el secretario general.

—Entonces ya no eres «primera». Envíala.

— ¿No quiere leerla primero? De todas formas, tengo que revisarla… besar a Mike me ha proporcionado una nueva perspectiva interna respecto a ella.

Jubal se estremeció.

— ¿Leerla? ¡Buen Dios, no! Ya es bastante malo escribir una cosa así. Y no te molestes siquiera en revisarla, y menos para que los hechos encajen. Hija mía, una historia de confesiones verídicas nunca debe verse mancillada por el tinte de la verdad.

—De acuerdo, jefe. Anne dice que si quiere usted bajar a la piscina a tomar un bocado antes de cenar, puede hacerlo.

—No puede haber elegido mejor momento. ¿Trasladamos nuestra reunión a la terraza, caballeros?

En la piscina, la pequeña fiesta progresó líquidamente, con bocados de pescado y otros comestibles escandinavos altamente

calóricos para añadir un poco de sabor. A instancias de Jubal, Mike probó el coñac, un poco rebajado con agua. Halló el resultado en extremo inquietante, así que analizó los trastornos, añadió oxígeno al etanol en un proceso interno de fermentación invertida, y lo convirtió en glucosa y agua, que no le producían ningún trastorno.

Jubal había estado observando con interés los efectos de la primera copa de licor sobre el Hombre de Marte… vio que se emborrachaba casi de inmediato y comprobó que se serenaba con la misma rapidez. En un intento por comprender lo que había ocurrido, Jubal animó a Mike a que bebiera más coñac… cosa que éste aceptó, puesto que se lo ofrecía su hermano de agua. Mike ingirió una extravagante cantidad de espléndido licor importado antes de que Jubal se diera por vencido y llegara a la conclusión de que era imposible emborracharle.

Cosa que no ocurrió con el propio Jubal, pese a sus años de alternar con él; mantenerse sociable con Mike durante el experimento embotó el filo de sus sentidos. Así, cuando intentó preguntarle a Mike qué había hecho, Smith pensó que le preguntaba acerca de la incursión de los hombres de los Servicios Especiales… respecto a lo cual Mike se sentía latentemente culpable. Intentó explicarse y, de ser necesario, recibir el perdón de Jubal.

Jubal le interrumpió en cuanto se dio cuenta de qué estaba hablando el muchacho.

—Hijo, no quiero saber lo que hizo ni cómo lo hizo. Lo que hizo en aquel momento fue justo lo que necesitábamos… perfecto, sólo perfecto. Pero… —parpadeó como un búho—. No me lo cuente. No se lo diga nunca *a nadie*.

— ¿No?

—No. Es la más maldita cosa que haya presenciado nunca desde que mi tío el de las dos cabezas debatió la acuñación libre de la plata y se refutó a sí mismo de un modo triunfante. Cualquier explicación lo estropearía todo.

—No asimilo.

—Ni yo. Así que no nos preocupemos y tomemos otro trago.

Cuando la fiesta seguía aún en su camino ascendente hacia el apogeo, empezaron a llegar los reporteros y periodistas. Jubal los recibió a todos con una cortés dignidad, les invitó a comer algo, a beber y a relajarse… pero sin permitir que les acosaran, ni a él ni al Hombre de Marte.

Los que no siguieron sus instrucciones fueron arrojados a la piscina.

Al principio Jubal mantuvo a Larry y a Duque a sus flancos para administrar los bautismos cuando eran necesarios. Pero, mientras que algunos de los desafortunados importunos se enfurecían y amenazaban con múltiples y variadas cosas que no interesaban a Jubal — excepto para prevenir que Mike diera alguno de sus pasos en falso —, otros se relajaron a lo inevitable y se añadieron voluntarios al pelotón de inmersores con el fanático entusiasmo de los prosélitos… De hecho, Jubal tuvo que impedirles que lanzasen al agua por tercera vez al decano de los articulistas del *New York Times*.

Ya avanzada la velada, Dorcas salió de la casa, buscó a Jubal y le susurró al oído:

—Al teléfono, jefe.

—Toma el mensaje.

—Tiene que contestar usted, jefe.

— ¡Contestaré con un hacha! Duque, tráeme un hacha. He tratado de desembarazarme de esa Doncella de Hierro desde hace tiempo… y esta noche me siento de humor.

—Jefe… *querrá* hablar con éste. Es el hombre con el que estuvo hablando tanto rato esta tarde.

— ¡Vaya! ¿Y por qué no lo dijiste antes? —Jubal subió con paso vacilante la escalera, se aseguró de que la puerta del estudio quedara cerrada con llave a sus espaldas y se dirigió al teléfono. Otro de los untuosos acólitos de Douglas ocupaba la pantalla, pero fue reemplazado enseguida por Douglas.

—Le ha tomado mucho tiempo contestar al teléfono.

—Es mi teléfono, señor secretario. A veces ni siquiera me molesto en contestar.

—Eso parece. ¿Por qué no me dijo que ese tipo Caxton era un alcohólico?

— ¿Lo es?

— ¡Desde luego que sí! No había desaparecido… no en el sentido habitual. Estaba sumido en una de sus habituales y tremendas borracheras. Fue localizado durmiéndola en un tugurio infecto de Sonora.

—Me alegra saber que lo encontraron. Gracias, señor.

—Fue apresado bajo la acusación técnica de «vagancia». Sin embargo, no se seguirá adelante con la acusación; le será entregado a usted.

—No sabe cuánto le agradezco el favor, señor.

— ¡Oh, no es enteramente un favor! Se lo voy a entregar en el mismo estado en que fue encontrado: sucio, sin afeitar y, según tengo entendido, apestando a taberna. Quiero que vea usted por sí mismo la clase de individuo que es.

—Muy bien, señor. ¿A qué hora podemos esperarle?

—Supongo que en cualquier momento a partir de ahora. Despegó un correo flecha de Nogales hace algún tiempo. A tres Mach o incluso más, pronto debería sobrevolar su residencia. El piloto tiene instrucciones de entregárselo a cambio del correspondiente recibo.

—Lo tendrá.

—Ahora, consejero… una vez entregado, me lavo las manos sobre ello. Confío en que usted y su cliente se presenten a las conversaciones, tanto si traen consigo a ese libelista borracho como si no.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

— ¿Le parece bien mañana a las diez? Aquí.

—«Las cosas se hacen mejor cuanto antes se hagan». De acuerdo.

Jubal volvió abajo y se detuvo en la rota puerta de la casa.

— ¡Jill! Venga aquí, chiquilla.

—Sí, Jubal —trotó hacia él, con un reportero a su lado en formación cerrada.

Jubal le hizo señas al hombre para que se alejara.

—Es privado —le dijo con firmeza—. Asuntos de familia. Váyase a tomar una copa.

— ¿La familia de quién?

—Un difunto en la de usted, si insiste. ¡Largo! —el periodista sonrió y se fue. Jubal se inclinó sobre Gillian y dijo en voz baja—. Funcionó. Está a salvo.

— ¿Ben?

—Sí. Pronto estará aquí.

— ¡Oh, Jubal! —se echó a llorar.

Él la sujetó por los hombros.

—Basta —dijo firmemente—. Vaya dentro y quédese allí hasta que se haya controlado. Esto no es para la prensa.

—Sí, Jubal. Sí, jefe.

—Eso está mejor. Vaya a llorar en su almohada y después lávese la cara —Salió a la piscina—. ¡Silencio todo el mundo! ¡Silencio! Tengo algo que anunciarles. Hemos disfrutado con su compañía, pero la fiesta ha terminado.

— ¡Buuu!

—Que alguien eche a ése a la piscina. Tengo trabajo que hacer mañana a primera hora, soy viejo y necesito descansar. Y lo mismo mi familia. Por favor, váyanse en silencio y tan rápido como puedan. Café cargado para quien lo necesite… pero eso es todo. Duque, pon el tapón en esas botellas. Muchachas, retirad lo que queda de comida.

Hubo algunos refunfuños menores, pero los más responsables apaciguaron a sus colegas. En diez minutos volvían a estar solos.

Caxton llegó al cabo de veinte minutos. El agente de los Servicios Especiales al mando del vehículo aceptó en silencio la

firma y la huella del pulgar de Harshaw en el recibo que ya llevaba preparado y se marchó de inmediato, mientras Jill sollozaba en el hombro de Ben.

Jubal observó al periodista a la luz procedente de la piscina.

—Ben, está hecho un asco. Me han dicho que se pasó una semana borracho… y lo parece.

Caxton maldijo, de una forma fluente y abundante, mientras seguía palmeando la espalda de Jill.

—Estoy terriblemente borracho —dijo con voz estropajosa—, pero no he bebido ni una sola gota.

— ¿Qué sucedió?

—No lo sé.

Una hora después, el estómago de Ben había sido concienzudamente lavado — alcohol y jugos gástricos, nada de comida — y Jubal le administró inyecciones compensadoras del alcohol y barbitúricos; ahora estaba bañado, afeitado, vestido con ropas limpias prestadas que no le iban demasiado bien, y había conocido al Hombre de Marte y sido puesto someramente al día de los acontecimientos, mientras ingería leche y comida blanda.

Pero era incapaz de decirles lo que le había ocurrido. Para Ben, la última semana no había transcurrido… Había perdido el sentido en un aerotaxi en Washington; lo habían despertado, borracho, hacía dos horas.

—Por supuesto, *sé* lo que ocurrió. Me mantuvieron drogado y en una habitación completamente a oscuras… y luego me sacaron del país. Recuerdo vagamente algo. Pero no puedo demostrar nada. Y están el jefe del pueblo y la dueña del garito… además de, seguramente, otros muchos testigos… que jurarán cómo pasó el tiempo aquel gringo. Y no puedo hacer nada en contra de sus declaraciones.

—Entonces no lo haga —aconsejó Harshaw—. Relájese y sea feliz.

— ¡Y un cuerno! ¡Me saldré con la mía! Conseguiré que…

—Vamos, vamos. Ha ganado, Ben. Está vivo… y yo hubiera apostado en contra de eso hace apenas unas horas. Además, Douglas va a hacer exactamente lo que yo deseo que haga, y usted sonreirá y lo disfrutará.

—Quiero hablar sobre eso. Opino que…

—Y yo opino que debe irse a la cama. Con un vaso de leche caliente, para disimular el sabor del Ingrediente Secreto del Viejo Doctor Harshaw para bebedores.

Poco después, Caxton estaba en la cama y empezaba a roncar. Jubal se dirigía también a sus aposentos cuando tropezó con Anne en el pasillo de arriba. Agitó cansado la cabeza.

—Vaya día, muchacha.

—Sí, desde todos lados. No me lo hubiera perdido por nada… pero no quiero que se repita. Váyase a dormir, jefe.

—En un momento. Anne, dime una cosa. ¿Qué tiene de especial la forma en que besa ese muchacho?

Anne puso expresión soñadora, y la cara se le llenó de hoyuelos.

—Debería haberlo probado cuando él le invitó.

—Soy demasiado viejo para cambiar mis costumbres. Pero estoy interesado en todo lo relativo a ese muchacho. ¿Hay en realidad algo distinto en él?

Anne meditó la pregunta.

—Sí.

— ¿Qué?

—Mike pone toda su atención en el beso.

— ¡Oh, mierda! También yo. O la ponía.

Anne negó con la cabeza.

—No. Algunos hombres lo intentan. Me han besado hombres que hacían un buen trabajo, debo reconocerlo. Pero realmente no ponen toda su atención en el acto de besar a una mujer. No *pueden*. No importa lo mucho que se esfuercen, siempre hay algunas partes de su cerebro que están en otro lugar. En perder el último autobús

quizá… o en sus posibilidades de conseguir a la chica… o en su propia técnica del beso… o acaso se preocupan por sus empleos, por el dinero, o porque pueda sorprenderles el marido, el padre o algún vecino. O algo. Mike no posee ninguna técnica… pero cuando la besa a una no está haciendo *nada* más. Absolutamente nada. Una se convierte en todo su universo en aquel momento… y el momento es eterno porque él no tiene ningún plan ni intención de ir a ninguna otra parte. Sólo besarla a una —se estremeció—. Una mujer se da cuenta de estas cosas. Es algo abrumador.

—Hum…

— ¡Nada de «hum» conmigo, viejo libertino! Usted no lo comprende.

—No. Y lamento confesar que probablemente nunca lo haré. En fin, buenas noches… y oh, a propósito… he dicho a Mike que esta noche ponga el cerrojo en su puerta.

Anne le hizo una mueca.

— ¡Aguafiestas!

—Está aprendiendo muy deprisa. No conviene empujarle demasiado.

OceanofPDF.com

18

La conferencia fue aplazada hasta la tarde, luego vuelta a aplazar rápidamente hasta la mañana siguiente, lo cual dio a Caxton veinticuatro horas extra que necesitaba desesperadamente para recuperarse, para informarse de todo lo ocurrido durante la semana que se había perdido, y para tener la posibilidad de «acercarse» al Hombre de Marte; ya que Mike asimiló enseguida que Jill y Ben eran «hermanos de agua», consultó con Jill, y ofreció solemnemente agua a Ben.

Ben había sido puesto ya al corriente por Jill. Aceptó el agua con la misma solemnidad y sin reservas mentales, tras un profundo análisis interior en el que decidió que su propio destino estaba de hecho ligado al del Hombre de Marte, a través de su propia iniciativa antes incluso de conocer a Mike.

Pero tuvo que enterrar a las profundidades de su alma una inquieta sensación antes de conseguir hacer eso. Finalmente decidió que eran simples celos y, por ello mismo, tenían que ser cauterizados. Había descubierto que le irritaba la intimidad que se había desarrollado entre Mike y Jill. Se dio cuenta de que su propia personalidad de soltero se había visto cambiada por una semana de olvido involuntario; descubrió que deseaba casarse, y con Jill.

Se lo propuso de nuevo, esta vez sin ningún rastro de broma, tan pronto como consiguió estar con ella a solas. Jill desvió la vista.

—Por favor, Ben.

— ¿Por qué no? Soy solvente. Tengo un buen trabajo, gozo de buena salud… o gozaré de ella tan pronto como expulse de mi

organismo esas condenadas drogas de la verdad que me inocularon, y, puesto que aún no lo he hecho, me veo sometido a la compulsión de decir siempre la verdad. Te quiero. Deseo casarme contigo y frotar tus pobres piececitos cansados. Así que, ¿por qué no? No tengo ningún vicio que tú no compartas, y nos las arreglaríamos juntos mucho mejor que la mayoría de las parejas casadas ¿Soy demasiado viejo para ti? ¿O acaso piensas casarte con otro?

— ¡Ninguna de las dos cosas! Querido… Ben, te quiero. Pero no me pidas que me case contigo ahora. Tengo responsabilidades.

Caxton no logró hacer tambalear su firmeza. De acuerdo, Mike estaba más cerca de Jill en edad; de hecho casi tenía exactamente su misma edad, lo cual hacía a Ben diez años más viejo que ellos. Pero creía a Jill cuando ella negaba que la edad fuera un factor; la diferencia de edad no era demasiado grande y, considerándolo todo, ayudaba, ya que un marido debe de ser un poco mayor que su esposa.

Pero finalmente se dio cuenta de que el Hombre de Marte no podía ser un rival; tan sólo era un paciente de Jill. Y en este punto, Ben aceptó que un hombre que se casa con una enfermera debe vivir con el hecho de que las enfermeras se sienten maternales con las personas a su cargo. Debe vivir con ello y debe gustarle, añadió para sí, ya que si Gillian no hubiera tenido ese carácter que había hecho de ella una enfermera, él no se habría enamorado. No era su deliciosa figura en forma de ocho — con su trasero que se meneaba con cimbreante sinuosidad cuando andaba —, ni siquiera el aún más placentero panorama que ofrecía su parte mamaria—anterior vista desde la otra dirección. Él no pertenecía, gracias a Dios, al tipo masculino permanentemente infantil, que se interesa sólo en el tamaño de las glándulas mamarias. No; amaba a Jill por sí misma.

Puesto que lo que ella era le impondría la necesidad de quedar en segundo plano de tanto en tanto respecto a los pacientes que la necesitaban — a menos que se retirara, por supuesto, y no podía estar seguro de que la cosa se detuviera ni siquiera entonces, puesto que Jill era Jill —, a Ben no le quedaría más remedio que reprimir los celos hacia el paciente que ocupara su atención en aquellos

momentos. Además, Mike era un muchacho agradable, tan inocente y cándido como Jill se lo había descrito.

Y además, él no le estaba ofreciendo a Jill un lecho de rosas precisamente: la mujer de un periodista en activo tenía que enfrentarse a una serie de problemas que había que tomar en consideración. En ocasiones, él podría estar —*estaría*— ausente durante varias semanas consecutivas, y su horario de trabajo siempre sería irregular. A Ben no le gustaría que Jill se quejara de aquello. Pero Jill no lo haría. Ella no.

Tras llegar a esas conclusiones, Ben aceptó de todo corazón la ceremonia del agua con Mike.

* * *

Jubal necesitaba también aquel día extra para planear su táctica.

—Ben, cuando me echó esta patata caliente en mi regazo, le dije a Gillian que no alzaría un dedo para defender los supuestos «derechos» de ese muchacho. Pero he cambiado de idea. No vamos a permitir que el Gobierno se salga con la suya.

— ¡Desde luego, no esta Administración!

—Ni ésta ni ninguna otra. La siguiente será peor. Ben, subestima usted a Joe Douglas.

—Es un político de distrito barato, y su moralidad hace juego con su condición.

—Sí. Y, además de eso, es ignorante hasta el sexto decimal. Pero también es un jefe mundial bastante capaz y consciente en muchas circunstancias; es mejor de lo que podríamos esperar y probablemente mejor de lo que nos merecemos. Creo que disfrutaría jugar una partida de póquer con él, porque Douglas no haría trampas y pagaría sus deudas con una sonrisa. Oh, ya sé que

es un H de P… pero esas iniciales también puede interpretarse como Hombre de Pueblo. Es medianamente decente.

—Jubal, que me maldiga si le entiendo. Ayer me dijo que estaba razonablemente seguro de que Douglas me hubiera matado, ¡y créame, no estuvo demasiado lejos de ello!, y que había tenido que hacer malabarismos para sacarme con vida del atolladero. Consiguió sacarme, ¡y Dios sabe que se lo agradezco! Pero ¿pretende que olvide ahora que Douglas estaba detrás de todo eso? Si estoy con vida, no es gracias a Douglas precisamente; él hubiera preferido verme muerto.

—Supongo que sí. Pero bueno, todo ha terminado ya. Olvídelo.

— ¡Que me maldigan si voy a olvidarlo!

—Será un tonto si no lo hace. En primer lugar, no puede probar nada. En segundo lugar, no hay motivo para que se sienta agradecido hacia mí, y no permitiré que lance sobre mí esa carga. No lo hice por usted.

— ¿Eh?

—Si es que hice algo, lo hice por una muchachita que estaba a punto de ser arrestada, acusada y tal vez eliminada de un modo muy parecido. Lo hice porque ella era mi invitada y yo me hallaba temporalmente en la situación de *in loco parentis* con respecto a ella. Lo hice porque ella era todo valor y galantería, pero era demasiado ignorante para jugar con una sierra circular; resultaría herida. Pero usted, mi cínico y pecador amigo, se las sabe todas respecto a sierras circulares. Si su descuido asnal le hizo meter las manos en una, ¿quién soy yo para mezclarme con su *karma*? Usted lo eligió.

—Hum. Entiendo su punto de vista. De acuerdo, Jubal, puede irse al infierno por mezclarse con mi *karma*. Si es que tengo uno.

—Ése es un punto discutible. Según tengo entendido, los fatalistas y los partidarios del libre albedrío se hallan aún ligados a la cuarta morada. Por otra parte, no siento el menor deseo de molestar a un hombre que duerme en un albañal. Hasta que no se

demuestre lo contrario, supongo que pertenece a aquel lugar. Hacer el bien me recuerda a tratar la hemofilia: la única cura real consiste en dejar que los hemofílicos se desangren hasta morir, antes de que procreen más hemofílicos.

—También se pueden esterilizar.

— ¿Pretende que me atribuya el papel de Dios? Pero nos estamos apartando del tema. Douglas no intentó asesinarle.

—Dígame quién, entonces.

—Al habla el infalible Jubal Harshaw, pontificando *ex cathedra* desde su ombligo. Mire, hijo, si el ayudante de un sheriff mata a golpes a un prisionero, pueden cubrirse todas las apuestas sobre que las autoridades del condado no lo ordenaron, no sabían nada de ello, y no lo hubiesen permitido de haberlo sabido. En el peor de los casos cerraron los ojos al hecho después, antes que malograr los planes de alguien. Pero el asesinato nunca ha sido una política aceptada en este país.

—Me gustaría enseñarle el trasfondo de cierto número de muertes a las que miré de cerca.

Jubal rechazó aquello con un gesto de la mano.

—Dije que no era una política aceptada. Siempre hemos tenido asesinatos políticos… desde los más prominentes, como el de Huey Long, hasta los casos de hombres muertos a palos en los escalones del porche de su casa, que apenas merecen una gacetilla de pasada en la página ocho. Pero nunca ha sido política aquí, y la razón de que esté usted sentado al sol en estos momentos demuestra que no es la política de Joe Douglas. Piense en ello.

»Lo agarraron limpiamente, sin alboroto, sin preguntas. Lo estrujaron hasta dejarle seco, luego ya no les era de ninguna utilidad. Y hubieran podido acabar con usted con la misma discreción con que se caza un ratón, se echa a la taza del inodoro y se tira de la cadena. Pero no lo hicieron. ¿Por qué no? Porque sabían que a su jefe no le gustan esas medidas drásticas… y si llegara a convencerse de que las ponían en práctica (con autorización judicial o no), les hubiera costado el empleo, si no el

cuello — Jubal hizo una pausa para tomar un trago —. Pero piense. Esos rufianes de los Servicios Especiales no son más que un instrumento; no constituyen la guardia pretoriana elegida por el nuevo César. Siendo así, ¿a quién desea usted realmente para César? ¿Al legalista Fulano, cuya indoctrinación básica procede de los días en que este país era una nación y no sólo una satrapía en un imperio políglota de muchas tradiciones… o a Douglas, que no tiene estómago para soportar el asesinato?

»¿O prefiere que lo echemos de su cargo (podemos hacerlo, ¿sabe?, mañana mismo, preparándole una buena encerrona con algún asunto servido en bandeja en el que caiga de cuatro patas), lo echemos fuera y pongamos en su sitio a un secretario general de una tierra donde la vida siempre ha sido barata y el asesinato una venerable tradición?

»Si hace eso, Ben, ¿qué será del próximo periodista curioso que sea lo bastante descuidado como para aventurarse por un callejón oscuro? — Caxton no respondió —. Como he dicho, los Servicios Especiales no son más que una herramienta. Siempre se encuentran hombres que contratar a quienes les *gusta* el trabajo sucio. ¿Cuán sucio puede llegar a volverse ese trabajo sucio si le quita a Douglas su mayoría?

—Jubal, ¿me está diciendo que no debería criticar a la Administración, si está equivocada? ¿Si *sé* que está equivocada?

—No. Los moscardones como usted son absolutamente necesarios. Como tampoco soy opuesto a «echar fuera a los truhanes»; normalmente es la regla más saludable de la política. Pero resulta conveniente echar un vistazo a los otros truhanes que esperan turno antes de saltar a la garganta de los truhanes actuales. La democracia es en el mejor de los casos un pobre sistema de gobierno; lo único que puede decirse honestamente en su favor es que es aproximadamente ocho veces mejor que cualquier otro método que la raza humana haya intentado nunca. El peor fallo de la democracia es que sus líderes son propensos a reflejar los defectos y las virtudes de los votantes que los eligen, y ésos tienen un nivel bastante bajo; pero, ¿qué otra cosa se puede esperar? Así

que échele un nuevo vistazo a Douglas: observará que en su ignorancia, estupidez y dudas internas, se parece mucho a sus compatriotas norteamericanos, incluidos usted y yo… y que de hecho se halla una o dos muescas por encima del término medio en la escala. Luego eche un vistazo al hombre que le sustituirá, si su Gobierno se viene abajo.

—Hay una elección en medio.

— ¡Siempre hay una elección! En este caso se trata de elegir entre «malo» y «peor»… lo cual es una diferencia mucho más acusada que entre «bueno» y «mejor».

—Bien, Jubal. ¿Qué espera que haga yo?

—Nada —respondió Harshaw—, porque tengo intención de dirigir personalmente este espectáculo. O casi nada. Espero que refrene sus impulsos de lanzarse sobre Joe Douglas respecto al inminente acuerdo en esa cosa diaria que escribe. Quizá incluso sería bueno que lo alabara un poco por su «dominio de estadista».

— ¡Me va a hacer vomitar!

—No en la hierba, por favor. Use el sombrero. Le diré por anticipado lo que voy a hacer: el principio básico para cabalgar un tigre es agarrarse fuerte a sus orejas.

—Deje de ser pomposo. ¿Cuál es el trato?

—Deje usted de ser obtuso y escuche. Si este muchacho fuera un don nadie sin un centavo en el bolsillo, no habría ningún problema. Pero tiene la desgracia de ser el heredero indisputable de unas riquezas superiores a las que ni el propio Creso hubiera soñado nunca. Además, un discutible derecho a un poderío político aún mayor, fundado en un precedente político—judicial sin paralelo en los anales de la justicia desde que el secretario Fall fue condenado por recibir un soborno de Doheny, al tiempo que éste era declarado inocente por habérselo dado.

—Sí, pero…

—Yo tengo la palabra. Como le dije a Jill, no tengo el menor interés en esa tontería del «auténtico príncipe». Ni considero como «suya» esa fortuna, porque él no produjo ni un solo centavo de ella.

Incluso aunque la hubiera ganado por sí mismo, cosa imposible por su edad, la «propiedad» no es el concepto natural y obvio que la mayoría de la gente cree.

— ¿Volvemos a las andadas?

—La propiedad, en el mejor de los casos, es una abstracción extremadamente sofisticada, en realidad una afinidad mística. Dios sabe que nuestros teóricos legales complicaron bastante ese misterio… pero no empecé a ver lo sutil que era hasta que percibí el punto de vista marciano sobre el asunto. Los marcianos no tienen propiedades. No poseen *nada*… ni siquiera sus propios cuerpos.

—Aguarde un momento, Jubal. Hasta los animales tienen alguna propiedad. Y los marcianos no son animales; poseen una civilización altamente desarrollada, con grandes ciudades y toda clase de cosas.

—Sí, «los zorros tienen madrigueras, y los pájaros del aire disponen de nidos». Nadie entiende mejor los límites de una propiedad y el *meus et tuus* implicado en ellos que un perro guardián. Pero no los marcianos. A menos que uno considere la pertenencia común no distribuida de todo a unos cuantos millones o miles de millones de ciudadanos adultos… «fantasmas» para usted, amigo mío, como «propiedad».

—Dígame, Jubal, ¿qué hay acerca de esos «Ancianos» de los que habla Mike?

— ¿Quiere usted la versión oficial, o mi opinión particular?

— ¿Eh? Su opinión particular. Lo que usted piensa realmente de ello.

—Entonces guárdeselo para usted mismo. Creo que no es más que un montón de estupideces piadosas, muy convenientes para abonar los prados. Creo que es una superstición marcada a fuego en el cerebro del muchacho a una edad tan temprana, que ya no tiene ninguna oportunidad de deshacerse de ella.

—Jill habla como él si creyese en ello.

—En todas las demás ocasiones me oirá a mí hablar también como si yo lo creyese. La cortesía habitual. Una de mis más

valiosas amigas cree en la astrología; jamás la ofendería diciéndole lo que yo *opino* sobre eso. La capacidad de una mente humana para creer devotamente en lo que a mí me parece altamente improbable, desde los golpes de los espíritus sobre las mesas hasta la superioridad de los hijos… es algo que nunca ha sido sondeado. Tengo la sensación de que la fe no es más que pereza intelectual, pero no discuto sobre ello, en especial puesto que raras veces me hallo en posición de demostrar que es equivocado. La prueba negativa es normalmente imposible. Con toda seguridad, la fe de Mike en los Ancianos no es más irracional que la convicción de que la dinámica del universo puede ser echada a un lado mediante rogativas para invocar la lluvia. Además, tiene a su lado el peso de la evidencia: él ha estado allí. Yo no.

—Hum. Jubal, confieso que tengo una insidiosa sospecha de que la inmortalidad es un hecho… pero me alegro de que el fantasma de mi abuelo no siga ejerciendo control sobre mí. Era un viejo chiflado del demonio.

—Igual que el mío. Y también lo soy yo. Pero, ¿existe alguna razón realmente buena para que los privilegios de un ciudadano se vean invalidados simplemente porque ha muerto? Ahora que lo pienso, el barrio donde me crié tenía un gran cementerio, casi marciano. Sin embargo, la ciudad era un lugar agradable donde vivir. Es muy posible que nuestro muchacho Mike no pueda poseer nada porque los Ancianos ya lo poseen *todo*. Así que comprenderá por qué he tenido problemas para explicarle que es propietario de más de un millón de acciones de la *Lunar Enterprises*, además del impulsor Lyle y otros bienes inmuebles y títulos surtidos. No sirve de nada el que sus propietarios originales estén muertos; eso aún lo hace peor: los convierte en Ancianos… y Mike jamás soñaría en meter la nariz en los asuntos de los Ancianos.

—Hum… maldita sea, es a todas luces incompetente desde un punto de vista legal.

—Por supuesto. No puede manejar la propiedad porque no cree en su mística, del mismo modo que yo no creo en sus fantasmas. Ben, todo lo que Mike posee en estos momentos es un

cepillo de dientes… y ni siquiera sabe que es suyo. Si alguien se lo quita, dará por supuesto que los Ancianos autorizaron el cambio… — Jubal se encogió de hombros —. Así que es incompetente… pese a que puede recitar la ley de la propiedad de principio a fin al pie de la letra. Dado que éste es el caso, no puedo permitir que su competencia sea puesta a prueba… ni siquiera mencionada, porque, ¿qué tutor podría nombrársele?

— ¡Uf! Douglas. O, más bien, uno de sus esbirros.

— ¿Está seguro, Ben? Considere la composición actual del Tribunal Supremo. ¿No puede llamarse ese tutor Sawonavong? ¿O Nadi? ¿O Kee?

—Hum… es posible que tenga usted razón.

—En cuyo caso, el muchacho puede no vivir mucho tiempo. O puede alcanzar una edad satisfactoriamente madura como huésped de alguna agradable prisión individual rodeada de hermosos jardines, y de la que resulte más difícil escapar que del Hospital Bethesda.

— ¿Qué es lo que planea hacer usted?

—El poder que posee nominalmente ese muchacho es demasiado peligroso y abrumador para que él lo maneje. Así que renunciaremos a él.

— ¿Cómo demonios se puede renunciar a tanto dinero?

—Uno no lo hace. No puede. Es imposible. El propio acto de la renuncia sería un ejercicio de su poder latente, alteraría el equilibrio del poder… y cualquier intento de hacerlo daría como resultado que el muchacho fuera examinado en un abrir y cerrar de ojos acerca de su competencia. Así que, en vez de eso, dejaremos que el tigre corra como un demonio mientras nos agarramos fuertemente a sus orejas para salvar nuestras preciosas vidas.

»Ben, permítame que esboce el *fait accompli* que pretendo presentar a Douglas… y luego usted haga todo lo que pueda para llenármelo de agujeros. No su legalidad, puesto que el departamento legal de Douglas redactará sus frases con doble y triple sentido, y yo las examinaré con lupa en busca de todas las

trampas… no se preocupe por ello; la idea es presentarle a Douglas un plan que no pueda torpedear… porque le gustará. Quiero que olisquee usted sus posibilidades. Y, ahora… esto es lo que me propongo hacer.

OceanofPDF.com

19

La Delegación Diplomática Marciana y Confraternidad Interna Honesta e Ilimitada, tal como había sido organizada por Jubal Harshaw, aterrizó en la azotea del Palacio Ejecutivo poco antes de las diez de la mañana siguiente. El pretendiente sin pretensiones al trono marciano, Mike Smith, no se mostró preocupado en absoluto por la finalidad del viaje; se limitó a disfrutar de cada minuto del corto vuelo hacia el sur, con total e inocente deleite.

El viaje se hizo en un aerobús Greyhound alquilado especialmente, y Mike tomó asiento en el astrodomo encima del conductor, con Jill a un lado y Dorcas al otro, y miró y miró con maravillado asombro mientras las muchachas le señalaban las vistas y charlaban en sus oídos. El asiento — que era de dos plazas — resultaba más bien estrecho para los tres, pero a Mike no le importaba, ya que de ello se derivaba necesariamente un cálido grado de mayor acercamiento. Permanecía sentado con un brazo en torno de cada una de las jóvenes, y miraba y escuchaba e intentaba asimilar, y no habría podido sentirse más feliz si se hubiera encontrado a tres metros bajo el agua.

De hecho, aquélla era la primera vez que contemplaba la civilización terrestre. No había visto nada en absoluto al ser sacado de la *Champion* y metido en la *suite* K—12 del Centro de Bethesda; también había pasado unos minutos en un taxi diez días antes para ir del hospital al apartamento de Ben, pero no asimiló nada durante el trayecto. Desde entonces su mundo se había visto limitado a una

casa y una piscina, más el jardín que lo rodeaba todo y la hierba y los árboles; no había ido más allá de la puerta de la verja de Jubal.

Pero ahora era mucho más sofisticado de lo que había sido diez días antes. Comprendía qué eran las ventanas, se daba cuenta que la burbuja que lo rodeaba ahora era una ventana y servía para poder ver lo que había al otro lado, y que lo que veía eran realmente las ciudades de aquella gente. Comprendía los mapas y, con la ayuda de las chicas, podía identificar dónde estaban y hacia dónde iban viendo el mapa que se deslizaba en el tablero de mandos delante de él. Siempre había sabido qué eran los mapas, aunque hasta hacía poco no se había enterado de que los humanos los conocían también. Experimentó un asomo de feliz nostalgia la primera vez que asimiló un mapa terrestre. De acuerdo, resultaba estático y muerto en comparación con los mapas utilizados por su gente, pero se trataba de un mapa. Mike no estaba predispuesto por naturaleza — y ciertamente no por entrenamiento — a las comparaciones odiosas; incluso los mapas terrestres eran muy marcianos en esencia: le gustaban.

Ahora contempló casi trescientos kilómetros de terreno, la mayor parte de los cuales estaban cuajados con las metrópolis del mundo, y saboreó hasta el último centímetro de todo ello, al tiempo que procuraba asimilarlo. Le asombró el enorme tamaño de las ciudades humanas y su bulliciosa actividad visible incluso desde el aire, tan diferente del lento movimiento y el ritmo de claustro monacal de las ciudades de su propia gente.

Tuvo la impresión de que una ciudad humana debía de deteriorarse casi de inmediato, asfixiarse de tal modo con las experiencias que sólo los más fuertes de los Ancianos podrían soportar la visita a sus calles desiertas, y asimilar contemplativamente los acontecimientos y emociones que se apilaban capa sobre capa interminablemente en ellas. Él mismo había visitado ciudades abandonadas de Marte sólo en muy pocas, maravillosas y temibles ocasiones, hasta que sus maestros le impidieron que siguiera haciéndolo, al asimilar que no era lo bastante fuerte como para soportar tal experiencia.

Las cautelosas preguntas a Jill y Dorcas, cuyas respuestas relacionó luego con lo que había leído, le permitieron asimilar lo suficiente como para aliviar un poco su mente: la ciudad era muy joven; había sido fundada hacía poco más de dos siglos de la Tierra. Puesto que las unidades cronológicas de la Tierra carecían de sabor para él, las convirtió en años y números marcianos: tres años llenos más tres años de espera ($3^4 + 3^3 = 108$ años marcianos).

¡Aterrador y hermoso! Porque aquellas personas debían de estarse preparando ya para abandonar la ciudad a sus pensamientos, antes de que se hiciera pedazos bajo la tensión y se convirtiera en *no*. Y, sin embargo, de acuerdo al simple tiempo, la ciudad era apenas un huevo.

Mike previó la posibilidad de regresar a Washington al cabo de uno o dos siglos, pasear por sus calles vacías, y tratar de acercarse a sus interminables dolor y belleza; asimilaría sediento hasta que él fuera Washington y la ciudad fuera él… si por aquel entonces era ya lo bastante fuerte. Archivó firmemente la idea, puesto que debía crecer y crecer y crecer antes de estar en condiciones de apreciar y celebrar la inmensa angustia de la ciudad.

El conductor del Greyhound giró hacia el este, en respuesta a un cambio de ruta temporal impuesto por la densidad del tráfico —causada, aunque Mike lo desconocía, por su propia presencia —, y Mike vio por primera vez el mar.

Jill tuvo que señalárselo y decirle que era agua, y Dorcas añadió que se trataba del océano Atlántico y trazó la línea de la costa en el mapa. Mike no era un ignorante; desde que era polluelo había sabido que su planeta vecino más próximo al Sol estaba casi todo él cubierto por el agua de vida, y últimamente había podido enterarse de que aquella gente aceptaba su riqueza sin concederle demasiada importancia. Incluso había aceptado, sin ayuda de nadie, el mucho más difícil peso de asimilar finalmente la ortodoxia marciana de que la ceremonia del agua no requería agua; el agua era meramente el símbolo de la esencia: hermosa, pero no indispensable.

Pero, como muchos humanos aún vírgenes hacia ciertas experiencias humanas importantes, Mike descubrió que el conocimiento en abstracto de un hecho no era lo mismo que su realidad física: la visión del océano Atlántico le produjo tal terror, que Jill estrujó fuertemente su brazo y le gritó con voz aguda:

— ¡Alto, Mike! ¡No se atreva!

Mike cortó en seco su emoción y la almacenó para posterior uso. Luego miró al océano, que se extendía hasta un inimaginablemente lejano horizonte, y trató de calcular su volumen hasta que su cabeza zumbó con treces y potencias de treces y superpotencias de treces.

Cuando aterrizaron en el Palacio, Jubal advirtió:

—Ahora recordad, muchachas, que tenéis que formar un cuadrado en torno de Mike, y no dudéis en clavar un tacón en medio de un pie o un codo en algún plexo solar. Anne, tú llevarás tu toga, pero eso no es motivo que te impida dar un buen pisotón si tratan de avasallarte. ¿De acuerdo?

—No se preocupe, jefe; nadie avasalla a un testigo… pero llevo tacones claveteados y peso más que usted.

—De acuerdo. Duque, ya sabes lo que tienes que hacer… pero envía a Larry de regreso aquí con el aerobús tan pronto como sea posible.

—Asimilado, jefe. Deje de preocuparse.

—Me preocuparé tanto como me plazca. Vamos.

Harshaw, las cuatro jóvenes, Mike y Caxton bajaron; el aerobús despegó de nuevo de inmediato. Ante el alivio y la aprensión entremezclados de Harshaw, la plataforma de aterrizaje no estaba atestada de periodistas. Pero tampoco estaba vacía. Un hombre se adelantó de inmediato y dijo con voz jovial:

— ¿Doctor Harshaw? Soy Tom Bradley, el ayudante ejecutivo principal del secretario general. Tiene que ir directamente al despacho privado del señor Douglas. Le verá unos minutos antes de que se inicie la conferencia.

—No.

Bradley parpadeó.

—Creo que no me ha entendido. Se trata de instrucciones del secretario general. Oh, desde luego, él dijo que no hay inconveniente en que el señor Smith le acompañe… me refiero al Hombre de Marte.

—No. Este grupo permanecerá unido, incluso para ir al lavabo. Desde aquí iremos a esa sala de conferencias. Haga que alguien nos indique el camino. Y aparte a toda esta gente; nos molesta. Mientras tanto, tengo una misión para usted. Miriam, dame la carta.

—Pero, doctor Harshaw…

—He dicho no. ¿Acaso no entiende usted el inglés elemental? Haga el favor de entregar esta carta al señor Douglas de inmediato, a él personalmente… y entrégueme a mí el acuse de recibo —Harshaw se detuvo un instante para firmar en el reverso del sobre que Miriam le había tendido, oprimió el pulgar sobre la rúbrica y se lo tendió a Bradley—. Dígale que ha de leerlo enseguida… antes de la reunión.

—Pero el secretario general desea específicamente…

—El secretario desea ver esta carta. Joven, estoy dotado de la segunda visión… y predigo que no estará usted trabajando aquí a última hora de hoy si pierde tiempo en hacerle llegar esto al señor Douglas.

Bradley clavó sus ojos en los de Jubal, luego dijo:

—Jim, hazte cargo —y se alejó con la carta.

Jubal suspiró interiormente. Había sudado lo suyo para redactar aquella carta; Anne y él se habían pasado la mayor parte de la noche preparando borrador tras borrador. Jubal tenía todas las intenciones de llegar a un acuerdo abierto, a plena vista de todas las cámaras y micrófonos de los noticiarios del mundo… pero no tenía ninguna intención de dejar que Douglas fuera cogido por sorpresa por ninguna proposición.

Otro hombre avanzó hacia ellos en respuesta a la orden de Bradley; Jubal lo clasificó como un espécimen de primera clase de

los jóvenes listos y conscientes que gravitaban en torno del poder y realizaban sus trabajos sucios. El hombre sonrió ampliamente y dijo:

—Me llamo Jim Sanforth, doctor… Soy el secretario de prensa del jefe. A partir de ahora estaré actuando para usted, arreglándole las entrevistas periodísticas y todo eso. Lamento comunicarle que la conferencia aún no está a punto; en el último momento hemos tenido que trasladarla a una sala más grande. Opino que…

—Yo opino que iremos a esa sala de conferencias ahora mismo. Si es necesario permaneceremos de pie hasta que nos traigan las sillas.

—Doctor, estoy seguro de que no entiende la situación. Todavía están tendiendo cables y todo eso, y la sala es un hervidero de reporteros y comentaristas…

—Muy bien. Charlaremos con ellos hasta que esté todo preparado.

—No, doctor. Tengo instrucciones…

—Joven, puede usted coger sus instrucciones, doblarlas hasta que no sean más que todo esquinas, y metérselas hasta lo más profundo de su mazmorra. No estamos a su disposición. Usted no arreglará ninguna entrevista periodística para nosotros. Hemos venido aquí para un solo propósito: celebrar una conferencia pública. Si la conferencia aún no está a punto, veremos a la prensa en la sala destinada a dicha conferencia.

—Pero…

—Y eso no es todo. Está reteniendo usted al Hombre de Marte a la intemperie, en una azotea ventosa —Harshaw alzó la voz—. ¿Hay alguien aquí lo bastante listo como para conducirnos a la sala de conferencias?

Sanforth tragó saliva.

—Sígame, doctor —dijo.

La sala de conferencias era efectivamente un hervidero de periodistas y técnicos, pero había allí una gran mesa ovalada,

montones de sillas y varias mesitas de menor tamaño. Mike fue divisado de inmediato, y las protestas de Sanforth no impidieron que los periodistas se arremolinaran a su alrededor. Pero la cuña de amazonas aficionadas llevó a Mike hasta la mesa grande; Jubal se sentó contra ella, con Dorcas y Jill flanqueándole y la testigo honesto y Miriam sentadas detrás. Una vez hecho esto, Jubal no efectuó ningún intento de impedir las preguntas y las fotografías. Mike había sido advertido ya de que conocería a mucha gente y de que una numerosa parte de ella haría cosas extrañas, y Jubal le advirtió muy encarecidamente que se abstuviera de llevar a cabo acciones repentinas — tales como hacer desaparecer personas u objetos o inmovilizar algo — a menos que Jill se lo dijera.

Mike aceptó con actitud grave toda aquella confusión, sin trastorno aparente; Jill sujetaba su mano, y el contacto de la muchacha le tranquilizaba.

Jubal deseaba que se tomasen nuevas fotografías, mientras más mejor; en cuanto a las preguntas planteadas directamente a Mike, no las temía y no hacía ningún esfuerzo por detenerlas. Una semana de intentar hablar con Mike le había convencido de que ningún periodista arrancaría una palabra de importancia al Hombre de Marte en sólo unos cuantos minutos… sin la ayuda de un experto. La costumbre que tenía Mike de responder a una pregunta cuando le era formulada, literalmente y deteniéndose luego para la siguiente pregunta, sería suficiente para anular cualquier intento de sondearle.

Y así fue. Mike respondió a la mayoría de las preguntas con un educado «Lo ignoro» o con un incluso menos comprometido «¿Perdón?».

Pero una pregunta le salió por la culata a un interrogador. Un corresponsal de la *Reuters*, que sin duda anticipaba una lucha monumental por el *status* de Mike como heredero, trató de introducir su propio test sobre la competencia de Smith.

— ¿Señor Smith? ¿Qué sabe usted acerca de las leyes de herencia?

Mike era consciente de que le costaba asimilar de una forma completa el concepto humano de propiedad y, en particular, las ideas sobre legados y herencias. Así que evitó con todo cuidado insertar sus propias ideas y se ciñó al pie de la letra a lo que decía el libro… un libro que Jubal reconoció de inmediato como *Sobre herencias y legados*, capítulo primero.

Mike recitó lo que había leído, de un modo exacto y con una absoluta falta de expresión, como un aburrido pero preciso profesor de derecho, página tras tediosa página, mientras el sorprendido silencio se abatía gradualmente sobre la sala y su interrogador se atragantaba.

Jubal le dejó hablar libremente hasta que todos los periodistas reunidos allí supieron más de lo que deseaban saber acerca de viudedad, bienes gananciales, consanguíneos y uterinos, *per stirpes* y *per cápita*. Finalmente, le dio unos golpecitos en el hombro.

—Ya es suficiente, Mike.

Mike pareció confuso.

—Hay mucho más.

—Sí, pero será más tarde. ¿Tiene alguien alguna pregunta sobre otro tema?

Un reportero del *London Sunday*, un diario de enorme circulación, saltó con una pregunta que le iba a ir muy bien a la bolsa de su patrono.

—Señor Smith, tenemos entendido que le gustan a usted las chicas de la Tierra. ¿Ha besado a alguna?

—Sí.

— ¿Le gustó?

—Sí.

— ¿Como cuánto le gustó?

Mike apenas titubeó antes de dar su respuesta.

—Besar a las chicas es una bendición —explicó, muy serio—. Es una forma de acercarse. Siempre es mejor que darle a las cartas.

Los aplausos lo asustaron, pero pudo captar que Jill y Dorcas no se asustaban, sino que de hecho ambas intentaban contener esa incomprensible y ruidosa expresión de placer que él no había logrado aprender todavía. Así que calmó sus temores y esperó gravemente lo que pudiera ocurrir a continuación.

Lo que ocurrió le salvó de más preguntas, susceptibles de ser respondidas o no, y le proporcionó una gran alegría; vio un rostro y una figura familiares entrar en la sala por una puerta lateral.

— ¡Mi hermano el doctor Mahmoud! —abrumado por la excitación, Mike siguió hablando… en marciano.

El experto en semántica de la *Champion* le saludó con la mano, sonrió y le respondió en el mismo chirriante lenguaje mientras se apresuraba a acercarse a Mike. Los dos siguieron hablando en símbolos no humanos: Mike soltando las palabras en un torrente ansioso, Mahmoud no con tanta rapidez, con efectos sonoros como los de un rinoceronte embistiendo contra una chabola de planchas de hierro.

Los periodistas permanecieron allí durante un rato, y los que llevaban grabadoras registraron la conversación como una nota más de color local. Pero al fin uno interrumpió:

— ¡Doctor Mahmoud! ¿De qué están hablando? ¡Infórmenos!

Mahmoud se volvió, sonrió brevemente y respondió, en su recortado inglés de Oxford:

—Casi todo lo que yo he dicho ha sido: «Más despacio, querido muchacho… por favor».

— ¿Y qué es lo que *él* ha dicho?

—El resto de nuestra conversación es personal, privada, carente de todo posible interés para ustedes. Ya saben, los saludos propios de dos viejos amigos que se encuentran —se volvió de nuevo hacia Mike y siguieron hablando en marciano.

De hecho, Mike le estaba explicando a su hermano Mahmoud todo lo que había sucedido durante los quince días desde que le viera por última vez, a fin de que ambos pudieran acercarse a la asimilación; pero la abstracción de Mike de lo que debía decir era

puramente marciana en su concepto. Aludía primariamente a sus nuevos hermanos de agua y al sabor único de cada uno de ellos: la dulce y suave agua que era Jill, la profundidad de Anne, el extraño hecho —aún no totalmente asimilado— de que Jubal tuviese a veces el sabor de un huevo y a veces el de un Anciano, pero no fuera ninguna de las dos cosas… la inasimilable enormidad del océano…

Mahmoud tenía mucho menos que contarle a Mike, puesto que le habían ocurrido muchas menos cosas, según los estándares marcianos: un exceso dionisíaco completamente no marciano del que no se sentía orgulloso, y un largo día pasado boca abajo en la mezquita de Solimán en Washington, cuyos resultados aún no había asimilado y no estaba preparado para discutir con nadie… no al menos con los nuevos hermanos de agua.

Finalmente interrumpió a Mike y ofreció su mano a Jubal.

—Usted es el doctor Harshaw, lo sé. Valentine Michael cree que me ha presentado a todos ustedes… y lo ha hecho, según sus reglas.

Harshaw le miró de pies a cabeza y estrechó su mano. El individuo tenía el aspecto y sonaba británicamente deportivo, aficionado al tiro y a la caza, inglés desde el caro traje de tweed hasta el recortado bigote gris… pero su piel tenía un color tostado natural antes que el bronceado del deporte al aire libre, y los genes de aquella nariz procedían de algún lugar cercano a Levante.

A Harshaw no le gustaban los disfraces, y siempre hubiera elegido para comer unas tortas rancias de maíz antes que el más perfecto de los «solomillos» sintéticos. Pero Mike lo trataba como un amigo, así que era un «amigo», hasta que no se demostrara lo contrario.

La impresión que Harshaw causó en Mahmoud fue la de una pieza de museo de la imagen que él tenía de un «yanqui»: vulgar, vestido de un modo demasiado informal para la ocasión, vocinglero, probablemente ignorante y, casi con toda seguridad, provinciano. Un tipo profesional también, lo cual lo hacía aun peor, ya que la experiencia le había demostrado que los profesionales

norteamericanos estaban mal educados, eran estrechos de miras y no pasaban de ser simples técnicos en algo. El doctor Mahmoud alimentaba un enorme pero cuidadosamente oculto desagrado hacia todas las cosas norteamericanas: su increíble babel politeísta de religiones, por supuesto —aunque resultaba difícil culparles por ello —, su cocina — ¿cocina? —, sus costumbres, su arquitectura bastarda y sus paupérrimas artes… y su ciega, patética y arrogante fe en su superioridad, mucho tiempo después de que su sol se hubiera puesto. Sus mujeres… sobre todo sus mujeres, sus mujeres inmodestas y seguras de sí mismas, con sus cuerpos delgados, casi famélicos que, pese a todo, le recordaban turbadoramente a las huríes. Había cuatro de ellas allí, apiñadas en torno de Valentine Michael Smith… en una reunión a la que a buen seguro sólo deberían acudir hombres…

Pero Valentine Michael le estaba presentando a todas aquellas personas —incluidas las ubicuas criaturas femeninas— como hermanos de agua, ávida y orgullosamente, y eso imponía a Mahmoud una obligación familiar más próxima y más exigente que si se hubiera tratado de hermanos de padre. Esto era así puesto que Mahmoud comprendía el término marciano para tales relaciones aumentativas gracias a la observación directa de lo que significaban para los marcianos, y no necesitaba traducirlo inadecuadamente por «asociación concatenativa», ni siquiera por «varias cosas iguales a otra son iguales entre sí». Había visto a los marcianos en su propio hogar; conocía su extrema pobreza —según los estándares de la Tierra—, había profundizado —y había supuesto aún más— en su extrema riqueza cultural; y había asimilado con bastante exactitud el valor supremo que los marcianos concedían a las relaciones interpersonales.

Bien, no había nada que se pudiera hacer. Había compartido el agua con Valentine Michael, y ahora debía justificar la fe que su amigo depositara en él; tan sólo confiaba en que aquellos yanquis no fueran demasiado vulgares.

Esbozó una cálida sonrisa y estrechó con firmeza sus manos.

—Sí. Valentine Michael me ha explicado, con mucho orgullo, que todos ustedes son para él… —y Mahmoud utilizó una palabra marciana.

— ¿Eh?

—Hermanos de agua. ¿Entiende?

—Asimilo.

Mahmoud dudaba fuertemente de que Harshaw lo hiciese, pero prosiguió con voz normal:

—Puesto que yo también tengo el mismo parentesco con él, debo pedirles que me consideren un miembro más de la familia. Ya conozco su nombre, doctor, y he supuesto que el caballero aquí presente debe ser el señor Caxton; de hecho, he visto su rostro fotografiado en la cabecera de su columna. Pero permítanme que trate de adivinar la identidad de estas jóvenes damas. Ésta debe de ser Anne.

—Acertó. Pero no es difícil, puesto que lleva la toga.

—Sí, claro. Le presentaré mis respetos cuando no ejerza profesionalmente.

Harshaw le presentó a las otras… y Jill le sorprendió al dirigirse a él con el correcto tratamiento honorífico de un hermano de agua, pronunciado tres octavas más alto de lo que lo hubiese hecho cualquier marciano adulto, pero con un acento gutural de extraordinaria pureza. Era una de la escasa docena de palabras que Jill sabía pronunciar de entre el centenar y pico que empezaba a entender… y se atrevió a expresarla porque se había acostumbrado a ella a base de repetirla y oírla de Mike muchas veces al día.

Los ojos del doctor Mahmoud se abrieron más ligeramente que de costumbre. Tal vez aquellas gentes no fuesen meros bárbaros sin circuncidar después de todo, y su joven amigo tenía fuertes intuiciones. Ofreció al instante a Jill la respuesta honorífica correspondiente e hizo una inclinación sobre su mano.

Jill observó que Mike estaba evidentemente encantado; consiguió —de una forma confusa pero aceptable— chirriar la más breve de las nueve formas que un hermano de agua puede utilizar

para devolver un saludo… aunque no la asimilaba por entero, pero tampoco se le hubiera ocurrido sugerir —en inglés— el más próximo equivalente biológico. ¡Desde luego, no a un hombre al que acababa de conocer!

De todos modos, Mahmoud —que sí la entendió— tomó las palabras en su significado simbólico y no en el literal —humanamente imposible— y respondió como era debido. Jill ya había rebasado el límite de su habilidad lingüística; no comprendió en absoluto su respuesta y no pudo responder, ni siquiera en el inglés más vulgar.

Pero tuvo una repentina inspiración. Repartidos a intervalos por la mesa se hallaban los clásicos complementos de todas las salas de conferencias humanas: varias jarras de agua con su correspondiente grupo de vasos alrededor. Tendió la mano y cogió una de las jarras y un vaso, llenó este último.

Miró a Mahmoud directamente a los ojos y dijo con ansiedad:

—Agua. Nuestro nido es el suyo —tocó el líquido con los labios y tendió el vaso a Mahmoud.

Éste respondió en marciano, se dio cuenta que ella no le entendía y tradujo:

—Quien comparte agua lo comparte todo —dio un sorbo y se dispuso a devolver el vaso, pero se contuvo; miró a Harshaw y se lo ofreció.

—No hablo el marciano, hijo… —se disculpó Jubal—, pero gracias por el agua. Ojalá no esté usted nunca sediento —dio un sorbo, luego bebió casi un tercio del contenido del vaso—. ¡Ah! —y se lo pasó a Ben.

Caxton miró a Mahmoud y dijo muy sobriamente:

—Hace crecer el acercamiento. Con el agua de vida nos acercamos —se humedeció los labios y lo pasó a Dorcas.

Pese a los precedentes ya establecidos, Dorcas titubeó.

—Doctor Mahmoud, ¿sabe lo serio que es esto para Mike?

—Lo sé, señorita.

—Bien… para nosotros es igual de serio. ¿Comprende? ¿Asimila?

—Lo asimilo en toda su plenitud; de otro modo me habría negado a beber.

—Está bien. Que siempre pueda beber hasta el fondo. Que nuestros huevos compartan un nido. —las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas; bebió un sorbo y pasó el vaso apresuradamente a Miriam.

Miriam susurró «Anímate, chica», y se volvió a Mike:

—Con agua damos la bienvenida a nuestro hermano… —luego, mirando a Mahmoud, añadió—. Nido, agua, vida —bebió—. Por nuestro hermano —le ofreció de vuelta el vaso.

Mahmoud apuró lo que quedaba y dijo, no en marciano ni en inglés, sino en árabe:

—«Y si mezclas tus asuntos con los suyos, entonces son tus hermanos».

—Amén —asintió Jubal.

El doctor Mahmoud le dirigió una rápida mirada, pero decidió no preguntar si Harshaw le había entendido o simplemente estaba siendo cortés; aquél no era ni el momento ni el lugar adecuados para decir algo susceptible de dejar al descubierto sus propias dudas, sus turbaciones. A pesar de todo, notó —como siempre— que el rito del agua ponía calor en su alma… aunque oliera a herejía.

Sus pensamientos fueron interrumpidos en seco por el ayudante jefe de protocolo, que avanzó a buen paso hacia ellos.

—Usted es el doctor Mahmoud. Su sitio está en el lado del fondo de la mesa, doctor. Sígame.

Mahmoud le miró, luego miró a Mike y sonrió.

—No. Mi sitio está aquí, con mis amigos. Dorcas, ¿puedo acercar una silla y sentarme entre usted y Valentine Michael?

—Por supuesto, doctor. Nos apretaremos un poco.

El ayudante jefe de protocolo casi pateó el suelo de impaciencia.

— ¡Por favor, doctor Mahmoud! La distribución de los asientos le sitúa a usted en el otro lado de la sala… El secretario general llegará en cualquier momento, y el lugar simplemente rebosa de periodistas y Dios sabe qué otras personas que no pertenecen aquí… ¡y no sé qué voy a hacer!

—Entonces trate de hacerlo en algún otro lugar, joven —sugirió Jubal.

— ¿Qué? ¿Quién es usted? ¿Figura usted en la lista? —consultó con aire preocupado el plano de distribución de los asientos que llevaba consigo.

— ¿Y quién es *usted*? —preguntó a su vez Jubal—. ¿El jefe de camareros? Yo soy Jubal Harshaw. Si mi nombre no está en esa lista, lo mejor que puede hacer con ella es romperla y empezar de nuevo. Mire, chico: si el Hombre de Marte desea que su amigo el doctor Mahmoud se siente a su lado, eso zanja la cuestión.

— ¡Pero *no puede* sentarse aquí! Los asientos de la mesa de la conferencia están reservados para los ministros, los jefes de las delegaciones, jueces del Tribunal Supremo y cargos similares… No sé cómo me las voy a arreglar para que quepan todos a la mesa si se presenta alguien más… y el Hombre de Marte, naturalmente.

—«Naturalmente» —admitió con voz seca Jubal.

—Y, naturalmente, el doctor Mahmoud ha de estar cerca del secretario general… justo detrás de él, a fin de servir de intérprete en caso necesario. Debo decir que no se muestra usted muy dispuesto a colaborar.

—Colaboraré. —Jubal arrancó el papel de manos del oficial, se sentó a la mesa y lo estudió—. Hum, veamos. El Hombre de Marte se sentará directamente frente al secretario general, cerca de donde está ahora. Luego… —Jubal sacó un grueso lápiz de punta blanda de su bolsillo y atacó con energía el plano de disposición de los asientos—, toda esta mitad de la mesa, desde aquí hasta aquí, pertenece al Hombre de Marte —trazó dos grandes cruces negras

para marcar los límites y las unió con un grueso arco negro, luego empezó a tachar los nombres de las personas a las que se había asignado puestos en aquel lado de la mesa—. Esto le elimina la mitad de su tarea… puesto que yo me encargaré de sentar a todo el mundo que ocupe nuestro lado de la mesa.

El oficial de protocolo estaba demasiado impresionado para hablar. Agitó la boca, pero de sus labios no brotaron más que sonidos ininteligibles. Jubal le miró con aire conmiserado.

— ¿Ocurre algo? Oh, sí… olvidé hacerlo oficial —garabateó debajo de sus enmiendas: «Harshaw, en nombre de V. M. Smith»—. Ahora trote de regreso a su sargento, hijo, y muéstreselo. Dígale que revise su libro de protocolo en el capítulo de visitas oficiales de dirigentes de planetas amigos.

El hombre miró el plano, abrió la boca… luego abandonó la sala a toda velocidad sin detenerse a cerrarla. Volvió inmediatamente, a los talones de un hombre más viejo. El recién llegado dijo, con el tono de voz de alguien que no se anda con tonterías:

—Doctor Harshaw, soy LaRue, jefe de protocolo. ¿Necesita usted realmente la mitad de la mesa principal? Tenía entendido que su delegación era más bien pequeña.

—Eso no tiene nada que ver.

LaRue sonrió brevemente.

—Me temo que sí tiene mucho que ver para mí, señor. Estoy perplejo con este asunto del espacio. No hay casi ninguna personalidad oficial de primera fila de la Federación que no haya decidido estar presente aquí hoy. Si aguarda usted a alguien más, aunque desearía que se me hubiera notificado con antelación… haré que coloquen una mesa detrás de estos dos asientos reservados para el señor Smith y para usted.

—No.

—Temo que así deberá ser. Lo siento.

—Y yo también… por usted. Porque si no se reserva a la delegación de Marte la mitad de la mesa principal, nos

marcharemos ahora mismo. Tan sólo dígale al secretario general que ha estropeado usted la conferencia al no tratar como corresponde al Hombre de Marte.

—No lo dirá usted en serio…

— ¿Acaso no recibió usted mi mensaje?

—Oh, bueno, lo tomé por una broma. Aunque bastante ingeniosa, lo admito.

—Hijo, no puedo permitirme el lujo de bromear a estos precios. O Smith es la máxima autoridad de otro planeta en visita oficial a la máxima autoridad en éste, en cuyo caso tiene derecho a ser acompañado por todos los mancebos y bailarinas que usted pueda imaginar… o no es más que un simple turista, y no tiene por qué recibir cortesías de ninguna clase. No puede tenerlo usted de las dos maneras al mismo tiempo. Pero le sugiero que mire a su alrededor, cuente las «personalidades oficiales de primera fila», como usted las ha llamado, y pregúntese si se hubiesen molestado en venir aquí si, para ellos, Smith no fuera más que un simple turista.

—No hay precedente —murmuró LaRue muy despacio.

Jubal bufó.

—He visto entrar hace un momento al jefe de la delegación de la República Lunar; vaya a decirle *a él* que no hay precedente. Pero luego… ¡agáchese!: he oído decir que tiene un temperamento más bien enérgico —suspiró—. Hijo, soy viejo, he dormido poco esta noche, y no es de mi incumbencia enseñarle su trabajo. Limítese a decirle al señor Douglas que le veremos otro día… cuando esté dispuesto a recibirnos como corresponde. Vámonos, Mike — empezó a levantarse trabajosamente de la silla.

— ¡No, no, doctor Harshaw! —dijo LaRue apresuradamente —. Dejaremos libre este lado de la mesa. Yo… Bueno, haré algo. Es suya.

—Eso está mejor… — de todos modos, Harshaw siguió a medio levantarse—. Pero, ¿dónde está la bandera de Marte? ¿Y qué me dice de los honores?

—Temo que no le entiendo.

—Nunca había tenido tantos problemas con el inglés simple y llano. Mire, ¿ve esa bandera de la Federación detrás del lugar donde va a sentarse el secretario? ¿No tendría que haber otra igual allí, la de Marte?

LaRue parpadeó.

—Debo confesar que me ha cogido usted por sorpresa. No sabía que en Marte utilizasen banderas.

—No las utilizan. Pero usted no tiene ninguna posibilidad de saber lo que *utilizan* en las grandes ocasiones estatales —ni yo tampoco, muchacho, pero eso queda al margen del asunto, pensó Jubal—. Así que lo pasaremos por alto e intentaremos subsanar la omisión. Un trozo de papel, Miriam… Ahora mire esto —Harshaw trazo un rectángulo y dibujó en él el tradicional símbolo humano de Marte, un círculo con una flecha brotando de su parte superior derecha—. Haga el campo de color blanco y el emblema de Marte en rojo… debería ser bordado sobre seda, naturalmente, pero con una sábana y un poco de pintura cualquier *boy scout* puede improvisarla ¿Fue usted *boy scout*?

—Oh, hace algún tiempo.

—Estupendo. Ya conoce el lema de los *boy scouts*. Ahora, en cuanto a los honores… ¿es posible que lo hayamos atrapado sin haber preparado nada de eso tampoco? ¿Van a tocar *Salve a la paz soberana* cuando entre el secretario?

—Oh, debemos hacerlo. Es obligatorio.

—Entonces supongo que querrá interpretar a continuación el himno de Marte.

—No sé cómo. Incluso aunque lo hubiera… no lo tenemos. ¡Sea razonable, doctor Harshaw!

—Mire, hijo, *estoy* siendo razonable. Hemos venido aquí para celebrar una pequeña, tranquila e informal reunión, un asunto estrictamente de negocios. Y nos encontramos con que la han convertido en un circo. Bien, si piensan ofrecer una función circense, tendrán que sacar los elefantes, y sólo hay una forma de

hacerlo. Nos damos cuenta de que no puede interpretar usted música marciana, del mismo modo que un chiquillo no puede tocar una sinfonía con un simple silbato de hojalata. Pero sí que *puede* interpretar una sinfonía… *La sinfonía de los nueve planetas*. ¿Lo asimila? Quiero decir: ¿lo capta? Tenga la cinta preparada en el inicio justo del movimiento de Marte; toque eso… o reúna suficiente número de instrumentos de metal como para que el tema se reconozca.

LaRue pareció meditar.

—Sí, supongo que podemos hacer eso, pero… Doctor Harshaw, le he prometido la mitad de la mesa, pero no veo cómo puedo prometerle honores soberanos, la bandera y la música, ni siquiera a escala improvisada. No… no creo tener las atribuciones.

—Ni las agallas —comentó Harshaw amargamente—. En fin, *nosotros* no deseábamos ningún circo… así que dígale al señor Douglas que volveremos cuando no esté tan ocupado, y no tenga tantos visitantes. Ha sido una delicia charlar con usted, hijo. Pásese por el despacho del secretario y salúdenos cuando volvamos, si es que aún sigue aquí —inició de nuevo la lenta y al parecer penosa tarea de levantar su viejo y débil cuerpo de la silla.

— ¡Doctor Harshaw, *por favor*, no se vaya! —imploró LaRue —. Esto… el secretario no vendrá hasta que yo le avise que todo está preparado, así que permítame ver lo que se puede hacer. ¿De acuerdo?

Harshaw se relajó con un gruñido.

—Como guste. Pero una cosa más, mientras está aún aquí. Hace un momento capté un conato de jaleo en la puerta principal. Por lo que me pareció oír, algunos miembros de la tripulación de la *Champion* deseaban entrar. Todos ellos son amigos de Smith, así que franquéeles el paso. Les acomodaremos. Nos ayudarán a llenar este lado de la mesa —Harshaw suspiró y se frotó un riñón.

—Muy bien, señor —asintió rígidamente LaRue, y se marchó.

Miriam susurró por un lado de la boca:

—Jefe… ¿se luxó la espalda haciendo gimnasia anteayer por la noche?

—Silencio, muchacha, si no quieres que te dé una azotaina.

Jubal repasó con hosca satisfacción la sala, que seguía llenándose con altas personalidades oficiales. Había dicho a Douglas que deseaba unas conversaciones «pequeñas e informales», aunque sabía que el mero anuncio de las mismas convocaría allí a todos los poderosos y hambrientos de poder del planeta con la misma seguridad con que la luz atrae a las polillas. Y ahora — estaba seguro de ello —, Mike estaba a punto de ser tratado como un soberano por todos y cada uno de aquellos *nababs*… con todo el mundo mirando. Después de aquello, ¡que alguien intentase maltratar al muchacho!

Sanforth estaba todavía dedicado a expulsar periodistas de la sala con todas sus fuerzas, y el despechado ayudante de protocolo, abandonado por su superior, se estremecía como una niñera nerviosa en su intento de hacer malabarismos, con pocas sillas y demasiados notables a los que acomodar. Seguía entrando gente, y Jubal llegó a la conclusión de que Douglas nunca había tenido intención de presentarse antes de las once y que todo el mundo había sido informado de ello… Y que la hora más temprana comunicada a Jubal había sido únicamente para tener tiempo de celebrar la reunión privada previa a la conferencia, aquella que Douglas había solicitado y Harshaw rechazado. Bueno, la demora convenía a los planes de Jubal.

El líder de la Coalición Oriental entró en la sala. Puesto que el señor Kung no era, por elección propia, el jefe nominal de la delegación de su país, su *status,* conforme al estricto protocolo, era meramente el de miembro de la Asamblea… pero a Jubal no le sorprendió en absoluto observar que el atribulado ayudante jefe de protocolo abandonaba con precipitación lo que estaba haciendo y corría a acomodar al jefe político enemigo de Douglas en la mesa principal y cerca del asiento reservado para el secretario general, lo cual no hizo más que reforzar la opinión de Jubal de que Douglas no era ningún estúpido.

El doctor Nelson, cirujano de la *Champion*, y el capitán Van Tromp, su comandante, entraron juntos y fueron saludados jubilosamente por Mike. Jubal se sintió complacido también, puesto que aquello proporcionaba al muchacho algo que hacer, bajo la mirada de las cámaras, en vez de seguir sentado como un figurante. Jubal aprovechó el pequeño revuelo para reacomodar los asientos, puesto que ya no había ninguna necesidad de rodear al Hombre de Marte con una guardia protectora. Situó a Mike exactamente frente a la silla del secretario general, y se asignó a sí mismo la situada a la izquierda de Mike… no sólo para estar cerca de él como consejero, sino porque así podría estar en contacto físico con Mike sin que eso fuera demasiado evidente. Puesto que Mike sólo tenía ideas nebulosas acerca de las costumbres públicas humanas, Jubal había preparado con él una serie de señales. Eran tan imperceptibles como las usadas en la doma de alta escuela para caballos —«de pie», «sentado», «reverencia», «apretón de manos»—, con la ventaja de que Mike no era un caballo, y su entrenamiento sólo requirió cinco minutos para alcanzar la perfección absoluta.

Mahmoud se apartó de sus compañeros de viaje espacial, se dio la vuelta y se dirigió a Jubal en privado.

—Doctor, tengo que explicarle que el comandante y el cirujano son también hermanos de agua de nuestro hermano… y Michael Valentine desearía confirmar eso de inmediato usando de nuevo el ritual con todos nosotros. Le dije que esperase. ¿Lo aprueba?

— ¿Eh? Sí. Sí, por supuesto. Pero no con toda esa multitud… —maldita sea, ¿cuántos hermanos de agua tenía Mike? ¿Hasta dónde llegaba aquella cadena?—. ¿Qué les parece si ustedes tres nos acompañan cuando nos marchemos? Podríamos ir a comer un bocado y charlar en privado.

—Será un honor para mí. Y estoy seguro de que los otros dos accederán también, si les es posible.

—Excelente. Doctor Mahmoud, ¿sabe de algún otro hermano de nuestro hermano cuya asistencia a esta reunión sea probable?

—No. No entre la tripulación de la *Champion*, al menos. No hay más —Mahmoud vaciló, luego decidió no formular la obvia pregunta complementaria, ya que señalaría lo desconcertado que se había sentido, al principio, de descubrir sus propios compromisos fusionales—. Se lo diré a Sven y al Viejo.

Harshaw observó la entrada del nuncio papal, vio que tomaba asiento a la mesa principal y sonrió interiormente… Si aquel tipo de largas orejas, LaRue, tenía aún algún asomo de duda respecto a la naturaleza oficial de la reunión, ¡haría bien en olvidarlo!

Un hombre se acercó a Harshaw por detrás y le dio una palmada en el hombro.

— ¿Es aquí donde va a situarse el Hombre de Marte?

—Sí —asintió Jubal.

— ¿Quién es? Yo soy Tom Boone… es decir, el senador Boone, y tengo un mensaje para él del obispo supremo Digby.

Jubal reprimió sus sentimientos personales y dejó que su corteza cerebral trabajara a la velocidad acelerada de emergencia.

—Soy Jubal Harshaw, senador… —hizo una seña a Mike de que se levantara y estrechara la mano de Boone—, y ahí tiene al señor Smith. Mike, le presento al senador Boone.

— ¿Cómo está usted, senador Boone? —dijo Mike, en un perfecto estilo de academia de danza. Miró a Boone con interés. Tenía claro ya que «senador» no significaba «Anciano», a pesar de la semejanza aparente; no obstante, tenía interés en ver lo que era realmente un «senador». Decidió que todavía no lo asimilaba.

—Muy bien, gracias, señor Smith. No le robaré mucho tiempo; parece que la fiesta va a empezar de un momento a otro. El obispo supremo Digby me envía con una invitación personal para que asista usted al Tabernáculo del Arcángel Foster de la Nueva Revelación.

— ¿Perdón?

Jubal intervino:

—Senador, como usted sabe, muchas cosas de aquí, por no decir todas, son nuevas para el Hombre de Marte. Pero ocurre que

el señor Smith presenció uno de sus servicios a través de la estereovisión…

—No es lo mismo.

—Lo sé. Pero manifestó un gran interés en ello y me hizo muchas preguntas al respecto… a la mayor parte de las cuales no pude contestar.

Boone le miró agudamente.

— ¿No es usted creyente?

—Debo confesar que no.

—Venga usted también. Siempre hay esperanza para un pecador.

—Gracias, lo haré.

«¡Claro que lo haré, amigo!», pensó Jubal. «¡No voy a permitir que Mike se meta sólo en tu trampa!».

—El próximo domingo, entonces. Se lo diré al obispo Digby.

—El próximo domingo si nos es posible —corrigió Jubal—. Por entonces podríamos estar en la cárcel.

Boone sonrió.

—Siempre existe esa posibilidad, ¿no? Pero háganos saber a mí o al obispo supremo, si ocurre algo así, y no permanecerán allí mucho tiempo —miró a la atestada sala a su alrededor—. Parece que andan escasos de asientos. No hay muchas oportunidades para un simple senador, en medio de toda esa gente importante dándose codazos unos a otros.

—Quizá desee hacernos el honor de unirse a nosotros, senador —sugirió Jubal llanamente—, en nuestra mesa.

— ¿Eh? ¡Oh, muchas gracias, señor! ¿No importará que yo ocupe esa silla?

—En absoluto —y Harshaw añadió—. Siempre y cuando a usted no le importen las implicaciones políticas de estar sentado con la delegación oficial de Marte. No desearíamos colocarle en una situación embarazosa.

Boone apenas titubeó.

— ¡En absoluto! ¿A quién le importa lo que la gente piense? De hecho, entre usted y yo, la verdad es que el obispo está muy, muy interesado en este joven.

—Estupendo. Hay un asiento vacío aquí, junto al capitán Van Tromp… pero probablemente usted ya le conozca.

— ¿Van Tromp? Claro, claro, somos viejos amigos, le conozco bien… nos conocimos en la recepción —el senador Boone dirigió una inclinación de cabeza a Smith, se alejó unos pasos y se sentó.

La mayoría de los presentes estaban sentados ya, y cada vez eran menos los que conseguían atravesar la guardia montada ante la puerta. Jubal observó una discusión sobre la titularidad de un asiento y, cuanto más miraba, más incómodo se sentía. Al fin le resultó imposible seguir soportándolo; no podía permanecer cruzado de brazos y contemplar cómo se desarrollaba aquella indecencia. Así que se inclinó, habló privadamente con Mike y se aseguró de que, aunque Smith no comprendiese el motivo, al menos entendía lo que Jubal deseaba que hiciera.

Mike escuchó atentamente.

—Lo haré, Jubal.

—Gracias, hijo.

Jubal se puso en pie y se aproximó a un grupo de tres personas: el ayudante jefe de protocolo, el jefe de la delegación uruguaya y un tercer hombre que parecía furioso pero contrariado. El uruguayo estaba diciendo con voz fuerte:

—…acomódele, luego tendrá que buscar sitios para todos los otros jefes de estado locales, ochenta o más. Esto es suelo de la Federación, y ningún jefe de Estado goza de prioridad sobre otro jefe de Estado. Si se hacen excepciones…

Jubal interrumpió, dirigiéndose al tercer hombre:

—Señor… —aguardó el tiempo suficiente para captar la atención de los otros y entonces continuó—. El Hombre de Marte me ha dado instrucciones rogando solicite a usted que le haga el

gran honor de sentarse junto a él… si su presencia no es requerida en algún otro sitio.

El hombre pareció sorprendido, luego sonrió ampliamente.

—Oh, sí, eso sería de lo más satisfactorio.

Los otros dos hombres, el oficial de protocolo y el dignatario uruguayo, se dispusieron a objetar, pero Jubal les dio la espalda.

—Démonos prisa, señor; creo que tenemos muy poco tiempo…

Había visto entrar a dos hombres cargados con lo que parecía la base para un árbol navideño y una sábana ensangrentada, pero que con toda seguridad era la «bandera de Marte». Mientras Jubal se apresuraba de vuelta a su sitio, Mike se puso en pie y les aguardó.

—Señor, permítame presentarle a Valentine Michael Smith —dijo Jubal—. Michael… El señor presidente de Estados Unidos de América.

Mike hizo una profunda reverencia.

Apenas tuvieron tiempo de acomodarle a la derecha de Mike mientras se colocaba en su sitio la improvisada bandera marciana. La música empezó a sonar, todo el mundo se puso en pie, y una voz proclamó:

—El secretario general.

OceanofPDF.com

20

Jubal había considerado la idea de que Mike siguiera sentado mientras Douglas entraba, pero acabó por rechazar la idea. No quería colocar a Smith por encima del secretario general, sino simplemente establecer que la reunión era entre personajes de igual categoría. Así pues, al levantarse, hizo una seña a Mike para que hiciese lo mismo. Las grandes puertas dobles del fondo de la sala de conferencias se abrieron con las primeras notas de *Salve a la paz soberana*, y Douglas entró. Se encaminó directo a su silla y empezó a sentarse.

Al instante Jubal indicó a Mike que se sentara también y, como resultado de su seña, Valentine Michael Smith y el secretario general tomaron asiento de modo simultáneo… con una larga y respetuosa pausa antes de que lo hiciesen los demás.

Jubal contuvo el aliento. ¿Lo habría hecho LaRue? ¿O no? En realidad no se lo había prometido…

Entonces el primer compás *fortissimo* del movimiento «Marte» llenó la sala… el tema del «Dios de la guerra», que sobresalta incluso a una audiencia que lo espera. Con los ojos clavados en los de Douglas — y los del secretario general devolviéndole la mirada —, Jubal se levantó vivamente de su silla como un recluta asustado que responde a la orden de firmes.

Douglas no se levantó tan deprisa, pero sí con bastante prontitud.

Pero Mike no se movió; Jubal no le había señalado que lo hiciera. Permaneció sentado, impasible, en absoluto violento por el

hecho de que todos los demás se hubieran vuelto a poner rápidamente en pie al hacerlo el secretario general. Mike no entendía nada de todo aquello, y se contentaba con hacer lo que su hermano de agua le había indicado.

Jubal había meditado un poco sobre aquello, después de exigir el «himno marciano». Si la petición era atendida, ¿qué debía hacer Mike mientras sonaban los compases? Era un punto digno de tener en cuenta, y la respuesta dependía del papel que desempeñara exactamente Mike en aquella comedia.

La música se detuvo. A una seña de Jubal, Mike se levantó, inclinó rápidamente la cabeza y volvió a sentarse, casi al mismo tiempo que lo hacían el secretario general y los demás. En aquella ocasión todos se sentaron más aprisa, y a nadie le había pasado por alto el significativo detalle de que Mike había seguido sentado durante la interpretación del «himno».

Jubal suspiró, aliviado. Se había salido con la suya. Muchos años antes había visto a un miembro de la tribu en vías de extinción de la realeza — una reina reinante — asistir a un desfile, y había observado que la dama real se inclinaba *después* de la interpretación del himno: es decir, había reconocido el saludo que se ofrendaba a su propia soberanía.

Pero la cabeza visible de una democracia escucha el himno de su nación como un ciudadano cualquiera; no es ningún soberano.

Sin embargo, como Jubal había señalado a LaRue, uno no podía seguir más que un solo camino. O Mike era un ciudadano particular, en cuyo caso nunca hubiera debido organizarse aquella recepción… — Douglas hubiera debido tener los redaños suficientes como para decirles a todos aquellos parásitos excesivamente ataviados que se quedaran en casa — o, por la ridícula teoría legal inherente en la Resolución Larkin, el chico era todo un soberano pese a su soledad.

Jubal se sintió tentado de ofrecerle a LaRue un pellizco de rapé. Bueno, a nadie se le había escapado el detalle: el nuncio papal mantenía el rostro inexpresivo, pero sus ojos chispeaban.

Douglas empezó a hablar:

—Señor Smith, nos sentimos honrados y felices de tenerle aquí como invitado nuestro. Confiamos en que considere al planeta Tierra su hogar tanto como a su planeta de nacimiento, nuestro vecino… nuestro buen vecino Marte.

Siguió hablando con cierta extensión, utilizando una fraseología cuidadosamente redonda y agradable. Se le daba a Mike la bienvenida, aunque era imposible determinar — decidió Jubal — si se le daba en calidad de soberano, de turista o de simple ciudadano que volvía a casa.

Jubal observó a Douglas, buscando algún síntoma que le indicase cómo se había tomado el secretario general la carta que le había enviado inmediatamente después de su llegada. Pero Douglas se abstuvo de mirarle. Por último el secretario general terminó su discurso, en el que había conseguido perfectamente no decir nada pero decirlo muy bien.

—Ahora, Mike —dijo Harshaw en voz baja.

Smith se dirigió al secretario general… en marciano.

Pero se interrumpió antes de que la consternación se acumulara a su alrededor y dijo en tono grave, en inglés:

—Señor secretario general de la Federación de Naciones Libres del Planeta Tierra…

Tras lo cual siguió en marciano.

Luego, de nuevo en inglés:

—… agradecemos la favorable acogida que nos ha sido dispensada hoy. Traemos saludos para los pueblos de la Tierra de parte de los Ancianos de Marte…

Y cambió de nuevo al marciano.

Jubal opinó que la cosa estaba saliendo redonda. De hecho, aunque Mike había insistido en «hablar correctamente», el borrador de Jubal no había requerido muchos cambios. Había sido idea de Jill el alternar los párrafos en marciano con las frases en inglés, la versión marciana y luego su correspondiente traducción. Jubal tuvo que admitir con un cálido placer que la mezcla constituía un

pequeño discurso formal tan desprovisto de contenido como las promesas de una campaña, pero transformado en algo tan aparatosamente impresionante como una ópera de Wagner. Y casi tan difícil de entender, añadió para sí.

A Mike no le importó. Podía insertar los párrafos en marciano con la misma facilidad con que podía memorizar y recitar la traducción al inglés. Si decir tales cosas complacía a sus hermanos de agua, se consideraba feliz haciéndolo.

Alguien tocó a Jubal en el hombro, le puso un sobre en la mano y susurró:

—Del secretario general.

Jubal alzó la mirada y vio a Bradley que se alejaba silenciosamente. Abrió el sobre en sus rodillas y examinó la única hoja que había dentro.

La nota consistía en una sola palabra: «Sí», y había sido firmada con las iniciales «J.E.D»… todo en la famosa tinta verde.

Jubal alzó de nuevo la mirada y tropezó con los ojos de Douglas fijos en los suyos; el secretario general asintió imperceptiblemente y desvió la vista. La conferencia como tal había concluido; todo lo que faltaba ahora era hacérselo saber al mundo.

Mike terminó de pronunciar las sonoras nulidades que le habían sido dictadas; Jubal oyó sus propias palabras: «un acercamiento continuo, con beneficio mutuo para ambos mundos», y «cada una de las dos razas de acuerdo con su propia naturaleza», pero no las escuchó. Luego Douglas dio las gracias al Hombre de Marte, breve pero calurosamente. Hubo una pausa.

Jubal se puso en pie.

—Señor secretario general…

— ¿Sí, doctor Harshaw?

—Como usted sabe, el señor Smith se encuentra aquí hoy desempeñando un doble papel. Como algunos príncipes visitantes en el pasado histórico de nuestra raza, que viajaban en caravana y navegaban por las vastedades marítimas inexploradas hasta reinos

lejanos, él nos trae los buenos deseos de los Antiguos Poderes de Marte. Pero también es un ser humano, un ciudadano de la Federación y de Estados Unidos de América. Como tal, tiene derechos y propiedades y obligaciones aquí —Jubal sacudió la cabeza—. Todo lo cual es muy engorroso, lamento decirlo. Como abogado suyo en su calidad de ciudadano particular y ser humano, he estado examinando sus asuntos, y ni siquiera he sido capaz de establecer una relación completa de lo que posee… y mucho menos de decidir qué presentar a los recaudadores de impuestos.

Jubal hizo una pausa para recobrar el aliento.

—Soy viejo, y es posible que no viva lo suficiente como para completar la tarea. Usted sabe que mi cliente no posee experiencia comercial ni financiera en el sentido humano del término; los marcianos hacen estas cosas de un modo muy distinto. Pero es un joven de gran inteligencia; todo el mundo sabe que sus padres fueron genios, y la sangre prevalecerá. No cabe duda de que, en el plazo de unos pocos años, podría, si lo deseara, arreglárselas perfectamente por sus propios medios, sin la ayuda de un abogado viejo y achacoso. Pero sus asuntos requieren atención inmediata hoy; los negocios no esperan.

»Pero, de hecho, él se siente más ansioso por aprender la historia, las artes y las formas de vida de éste, su segundo hogar, antes que de sumergirse en pagarés y paquetes de acciones y royalties… y creo que en eso demuestra su buen juicio. Aunque sin experiencia en los negocios, el señor Smith posee una sabiduría directa y simple que me sorprende, y que sorprende a todo aquel que lo conoce. Cuando le expliqué los problemas que estaba teniendo, se limitó a mirarme con esos ojos claros y tranquilos suyos y me dijo: «Bueno, eso no es ningún problema, Jubal; se lo pediremos al señor Douglas» —Harshaw hizo una pausa y dijo con ansiedad—. El resto es asunto personal, señor secretario. ¿Debo entrevistarme con usted en privado? ¿Y dejar que las damas y caballeros vayan a sus casas?

—Adelante, doctor Harshaw —dijo Douglas, y añadió—. Se dispensa el protocolo. Quienquiera que desee ausentarse, es libre de

hacerlo.

Nadie se movió.

—De acuerdo —continuó Jubal—. Puedo resumirlo todo en una frase: el señor Smith desea nombrarle a usted administrador legal de sus bienes, con plenos poderes para manejar todos sus asuntos de negocios. Simplemente eso.

Douglas pareció convincentemente atónito.

—Es un encargo que encierra grandes responsabilidades, doctor.

—Lo sé, señor. Le señalé a Smith que esto era una imposición, que es usted el hombre más ocupado de este planeta, y que no dispondría de tiempo material para ocuparse de sus asuntos… —Jubal agitó la cabeza y sonrió—. Me temo que no llegué a impresionarle… Parece ser que, en Marte, de la persona más atareada es de la que más se espera. El señor Smith se limitó a decir: «Podemos preguntárselo». Así que se lo estoy preguntando.

»Por supuesto, no esperamos una respuesta inmediata. Ése es otro rasgo marciano; los marcianos nunca se apresuran por nada. Ni se sienten inclinados a hacer las cosas de un modo complicado. Nada de contratos, nada de auditorías, nada de artificios burocráticos; un poder notarial escrito, si usted así lo desea. Pero a Smith tampoco le importa; está dispuesto a ponerlo todo en manos de usted ahora mismo, con sólo que usted acepte verbalmente… al estilo chino.

»Ése es otro rasgo marciano; si un marciano confía en alguien, confía en él de un modo absoluto y hasta el final. No acude a averiguar si ese alguien mantiene su palabra. Oh, debo añadir una cosa: el señor Smith *no* hace esta solicitud al secretario general en funciones; le pide un favor a Joseph Edgerton Douglas, a usted personalmente. Si usted se retira de la vida pública, eso no afectará al trato en lo más mínimo. Su sucesor en su cargo, quienquiera que sea, no figura en él. Es en *usted* en quien confía… no en quien sea que vaya a ocupar el Despacho Octagonal de este Palacio.

Douglas asintió.

—Sea cual sea mi respuesta, me siento honrado… y lleno de humildad.

—En caso de que usted decline el encargo o no pueda aceptarlo, lo acepte provisional o temporalmente o algo parecido, el señor Smith tiene su segunda elección para el trabajo: Ben Caxton. Levántese un segundo, Ben; deje que la gente le vea. Y si los dos, usted y Caxton, no pueden o no desean aceptarlo, su siguiente elección es… Bueno, me parece que nos reservaremos ese nombre por el momento; digamos tan sólo que hay sucesivos candidatos. Hum, déjeme ver… —Jubal pareció vacilar—. No estoy acostumbrado a hablar de pie. Miriam, ¿por dónde anda ese papel donde listé las cosas que vienen a continuación?

Jubal aceptó la hoja que le tendía la muchacha y añadió:

—Será mejor que me entregues también las otras copias —Miriam le pasó un fajo de hojas—. Esto es un pequeño memorándum que hemos preparado para usted, señor… o para Caxton, si las cosas se inclinan en esa dirección. Hum, veamos… «El administrador se pagará a sí mismo el salario que considere justo de acuerdo con su valía, pero no menos de…», bueno, una suma considerable que en realidad a nadie le importa. «El administrador depositará fondos en una cuenta de gastos a disposición de la primera parte…», ejem, oh, sí… pensé que tal vez querría utilizar el Banco de Shangai como, llamémoslo, depositario, y digamos que el Lloyd's como agente comercial… o quizá al revés… sólo para proteger su propio nombre y fama. Pero el señor Smith no quiere oír hablar de ninguna de estas instrucciones… sólo quiere que se establezca una asignación ilimitada de poderes, revocable por ambas partes a elección. Así que no voy a leer todo esto; ése es el motivo de haberlo puesto por escrito —Jubal se volvió y miró al vacío—. Eh, Miriam… rodea la mesa y lleva todo esto al secretario general, eso es, buena chica. Hum, dejaré aquí estas otras reproducciones. Puede que quiera pasárselas a alguna otra persona… o acaso las necesite usted mismo. Oh, será mejor que entregue una al señor Caxton… tome, Ben.

Jubal miró ansiosamente alrededor.

—Hum, me parece que eso es todo lo que tengo que decir, señor secretario. ¿Tiene usted algo más que decirnos a nosotros?

—Sólo un momento. ¿Señor Smith?

— ¿Sí, señor Douglas?

— ¿Es esto lo que usted desea? ¿Quiere *usted* que yo haga lo que dice este papel?

Jubal contuvo el aliento y evitó mirar a su cliente. Mike había sido cuidadosamente aleccionado con vistas a aquella pregunta… pero no había manera de decir qué forma iba a tomar, ni de predecir adónde podían llevarles las interpretaciones literales que Mike aplicaba a todo lo que se le decía.

—Sí, señor Douglas —la voz de Mike resonó claramente en la gran sala… y en mil millones de otras salas por todo el planeta.

— ¿Quiere que dirija sus negocios?

—Se lo suplico, señor Douglas. Sería muy amable por su parte. Gracias.

Douglas parpadeó.

—Bien, la cuestión ha quedado bastante clara. Doctor, me reservaré ahora la respuesta… pero la tendrá usted en un plazo muy breve.

—Gracias, señor. Tanto en mi nombre como en el de mi cliente.

Douglas empezó a levantarse. La voz del asambleísta Kung interrumpió secamente su movimiento.

— ¡Un momento! ¿Qué hay de la Resolución Larkin?

Jubal intervino antes de que Douglas pudiera decir nada.

—Ah, sí, la Resolución Larkin. He oído un sinfín de tonterías acerca de la Resolución Larkin… en su mayor parte pronunciadas por personas irresponsables. ¿Qué ocurre con la Resolución Larkin, señor Kung?

—Yo soy quien se lo pregunta a usted. O a su cliente. O al secretario general.

— ¿Puedo hablar, señor secretario? —preguntó Jubal a Douglas con voz suave.

—Por favor.

—Muy bien.

Jubal hizo una pausa, sacó lentamente un gran pañuelo de su bolsillo y se sonó la nariz en un prolongado trompeteo, produciendo un acorde menor, tres octavas por debajo del do mayor. Luego miró fijamente a Kung y dijo con voz solemne:

— Señor asambleísta, me dirigiré sólo a usted, porque sé que es innecesario dirigirme al Gobierno en la persona del secretario. Hace mucho, mucho tiempo, cuando yo era un chiquillo, con otro muchacho igual de joven y estúpido que yo formamos un club. Sólo nosotros dos. Puesto que teníamos un club, debíamos establecer reglas… y la primera regla que aprobamos (por unanimidad, debo añadir), consistió en que, a partir de entonces, en vez de llamar a nuestras madres como siempre habíamos hecho, las llamaríamos «cascarrabias». Una estupidez, por supuesto… pero éramos muy jóvenes. Señor Kung, ¿puede deducir usted las consecuencias de esta «regla»?

—No las imagino, doctor Harshaw.

—Intenté aplicar nuestra resolución «cascarrabias» una sola vez. Una sola fue suficiente, y evitó que mi amigo cometiera la misma equivocación. Todo lo que conseguí por mi parte fue que me calentaran bien mis jóvenes posaderas con una buena vara de melocotonero. Y ése fue el fin de la resolución «cascarrabias».

Jubal carraspeó.

—Espere un momento más, señor Kung. Sabiendo que alguien iba a sacar a relucir con toda seguridad esa conclusión no existente, traté de explicar la Resolución Larkin a mi cliente. Al principio Smith tuvo problemas en hacerse a la idea de que alguien pudiera pensar que esa ficción legal era aplicable a Marte. Después de todo, Marte está habitado por una raza antigua y sabia… mucho más antigua que la nuestra, señor, y posiblemente más sabia. Pero cuando finalmente lo comprendió, el asunto le pareció divertido.

Sólo eso, señor: tolerantemente divertido. Una vez, una sola vez, comprendí yo mal la capacidad de mi madre para castigar la insolencia de un niño pequeño. Esa lección fue barata, una ganga. Pero este mundo no puede exponerse a una lección así a escala planetaria. Antes de que intentemos parcelar unas tierras que no nos pertenecen, valdría la pena que comprobáramos qué tipo de varas de melocotonero hay colgadas en la cocina de Marte.

Kung no pareció excesivamente convencido.

—Doctor Harshaw, si la Resolución Larkin no es más que una tontería de chiquillo… ¿por qué se le han ofrecido honores nacionales al señor Smith?

Jubal se encogió de hombros.

—Esa pregunta debería hacérsela al Gobierno, no a mí. Pero puedo decirle cómo los interpreto yo: como una cortesía elemental a los Ancianos de Marte.

—Oh, por favor…

—Señor Kung, esos honores no son ningún eco vacío de la Resolución Larkin. En cierto modo, que queda más allá de la experiencia humana, ¡el señor Smith *es* el planeta Marte!

Kung ni siquiera pestañeó.

—Prosiga.

—O, más bien, *toda la raza marciana*. En la persona de Smith nos están visitando los Ancianos de Marte. Los honores que se le tributen a él son honores que se les tributan a ellos… y el daño que se le cause a él será daño que se les cause a ellos. Eso es cierto en un sentido muy literal, pero absolutamente extrahumano. Fue prudente y sabio por nuestra parte rendir hoy honores a nuestros vecinos… pero el buen juicio de esta acción no tiene nada que ver con la Resolución Larkin.

»Ninguna persona responsable ha argumentado que el precedente Larkin tenga aplicación sobre un planeta habitado, y me aventuro a decir que nadie lo hará nunca —Jubal hizo una pausa y alzó los ojos al techo, como si pidiera ayuda al Cielo—. Pero, señor Kung, tenga la seguridad de que los ancianos gobernantes

marcianos tomarán buena nota del modo en que tratemos a su embajador. Los honores ofrecidos a ellos a través de Smith constituyen un símbolo de gran cortesía. Estoy seguro de que el Gobierno de este planeta ha dado muestras, con ello, de gran sabiduría. A su debido tiempo, *usted* se dará cuenta también de que fue un acto de lo más prudente.

Kung respondió con engañosa suavidad.

—Doctor, si está tratando de asustarme, le advierto que fracasa estrepitosamente.

—No esperaba tener éxito. Pero, por fortuna para el bienestar de este planeta, *su* opinión no predomina —Jubal se volvió hacia Douglas—. Señor secretario, ésta es la aparición pública más prolongada que he hecho en bastantes años, y descubro que estoy agotado. ¿Sería posible suspender temporalmente la sesión, mientras esperamos su decisión?

OceanofPDF.com

21

Aplazada la reunión, Jubal comprobó que sus intenciones de reunir su rebaño y ausentarse rápidamente de la sala tropezaban con el obstáculo del presidente norteamericano y el senador Boone; ambos deseaban charlar con Mike, ambos eran políticos prácticos que habían comprendido el valor en alza que representaba el ser vistos en íntima relación con el Hombre de Marte, y ambos estaban perfectamente enterados de que los ojos del mundo, vía estereovisión, estaban fijos en ellos.

Y otros políticos hambrientos se acercaban ya al grupo.

Jubal se apresuró a proponer:

—Señor presidente, senador… nos vamos ahora mismo a almorzar. ¿Nos harían el favor de acompañarnos? —mientras reflexionaba que un par de personas en privado siempre serían más fáciles de manejar que dos docenas en público,. y que tenía que llevarse a Mike de allí antes de que algo se estropeara.

Para alivio de Jubal, ambos tenían obligaciones en otra parte. Sin saber cómo, Harshaw se encontró prometiendo, no sólo que llevaría a Mike a aquel obsceno servicio fosterita, sino que también lo acompañaría a la Casa Blanca… Oh, bueno, el chico siempre podía ponerse enfermo, si era necesario.

— ¡A vuestros sitios, muchachas!

Con su escolta de nuevo a su alrededor, Mike fue llevado hasta la azotea, con Anne abriendo camino puesto que lo recordaba, y creando un auténtico oleaje a su proa con su estatura, su belleza de

walkiria y su impresionante toga de testigo honesto. Jubal, Ben y los tres oficiales de la *Champion* formaban la retaguardia. Larry aguardaba en la azotea con el aerobús Greyhound, y unos minutos más tarde el conductor les dejaba en la azotea del *New Mayflower*. Algunos periodistas les vieron allí, por supuesto, pero las chicas cerraron filas en torno de Mike y lo llevaron hasta la *suite* que Duque había reservado. Se estaban volviendo muy hábiles, y disfrutaban con aquello; Miriam y Dorcas en particular desplegaron una ferocidad que recordó a Jubal la de una gata defendiendo a sus crías; sólo que ellas lo convertían en un juego, anotándose las respectivas puntuaciones. Un reportero que se acercó a menos de un metro obtuvo una esplendorosa zancadilla.

Observaron que una patrulla de los Servicios Especiales recorría el pasillo y que un agente montaba guardia ante la puerta de su *suite*. A Jubal se le erizó el vello de la nuca, pero comprendió enseguida — o esperó, al menos — que tal presencia significaba que Douglas cumplía su parte del trato. La carta que Jubal le había enviado antes de la conferencia — en la que le explicaba lo que iba a hacer y decir y por qué — incluía un ruego a Douglas de que utilizase su poder e influencia para proteger la intimidad de Mike a partir de entonces, a fin de que el desafortunado muchacho pudiera llevar una vida normal… si era posible una vida «normal» para Mike. De modo que se limitó a advertir:

— ¡Jill! Mantenga a Mike bajo control. Todo marcha bien.

—De acuerdo, jefe.

Y así era. El agente apostado delante de la puerta saludó. Jubal le lanzó una mirada.

— ¡Vaya! ¿Qué tal, mayor? ¿Ha echado abajo alguna puerta últimamente?

El mayor Bloch se puso rojo, pero mantuvo los ojos firmes al frente y no respondió. Jubal se preguntó si aquella misión no sería un castigo. No, lo más probable es que sólo fuera pura coincidencia; no debía de haber más de un puñado de agentes de los Servicios Especiales de rango adecuado disponibles para aquella tarea en la zona. Jubal pensó frotar un poco más de sal en la herida,

diciendo que un facineroso había aprovechado la rotura de la puerta para meterse en su casa y destrozar los muebles de su sala de estar y… ¿qué pensaba *hacer* el mayor al respecto? Pero decidió dejarlo correr; no sólo no tendría la menor gracia, sino que no era cierto. Duque había cerrado temporalmente la casa con una puerta de contrachapado antes de que la fiesta se hubiera mojado demasiado para llevar a cabo tales tareas.

Duque aguardaba dentro. Jubal dijo:

—Siéntense, caballeros. ¿Qué hay, Duque?

Duque se encogió de hombros.

— ¿Quién sabe? Nadie ha instalado micrófonos ni cámaras ni nada parecido en esta *suite* desde que la tomé; puedo garantizarlo. Rechacé la primera *suite* que me ofrecieron como usted me dijo, y tomé ésta porque tiene un techo mucho más grueso… la sala de baile está inmediatamente encima. Y desde entonces he pasado todo el tiempo registrando el lugar. Pero, jefe, he empujado bastantes electrones como para saber que *cualquier lugar* puede ser cebado con aparatos de escucha que nadie sea capaz de descubrir sin hacer pedazos el edificio.

—Sí, sí… pero no me refería a eso. No pueden mantener un hotel de este tamaño lleno de escuchas en todas sus habitaciones sólo a la espera de la casualidad de que nosotros alquilemos una *suite* en él; al menos, no creo que puedan. Lo que quise decir es: «¿Cómo están nuestros suministros?». Tengo hambre y sed, muchacho, y somos tres más para el almuerzo.

—Oh, eso. Descargaron las cosas ante mis propios ojos, las trajeron hasta aquí y las depositaron justo dentro de esta habitación; las he colocado en la despensa. Tiene usted una naturaleza muy recelosa, jefe.

—Por supuesto que sí, y vale más que tú también la desarrolles, si es que quieres vivir tantos años como yo.

Jubal había depositado en manos de Douglas una fortuna equivalente a la deuda de una nación de tamaño mediano, pero no había dado por sentado que los excesivamente ansiosos

lugartenientes de Douglas no metieran mano en la comida y la bebida. Así que, para evitar los servicios de un catador, había hecho todo el camino desde el Poconos lleno de comida y más aún de bebida… y muy poca agua. Y, por supuesto, cubitos de hielo. Se preguntaba cómo César había podido conquistar a los galos sin cubitos de hielo.

—La idea no me seduce gran cosa —respondió Duque.

—Es cuestión de gustos. En conjunto me lo he pasado bastante bien. Poneos a trabajar, chicas. Anne, quítate la toga y haz algo útil. La primera que vuelva aquí con una copa para mí se saltará su próximo turno de «primera». Después de servir a nuestros invitados, por supuesto. Así que siéntense, caballeros. Sven, ¿cuál es su veneno favorito? *Aquavit*, supongo… Larry, encuentra una tienda de licores y compra un par de botellas de *aquavit*. Y ginebra *Bols* para el capitán.

—Un momento, Jubal —dijo Nelson firmemente—. No toco el *aquavit* a menos que esté helado de toda una noche. Preferiría un escocés.

—Yo también —corroboró Van Tromp.

—De acuerdo. De eso hay suficiente como para ahogar a un caballo. ¿Doctor Mahmoud? Si prefiere usted bebidas más suaves, estoy seguro de que las chicas le podrán preparar alguna.

Mahmoud parecía meditabundo.

—No debería permitir que el alcohol me tentara —murmuró.

—No es necesario. Déjeme recetárselo como médico —Jubal lo examinó de pies a cabeza—. Hijo, tiene usted el aspecto de haber estado sometido a una considerable tensión nerviosa. Ahora podemos aliviarla con meprobamato pero, puesto que no lo tenemos a mano, me veo obligado a sustituirlo con dos onzas de etanol de noventa grados, y repetir la dosis si es necesario. ¿Algún aroma en particular para matar el sabor medicinal? ¿Con o sin burbujas?

Mahmoud sonrió, y de pronto dejó de parecer inglés.

—Gracias, doctor… pero mi conciencia carga con mis propios pecados con los ojos muy abiertos. Ginebra, por favor, con un chorrito de agua. O vodka. O cualquier cosa que haya disponible.

—O alcohol medicinal —añadió Nelson—. No deje que le tome el pelo, Jubal. Stinky bebe cualquier cosa… y luego siempre se arrepiente.

—Me arrepiento —dijo Mahmoud con voz grave— porque sé que beber es pecaminoso.

—Entonces no le pinche con ello, Sven —dijo Jubal bruscamente—. Si Stinky prefiere tomar el rodeo de desembarazarse de sus pecados por el más largo camino del arrepentimiento, eso es asunto suyo. Mi propio arrepentidor se quemó por sobrecarga durante la caída de la bolsa del veintinueve y nunca lo he reemplazado… y eso es asunto *mío*. A cada cual lo suyo. ¿Qué me dice de los comestibles, Stinky? Probablemente Anne metió un jamón en una de esas cestas… y es posible que haya otros alimentos impuros. ¿Lo comprobamos?

Mahmoud agitó la cabeza.

—No soy tradicionalista, Jubal. Esa legislación se promulgó hace muchos años, de acuerdo con las necesidades de aquella época. Los tiempos son muy diferentes ahora.

Jubal pareció entristecerse de pronto.

—Sí. Pero, ¿acaso son mejores? No importa; también esta época pasará y no dejará detrás más que un esqueleto. Coma lo que le apetezca, hermano; Dios perdona la necesidad.

—Gracias. Pero la verdad es que a menudo me abstengo de la comida del mediodía.

—Será mejor que coma algo, si no quiere que el etanol prescrito haga algo más que relajarle. Además, esas chicas que trabajan para mí a veces deletrean mal las palabras… pero como cocineras son algo soberbio.

Miriam entró llevando una bandeja con cuatro vasos, que había llenado mientras Jubal declamaba.

—Jefe —interrumpió—, he oído lo que dijo. ¿Está dispuesto a ponerlo por escrito?

— ¿Qué? —giró en redondo y la miró con ojos llameantes—. ¡Chismosa! Te quedarás después de la hora de clase y escribirás mil veces: «No escucharé las conversaciones ajenas». Te quedarás hasta terminarlo.

—Sí, jefe. Éste es para usted, capitán. Aquí está el suyo, doctor Nelson… y el de usted, doctor Mahmoud. ¿Un chorrito de agua, dijo?

—Sí, Miriam. Gracias.

—El servicio habitual Harshaw: chapucero pero rápido. Aquí tiene lo suyo, jefe.

— ¡Le has puesto agua!

—Órdenes de Anne. Dice que está usted demasiado exhausto para tomarlo con cubitos de hielo.

Jubal adoptó una expresión de enorme sufrimiento.

— ¿Ven todo lo que tengo que soportar, caballeros? Nunca hubiéramos debido ponerles zapatos. Miriam, escribe esa frase mil veces en sánscrito.

—Sí, jefe. Tan pronto como tenga tiempo de aprenderlo —le palmeó la cabeza—. Siga así y conseguirá su buen ataque de nervios; se lo ha ganado. Todas nos sentimos orgullosas de usted.

—Vuelve a la cocina, mujer. Espera… ¿todo el mundo tiene su correspondiente bebida? ¿Dónde está la bebida de Ben? ¿Dónde está Ben?

—Ya se la han servido. Ben está dictando por teléfono su columna. Tiene el vaso al alcance de la mano.

—Muy bien. Puedes retirarte en silencio, sin formalidades… y envíanos a Mike. ¡Caballeros! ¡*Me ke aloha pau ole*!… porque somos menos cada año —bebió, se le unieron.

—Mike está ayudando en la cocina. Le encanta ayudar. Me parece que, cuando crezca, será mayordomo.

—Pensé que ya te habías ido. Envíanoslo de todos modos; el doctor Nelson desea efectuarle un examen físico.

—No hay prisa —dijo el cirujano de la nave—. Jubal, este escocés es excelente, pero… ¿qué dijo antes en el brindis?

—Oh, perdonen. Era polinesio. «Que nuestra amistad dure eternamente». Llámenlo una nota adicional a la ceremonia del agua de esta mañana. A propósito, caballeros, Larry y Duque son también hermanos de agua de Mike, pero no se atormenten por ello. No saben guisar… aunque son la clase de tipos que es conveniente llevar como guardaespaldas cuando uno se adentra por algún callejón oscuro.

—Si los avala usted, Jubal —le aseguró Van Tromp—, hay que admitirlos y atrancar la puerta. Pero bebamos a la salud de las chicas. Sven, ¿cuál es ese brindis suyo a las mozas de buen ver?

— ¿Se refiere al que se aplica a las preciosidades femeninas de todas partes? Mejor bebamos a la salud de las cuatro que hay aquí. ¡*Skaal*! —bebieron a la salud de sus hermanos de agua femeninos, y Nelson continuó—. Jubal, ¿dónde las encontró?

—Las crié en mi propia bodega. Luego, cuando las tenga completamente entrenadas y empiecen a serme útiles, se presentará como siempre algún lechuguino de ciudad y se casarán. Es un juego perdido de antemano.

—Puedo ver cómo sufre —manifestó Nelson amablemente.

—Así es. Confío, caballeros, en que todos ustedes estén casados.

Dos sí lo estaban. Mahmoud no. Jubal le miró fríamente.

— ¿Tendrá usted la bondad de descorporizarse? Después del almuerzo, por supuesto… no deseo que lo haga con el estómago vacío.

—No represento ninguna amenaza. Soy un soltero empedernido.

— ¡Vamos, vamos, señor! Me di cuenta de cómo le miraba Dorcas… y a usted se le caía la baba.

—Estoy a salvo de tentaciones, se lo aseguro —Mahmoud pensó en la conveniencia de explicarle a Jubal que no podía casarse a causa de su fe, pero decidió que un gentil lo interpretaría equivocadamente… incluso una rara excepción como Jubal—. Pero, Jubal, no haga esa sugerencia a Mike. No asimilaría que estaba usted bromeando, y podría encontrarse con un cadáver en sus manos. No sé qué puede pensar Mike acerca de su propia muerte. Pero lo intentaría, y si fuese realmente marciano lo conseguiría.

—Estoy seguro de que puede hacerlo —declaró Nelson con voz firme—. Doctor… Jubal, quiero decir… ¿no ha encontrado usted nada extraño en el metabolismo de Mike?

—Oh, permítame expresarlo de otra forma. No he observado en su metabolismo nada que *no* sea extraño.

—Exacto.

Harshaw se volvió hacia Mahmoud.

—Pero no debe preocuparse de que yo pueda cometer el error de incitar a Mike al suicidio. He aprendido a no bromear con él. Asimilo que él no asimila las bromas —Jubal parpadeó pensativamente—. Pero no acabo de asimilar del todo el significado del verbo «asimilar». Stinky, usted habla marciano.

—Un poco.

—Lo habla con fluidez. ¿Asimila *usted* el «asimilar»?

Mahmoud se quedó muy pensativo.

—No. Realmente no. «Asimilar» es la palabra más importante en el lenguaje marciano… y espero dedicar los próximos cuarenta años a intentar comprenderlo y quizá utilizar unos cuantos millones de palabras impresas en tratar de explicarlo. Pero no espero tener éxito. Uno necesita *pensar* en marciano para asimilar la palabra «asimilar». Cosa que Mike hace… y yo no. Quizá haya observado usted que Mike da muchos rodeos para aproximarse a algunas de las más simples ideas humanas.

— ¿Que si lo he observado? ¡Me duele la cabeza!

—A mí también.

—Ah, la comida —anunció Jubal—. El almuerzo, y a la hora exacta también. Chicas, poned las cosas donde podamos alcanzarlas y guardad un respetuoso silencio. Siga hablando, doctor, si quiere. ¿O es que la presencia de Mike aconseja posponerlo?

—En absoluto —Mahmoud habló brevemente a Mike en marciano. Mike le contestó algo, sonrió alegremente; su expresión volvió a ponerse seria y se dedicó a la comida, completamente satisfecho de que le dejaran comer en silencio. Mahmoud explicó —. Le he contado lo que intentaba hacer, y él ha contestado que yo hablaría correctamente; esto no fue una opinión sino la simple afirmación de un hecho, una necesidad. Espero que, si fracaso, él se dará cuenta y me lo dirá. Aunque lo dudo. Mike piensa en marciano… y eso le proporciona un «mapa» completamente distinto del universo del que usted y yo usamos. ¿Me sigue?

—Lo asimilo —asintió Jubal—. El propio lenguaje configura las ideas básicas de un hombre.

—Sí, pero… doctor, habla usted árabe, ¿verdad?

— ¿Eh? Lo hablaba, muy mal, hace muchos años —admitió Jubal—. Aprendí un poco como cirujano con el Servicio Médico de Campaña en Palestina. Pero ahora no sé. Aún lo leo un poco… ya que prefiero las palabras del Profeta en su idioma original.

—Muy adecuado, ya que el Corán no puede ser traducido. El «mapa» cambia con la traducción, por mucho que uno se esfuerce. Comprenderá, entonces, lo difícil que me resultó *a mí* el inglés. No se trata sólo de que mi lengua materna posea inflexiones mucho más sencillas y tiempos mucho más limitados; es que todo el «mapa» ha cambiado. El inglés es el idioma más extendido de la raza humana; su variedad, con un vocabulario varias veces más extenso que el segundo idioma en importancia… sólo esto hizo inevitable que el inglés se convirtiera finalmente en la *lingua franca* de este planeta, porque es la más rica y la más flexible, pese a sus bárbaros añadidos… o, debería decir más bien, *a causa* de sus bárbaros añadidos.

»El inglés engulle cualquier cosa que se pone en su camino, y saca más inglés de ella. Nadie ha intentado nunca detener este

proceso, de la forma que otras lenguas han creado reglas y han marcado límites oficiales, probablemente porque nunca ha existido realmente «el inglés de los reyes»; porque ese «inglés» era el francés. En realidad el inglés fue una lengua bastarda y nadie se preocupó de cómo crecía, ¡y lo hizo! Enormemente. Hasta el punto de que nadie podía esperar ser un hombre educado a menos que hiciera todo lo posible por abrazar a ese monstruo.

»Su propia variedad, sutileza y absoluta e irracional complejidad idiomática permiten expresar en inglés cosas que no pueden decirse en ningún otro idioma. Eso casi llegó a volverme loco… hasta que aprendí a pensar en inglés, y eso puso un nuevo «mapa» del mundo por encima del otro con el que me crié. Un mapa mejor, en muchos aspectos, y desde luego uno más detallado. Pero, pese a todo, hay cosas que pueden expresarse en árabe y *no* en inglés.

Jubal asintió con la cabeza.

—Completamente cierto. Por eso continúo leyéndolo, un poco.

—Sí. Pero el lenguaje marciano es *mucho* más complejo que el inglés, y tan alocadamente distinto en la forma en que abstrae su imagen del universo, que, en comparación, el inglés y el árabe podrían ser considerados un solo idioma. Un inglés y un árabe pueden aprender a pensar cada uno con el lenguaje del otro. Pero no estoy seguro de que sea posible para nosotros *pensar* alguna vez en marciano (a no ser que lo aprendamos del modo único en que Mike lo aprendió). Oh, podremos llegar a «chapurrear» marciano, sí… eso es lo que hago yo. Pero nada más.

»Tomemos ahora ese verbo: «asimilar». Su significado literal, el que le supongo, que retrocede hasta el origen mismo de la raza marciana como criaturas pensantes dotadas de habla, arroja su luz sobre la totalidad de su «mapa»… y resulta fácil de comprender. Asimilar significa «beber».

— ¿Eh? —se extrañó Jubal—. Mike nunca dice «asimilar» cuando habla de beber. Él…

—Un momento… —Mahmoud dijo algo a Mike en marciano.

Smith pareció levemente sorprendido.

—«Asimilar» es beber —dijo, y olvidó el asunto.

—Pero Mike se hubiera mostrado también de acuerdo —prosiguió Mahmoud— si le hubiese citado un centenar de otros verbos ingleses, verbos que representan lo que nosotros consideramos como conceptos distintos, incluso como parejas de conceptos antitéticos. Y «asimilar» puede traducirse como *todos* ellos, según como sea utilizado. Significa «temer», significa «amar», significa «odiar»… odiar adecuadamente, porque, según el «mapa» marciano, uno no puede odiar nada, a menos que lo asimile completamente, que lo comprenda de un modo tan absoluto que pueda fusionarse con ello y que ello se fusione con uno; entonces, y sólo entonces, puede uno odiarlo. Pero se odiaría a la vez a sí mismo. Sin embargo, esto también implica, por necesidad, que uno lo ama también, y lo cuida, y lo fomenta, y no lo haría de ninguna otra forma. Sólo en tal caso uno puede *odiar*…; y creo que el odio marciano es una emoción tan leve, que el equivalente humano más aproximado sería un suave desagrado.

Mahmoud esbozó una mueca.

—«Asimilar» significa «identificarse hasta la igualdad absoluta» en sentido matemático. El clisé humano: «Esto me hace más daño a mí que a ti», tiene sabor marciano, aunque sólo sea un rastro. Los marcianos parecen saber de una manera instintiva lo que nosotros hemos aprendido penosamente de la física moderna: que el observador interactúa con el observado inevitablemente a través del proceso de la observación. «Asimilar» significa entender de forma tan absoluta, que el observador se convierte en parte del proceso observado… hasta fundirse, mezclarse, fusionarse, perder la propia identidad en la experiencia de grupo.

»Significa casi todo lo que nosotros entendemos por religión, filosofía y ciencia… y al mismo tiempo, significa tan poco para nosotros como el color para un ciego… —Mahmoud hizo una pausa—. Jubal, si yo le trocease y le convirtiera en estofado, usted y la carne de su cuerpo, todo, sería asimilado. Y cuando yo le

comiese, nos asimilaríamos el uno al otro y nada se perdería, sin importar quién fuera el que se comiese a quién.

—Ya no sería yo —manifestó Jubal en tono firme.

—Usted no es marciano —Mahmoud se interrumpió de nuevo para hablar en marciano a Mike.

Mike asintió.

—Habla usted correctamente, hermano doctor Mahmoud. También yo digo lo mismo. Usted es Dios.

Mahmoud se encogió de hombros, desesperanzado.

— ¿Se da cuenta de lo inútil que es? Todo lo que consigo es una blasfemia. No pensamos en marciano. *No podemos*.

—Usted es Dios —repitió Mike, jovial—. Dios asimila.

— ¡Demonios, cambiemos de tema! Jubal, ¿puedo ponerme un poco más de ginebra a cuenta de la fraternidad?

—Yo la traeré —dijo Dorcas, y se puso rápidamente en pie.

* * *

Fue un agradable picnic familiar, relajado gracias al don de cálida informalidad de Jubal — un don compartido por su personal —, más el hecho de que los tres recién llegados pertenecían a la misma categoría de gente: todos instruidos, aclamados y sin ninguna necesidad de esforzarse. Incluso el doctor Mahmoud, que en muy raras ocasiones bajaba la guardia cuando alternaba con personas que no compartían su misma sumisa fe hacia la Voluntad de Dios, siempre beneficiosa y clemente, se sentía relajado y feliz. Le había complacido mucho saber que Jubal leía las palabras del Profeta… y, ahora que se paraba a observarlo, las mujeres de la casa de Harshaw estaban más rellenitas de lo que le había parecido a primera vista. La morena… Pero desterró el pensamiento de su mente; él era un invitado allí.

Sin embargo, le complacía que aquellas mujeres no parloteasen, no se metieran en las conversaciones serias de los hombres, y a cambio fueran diligentes al servir la comida y la bebida en medio de una cálida hospitalidad. Le había chocado un poco lo que tomó por una cierta falta de respeto casual hacia su amo en la actitud de Miriam… pero no tardó en reconocerla por lo que era: la misma libertad que se concede a los gatos y a los hijos favoritos en la intimidad del hogar.

Jubal había explicado poco antes que simplemente estaban esperando la decisión del secretario general.

—Si está dispuesto a cerrar el trato, y creo que lo está, puede que hoy mismo recibamos noticias suyas. Si no, volveremos a casa esta noche y regresaremos, si tenemos que hacerlo. Pero si nos hubiéramos quedado en el Palacio, tal vez él se habría sentido tentado de regatear. Aquí, enterrados en nuestro agujero, podemos rechazar cualquier regateo.

— ¿Regateo sobre qué? —preguntó el capitán Van Tromp—. Le dio usted lo que él quería.

—No todo lo que quería. Douglas hubiese preferido que ese poder fuese absolutamente irrevocable en vez de recibirlo condicionado a su buena conducta, con la posibilidad de que el poder revierta a manos de un hombre al que detesta y al que teme: este truhán de sonrisa inocente, nuestro hermano Ben. Pero además de Douglas, también hay otros que seguro querrían regatear. Ese Buda blando, Kung… me odia hasta las entrañas. Le arranqué la alfombra de debajo de sus pies. Pero si pudiera pensar en un trato que considerara tentador para nosotros, antes de que Douglas clave sus uñas en el asunto, nos lo ofrecería. Por eso nos hemos apartado también de su camino. Kung es la única razón por la que no comemos ni bebemos nada que no hayamos preparado nosotros mismos.

— ¿Realmente tiene la sensación de que hay algo por lo que debamos preocuparnos? —inquirió Nelson—. Jubal, había dado por sentado que era usted un *gourmet* que insistía en su propia cocina

incluso fuera de casa. No puedo imaginar la posibilidad de ser envenenado en un hotel importante como éste.

Jubal agitó tristemente la cabeza.

—Sven, es usted el tipo de persona honesta que piensa que todos los demás son honestos también… y normalmente está en lo cierto. No, nadie desea envenenarle a usted; pero es posible que su esposa llegara a cobrar su seguro de vida sólo porque usted compartió un plato con Mike.

— ¿De veras lo cree así?

—Sven, pediré al servicio de habitaciones cualquier cosa que usted desee. Pero yo no la tocaré, ni permitiré que Mike lo haga. Porque apostaría todo lo que tengo a que cualquier camarero que entre en esta *suite* estará en la nómina de Kung, y quizá en otras dos o tres más. No estoy viendo fantasmas detrás de los arbustos; saben que estamos aquí, y han dispuesto de un par de horas para actuar.

»Sven, le digo muy fríamente que mi primera preocupación consiste en mantener vivo a este muchacho el tiempo suficiente como para hallar una forma de esterilizar y estabilizar el poder que representa, a fin de que su muerte no signifique ventaja para nadie — Jubal suspiró —. Considere la araña viuda negra. Es un animalito tímido, útil y, para mi gusto, el más hermoso de los arácnidos, con su resplandeciente acabado acharolado y el reloj de arena de su marca de fábrica. Pero la pobrecita tiene la desgracia de disponer de un poder excesivo para su tamaño. Así que todo el mundo la mata apenas la ve. La viuda negra no puede evitarlo; no conoce ninguna forma de desprenderse de su poder venenoso. Mike se encuentra en el mismo dilema. No es tan hermoso como una viuda negra…

— ¡Pero Jubal! —intervino Dorcas, indignada—. ¡Eso que está diciendo es una indignidad! ¡Y, además, absolutamente falsa!

—Lo siento, chiquilla, carezco de tu enfoque glandular hacia el asunto. Hermoso o no, Mike no puede desembarazarse de ese dinero, ni es seguro para él conservarlo. Y no se trata sólo de Kung.

El Tribunal Supremo no es tan apolítico como debiera serlo, aunque sus métodos probablemente convertirían a Mike en prisionero en vez de cadáver; un destino que, para mi gusto, aún es peor. Sin mencionar una docena de otras partes interesadas, de dentro y fuera del oficio público: personas que podrían o no matarle, pero ciertamente estarán dándole vueltas a la cabeza a la cuestión de cómo afectaría a *sus* fortunas el hecho de que Mike fuera el invitado de honor en un funeral. Yo…

—Teléfono, jefe.

—Anne, acabas de interrumpir un profundo pensamiento. Procede de Porlock, ¿verdad?

—No, de Dallas.

—No contestaré a nadie al teléfono.

—Me pidió que le dijera que se trata de Becky.

— ¿Y por qué no lo dijiste antes? —Jubal se apresuró a salir de la sala de estar, y halló el rostro de Madame Vesant en la pantalla—. ¡Becky, me alegro de verte, muchacha! —no se molestó en preguntar cómo había sabido dónde llamarle.

—Hola, doc. Vi tu actuación, y tenía que llamarte para decírtelo.

— ¿Cómo estuvo?

—El Profesor se hubiera sentido orgulloso de ti. Nunca vi una actuación llevada de forma más experta. Los dejaste noqueados antes de que supieran qué les había golpeado. Doc, la profesión perdió un gran orador cuando naciste sin un hermano gemelo.

—Eso es un gran elogio procedente de ti, Becky —Jubal pensaba a toda velocidad—. Pero la función la preparaste tú; yo simplemente me ocupé de la taquilla, y se vendieron todas las entradas. Así que dime tus honorarios, Becky, y no seas tímida —decidió que, fuera cual fuese la cifra que ella dijese, la doblaría. Esa cuenta de gastos que había pedido para Mike nunca lo notaría, y era mejor —mucho mejor— pagar generosamente a Becky que dejar abierta aquella obligación.

Madame Vesant frunció el entrecejo.

—Acabas de herir mis sentimientos.

— ¡Becky, Becky! Ya eres una muchacha crecida. Todo el mundo puede aplaudir y lanzar vítores… pero las ovaciones tienen mucho más valor cuando se hacen sobre un montoncito de suaves, verdes y crujientes billetes. Y no son *mis* billetes. El Hombre de Marte liquidará esa factura y, créeme, puede permitírselo —sonrió —. Todo lo que conseguirás de mí es un beso y un abrazo que hará crujir tus costillas la primera vez que te vea.

Ella se relajó y sonrió.

—Exigiré que cumplas tu palabra. Recuerdo cómo solías darme unos azotes en las posaderas mientras me asegurabas que el Profesor se estaba reponiendo perfectamente… Siempre supiste arreglártelas para animar a la gente.

—No puedo creer que alguna vez hiciera una cosa tan poco profesional.

—La hiciste, y lo sabes muy bien. Y tampoco eran unos azotitos paternales.

—Tal vez sí. Tal vez era el tratamiento que necesitabas. He renunciado a esa clase de azotes, pero haré una excepción en tu caso.

—Más vale que así sea.

—Y más vale que tú me digas tus honorarios. Y no te olvides de los ceros.

—Hum… pensaré en ello. Pero la verdad, Doc, hay otros sistemas para cobrar una factura además de presentar la cuenta de inmediato. ¿Has echado un vistazo a la Bolsa hoy?

—No, y no sigas hablando. En vez de ello, ven aquí a tomar un trago.

—Oh, será mejor que no. Prometí a… Bueno, a un cliente más bien importante, que estaría a su disposición para cualquier consulta sobre la marcha.

—Comprendo. Hum… Becky, ¿no crees que las estrellas demostrarán que este asunto puede acabar mejor para todo el

mundo si el acuerdo se completa, se firma, se sella y se certifica notarialmente hoy? ¿Tal vez justo después del cierre de la Bolsa?

La mujer pareció reflexionar.

—Podría comprobarlo.

—Hazlo. Y ven a pasar un rato con nosotros cuando no estés tan ocupada. Quédate todo el tiempo que quieras, y mientras estés aquí no vistas esos zapatos que tanto daño te hacen. Te gustará el muchacho. Es tan extraño como unos tirantes de serpiente, pero también tan dulce como un beso robado.

—Oh… lo haré. Tan pronto como pueda. Gracias, Doc.

Se dijeron adiós y Jubal regresó, para descubrir que el doctor Nelson había llevado a Mike a un dormitorio y le estaba efectuando un reconocimiento. Se reunió con ellos para ofrecerle a Nelson el uso de su maletín, puesto que éste no había llevado consigo el suyo.

Encontró a Mike desnudo y al cirujano de la nave con aspecto desconcertado.

—Doctor —dijo Nelson, casi furioso—. Examiné a este paciente hace tan sólo diez días. Dígame, ¿dónde consiguió esos músculos?

—Oh, remitió un cupón de esos que salen en la contratapa de *Macho: la revista para los Hombres—Hombres*. Ya sabe, ese anuncio que dice cómo un alfeñique de cincuenta kilos puede…

— ¡Por favor, doctor!

— ¿Por qué no se lo pregunta a él? —sugirió Jubal.

Nelson lo hizo.

—Los pensé —respondió Mike.

—Exacto —convino Jubal—. Los «pensó». Cuando me hice cargo de él, hace exactamente una semana, estaba hecho una lástima: blando, flojo y pálido. Parecía como si lo hubieran criado en una cueva… y supongo que así fue, más o menos. De modo que le dije que se fortaleciera. Y lo hizo.

— ¿Ejercicios? —inquirió Nelson, dubitativo.

—Nada sistemático. Un poco de natación, cuando y como él quiso.

— ¡Una semana de natación no hace que un hombre tenga el aspecto de llevar años sudando las pesas! —Nelson frunció el entrecejo—. Ya sé que Mike tiene un completo control de los llamados músculos «involuntarios», pero eso es algo sobre lo que ya había precedentes. Por otra parte, esto exige que uno suponga que…

—Doctor —dijo Jubal en voz baja—, ¿por qué simplemente no admite que no lo asimila, y se ahorra todo lo demás?

Nelson suspiró.

—Sí, podría admitirlo. Vístase, Michael.

Un poco más tarde, bajo la dulce influencia de la agradable compañía y el zumo de la vid, Jubal confesó en privado a los tres hombres de la *Champion* sus recelos sobre su tarea de aquella mañana.

—El objetivo financiero era sencillo: comprometer el dinero de Mike de forma tal que no se produjera ningún forcejeo a cuenta de él. Ni siquiera aunque muriese; porque si bien he dejado saber a Douglas en privado que la muerte de Mike pondría fin a su administración, me encargué también de que llegara a oídos de Kung y algunos otros el rumor, de fuentes generalmente bien informadas (en este caso yo), de que la muerte de Mike proporcionaría a Douglas el control permanente de todo. Por supuesto, si yo tuviese poderes mágicos, desposeería al muchacho no sólo de todo significado político sino también de hasta el último centavo de su herencia. Eso…

— ¿Por qué haría tal cosa, Jubal? —interrumpió el capitán.

Harshaw pareció sorprendido.

— ¿Tiene usted dinero, comandante? No me refiero a que pueda pagar todas sus facturas, y que tenga suficientes valores en bolsa para permitirle hacer las discretas locuras que se le apetezcan. Quiero decir *rico*… tan cargado de dinero que el suelo se combe

bajo usted cuando rodee la mesa para ocupar su lugar a la cabecera en la sala de consejos.

— ¿Yo? —Van Tromp soltó un bufido—. Tengo el cheque mensual de mi sueldo, una pensión algún día, una casa hipotecada y dos chicas en el colegio. Me gustaría probar eso de ser rico aunque sólo fuera por un tiempo, ¡no me importa decírselo!

—No le gustaría.

— ¡Ja! No diría usted eso si tuviese un par de hijas en el colegio.

—Para su información, costeé el colegio a cuatro, y me empeñé hasta los sobacos. Una de ellas justificó la inversión: es una lumbrera en su profesión, y practica con su nombre de casada porque yo siempre he sido un viejo de mala fama, que hace dinero escribiendo basura popular en vez de tener el honor de ser sólo un recuerdo reverenciado en un párrafo de su biografía en el *Who's Who*. Las otras tres son un encanto, que siempre se acuerdan de mi cumpleaños y no me molestan con otras cosas; no puedo decir que la educación les causara algún daño. Aunque mi descendencia no es relevante, demuestra que comprendo que un hombre necesita a menudo más de lo que tiene. Pero usted puede arreglar fácilmente esto: puede renunciar al servicio y aceptar un trabajo en alguna firma de ingeniería que le pagará varias veces lo que cobra ahora sólo por el derecho de poner el nombre de usted en sus membretes. La *General Atomics*, por ejemplo, y varias otras. ¿No le han hecho ofertas?

—Eso no hace al caso —respondió el capitán Van Tromp, tensamente—. Soy un hombre dedicado a mi profesión.

—Lo cual significa que no hay suficiente dinero en este planeta para tentarle a renunciar a capitanear naves espaciales. Comprendo eso.

—Pero no me importaría tener dinero también.

—Un poco más de dinero no le haría ningún bien, porque las hijas pueden gastar siempre un diez por ciento más de lo que un hombre es capaz de ganar en el ejercicio de su ocupación normal,

no importa la cantidad. Es una ley de la naturaleza ampliamente experimentada, pero hasta ahora no enunciada, que a partir de este momento puede ser conocida como la «Ley de Harshaw». Pero, capitán, la *auténtica* riqueza, a tal escala que exige que su propietario alquile toda una batería de maquinadores para mantener bajos sus impuestos, le haría encallar con la misma certeza que la dimisión.

— ¿Por qué debería? Lo invertiría todo en acciones y me dedicaría a cortar los cupones.

— ¿Lo haría realmente? No, no si perteneciera usted a la clase de los que empiezan por adquirir desde el principio una gran fortuna. El dinero en grandes cantidades no es difícil de conseguir. Lo único que exige es toda una vida de obcecada devoción a adquirirlo y a hacerlo crecer en más dinero, con absoluta exclusión de todos los demás intereses. Dicen que la época de las oportunidades ha pasado. ¡Tonterías! Siete de los diez hombres más ricos de este planeta empezaron su vida sin un centavo, y hay montones de otros que están medrando en su camino hacia arriba. Esa gente no ha sido detenida por los altos impuestos, ni siquiera por el socialismo; simplemente se adaptan a las nuevas reglas y finalmente las cambian. Pero ninguna primera bailarina trabaja nunca tanto ni tan afanosamente como un hombre que adquiere riquezas. Capitán, ése no es su estilo; usted no quiere hacer dinero, usted simplemente desea *tener* dinero a fin de gastarlo.

— ¡Correcto, señor! Y es por eso por lo que sigo sin comprender por qué quiere separar a Mike de su riqueza.

—Porque Mike no la necesita, y le perjudicará más que cualquier impedimento físico. La riqueza, la *gran* riqueza, es una maldición… a menos que uno se dedique a amasar dinero porque disfruta con ello. E incluso así, la cosa presenta serios inconvenientes.

— ¡Oh, tonterías! Jubal, habla usted como un guardia de harén tratando de convencer a un hombre entero de las ventajas de ser un eunuco. Y disculpe la comparación.

—Es muy posible —admitió Jubal—, y quizá por la misma razón; la capacidad de la mente humana para razonar sus propias deficiencias es ilimitada, y yo no soy ninguna excepción. Puesto que yo, como usted, señor, no siento más interés por el dinero que el de gastarlo, nunca ha habido la más remota posibilidad de que adquiriera ningún grado significativo de riqueza; sólo lo suficiente para mis vicios. Como tampoco hay ningún auténtico peligro de que fracase en la tarea de conseguir esa modesta suma necesaria, puesto que cualquiera con suficiente visión como para no caer en la tentación de formar pareja puede siempre conseguir alimentar sus vicios, ya sean pagar religiosamente los impuestos o masticar nueces de betel.

»Pero… ¿una gran fortuna? Usted ya vio la farsa de esta mañana. Ahora, respóndame sinceramente: ¿no cree que pude haber modificado ligeramente el asunto de forma que yo adquiriera todo el botín, convirtiéndome *de facto* en el administrador y propietario único, y asignándome cualquier ingreso que deseara… al tiempo que arreglaba todo lo demás, de modo que Douglas corriera con los gastos? ¿No hubiera podido hacer eso, señor? Mike confía en mí; soy su hermano de agua. ¿No hubiera podido estafarle toda su fortuna y arreglar las cosas de modo que el Gobierno, en la persona del señor Douglas, lo hubiera dado por bueno?

—Oh, maldito sea, Jubal… Supongo que hubiera podido.

—Por supuesto que hubiera podido. Porque nuestro a veces estimable secretario general no es más ambicioso del dinero que usted. Su estímulo es el *poder*… un tambor cuyo retumbar yo no oigo. Si le hubiese garantizado a Douglas (oh, graciosamente, por supuesto; hay decoro incluso entre los ladrones) que los bienes de Smith continuarían respaldando su Administración, entonces me habría dejado que hiciera tranquilamente lo que quisiera con el dinero, y hubiera legalizado mi posición como consejero legal perpetuo del muchacho… — se estremeció —. Por unos momentos, pensé que iba a tener que hacer exactamente eso para proteger a Mike de los buitres que se habían reunido a su alrededor… y el pánico me dominó.

»Capitán, evidentemente usted *no sabe* cómo es la vida de un personaje muy rico. No es una bolsa abultada y tiempo para gastarla. Su propietario se ve acosado por todas partes, a cualquier hora, vaya donde vaya, por intercesores persistentes como mendigos de Bombay; y cada uno le pide que invierta o que renuncie a una parte de su riqueza. Se transforma en un ser receloso ante la amistad sincera… la cual, ciertamente, raras veces le es ofrecida; aquellos que podrían haber sido sus amigos se sienten demasiado irritados al ser empujados constantemente a un lado por los mendigos, y son demasiado orgullosos para arriesgarse a que les confundan con uno. Y peor aún, su vida y las vidas de sus familiares siempre están en peligro. Capitán, ¿se han visto sus hijas amenazadas de secuestro alguna vez?

— ¿Qué? ¡Dios santo, no!

—Si poseyera usted la fortuna que han echado sobre los hombros de Mike, tendría que mantener a esas chicas protegidas día y noche; y aun así no dormiría tranquilo, porque nunca podría estar seguro de que sus propios guardianes no pudieran sentirse tentados. Examine el último centenar de secuestros que se han producido en este país, y observe en cuántos de ellos figura implicado un empleado de toda confianza… y observe también las pocas víctimas que escaparon con vida. Luego pregúntese: ¿hay algo que pueda comprarse con dinero que merezca la pena tener, a cambio de colocar los hermosos cuellos de sus hijas dentro de un eterno nudo corredizo?

Van Tromp pareció meditar en aquello.

—No. Supongo que seguiré con mi casa hipotecada; es más de mi especialidad. Esas chicas son todo lo que tengo, Jubal.

—Amén. Yo me sentí abrumado ante la perspectiva. La riqueza no ofrece ningún encanto para mí. Todo lo que quiero es vivir mi propia perezosa e inútil vida, dormir en mi propia cama… ¡y no ser molestado! Sin embargo, pensé que iba a verme obligado a pasar los últimos años de mi vida sentado en un despacho, protegido por una barricada de palmeadores, trabajando largas horas como hombre de negocios al servicio de Mike.

»Y entonces tuve la inspiración. Douglas vive ya detrás de esas barricadas, y dispone de los palmeadores adecuados. Puesto que me veía obligado a entregar el poder de ese dinero a Douglas para asegurar la salud y la libertad de Mike, ¿por qué no hacer que pagase por ello, asumiendo también todos los quebraderos de cabeza? No temía que Douglas le robase nada a Mike; sólo los mezquinos políticos de segunda categoría son seres hambrientos de dinero. Y Douglas, sean cuales fueren sus fallos, no es mezquino en este aspecto. Deje de fruncir el entrecejo, Ben, y rece por que él nunca eche esa carga sobre usted.

»Así que arrojé toda la carga sobre los hombros de Douglas, y ahora podré volver a mi jardín. Pero, como he dicho, el asunto del dinero fue algo relativamente sencillo una vez se me ocurrió. Era la Resolución Larkin lo que me preocupaba.

—Creo que se le fue un poco de la mano en eso, Jubal —indicó Caxton—. Toda esa estupidez de permitir que le rindieran a Mike honores de soberano. ¡Honores, ciertamente! Por el amor de Dios, Jubal, hubiera debido limitarse a dejar que el muchacho renunciase a todo derecho, título e interés, si es que tiene alguno, bajo esa ridícula teoría Larkin. Sabía usted que Douglas deseaba que lo hiciera; Jill se lo dijo.

—Ben, muchacho —dijo suavemente Harshaw—, como periodista, es usted esforzado y a veces incluso legible.

— ¡Hey, gracias! Aquí tengo a un fan.

—Pero su concepto sobre la estrategia corresponde a la época de *Neanderthal*.

Caxton suspiró.

—Ya me siento mejor, Jubal. Por un momento pensé que se hubiera vuelto usted blando y sentimental en su vejez.

—Cuando lo haga, por favor dispárenme un tiro. Capitán, ¿cuántos hombres dejó usted en Marte?

—Veintitrés.

— ¿Y cuál es su *status*, según la Resolución Larkin?

Van Tromp pareció turbado.

—Se supone que no debo hablar de ello.

—Entonces no lo haga —le tranquilizó Harshaw—. Podemos deducirlo, y Ben también.

—Comandante —intervino el doctor Nelson—, tanto Stinky como yo volvemos a ser civiles. Hablaré donde y como me plazca…

—Y yo —confirmó Mahmoud.

—… y, si quieren crearme problemas, ya saben dónde pueden meterse mi comisión de reserva. ¿Por qué tiene el Gobierno que decirnos de qué no podemos hablar? ¿Quiénes son ellos para ordenarnos tal cosa? Esos calientasillas no fueron a Marte. Fuimos nosotros.

—Tranquilo, Sven. Tenía intención de hablar de ello; son nuestros hermanos de agua. Pero… Ben, preferiría que esto no apareciese en su columna. Me gustaría volver a mandar una nave espacial.

—Capitán, conozco el significado de *off the record*. Pero si eso le hace sentirse más tranquilo, iré a reunirme con Mike y las chicas. De todos modos, quiero ver a Jill.

—Por favor, no se vaya. El Gobierno se halla un tanto inseguro en lo que se refiere a esa colonia nominal que dejamos atrás. Todos esos hombres firmaron su renuncia a los llamados derechos Larkin; los cedieron en favor del Gobierno, antes de que abandonáramos la Tierra. La presencia de Mike cuando llegamos a Marte confundió enormemente las cosas. No soy abogado, pero comprendo que si Mike abdicara de sus derechos, fueran cuales fuesen, eso pondría a la Administración en el asiento del piloto a la hora de repartir las cosas de valor.

— ¿Qué cosas de valor? —preguntó Caxton—. Aparte de la pura ciencia, quiero decir. Mire, comandante, no es que trate de restar méritos a su logro, pero, a juzgar por todo lo que he oído, Marte no es exactamente una propiedad valiosa para los seres humanos. ¿O hay allí bienes que aún están clasificados como «cáete muerto antes de leerlo»?

Van Tromp negó con la cabeza.

—No, los informes científicos y técnicos son todos clasificados, creo. Pero Ben, la Luna no era más que un pedazo de roca sin ningún valor cuando pusimos por primera vez el pie en ella. Mírela ahora.

—*Touché* —admitió Caxton—. Desearía que a mi abuelo se le hubiese ocurrido comprar acciones de la *Lunar Enterprises* en vez de las del uranio canadiense. Yo no pongo las objeciones de Jubal a hacerme rico… —añadió—. Pero, en cualquier caso, Marte está habitado.

Van Tromp no parecía muy feliz.

—Sí, pero… Stinky, dígaselo.

—Ben —indicó Mahmoud—, en Marte hay espacio de sobra para la colonización humana…Y, por lo que hemos sido capaces de averiguar, los marcianos no interferirán. No pusieron ninguna objeción cuando les dijimos que teníamos intención de dejar una colonia en el planeta. Aunque tampoco parecieron complacidos. Ni siquiera interesados. En estos momentos estamos ondeando nuestra bandera y gritando extraterritorialidad, pero nuestro *status* puede muy bien ser como el de una de esas ciudades hormiguero cubiertas por una campana de cristal que se ven a veces en los colegios. Nunca fui capaz de asimilarlo.

Jubal asintió.

—Exacto. Ni yo. Esta mañana no tenía ni la más remota idea de la situación… excepto que sabía que el Gobierno estaba ansioso por echarles la mano encima a los llamados derechos Larkin de Mike. Así que supuse que el Gobierno se hallaba en el mismo estado de ignorancia que nosotros, aunque dispuesto a seguir adelante con osadía. «Audacia, siempre audacia»… el más firme principio de la estrategia. Practicando la medicina aprendí que, cuando más perdido estás, es cuando mayor confianza debes fingir. En leyes aprendí que, cuando tu caso parece irremediablemente perdido, es cuando debes impresionar al jurado con tu relajada seguridad.

Jubal sonrió.

—En una ocasión, cuando iba a la escuela secundaria, gané un debate sobre las subvenciones de embarque citando un argumento abrumador del Consejo de Embarque Colonial Británico. La oposición no pudo refutar de ningún modo mis alegaciones… por la sencilla razón de que nunca existió ningún Consejo de Embarque Colonial Británico. Me lo inventé, ropaje incluido.

»Esta mañana me mostré igualmente desvergonzado. La Administración deseaba los «derechos Larkin» de Mike, y estaba estúpidamente aterrorizada ante la posibilidad de que yo pudiera hacer un trato con Kung o con alguien más al respecto. Así que utilicé su codicia y su preocupación para obligarles a llegar hasta el final del absurdo lógico de su fantástica teoría legal, haciéndoles reconocer públicamente que Mike era un soberano del mismo nivel que la propia Federación mediante la puesta en práctica de un protocolo diplomático inequívoco… ¡y que debía ser tratado en consonancia! —Jubal pareció complacido de sí mismo.

—Y con ello —dijo Caxton secamente—, lanzándose a remontar el arroyo sin un remo en las manos.

—Ben, Ben —reprochó Jubal—. La metáfora es errónea. No se trata de una canoa, sino de un tigre. O un trono. Han coronado a Mike de acuerdo con su propia lógica. ¿Debo señalar que, pese a lo que diga el viejo refrán sobre cabezas tambaleantes y coronas, es mucho más seguro ser rey públicamente que pretendiente al trono más o menos oculto? Normalmente un rey puede abdicar para salvar el cuello; un pretendiente puede renunciar a sus pretensiones, pero esto no hace que su cuello esté más seguro… De hecho, todavía lo está menos: lo deja desnudo ante sus enemigos.

»No, Ben… Kung vio que la situación de Mike se había fortalecido sensiblemente gracias a unos cuantos compases de música y a una sábana vieja, aunque usted no lo viera, y no le hizo ninguna gracia. Pero actué por necesidad, no por elección, y, aunque la posición de Mike resultó mejorada, sigue sin ser cómoda. Mike fue, por un momento, el soberano reconocido de Marte según las exageraciones legalistas del precedente de Larkin, y como tal,

fue investido con el poder de otorgar concesiones, derechos comerciales y enclaves *ad nauseam*. Debía hacer esas cosas por sí mismo, y verse así sometido a presiones incluso peores que las que acompañan a una gran fortuna… o debía abdicar de su posición titular y permitir que sus derechos Larkin pasaran a manos de los hombres que se encuentran ahora en Marte, es decir… a Douglas.

Jubal pareció apenado.

—Por mi parte detestaba casi por igual ambas alternativas, puesto que cada una de ellas estaba basada en la detestable doctrina de que la Resolución Larkin podía aplicarse a los planetas habitados. Caballeros, nunca he conocido a ningún marciano, y no tengo vocación de convertirme en su campeón; pero no podía permitir que mi cliente se viera atrapado en ese enredo. La propia Resolución Larkin tenía que ser invalidada en lo que al planeta Marte se refería, mientras el asunto estaba aún en nuestras manos, y sin proporcionar al Tribunal Supremo la ocasión de meter baza y dictaminar.

Jubal esbozó una sonrisa adolescente.

—Así que apelé a un tribunal superior en busca de una resolución que anulara el precedente Larkin… cité un «Consejo de Embarque Colonial Británico» mítico. Mentí hasta el tuétano a fin de crear una nueva teoría legal. Se rindieron a Mike honores de soberano; eso fue un hecho, el mundo lo vio. Pero los honores de soberanía pueden rendirse a un soberano… o al *alter ego* de un soberano, a su virrey o embajador. Así que dejé bien sentado que Mike no era un soberano de cartón que se amparaba en un estúpido precedente humano, ¡sino el mismísimo embajador de la gran nación marciana! — Jubal suspiró —. Pura fanfarronada… y me aterrorizó pensar que podía exigírseme que demostrara mis afirmaciones.

»Pero basaba mi fanfarronada en la esperanza y en mi firme creencia de que los otros, Douglas y, en particular, Kung, no estarían más enterados de los hechos que yo. —Jubal miró a su alrededor—. Me arriesgué a lanzar esa fanfarronada porque ustedes tres estaban sentados a nuestro lado: éramos la hermandad de agua

de Mike. Si ustedes seguían sentados y no se oponían a mis mentiras, entonces Mike *debía* ser aceptado como el equivalente marciano de un embajador… y la Resolución Larkin se convertía en un callejón sin salida.

—Eso espero —dijo sobriamente el capitán Van Tromp—. Pero yo no tomé sus afirmaciones como mentiras, Jubal; las tomé como la simple verdad.

— ¿Eh? Pero le aseguro que no lo eran. No hice más que soltar palabras huecas, improvisar…

—No importa. Inspiración o deducción, opino que dijo usted la verdad —el comandante de la *Champion* titubeó—. Excepto que yo no llamaría a Mike embajador. Creo que es una fuerza expedicionaria.

Caxton dejó caer la mandíbula. Harshaw no discutió aquello, pero respondió con idéntica sobriedad:

— ¿En qué sentido, señor?

—Rectificaré eso —respondió Van Tromp—. Sería mejor decir que creo que Mike es un explorador de unas fuerzas expedicionarias, que está efectuando un reconocimiento de nosotros y nuestro planeta para sus amos marcianos. Incluso es posible que estén en contacto telepático con él constantemente, que ni siquiera tenga que informarles a la vuelta. No lo sé. Pero sí sé que, después de visitar Marte, hallo estas ideas mucho más fáciles de aceptar. Y sé esto: todo el mundo parece dar por sentado que, tras encontrar a un ser humano en Marte, lo traeríamos por supuesto de vuelta a casa y él se sentiría ansioso de hacerlo. Nada podría estar más lejos de la verdad, ¿eh, Sven?

—A Mike no le gustó nada la idea —confirmó Nelson—. Ni siquiera pudimos acercarnos a él al principio; nos tenía miedo. Luego los marcianos le ordenaron que volviera con nosotros, y desde entonces hizo exactamente todo lo que le dijimos que hiciera. Se comportó como un soldado que cumple con perfecta disciplina unas órdenes que le aterrorizan.

—Un momento —protestó Caxton—. Capitán, aun así… ¿Marte atacándonos? ¿*Marte*? Usted sabe más de estas cosas que yo, pero, ¿no sería eso como si nosotros atacásemos Júpiter? Quiero decir, tenemos dos veces y media la gravedad superficial de Marte, del mismo modo que Júpiter tiene dos veces y media nuestra gravedad superficial. Y diferencias más o menos análogas en cuanto a presión, temperatura, atmósfera y demás. Nosotros no podríamos vivir en Júpiter… y no concibo que los marcianos pudieran adaptarse y resistir las condiciones de nuestro planeta. ¿No es cierto?

—Bastante aproximado —admitió Van Tromp.

—Entonces, ¿por qué íbamos a atacar Júpiter? ¿Y por qué iba a atacarnos Marte?

—Hum… Ben, ¿no ha visto usted ninguno de los proyectos para establecer una cabeza de playa en Júpiter?

—Sí, pero… Bueno, nada de eso ha pasado nunca del estadio de sueño. No es práctico.

—Los vuelos espaciales tampoco eran prácticos hace no más de un siglo. Revise los archivos y vea lo que sus propios colegas decían al respecto… digamos allá por 1940. Esas proposiciones sobre Júpiter no han ido más allá de las mesas de diseño, en el mejor de los casos; pero los ingenieros que han trabajado en ellas lo han hecho de forma muy seria. Creen que, utilizando todo lo que aprendimos con la exploración del fondo de los océanos, y equipando además a los hombres con trajes energéticos que les permitan flotar, es posible enviar seres humanos a Júpiter. Y no creo ni por un momento que los marcianos sean menos inteligentes que nosotros. Debería ver usted sus cualidades.

—Oh… —exclamó Caxton—. De acuerdo, me callaré. Pero sigo sin ver por qué iban a molestarse en venir.

— ¿Capitán?

— ¿Sí, Jubal?

—Veo otra objeción. Ésta es cultural. Supongo que conoce la clasificación general de las culturas en «apolíneas» y «dionisíacas».

—Sé más o menos lo que quiere decir.

—Bueno, pues a mí me parece que hasta la cultura *zuni* sería llamada dionisíaca en Marte. Por supuesto, usted ha estado allí y yo no; pero he hablado extensamente con Mike. Ese muchacho fue educado en una cultura extremadamente apolínea, y esas culturas no son agresivas.

—Hum. Entiendo lo que quiere decir. Pero yo no confiaría mucho en ello.

Mahmoud dijo bruscamente:

—Comandante, hay pruebas consistentes en apoyo de la tesis de Jubal. Se puede analizar una cultura a partir de su lenguaje, en cualquier momento… y no existe ninguna palabra marciana equivalente a «guerra» —se detuvo, y pareció desconcertado—. Al menos, no creo que exista. Como tampoco hay ninguna palabra para designar «arma», ni «lucha». Si la palabra para un concepto determinado no existe en un lenguaje, entonces es que su cultura desconoce el referente que la palabra que no existe simboliza.

— ¡Oh, tonterías, Stinky! Los animales luchan… y las hormigas dirigen guerras, incluso. ¿Está intentando decirme que necesitan tener palabras para expresar eso antes de poder hacerlo?

—Eso es exactamente lo que quiero decir —insistió Mahmoud —, cuando se aplica a cualquier raza que se exprese verbalmente. Como nosotros. Como los marcianos… que además están más altamente verbalizados que nosotros. Una raza que se comunica oralmente cuenta con palabras para todos los conceptos antiguos, y crea nuevas palabras o nuevas definiciones siempre que surge y se desarrolla un nuevo concepto. ¡Siempre! Un sistema nervioso capaz de verbalizar no puede evitar hacerlo; es automático. Si los marcianos supiesen lo que es la «guerra», tendrían la correspondiente palabra para ella.

—Hay una forma rápida de establecer eso —sugirió Jubal—: llamemos a Mike. Preguntémosle.

—Un momento, Jubal —objetó Van Tromp—. Aprendí hace años a no discutir jamás con un especialista; nunca puedes ganar.

Pero también aprendí que la historia del progreso es una larga, larga lista de especialistas que estuvieron completamente equivocados… Perdone, Stinky.

—Tiene razón, capitán… sólo que esta vez no estoy equivocado.

—Tal como veo las cosas, todo lo que Mike puede establecer es si conoce o no cierta palabra… lo cual puede ser algo así como pedirle a un niño de dos años que defina el cálculo. No prueba nada. Preferiría atenerme por el momento a los hechos. Sven, ¿qué hay de Agnew?

—Eso es cosa suya, capitán —respondió Nelson.

—Bien… esto sigue siendo una conversación privada entre hermanos de agua, caballeros. El teniente Agnew era nuestro oficial médico cadete. Según dice Sven, era un chico muy brillante en su campo, y yo no tuve quejas respecto a él por parte de nadie y en ningún sentido; era bastante apreciado. Pero estaba poseído por una insospechada xenofobia latente. No contra los humanos, pero no podía soportar a los marcianos.

»Al darme cuenta de que al parecer los marcianos eran pacíficos, di órdenes de que nadie fuera armado fuera de la nave. No quería que se produjese ningún incidente. Pero al parecer, el joven Agnew me desobedeció. No conseguimos encontrar su arma corta personal, y los dos hombres que le vieron vivo por última vez declararon que la llevaba consigo. Pero todo lo que dice mi diario de a bordo es: «desaparecido y presumiblemente muerto». Les contaré como sucedió.

»Dos miembros de la tripulación vieron a Agnew adentrarse por una especie de pasadizo entre dos grandes rocas: una configuración rara en Marte, donde todo es más bien monótono. Luego vieron a un marciano que entraba por el mismo camino… por cuyo motivo se apresuraron hacia allá, puesto que la peculiaridad del doctor Agnew era bien conocida por todos. Ambos dijeron que, mientras corrían, oyeron un disparo. Uno aseguró que llegó a la entrada justo a tiempo para ver fugazmente a Agnew, un poco más allá del marciano, que llenaba casi todo el espacio entre

las rocas; son muy grandes. Y, al instante siguiente, dejó de verle. El segundo hombre dijo que cuando llegó allí el marciano salía: simplemente cruzó por delante de ellos y siguió su camino. Una actitud característicamente marciana: si no tiene nada que tratar contigo, simplemente te ignora. Una vez el marciano se hubo alejado pudieron observar el espacio entre las dos rocas: era un callejón sin salida, y estaba vacío.

»Eso es todo, caballeros. Podríase decir que Agnew pudo haber saltado por encima de la pared de roca, gracias a la inferior gravedad de Marte y al ímpetu del miedo… aunque yo lo intenté y no pude hacerlo. También mencionar que esos dos tripulantes llevaban equipos de respiración, que en Marte son imprescindibles, y que la hipoxia puede hacer que los sentidos de un hombre le gasten malas pasadas. No sé si el primer miembro de la dotación estaba mareado a causa de la escasez de oxígeno; menciono este detalle simplemente porque es una explicación más creíble que lo que informó: que Agnew se limitó a desaparecer en un parpadeo. De hecho, eso es lo que le sugerí, y le ordené que revisara su equipo de suministro de oxígeno antes de volver a salir al exterior.

»¿Saben? Pensé que Agnew reaparecería en cualquier momento, y me preparé para abrumarle con una buena reprimenda y someterlo a un severo arresto por haber salido armado (si había salido armado) y por haber salido solo (lo cual parecía seguro), ya que ambas cosas eran serias infracciones de la disciplina. Pero nunca volvió y nunca le encontramos, ni a él ni a su cadáver. No sé lo que ocurrió. Pero mis dudas respecto a los marcianos se remontan a la fecha de ese incidente. Nunca han vuelto a parecerme criaturas gentiles, inofensivas y más bien cómicas, pese a que jamás tuvimos ningún problema con ellos y siempre nos dieron cuanto les pedimos, una vez Stinky aprendió la forma de pedírselo. Quité importancia al incidente, porque no puedes permitir que cunda el pánico entre tus hombres cuando te hallas a cientos de millones de kilómetros de casa.

»Oh, no podía disimular el hecho de que el doctor Agnew había desaparecido, y toda la tripulación de la nave lo buscó. Pero

eliminé toda posible insinuación de que pudiera haber algo misterioso en el asunto: Agnew se perdió entre las rocas, agotó su reserva de oxígeno, sin duda murió… y su cuerpo quedó enterrado bajo la derivante arena. O algo así. Hay una brisa más bien fuerte al amanecer y al anochecer en Marte; eso hace que la arena derive con fuerza de un lado para otro. Así que utilicé eso como excusa para ordenar estrictamente que todo el mundo fuese siempre acompañado, que mantuviera un contacto permanente por radio y que comprobara siempre su equipo de oxígeno, usando a Agnew como horrible ejemplo. No dije a aquel tripulante que mantuviera la boca cerrada; me limité a insinuar que su versión era ridícula, especialmente porque su compañero no podía confirmarla. Creo que prevaleció la versión oficial.

Luego de un silencio, Mahmoud dijo, muy despacio:

—Al menos, prevaleció para mí. Capitán, ésta es la primera vez que oigo que hubo algo misterioso en torno a Agnew. Y, sinceramente, prefiero la versión oficial; no me siento inclinado a la superstición.

Van Tromp asintió con la cabeza.

—Eso es precisamente lo que deseaba. Sólo Sven y yo escuchamos aquella fantástica historia, y nos la guardamos para nosotros. Pero de todos modos… —el capitán de la nave pareció de pronto envejecer muchos años— sigo despertándome por las noches e interrogándome: « ¿Qué fue de Agnew? »

Jubal escuchó la historia sin formular ningún comentario. Todavía seguía preguntándose qué debería decir cuando terminara. Y se preguntaba también si Jill le habría referido a Ben lo de Berquist y el otro tipo, Johnson. Él no lo había hecho. No había habido tiempo la noche en que Ben fue rescatado, y a la sobria luz del siguiente amanecer le había parecido mejor dejar las cosas tal como estaban.

¿Le habrían contado a Ben la batalla que se había desarrollado en la piscina, y la desaparición de los dos transportes policiales? De nuevo parecía muy improbable. Los chicos sabían que la versión «oficial» era que la primera fuerza de choque jamás se presentó;

todos habían oído aquella conversación telefónica con Douglas. Y la familia de Jubal era discreta; fueran huéspedes o empleados, las personas charlatanas eran expulsadas rápidamente: Jubal consideraba que la charlatanería era una prerrogativa exclusivamente suya.

Pero Jill podía habérselo dicho a Ben… Bueno, si lo había hecho, debió de exigirle que guardara silencio; Ben no había mencionado las desapariciones a Jubal, y ahora no estaba intentando mirarle ni eludir su mirada. ¡Maldito fuera! Lo único que podía hacer era seguir callado, e intentar convencer al muchacho de que *no* debía ir por ahí provocando la desaparición de todos los desconocidos que no le cayeran bien.

* * *

La llegada de Anne ahorró a Jubal la desagradable tarea de seguir examinando su conciencia y cortó la conversación.

—Jefe, ese tal Bradley está en la puerta. El que se presentó como «ayudante ejecutivo principal del secretario general».

— ¿Le dejaste entrar?

—No. Le examiné por el visor unidireccional y hablé con él por el fono. Dice que tiene que entregarle personalmente unos papeles a usted, y que esperará una contestación.

—Que pase los papeles por el buzón. Y dile que tú eres mi «ayudante ejecutiva principal», y que tú misma firmarás el recibo de esa entrega personal si es eso lo que quiere. Esto todavía es la Embajada de Marte, al menos hasta que yo vea qué hay en esos papeles.

— ¿Le dejo esperando en el pasillo?

—No tengo la menor duda de que el mayor Bloch sabrá encontrarle una silla. Anne, ya sé que has sido educada en la

amabilidad, pero ésta es una situación en la que la descortesía produce beneficios. No cederemos un centímetro ni pronunciaremos una palabra amable hasta que consigamos exactamente lo que queremos.

—Sí, jefe.

El paquete era abultado porque había varias reproducciones; pero sólo contenía un documento. Jubal convocó a todo el mundo y repartió las copias.

—Chicas, ofrezco un sorbete por cada contradicción, punto débil, trampa o ambigüedad. Premios de valor similar para los hombres. Ahora, todo el mundo a callar.

Por último, fue el propio Jubal quien rompió el silencio.

—Es un político honesto. Mantiene su palabra.

—Eso parece —admitió Caxton.

— ¿Alguien tiene algo que decir? —nadie reclamó sorbetes; Douglas se había limitado a dar forma al acuerdo alcanzado antes, transcribiendo las cosas de una forma clara y directa—. Muy bien —dijo Jubal—, cada uno firmará como testigo todas las copias, después de que las firme Mike… en especial ustedes, capitán, Sven y Stinky. Trae el sello, Miriam. Demonios, dejad que pase Bradley y que sea testigo también… Luego le daremos un trago al pobre tipo. Duque, llama a recepción y di que nos suban la factura; nos vamos. Luego llama al Greyhound para que vengan a buscarnos. Sven, comandante, Stinky… nos retiramos de la misma forma que Lot se marchó de Sodoma… ¿por qué ustedes tres no se vienen al campo con nosotros y se relajan un poco? Disponemos de buen número de camas, servimos comidas caseras y no repartimos preocupaciones.

Los dos hombres casados solicitaron, y obtuvieron, la posibilidad de hacerlo en otra ocasión; el doctor Mahmoud aceptó. La firma llevó un buen rato, sobre todo porque Mike disfrutaba firmando con su nombre y trazaba cada letra con gran cuidado y satisfacción artística. Los residuos salvables del picnic —principalmente botellas aun sin abrir — estaban ya cargados cuando

todas las copias estuvieron firmadas y selladas, y la cuenta del hotel había llegado también.

Jubal echó un vistazo al abultado total y no se molestó en comprobarlo. En vez de ello escribió debajo: «Aprobado su pago por J. Harshaw, en nombre de V. M. Smith», y se la tendió a Bradley.

—Esto es cosa de su jefe.

Bradley parpadeó.

— ¿Señor?

—Oh, sólo para hacerlo circular por los «canales apropiados». No me cabe duda de que el señor Douglas lo traspasará a su jefe de protocolo. ¿No es ése el procedimiento habitual? Yo soy más bien inexperto en estos asuntos.

Bradley aceptó la factura.

—Sí —dijo lentamente—. Sí, tiene usted razón. LaRue la tramitará… Se la entregaré a él.

—Gracias, señor Bradley. ¡Gracias por todo!

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE — SU EXCÉNTRICA EDUCACIÓN

OceanofPDF.com

22

En el borde de una galaxia en espiral, cerca de una estrella conocida por algunos con el nombre de Sol, otra estrella del mismo tipo sufrió un catastrófico reajuste y se convirtió en nova. Su gloria fue visible desde Marte durante tres (729) años colmados, o 1.370 años terrestres. Los Ancianos tomaron nota del acontecimiento como algo útil para la instrucción de los jóvenes, pero sin abandonar en ningún momento el excitante y crucial debate de los problemas estéticos relativos a la nueva trama épica tejida en torno a la muerte del Quinto Planeta.

La partida de la nave espacial *Champion* de su planeta natal fue observada sin comentarios, y se mantuvo una guardia sobre el extraño nido depositado por ella, pero nada más, puesto que transcurriría aún cierto tiempo antes de que fuera lo suficientemente fructífero como para asimilar el resultado. Los veintitrés seres humanos dejados en Marte forcejearon — con éxito en la mayor parte de sus aspectos — con un entorno letal para los humanos desnudos, aunque menos difícil, en su conjunto, que el del Estado Libre de la Antártida. Uno de ellos se descorporizó, víctima de una enfermedad no diagnosticada que a veces se llamaba «angustia» y en otras ocasiones «añoranza». Los Ancianos cuidaron del herido espíritu y lo enviaron al lugar donde pertenecía para su ulterior curación; aparte de eso, dejaron a los terrestres tranquilos.

En el planeta Tierra, la explosión de la estrella vecina pasó inadvertida, puesto que los astrónomos humanos estaban limitados

por la velocidad de la luz. El Hombre de Marte, tras haber ocupado los titulares durante un breve tiempo, había dejado de ser noticia. El líder de la minoría en el Senado de la Federación solicitaba un «nuevo y más atrevido enfoque» al problema de la población y la malnutrición en el sudeste asiático, empezando por el aumento de las subvenciones de ayuda a las familias con más de cinco hijos. La señora Percy B. S. Souchek había demandado a los supervisores de la ciudad—condado de Los Ángeles por la muerte de su perrito de lanas Lanoso, ocurrida durante un período de cinco días de una capa de inversión atmosférica estacionaria. Cynthia Duchess anunciaba que iba a tener el Bebé Perfecto, a través de un donante anónimo seleccionado científicamente y una igualmente perfecta madre anfitriona; eso sería tan pronto como una batería de expertos terminase de calcular el instante exacto para la concepción que garantizara el que el niño maravilla fuese idénticamente genial en música, arte y política. También dijo que ella — con la ayuda de métodos hormonales — amamantaría en persona a su hijo. Concedió una rueda de prensa para exponer los beneficios psicológicos de la alimentación natural y permitió — más bien insistió en ello — que la prensa tomara todas las fotos necesarias para demostrar que estaba físicamente dotada para la tarea… un hecho que sus habituales fotos publicitarias nunca habían puesto en duda.

El obispo supremo Digby la denunció como la Puta de Babilonia y prohibió a todos los fosteritas aceptar la comisión tanto de donante como de madre anfitriona. Se citó lo que Alice Douglas había declarado al respecto: «Aunque no conozco a la señorita Duchess personalmente, una no puede evitar admirarla. Su valeroso ejemplo debería ser una inspiración para las madres en cualquier parte».

Por accidente, Jubal Harshaw vio una de las fotografías y la historia que la acompañaba en una revista que algún visitante había dejado en su casa. Rió suavemente durante un rato, luego la recortó y la colgó en el tablero de avisos de la cocina, y comprobó (como

había esperado) que no duró allí mucho tiempo, lo cual le hizo reír suavemente de nuevo.

No había reído gran cosa durante aquella semana; el mundo se había ocupado demasiado de él. La mayor parte de la prensa cesó de molestar a Mike y dejó tranquila la casa de Harshaw cuando se hizo claro que la historia se había terminado, y que Harshaw no tenía intención de permitir que se produjera ninguna nueva noticia. Pero los muchos miles de personas que no estaban en el negocio de la prensa no olvidaron a Mike. Douglas se esforzó honestamente en asegurar la intimidad del Hombre de Marte; efectivos de los Servicios Especiales patrullaban ahora la cerca de Harshaw, y un aerocoche de los Servicios Especiales sobrevolaba en círculos la finca y daba el alto a todo vehículo que tratase de tomar tierra en ella. Pero a Harshaw le fastidiaba enormemente la necesidad de tener guardianes.

Los guardianes mantenían a la gente fuera, pero el correo y el teléfono pasaban. Jubal arregló el asunto cambiando de número y haciendo que todas las llamadas fueran desviadas a un servicio de respuestas al que se le había facilitado una breve lista de personas de las que Harshaw aceptaría llamadas… y el aparato de la casa se mantenía en la función de «línea ocupada, registre su llamada» la mayor parte del tiempo.

Pero la correspondencia seguía llegando.

Al principio, Harshaw le dijo a Jill que el problema era de Mike. El muchacho tenía que crecer algún día; podía empezar por ocuparse de su propia correspondencia… y ella podría ayudarle y aconsejarle.

—Pero no me moleste a mí con eso; ya tengo bastante correo idiota con el mío.

Pero Jubal no consiguió imponer su voluntad: la cantidad de correspondencia era excesiva, y Jill no sabía cómo arreglárselas.

Sólo seleccionar las cartas por categorías era ya un quebradero de cabeza. Harshaw intentó arreglar el asunto llamando primero al administrador de correos local, sin el menor resultado; luego

telefoneando a Bradley, lo cual dio resultado después de una «sugerencia» que goteó desde arriba hasta el nivel local. A partir de entonces, las cartas dirigidas a Mike llegaron en sacas clasificadas como primera, segunda, tercera y cuarta categorías, con la correspondencia para los demás en otra saca distinta.

La correspondencia de segunda y tercera categoría fue utilizada para aislar un nuevo sótano bodega en la parte norte de la casa, puesto que el viejo sótano había sido cavado por el antiguo propietario como refugio antiatómico y nunca había resultado satisfactorio como bodega. Una vez el nuevo sótano bodega estuvo absolutamente aislado y ya no podían usarse más cartas en él, Jubal dio instrucciones a Duque de que emplease ese correo como relleno de los barrancos excavados por la erosión: combinado con una pequeña cantidad de maleza, se compactaba de una forma perfecta.

La correspondencia de cuarta categoría era un problema, en especial desde que un paquete estalló prematuramente en la oficina postal del pueblo y se llevó por delante varios años de anuncios de «Se busca» del tablero de avisos y un cartel que recomendaba: «Utilice la ventanilla siguiente». Por fortuna el administrador de la estafeta había salido a tomar café, y su ayudante — una dama de cierta edad con los riñones débiles — se encontraba en el lavabo. Jubal consideró la conveniencia de hacer que todo el correo de cuarta categoría dirigido a Mike fuera procesado previamente por los especialistas antibombas de los Servicios Especiales que realizaban el mismo servicio para el secretario general.

Pero eso no resultó necesario; Mike podía localizar cualquier «incorrección» que contuviese un paquete sin necesidad de abrirlo. Desde aquella explosión, todo el correo de cuarta categoría se dejaba en un montón junto a la verja de entrada, en la parte de dentro; luego, después de que el cartero se había ido, Mike lo analizaba a distancia y provocaba la desaparición de todo objeto dañino que figurase en él; tras lo cual Larry trasladaba el resto a la casa en una camioneta. Jubal no tardó en darse cuenta de que este método era mucho mejor que sumergir los paquetes sospechosos,

abrirlos en la oscuridad, someterlos a rayos X o cualquier otro método convencional.

A Mike le encantaba abrir los paquetes inofensivos; eso hacía que cada día fuese Navidad para él. En particular le encantaba leer su propio nombre en las etiquetas. Lo que había en su interior podía o no interesarle; normalmente lo daba a alguien y, en el proceso, al menos aprendió que el concepto de «propiedad» estaba en el descubrimiento de que podía hacer regalos a sus amigos. Todo lo que nadie quería iba a parar al barranco; esto incluía, por definición, cualquier obsequio de comestibles, ya que Jubal no estaba seguro de que el olfato de Mike para las «incorrecciones» se extendiese a los venenos… especialmente después de que Mike bebiera por error una solución tóxica que Duque había dejado en el frigorífico que utilizaba para su trabajo fotográfico. Mike comentó simplemente, más tarde, que el «té helado» tenía un sabor que no estaba seguro de que le gustase.

Jubal le dijo a Jill que, aparte esto, no había problemas en conservar todo lo que llegara a Mike por correo, siempre y cuando no hubiera que: a) pagarlo, b) acusar recibo, c) reexpedirlo, al margen de lo que dijese el envío. Algunas de las cosas eran regalos legítimos; la mayoría mercancías que no se habían pedido. De todas formas, Jubal daba por sentado que todos los bienes no solicitados procedentes de desconocidos representaban siempre esfuerzos por utilizar de uno u otro modo al Hombre de Marte y, por lo tanto, no merecían el menor agradecimiento.

Una excepción la constituían los animalitos vivos, desde pollitos a crías de caimanes, que Jubal encomendó a Jill que fueran devueltos… a menos que ella se comprometiera a cuidarlos y alimentarlos, así como a evitar que cayeran en la piscina.

La correspondencia de primera categoría era un dolor de cabeza aparte. Después de revisar una o dos sacas llenas de cartas de primera categoría para Mike, Jubal estableció los siguientes grupos:

A. Cartas pedigüeñas, personales e institucionales: a rellenar el barranco.

B. Cartas amenazadoras: al archivo de las «sin respuesta». Posteriormente, las cartas de ese grupo fueron transferidas a los Servicios Especiales.

C. Ofertas de participación en negocios de todo tipo: remitidas a Douglas, sin contestar.

D. Cartas excéntricas, que no contenían ninguna amenaza: examinar en busca de alguna perla; las demás al barranco.

E. Cartas amistosas: a responder sólo si iban acompañadas de sobre con franqueo y las señas del remitente, en cuyo caso se utilizaba uno de los varios modelos de contestación firmado por Jill. (Jubal señaló que las cartas con la firma del Hombre de Marte eran valiosas *per se* y una invitación abierta a proseguir la inútil correspondencia).

F. Cartas escatológicas: pasadas a Jubal (que había hecho una apuesta consigo mismo de que ninguna de ellas manifestaría nunca el más leve asomo de novedad literaria) para que determinase su destino, es decir, el barranco.

G. Proposiciones de matrimonio o de cariz algo menos formal: ignoradas y al archivo. A la tercera tentativa, se pasaban al grupo B.

H. Cartas de instituciones científicas y educativas: a manejar como en el apartado «E». Caso de contestarse, utilizar modelos de respuesta explicando que el Hombre de Marte no estaba disponible para nada; si Jill veía que la simple excusa cortés no iba a servir, le pasaba la carta a Jubal.

I. Cartas de personas que conocían realmente a Mike, como los tripulantes de la *Champion*, el presidente de Estados Unidos y unos pocos más: dejaban que Mike las respondiera a su gusto. Los ejercicios de caligrafía le sentarían bien, y los ejercicios en cuestiones de relaciones humanas personales aún más (y, si necesitaba consejo, que lo pidiese).

Esta distribución por grupos redujo el número de cartas que debían ser contestadas a un tamaño manejable… unas cuantas al día para Jill y raras veces alguna que otra para Mike. Abrir el correo

era el esfuerzo principal, pero Jill comprobó que lo podía examinar por encima y clasificar en cosa de una hora diaria, una vez se hubo acostumbrado a ello. Los primeros cuatro grupos mantuvieron su volumen; el grupo «G» fue bastante numeroso durante la quincena inmediatamente después de la emisión estereovisada desde el Palacio, pero luego disminuyó poco a poco, y al final la curva se aplanó hasta convertirse en un goteo regular.

Jubal advirtió a Jill que, aunque Mike sólo debía responder las cartas de sus amigos y conocidos, la correspondencia dirigida a él continuaba siendo suya para que la leyera si lo deseaba.

A la tercera mañana después de que el sistema de grupos hubiera entrado en funcionamiento, Jill llevó a Jubal una carta del grupo «G». Más de la mitad de las damas y otras mujeres (además de unos pocos hombres descarriados) que constituían ese grupo solían incluir fotos pretendidamente suyas; algunas de esas fotos dejaban muy poco campo a la imaginación, lo mismo que a menudo los textos de las cartas.

Esa carta en particular iba acompañada de una fotografía que conseguía no sólo no dejar nada a la imaginación, sino que estimulaba nuevas imaginaciones. Jill dijo:

— ¡Mire esto, jefe! ¡Por favor!

Harshaw leyó la carta, luego miró la foto.

—Parece que sabe lo que quiere. ¿Qué opina Mike de ello?

—No la ha visto. Por eso se la traigo.

Jubal contempló de nuevo la foto.

—Un tipo de mujer al que, en mi juventud, nos referíamos como «escultural». Bueno, no hay ninguna duda acerca de su sexo, ni de su agilidad. Pero, ¿por qué me la enseña a mí? Le aseguro que he visto cosas mejores.

—Pero, ¿qué debo hacer con ella? La carta ya es bastante mala… pero esa foto *repugnante*… ¿La rompo antes de que Mike la vea?

—Oh. Tranquila, enfermera. ¿Qué dice en el sobre?

—Nada. Sólo la dirección y el remite.

— ¿Qué dice la dirección?

— ¿Eh? «Señor Valentine Michael Smith, el Hombre de…»

—Oh. Entonces no va dirigida a usted.

—No, claro que no…

—De eso es de lo que quería asegurarme. Ahora pongamos una cosa en claro. Yo no soy el guardián de Mike. Usted no es ni su madre, ni su dama de compañía. Sólo actúa como su secretaria. Si Mike desea leer todo lo que llegue aquí a su nombre, incluido el correo basura de tercera categoría, es libre de hacerlo.

—Bueno, ya lee la mayor parte de esos anuncios. ¡Pero seguro que no querrá usted que vea esta inmundicia! Jubal, Mike no sabe cómo es el mundo. Es *inocente*.

— ¿De veras? ¿A cuántos hombres ha matado hasta ahora, Jill?

Jill no respondió; pareció abrumada.

Jubal prosiguió:

—Si realmente quiere ayudarle, concéntrese en enseñarle que nuestra sociedad frunce el entrecejo ante el homicidio ejecutado de una forma casual. De otro modo, se hará notar desagradablemente enseguida cuando salga al mundo.

—Oh, no creo que desee «salir al mundo».

—Bueno, voy a echarle del nido en cuanto crea que sabe volar. Podrá volver luego si lo desea… pero no me es posible retenerle toda su vida aquí, como un niño interno en un colegio. Entre otras razones porque *no puedo*, aunque lo deseara, porque Mike probablemente me sobrevivirá unos sesenta o setenta años, y este nido desaparecerá. Pero tiene usted razón; Mike es inocente, según nuestros estándares. Enfermera, ¿ha visto usted alguna vez el laboratorio estéril de Notre Dame?

—No. Pero he leído sobre él.

—Contiene los animales más saludables del mundo, pero no pueden abandonar nunca el laboratorio. Chiquilla, esto no es un laboratorio estéril. Mike tiene que entrar en contacto directo con la

«suciedad», como usted la llama… e inmunizarse. Algún día tropezará con la tipa que redactó esta carta o con sus hermanas gemelas espirituales esparcidas por todo el mundo; de hecho las encontrará a miles… Demonios, con su celebridad y su aspecto, parece que va a tener que pasar la vida saltando de una cama a otra, si quisiera. Usted no puede impedirlo, yo no puedo impedirlo; todo depende del propio Mike. Además, aunque pudiese, yo no desearía impedirlo, aunque para mi gusto es un modo necio de malgastar uno su vida… Me refiero a eso de repetir el mismo monótono ejercicio una y otra vez. ¿Qué opina usted?

—Yo… —Jill se cortó y enrojeció.

—Retiro la pregunta. Quizá a usted no le parezca monótono, y de todos modos no es asunto mío. Pero, si no quiere usted que Mike caiga zancadilleado por las primeras quinientas mujeres que lo atrapen a solas (y yo tampoco lo considero una buena idea; debería tener otros intereses además), entonces no intente interceptar su correspondencia. Cartas como ésta pueden vacunarle un poco, o al menos tenderán a ponerle en guardia. De modo que no haga un espectáculo de ello; limítese a colocarla en el montón, foto «sucia» incluida, para que siga su turno. Responda a sus preguntas si él se las formula, y procure no ruborizarse.

—Hum. De acuerdo. Jefe, resulta usted irritante cuando se pone tan lógico.

—Sí, es uno de los más toscos sistemas de discusión. Ahora muévase.

—De acuerdo. Pero voy a romper la foto inmediatamente después de que Mike la haya visto.

— ¡Oh, no haga eso!

— ¿Qué? ¿Acaso la quiere *usted*, jefe?

— ¡El Cielo no lo permita! Ya le he dicho que he visto mejores. Pero Duque no tiene mis mismos puntos de vista: colecciona ese tipo de fotos. Si Mike no la quiere, y le apuesto cinco a uno a que no la quiere, désela a Duque.

— ¿Duque colecciona esa basura? Pero si parece una buena persona…

—Lo es. De hecho, es una persona encantadora. O yo ya lo habría despedido a patadas.

—Pero… No entiendo.

Jubal suspiró.

—Y yo me pasaría todo el día aquí explicándoselo, y al final seguiría sin entenderlo. Querida, hay aspectos sexuales en los que resulta imposible comunicarse entre los dos sexos de nuestra raza. A veces, algunos individuos excepcionalmente dotados consiguen asimilarlos por mera intuición a través del abismo que nos separa. Pero las palabras son inútiles, así que yo no lo intento. Acepte simplemente lo que le digo: Duque es un perfecto caballero, *sans peur et sans reproche*… y le gustará esta fotografía.

—De acuerdo, puede quedársela si Mike no la quiere. Pero no seré yo quien se la dé a Duque en persona… podrían ocurrírsele ciertas ideas.

—Cobarde. Puede que esas ideas le gustaran. ¿Hay alguna otra cosa fuera de lo corriente en el correo?

—No. La acostumbrada cosecha de gente que desea que Mike les avale esto o aquello, o que lloriquea que el «Hombre de Marte Oficial» les ayude en esto o aquello… Un tipo ha tenido el valor de pedirle el monopolio, libre de derechos, durante cinco años, de la explotación de su nombre, y además quiere que Mike lo financie.

—Admiro a ese tipo de ladrones entusiastas. Anímele. Dígale que Mike es tan rico que hace sus *crepés suzettes* con coñac *Napoleón* y que necesita algunas pérdidas para reducir impuestos… y pregúntele qué tipo de garantía le gustaría.

— ¿Habla usted en serio, jefe? Tendré que rebuscarla en el grupo empaquetado ya para el señor Douglas.

—Por supuesto que no hablo en serio. Ese sinvergüenza se presentaría aquí mañana por la mañana con toda su familia. Pero me ha proporcionado una idea excelente para una historia. ¡Primera!

Mike se mostró interesado en la «repugnante» fotografía. Asimiló (aunque sólo fuera teóricamente) lo que simbolizaban la carta y la foto, y estudió esta última con el mismo deleite inocente con que examinaba las mariposas que pasaban revoloteando por su lado. Hallaba tanto a las mariposas como a las mujeres tremendamente interesantes… De hecho, todo el mundo asimilable a su alrededor era encantador, y deseaba beber tan profundamente de él que su asimilación se convirtiera en algo perfecto.

Comprendía, intelectualmente, los procesos mecánicos y biológicos que se le ofrecían en aquellas cartas, pero se preguntaba por qué esas personas desconocidas deseaban su ayuda en su aceleración ovípara. Mike comprendía — sin asimilarlo — que esas personas convertían dicha simple necesidad en un ritual, en un «acercamiento» posiblemente casi tan importante y precioso como la ceremonia del agua. Estaba ansioso por asimilarlo.

Pero no tenía prisa, puesto que la «prisa» era un concepto humano que no había conseguido asimilar en absoluto. Era sensible a la importancia clave de la medida correcta del tiempo en todos los actos, pero con un enfoque marciano: el momento oportuno se conseguía con la espera. Había observado, por supuesto, que sus hermanos terrestres carecían de su precisa discriminación temporal, y a menudo se veían obligados a esperar un poco más deprisa de lo que lo hubiera hecho un marciano. Pero no esgrimía esa inocente torpeza contra ellos; se limitó a aprender a esperar más deprisa para cubrir su defecto.

De hecho, a veces aguardaba tan deprisa y con tanta eficiencia que un humano hubiera llegado a la conclusión de que se apresuraba a una velocidad vertiginosa. Pero ese humano se habría equivocado. Mike simplemente ajustaba su propia espera en cálida consideración hacia las necesidades de los otros.

Así que aceptó el edicto de Jill de que no debía responder a ninguna de aquellas cartas fraternales enviadas por seres humanos

femeninos; pero no lo aceptó como un veto definitivo sino como una espera. Posiblemente sería mejor aguardar un siglo o algo así; de todos modos, ahora no era el momento oportuno, puesto que su hermano Jill hablaba siempre correctamente.

Mike se mostró rápidamente de acuerdo cuando Jill sugirió, más bien firmemente, que le diera la foto a Duque. Lo hizo de inmediato, y de todas maneras lo hubiese hecho; Mike conocía la colección de Duque, la había visto, y la había examinado con interés mientras intentaba asimilar el motivo por el cual Duque había dicho: «La cara de ésta no vale gran cosa, pero ¡mire esas piernas, hermano!». A Mike siempre le gustaba ser llamado «hermano» por uno de sus hermanos de agua, pero las piernas sólo eran piernas, excepto que los de su pueblo tenían tres, mientras que los humanos sólo tenían dos… salvo los cojos, se recordó; dos piernas eran lo adecuado para los humanos, siempre tenía que asimilar que eso era lo correcto.

En cuanto a las caras, Jubal poseía el rostro más hermoso que Mike hubiera visto nunca, muy diferente del suyo propio. Mike tenía la sensación de que aquellas mujeres humanas de la colección de fotos de Duque apenas podía decirse que tuviesen rostros desarrollados, tan parecidas eran entre sí. Todas las jóvenes humanas del sexo femenino tenían la misma cara… ¿y cómo podía ser de otro modo? Por supuesto, nunca había tenido dificultad en reconocer la cara de Jill; no sólo era la primera mujer que había visto, sino también — y lo más importante — su primer hermano de agua femenino… Mike conocía cada poro de su nariz, cada incipiente arruga de su rostro, y lo había alabado todo, detalle por detalle, en feliz meditación.

Sin embargo, aunque ahora sabía distinguir sólo por sus caras a Anne de Dorcas y a Dorcas de Miriam, no había sido así al principio de estar allí. Durante varios días Mike las había diferenciado por el tamaño y el color… y, por supuesto, por la voz, dado que dos voces nunca eran iguales. Cuando, como ocurría en ocasiones, las tres mujeres guardaban silencio, tenía que distinguirlas porque Anne era mucho más alta, Dorcas más bajita, y

Miriam más alta que Dorcas pero más baja que Anne. Pese a todo no cabía el error de confundir una por otra cuando Anne o Dorcas estaban ausentes, porque Miriam tenía ese pelo inconfundible que llamaban «rojo», pese a no ser del color llamado «rojo» que se aplica a cualquier otra cosa que no fuese el pelo.

Ese significado especial de la palabra «rojo» no inquietaba a Mike; sabía desde antes de llegar a la Tierra que cada palabra inglesa tenía más de un significado. Se trataba de un hecho al que uno podía acostumbrarse, lo mismo que a la igualdad de los rostros femeninos. Y después de una espera, ya no eran los mismos. Mike estaba ahora en condiciones de recordar la cara de Anne y contar los poros de su nariz con la misma facilidad que los de la nariz de Jill. En esencia, incluso un huevo era algo único, diferente de todos los demás huevos en cualquier tiempo y lugar; Mike siempre lo había sabido. Así pues, cada muchacha poseía su propia cara, no importaban lo pequeñas que fuesen las diferencias respecto a cualquier otra.

Mike entregó la «repugnante» fotografía a Duque y se sintió calurosamente recompensado por el placer de éste. Mike no se privaba de nada desprendiéndose de la foto: la había visto una vez, podía verla de nuevo en su mente cada vez que lo deseara… incluso el rostro de la foto, pues brillaba con una expresión de lo más inhabitual, de hermosa pesadumbre. Aceptó con gravedad el agradecimiento de Duque y regresó, feliz y contento, a leer el resto de su correspondencia.

Mike no compartía la irritación de Jubal ante la avalancha de correspondencia. Disfrutaba con ella, revisando tanto los anuncios de seguros de vida como las proposiciones de matrimonio. Su viaje al Palacio le había abierto los ojos a la inmensa variedad de aquel mundo, que había decidido asimilar de un modo total. Podía ver que tardaría varios siglos en conseguirlo y que debería crecer, crecer y crecer; pero no le amilanaba la idea y no tenía prisa alguna. Asimilaba que la eternidad y el cambio continuo de la belleza eran dos cosas idénticas.

Decidió no volver a leer la Enciclopedia Británica; el correo le proporcionaba unos atisbos del mundo mucho más brillantes. Lo leía, asimilaba todo lo que podía, y registraba el resto para contemplarlo por la noche, mientras los demás habitantes de la casa dormían. Como resultado de esas noches de meditación estaba empezando a asimilar, creía, los términos «negocio», y «dinero», «compra», y «venta», y a relacionar algunas actividades no marcianas. Los artículos de la Enciclopedia siempre le habían dejado insatisfecho, ya que (asimilaba ahora) cada uno presuponía que él estaba enterado de cosas que, en realidad, ignoraba. Pero aquí, entre la correspondencia, había llegado, procedente del secretario general Joseph Edgerton Douglas, un talonario de cheques y otros papeles, y su hermano Jubal tuvo un trabajo enorme para explicarle qué era el dinero y cómo se utilizaba.

Mike fracasó lamentablemente al principio en comprenderlo, pese a que Jill le mostró cómo se extendía un cheque, le entregaba «dinero» a cambio de él y le enseñaba a contarlo.

Luego, de pronto, con una asimilación tan cegadora que se puso a temblar y tuvo que hacer un esfuerzo para no retraerse, comprendió la naturaleza simbólica y abstracta del dinero. Aquellos hermosos dibujos en los papeles y los brillantes medallones no eran «dinero»; eran símbolos concretos para una idea abstracta que se extendía por entre toda aquella gente y se desparramaba a lo largo y ancho de su mundo. Pero esas *cosas* no eran dinero, del mismo modo que un vaso de agua compartido en la ceremonia del agua no era acercamiento. El agua no era necesaria para la ceremonia… y esas hermosas cosas no eran necesarias para el dinero. El dinero era una *idea*, tan abstracta como los pensamientos de un Anciano: el dinero era un gran símbolo estructurado para equilibrar y sanar y promover el acercamiento.

Mike se sintió deslumbrado por la magnífica belleza del dinero.

El flujo y el cambio y la contramarcha de los símbolos eran otro asunto; era hermoso a pequeña escala, pero le recordaba los juegos que enseñaban a los polluelos para animarles a aprender, a

razonar correctamente y a crecer. Era la estructura del conjunto lo que deslumbraba a Mike, la idea de que todo un mundo podía ser reflejado en una estructura simbólica dinámica, completamente interconectada. Mike asimiló entonces que los Ancianos de esta raza eran realmente viejos, puesto que habían compuesto una tal belleza; y deseó humildemente que se le permitiera conocer a alguno.

Jubal le animó a gastar algo de su dinero y Mike así lo hizo, con la tímida e insegura ansiedad de una novia conducida al lecho nupcial. Jubal le sugirió que comprase regalos para sus amigos, y Jill le ayudó en ello, empezando por establecer unos límites arbitrarios: sólo un regalo por cada amigo, y un coste total que no llegase a alcanzar un tercio de la suma que había sido depositada en su cuenta. La intención original de Mike había sido gastar *todo* aquel insignificante saldo en sus amigos.

Comprobó con rapidez lo difícil que resultaba gastar dinero. Había tantas cosas entre las que elegir, todas ellas maravillosas… y la mayoría incomprensibles. Rodeado de gruesos catálogos, desde *Marshall Field's* hasta el *Ginza* y de vuelta pasando por Bombay y Copenhague, se sintió abrumado por una plétora de riquezas. Incluso el catálogo de *Sears & Montgomery* era demasiado para él.

Pero Jill le ayudó.

—No, Mike, Duque no desearía un tractor.

—A Duque le gustan los tractores.

—Hum, quizá… Pero ya tiene uno, o Jubal lo tiene, lo cual viene a ser lo mismo. Puede que le gustara uno de esos ingeniosos uniciclos belgas; seguro que se pasaría horas desmontándolo y montándolo de nuevo y disfrutando con ello. Pero hasta eso es demasiado caro, teniendo en cuenta los impuestos. Querido Mike, un obsequio no debe ser muy caro… a menos que con él trate de convencer a una chica de que se case con usted, o algo parecido. Especialmente «algo parecido». Un regalo ha de demostrar que uno toma en consideración los gustos de la persona a la que se lo hace. Tiene que tratarse de una cosa que le encante, pero que probablemente él o ella no se compraría.

— ¿Cómo?

—Ése es siempre el problema. Aguarde un momento, acabo de recordar algo que llegó en el correo de esta mañana. Espero que Larry todavía no se lo haya llevado… —regresó enseguida—. ¡Lo encontré! Escuche esto: «Afrodita en vivo: un lujoso álbum de beldades femeninas en esplendoroso estereocolor, fotografiadas por los mejores artistas mundiales de la cámara. Nota: este artículo *no* puede enviarse por correo. Será remitido al comprador bajo su responsabilidad por agencia de transporte *express* sólo bajo pago por anticipado. No se aceptan pedidos desde direcciones que correspondan a los siguientes estados…». Hum, Pensilvania figura en la lista, pero no deje que eso le preocupe; si va dirigido a usted, será entregado. Si conozco los vulgares gustos de Duque, esto le va a encantar.

A Duque le encantó. Fue entregado no por agencia de transporte *express*, sino a través del coche patrulla de los Servicios Especiales. Y el siguiente anuncio que leyeron alardeaba: «…tal como fue servido al Hombre de Marte, a través de un acuerdo especial», frase que encantó a Mike e irritó a Jill.

Otros presentes fueron también complicados, pero elegir uno para Jubal fue tremendamente difícil. Jill se vio abrumada. ¿Qué se le puede comprar a un hombre que lo tiene todo… es decir, todo lo que desea, y que el dinero puede comprar? ¿La esfinge? ¿Los tres deseos? ¿La fuente que Ponce de León no consiguió encontrar? ¿Aceite para sus viejos huesos, o un dorado día de juventud? Jubal había renunciado desde hacía mucho tiempo a los animales domésticos, porque sobrevivía a todos ellos o — peor aún — porque ahora era posible que uno de esos animalitos le sobreviviese a él y se quedara huérfano.

Consultaron privadamente a los demás.

—Demonios —les dijo Duque—, ¿acaso no lo saben? Al jefe le encantan las estatuas.

— ¿De veras? —respondió Jill—. No veo ninguna escultura por los alrededores.

—Eso es porque, en su inmensa mayoría, las obras que le gustan no están a la venta. Dice que las cosas toscas que hacen hoy en día son como un desastre en una chatarrería, y que cualquier idiota con un soplete y astigmatismo se considera escultor.

Anne asintió pensativamente.

—Creo que Duque tiene razón. Podemos hacernos una idea de los gustos de Jubal en escultura echando una mirada a los libros que tiene en su estudio. Pero dudo que eso ayude mucho.

De todos modos, Anne, Jill y Mike miraron, y Anne sacó de la biblioteca tres volúmenes que presentaban pruebas — a sus ojos — de haber sido mirados con mucha frecuencia.

—Hum… —dijo Anne—. Está claro que lo que más le gusta al jefe es lo de Rodin. Mike, si pudiese comprar una de estas obras para Jubal, ¿cuál elegiría? Aquí hay una preciosa: «Primavera eterna».

Mike apenas la miró, y pasó la página.

—Ésta.

— ¿Qué? —Jill la miró y se estremeció—. Mike, ¡es perfectamente horrible! Espero morir mucho antes de ver algo así frente a mis ojos.

—Es una belleza —dijo Mike en tono firme.

— ¡Mike! —protestó Jill—. Tiene usted un gusto depravado, es peor que Duque… O dicho de otro modo, no tiene ningún gusto en absoluto.

Normalmente un reproche así de un hermano de agua, sobre todo de Jill, habría hecho callar a Mike, le habría obligado a pasarse la noche siguiente tratando de comprender qué había hecho mal. Pero éste era un arte en el que se sentía seguro de sí mismo. La figura fotografiada parecía enviarle un aliento de su planeta natal. Aunque representaba claramente a una mujer humana, le daba la sensación de que muy bien podía haber sido creada por un Anciano de Marte.

—Es una belleza —insistió testarudamente—. Tiene su propio rostro. Asimilo.

—Jill —dijo Anne lentamente—, Mike tiene razón.

— ¿Eh? ¡Anne! ¡Seguro que no le *gustará* eso!

—Me aterroriza. Pero Mike sabe lo que le gusta a Jubal. Mire el propio libro. Si lo suelta, se abrirá de forma natural por uno de tres puntos. Ahora mire las páginas… esta página está más manoseada que las otras dos. Mike ha elegido la favorita del jefe. Esa otra, «Cariátide caída bajo el peso de su piedra», le gusta casi tanto como la otra. Pero la obra que ha elegido Mike es la favorita de Jubal.

—La compraré —dijo Smith con aire decidido.

Pero no estaba en venta. Anne telefoneó al Museo Rodin de París en nombre de Mike, y sólo la delicadeza gala y su belleza impidieron que se riesen descaradamente en su cara. ¿*Vender* una de las obras del maestro? Mi querida dama, no sólo no están a la venta, sino que tampoco pueden reproducirse. *Non, non, non! Quélle idèe!*

Pero para el Hombre de Marte eran posibles cosas que no eran posibles para otros. Anne llamó a Bradley; un par de días más tarde, el hombre la telefoneó de vuelta. Como cumplido especial del Gobierno francés —sin ningún cargo, pero con el ruego de que el regalo no fuera exhibido jamás en público—, Mike recibiría no el original, pero sí un fotopantograma en bronce, microscópicamente exacto y de tamaño natural, de «*La que solía ser la bella Heaulmiére*».

* * *

Jill ayudó a Mike a seleccionar regalos para las otras chicas; allí se sentía en su terreno. Pero cuando él le preguntó qué debía comprar para *ella*, no sólo no le ayudó, sino que insistió en que no debía comprarle nada.

Mike empezaba a darse cuenta de que, aunque los hermanos de agua siempre hablaban correctamente, algunas veces hablaban más correctamente que otras. Así que consultó a Anne.

—Adelante, cómprele un regalo, querido. Es ella quien tiene que decírselo, pero hágalo de todos modos. Hum… —Anne vetó ropa y joyas, y finalmente seleccionó por él un presente que le desconcertó: Jill olía ya exactamente de la forma en que Jill debía oler.

El pequeño tamaño y la aparente poca importancia del regalo, cuando llegó, acrecentaron sus dudas. Y cuando Anne le instó a que lo oliera antes de dárselo a Jill, Mike se sintió más inseguro que nunca; el olor era muy fuerte y no se parecía en nada a como olía Jill.

Pero Anne demostró que tenía razón: a Jill le encantó el perfume, e insistió en besar a Mike de inmediato. Al besarla él asimiló por completo que el regalo era el que la muchacha deseaba, y que eso hacía que ambos se acercaran más aún.

Aquella noche, a la hora de la cena, Jill se presentó perfumada con aquella fragancia, y aunque en realidad su olor no difería significativamente del de la propia Jill, de alguna extraña manera hacía que Jill oliera más deliciosamente a Jill que nunca antes. Más extraño aún: Dorcas se acercó a él, le besó y le susurró al oído:

—Mike, amor… el salto de cama es precioso, pero… ¿verdad que algún día me regalará a mí también perfume?

Mike no logró asimilar por qué lo deseaba Dorcas, puesto que Dorcas no olía como Jill, así que el perfume no sería apropiado para ella… ni tampoco él *deseaba* que Dorcas oliera como Jill; quería que Dorcas oliera como Dorcas.

Jubal intervino:

— ¡Dejad ya de darle el pico al muchacho y permitidle comer! Dorcas, apestas ya como un gato marsellés; no embauques más al pobre Mike para conseguir más apestosidad.

—Jefe, ocúpese de sus propios asuntos.

Todo aquello era de lo más desconcertante: que Jill oliese aún más como Jill… Que Dorcas deseara oler como Jill cuando olía como ella misma… Que Jubal dijese que Dorcas olía como un gato, cuando no era cierto. Había un gato que vivía en la finca (no como animal doméstico, sino como una especie de copropietario), y muy de vez en cuando se presentaba por la casa y se dignaba aceptar una caricia. El gato y Mike se asimilaron al instante el uno al otro, y Mike descubrió que los pensamientos carnívoros del animal eran de lo más agradable y, desde luego, muy marcianos. Descubrió que el nombre del gato (Friedrich Wilhelm Nietzsche) no era en absoluto el nombre del gato, pero no se lo comentó a nadie porque era incapaz de pronunciar su verdadero nombre; sólo le era posible oírlo en el interior de su cabeza. Y el gato no olía como Dorcas.

Hacer regalos era algo estupendo, y enseñó a Mike a comprender mucho acerca del valor real del dinero. Pero no olvidó ni siquiera por un momento que había otras cosas que ansiaba asimilar. Jubal había rechazado dos veces la invitación del senador Boone sin mencionárselo a Mike, y éste no se enteró, puesto que su distinto sentido del tiempo hacía que la expresión «el próximo domingo» no significara ninguna fecha en particular para él.

Pero la siguiente repetición de la invitación llegó por correo, dirigida a Mike; Boone se hallaba sometido a intensas presiones —por parte del obispo supremo Digby — para llevar al Hombre de Marte, y había adivinado que Harshaw estaba demorando el asunto y podía seguir demorándolo indefinidamente.

Mike llevó el comunicado a Jubal y aguardó.

— ¿Y bien? —gruñó Jubal—. ¿Quiere ir o no? No está obligado a asistir a un servicio fosterita. Podemos decirles que se vayan al infierno.

Y así un taxi Checker con un conductor humano (Harshaw se negaba a confiar su vida a un autotaxi) les recogió el siguiente domingo por la mañana para trasladar a Mike, Jill y Jubal a la plataforma de aterrizaje pública justo fuera de los terrenos sagrados del Tabernáculo del Arcángel Foster de la Iglesia de la Nueva Revelación.

OceanofPDF.com

23

Jubal intentó poner en guardia a Mike durante todo el trayecto hasta el templo; de qué, Mike no estaba seguro. Escuchó, como siempre escuchaba; pero el paisaje a sus pies reclamaba también su atención. El máximo compromiso al que llegó fue a ir almacenando en su cerebro todo lo que Jubal decía.

—Ahora mire, muchacho —le advirtió Jubal—: esos fosteritas van detrás de su dinero. Eso no tiene nada de particular, casi todo el mundo va detrás de su dinero… Lo único que tiene que hacer usted es mantenerse firme. Van detrás de su dinero y del prestigio que representaría para ellos que el Hombre de Marte ingresara en su Iglesia. Así que le trabajarán a fondo, y usted tendrá que mostrarse firme también en eso.

— ¿Perdón?

—Maldita sea… No puedo creer que no esté escuchando.

—Lo siento, Jubal.

—Bien… mírelo desde este punto de vista. La religión es un solaz para mucha gente, e incluso es concebible que alguna creencia, en algún lugar, sea realmente la Verdad Definitiva. Pero, en muchos casos, ser religioso es simplemente una forma de vanidad. La fe del Cinturón de la Biblia en la que fui criado me animaba a creer que yo era mejor que el resto del mundo; yo me «salvaba» y ellos se «condenaban». Nosotros nos hallábamos en estado de gracia y el resto del mundo eran «paganos». Por «paganos» daban a entender a personas tales como nuestro hermano Mahmoud. Eso significaba que unos patanes ignorantes y

estúpidos que rara vez se daban un baño y que plantaban su maíz guiándose por las fases de la luna pretendían asegurar que conocían todas las respuestas definitivas del universo. Eso les permitía mirar por encima de sus narices a todos los demás.

»Nuestro libro de himnos rezumaba arrogancia… con esa estúpida y vanidosa autocongratulación de lo bien que nos llevábamos con el Altísimo y de la alta opinión que Él tenía de nosotros y sólo de nosotros, y del infierno que iba a caerles encima a todos los demás el día del Juicio Final. Éramos los únicos calificados para vender la auténtica marca de fábrica de Lydia Pinkham…

— ¡Jubal! —dijo Jill secamente—. No lo asimila.

—Oh… Lo siento. Me he dejado arrastrar. Mis padres trataron de hacer de mí un predicador y fracasaron por un margen muy estrecho; temo que a veces se me nota.

—Así es.

—No frote sal en la herida, muchacha. Sí no hubiese caído en el vicio fatal de leer todo lo que llegaba a mis manos, habría sido uno de los buenos. Con sólo un toque más de autoconfianza y la ayuda liberal de la ignorancia, habría podido llegar a ser un evangelista famoso. Demonios, quizá ese lugar al que nos dirigimos hoy se conocería por el nombre de «Tabernáculo del Arcángel Jubal».

Jill hizo una mueca.

— ¡Por favor, Jubal! ¡Acabamos de desayunar!

—Hablo en serio. Un hombre seguro de sí mismo sabe que está mintiendo; eso limita su alcance. Pero un auténtico chamán se envuelve primero en sus propias vendas; cree en lo que dice… y esa creencia es contagiosa; por lo tanto, no hay límite a su alcance. Sin embargo, yo carecía de la necesaria confianza en mi propia infalibilidad. Nunca llegaría a ser un profeta; sólo un crítico, lo cual es una triste cosa en el mejor de los casos, una especie de profeta de cuarta categoría con ilusiones de engendrador —frunció el entrecejo—. Eso es lo que me preocupa de los fosteritas, Jill. Creo

que son absolutamente sinceros, y usted y yo sabemos que Mike se deja atrapar fácilmente por la sinceridad.

— ¿Qué cree que intentarán hacerle?

—Convertirle, por supuesto. Después echarán mano a su fortuna.

—Pensé que había arreglado usted las cosas de forma tal que nadie pudiera hacerlo.

—No, sólo las arreglé de forma que nadie pudiese arrebatarle el dinero en contra de su voluntad. En circunstancias normales, no podría cederlo sin que el Gobierno se le echase encima. Pero la entrega a una Iglesia, en especial a una políticamente poderosa como los fosteritas, es otro asunto.

—No veo por qué.

Jubal suspiró.

—Querida, la religión es una zona prácticamente vedada a la ley. Una Iglesia puede hacer todo lo que puede hacer cualquier otra organización humana… y encima de eso no tiene restricciones. No paga impuestos, no necesita dar a la luz pública sus archivos, es completamente inmune a los registros, inspecciones y controles, y una Iglesia es *todo* lo que dice ser como tal Iglesia. Se han hecho intentos por distinguir entre religiones «auténticas», con derecho a esas inmunidades, y los simples «cultos». No puede hacerse, so pena de establecer una religión estatal, lo que es un remedio peor que la enfermedad.

»En cualquier caso, no lo hemos hecho; y tanto lo que quedó de la Constitución de los antiguos Estados Unidos como lo que se formuló en el Tratado de la Federación, expone que todas las Iglesias son iguales y en consecuencia idénticamente inmunes, sobre todo si traen consigo un buen caudal de votos. Si Mike se convierte al fosterismo y hace testamento a favor de su Iglesia, y luego «sube al cielo» algún amanecer, todo ello será, según la correcta tautología, «tan legal como ir a misa el domingo».

— ¡Oh, querido! Creí que por fin lo teníamos a salvo.

—No hay seguridad de este lado de la tumba.

—Bueno… ¿qué piensa hacer al respecto, Jubal?

—Nada. Sólo inquietarme, eso es todo.

Mike almacenó esa conversación sin hacer ningún esfuerzo por asimilarla. Reconocía el tema como uno de profunda sencillez en su propio idioma, pero sorprendentemente resbaladizo en inglés. Desde su fracaso en conseguir una asimilación mutua sobre este tema — incluso con su hermano Mahmoud —, con su admitida como imperfecta traducción de los conceptos marcianos que lo abarcaban todo — como «Tú eres Dios» —, se había limitado a esperar hasta que fuera posible la asimilación. Sabía que la espera fructificaría a su debido tiempo; su hermano Jill estaba aprendiendo su lenguaje, así que podría explicárselo a ella. Asimilarían juntos.

Mientras tanto, el paisaje que se deslizaba bajo sus pies era una delicia interminable, y se sentía lleno de ansiedad ante la inminente experiencia. Esperaba — confiaba — conocer a un Anciano humano.

* * *

El senador Tom Boone les aguardaba, y acudió a recibirles en la plataforma de aterrizaje.

— ¡Hola, amigos! ¡Que el Buen Dios derrame sus bendiciones sobre todos ustedes en este hermoso sabbat! Señor Smith, me alegro de volverle a ver. Y a usted también, doctor —se quitó el cigarro de la boca y miró a Jill—. Y a esta encantadora damita… ¿no la vi en el Palacio?

—Sí, senador. Soy Gillian Boardman.

—Ya me lo pareció, querida. ¿Está usted salva?

—Oh, supongo que no, senador.

—Bueno, nunca es demasiado tarde. Nos consideraremos muy felices de que asista al servicio de los buscadores en el Tabernáculo

Exterior. Llamaré a un celador para que la guíe. El señor Smith y el doctor Harshaw entrarán en el santuario, por supuesto —el senador miró a su alrededor.

—Senador…

— ¿Eh, qué, doctor?

—Si la señorita Boardman no puede entrar en el santuario, creo que será mejor que nosotros asistamos también al servicio de los buscadores. La señorita Boardman es su enfermera y traductora.

Boone pareció ligeramente turbado.

— ¿El señor Smith está enfermo? No lo parece. Y ¿para qué necesita un traductor? Habla inglés perfectamente, le he oído.

Jubal se encogió de hombros.

—Como su médico, prefiero tener a mi lado a una enfermera para que me ayude en caso de necesidad. El señor Smith aún no se ha aclimatado por completo a este planeta. Puede que no sea necesario un intérprete, pero, ¿por qué no se le pregunta a él? Mike, ¿desea que Jill venga con nosotros?

—Sí, Jubal.

—Pero… Está bien, señor Smith —Boone volvió a quitarse el cigarro de la boca, introdujo dos dedos entre sus labios y emitió un silbido—. ¡Querubín, aquí!

Un adolescente de poco más de diez años apareció a la carrera. Iba vestido con una túnica corta algo abultada, leotardos y sandalias, y llevaba lo que parecían — porque lo eran — alas de paloma sujetas a sus hombros, abiertas. Llevaba la descubierta cabeza adornada con una mata de densos rizos dorados, y su rostro exhibía una luminosa sonrisa. Jill pensó que era tan burbujeante como un anuncio de *ginger ale*.

Boone le ordenó:

—Vuela a la oficina del Sanctum y dile al custodio de guardia allí que necesito que envíe de inmediato otro distintivo de peregrino a la puerta del Santuario. La contraseña es Marte.

—«Marte» —repitió el chico; dirigió a Boone un saludo de *boy scout* y dio un poderoso salto de casi veinte metros por encima de las cabezas de la multitud. Jill comprendió entonces por qué la túnica parecía tan abultada: ocultaba un mecanismo de salto personal.

—Hay que ir con cuidado con esos distintivos —observó Boone—. Les sorprendería saber cuántos pecadores están dispuestos a deslizarse subrepticiamente dentro de nuestros templos y gozar del Júbilo Divino sin haber lavado antes todos sus pecados. Aprovecharemos para dar una vuelta por los alrededores mientras llega la tercera insignia.

Se abrieron paso entre la gente y penetraron en el enorme edificio, hallándose en un largo y alto vestíbulo. Boone se detuvo.

—Quiero que observen una cosa. La economía está en todo, incluso en las obras del Señor. Cualquier turista que ingrese aquí, tanto si asiste al servicio de los buscadores como si no (y dicho servicio funciona las veinticuatro horas del día), tiene que pasar por este lugar. ¿Y qué es lo que ve? Todas estas felices oportunidades… —Boone agitó el brazo y señaló las máquinas tragaperras alineadas en ambas paredes del vestíbulo—. El bar y el mostrador de comidas rápidas se hallan al fondo; ni siquiera se puede conseguir un vaso de agua sin pasar por las ranuras. Y permitidme decíroslo: es un notable pecador el que puede llegar hasta allí sin haber dejado toda su moneda suelta por el camino.

»Pero no aceptamos su dinero sin darle algo a cambio. Echen una mirada… —Boone se abrió camino hasta una máquina y dio unos golpecitos a la mujer que estaba jugando en ella; la mujer llevaba al cuello un rosario fosterita—. Por favor, hija.

La mujer alzó la vista, su irritación se transformó en una sonrisa.

—No faltaba más, obispo.

—Bendita seas. Observarán —prosiguió Boone, al tiempo que introducía una moneda de un cuarto de dólar en la máquina— que, tanto si la máquina paga como si no en bienes mundanos, el

pecador se ve recompensado siempre con una bendición y un recordatorio adecuado.

La máquina dejó de girar y zumbar; en las ventanillas se alinearon tres palabras:

dios | te | contempla

—Eso paga tres a uno —indicó Boone, y recogió rápidamente las fichas que cayeron en el receptáculo—. Y aquí está el recordatorio… —arrancó una tira de papel que había brotado de una ranura y se la tendió a Jill—. Consérvelo, mi querida damita, y reflexione sobre ello.

Jill lanzó al papel una rápida mirada de soslayo antes de guardárselo en el bolso: *«Pero el estómago del pecador está lleno de inmundicia* — N.R. XXII 17».

—Observarán —prosiguió Boone— que el premio es en fichas, no en monedas. La ventanilla donde se cobran los premios está al otro lado del bar, y hay por aquí numerosas oportunidades de efectuar ofrendas de amor para caridades y otras buenas obras. Así que el pecador reincide en volver a echar las fichas, y cada vez obtiene una nueva bendición y otro recordatorio que llevarse a casa. El efecto acumulativo es tremendo, ¡realmente tremendo! La verdad es que algunas de nuestras ovejas más fieles empezaron a desarrollar su fe en esta sala.

—No lo dudo —admitió Jubal.

—En especial si consiguen un pleno. Supongo que ya entienden: cada combinación es una frase completa, una bendición. Todas menos el pleno, que contiene los tres Ojos Sagrados. Se lo aseguro, cuando ven esos ojos alineados ante ellos, mirándoles fijamente, y oyen todo el maná del Cielo descender, eso realmente les hace pensar. A veces incluso se desmayan. Tome, señor Smith… —Boone ofreció a Mike una de las fichas que la máquina acababa de pagar—. Déle una vuelta.

Mike dudó. Jubal se apresuró a coger la ficha ofrecida… ¡Maldita sea, no deseaba que el muchacho se dejase embaucar por un bandido manco!

—Yo lo intentaré, senador —dijo, y metió la ficha en la máquina.

En realidad, Mike no había pretendido hacer nada. Había extendido un poco su sentido del tiempo y estaba analizando con suavidad el interior de la máquina, tratando de descubrir qué hacía y por qué se habían parado a mirarla. Pero era demasiado tímido para accionarla por sí mismo.

Pero cuando Jubal lo hizo, Mike observó el girar de los cilindros, se dio cuenta de que cada uno de ellos tenía un ojo pintado, y se preguntó qué sería aquel «pleno» cuando los tres se alineasen. La palabra, por todo lo que sabía, sólo tenía tres significados, y ninguno de ellos parecía aplicable allí. Sin pensar realmente en ello, y por supuesto sin la menor intención de provocar excitación alguna, frenó y detuvo cada rueda de forma que los ojos pintados mirasen a través de las ventanillas.

Sonó un timbre, un coro empezó a cantar hosannas, la máquina se iluminó, y empezó a derramar fichas en un flujo continuo en el receptáculo, y en una bandeja de recogida que había debajo. Boone pareció encantado.

— ¡Vaya, bendito sea! ¡Doc, éste es su día! Tome, le ayudaré… y ponga una en la ranura para borrar el pleno de la ventanilla.

No aguardó a que Jubal lo hiciera, sino que recogió una ficha de entre las salidas y la metió en la ranura. Mike se estaba preguntando por qué ocurría todo aquello, así que alineó de nuevo los tres ojos. Se repitió el mismo proceso, con la diferencia de que el fluir de fichas fue un simple goteo. Boone se quedó mirando la máquina con los ojos muy abiertos.

— ¡Bueno, eso sí que es una auténtica… bendición! No se supone que dé pleno dos veces seguidas. Pero no importa, lo hizo… Me encargaré personalmente de que le paguen ambos premios.

Introdujo rápidamente otra ficha. Mike seguía interesado en averiguar qué era un «pleno». Los tres ojos volvieron a alinearse.

Boone no conseguía apartar los ojos de las ventanillas. Jill apretó de pronto con fuerza la mano de Mike y susurró:

—Mike… ¡basta ya!

—Pero Jill, sólo estaba intentando…

—No hable de ello. Sólo deje de hacerlo. ¡Oh, espere a que lleguemos a casa!

—No me atrevo a llamar milagro a esto —estaba diciendo lentamente Boone—. Es probable que la máquina necesite una reparación… —giró y gritó: «¡Aquí, querubín!», y añadió—. De todas formas, será mejor que quitemos el último… —e introdujo otra ficha.

Sin la intercesión de Mike, las ruedas giraron, se frenaron por sí mismas y anunciaron:

FOSTER | TE | AMA

El mecanismo intentó entregar diez fichas más y fracasó. Un querubín, algo mayor y con el pelo liso y negro, se acercó y dijo:

—Feliz día. ¿Puedo ayudar en algo?

—Tres «plenos» —le dijo Boone.

— ¿*Tres*?

— ¿No oíste la música? ¿Estás sordo? Estaremos en el bar; lleva allí el dinero. Y encárgate de que alguien revise esta máquina.

—Sí, obispo.

Dejaron al querubín rascándose perplejo la cabeza mientras Boone les conducía apresuradamente a través de la Sala de la Felicidad hasta el bar al fondo.

—Voy a tener que sacarle a usted de aquí —dijo Boone en tono jovial—, antes de que lleve a la Iglesia a la bancarrota. Doc, ¿siempre le favorece de este modo la suerte?

—Siempre —declaró Jubal con voz solemne.

No había mirado a Mike y no tenía intención de hacerlo. Se dijo que *ignoraba* que el muchacho hubiera estado haciendo algo con la máquina… pero deseaba poderosamente que aquella prueba terminase y pudieran volver a casa.

Boone les llevó a un extremo de la barra que ostentaba un rótulo de «Reservado» y dijo:

—Aquí estaremos bien. ¿O la damita prefiere sentarse?

—Esto está bien… (*vuelve a llamarme «damita», maldito seas, ¡y te juro que te soltaré a Mike!*)

Un camarero acudió presuroso.

—Feliz día. ¿Lo de costumbre para usted, obispo?

—Doble. ¿Qué será, doc? ¿Y el señor Smith? No se repriman; son invitados del obispo supremo.

—Coñac, gracias. Con un chorrito de agua.

—Coñac, gracias —repitió Mike… pero pensó en ello y añadió—. Sin agua para mí, por favor.

Aunque era cierto que el agua de vida no era la esencia de la ceremonia del agua, no quería beber agua en aquel lugar.

— ¡Ése es el espíritu! —exclamó Boone, cordial—. ¡Ése es el espíritu adecuado con las bebidas espirituosas! Nada de agua. ¿Lo entienden? Es un chiste —dio un codazo a Jubal en las costillas—. ¿Y qué será para la damita? ¿Una cola? ¿Leche para sus rosadas mejillas? ¿O prefiere una auténtica copa Día Feliz, como los chicos grandes?

—Senador —dijo Jill meticulosamente—. ¿Se extendería su hospitalidad hasta el punto de convidarme un martini?

— ¡No faltaría más! Tenemos aquí los mejores martinis de todo el mundo. No empleamos *vermouth*. En vez de ello los bendecimos. Un martini doble para la damita. Bendito seas, hijo, y prepáralo aprisa. Disponemos del tiempo justo para tomar un trago rápido; después iremos a presentar nuestros respetos al Arcángel Foster, y a continuación al Santuario a tiempo para oír al obispo supremo.

Llegaron las bebidas y el importe de los tres plenos. Bebieron con la bendición de Boone, y después éste y Jubal forcejearon un poco de forma amistosa sobre los trescientos dólares recién entregados, con Boone insistiendo en que los premios correspondían a Jubal aunque él hubiera metido las fichas del

segundo y el tercero. Jubal zanjó la cuestión depositando todo el dinero en una de las huchas de ofrendas de amor que había cerca de ellos en el bar.

Boone inclinó la cabeza con gesto aprobador.

—Eso es una señal de gracia, doc. Aún podremos salvarle. ¿Otra ronda, amigos?

Jill esperó que alguien dijera sí. La ginebra estaba aguada, decidió, y el sabor era pobre; pero ponía un cierto calor de tolerancia en su estómago. Sin embargo, nadie dijo nada, así que les siguió cuando Boone les condujo fuera del bar, subiendo un tramo de escalera y más allá de un cartel que rezaba:

TERMINANTEMENTE PROHIBIDO EL PASO

A CURIOSOS Y PECADORES

¡ESTO SE REFIERE A TI!

Pasado el cartel había una puerta con una gruesa reja. Boone dijo, como si le hablara a la puerta:

—El obispo Boone y tres peregrinos, invitados del obispo supremo.

La puerta se abrió. Boone les condujo a lo largo de un pasillo curvado, que desembocaba en una sala.

Era una sala moderadamente amplia, lujosamente decorada en un estilo que le recordó a Jill los vestíbulos de las funerarias, aunque estaba llena con los sones de una alegre música. El tema básico era *Jingle Bells*, pero se le había añadido un ritmo de percusión congoleño, y el arreglo era tan afiligranado que su origen resultaba incierto. Le gustaba, y le hacía sentir deseos de bailar.

La pared del fondo era de cristal, y ni siquiera parecía estar allí. Boone dijo animadamente:

—Aquí estamos, amigos… ante la Presencia —se arrodilló rápidamente frente a la vacía pared—. No tienen por qué arrodillarse; ustedes no son peregrinos. Pero pueden hacerlo si les hace sentirse mejor. La mayoría de los peregrinos lo hacen. Y ahí está *él*… exactamente como era cuando fue llamado a la Gloria.

Boone hizo un gesto con su cigarro.

— ¿No tiene un aspecto muy natural? Se conserva gracias a un milagro: su carne es incorruptible. Ésa es la misma silla donde se sentaba cuando escribía sus Mensajes, y ésa es exactamente la postura que tenía cuando ascendió a los Cielos. Nunca se ha movido de ahí y nunca ha sido movido; simplemente hemos construido el Tabernáculo a su alrededor, trasladando la vieja iglesia, por supuesto, y conservando sus sagradas piedras.

Frente a ellos, a unos seis metros de distancia, mirándoles, sentado en una gran silla de brazos — notablemente parecida a un trono — había un hombre viejo. Daba la impresión de estar vivo… y le recordó intensamente a Jill un viejo chivo que tenían en la granja donde pasaba los veranos de pequeña. Sí, incluso el sobresaliente labio inferior, la perilla, los ojos torvos y meditabundos. Jill sintió un hormigueo en toda su piel; el Arcángel Foster la inquietaba.

—Hermano mío, ¿eso es un Anciano? —le preguntó Mike en marciano.

—No lo sé, Mike. Dicen que sí.

—No asimilo a ningún Anciano —continuó en marciano.

—No lo sé, ya se lo he dicho.

—Asimilo incorrección.

— ¡Mike! ¡Recuerde!

—Sí, Jill.

— ¿Qué está diciendo, mi querida damita? —quiso saber Boone—. ¿Cuál era su pregunta, señor Smith?

—Nada importante —dijo Jill con rapidez—. Senador, ¿puedo salir de aquí? Siento que me voy a marear.

Miró el cadáver. Hinchados nubarrones flotaban sobre él, y un haz de luz atravesaba constantemente la capa nubosa y parecía buscar algo en el rostro. La luz iba cambiando de tal modo que el rostro parecía cambiar también, y los ojos daban la impresión de ser brillantes y vivos.

—A veces produce ese efecto, la primera vez —dijo Boone con voz tranquilizadora—. Debió mirar primero desde la galería para espectadores de abajo. La música es distinta, completamente distinta, y hay que levantar la cabeza. La melodía es más fuerte, con subsónicos en ella, creo; hace que uno recuerde sus pecados. Ahora bien, *esta* sala es una cámara de meditación de Felices Pensamientos para altos dignatarios de la Iglesia… A menudo vengo aquí a sentarme y a fumar un cigarro cuando me siento deprimido.

—Por favor, senador…

— ¡Oh, sí, claro! Simplemente espere fuera, querida. Señor Smith, puede quedarse todo el tiempo que guste.

—Senador, ¿no sería mejor que asistiéramos ya a los servicios? —indicó Jubal.

* * *

Abandonaron todos la sala. Jill estaba temblando y apretó con fuerza la mano de Mike… se había sentido dominada por el temor de que Mike reaccionase de alguna manera violenta ante aquella macabra exhibición, algo que provocara el linchamiento de los tres o algo peor.

Dos guardias — vestidos con uniformes muy parecidos al del querubín pero más adornados — cruzaron sus lanzas frente a ellos cuando llegaron al portal del Santuario. Boone dijo reprobadoramente:

— ¡Vamos, vamos! Estos peregrinos son invitados personales del obispo supremo. ¿Dónde están sus distintivos?

La confusión se resolvió al instante, aparecieron los distintivos y con ellos los números de sus asientos de visitantes privilegiados. Un acomodador indicó:

—Por aquí, obispo —y les condujo por una amplia escalinata hasta un palco central directamente frente al escenario.

Boone retrocedió unos pasos para dejarles entrar.

—Usted primero, damita.

Siguió una serie de amables forcejeos. Boone deseaba sentarse junto a Mike a fin de responder a sus preguntas, pero Harshaw ganó, y Mike se sentó entre Jill y Jubal, con Boone en el asiento del pasillo.

El palco era espacioso y lleno de lujo, con asientos muy cómodos que se ajustaban al cuerpo, ceniceros para cada silla y mesitas rebatibles para los refrescos dobladas contra la barandilla frente a ellos. La posición de su palco los situaba casi cinco metros por encima de las cabezas de la congregación y a no más de treinta metros del altar. Delante de él, un joven presbítero animaba a la gente, dirigiendo la música y agitando hacia delante y hacia atrás sus musculosos brazos, con los puños cerrados, como pistones. Su recia voz de bajo se integraba al coro de tanto en tanto, luego se alzaba en una exhortación:

— ¡Arriba el culo! ¿A qué estáis esperando? ¿Vais a permitir que Satanás os sorprenda durmiendo?

Los pasillos eran muy amplios, y una serpenteante danza descendía por el de la derecha, cruzaba frente al altar, y serpenteaba de vuelta hacia atrás por el pasillo central, pateando el suelo al compás del movimiento pistoneante de los brazos del sacerdote y el canto sincopado del coro. Bum, bum, ahh… Bum, bum, ahh… Jill captó el batir y se dio cuenta tímidamente de que resultaría divertido unirse a aquella danza de la serpiente, a medida que más y más personas se sumaban a ella bajo el acicate del joven presbítero.

—Ese muchacho promete —dijo Boone con aprobación—. He predicado con él unas cuantas veces y puedo atestiguar que pone sobre ascuas a la multitud. Es el reverendo «Jug» Jackerman… solía jugar como ala izquierda de los Rams. Es posible que le hayan visto.

—Me temo que no —confesó Jubal—. No sigo el rugby.

— ¿De veras? No sabe lo que se pierde. Mire, durante la temporada, la mayor parte de los fieles se quedan después del servicio, almuerzan en sus bancos y presencian el partido. Toda la pared del fondo del altar se desliza a un lado, y se encuentra usted con el mayor tanque estéreo jamás construido. Pone el juego sobre sus mismas rodillas. La recepción es mucho mejor que la que se consigue en casa, y resulta más emocionante verlo con una muchedumbre alrededor… —silbó—. ¡Ey, querubín! ¡Aquí!

Un acomodador se les acercó, presuroso.

— ¿Sí, obispo?

—Hijo, desapareciste tan rápido cuando nos sentaste que no tuve tiempo de transmitirte mis órdenes.

—Lo lamento, obispo.

—Las lamentaciones no te llevarán al Cielo. Alégrate, hijo. Ponle ese viejo muelle a tu paso y estate atento. ¿Lo mismo para todos, amigos? ¡Estupendo! —hizo el pedido y añadió—: Y tráeme un puñado de mis cigarros; pídeselos el camarero jefe.

—Ahora mismo, obispo.

—Bendito seas, hijo. Espera un momento… —la danza de la serpiente pasaba por debajo de ellos; Boone se inclinó por encima de la barandilla, hizo bocina con las manos y su voz cortó el alto nivel de ruido—. ¡Dawn! ¡Ey, Dawn! —una mujer alzó la cabeza; Boone consiguió llamar su atención y le hizo una seña. Ella sonrió. Boone se volvió al acomodador—. Añade un whisky con gotas amargas y todo lo demás al pedido. Vuela.

La mujer se presentó enseguida, lo mismo que las bebidas. Boone cogió una silla de la parte de atrás del palco y la colocó formando ángulo frente a él, de modo que la mujer pudiera ver con mayor facilidad.

—Amigos, les presento a la señorita Dawn Ardent. Querida, ésta es la señorita Boardman, la damita de esa esquina… y éste de mi lado es el famoso doctor Jubal Harshaw.

— ¿En serio? Doctor, ¡creo que sus relatos son sencillamente divinos!

—Gracias.

—Oh, de veras. Pongo alguna de sus cintas casi todas las noches y dejo que me arrullen hasta que me duermo.

—Un escritor no puede esperar mayor elogio —indicó Jubal, con el rostro muy serio.

—Ya basta, Dawn —intervino Boone—. El joven sentado entre ambos es el señor Valentine Smith, el Hombre de Marte.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos y puso la boca en O mayúscula.

— ¡Oh, Dios mío!

— ¡Bendita seas, chiquilla! —rugió Boone—. Apuesto a que te he dado un buen golpe esta vez.

— ¿Es usted *realmente* el Hombre de Marte? —inquirió la mujer.

—Sí, señorita Dawn Ardent.

—Llámeme simplemente Dawn. ¡Oh, Dios mío!

Boone palmeó su mano.

— ¿No sabes que es pecado dudar de la palabra de un obispo? Querida, ¿te gustaría ayudar a conducir al Hombre de Marte a la luz?

— ¡Oh, me encantaría!

«Por supuesto que sí, zorra reluciente», se dijo Jill. Su irritación había ido en aumento desde que la señorita Ardent se uniera al grupo. El vestido que llevaba la mujer era opaco y de manga larga, de cuello cerrado… pero no cubría nada. Era de tela de punto, del mismo tono de su bronceada piel, y Jill tuvo la certeza de que piel era lo único que había debajo del vestido: la piel de la señorita Ardent, que era abundante y bien distribuida en todos sus departamentos. De todos modos, el vestido resultaba ostentosamente modesto en comparación con los extremados estilos que lucía la mayoría del elemento femenino de la congregación, buena parte del cual, enfrascado en la danza de la serpiente, parecía a punto de saltar en cualquier momento fuera de sus ropas.

Jill pensó que, pese a ir vestida, la señorita Ardent daba la sensación de acabar de saltar de la cama y estar deseando volver a meterse en ella con Mike. ¡Deja de restregarle tu carcasa, puta barata!

—Hablaré con el obispo supremo sobre eso, querida —prometió Boone—. Ahora será mejor que vuelvas a dirigir el desfile. Jug necesita tu ayuda.

La señorita Ardent se puso obedientemente en pie.

—Sí, obispo. Encantada de conocerles, doctor y señorita Broad. Espero volver a verle, señor Smith; rezaré por usted —se alejó con movimientos ondulantes.

—Una muchacha espléndida —comentó Boone en tono feliz —. ¿La ha visto actuar en alguna ocasión, doctor?

—Creo que no. ¿A qué se dedica?

Boone pareció incapaz de creer lo que oía.

— ¿No lo sabe?

—No.

— ¿Nunca ha oído su nombre? Es Dawn Ardent… nada menos que la artista de *strip—tease* mejor pagada de toda la Baja California, eso es lo que es. Hay hombres que se han suicidado por ella… muy triste. Trabaja bajo un foco irisado; y cuando se queda sólo con sus zapatos, la luz se centra únicamente en su rostro, y uno no puede ver realmente nada más. Muy efectivo. Enormemente espiritual. ¿Quién creería, mirando ahora su dulce semblante, que en su tiempo fue una mujer de lo más inmoral?

—No puedo creerlo.

—Bueno, pues lo era. Pregúnteselo. Ella misma se lo confesará. Mejor aún, asistan a una de sus purificaciones de buscadores; se lo haré saber cuando actúe. Cuando ella confiesa, proporciona a otras mujeres valor para reconocer sus pecados. No se calla nada… Y, por supuesto, saber que ayuda a los demás le sienta muy bien a ella. Ahora es una mujer muy dedicada: vuela en su propio coche hasta aquí todos los sábados por la noche, inmediatamente después de su última función, para dar su clase en

la escuela dominical. Se ocupa de la clase de Felicidad para Muchachos y, desde que se hizo cargo de ese curso, el número de alumnos se ha triplicado.

—Eso sí puedo creerlo —asintió Jubal—. ¿Qué edad tienen esos afortunados «muchachos»?

Boone le miró y se echó a reír.

—No me engaña, viejo diablo; alguien le ha dicho que el lema de la clase de Dawn es: «Nunca se es demasiado viejo para ser joven».

—No, de veras.

—En cualquier caso, no puede usted asistir a la clase hasta que haya visto la luz y pasado por la purificación, y haya sido aceptado. Lo siento. Ésta es la Única Iglesia Verdadera, peregrino, no una de esas trampas de Satanás, esos asquerosos pozos de iniquidad que se hacen llamar «Iglesias» a fin de inducir a los incautos a la idolatría y otras abominaciones. Uno no puede entrar aquí simplemente para matar un par de horas mientras se resguarda de la lluvia; primero ha de *salvarse*. De hecho… Oh, oh, el aviso de las cámaras —luces rojas estaban parpadeando en todos los rincones de la amplia nave —. Y Jug les ha hecho dar media vuelta. Ahora podrán ver un poco de acción.

La danza de la serpiente ganó nuevos reclutas, mientras los pocos que aún seguían sentados batían palmas — marcando el ritmo — y saltaban, levantándose y volviendo a sentarse. Parejas de acomodadores se apresuraban a recoger a los caídos, algunos de los cuales permanecían quietos, pero otros — en su mayoría mujeres — se contorsionaban y echaban espuma por la boca. Éstos eran amontonados rápidamente frente al altar y dejados allí para que se agitasen como pescados recién atrapados. Boone apuntó con su cigarro a una pelirroja delgada, de unos cuarenta años, cuyo vestido estaba lastimosamente rasgado por sus contorsiones.

— ¿Ven esa mujer? Desde hace más de un año no pasa un servicio sin ser poseída por el Espíritu. A veces el Arcángel Foster utiliza su boca para hablarnos… y cuando sucede eso se necesitan

cuatro acólitos corpulentos para sujetarla. Subirá al cielo de un momento a otro; está preparada. Pero es necesaria aquí. ¿Alguien quiere otra copa? El servicio del bar funciona un poco más despacio cuando las cámaras empiezan a rodar y las cosas se vuelven agradables.

Mike dejó que le llenaran de nuevo el vaso. No compartía el disgusto de Jill frente a aquella escena. Se había sentido profundamente turbado cuando descubrió que el «Anciano» no era ningún Anciano sino mera comida desperdiciada, y que no había ningún Anciano cerca. Pero dejó el asunto a un lado y ahora se dedicaba a beber profundamente de los acontecimientos que se producían a su alrededor.

El frenesí que se desarrollaba abajo era tan marciano en su aroma que se sintió a la vez nostálgico y cálidamente como en casa. Ningún detalle de la escena era marciano, todo era alocadamente distinto; sin embargo, asimilaba correctamente que allí había un acercamiento tan real como la ceremonia del agua, y en un número e intensidad como nunca había encontrado antes fuera de su propio nido. Deseaba desesperadamente que alguien le invitase a participar en aquella danza y aquellos saltos. Sus pies hormigueaban con la urgencia de mezclarse con los bailarines.

Divisó de nuevo a la señorita Dawn Ardent en la vanguardia de la serpiente e intentó llamar su atención; tal vez ella le invitaría. No tuvo que reconocerla por su tamaño y proporciones, aunque había observado cuando la vio por primera vez que era exactamente igual de alta que su hermano Jill, con casi las mismas masas distribuidas de la misma forma. Pero la señorita Dawn Ardent poseía una cara propia, con sus penas y sus tristezas y sus sufrimientos fundiéndose bajo su cálida sonrisa. Se preguntó si, algún día, la señorita Dawn Ardent estaría dispuesta a compartir el agua con él y así acercarse. El senador obispo Boone le hacía sentirse receloso, y se alegraba de que Jubal no le hubiese permitido sentarse a su lado. Pero Mike lamentaba que se hubiese despedido de allí a la señorita Dawn Ardent.

La señorita Dawn Ardent no pareció darse cuenta de que la estaba mirando. La danza de la serpiente se la llevó lejos.

El hombre en la plataforma levantó ambos brazos; la gran sala se acalló. Bruscamente, el presbítero bajó las manos.

— ¿Quién es feliz?

— ¡Nosotros somos felices!

— ¿Por qué?

— ¡Dios nos ama!

— ¿Cómo lo sabéis?

— ¡Foster nos lo ha dicho!

El hombre en el escenario cayó de rodillas y alzó un apretado puño.

— ¡Oigamos el rugido de ese león!

La congregación rugió y chilló y gritó, mientras el sacerdote controlaba el tumulto utilizando el brazo como si fuera una batuta, aumentando el volumen, disminuyéndolo, convirtiéndolo en un gemido subvocal y luego levantándolo en un *crescendo* que sacudió la platea. Mike sintió el ritmo sobre él y se sumergió en él, en un éxtasis tan doloroso que temió verse obligado a retraerse. Pero Jill le había dicho que no debía hacerlo excepto en la intimidad de su habitación; controló sus impulsos y dejó que las oleadas pasaran por encima de él.

El presbítero se levantó.

—Nuestro primer himno —dijo enérgicamente— está patrocinado por la firma Panaderías del Maná, fabricantes del Pan de Ángel, la hogaza del amor, con el sonriente rostro de nuestro obispo supremo en cada envoltura y un valioso cupón en su interior, con premios que podéis recoger en el templo de la Iglesia de la Nueva Revelación más próximo a vuestro domicilio. Hermanos y hermanas, las Panaderías del Maná, con sucursales en todo el mundo, iniciarán mañana una promoción gigantesca de ventas a precios muy rebajados de sus dulces preequinocciales. Enviad a vuestros hijos al colegio mañana con un abultado paquete de galletas del Arcángel Foster, cada una de las cuales está bendecida

y envuelta en el texto apropiado, y rogad para que todo dulce que regalen sirva para acercar a la luz a un hijo de pecadores.

»Y, ahora, regocijémonos con las sagradas palabras de ese viejo himno favorito: «¡Adelante, hijos de Foster!» Todos a la vez…

— ¡Adelante, hijos de Fos…ter! ¡Destrozad a vuestros enemigos…! ¡La fe es nuestro escudo y arma…dura! ¡Fila tras fila hay que abatirlos…!

— ¡Segundo verso!

— ¡Que no haya paz para el peca…dor! ¡Dios está de nuestro lado!

Mike se sentía tan jubiloso que ni siquiera se detuvo a traducir y sopesar e intentar asimilar las palabras. Asimilaba que las palabras en sí no eran la esencia; se trataba del acercamiento. La danza de la serpiente empezó a avanzar de nuevo, los bailarines entonaron su poderoso canto, al que se unieron las voces del coro y de los que estaban demasiado débiles para acompañarles.

Después del himno, contuvieron el aliento mientras llegaban los anuncios comerciales, los mensajes celestiales, más anuncios comerciales, y la adjudicación de los premios por sorteo según el número de las entradas. Luego un segundo himno: «Alzad los rostros felices», patrocinado por los Almacenes Dattelbaum's, donde los Salvados podían «Comprar con Seguridad», puesto que no se ofrecía ninguna mercancía que no estuviese garantizada por su correspondiente marca autorizada, y donde había una guardería «Sala Feliz» en cada sucursal, bajo la supervisión de una hermana Salvada.

El joven sacerdote avanzó hasta el borde delantero de la plataforma y se llevó las manos a los oídos, escuchando…

— ¡Queremos… a… Digby!

— ¿A quién?

— ¡Queremos… a… DIGBY!

— ¡Más alto! ¡Haced que él os oiga!

— ¡Queremos… a… Dig… by! — clap, clap, tump, tump —. ¡Queremos… a… Dig… by! —clap, clap, tump, tump…

Siguió y siguió, más fuerte cada vez, hasta que todo el edificio se estremeció a su ritmo. Jubal se inclinó hacia Boone y dijo:

—Si siguen así mucho rato, lograrán lo mismo que Sansón.

—No hay cuidado —repuso Boone, sin quitarse el cigarro de la boca—. El edificio está reforzado, es a prueba de incendios y se halla sustentado por la fe. Además, lo construyeron también a prueba de vibraciones; fue diseñado así. Ayuda.

Las luces se apagaron, se abrió un telón detrás del altar, y un deslumbrante resplandor sin ninguna fuente visible se proyectó sobre el obispo supremo, que agitó las manos entrelazadas por encima de la cabeza y sonrió al auditorio.

Correspondieron a su saludo con un rugido de león y le lanzaron besos. En su camino al púlpito el obispo supremo se detuvo, levantó a medias a una de las mujeres posesas que aún se retorcía despacio cerca del altar, la besó en la frente, volvió a depositarla con suavidad en el suelo, reanudó la marcha… para detenerse y arrodillarse un poco más allá junto a la huesuda pelirroja. El obispo supremo tendió la mano hacia atrás y depositaron en ella un micrófono.

Digby pasó su otro brazo alrededor de los hombros de la mujer y colocó el micrófono cerca de sus labios.

Mike no pudo entender sus palabras. Fueran las que fuesen, estaba razonablemente seguro de que no habían sido pronunciadas en inglés.

Pero el obispo supremo las tradujo, aprovechando las espumantes pausas de la mujer.

—El Arcángel Foster está hoy con nosotros… Está especialmente complacido con vosotros. Besad a la hermana de vuestra derecha… El Arcángel Foster os ama a todos. Besad a la hermana de vuestra izquierda… Hoy tiene un mensaje especial para cada uno de vosotros.

La mujer volvió a decir algo; Digby pareció titubear.

— ¿Qué fue eso? Más alto, te lo ruego —la mujer murmuró y chilló largo rato.

Digby alzó la vista y sonrió.

—Su mensaje es para un peregrino de otro planeta: Valentine Michael Smith, el Hombre de Marte. ¿Dónde estás, Valentine Michael? ¡Ponte en pie!

Jill trató de impedírselo, pero Jubal gruñó:

—Tranquila, no trate de retenerle. Déjele que se levante, Jill. Salude con el brazo, Mike. Muy bien. Ya puede sentarse.

Mike hizo todo lo indicado, sorprendido al oír que ahora todos estaban cantando: «¡Hombre de Marte! ¡Hombre de Marte!»

El sermón que siguió también parecía dirigido a él, pero por mucho que lo intentó no pudo entenderlo. Las palabras eran en inglés, o al menos la mayor parte de ellas; pero parecían haber sido ensambladas de una forma equivocada y había tanto ruido, tantos aplausos y tantos gritos de «¡Aleluya!» y «¡Feliz Día!», que la confusión se apoderó de él.

Tan pronto como terminó el sermón, Digby devolvió el servicio religioso al joven presbítero y se marchó; Boone se puso en pie.

—Vamos, amigos. Nos iremos ahora, antes de la muchedumbre.

Mike le siguió, con Jill cogiéndole de la mano. Avanzaron por un túnel elaboradamente abovedado, con el ruido de la gente muy a sus espaldas.

— ¿Desemboca esto en la zona de aparcamiento? Le dije al conductor que esperase.

— ¿Eh? —murmuró Boone—. Sí, sale allí si avanza recto. Pero primero vamos a ver al obispo supremo.

— ¿Qué? —respondió Jubal—. No, no creo que podamos. Ya es hora de volver a casa.

Boone se le quedó mirando fijamente.

—Doctor, no lo dirá en serio. El obispo supremo nos aguarda en estos momentos. Debe presentarle usted sus respetos. Son sus invitados.

Jubal dudó, luego transigió.

—Bien… Espero que no haya otra auténtica multitud. Este muchacho ya ha tenido bastante excitación por un día.

—No, sólo el obispo supremo. Desea verles en privado.

Les condujo a un pequeño ascensor disimulado en la decoración del túnel; unos momentos más tarde esperaban en la sala de estar de los aposentos privados de Digby.

Se abrió una puerta, y el obispo Digby entró apresuradamente. Se había quitado sus ropas anteriores y llevaba una túnica de amplio vuelo. Les sonrió a todos.

—Lamento haberles hecho esperar, amigos… Tuve que ducharme apenas salir del Santuario. No saben los sudores que le producen a uno el aguijonear a Satanás y mantenerlo a raya. ¿Así que éste es el Hombre de Marte? Que Dios te bendiga, hijo. Bienvenido a la Casa del Señor. El Arcángel Foster desea que te encuentres a gusto. Ha estado observándote.

Mike no respondió. A Jubal le había sorprendido comprobar lo bajo que era el obispo supremo. ¿Llevaba suelas gruesas en los zapatos cuando subía al escenario? ¿O era la iluminación? Aparte la perilla de chivo — que lucía a imitación del difunto Foster —, el hombre le recordaba a un vendedor de coches usados: la misma sonrisa fácil, e idénticos modales cálidos y sinceros. Pero también le recordaba a alguien más, a alguien… ¡Por supuesto! Al «Profesor» Simón Magus, el hacía tiempo difunto esposo de Becky Vesey. Al instante, Jubal se relajó un poco y se sintió más amistoso hacia el clérigo. Simón había sido el truhán más simpático que jamás hubiera conocido…

Digby volvió su encantadora sonrisa hacia Jill.

—No te arrodilles, hija; aquí no somos más que amigos en una entrevista privada —intercambió unas cuantas palabras con ella, sobresaltándola con un sorprendente conocimiento de su pasado y

añadiendo encarecidamente—. Siento un profundo respeto hacia tu vocación, hija. Según las benditas palabras del Arcángel Foster, Dios nos ordena administrar el cuerpo a fin de que el alma pueda buscar la luz sin sentirse turbada por las debilidades de la carne. Ya sé que todavía no eres una de nosotros… pero tu servicio está bendecido por el Señor. Somos compañeros de viaje en la carretera que lleva al Cielo.

Se volvió hacia Jubal.

—Y usted también, doctor. El Arcángel Foster dejó dicho que Dios nos pide que seamos felices… y en más de una ocasión he abandonado mi tarea, mortalmente cansado, y disfrutado de una hora inocente y feliz leyendo alguna de sus historias… para levantarme reanimado, listo para volver a emprender la lucha.

—Hum. Gracias, obispo.

—Lo digo con sinceridad. He hecho buscar su registro en el Cielo… bueno, bueno, no importa; ya sé que es usted un escéptico, pero déjeme decirlo: incluso Satanás tiene una finalidad en el Gran Plan de Dios. Todavía no ha llegado el momento de que usted crea. Al margen de sus problemas y su angustia y su dolor, usted destila felicidad para el prójimo. Todo ello se halla acreditado en la página que le corresponde del Gran Libro. Y ahora, ¡por favor! No les he traído aquí para hablar de teología. Nosotros no discutimos nunca con nadie; aguardamos hasta que ven la luz y entonces les damos la bienvenida. Pero hoy debemos disfrutar de una hora feliz juntos.

Entonces Digby empezó a actuar como si realmente hablara en serio. Jubal tuvo que admitir que el farsante era un anfitrión encantador, y que su café, su licor y su comida eran excelentes. Observó que Mike parecía decididamente nervioso, sobre todo cuando Digby le apartó hábilmente de los demás y habló con él a solas. Pero, maldita sea, el muchacho tenía que acostumbrarse a conocer a gente y a alternar con ella por sí mismo, sin que Jubal o Jill o algún otro le apuntara lo que tenía que hacer y decir.

Boone le estaba enseñando a Jill las reliquias de Foster que había en una urna de cristal al otro extremo de la estancia; Jubal observó disimuladamente y con un ligero regocijo la evidente

reluctancia de ella mientras extendía paté de *foie gras* sobre una tostada. Oyó el chasquido de una puerta y miró a su alrededor: Digby y Mike habían desaparecido.

— ¿Adónde fueron, senador?

— ¿Eh? ¿Cómo dice, doctor?

—El obispo Digby y el señor Smith. ¿Adónde han ido?

Boone miró a su alrededor, pareció darse cuenta de la existencia de la puerta cerrada.

—Oh, deben de haber salido un momento. Hay una pequeña sala de retiro para audiencias privadas. Usted estuvo en ella, ¿no? Cuando el obispo supremo les enseñó todo esto, quiero decir.

—Hum… sí.

Se trataba de una pequeña habitación vacía excepto una silla encima de una tarima — un «trono», se corrigió Jubal con una sonrisa privada — y un reclinatorio. Jubal se preguntó quién utilizaría el trono y quién ocuparía el reclinatorio… Si aquel obispo de guardarropía iba a tratar de religión con Mike, se encontraría con algunas sorpresas…

—Confío en que no permanezcan ahí mucho tiempo. Realmente tenemos que marcharnos.

—Dudo que lo hagan. Probablemente el señor Smith quiso hablar un momento a solas con el obispo. A menudo la gente lo desea, y el obispo supremo es muy generoso en ese aspecto. Mire, llamaré al aparcamiento y haré que su taxi les espere al final del pasillo donde tomamos el ascensor; es la entrada privada del obispo supremo. Eso les ahorrará sus buenos diez minutos.

—Muy amable de su parte.

—Así, si el señor Smith tiene algún peso en el alma que desee confesar, no le daremos prisa. Saldré a telefonear.

Se fue. Jill se acercó a Jubal, preocupada.

—Jubal, no me gusta esto. Creo que estaba previsto deliberadamente de antemano que el obispo Digby cogiese a Mike por su cuenta a solas para trabajarlo un poco.

—Estoy seguro de ello.

— ¿Y bien? ¡No tienen ningún derecho a hacerlo! Voy a irrumpir ahí dentro y le diré a Mike que ya es hora de irnos.

—Haga lo que mejor le parezca —respondió Jubal—, pero creo que está actuando como una gallina clueca. Esto no es lo mismo que tener los Servicios Especiales a nuestros talones, Jill; estos son bandidos de guante blanco. No van a intentar nada por la fuerza —sonrió—. Mi opinión es que, si Digby trata de convertir a Mike, es posible que Mike acabe convirtiéndole a él. Es más bien difíciles el hacer tambalear las ideas de Mike.

—Sigue sin gustarme.

—Relájese. Mastique algo; le ayudará.

—No tengo apetito.

—Bueno, yo sí; y si alguna vez rechazara una comida gratis me expulsarían de la Sociedad de Autores.

Apiló jamón de Virginia — cortado tan fino como hojas de papel cebolla — sobre pan con mantequilla, añadió algunas cosas más — ninguna de ellas sintética — hasta formar un inestable *ziggurat*, dio un mordisco y se chupó la mayonesa de los dedos.

Diez minutos más tarde Boone aún no había regresado. Jill dijo secamente:

—Jubal, voy a dejar de ser educada. Voy a sacar a Mike de ahí.

—Adelante.

La observó avanzar hacia la puerta a largas zancadas.

—Está cerrada con llave…

—Eso imaginé.

—Y bien, ¿qué hacemos? ¿La echamos abajo?

—Sólo como último recurso —Jubal se dirigió a la puerta interior, la examinó atentamente—. Hum. Con un ariete y veinte hombres robustos, podríamos intentarlo. Jill, esa puerta presenta todas las características de la de una caja fuerte, sólo que ha sido decorada por fuera para que hiciera juego con el resto de la

habitación. Tengo una muy parecida como cortafuego en mi estudio.

— ¿Qué hacemos?

—Llame con los nudillos, si quiere. Yo iré a ver qué es lo que retiene a Boone.

Pero cuando asomó la cabeza al pasillo, Jubal vio que el senador regresaba en aquel momento.

—Lo siento —se disculpó Boone—. Tuve que enviar un querubín en busca de su conductor. Estaba en la Sala Feliz, almorzando un poco. Pero su taxi les está esperando, tal como dije.

—Senador —indicó Jubal—, tenemos que marcharnos ya. ¿Sería usted tan amable de comunicárselo al obispo Digby?

Boone pareció algo turbado.

—Puedo telefonearle, si insiste. Pero me da reparo hacerlo… y no puedo interrumpir una audiencia privada entrando en la sala.

—Entonces telefonee. Insistimos.

Pero Boone se vio aliviado de aquella situación violenta; justo en aquel momento se abrió la puerta y salió Mike. Jill echó una ojeada a su rostro y preguntó con voz aguda:

— ¡Mike! ¿Se encuentra bien?

—Sí, Jill.

—Informaré al obispo supremo que se marchan —indicó Boone; pasó junto a Mike y entró en la sala contigua, pero reapareció de inmediato—. Se ha ido —anunció—. Tiene una puerta trasera que da a su estudio… —sonrió—. Como los gatos y los cocineros, el obispo supremo se marcha sin despedirse. Es una broma; dice que las despedidas no proporcionan ninguna dicha. No se sientan ofendidos por ello.

—En absoluto. Pero nosotros nos despedimos ahora… y gracias por la interesantísima experiencia. No, no se moleste en acompañarnos; estoy seguro de que sabremos hallar la salida.

OceanofPDF.com

24

Una vez en el aire, Jubal preguntó:

—Bien, Mike, ¿qué piensa de ello?

Mike frunció el entrecejo.

—No asimilo.

—No es usted el único, hijo. ¿Qué tenía que decirle el obispo?

Mike titubeó largo rato; finalmente dijo:

—Hermano Jubal, necesito meditar hasta la asimilación.

—Entonces medite todo lo que quiera, hijo. Eche una cabezada. Eso es lo que voy a hacer yo.

—Jubal —dijo de pronto Jill—, ¿cómo piensa esa gente salirse de todo eso?

— ¿Salirse de qué?

—De todo. Eso no es una Iglesia; es un manicomio.

Ahora fue el turno de Jubal de meditar antes de contestar.

—No, Jill, está equivocada. Es una Iglesia… y un ejemplo del eclecticismo lógico de nuestra época.

— ¿Eh?

—La Nueva Revelación, y todas las doctrinas y prácticas bajo su nombre son materia antigua, *muy* antigua. Todo lo que se puede decir acerca de ellas es que ni Foster ni Digby tuvieron nunca una idea original en sus vidas, pero sabían lo que debían vender en este día y época. Fueron reuniendo un centenar de viejos trucos gastados por el tiempo, les dieron una nueva capa de pintura y se

lanzaron al negocio. Un negocio de éxito fulminante, además. Lo que más me preocupa es que puedo llegar a vivir lo suficiente como para comprobar que se vende demasiado bien… hasta que todo el mundo se sienta obligado a comprarlo.

— ¡Oh, no!

—Oh, sí. Hitler empezó con menos, y todo lo que tenía para cambalachear era odio. El odio siempre se vende bien, pero, a base de repetirla comercialmente, la felicidad demuestra ser una mercancía más sólida. Créame, lo sé; pertenezco al mismo gremio… como Digby me recordó muy bien —Jubal esbozó una mueca—. Debí haberle hurgado un poco. En vez de eso, dejé que me cayera simpático. Por eso le temo. Es bueno en ello, es astuto. Sabe lo que la gente quiere: felicidad. El mundo ha sufrido un largo y oscuro siglo de culpabilidad y de miedo, y ahora Digby les dice que no tienen nada que temer, ni en esta vida ni en la futura, y que Dios les ordena que amen y sean felices. Un día sí y otro también, insiste, y no deja de martillearlo: no tengáis miedo, sed felices.

—Bueno, esa parte está muy bien —aceptó Jill—, y admito que el hombre lo trabaja a fondo. Pero…

— ¡Tonterías! *Juega* a fondo, en todo caso.

—No, a mí me dio la impresión de que realmente está dedicado a su trabajo, que lo ha sacrificado todo a…

— ¡Tonterías!, he dicho. Mire, Jill: de todas las estupideces que contorsionan el mundo, el concepto de «altruismo» es la peor. La gente hace lo que quiere hacer, *siempre*. Si a veces les produce dolor elegir… si la elección parece un «noble sacrificio», entonces puede estar segura de que, pese a todo, no es más noble que la aflicción causada por la codicia, la desagradable necesidad de elegir entre dos cosas cuando las dos te gustan y no puedes obtenerlas ambas. El individuo corriente sufre esa aflicción cada día, cada vez que tiene que elegir entre gastarse un dólar en cerveza o guardarlo para sus hijos, entre levantarse cuando está cansado o pasar el día en su caliente cama y perder el empleo. No importa lo que haga, siempre escoge lo que le lastima menos o le complace más.

»El individuo medio pasa toda su vida atormentado por esas pequeñas decisiones. Pero el auténtico truhán y el perfecto santo efectúan las mismas elecciones a gran escala. Como Digby hizo. Santo o truhán, no es uno de los tipos medios.

— ¿Qué cree que es, Jubal?

— ¿Quiere decir que hay alguna diferencia?

— ¡Oh, Jubal, su cinismo es una postura, y usted lo sabe! Claro que hay una diferencia.

—Hum. Sí, tiene razón, creo que sí. Confío en que sea simplemente un truhán, porque un santo podría ocasionar un daño diez veces mayor. Anote esto: usted lo etiquetaría como «cinismo», como si con el hecho de etiquetarlo demostrara que es un error. Jill, ¿qué fue lo que le preocupó de esos servicios religiosos?

—Todo. No irá a decirme que *eso* es un culto.

— ¿Lo cual significa que no hacen las cosas igual que en la Pequeña Iglesia de Ladrillos Rojos del Centro del Valle, a la que asistía usted cuando niña? Tranquilícese, Jill; tampoco las hacen de ese modo ni en San Pedro. Ni en La Meca.

—Sí, pero… Bueno, ¡nadie las hace tampoco *así*! Danzas serpenteantes, máquinas tragaperras… ¡incluso un bar en medio de una iglesia! Eso no es reverente, ¡ni siquiera es digno! Sólo asqueroso.

—Supongo que la prostitución en el templo tampoco era una cosa muy digna.

— ¿Eh?

—Yo imaginaba más bien que la bestia de dos cabezas era algo igual de trillado y cómico cuando el acto se realizaba al servicio de un dios que en cualquier otra circunstancia. En cuanto a las danzas de la serpiente, ¿ha visto alguna vez un servicio religioso de los *shakers*? No, por supuesto que no, y yo tampoco; cualquier Iglesia que esté absolutamente en contra de las relaciones sexuales de todo el mundo (como ellos), no dura mucho. Pero bailar a mayor gloria de Dios es algo que cuenta con una larga y respetada historia. No es imprescindible que sea una danza artística; según los

informes de los testigos oculares, los *shakers* nunca hubieran podido crear el *Bolshoi*… Basta con derrochar entusiasmo. ¿Considera irreverentes las antiguas danzas indias de la lluvia, de nuestro sudoeste?

—No, pero eso es distinto.

—Todo lo es, siempre… Y, cuanto más cambia, más idéntico es. Ahora, respecto a las máquinas tragaperras… ¿No ha asistido nunca a un bingo en una iglesia?

—Bueno… sí. Los feligreses de nuestra parroquia solían organizar sesiones de bingo para pagar la hipoteca. Pero sólo los viernes por la noche; nunca durante los oficios.

— ¿De veras? Eso me recuerda el caso de una mujer casada, que se enorgullecía de su virtud: sólo se acostaba con otros hombres cuando su marido estaba ausente.

— ¡Oh! ¡Jubal, los dos casos son completamente distintos!

—Es probable. La analogía siempre es más escurridiza que la lógica. Pero, mi querida «damita»…

— ¡No me llame así!

—Era una broma. ¿Por qué no le escupió en la cara? Él tenía que mantenerse de buen humor, no importaba lo que nosotros hiciéramos; Digby lo deseaba así. Pero… Jill, si algo es pecaminoso en domingo, también es pecaminoso en viernes. Al menos así lo asimila alguien desde fuera, como yo… o quizá un hombre de Marte. La única diferencia que puedo ver es que los fosteritas entregan, absolutamente gratis, un texto de las Escrituras, aunque el jugador pierda. ¿Sus partidas de bingo pueden alegar lo mismo?

—Falsas Escrituras, querrá decir. Un texto de la Nueva Revelación. ¿Los ha leído, jefe?

—Los he leído.

—Entonces ya lo sabe. Los textos están redactados en lenguaje bíblico. En su mayor parte son simplemente dulces pero sin sustancia, como una tableta de sacarina; pero casi todos son puras

tonterías… y algunos incluso son odiosos. Ninguno tiene sentido, ni siquiera moralidad.

Jubal guardó silencio durante tanto rato que Jill pensó que se había quedado dormido. Por último dijo:

—Jill, ¿está usted familiarizada con los escritos sagrados hindúes?

—Me temo que no.

— ¿Sabe algo del Corán? ¿O de algunas otras escrituras importantes? Podría ilustrarla acerca de mi punto de vista respecto de la Biblia, pero no deseo herir sus sentimientos.

—Oh, me temo que no soy exactamente del tipo erudito, Jubal. Siga adelante; no herirá mis sentimientos.

—Bueno, entonces me atendré al Antiguo Testamento, escogiendo fragmentos que normalmente no escandalizan a la gente. ¿Conoce la historia de Sodoma y Gomorra? ¿Y de cómo Lot fue salvado de esas ciudades abominables poco antes de que Yahvé las arrasara con un par de bombas atómicas celestiales?

—Oh, sí, por supuesto. Su esposa quedó convertida en estatua de sal.

—Atrapada por la precipitación radiactiva, quizá. Se demoró y miró hacia atrás. Siempre me pareció un castigo demasiado duro por el pecadillo de la curiosidad femenina. Pero hablábamos de Lot. San Pedro lo describe como un hombre justo, temeroso de Dios y recto en su conducta, exasperado ante la grosera forma de hablar de los inicuos. Creo que debemos estipular que San Pedro era una autoridad en lo que a virtud se refiere, puesto que le fueron entregadas las llaves del Reino de los Cielos. Pero si uno busca las únicas referencias a Lot en el Antiguo Testamento, resulta difícil determinar exactamente qué hizo o no hizo para establecerse como ejemplo a seguir.

»Repartió unos pastos a sugerencia de su hermano. Fue capturado en una batalla. Salió de la ciudad a tiempo para salvar su pellejo. Bueno, albergó y dio de comer a dos desconocidos, pero su conducta indica que sabía que eran personas de importancia,

supiera o no que eran ángeles. Y, de acuerdo con el Corán y con mis propias luces, su hospitalidad hubiera tenido más valor si hubiera creído que se trataba de simples mendigos sin importancia, necesitados de un poco de pan y cobijo. Aparte esos detalles y la referencia de San Pedro sobre el personaje, sólo hay una cosa que hizo Lot mencionada en la Biblia sobre la cual pueda juzgarse su virtud. Una virtud tan grande, no lo olvide, como para que una intercesión divina salvara su vida. Eche un vistazo al capítulo diecinueve del Génesis, versículo ocho.

— ¿Qué dice?

—Léalo cuando lleguemos a casa. No espero que me crea a mí.

— ¡Jubal! Es usted el hombre más exasperante que he conocido en mi vida.

—Y usted es una muchachita preciosa y una excelente cocinera, así que no me importa su ignorancia. De acuerdo, se lo diré; pero compruébelo luego. Algunos de los vecinos de Lot llamaron a su puerta y dijeron que deseaban conocer a aquellos dos tipos de fuera de la ciudad. Lot no discutió con ellos: en vez de eso, les ofreció un trato. Tenía dos hijas vírgenes (al menos, ésa era su opinión…), y dijo a aquel grupo de hombres que les entregaría a esas dos muchachitas para que las usasen como les viniera en gana: que las violasen en masa, que las prostituyesen como y con quien quisieran, les *suplicó* que hiciesen cualquier maldita cosa que les apeteciera con sus hijas, a cambio de que, por favor, se marcharan y dejasen de aporrear su puerta.

—Jubal… ¿de veras dice eso la Biblia?

—Mírelo usted misma. He modernizado un poco el lenguaje, pero el significado es tan inconfundible como el guiño de una ramera. Lot ofreció a un grupo de hombres, «jóvenes y viejos», dice la Biblia, que abusaran de dos jóvenes vírgenes bajo su protección a cambio de que no echaran abajo su puerta. ¡Vaya! —se inclinó hacia delante, y sus ojos chispearon—. ¡Quizá hubiera debido probar eso cuando los de los Servicios Especiales estaban rompiendo mi puerta! Quizá eso me hubiera valido el Cielo… y

San Pedro sabe que mis posibilidades no son muy buenas de otro modo… —frunció el entrecejo y pareció preocupado—. No, no hubiera funcionado. La receta exige claramente «*virgins intactae*»… y no hubiera sabido a cuáles ofrecer.

— ¡Hum! No lo hubiera sabido de mí.

—Posiblemente no hubiera podido averiguarlo de ninguna. Incluso Lot pudo haberse equivocado. Pero eso es lo que les prometió: sus hijas vírgenes, jóvenes, tiernas y asustadas. Animó a aquella pandilla callejera a que las violase… ¡con el exclusivo objeto de que le dejasen a él en paz! — Jubal soltó un bufido —. Y la Biblia cita a *este* tipo de escoria como un hombre *justo*.

—No creo que nos lo enseñaran de ese modo en la escuela dominical —dijo Jill lentamente.

— ¡Maldita sea, examínelo usted misma! Probablemente le ofrecieron una versión expurgada. Y ésa no es la única sorpresa que aguarda a cualquiera que realmente *lea* la Biblia. Considere a Eliseo. En la Biblia se dice que Eliseo estaba tan repleto del fuego sagrado, que devolvía la vida a un hombre muerto con sólo tocar sus huesos. Pero era un viejo cascarrabias calvo, como yo. Y así, un día, algunos chiquillos la tomaron con él y empezaron a burlarse de su calvicie, como esas díscolas muchachas de mi alrededor hacen con la mía. De modo que Dios intercedió personalmente y envió un par de osos, que redujeron a cuarenta y dos niños pequeños a ensangrentados jirones de carne. Eso es lo que dice la Biblia: capítulo segundo del libro dos de los Reyes.

—Jefe, yo nunca me he burlado de su calva.

— ¿Quién envía entonces mi nombre a todos esos curanderos charlatanes que dicen ser repobladores de cabezas? ¿Dorcas, quizá? Quienquiera que sea, Dios lo sabe… y vale más que esa muchacha se mantenga atenta, por si los osos. Podría volverme piadoso en mi chochez, y empezar a gozar de la protección divina. Pero no voy a ofrecerle más ejemplos. La Biblia está repleta de relatos así: léala y descúbralos. Crímenes que le revuelven a uno las tripas son presentados como hechos ordenados por la divinidad o sancionados por ella… junto con, debo reconocerlo, muchos ejemplos de

sentido común y valiosas normas prácticas de conducta social. No trato de desprestigiar la Biblia; soporta bastante mejor el examen que algunos otros escritos sagrados. No es ese parche cosido sobre sádica y pornográfica basura que pasa por ser los escritos sagrados de los hindúes. O una docena de otras religiones.

»Pero tampoco condeno a ninguna de ésas. Resulta enteramente concebible que alguna de tales mitologías mutuamente contradictorias sea la palabra literal de Dios… que Dios sea en verdad el tipo de paranoico sediento de sangre que hace pedacitos a cuarenta y dos niños pequeños por haber tenido la osadía de burlarse de uno de sus sacerdotes. No me pregunte a mí cuál es la política de la Gerencia; yo sólo trabajo aquí. Mi punto de vista es que la Nueva Revelación de Foster, hacia la que tan desdeñosa se muestra usted, es por lo menos tan dulce y luminosa como las escrituras de cualquier otra confesión. El patrón del obispo Digby es un Don Fulano jovial; quiere que la gente sea feliz aquí en la Tierra sin perder su opción a la bienaventuranza eterna en el Cielo. No espera que uno castigue su carne «aquí y ahora», a fin de alcanzar las recompensas una vez muerto. ¡Oh, no! Ése es el paquete económico gigante moderno. Si a uno le gusta la bebida y el juego y el baile y las mujeres, como les ocurre a la mayoría, pues adelante, que acuda a la Iglesia y lo haga bajo los sagrados auspicios. Que lo haga con la conciencia libre de cualquier rastro de culpa. Que se divierta realmente. ¡A vivir! ¡A ser feliz!

Jubal distaba mucho de parecer feliz. Prosiguió:

—Naturalmente, hay una pequeña contrapartida: el Dios de Digby espera ser reconocido como tal. Pero eso ha sido siempre una debilidad de los dioses. Quienquiera que sea lo bastante estúpido como para negarse a ser feliz de acuerdo con sus condiciones es un pecador, y como tal merece cualquier cosa que le ocurra. Pero ésta es una regla común a todos los dioses y diosas de la historia; no puede reprochársele sólo a Foster y a Digby, siendo que ellos no la inventaron. Su aceite de serpiente marca registrada es absolutamente ortodoxo en todos los aspectos.

—Jefe, habla usted como si estuviera medio convertido.

— ¡En absoluto! No me gustan las danzas de la serpiente, desprecio las masas y no consiento que mis inferiores sociales y mentales me digan dónde debo ir los domingos… y no me gustaría el cielo si esas masas tuvieran que ir a él. Me limito simplemente a poner objeciones a que les critique por cosas equivocadas. Como literatura, la Nueva Revelación presenta un nivel por encima de la media, y eso es lógico: fue compuesta a base de plagiar otras escrituras. En cuanto a la consistencia lógica e interna, las reglas mundanas no se aplican a los textos sagrados. Pero incluso sobre esta base, la Nueva Revelación debe ser considerada superior a la media; difícilmente se morderá alguna vez la cola. Intenta reconciliar a veces el Antiguo Testamento con el Nuevo, o la doctrina budista con los apócrifos budistas.

»En cuanto a la moral, el fosterismo es simplemente la ética freudiana endulzada para personas incapaces de aceptar la psicología a palo seco, aunque dudo que el viejo libertino que la redactó… perdón, que «fue inspirado a escribirla», lo supiese; no era ningún erudito. Pero estaba en tono con su tiempo, pulsaba bien el *zeitgeist*. Miedo, sensación de culpabilidad y la pérdida de la fe… ¿Cómo podía fallar? En fin, calle un poco ahora; voy a echar una cabezada.

— ¿Quién está hablando?

—«La mujer me tentó» —Jubal cerró los ojos.

* * *

Al llegar a casa, descubrieron que Caxton y Mahmoud habían ido allí a pasar el día. Ben se había sentido desilusionado al saber que Jill estaba ausente, pero soportó la decepción sin echarse a llorar gracias a los buenos oficios de Anne, Miriam y Dorcas. Mahmoud siempre les visitaba con el propósito declarado de ver a Mike, su protegido, y al doctor Harshaw; sin embargo, él también

mostró una valerosa fortaleza de ánimo al conformarse sólo con la comida, el licor, el jardín y las odaliscas de Jubal para entretenerse durante la ausencia de su anfitrión. Estaba tendido boca abajo y Miriam le frotaba la espalda, mientras Dorcas le acariciaba la cabeza.

Jubal le miró.

—No se levante.

—No puedo, ella está sentada encima de mí. Hola, Mike.

—Hola, hermano Stinky doctor Mahmoud —Mike saludó después gravemente a Ben, y pidió permiso para retirarse.

—Adelante, hijo —concedió Jubal.

—Un momento, Mike —dijo Anne—. ¿Ha almorzado?

—Anne, no tengo hambre. Gracias —dijo Mike solemnemente; se dio la vuelta y entró en la casa.

Mahmoud se retorció, derribando casi a Miriam de su asiento.

—Jubal, ¿qué preocupa a nuestro hijo?

—Sí —confirmó Ben—. Parece mareado.

—Tranquilícense. Déjenlo solo y se pondrá bien. Se trata de una sobredosis de religión. Digby lo ha estado trabajando… —y les explicó a grandes rasgos los acontecimientos de la mañana.

Mahmoud frunció el entrecejo.

—Pero, ¿era necesario dejarle a solas con Digby? Me parece que eso… perdón, hermano, fue una imprudencia.

—No ha resultado herido, Stinky; se va a encontrar a cada paso con situaciones análogas, y tiene que aprender. Usted le ha estado predicando *su* rama de la teología… sé que lo ha hecho; él me lo dijo. ¿Puede citarme una buena razón por la cual Mike no deba disponer de su oportunidad de examinar las otras ramas? Respóndame como científico, no como musulmán.

—Soy incapaz de responder de otra forma que como musulmán —dijo el doctor Mahmoud con voz queda.

—Lo siento. Reconozco lo correcto de su respuesta, aunque no esté de acuerdo con ella.

—Pero, Jubal, he empleado la palabra «musulmán» en su sentido exacto, no en la forma sectaria que Maryam denomina, incorrectamente, «mahometano».

— ¡Y seguiré llamándole así hasta que aprenda usted a pronunciar «Miriam» correctamente! Y deje de retorcerse; no le estoy haciendo daño.

—Sí, Maryam. ¡Ay! Las mujeres no deberían ser tan musculosas. Jubal… Como científico, considero a Michael el premio máximo de mi carrera. Como musulmán, hallo en él una magnífica predisposición para someterse a la voluntad de Dios, y eso hace que me sienta feliz por él… aunque existen grandes dificultades semánticas, y seguirán existiendo mientras no asimile lo que significa la palabra musulmana «Alá» —se encogió de hombros— o la palabra cristiana «Dios».

»Pero, como hombre, y siempre Siervo del Altísimo, amo a ese muchacho, nuestro hijo adoptivo y hermano de agua, y no me gustaría que cayese bajo malas influencias. Dejando aparte su credo, ese tal Digby me parece que es una mala influencia. ¿Qué opina usted?

— ¡Olé! —aplaudió Ben—. Ese Digby es un bastardo baboso… y la única razón de que no le haya sacudido fuerte en mi columna es simplemente porque la sindicación tiene miedo a publicarlo en letras de imprenta. Siga hablando, Stinky, y me tendrá estudiando árabe y comprando una alfombra.

—Así lo espero. Aunque la alfombra no es imprescindible.

Jubal suspiró.

—Estoy de acuerdo con ustedes dos; preferiría ver a Mike fumando marihuana que convertido por Digby. Pero no creo que haya la más ligera posibilidad de que Mike caiga en ese lío sincrético que pregona Digby. Y además, tiene que aprender a plantar cara a las malas influencias. A *usted* le considero una buena influencia, pero en realidad creo que no tiene muchas más probabilidades que Digby… El chico posee una mente propia, y

asombrosamente firme. Mahoma hubiera tenido que hacer sitio para un nuevo profeta.

—Si ésa es la voluntad de Dios —respondió Mahmoud con calma.

—Eso no deja espacio para la discusión —admitió Jubal.

—Estábamos hablando de religión antes de que usted llegara a casa —indicó Dorcas en voz baja—. Jefe, ¿sabía usted que las mujeres no tenemos alma?

— ¿De veras?

—Eso es lo que dice Stinky.

—Maryam —explicó Mahmoud— quería saber por qué nosotros, los «mahometanos», creemos que sólo los hombres tienen alma. Así que le cité las Escrituras.

—Miriam, me sorprendes. Ésa es una creencia errónea tan vulgar como la idea de que los judíos sacrifican a los bebés cristianos en secretos y obscenos ritos. El Corán es explícito en media docena de lugares acerca de que familias enteras entran en el paraíso, hombres y mujeres juntos. Por ejemplo, lee «Ornamentos de oro», versículo setenta, ¿no es así, Stinky?

—«Entrad en el jardín, tú y tus esposas, para alegrarte». Poco más o menos, ésa es la mejor traducción que puedo hacer —admitió Mahmoud.

—Bueno —dijo Miriam—, había oído referencias de las hermosas huríes que los hombres mahometanos encuentran para entretenerse cuando llegan al cielo, y no me pareció que quedase mucho sitio para las esposas.

—Las huríes no son mujeres —indicó Jubal—. Son creaciones aparte, como los *djinn* y los ángeles. No necesitan almas humanas; son en principio espíritus, eternos, invariables y hermosos. Hay también huríes varones, o el equivalente masculino de las huríes. Las huríes no tienen que ganarse el derecho a entrar en el Paraíso; pertenecen a la plantilla. Sirven interminables y deliciosos manjares, reparten bebidas que nunca producen resaca y entretienen de cualquier otra forma que se les solicite. Pero las almas de las

esposas no tienen que hacer ningún trabajo de la casa. ¿Correcto, Stinky?

—Bastante aproximado, aparte la ligereza en escoger las palabras. Las huríes… —se detuvo y se alzó con tanta brusquedad que derribó a Miriam—. ¡Alto! ¡Tal vez sea posible que estas muchachas *no* tengan alma!

Miriam se sentó en el suelo y dijo amargamente:

— ¡Ey… desagradecido perro de un infiel! ¡Retráctese de inmediato!

—Paz, Maryam. Aunque no tenga alma, será inmortal de todas formas y no la va a echar en falta. Jubal… ¿es posible que un hombre muera sin darse cuenta de ello?

—No lo sé decir. Nunca lo he intentado.

— ¿Es posible que yo haya muerto en Marte y simplemente esté soñando que he vuelto a casa? ¡Mire a su alrededor! Un jardín que complacería al mismísimo Profeta. Cuatro hermosas huríes que sirven manjares espléndidos y deliciosas bebidas a todas horas. Incluso hay sus contrapartidas masculinas, si quiere ser detallista. ¿No será esto el Paraíso?

—Puedo garantizarle que no lo es —le aseguró Jubal—. Debo pagar mis impuestos esta semana.

—Sin embargo, eso no me afecta *a mí*.

—Y tome estas huríes… Aunque estipulemos, en honor a la discusión, que poseen la belleza adecuada para encajar con las especificaciones, lo cierto es que, después de todo, la belleza está en los ojos del que mira…

—Pero pasan por ello.

—Y usted va a pagar por eso, jefe —añadió Miriam.

—Y aún queda —señaló Jubal— un requisito más de los que constituyen el atributo de las huríes.

—Hum… —dijo Mahmoud—, no creo que necesitemos meternos en eso. En el Paraíso, más que una condición física

temporal, lo que cuenta es el atributo espiritual permanente… más bien un estado mental. ¿Sí?

—En ese caso —dijo Harshaw con énfasis—, estoy completamente *seguro* de que éstas no son huríes.

Mahmoud suspiró.

—Entonces tendré que convertir a una de ellas.

— ¿Por qué sólo a una? Todavía quedan sitios en el mundo donde puede cubrir usted su cupo.

—No, amigo mío. Según las sabias palabras del Profeta, si bien la legislación permite cuatro, es imposible para un hombre llevar una vida tranquila si hay más de una.

—Eso es un alivio. ¿A cuál elige?

—Tendremos que verlo. Maryam, ¿se considera usted espiritual?

— ¡Váyase al diablo! «Huríes», ¡ja!

— ¿Jill?

—Déme un respiro —protestó Ben—. Todavía estoy trabajando con Jill.

—De acuerdo; más adelante, Jill. ¿Anne?

—Lo siento. Tengo una cita.

— ¿Dorcas? Es usted mi última oportunidad.

—Stinky —dijo ella en voz muy baja—, ¿exactamente cuánta espiritualidad desea que experimente?

* * *

Cuando Mike entró en la casa, subió directamente la escalera, entró en su cuarto, cerró la puerta, se tendió en la cama, adoptó la postura fetal, puso los ojos en blanco, se tragó la lengua y redujo su ritmo cardíaco a casi nada. Sabía que a Jill no le gustaba que

hiciese aquello durante el día, pero no ponía objeciones siempre que se abstuviese de hacerlo en público. Eran muchas las cosas que no debía hacer en público, pero sólo aquélla despertaba las iras de Jill. Había estado aguardando poder hacerlo desde que abandonara aquella estancia de terrible incorrección; necesitaba desesperadamente retraerse y tratar de asimilar.

Porque había hecho algo que Jill le había dicho que no hiciera jamás.

Experimentaba una urgencia — muy humana — de decirse que se había visto obligado por las circunstancias, que no había sido culpa suya; pero su formación marciana no le permitía esta fácil vía de escape. Había llegado a un punto crítico culminante donde se había hecho necesaria una acción apropiada, y la elección había sido suya. Asimilaba que había elegido de un modo correcto, aunque su hermano de agua Jill le había prohibido *aquella* elección. Pero *no* le había quedado otra alternativa. Esto, en sí mismo, era una contradicción: ante un punto crítico culminante, la elección es algo imprescindible. Mediante la elección, el espíritu crece.

Consideró la posibilidad de que Jill hubiera aprobado que procediese de otro modo, sin desperdiciar alimento. No… asimiló que la prohibición cubría también aquella variante.

En este punto, el ser brotado de los genes humanos, modelados por el pensamiento marciano, y que nunca podría ser ninguna de las dos cosas, completó un estadio de crecimiento, eclosionó y dejó de ser un polluelo. El solitario aislamiento de la libre voluntad predestinada fue entonces suyo, y con él la serenidad marciana para abrazarla, fomentarla, saborear su amargura y aceptar sus consecuencias. Supo con trágica alegría que aquel punto crítico culminante era *suyo*, no de Jill. Su hermano de agua podía enseñarle, reprenderle, guiarle… pero la elección en un punto crítico culminante no se compartía. Era una «propiedad» más allá de toda posible transferencia, donación o hipoteca; propietario y propiedad se asimilaban mutua e inseparablemente. Él *era* eternamente la acción que había ejecutado en el punto crítico culminante.

Ahora que sabía que él era su propio yo, era libre de asimilar a sus hermanos de un modo más cercano, de fundirse sin obstáculos. La autointegridad era, es y siempre había sido. Mike dejó de albergar a todos los yoes de sus hermanos, los muchos treses colmados en Marte, tanto corpóreos como descorporizados, los pocos y preciosos de la Tierra. Incluso a los aún desconocidos poderes de los treses en la Tierra con los que podría fusionarse y a los que podría albergar ahora, después de la larga espera dedicada a asimilar y a fomentarse a sí mismo.

Mike siguió en su trance; había mucho que asimilar, numerosos cabos sueltos y fragmentos y piezas que debían encajarse en su esquema de crecimiento… todo lo que había visto, oído y experimentado en el Tabernáculo del Arcángel Foster — no sólo el punto crítico culminante, cuando Digby y él estuvieron a solas, cara a cara —: por qué el obispo senador Boone había despertado sus recelos e intranquilidad sin llegar a asustarle, por qué la señorita Dawn Ardent tenía el sabor de un hermano de agua sin serlo, la textura y el olor de la bondad que había asimilado de modo incompleto en aquellos saltos arriba y abajo y en los cánticos como lamentos… La charla de Jubal que había almacenado mientras iban y venían…

Las palabras de Jubal le turbaron más que los otros detalles; las estudió con gran cuidado, las comparó con lo que le había sido enseñado como polluelo, haciendo un gran esfuerzo por tender un puente entre las dos lenguas, aquella con la que pensaba y aquella otra en la que ahora hablaba y estaba aprendiendo gradualmente a pensar para ciertos propósitos. La palabra humana «Iglesia», que se repetía una y otra vez en las frases de Jubal, era lo que le proporcionaba las mayores dificultades. No existía ningún concepto marciano de ningún tipo que encajara con ella, a menos que uno tomase «Iglesia» y «culto» y «Dios» y «congregación» y muchas otras palabras y las refundiese a la totalidad de la única palabra que había conocido durante la mayor parte de su crecimiento—espera. Luego volvió a resumir torpemente el concepto en inglés en aquella

frase que había sido rechazada (pero de forma distinta por cada uno de ellos) por Jubal, por Mahmoud, por Digby.

«Tú eres Dios». Ahora estaba más cerca de comprenderla en inglés, aunque el significado nunca tendría la cristalina inevitabilidad del concepto marciano que encarnaba. Pronunció de forma simultánea en su mente la frase inglesa y la palabra marciana, y se sintió próximo a la asimilación. Repitiéndolas como un estudiante que se dice a sí mismo que la gema está en el loto, se sumergió sin turbaciones en el *nirvana*.

Poco antes de medianoche aceleró el ritmo cardiaco, reanudó la respiración normal, revisó su lista de comprobación de ingeniería, comprobó que todo estaba en orden, se desenrolló y se sentó. Se había sentido espiritualmente exhausto; ahora se sentía ligero y alegre y con la cabeza despejada, ansioso por llevar a cabo las múltiples acciones que veía desplegarse ante él.

Sintió la necesidad de compañía propia de un cachorrillo, de modo casi tan fuerte como su anterior necesidad de quietud. Salió al pasillo superior, y se sintió encantado al tropezar con una de sus hermanos de agua.

— ¡Hola!

—Oh. Hola, Mike. Dios mío, tiene un aspecto magnífico.

— ¡Me siento estupendamente! ¿Dónde están los demás?

—Todos durmiendo, excepto usted y yo… así que mantenga baja la voz. Ben y Stinky se marcharon a sus casas hace una hora, y la gente empezó a retirarse a sus cuartos.

— ¡Oh! —Mike se sintió ligeramente decepcionado de que Mahmoud se hubiese ido; deseaba explicarle su nueva asimilación. Pero lo haría la próxima vez que lo viera.

—Yo también debería estar durmiendo, pero noté un vacío en el estómago. ¿Tiene usted hambre?

— ¿Yo? ¡Claro que tengo hambre!

—Por supuesto. Tiene que estar hambriento, se saltó la cena. Venga conmigo. Sé dónde hay un poco de pollo frío, y veremos qué otras cosas hay —descendieron a la planta baja y cargaron una

bandeja con prodigalidad—. Llevemos esto fuera. Hace bastante calor.

—Es una idea excelente —asintió Mike.

—Hace el suficiente calor como para nadar un poco si queremos… es un auténtico verano indio. Encenderé las luces.

—No se moleste —dijo Mike—. Yo llevaré la bandeja. Puedo ver.

Podía ver, como todos sabían, en una oscuridad casi total. Jubal había dicho que aquella excepcional visión nocturna procedía seguramente de las condiciones en las que había crecido, y Mike asimiló que eso era cierto, pero asimiló también que había algo más: sus padres adoptivos le habían *enseñado* a ver. En cuanto a que la noche fuera cálida, se hubiera sentido igual de cómodo desnudo en la cima del monte Everest, pero sabía que sus hermanos de agua tenían muy poca tolerancia orgánica a los cambios de temperatura y presión. Siempre se mostraba considerado hacia sus debilidades, una vez las había averiguado. Pero estaba ansioso de que llegara la nieve… deseaba ver por sí mismo que cada diminuto cristal de agua de vida era algo único, individual, como había leído; deseaba caminar descalzo por ella, rodar por encima de la nieve.

Pero por el momento se sentía igualmente complacido con la inoportunamente cálida noche de otoño y con la aún más placentera compañía de su hermano de agua.

—Está bien, usted lleve la bandeja. Encenderé las luces subacuáticas. Nos proporcionarán suficiente claridad para comer.

—Estupendo.

A Mike le gustaba que la luz brotara por entre las ondulaciones del agua; era algo correcto, una belleza, aunque él no lo necesitara. Comieron junto a la piscina, luego se tendieron boca arriba sobre la hierba y contemplaron las estrellas.

—Mike, ahí está Marte. Es Marte, ¿no? ¿O es Antares?

—Es Marte.

—Mike, ¿qué hacen en Marte?

Titubeó largo rato; la pregunta era excesivamente amplia para que su respuesta pudiera resumirse en el escaso idioma humano.

—En este lado hacia el horizonte, el hemisferio sur, es primavera; se enseña a las plantas a crecer.

— ¿Se enseña a las plantas a crecer?

Mike vaciló, sólo ligeramente.

—Larry enseña a las plantas a crecer cada día. Yo le he ayudado. Pero mi pueblo… los marcianos, quiero decir; ahora asimilo que *ustedes* son mi pueblo… los marcianos enseñan a las plantas de otra manera. En el otro hemisferio hace cada vez más frío y las ninfas, las que han sobrevivido al verano, son conducidas a los nidos para acelerar su crecimiento —reflexionó—. De los seres humanos que dejamos en el ecuador, uno se ha descorporizado y los otros están tristes.

—Sí, lo oí en las noticias.

Mike no lo había oído en las noticias; no lo había sabido hasta ser preguntado.

—No deberían estar tristes. El señor Booker T. W. Jones, técnico de alimentos de primera, no está triste; los Ancianos han cuidado de él.

— ¿Le conocía?

—Sí. Tenía su propio rostro, moreno y hermoso. Pero sentía nostalgia.

— ¡Oh, querido! Mike… ¿siente usted nostalgia? De Marte, quiero decir.

—Al principio sí —respondió con sinceridad—. Siempre me sentía solitario… —rodó hacia ella y la tomó en sus brazos—. Pero ahora ya no me siento solitario. Asimilo que nunca volveré a sentirme solitario de nuevo.

—Mike, querido…

Se besaron, y siguieron besándose. Finalmente, su hermano de agua dijo, casi sin aliento:

— ¡Oh, Dios mío! Ha sido casi peor que la primera vez.

— ¿Se encuentra bien, hermano?

—Sí. Verdaderamente bien. Béseme de nuevo.

Bastante tiempo más tarde, según el reloj cósmico, ella dijo:

—Mike, ¿acaso…? Quiero decir, ¿sabe…?

—Lo sé. Es para acercarse más. Ahora nos acercamos.

—Bien… estoy dispuesta desde hace tiempo… *todas* lo estamos, pero… no importa, querido; vuélvase un poco. Eso ayudará.

Cuando se fusionaron, asimilando juntos, Mike anunció en voz baja y triunfal:

—Usted es Dios.

La respuesta de ella no fue en palabras. Luego, cuando su asimilación mutua se hizo aún más cercana y Mike se creyó a punto de descorporizarse, la voz de ella le devolvió a la realidad.

— ¡Oh!… ¡Oh! ¡Usted es Dios…!

—Asimilamos Dios.

OceanofPDF.com

25

En Marte, la pequeña avanzadilla humana construía domos de presión semienterrados para el grupo mayor de hombres y mujeres que llegaría con la siguiente nave. Este trabajo se realizó mucho más rápido de lo previsto originalmente, ya que los marcianos se mostraron colaboradores no críticos. Parte del tiempo que se adelantó fue empleado en preparar una estimación preliminar de un proyecto a muy largo plazo para liberar el oxígeno atrapado en las arenas de Marte y convertir el planeta en un territorio más acogedor para las futuras generaciones humanas.

Los Ancianos ni cooperaron ni pusieron trabas a esos planes humanos a largo plazo; todavía no era el momento oportuno. Sus propias mediciones se acercaban a un violento punto crítico culminante, que controlaría el arte marciano durante muchos milenios. En la Tierra, las elecciones continuaban como siempre, y un poeta muy de vanguardia publicó una edición limitada de versos, que consistían enteramente en signos de puntuación y espacios en blanco; la revista *Time* hizo la crítica del libro, y sugirió que las Actas de la Asamblea de la Federación podían ser provechosamente traducidas a ese sistema. El poeta fue invitado a dar una conferencia en la Universidad de Chicago, cosa que hizo vestido formalmente de etiqueta, pero sin llevar ni pantalones ni zapatos.

Se abrió una campaña publicitaria colosal para promover la venta de órganos sexuales de plantas para uso humano, y se divulgó que la señora de Joseph Douglas («Sombra de grandeza») había

declarado al respecto: «Antes me sentaría a una mesa sin servilletas que a una mesa sin flores». Un *swami* tibetano de Palermo, Sicilia, anunció en Beverly Hills el reciente descubrimiento de una antigua disciplina yoga de respiración que aumentaba tanto el *pranha* como la atracción cósmica entre los sexos. Se pidió a sus novicios que adoptaran la postura *matsyendra* vestidos con pañales de lienzo tejido a mano mientras el *swami* leía en voz alta himnos del *Rig—Veda* y un ayudante gurú examinaba en otro cuarto los bolsillos de los pupilos. Nada era robado nunca de esos bolsillos; la finalidad era menos inmediata.

El presidente de Estados Unidos proclamó «Día Nacional de las Abuelas» el primer domingo de noviembre, y animó a los nietos norteamericanos a que lo dijesen con flores. Una cadena de establecimientos de pompas fúnebres fue procesada por rebajar sus tarifas y reventar precios de forma desleal. Los obispos fosteritas, tras un cónclave secreto, anunciaron el segundo Gran Milagro de su Iglesia: el obispo supremo Digby había sido trasladado en cuerpo y alma al Cielo y ascendido a arcángel, alineándose junto — pero inmediatamente después — al Arcángel Foster. La gloriosa noticia fue mantenida en reserva mientras llegaba la confirmación celestial de la elevación de un nuevo obispo supremo, Huey Short… un candidato de compromiso aceptado por la facción de Boone, después de echar a suertes repetidamente las papeletas.

L'Unita y *Hoy* publicaron idénticas denuncias doctrinarias a la elevación de Short; *L'Osservatore Romano* y el *Christian Science Monitor* la ignoraron; el *Times of India* se burló de ella en su editorial, y el *Manchester Guardian* se limitó a informar de ello, sin comentarios; la congregación fosterita en Inglaterra era pequeña pero extremadamente militante.

Digby no se sintió complacido con esa promoción. El Hombre de Marte le había interrumpido cuando tenía su trabajo a medio terminar… y con toda seguridad aquel estúpido borrico de Short lo iba a malograr todo. Foster le escuchó con angélica paciencia hasta que Digby se hubo desahogado por completo; luego le dijo:

—Escucha, hijo, ahora eres un ángel… así que olvídalo. La eternidad no es momento para las recriminaciones. También tú fuiste un estúpido borrico hasta que me envenenaste. A partir de entonces te las arreglaste bastante bien. Ahora que Short es obispo supremo, también se las arreglará bastante bien, no puede evitarlo. Lo mismo ocurre con los papas. Algunos de ellos no son más que un grano en el culo hasta que son promocionados. Habla con alguno de ellos, sigue adelante… recuerda que aquí no existen las envidias profesionales.

Digby se calmó un poco, pero hizo una petición. Foster agitó negativamente su halo.

—No puedes tocarle. Ni siquiera debes intentarlo. Oh, nada te impide presentar una solicitud de milagro, si quieres ponerte en una situación ridícula. Pero te lo digo de antemano: rechazarán tu petición. Todavía no entiendes el Sistema. Los marcianos poseen su propia organización, distinta de la nuestra, y, en tanto se les necesite, no podemos tocarlos. Dirigen su propio espectáculo como les parece mejor: el universo tiene variedad, hay algo para cada uno… un hecho que vosotros, los trabajadores de campo, pasáis a menudo por alto.

— ¿Pretendes decir que ese tipo puede quitarme de en medio, y yo he de quedarme cruzado de brazos?

—Yo me quedé cruzado de brazos en las mismas circunstancias, ¿no? Y ahora te estoy ayudando, ¿no? Mira, hay trabajo que hacer, y mucho. El Jefe quiere resultados, no excusas. Si necesitas un Día Libre para calmar tus nervios, zambúllete en el Paraíso Musulmán y tómatelo. De otro modo, endereza tu halo, cuadra las alas y ponte a trabajar. Cuanto antes empieces a actuar como ángel, antes te sentirás angélico. ¡Sé feliz, hijo!

Digby dejó escapar un profundo suspiro etéreo.

—De acuerdo, soy feliz. ¿Por dónde tengo que empezar?

* * *

Jubal no se enteró de la desaparición de Digby ni siquiera cuando fue dada la noticia. Cuando llegó a sus oídos, no dejó de asaltarle una fugaz sospecha respecto a quién había realizado el milagro, aunque la desechó apresuradamente; si Mike había metido el dedo en ello, se había salido bien librado… y a Jubal le importaba un comino lo que les sucediese a los obispos supremos siempre y cuando no le molestasen con ello.

Más aún, su propia casa había sufrido una considerable alteración. En este caso Jubal supo lo que había ocurrido, pero no se molestó en preguntar. Es decir, Jubal sospechaba lo que había ocurrido pero no sabía con quién… y no quería saberlo. Un ligero caso de violación. ¿Era «violación» la palabra adecuada? Bien, «violación de menores». No, no era eso tampoco; Mike era legalmente mayor de edad, y se suponía que estaba capacitado para defenderse en cualquier clase de forcejeo. De todos modos, ya era hora de que sazonasen un poco al chico, no importaba cómo hubiera ocurrido.

Jubal no pudo reconstruir el crimen basándose en la conducta de las chicas, ya que sus normas variaban constantemente; a veces era ABC versus D, luego BCD versus A, o AB versus CD o AD versus CB… a través de todas las formas posibles en que cuatro mujeres podían aliarse o enfrentarse entre sí.

El juego se mantuvo durante la mayor parte de la semana posterior a la desdichada visita a la Iglesia, período durante el cual Mike permaneció en su cuarto sumido en un trance de retraimiento tan profundo, que Jubal le hubiera declarado muerto de no haberle visto otras veces antes en igual situación. No le habría importado, de no ser porque el servicio doméstico se fue completamente al traste. Las chicas parecían pasar la mitad de su tiempo yendo de puntillas «a ver si Mike se encontraba bien», y estaban demasiado preocupadas para cocinar adecuadamente y mucho menos para actuar de secretarias. Incluso Anne, siempre firme como una roca…

¡maldita sea, Anne era la peor de todas! Abstraída y sometida a inexplicados accesos de lágrimas… y Jubal hubiera apostado su propia vida a que, si Anne hubiera tenido que ser testigo de la Segunda Venida, se habría limitado a memorizar fecha, hora, personajes, acontecimientos y presión barométrica sin que sus tranquilos ojos azules parpadeasen siquiera.

A última hora de la tarde del jueves, Mike despertó de pronto y, de inmediato, ABCD estuvieron a su servicio, «en menos tiempo del que dura el polvo bajo las ruedas del carro». A partir de ahí las chicas encontraron de nuevo tiempo para ofrecerle también a Jubal un perfecto servicio, con lo cual éste contó sus bendiciones y olvidó lo pasado. Todo, excepto un pensamiento retorcido y muy privado de que, si les hubiera pedido que tomaran una decisión definitiva, Mike habría podido quintuplicar sus sueldos con sólo escribirle una postal a Douglas… Pero de todos modos, las chicas se habrían puesto sin un parpadeo de parte de Mike, fueran cuales fuesen las circunstancias.

Una vez recobrada la tranquilidad doméstica, a Jubal no le importó que su reino fuera gobernado por una especie de mayordomo de palacio. Las comidas estaban a su hora y — si eso era posible — mejor guisadas que nunca; cuando gritaba: «¡Primera!», aparecía la chica de turno con los ojos brillantes, feliz y eficiente… y, siendo ése el caso, a Jubal le importaba un comino quién se apuntara los tantos de parte de los chicos. O de las chicas.

Además, el cambio sufrido por Mike le resultaba tan interesante como agradable era el restablecimiento de la paz. Antes de aquella semana, Mike se manifestaba dócil de un modo que Jubal había calificado de patológico; ahora se mostraba tan seguro de sí mismo que Jubal le hubiera descrito como engreído de no ser porque el joven derrochaba una consideración y una cortesía inagotables. Pero aceptaba el homenaje de las chicas como si se tratara de un derecho natural, parecía más viejo de lo que marcaba el calendario de su edad antes que más joven, su voz se había hecho más profunda, y hablaba con disciplinada energía antes que con

timidez. Jubal decidió que Mike se había integrado a la raza humana; se dijo que podía dar de alta a su paciente como curado.

Excepto en un punto, se recordó Jubal: Mike seguía sin reír. Podía sonreír ante una broma, y a veces ni siquiera pedía que se la explicasen. Mike estaba alegre, incluso contento… pero nunca se reía.

Jubal decidió que aquello no era importante. El paciente estaba cuerdo, sano y era humano. Pocas semanas antes, Jubal no habría apostado nada a que el muchacho pudiera llegar a curarse. Era lo bastante honesto y humilde como para no atribuirse como médico el mérito de aquella transformación; eran las chicas quienes tenían más que ver con ello. ¿O debería decir «una de las chicas»?

Desde la primera semana de su estancia, Jubal había repetido a Mike casi a diario que podía quedarse todo el tiempo que quisiera en la casa… pero que debería ponerse en movimiento y ver el mundo tan pronto como se considerara en condiciones. En vista de esto, Jubal no hubiera debido sorprenderse cuando Mike anunció una mañana — durante el desayuno — que iba a marcharse. Pero se sorprendió y, ante su propio asombro, se sintió dolido.

Lo disimuló utilizando innecesariamente la servilleta antes de responder:

— ¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Nos vamos hoy.

—Hum. Hablas en plural —Jubal miró en torno de la mesa—. ¿Es que Larry, Duque y yo vamos a tener que guisar nuestras comidas hasta que pueda conseguir más ayuda?

—Hemos hablado de eso —repuso Mike—. Jill vendría conmigo, nadie más. Necesito a alguien a mi lado, Jubal; todavía no sé cómo hace las cosas la gente en el mundo. Sigo cometiendo errores; necesito un guía por un tiempo más. Pensé que podía ser Jill, puesto que quiere seguir aprendiendo el marciano… y creo que las otras también. Pero si desea que Jill se quede, entonces puede ser alguien distinto. Tanto Duque como Larry están dispuestos a ayudarme, si no puede prescindir de ninguna de las chicas.

— ¿Quiere decir que tengo voto sobre el asunto?

— ¿Qué? Jubal, ha de ser su decisión. Todos sabemos eso.

«Hijo, eres todo un tipo», pensó Jubal, «y probablemente acabas de pronunciar tu primera mentira. Dudo mucho que pueda convencerte de que te vayas con Duque si ya has tomado tu decisión hacia otro lado».

—Supongo que tiene que ser Jill, pero… Miren, chicos, ésta sigue siendo su casa. El cerrojo nunca estará corrido para vosotros.

—Lo sabemos, y volveremos. Compartiremos el agua otra vez.

—Así será, hijo.

—Sí, padre.

— ¿Eh?

—Jubal, no existe palabra marciana para «padre». Pero últimamente he asimilado que es usted mi padre. Y el padre de Jill.

Jubal lanzó una mirada a Jill.

—Hum, asimilo. Cuídense.

—Lo haremos. Vamos, Jill.

Se habían ido antes de que Jubal se levantase de la mesa.

OceanofPDF.com

26

Se trataba de la feria de costumbre, en el tipo de ciudad de costumbre. Las atracciones eran las mismas, el algodón de azúcar tenía el sabor de siempre, los timadores profesionales practicaban — con una moderación aceptable para las leyes locales — su oficio de despojar a los primos de sus medios dólares, ya fuera con sus pelotas de béisbol que había que arrojar contra dianas o con sus ruedas de la fortuna o cualquier otro artilugio… pero el despojo se producía de todos modos. La conferencia sexual fue recortada para encajar con los criterios locales relativos a las opiniones de Charles Darwin, las chicas del espectáculo llevaban encima la cantidad adecuada de gasas que las costumbres locales requerían, y Fenton el Intrépido ejecutaba cada noche su Doble Salto Mortal Desafiando a la Muerte — real y auténtico — justo antes de la última función.

El espectáculo diez—en—uno era también estándar. La plantilla no incluía un mentalista, pero llevaba un mago; no había mujer barbuda, pero sí un fenómeno mitad hombre y mitad mujer; faltaba el tragasables, aunque no el comefuego. En vez de marino tatuado el espectáculo presentaba a una dama tatuada que, además, era encantadora de serpientes y, como remate del *show* — y por medio dólar adicional — aparecía «¡absolutamente *desnuda*… cubierta tan sólo por piel viva y llena de exóticos dibujos!»… y cualquier cliente que descubriese en su cuerpo, del cuello para abajo, un solo centímetro cuadrado de piel sin tatuar, sería recompensado con un billete de veinte dólares.

Temporada tras temporada nadie reclamaba el premio, porque el desafío era lanzado honestamente. La señora Paiwonski permanecía perfectamente inmóvil y completamente desnuda, «cubierta tan sólo por piel viva»… en este caso la de una boa constrictora de cuatro metros de largo conocida como «Cariñito». Cariñito permanecía enroscada en torno de la señora P. de un modo tan estratégico que ni siquiera la alianza ministerial local tuvo motivo de queja, sobre todo teniendo en cuenta que algunas de sus propias hijas no llevaban tanto, y lo poco que llevaban cubría aún menos, cuando asistían a la feria. Para impedir que la plácida y dócil Cariñito fuera molestada, la señora P. tomaba la precaución de subirse a una pequeña plataforma en el centro de un tanque de lona… en cuyo suelo había más de una docena de cobras.

Cualquier borracho ocasional, convencido de que a todas las serpientes de los encantadores de serpientes les habían sido extirpados los colmillos, e impulsado por esta idea intentaba meterse en el tanque en busca de ese centímetro cuadrado no decorado, cambiaba invariablemente de opinión tan pronto como una cobra le veía, se alzaba y desplegaba su capucha.

Además, la luz era escasa.

De todos modos, el borracho no hubiera cobrado los veinte dólares en ningún caso. La afirmación de la señora P. era más firme que el dólar. Ella y su ahora difunto esposo habían tenido durante muchos años un estudio de tatuaje en San Pedro; cuando la clientela flojeaba, el matrimonio pasaba el rato tatuándose mutuamente. Al cabo del tiempo, con una cierta sensación de pesar, la señora P. descubrió que la obra de arte dibujada sobre su cuerpo estaba tan definitivamente completa desde el cuello hacia abajo que ya no quedaba espacio para un pinchazo más. La señora P. se enorgullecía del hecho de ser la mujer más decorada del mundo —y por el mejor artista del mundo, pues tal era la humilde opinión que tenía de su difunto esposo —, y además tenía la certeza de que ganaba cada dólar de forma honesta, porque su integridad se conservaba incólume, pese a estar asociada con pecadores y truhanes. Ella y su esposo habían sido convertidos por el propio

Foster; se mantenía registrada como miembro en San Pedro y, dondequiera que se encontrase, acudía al templo más próximo de la Iglesia de la Nueva Revelación.

Patricia Paiwonski hubiera prescindido alegremente de la protección de Cariñito durante la apoteosis de su actuación, no solamente para demostrar que era honesta — lo cual no necesitaba ninguna prueba, puesto que ella sabía que era cierto —, sino porque estaba serenamente convencida de que ella era la tela para un cuadro de arte religioso más grande que cualquiera de las paredes o techos del Vaticano. Cuando ella y George vieron la luz de Foster, todavía quedaban en la piel de Patricia como unos treinta centímetros cuadrados en blanco; antes de que George muriese, su esposa exhibía una completa historia gráfica de la vida de Foster desde la cuna, rodeada de ángeles revoloteando, hasta el glorioso día en que el profeta fue a ocupar el lugar que tenía destinado entre los arcángeles.

Lamentablemente (puesto que hubiera podido convertir a muchos pecadores en buscadores de la luz), gran parte de esa sagrada historia tenía que permanecer cubierta; hasta tal punto dependía ya de las leyes y de los legisladores locales. Pero podía exhibirla en las reuniones de Felicidad a puerta cerrada de las iglesias locales a las que asistía, siempre y cuando lo deseara el pastor, cosa que ocurría en casi todas las ocasiones. Pero, aunque siempre era bueno añadir algo a la Felicidad, los salvados no lo necesitaban; Patricia hubiera preferido salvar a los pecadores. No sabía predicar, no sabía cantar, nunca había sido llamada a hablar en lenguas… pero era un testigo viviente de la luz.

En el espectáculo de diez—en—uno, su número venía después del último, y justo antes estaba el del mago; eso le daba tiempo de recoger sus fotografías no vendidas. Un cuarto de dólar las fotos en blanco y negro, medio dólar las de color, y una colección de fotos especiales por cinco dólares en un sobre cerrado. Éste último sólo podía venderse a los clientes que firmaran un impreso en el que alegaban que eran doctores en medicina, psicólogos, sociólogos, o tenían alguna otra profesión que les permitía adquirir un material

no disponible al público en general. Tal era la integridad de Patricia que no las vendía si el cliente no cumplía con ese requisito; incluso a veces les solicitaba que le mostraran su tarjeta profesional… ¡no quería que unos sucios dólares la pusieran a ella al alcance de los chicos que iban al colegio! Eso también le daba tiempo de deslizarse por la entrada trasera de la tienda y prepararse — ella y las serpientes — para la salida.

El mago, el Doctor Apolo, actuaba en la última tarima junto al faldón de lona que conducía a la salida. Empezaba pasando a su audiencia una docena de brillantes anillas de acero, cada una de ellas grande como un plato, y les invitaba a que comprobasen que cada anilla era sólida y recia y no tenía aberturas ni puntos de unión. Luego les hacía sostener las anillas de tal modo que montaran en sus extremos unas sobre otras. El Doctor Apolo caminaba a lo largo de la plataforma, tendía su varita y tocaba con ella cada punto donde dos anillas se superponían… y los sólidos eslabones de acero formaban una cadena.

Alzaba casualmente su varita en el aire, se subía las mangas, aceptaba un bol de huevos que le ofrecía su ayudante y empezaba a juguetear con una docena de ellos. Sus malabarismos no atraían muchas miradas, puesto que la mayor parte de los espectadores no separaba la vista de su ayudante. Era un espléndido ejemplo de diseño moderno funcional y, aunque iba más vestida que el resto del elenco femenino del espectáculo, no parecían existir muchas probabilidades de que su cuerpo estuviese tatuado en ninguna parte.

Así, los espectadores apenas se daban cuenta cuando los seis huevos se convertían en cinco, luego en cuatro… tres… dos… hasta que finalmente el Doctor Apolo lanzaba uno al aire, aún con las mangas subidas y con una expresión de desconcierto en su rostro.

—Los huevos escasean cada vez más de un año para otro — decía finalmente, al tiempo que arrojaba aquel último huevo por encima de las cabezas de los espectadores que estaban más cerca de la plataforma hacia un hombre en la parte de atrás de la audiencia —. ¡Agárrelo!

Se daba la vuelta, y no parecía darse cuenta de que el huevo nunca llegaba a su destino.

El Doctor Apolo realizaba varios trucos más, exhibiendo siempre aquella expresión ligeramente desconcertada y con la misma actitud indiferente. En una ocasión pidió a un muchacho que se acercara a la plataforma.

—Hijo, sé lo que estás pensando. Crees que no soy un auténtico mago. ¡Y tienes razón! Sólo por eso te has ganado un dólar —ofreció al muchacho un billete de un dólar. El billete desapareció.

El mago pareció apenado.

— ¿Lo has dejado caer? Bien, entonces agarra fuerte este otro.

Un segundo billete desapareció.

— ¡Oh, querido! Te concederé otra oportunidad. Usa las dos manos. ¿Lo tienes? Entonces será mejor que salgas de aquí enseguida con él; ya deberías estar en la cama a estas horas —el chico salió disparado con el dinero, y el mago se volvió y pareció de nuevo desconcertado—. *Madame* Merlín, ¿qué tenemos que hacer ahora?

Su atractiva ayudante se acercó a él, le hizo bajar la cabeza y le susurró algo al oído. Él negó con la cabeza.

—No, no delante de todo este distinguido público.

Ella le susurró de nuevo; él pareció inquieto.

—Lo siento, amigos, pero *madame* Merlín insiste en que quiere irse a la cama. ¿Algún caballero desea ayudarla?

Parpadeó ante la masa de voluntarios.

—Oh, sólo dos son necesarios. ¿Alguno de ustedes pertenece al Ejército?

El número de voluntarios seguía siendo excesivo; el Doctor Apolo escogió dos y dijo:

—Hay un camastro del Ejército debajo del extremo de la tarima, no tienen más que levantar la lona. Bien, ¿tienen la bondad

de colocarla encima de la tarima? *Madame* Merlín, póngase de cara hacia aquí, por favor.

Mientras los dos hombres colocaban el camastro, el Doctor Apolo trazó pases en el aire en torno de su ayudante.

—Duerma… duerma… ahora está dormida. Amigos, se halla en un profundo trance. Ustedes dos, caballeros, que tan amablemente le han preparado la cama, ¿tendrán la bondad de acomodarla en ella? Que uno coja su cabeza y el otro sus pies. Con cuidado ahora.

Rígida como un cadáver, la muchacha fue trasladada al camastro.

—Gracias, caballeros. Pero no debemos dejarla sin cubrir, ¿verdad? Había una sábana por ahí, en alguna parte. Oh, ahí está… —el mago adelantó una mano, recuperó su varita de donde la había dejado suspendida en el aire, apuntó con ella a una mesita llena de cosas situada al otro extremo de la tarima; una sábana se separó de los objetos amontonados allí y acudió hacia él—. Simplemente extiendan esto sobre *madame* Merlín. Cúbranle la cabeza también; una dama no debe ser expuesta a las miradas del público mientras duerme. Ahora, si tienen la bondad de bajar de la tarima. ¡Estupendo! *Madame* Merlín, ¿puede oírme?

—Sí, Doctor Apolo.

—Está usted profundamente dormida. Ahora está descansando. Se siente ligera, mucho más ligera. Duerme sobre un lecho de nubes. Flota… —la figura cubierta por la sábana se elevó más o menos un palmo—. ¡Demonios! No tanto. No querríamos perderla.

Entre los espectadores, un muchacho que debía de estar a punto de cumplir la veintena explicó en un susurro audible:

—Ya no está bajo la sábana. Cuando le colocaron la sábana por encima bajó por una trampilla del suelo. Eso no es más que un armazón de alambre. Dentro de un minuto levantará la sábana y, cuando lo haga, el armazón se plegará y desaparecerá. Es sólo un truco… cualquiera puede hacerlo.

El Doctor Apolo le ignoró y siguió hablando.

—Un poco más arriba, *madame* Merlín. Más arriba. Ahí…

La forma envuelta en la sábana quedó flotando a casi dos metros por encima de la tarima. El muchacho listo murmuró a sus amigos:

—Hay una fina varilla de acero, pero resulta difícil verla. Probablemente está en la esquina por donde cuelga la sábana y toca el camastro.

El doctor Apolo se volvió y pidió voluntarios para retirar el camastro y volver a colocarlo debajo de la plataforma.

—*Madame* Merlín ya no lo necesita, duerme sobre nubes… —se volvió hacia la figura que flotaba en el aire e hizo como si estuviera escuchando—. ¿Qué? Más alto, por favor. ¿Oh? *Madame* Merlín dice que no desea la sábana… es demasiado pesada.

—Ahora es cuando desaparece el armazón.

El mago dio un brusco tirón a una esquina de la sábana. La audiencia a duras penas se dio cuenta de que había desaparecido; todos miraban a *madame* Merlín, aún flotando, aún dormida a casi dos metros por encima de la plataforma. La tarima se hallaba en medio de la parte de atrás de la tienda, y la audiencia la rodeaba por todos lados. Un compañero del muchacho que lo sabía todo sobre magia preguntó:

—Bien, Speedy, ¿dónde está la varilla de acero?

—Tienes que mirar al sitio donde él no quiere que mires —respondió el muchacho, inseguro—. Por eso tienen esas luces puestas de tal modo que te dan directamente en los ojos.

—Ya basta de dormir, princesa encantada —indicó el Doctor Apolo—. Deme la mano. Despierte, ¡despierte!

Sujetó su mano, tiró de ella hasta ponerla en posición vertical y la ayudó a descender hasta la tarima.

— ¿Os habéis dado cuenta? ¿Visteis dónde puso el pie? *Ése* es el punto de donde sale la varilla —y el muchacho añadió, satisfecho —. No es más que un truco de escenario.

El mago siguió hablando:

—Y ahora, queridos amigos, si tienen la amabilidad de prestar atención a nuestro docto conferenciante, el profesor Timoshenko…

El presentador intervino de inmediato:

— ¡No se vayan! Por esta única actuación y sólo gracias a un acuerdo con el Consejo Universitario, y con el permiso del Departamento de Seguridad de esta maravillosa ciudad, ofrecemos este billete de veinte dólares a cualquiera de ustedes que…

La mayor parte de la atención se centró en la salida. Unos cuantos se entretuvieron aún un rato por allí, luego empezaron a marcharse cuando la mayor parte de las luces de la tienda principal fueron apagadas. Los fenómenos y otros artistas empezaron a empaquetar sus cosas y los mozos a desmontar. Había que coger el tren por la mañana, y las tiendas del personal seguirían en pie para que sus ocupantes durmiesen en ellas unas pocas horas, pero los mozos empezaron a soltar ya las estacas de la tienda principal.

Poco después, el presentador—propietario—gerente del espectáculo de aquella feria volvió a la tienda principal medio a oscuras, una vez hubo facilitado con la persuasión de costumbre la salida a los últimos clientes por la parte de atrás.

—Smitty, no te vayas. Tengo algo para ti —le tendió un sobre al mago, que el Doctor Apolo se metió en el bolsillo sin mirar, y añadió—. Chico, lamento tener que decírtelo… pero tu esposa y tú no nos acompañaréis a Paducah.

—Lo sé.

—Bueno… mira, no te lo tomes así, no se trata de nada personal… pero tengo que pensar en el espectáculo. Os reemplazamos con un equipo de mentalistas. Hacen un acto de lectura de la mente que es algo impresionante; luego ella hace toda una exhibición de frenología que pone los pelos de punta mientras él actúa con la bola de cristal. Los necesitamos… ya sabes que no te garanticé el empleo durante toda la temporada. Sólo estabais a prueba.

—Lo sé —admitió el mago—. Sabía que era hora de irnos. No hay rencor alguno por mi parte, Tim.

—Bien, me alegra que te lo tomes así —el presentador titubeó —. ¿Quieres un consejo, Smitty? Si no lo quieres, simplemente dilo.

—Me gustaría que me lo diera— dijo simplemente el mago.

—De acuerdo, tú lo has pedido. Smitty, tus trucos son buenos. Demonios, algunos de ellos me han dejado desconcertado incluso a mí. Pero los trucos buenos no bastan para convertirle a uno en mago. El problema es que no lo vives; no estás en ello. Te comportas como un auténtico hombre de circo: sólo te ocupas de tus cosas y no te metes en la actuación de nadie y eres útil si alguien te necesita. Pero *no eres* un hombre de circo. Te falta esa intuición que hace comprender a uno qué es lo que convierte a un primo en primo. Un auténtico mago puede hacer que los primos se queden con la boca abierta por el simple hecho de que algo permanezca suspendido en el aire. Ese acto de levitación que haces… nunca he visto una ejecución mejor, pero los primos no se impresionan. Falla la psicología.

»Mírame a mí, por ejemplo; soy incapaz de sacar ninguna tontería del aire… demonios, ni siquiera sé usar un cuchillo y un tenedor sin hacerme daño en la boca. No tengo número, excepto el que cuenta. Conozco a los primos. Sé dónde hay que golpearles. Sé exactamente con cuánta fuerza. Sé lo que desean con más avidez, incluso mejor que ellos. Ése es el arte de director de espectáculos, hijo, ya seas un político ocupando tu cargo o un predicador aporreando un púlpito… o un mago. Descubre qué es lo que quieren los primos, y podrás dejar en el baúl la mitad de tus trastos.

—Estoy seguro de que tiene razón.

—Sé que la tengo. Quieren sexo y sangre y dinero. No les damos auténtica sangre… pero les proporcionamos la esperanza de que un comefuego o un lanzacuchillos cometa un error. No les damos dinero tampoco; sólo les animamos hacia él mientras les quitamos un poco del suyo. Y no les damos realmente sexo. Pero, ¿por qué siete de cada diez se quedan a ver el número final? Para

ver un poco de carne, por eso… y por la posibilidad de que, además, les paguen por verla… cuando quizá tengan toda la carne que necesiten o incluso más en su propia casa cada vez que quieran. Y resulta que no ven nada y además nadie les paga nada… y, sin embargo, los enviamos felices de vuelta a sus casas.

» ¿Qué otra cosa más quiere un primo? ¡Misterio! Quiere creer que el mundo es un sitio romántico, cuando sabe condenadamente bien que no lo es. Ése es *tu* trabajo… sólo tienes que aprender a desempeñarlo. Demonios, hijo, todos los espectadores saben que tu acto es mero truco… pero les gusta creer que se trata de algo real, y a ti te corresponde convencerles de eso, mientras sigan metidos en el *show*. Ahí es donde fallas.

— ¿Qué debo hacer para conseguirlo, Tim? ¿Cómo puedo aprender qué es lo que hace picar a un primo?

—Demonios, eso es algo que no puedo decirte; tienes que aprenderlo por ti mismo. Ve ahí fuera y camina un poco y sé tú mismo un primo por un tiempo, quizá. Pero… Bueno, toma esa idea tuya de presentarte con el mismo aspecto que el «Hombre de Marte». *No debes* ofrecer al primo una cosa que sabes que no va a tragarse. Todos han *visto* al Hombre de Marte, en fotografías y en la estereovisión. Demonios… incluso yo lo he visto. De acuerdo, te pareces mucho a él, tienes el mismo aspecto, un parecido casual… pero, aunque fueses su hermano gemelo, los primos saben que no van a encontrar al Hombre de Marte en un espectáculo diez—en—uno en una feria. Es tan estúpido como anunciar a un tragasables como «el presidente de Estados Unidos». ¿Me sigues? Un primo *desea* creer… pero no consiente que se insulte su inteligencia. Hasta un primo tiene algún tipo de cerebro. Tienes que recordar eso.

—Lo recordaré.

—Está bien. Hablo más de la cuenta… un presentador adquiere ese vicio. ¿Cómo tienes las cosas? Demonios, sé que no debería hacerlo, pero… ¿necesitas un préstamo?

—Gracias, Tim. No estamos dolidos, de veras.

—Bien, cuidaos. Adiós, Jill —se apresuró a salir.

Patricia Paiwonski entró por la parte de atrás, vestida con una bata.

— ¿Chicos? Tim ha suprimido vuestro número.

—De todas formas nos íbamos, Pat.

—Sabía que iba a hacerlo… Me pone tan furiosa, que me están entrando ganas de largarme yo también.

—Vamos, Pat…

—No, lo digo en serio. Puedo llevar mi número a cualquier parte, y él lo sabe. Dejarle sin su número final. Puede conseguir otros actos más o menos buenos… pero una buena actuación atrevida que los «payasos» no prohíban, resulta más difícil de descubrir.

—Pat, Tim tiene razón, y Jill y yo lo sabemos. Carezco del talento necesario para el mundo del espectáculo.

—Bueno… quizá sí. Pero os voy a echar de menos. Ha sido casi como si fuerais mis propios chicos. ¡Oh, queridos! Mirad, no nos marchamos hasta mañana por la mañana… venid a mi tienda y charlaremos un rato.

—Mejor aún, Patty —indicó Jill—. Ven tú con nosotros a la ciudad y tomémonos un par de copas. ¿Qué te parecería la idea de sumergirte en una gran bañera de agua caliente llena con sales de baño?

—Oh… Llevaré una botella.

—No —objetó Mike—. Sé lo que bebes y lo tenemos. Anda, vamos.

—Bueno, iré. Estáis en el Imperial, ¿no?… Pero ahora mismo no puedo ir con vosotros. He de comprobar primero que mis niñas están bien y decirle a Cariñito que voy a salir y prepararle sus botellas de agua caliente. Cogeré un taxi. Me tendréis con vosotros dentro de media hora, más o menos.

Condujeron hasta la ciudad, con Mike a los controles. Era una ciudad pequeña, sin regulación automática del tráfico. Mike

condujo con cuidadosa precisión, exactamente en zona máxima y deslizando el vehículo terrestre a espacios libres que Jill no veía hasta que los atravesaban. Lo hacía sin ningún esfuerzo, de la misma forma como hacía sus juegos malabares. Jill sabía cómo lo hacía, incluso había aprendido a hacerlo un poco ella también; Mike dilataba su sentido del tiempo hasta que el problema de hacer juegos malabares con huevos o avanzar a toda velocidad por entre el denso tránsito le resultaba sencillísimo, con todo lo demás como a cámara lenta. De todos modos, reflexionó, resultaba un extraño logro para un hombre que, pocos meses antes, tenía dificultades para atarse los cordones de los zapatos.

No habló; Mike podía hablar mientras permanecía en tiempo dilatado si era necesario, pero resultaba extraño conversar con las mentes ajustadas a diferentes ritmos de tiempo. En vez de ello pensó con cierta suave nostalgia en la vida que abandonaban, con cariño, parte de ella en conceptos marcianos y parte en conceptos terrestres.

Durante toda la vida — hasta que conociera a Mike — había estado sometida a la tiranía del reloj: primero cuando acudía a la escuela de niña, luego cuando fue al instituto ya de adolescente, después cuando ingresó en el hospital y tuvo que soportar las ineludibles presiones de las rutinas profesionales. La vida en la feria no se había parecido en nada a todo aquello. Aparte la sencilla y casi agradable obligación de cuidar su aspecto y acicalarse varias veces al día desde media tarde hasta última hora de la noche, nunca tenía que hacer nada a una hora fija. A Mike no le preocupaba si comían una o seis veces al día, y siempre se mostraba complacido con el hospedaje que Jill le buscaba. Habían tenido su propia tienda para vivir y un equipo completo de camping; en muchas poblaciones ni siquiera habían abandonado los terrenos donde se montaba la feria desde su llegada hasta su marcha. La compañía formaba un pequeño mundo cerrado, que el exterior no podía alcanzar. Se había sentido feliz en ella.

A decir verdad, en cada ciudad los terrenos de la feria se llenaban de primos… pero ella había terminado por adquirir el

punto de vista de los demás: los primos no contaban; era igual que si estuvieran detrás de una pared de cristal. Jill comprendía completamente por qué las muchachas que salían en el espectáculo podían — y de hecho lo hacían — exhibirse con tan poca ropa — y, en algunas ciudades, sin ninguna, si podía arreglarse con las autoridades — sin sentirse molestas… y sin *ser* inmodestas en su conducta fuera del espectáculo. Los primos no eran gente para ellas; eran burbujas de nada cuya única misión consistía en escupir monedas de medio dólar.

Sí, la feria había sido un hogar feliz y completamente seguro, aunque su número hubiera sido un fracaso. No siempre había sido así al principio, cuando abandonaron la seguridad de la casa de Jubal para salir al mundo e incrementar la educación de Mike. Habían sido identificados más de una vez, y en algunas ocasiones habían tenido problemas para escapar, no sólo de la prensa, sino también de la interminable multitud de gente que parecía considerarse con derecho a pedirle cosas a Mike, simplemente porque era el Hombre de Marte.

Finalmente Mike había *pensado* sus rasgos hasta darles un aspecto de mayor madurez, y había efectuado otros ligeros cambios en su apariencia. Eso, unido al hecho de que frecuentaban lugares donde a nadie del público se le ocurriría buscar al Hombre de Marte, les proporcionó una cierta intimidad. Fue por aquel entonces, en una ocasión que Jill telefoneó a casa para informar de su nueva dirección postal, que Jubal sugirió una historia para ocultar su paradero… y un par de días mas tarde Jill leyó que el Hombre de Marte se había retirado de nuevo, esta vez a un monasterio tibetano.

El retiro se llamaba en realidad «Hank's Grill», se hallaba en una ciudad «en ninguna parte», y Jill trabajaba en él de camarera y Mike de lavaplatos. No era peor que trabajar de enfermera y las exigencias eran mucho menores; incluso ya no le dolían los pies. Mike tenía un sistema notablemente rápido de limpiar los platos, aunque tenía que ir con mucho cuidado y emplearlo solamente cuando el jefe no miraba. Conservaron ese trabajo durante una

semana, luego siguieron su camino, en ocasiones trabajando, en ocasiones no. Visitaban las bibliotecas públicas casi a diario, en cuanto Mike se enteró de su existencia. Jill descubrió que Mike había dado por sentado que la biblioteca de Jubal contenía un ejemplar de cada libro publicado en la Tierra. Cuando descubrió la maravillosa verdad, permanecieron casi un mes en Akron. Jill efectuó un montón de compras durante aquel mes: con un libro en su poder, Mike simplemente no era compañía.

Pero el unirse a los Espectáculos Combinados y Orgía de Diversiones Familiares Baxter se convirtió en la parte más agradable de su vagabundeo. Jill recordó — con una risita interior — aquella vez en que — ¿cómo se llamaba el pueblo?; no importaba— toda la feria fue detenida. La cosa no fue justa, ni siquiera según los estándares de los polis, puesto que los permisos siempre funcionaban bajo explícitos acuerdos preestablecidos: con o sin sujetadores; luces azules o luces brillantes; lo que el payaso principal de la ciudad ordenara. Sin embargo, el *sheriff* los arrestó a todos, y el juez local pareció dispuesto no sólo a multarles sino a meter a las chicas en la cárcel por «vagancia».

Las instalaciones fueron clausuradas y la mayor parte de los artistas llevados a la audiencia, que se llenó con innumerables primos deseosos de echar un buen vistazo a las «mujeres desvergonzadas» en su comparecencia. Mike y Jill consiguieron apretarse al fondo de la sala del tribunal.

Desde hacía tiempo Jill había grabado a fuego en el ánimo de Mike la idea de que *nunca* debía hacer nada que no pudiera hacer ningún ser humano corriente cuando se encontrasen en algún sitio donde su acción pudiese ser observada. Pero Mike captó allí un punto crítico culminante, y no lo discutió con Jill.

El *sheriff* estaba testificando acerca de lo que había visto, dando detalles de la «lascivia pública»… y disfrutando lo suyo con su exposición. Mike se había contenido todo lo que había podido, Jill tenía que admitirlo. Pero, en medio del testimonio, tanto el sheriff como el juez se quedaron de pronto completamente desnudos, sin ninguna prenda de ropa encima.

Jill y Mike aprovecharon la excitación para escabullirse discretamente, y más tarde ella supo que los demás acusados, todos ellos, habían hecho lo mismo, sin que nadie pareciera dispuesto a poner ninguna objeción. Por supuesto, nadie conectó el milagro con Mike, y él mismo no se lo mencionó nunca a Jill… ni ella a él; no era necesario. La compañía recogió sus cosas a toda prisa y se marchó dos días antes de lo previsto, a una ciudad más honesta donde la regla era sujetador y pantaletas, y si se cumplía nadie diría nada.

Pero Jill recordaría toda su vida la expresión en el rostro del *sheriff*, y su aspecto también, puesto que resultó claro — por el repentino descolgamiento de sus carnes — que por motivos de orgullo el sheriff había estado llevando un apretado corsé.

Sí, sus días ambulantes habían sido unos hermosos días. Empezó a decirle esto mentalmente a Mike, con la intención de recordarle lo divertidamente ridículo que había parecido aquel engolado *sheriff*, con sus blandos rollos de carne desde su «acordonada» cintura y bajando por su peluda barriga hasta su vello púbico. Pero se contuvo. El marciano no tenía ningún concepto para «divertido», así que por supuesto no podía expresarlo. Compartían un creciente lazo telepático… pero sólo en marciano.

— ¿Sí, Jill? —inquirió la mente de Mike.

— Más tarde.

Se acercaban al Hotel Imperial, y Jill notó que la mente de Mike retardaba sus funciones mientras aparcaba el coche. Jill prefería mucho más acampar en los terrenos de la feria, excepto por una cosa: el baño. Las duchas estaban bien, pero nada podía compararse a una bañera llena de agua muy, muy caliente en la que poder meterse hasta la barbilla y empaparse. Así que a veces se registraban en un hotel, y alquilaban un coche de superficie. Mike, a causa de su primera educación, no compartía el fanático entusiasmo de Jill hacia frotar su cuerpo; ahora iba tan escrupulosamente limpio como ella… pero sólo porque ella le había entrenado así; la suciedad no le molestaba. Es más, podía mantenerse inmaculadamente limpio sin necesidad de lavarse o

bañarse, del mismo modo que nunca había tenido que ir al barbero una vez supo exactamente hasta qué longitud deseaba Jill que llevara el cabello. Pero a Mike también le gustaba alojarse en hoteles sólo por el bautismo en sí; gozaba tanto como siempre sumergiéndose en el agua de vida, independientemente de una inexistente necesidad de limpiarse, y liberado al fin de sus supersticiosos sentimientos con respecto al agua.

El Imperial era un hotel muy viejo, y no había sido gran cosa ni siquiera cuando era nuevo, pero la bañera de lo que llamaban orgullosamente la «suite nupcial» era satisfactoriamente grande. Apenas entrar en su habitación, Jill se encaminó al cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente para llenar la bañera… y casi ni se sorprendió al hallarse repentinamente preparada para el baño, desnuda de pies a cabeza, excepto que aún llevaba el bolso bajo el brazo. ¡Querido Mike! Sabía cómo le gustaba a ella ir de compras, lo que la complacía la ropa nueva; así que la obligaba a entregarse a su debilidad infantil enviando a ninguna parte cualquier ropa que captara que ya no le encantaba. Lo hubiese hecho diariamente incluso, si ella no le hubiera advertido que demasiada ropa nueva despertaría las sospechas entre los integrantes de la feria.

— ¡Gracias, querido! —exclamó—. Vamos dentro.

Él todavía no se había desnudado ni provocado la desaparición de su ropa… probablemente haría lo primero, decidió; Mike consideraba el comprar ropa para él algo totalmente desprovisto de interés. Seguía sin ver ninguna utilidad a la ropa, excepto la simple protección contra los elementos; y ésta era una debilidad que no compartía. Se metieron en la bañera frente a frente; ella recogió un poco de agua en el hueco de las manos, se la llevó a los labios, se la ofreció a él. No era necesario hablar, ni siquiera el rito era imprescindible; simplemente a Jill le gustaba recordar a ambos algo cuyo recuerdo no era necesario, ni siquiera durante toda una eternidad.

Cuando él alzó la cabeza, ella dijo:

—En lo que estaba pensando mientras tu conducías, era en lo divertido que había resultado aquel horrible *sheriff* completamente

desnudo.

— ¿Pareció divertido?

— ¡Oh, terriblemente divertido! Tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a reír a carcajadas. No quería llamar la atención.

—Explícame por qué era divertido. No consigo ver el chiste.

—Oh… no creo que pueda explicártelo. No fue un chiste… no como uno de esos retruécanos y esas cosas que se cuentan.

—No asimilo que aquel hombre pudiera parecer divertido —dijo Mike muy seriamente—. En ambos hombres, el juez y el *sheriff*, asimilé incorrección. Si no hubiera sabido que te ibas a enfadar conmigo, los habría enviado a los dos muy lejos.

—Querido Mike… —Jill acarició su mejilla—. Mi buen Mike. Créeme, querido: lo que hiciste fue lo mejor que podías haber hecho. Ninguno de los dos lo olvidará mientras vivan, y apuesto a que no les habrán quedado ganas de detener a nadie en esa ciudad bajo la acusación de indecencia. Pero hablemos de alguna otra cosa. He estado deseando decirte cuánto lamento que nuestro número haya fracasado. Hice lo que pude escribiendo el guión, querido… pero supongo que yo tampoco soy una profesional del espectáculo.

—Fue culpa mía, Jill. Tim habló correctamente: no asimilo a los primos. De todos modos, me ha servido de mucho el ir con los Espectáculos Combinados Baxter… he asimilado cada día más cerca a los primos.

—Sólo que ya no debes llamarles primos, ahora que hemos dejado de pertenecer a ese mundo. Sólo personas… no «primos».

—Asimilo que son primos.

—Sí, querido. Pero no es educado decirlo.

—Lo recordaré.

— ¿Has decidido ya adonde vamos a ir?

—No. Lo sabré cuando llegue el momento.

—Bien, querido.

Jill reflexionó que Mike *siempre* lo sabía. Desde su primer cambio de la docilidad al dominio, había crecido firmemente en

fuerza y seguridad… en todos los aspectos. El muchacho — entonces había parecido un muchacho — que un día había hallado agotador el sostener un cenicero suspendido en el aire, ahora podía no sólo sostenerla a ella en el aire — y parecía realmente como «flotar sobre nubes», por eso ella lo había escrito así en el guión — mientras hacía varias otras cosas y seguía hablando, sino también ejercer cualquier otro tipo de fuerza que resultara necesaria. Recordaba un solar terriblemente embarrado en el que se había atascado uno de los camiones. Veinte hombres se apiñaban a su alrededor, intentando sacarlo. Mike añadió entonces su hombro, y el camión se movió.

Ella había visto cómo había ocurrido; la hundida rueda trasera se había levantado por sí misma fuera del barro. Pero Mike, mucho más cauteloso ahora, no había permitido que nadie sospechara lo que había ocurrido en realidad.

Recordaba también cuando, por fin, Mike había asimilado que era necesario el requisito de «incorrección» antes de que pudiera hacer desaparecer las cosas, pero que eso sólo se aplicaba a las cosas vivas, asimilables. Su vestido no necesitaba acumular «incorrección» para que él pudiera eliminarlo. La prohibición era tan sólo una precaución en el entrenamiento de los polluelos; un adulto era libre de actuar como mejor asimilase.

Se preguntaba en qué consistiría su próximo cambio importante. Pero no se preocupaba por ello; Mike era bueno y sensato. Todo lo que ella podía enseñarle eran pequeños detalles de cómo vivir entre los humanos… mientras aprendía mucho más de él, en perfecta felicidad; la mayor felicidad que había experimentado desde que muriera su padre.

—Mike, ¿no sería estupendo tener a Dorcas, Anne y Miriam aquí en la bañera? Y también a papá Jubal y a los muchachos y… ¡oh, a toda nuestra familia!

—Haría falta una bañera más grande.

— ¿A quién le importa estar un poco apretados? Pero la piscina de Jubal serviría estupendamente. ¿Cuándo haremos otra

visita a casa, Mike? Jubal me lo pregunta cada vez que hablo con él.

—Asimilo que será pronto.

— ¿Un «pronto» marciano, o de la Tierra? No importa, querido, sé que será cuando termine la espera. Pero eso me recuerda que tía Patty llegará pronto… y me refiero a un «pronto» de la Tierra. ¿Me lavas?

Ella se puso en pie, él siguió donde estaba. La pastilla de jabón se alzó por sí misma de la jabonera, recorrió todo su cuerpo, regresó a su sitio, y la capa de espuma estalló en una miríada de burbujas.

— ¡Ooooh! Ya basta. Me haces cosquillas.

— ¿Te enjuago?

—Me sumergiré —se sentó rápidamente en la bañera, se quitó el jabón y volvió a incorporarse—. Justo a tiempo.

Alguien llamaba a la puerta.

—Querida, ¿estás presentable?

— ¡Ahora voy, Pat! —gritó Jill, y añadió, mientras salía de la bañera—. ¿Me secas, por favor?

Estuvo seca al instante; sus pies ni siquiera dejaron huellas en el suelo.

—Cariño, ¿te acordarás de vestirte de nuevo antes de salir? Patty es una dama… no como yo.

—Me acordaré.

OceanofPDF.com

27

Jill cogió un salto de cama del buen surtido guardarropa y se lo puso al tiempo que cruzaba apresurada el salón y dejaba entrar a la señora Paiwonski.

—Entra, querida. Nos estábamos bañando; Mike saldrá enseguida. Te prepararé una copa; después podrás tomar una segunda en la bañera si quieres. Disponemos de enormes cantidades de agua caliente.

—Me di una ducha después de acostar a Cariñito, pero… sí, me encantará meterme en una bañera. Sin embargo, Jill, pequeña, no he venido a pediros prestado vuestro cuarto de baño; vine porque se me parte el corazón ante la idea de que abandonéis el espectáculo.

—No perderemos tu pista —Jill estaba atareada con los vasos. El hotel era tan viejo que ni siquiera la «suite nupcial» tenía su propio dispensador de cubitos de hielo—. Tim está en lo cierto, y tú lo sabes. Mike y yo necesitamos mejorar mucho nuestro número.

—Vuestro número está bien. Acaso le hagan falta unas cuantas risas, quizá, pero… Hola, Smitty.

Alargó hacia Mike, que entraba, una enguantada mano. Fuera del recinto de la feria, la señora Paiwonski siempre llevaba guantes, vestidos de cuello alto y medias de malla densa. Vestida así, parecía una respetable viuda de mediana edad que había conseguido mantener esbelta la figura pese a sus años… y lo parecía porque precisamente lo era.

—Le estaba diciendo a Jill —prosiguió— que vuestro número es bueno.

Mike sonrió suavemente.

—Vamos, Pat, no te burles. Apesta. Ambos lo sabemos.

—No, nada de eso, querido. Oh, tal vez necesite algo que le dé un poco de chispa. Unos cuantos chistes. O podías acortar un poco más el vestuario de Jill; tienes un cuerpo precioso, cariño.

Jill negó con la cabeza.

—Eso no serviría.

—Bueno, conocí a un mago que solía vestir a su ayudante al estilo de los Felices Noventa… quiero decir, de los mil ochocientos noventa: ni siquiera mostraba las piernas. Luego, en escena, hacía desaparecer las prendas una tras otra. A los primos les encantaba. Pero no me interpretes mal, querida… no era nada falto de tacto y refinamiento. La muchacha terminaba con tanta ropa encima como la que tú llevas ahora… o casi.

—Patty —dijo Jill francamente—, haría nuestro número completamente desnuda si los payasos no nos cerrasen el espectáculo.

Mientras lo decía, se dio cuenta que lo decía en serio… y se preguntó cómo la enfermera graduada Boardman, supervisora de planta, había alcanzado el punto en el que hablaba en serio cuando decía aquello. A causa de Mike, por supuesto… y se sentía completamente feliz al respecto.

La señora Paiwonski negó con la cabeza.

—No podrías, cariño. Los primos se amotinarían. Sólo un toque más de *ginger ale*, querida. Pero, si tienes una figura escultural, ¿por qué no utilizarla? ¿Adónde crees que llegaría yo como dama tatuada si no me desnudase todo lo que me permiten?

—Hablando de eso —intervino Mike—, no pareces muy cómoda con toda esa ropa. Creo que se ha estropeado el acondicionador de aire de este agujero, y lo menos estamos a treinta grados… —Mike vestía una bata ligera, su concesión a las relajadas convenciones del mundo del espectáculo. El calor

extremo, había averiguado, le afectaba de un modo muy leve, hasta el punto de que a veces tenía que ajustar su metabolismo. Pero sabía que su amiga estaba habituada a la auténtica comodidad de no llevar casi nada, y sólo se vestía como ahora para cubrir sus tatuajes cuando andaba entre primos; Jill se lo había explicado—. ¿Por qué no te pones cómoda? «No hay nadie aquí excepto nosotros los pollos». —esta última frase, sabía, formaba parte de un chiste, y era apropiada para enfatizar la intimidad entre amigos… Jubal había intentado explicárselo y había fracasado. Pero Mike había anotado cuidadosamente cuándo y cómo podía ser usada.

—Naturalmente, Patty —confirmó Jill—. Si no llevas nada debajo de esta ropa, te traeré algo ligero y confortable. O simplemente podemos decirle a Mike que cierre los ojos.

—Oh… bueno, me metí en uno de mis vestidos al salir.

—Entonces no seas envarada con los amigos. Voy a buscarte unas zapatillas.

—Dejad que me quite las medias y los zapatos.

Continuó hablando mientras pensaba cómo podía llevar la conversación hacia el tema de la religión, que era lo que deseaba. Benditos fueran; esos chicos estaban maduros para convertirse en buscadores, estaba segura… pero ella había confiado en disponer de toda la temporada para llevarles a la luz, no sólo de una visita apresurada antes de que se fueran—. Lo principal del negocio del espectáculo, Smitty, es que primero tienes que saber lo que desean los primos… y tienes que saber que eres tú quien se lo proporcionas y cómo hacer que les guste. Ahora, si eres un *auténtico* mago… Oh, no pretendo decir que no seas hábil, querido, porque lo eres… —introdujo las medias cuidadosamente enrolladas en los zapatos, se soltó el portaligas y se libró modestamente de él, y dejó que Jill le pusiera las zapatillas—. Quiero decir que tu magia parece real, como si hubieras hecho un pacto con el diablo. Eso no puede discutirse. Pero los primos saben que no son más que simples juegos de manos. Así que tienes que darles también un *show* alegre para animarles. ¿Has visto alguna vez un comefuego con una ayudante guapa? Cielos, una preciosidad a su lado le estropearía el

número; los primos se fijan en él esperando que se queme vivo o estalle en llamas de algún modo.

Se quitó el vestido por encima de la cabeza; Jill lo tomó y besó a Patty.

—Así pareces más natural, tía Patty. Siéntate y disfruta de tu bebida.

—Sólo un segundo, querida —la señora Paiwonski rezó intensamente para sí en solicitud de guía; deseaba tener habilidades de predicador… o al menos el don de hablar convincentemente. Bueno, los dibujos en su cuerpo hablarían por sí mismos; para eso los había puesto George allí—. En cuanto a mí, esto es lo que tengo para enseñar a los primos, esto y mis serpientes… pero *esto* es más importante. ¿Habéis mirado alguna vez mis dibujos, los habéis *mirado* de verdad?

—No —admitió Jill—, supongo que no. Nunca quisimos mirarte como si fuéramos un par de primos.

—Entonces miradme ahora, queridos, que para eso George, bendita sea su dulce alma en los cielos, los puso aquí. Para que los mirasen… y los estudiasen. Aquí, debajo de la barbilla, está la escena del nacimiento de nuestro profeta, el santo Arcángel Foster… en aquellos momentos un bebé inocente que ignoraba lo que el cielo le tenía reservado. Pero los ángeles lo sabían, ¿no los veis a su alrededor? La siguiente escena es su primer milagro, cuando un joven pecador de la escuela rural a la que él asistía disparó contra un pobre pajarillo… y él lo recogió y lo acarició y lo lanzó al aire para que reanudara ileso el vuelo. ¿Veis el edificio de la escuela detrás? Ahora hay un salto, y tengo que volverme de espaldas. Pero cada uno de los santos acontecimientos de su vida está convenientemente fechado.

Explicó cómo George no había dispuesto de una tela vacía sobre la que trabajar cuando inició su obra maestra… puesto que ambos habían sido pecadores y la joven Patricia tenía ya muchos tatuajes. Cómo, con gran esfuerzo y un genio inspirado, George había sido capaz de transformar «El ataque contra Pearl Harbour»

en «Armagedón», y «La línea del cielo de Nueva York» en «La Ciudad Santa».

— Pero —admitió sinceramente—, aunque ahora hasta el último de ellos es una pintura sagrada, se vio obligado a buscar huecos y aprovechar al máximo mi piel para poder registrar sobre la carne viva el testimonio de todos los hitos de la existencia terrena de nuestro profeta. Aquí le veis predicando en la escalinata del impío seminario teológico que le rechazó; ésa fue la primera vez que le arrestaron, el principio de la Persecución. Y ahí, en mi espina dorsal, le veis destrozando las imágenes idólatras… y el dibujo siguiente le representa en la cárcel, con la luz divina cayendo sobre él. Entonces los Pocos Fieles irrumpieron en la prisión…

El reverendo Foster había comprendido muy pronto que, en lo que a defensa de la libertad religiosa se refería, la utilización de nudilleras de bronce, estacas, y la voluntad de oponerse con la violencia a los polis era algo mucho más efectivo que la resistencia pasiva. La suya había sido una Iglesia militante desde un principio. Pero también había sido táctica; las batallas organizadas se desarrollaban sólo en lugares donde la artillería pesada estuviera del lado del Señor.

—… y le rescataron, y embrearon y emplumaron al juez idólatra que le había puesto allí. Mirad ahora por delante. Oh, no podéis verlo muy bien; mi sujetador lo tapa. Una vergüenza.

— (Michael, ¿qué es lo que quiere?)

— (Tú lo sabes mejor. Díselo.)

—Tía Patty —dijo Jill en voz baja—, quieres que miremos todos tus dibujos, ¿verdad?

—Bueno… tal como dice Tim en los folletos, George utilizó toda mi piel para dejar constancia de la historia completa.

—Si George se tomó tanto trabajo, estoy seguro de que su intención era que los dibujos fueran vistos. Quítate esa prenda. Ya te dije que a mí no me importaría hacer nuestro número

completamente desnuda… y lo nuestro es puro entretenimiento. *Tú* tienes una finalidad… una finalidad sagrada.

—Bueno… de acuerdo. Si realmente queréis que lo haga.

Entonó un silencioso aleluya y decidió que el propio Foster la estaba sosteniendo. Con la bendita suerte y los dibujos de George, todavía podía conseguir que esos queridos chicos buscasen la luz.

—Te desabrocharé el sujetador.

— (Jill…)

— (¿No, Michael?)

— (Aguarda)

Para su absoluta sorpresa — y cierto temor —, la señora Paiwonski descubrió que sus pantaloncitos de lentejuelas y su sujetador ¡habían desaparecido! Pero Jill se sorprendió un poco también cuando su salto de cama casi nuevo siguió a las otras pequeñas prendas allá donde fuera que iban. Y sólo se sorprendió ligeramente cuando la bata de Mike desapareció del mismo modo; se aferró, correcta pero no completamente, a sus buenos modales.

La señora Paiwonski se llevó las manos a la boca y jadeó. Jill la rodeó inmediatamente con los brazos.

— ¡Tranquila, querida, tranquila! Todo va bien, no hay de qué asustarse… —volvió la cabeza y dijo—. Mike, tú lo hiciste, así que simplemente debes explicárselo.

—Sí, Jill. Pat…

— ¿Sí, Smitty?

—Dijiste hace un momento que yo no era un auténtico mago, que mis trucos eran sólo juegos de manos. Estabas a punto de quitarte la ropa, así que te evité la molestia.

—Pero, ¿cómo? ¿Dónde está ahora?

—En el mismo sitio donde se encuentra el salto de cama de Jill… y mi bata. Ha desaparecido.

—No te preocupes por tus ropas, Patty —intervino Jill—. Las reemplazaremos. Mike, no debiste hacerlo.

—Lo siento, Jill. Asimilé que era correcto.

—Bueno… supongo que sí.

Jill decidió que tía Patty no estaba demasiado alterada… y ciertamente nunca se lo contaría a nadie; era de la profesión. En realidad, la señora Paiwonski no estaba preocupada por la desaparición de dos prendas sin importancia, ni por su propia desnudez, ni por la desnudez de los otros dos. Pero se sentía enormemente turbada por un problema teológico que se daba cuenta de que se le escapaba.

—Smitty, ¿fue *verdadera* magia?

—Supongo que se podría llamar así —admitió Mike, usando las palabras más exactas que supo encontrar.

—Yo lo llamaría más bien un milagro —repuso Patty llanamente.

—Puedes llamarlo así también, si gustas. Pero no fue prestidigitación.

—Me doy cuenta. Ni siquiera estabais a mi lado.

Acostumbrada como estaba a manejar diariamente cobras vivas y a tener que enfrentarse más de una vez a borrachos impertinentes con sus manos desnudas — con gran pesar por su parte —, no sentía miedo. Patricia Paiwonski no tenía miedo ni del propio diablo; estaba sostenida por su fe de que se había salvado, y en consecuencia era invulnerable al diablo. Pero se sentía inquieta por sus amigos—. Smitty… mírame a los ojos. ¿Has hecho un pacto con el diablo?

—No, Pat; no lo he hecho.

La mujer continuó mirando directamente a sus ojos.

—No estarás mintiendo…

—No sabe mentir, tía Patty.

—…así que se trata de un milagro. Smitty… ¡eres un hombre santo!

—No lo sé, Pat.

—El Arcángel Foster tampoco supo que era un hombre santo hasta alcanzar la adolescencia… pese a que realizó muchos

milagros antes de esa época. Pero eres un hombre santo; puedo sentirlo. —meditó unos instantes—. Me parece que lo adiviné la primera vez que te vi.

—No lo sé, Pat.

—Supongo que es posible —admitió Jill—. Pero él realmente no lo sabe. Michael… creo que ya hemos hablado mucho para no seguir diciéndole más.

— ¡«Michael»! —exclamó Patty de pronto—. El Arcángel Miguel, enviado a nosotros en forma humana.

— ¡Tía Patty, por favor! Aunque lo fuese, él no sabe…

—No tendría por qué saberlo. Dios ejecuta sus maravillas a su propia manera.

—Tía Patty, por favor, ¿quieres aguardar y dejarme hablar sólo un momento?

Unos minutos más tarde, la señora Paiwonski había aceptado que Mike era sin lugar a dudas el Hombre de Marte, y había convenido aceptarle como tal y tratarle como a un ser humano corriente. Aunque no dejó de señalar de forma muy explícita que se reservaba su opinión respecto a su auténtica naturaleza y al motivo por el cual estaba en la Tierra… explicando — algo confusamente, le pareció a Jill — que Foster había sido un auténtico hombre durante su permanencia en la Tierra, pero que también fue *siempre* un arcángel, aunque él mismo no lo hubiera sabido nunca. Si Jill y Mike insistían en que no estaban salvados, entonces les trataría como ellos pedían ser tratados. Dios se mueve en formas misteriosas.

—Creo que podrías llamarnos adecuadamente «buscadores» —le dijo Mike.

—Entonces… ¡eso es suficiente, queridos! Estoy segura de que estáis salvados… pero el mismo Foster fue un buscador en sus primeros años. Os ayudaré.

La señora Paiwonski participó en otro milagro menor. Habían estado sentados en círculo sobre la alfombra; Jill se tendió boca arriba e hizo una sugerencia mental a Mike. Sin aspavientos de

ninguna clase, sin una sábana para cubrir una inexistente varilla de acero, Mike la alzó en el aire. Patricia observó con serena felicidad, convencida de que se le había concedido presenciar un milagro.

—Pat —dijo entonces Mike—. Tiéndete en el suelo.

Lo hizo sin discutir, tan dispuesta como si la orden procediese de Foster. Jill volvió la cabeza.

— ¿No sería mejor que me bajases primero al suelo, Mike?

—No, puedo hacerlo.

La señora Paiwonski se sintió alzada suavemente. No estaba asustada por ello; sólo se sentía abrumada por un éxtasis religioso parecido a un ardiente relámpago en sus ingles que hacía que las lágrimas afloraran a sus ojos; un calor que no había sentido desde que, cuando era muy joven, el divino Foster en persona la había tocado. Cuando Mike las aproximó y Jill la rodeó con sus brazos; sus lágrimas se incrementaron, pero todo lo que brotó de sus labios fueron unos suaves sollozos de felicidad.

Finalmente Mike las hizo descender suavemente hasta el suelo y descubrió, como había esperado, que no se sentía cansado. No podía recordar la última vez que había experimentado cansancio.

—Mike… necesitamos agua —le dijo Jill.

— (¿Lo crees?)

— (Sí) —respondió la mente de ella.

— (Y…)

— (Es una elegante necesidad. ¿Por qué crees que vino?)

— (Lo sabía. Pero no estaba seguro de que tú también lo supieses, o lo aprobases. Mi hermano. Mi yo)

— (Mi hermano)

Mike no fue a buscar un vaso de agua. Envió un vaso de la bandeja de las bebidas al cuarto de baño, hizo que se llenara de agua en el grifo del lavabo, lo devolvió a manos de Jill. La señora Paiwonski observó todo aquello con un interés casi ausente; estaba más allá de la frontera del asombro. Jill cogió el vaso y dijo:

—Tía Patty, esto es como ser bautizado, o casarse. Se trata de algo marciano. Significa que tú confías en nosotros y nosotros confiamos en ti; que podemos decírtelo todo y que tú puedes decírnoslo todo… y que desde este momento somos socios, ahora y para siempre. Es algo muy serio, y una vez sellado no puede romperse. Si lo rompieras, tendrías que morir al momento. Salvada o no. Si *nosotros* lo rompiésemos… Pero no lo haremos. De todas formas, no tienes que compartir el agua con nosotros si no quieres; seguiremos siendo amigos.

»Si esto se interpone entre tú y la fe que sostienes, no lo hagas. No pertenecemos a tu Iglesia; aunque supusieras que sí, no pertenecemos a ella. Es posible que no pertenezcamos nunca. «Buscadores» es lo máximo que puedes llamarnos ahora. ¿Mike?

—Asimilamos —asintió él—. Pat, Jill habla correctamente. Desearía poder decírtelo en marciano, resultaría más claro. Pero esto es todo lo que se adquiere con el matrimonio, y mucho más. Te ofrecemos libremente el agua; pero si por algún motivo es un obstáculo en tu credo religioso o en tu corazón, no la aceptes, ¡no la bebas!

Patricia Paiwonski inspiró profundamente. Había tomado esa misma decisión una vez antes, con su esposo observando… y no se había acobardado. ¿Y quién era ella para rechazar a un hombre santo? ¿Y a su bendita esposa?

—Deseo bebería —dijo con tono firme.

Jill tomó un sorbo.

—Nos acercamos siempre, cada vez más.

Pasó el vaso a Mike. Éste miró a Jill, luego a Patricia.

—Gracias por el agua, hermano mío —bebió un poco—. Pat, te doy el agua de vida. Que siempre puedas beber profundamente —le pasó el vaso.

Patricia lo cogió.

—Gracias. ¡Oh, gracias, queridos! El «agua de vida»… ¡Oh, os adoro a ambos! —bebió ávidamente. Jill tomó el vaso de ella, apuró el líquido que quedaba.

—Ahora nos acercamos más, hermanos.

— (¿Jill?)

— (Ahora)

Michael alzó a su nuevo hermano de agua, lo llevó flotando por el aire y lo depositó cuidadosamente encima de la cama.

Valentine Michael Smith había asimilado, cuando lo había conocido en profundidad por primera vez, que el amor físico humano —muy humano y muy físico— no era simplemente una aceleración necesaria del proceso ovíparo, ni un mero ritual por el que uno alentaba el acercamiento; el acto *en sí mismo* era acercamiento, algo de una gran corrección… y — por todo lo que sabía — completamente desconocido incluso para los Ancianos de su antiguo pueblo. Todavía estaba asimilándolo, probando cada vez que se le presentaba una ocasión de asimilarlo en toda su plenitud. Pero desde hacía mucho tiempo había eliminado todo temor de que hubiera herejía tras sus sospechas de que ni siquiera los Ancianos conocían *aquel* éxtasis. Había asimilado ya que éste su nuevo pueblo contaba con unas profundidades espirituales únicas. Trataba de sondearlas, feliz, sin ninguna de las inhibiciones de su infancia susceptibles de causar en él culpabilidad o reluctancia de ninguna clase.

Sus maestros humanos habían estado en general bien calificados para entrenar su inocencia sin magullarla. El resultado era tan único como él mismo.

Jill se sintió complacida — pero en absoluto sorprendida — al descubrir que «tía Patty» aceptaba como inevitable y necesario, y en su absoluta totalidad, la idea de que compartir el agua, en una antiquísima ceremonia marciana, con Mike, conducía de inmediato a compartir al propio Mike, en un ritual humano no menos antiguo. Lo que sorprendió un poco a Jill — aunque también la complació — fue la calmada aceptación de Pat cuando quedó demostrado sin lugar a dudas que Mike era capaz de realizar más milagros de los que les había revelado. Pero Jill no sabía entonces que Patricia Paiwonski ya había conocido antes a otro hombre santo. Patricia *esperaba* más de los hombres santos. Jill se sintió serenamente feliz

de haber alcanzado y superado un punto crítico culminante con la acción adecuada; luego se entregó al éxtasis feliz del acercamiento al que el punto crítico culminante había apuntado… todo lo cual pensó en marciano y de una forma completamente distinta.

A su tiempo descansaron, y Jill hizo que Mike ofreciera a Patty un baño por telequinesis, y ella se sentó en el borde de la bañera y se puso a dar gritos y a emitir risitas cuando la mujer de mediana edad lo hizo también. Se trataba sólo de un juego, muy humano y en absoluto marciano; Mike lo había hecho para Jill la primera vez de una forma casi perezosa, en vez de levantarse él y salir del agua… un accidente, más o menos. Ahora se había convertido en una costumbre, una que Jill sabía que le gustaría a Patty. A Jill le encantó ver la cara de Patty al sentirse frotada por unas suaves manos invisibles, y secada después en un abrir y cerrar de ojos sin toalla ni chorro de aire caliente.

Patricia parpadeó.

—Después de esto necesito una copa. Una grande.

—Por supuesto, querida.

—Y *aún* deseo enseñaros mis dibujos, muchachos; todos ellos —Patricia siguió a Jill a la sala de estar, con Mike a sus talones, y se detuvo en medio de la alfombra—. Pero primero, miradme. Miradme a mí, no a mis tatuajes. ¿Qué es lo que veis?

Con suave pesar, Mike eliminó mentalmente los tatuajes y contempló a su nuevo hermano sin sus decoraciones. Le gustaban mucho sus tatuajes; eran peculiarmente suyos, hacían de ella algo distinto, le conferían una personalidad propia. Tenía la impresión de que daban a Patty un ligero sabor marciano, en el sentido de que la apartaban de la blanda igualdad de la mayor parte de los humanos. Los había memorizado todos, y había pensado agradablemente en la posibilidad de tatuar también todo su cuerpo, una vez asimilase lo que quería dibujar. ¿La vida de su padre y hermano de agua Jubal? Tendría que pensar en ello. Lo hablaría con Jill… y tal vez ella deseara ser tatuada también. ¿Qué dibujos harían a Jill más hermosamente Jill, de la misma forma en que el perfume multiplicaba el olor de Jill sin cambiarlo?

Lo que vio cuando miró a Pat sin los tatuajes no le gustó tanto; tenía el aspecto que debe tener necesariamente una mujer. Mike aún no asimilaba la colección de fotografías de Duque; aquellas fotos eran interesantes y le habían enseñado a Mike que había más variedad en los tamaños, formas y colores de las mujeres de lo que había sabido hasta entonces, y que existía una cierta diversidad en las acrobacias implícitas al amor físico… pero, una vez aprendidos esos simples hechos, parecía asimilar que no había nada más que aprender en las seleccionadas fotos de Duque. El entrenamiento de los primeros días de Mike le había convertido en un observador muy exacto a través de los ojos y otros sentidos, pero el mismo entrenamiento le había impedido captar y responder a los matices sutiles del voyeurismo. No era que no encontrase a las mujeres — incluida, de una forma muy enfática, Patricia Paiwonski — sexualmente estimulantes, pero eso no residía en sólo mirarlas. De todos sus sentidos, el olfato y el tacto tenían mucha más importancia… en lo cual era casi humano, casi marciano; el reflejo paralelo marciano — tan poco sutil como un estornudo — era desencadenado por esos dos sentidos, pero sólo podía activarse durante la temporada correspondiente: en un marciano, lo que podía denominarse «sexo» era algo tan romántico como la alimentación intravenosa.

Pero, al ser invitado a verla sin sus dibujos, Mike observó más agudamente un detalle sobre Patricia que ya conocía: la mujer poseía su propia cara, marcada en belleza por su vida. Con una suave sorpresa, vio que tenía un rostro más propio aún que Jill, y eso le hizo sentir hacia Pat algo más que una simple emoción que aún no podía llamar amor, pero para la que usó un concepto marciano más discriminador.

La mujer tenía su propio olor también, y su propia voz, como tenían todos los humanos. Su voz era ligeramente ronca, y le gustaba oírla aunque no asimilase el significado de sus palabras; su olor tenía mezclado — lo sabía — un imborrable aroma almizcleño, fruto del contacto físico diario con las serpientes. No lo rechazó; las serpientes de Pat formaban parte de Pat tanto como sus

tatuajes. A Mike le gustaban las serpientes de Pat y podía manejar incluso a los ejemplares venenosos con perfecta seguridad… y no sólo dilatando el tiempo para evitar sus ataques. Asimilaban con él; saboreaba sus despiadados pero inocentes pensamientos; le recordaban su hogar. Aparte de Pat, Mike era la única persona que podía manejar a Cariñito y producir placer a la boa constrictora. Su torpor era normalmente tal que otras personas podían, si era necesario, manejarla… pero sólo aceptaba a Mike como sustituto de Pat.

Mike dejó que los dibujos reaparecieran.

Jill la miró y se preguntó por qué se habría dejado tatuar tía Patty. Su aspecto hubiera sido más agradable sin los dibujos… sin convertirse en una tira de cómic viviente. Pero quería a Patty por lo que era, no por su aspecto. Y, desde luego, era su aspecto lo que le permitía ganarse bien la vida, al menos hasta que fuera tan vieja y sus carnes colgaran tanto que los primos no pagaran ya por ver aquellos cuadros, ni aunque los hubiese pintado Rembrandt. Esperaba que Patty se retirase de los escenarios con unos buenos ahorros. Luego recordó que tía Patty era ahora uno de los hermanos de agua de Mike (y suyo, por supuesto), y que por ello la inmensa fortuna de Mike le garantizaba una cierta seguridad en su vejez; Jill se sintió reconfortada por ello.

— ¿Y bien? —repitió la señora Paiwonski—. ¿Qué es lo que ves? ¿Qué edad tengo, Michael?

—No lo sé —dijo simplemente él.

—Haz una suposición.

—No puedo, Pat.

— ¡Oh, vamos! No herirás mis sentimientos.

—Patty —intervino Jill—, de veras que no puede. No ha tenido muchas ocasiones de aprender a calcular edades… Ya sabes que lleva muy poco tiempo en la Tierra. Y, además, Mike piensa en años marcianos y en aritmética marciana. Cuando se trata de tiempo o de cifras, yo hago los cálculos por él.

—Bueno… entonces haz tú la suposición, cariño. Sé sincera.

Jill examinó a Patty de nuevo de pies a cabeza, observando lo escultural de su figura, pero notando también sus manos, su garganta y las comisuras de sus ojos. Luego descontó cinco años, pese a la honestidad marciana debida a un hermano de agua.

—Hum, calculo que andarás por la treintena, más o menos.

La señora Paiwonski rió triunfante.

— ¡Esto es sólo una de las bonificaciones de la Verdadera Fe, queridos! Jill, preciosa, estoy bien metida en los cuarenta. No voy a decir qué tan metida: he dejado de contar.

—No los representas en absoluto.

—Ya lo sé. Eso es lo que te hace la Felicidad, querida. Después de mi primer hijo, mi cuerpo empezó a redondearse. Me puse como un auténtico barril; inventaron la palabra «ancha» sólo para aplicármela a mí. Mi barriga siempre parecía como si estuviera de cuatro meses o más. Me colgaban los pechos… y nunca he hecho que me los levantaran. No tienes por qué creerme, sé que un buen cirujano plástico no deja cicatrices… pero en mí se verían, querida; se comerían pedazos en dos de los dibujos.

»¡Entonces vi la luz! Me convertí. No, nada de ejercicios, nada de dietas; como igual que un cerdo, y tú lo sabes. Felicidad, querida. Perfecta Felicidad en el Señor, a través de la ayuda del bendito Foster.

—Es asombroso —dijo Jill, y hablaba en serio.

Sabía de mujeres que habían mantenido su aspecto muy bien — como ella pensaba hacer con el suyo —, pero en todos los casos sólo a través de grandes esfuerzos. Sabía que tía Patty estaba diciendo la verdad acerca de la dieta y el ejercicio, al menos durante el tiempo que la conocía. Y, como enfermera quirúrgica, Jill sabía exactamente qué era extirpado y dónde en un trabajo de levantamiento de los pechos; aquellos tatuajes nunca habían conocido un bisturí.

Pero Mike no estaba sorprendido. Había dado por supuesto — sin pensar demasiado en ello — que Pat había aprendido a pensar en su cuerpo según sus deseos, tanto si lo atribuía a Foster como si

no. Todavía estaba enseñándole a Jill este control, pero sabía que la muchacha tendría que perfeccionar su aprendizaje de marciano antes de conseguir dominarlo por completo. No había prisa, la espera surtiría el efecto necesario.

Pat siguió hablando:

—Deseaba que vieseis lo que la Fe ha hecho por mí. Pero esto es sólo el exterior; el auténtico cambio tiene lugar dentro. Felicidad. Intentaré explicároslo; el buen Dios sabe que no estoy ordenada ni poseo el don de lenguas, pero procuraré hacerlo. Y luego responderé a vuestras preguntas si puedo. Lo primero que tenéis que aceptar es que todas las otras llamadas Iglesias son trampas del diablo. Nuestro querido Jesús predicaba la Verdadera Fe, así lo dijo Foster, y yo le creo. Pero en las Edades Oscuras, sus palabras fueron deliberadamente tergiversadas y retorcidas y cambiadas hasta el punto de que ni siquiera el propio Jesús las reconocería. Así que Foster fue enviado aquí abajo a la Tierra para proclamar una Nueva Revelación, enderezar las cosas y volver a dejarlo todo claro de nuevo.

Patricia Paiwonski señaló con su dedo y de pronto pareció muy impresionante: una sacerdotisa revestida de sagrada dignidad y símbolos místicos.

—Dios quiere que seamos Felices. Ha llenado el mundo de cosas destinadas a hacernos Felices con sólo que veamos la luz. ¿Hubiera permitido Dios que el zumo de la uva se convirtiese en vino si no deseara que lo bebiésemos y nos alegráramos? Hubiera podido simplemente dejar que continuase siendo zumo de uva… o transformarlo directamente en vinagre, de tal modo que nadie pudiera ingerirlo. ¿No es eso cierto? Naturalmente, Él no tiene intención alguna de que un hombre se emborrache, pegue a su esposa y abandone a sus hijos. Él nos proporciona las cosas buenas para que las usemos, no para que abusemos de ellas. Pero también para que no las ignoremos. Si a uno le entran ganas de tomar una copa, o seis, entre amigos que también han visto la luz, y eso le impulsa a bailar y a dar gracias al Señor por sus bondades… ¿por

qué no? Dios creó el alcohol y Dios creó los pies… ¡y lo hizo así para que pudiéramos disfrutar de ambas cosas y ser Felices!

Hizo una pausa.

—Llénname el vaso otra vez, querida; predicar es una tarea que da mucha sed… pero no tan cargado de *ginger ale* esta vez; ese centeno es bueno. Y esto no es todo; si Dios no quisiera que se mirase a las mujeres, las habría hecho feas. Eso es razonable, ¿no? Dios no engaña; Él mismo estableció las reglas del juego… no lo hubiera hecho de modo que los primos no pudiesen ganar, como ocurre con esas ruletas con trampa. No enviaría a nadie al infierno por haber perdido en un juego amañado.

»¡Así es! Dios quiere que seamos Felices y nos dice cómo: «¡Amaos los unos a los otros!». Ama a la serpiente, si el pobre animal necesita amor. Ama a tu semejante, si ha visto la luz y hay amor en su corazón… y utiliza el dorso de tu mano sólo contra los pecadores y los corruptores al servicio de Satanás, que desean apartarte del camino recto para hundirte en el pozo. Y al decir «amor», no se refiere al insípido amor de la vieja solterona que no se atreve a levantar los ojos del libro de himnos por miedo a ver la tentación de la carne. Si Dios odiara la carne, ¿por qué habría creado tanta?

»Dios no es remilgado. Creó el Gran Cañón y los cometas que surcan el cielo y los ciclones y los sementales y los terremotos… ¿Puede un Dios capaz de crear todo esto volver la cabeza y prácticamente mojarse los pantalones sólo porque alguna pequeña hembra se incline sobre un macho y un hombre capte el atisbo de una teta? Tú sabes que no, cariño… ¡y yo también! Cuando Dios nos dice que nos amemos, no suspende sobre nosotros ningún cartel de advertencia; habla *en serio*. Hay que amar a los niños pequeños, que siempre necesitan que se les cambien los pañales, y hay que amar a los hombres fuertes y sudorosos para que nazcan más niños pequeños a los que querer… y entretanto seguir amando, porque, ¡es tan *bueno* amar!

»Por supuesto que eso no significa que una tenga que andar por ahí jugueteando con el amor, del mismo modo que tener una

botella de whisky de centeno no significa que uno tenga la obligación de emborracharse y liarse a mamporros con un poli. No puedes vender amor ni comprar Felicidad; son artículos que no llevan etiqueta con el precio… y si crees que sí la llevan, entonces las puertas del infierno están abiertas para ti. Pero si te entregas con el corazón abierto y recibes eso de lo que Dios posee una reserva inagotable, el demonio no puede tocarte. ¿Dinero? —miró a Jill—. Cariño, ¿harías ese intercambio de agua con alguien, digamos por un millón de dólares? Subamos a diez millones, libres de impuestos.

— ¡Claro que no! (¿Asimilas esto, Michael?)

— (Casi completamente, Jill. Se impone la espera)

— ¿Lo ves, querida? Yo supe al instante de qué se trataba; vi que había amor en esa agua. Sois buscadores, muy cerca de la luz. Pero puesto que vosotros dos, partiendo del amor que hay en vuestro interior, «compartís el agua y os acercáis», como dice Michael, puedo deciros cosas que normalmente no le diría a un buscador…

* * *

El reverendo Foster, autoordenado —u ordenado por Dios, según la autoridad citada—, poseía un instinto intuitivo para pulsar su cultura y su época al menos tan fuerte como el de un hábil truhán trabajándose a un primo. El país y la cultura conocidos comúnmente como Norteamérica poseían una personalidad enormemente escindida a lo largo de su historia. Sus leyes eran casi siempre puritanas para un pueblo cuyo comportamiento encubierto tendía a ser rabelesiano; sus principales religiones eran todas apolíneas en distinto grado; sus conatos de renacimiento religioso eran a menudo histéricos de una forma casi dionisíaca. En el siglo XX (Era Cristiana de la Tierra), no había ningún otro lugar en el

planeta donde el sexo fuera más vigorosamente reprimido que en Estados Unidos… y en ninguna otra parte del planeta existía un interés más profundo en él.

El reverendo Foster tenía dos características en común con casi todos los grandes líderes religiosos de ese planeta: poseía una personalidad extremadamente magnética —«hipnótica», era la palabra más ampliamente usada por sus detractores, junto con otras menos suaves — y, desde el punto de vista sexual, distaba mucho de la norma humana. Los grandes líderes religiosos de la Tierra fueron siempre célibes o la antítesis del celibato. Los *grandes* líderes, los innovadores… no necesariamente los administradores y consolidadores más importantes.

Foster no era célibe, como tampoco lo eran ninguna de sus esposas y sumas sacerdotisas: la ceremonia clave para la completa conversión y el renacimiento bajo la Nueva Revelación incluía un ritual que Valentine Michael Smith asimilaría más tarde como especialmente indicado para el acercamiento.

Esto, por supuesto, no era nada nuevo; a lo largo de la historia terrestre, sectas, cultos y religiones importantes demasiado numerosas para relacionarlas aquí habían empleado la misma técnica… pero no a una escala masiva en Norteamérica antes de la época de Foster. Foster fue expulsado de ciudades más de una vez antes de «perfeccionar» un método y una organización que le permitiesen extender su culto caprino. Para la organización tomó prestadas liberalmente ideas de la francmasonería, del catolicismo, del partido comunista y de la avenida Madison, así como había tomado prestadas ideas de todas las antiguas escrituras para componer su Nueva Revelación… todo ello envuelto con una recia capa azucarada, para crear la impresión de que volvía al primitivo cristianismo que tanto gustaba a sus clientes. Estableció una iglesia externa a la que podía asistir todo el mundo, y una persona podía permanecer como «buscador» con muchos beneficios por parte de la Iglesia durante años. Luego estaba una iglesia media, cuyo aspecto exterior era el de «La Iglesia de la Nueva Revelación», los felices salvados, que pagaban sus diezmos, gozaban de todos los

beneficios económicos de los cada vez más amplios negocios adheridos a la Iglesia y gozaban jubilosamente en la interminable atmósfera de carnaval y evocación de ¡Felicidad, Felicidad, Felicidad! Se les perdonaban sus pecados… y poco era pecaminoso para ellos en tanto siguieran sosteniendo a su Iglesia, alternasen honestamente con sus correligionarios fosteritas, condenasen a los pecadores y se mantuviesen Felices. La Nueva Revelación no animaba específicamente el adulterio; tan sólo conservaba una actitud absolutamente mística a la hora de debatir la conducta sexual.

Los salvados de la iglesia media proporcionaban las tropas de choque cuando se necesitaba alguna acción directa. Foster tomó prestado un truco de los agitadores laborales de principios del siglo XX: si una comunidad trataba de suprimir un movimiento fosterita en germen, fosteritas de todas partes convergían sobre aquella población hasta que no había cárceles ni policías suficientes para ocuparse de ellos… y normalmente los polis terminaban con las costillas pateadas y las cárceles derruidas.

Si algún fiscal era lo bastante valiente como para presentar después una denuncia, le resultaba casi imposible sostenerla. Foster — tras aprender la lección por el fuego — se ocupaba de demostrar que, según la letra de la ley, aquellas actuaciones no eran más que pura persecución; ninguna prueba de culpabilidad de un fosterita *por ser* fosterita fue mantenida nunca ante el Tribunal Supremo… ni, posteriormente, ante el Tribunal Constitucional.

Pero, además de las iglesia públicas, externa y media, estaba la iglesia interna, aunque nunca denominada así: un núcleo compacto de militantes dedicados, formados por el sacerdocio, los líderes laicos de la Iglesia, todos los mantenedores de las llaves y los registros y los creadores de la política. Eran los «renacidos»; estaban por encima del pecado, tenían asegurado su lugar en el cielo, y eran los únicos participantes de los misterios interiores… y los únicos candidatos a la admisión directa al Cielo.

Foster seleccionaba a esos elementos con gran cuidado, y lo hizo personalmente hasta que la operación se volvió demasiado

grande. Buscaba hombres lo más parecidos a él, y mujeres capaces de transformarse en esposas—sacerdotisas: dinámicas, profundamente convencidas (como él mismo estaba convencido), tenaces y libres (o capaces de liberarse una vez purgada su culpabilidad y su inseguridad) de envidias, en el más amplio sentido humano de la palabra. Y todos ellos debían ser sátiros y ninfas potenciales, ya que la iglesia secreta era aquel culto absolutamente dionisíaco del que Norteamérica había carecido, y para el cual existía un mercado enorme por explotar.

Pero era terriblemente cauteloso: si los candidatos estaban casados, tenían que ingresar ambos esposos. Los candidatos solteros debían ser sexualmente atractivos además de sexualmente agresivos… e impresionó a sus sacerdotes el hecho de que el número de hombres debía ser igual o superior que el de mujeres. En ninguna parte se ha admitido que Foster hubiese estudiado las historias de cultos anteriores en cierto modo paralelos de Norteamérica… pero sabía — o adivinaba — que la mayor parte de esas religiones se derrumbaron por culpa de la posesiva concupiscencia de sus sacerdotes, que desembocaba siempre en envidia masculina y violencia. Foster jamás cometió ese error; ni una sola vez retuvo enteramente para sí a una mujer, ni siquiera aquellas con las que se había casado legalmente.

Tampoco se sentía demasiado ansioso por expandir el grupo que formaba su núcleo; la iglesia media, la conocida por el público, ofrecía lo suficiente para calmar las tranquilas necesidades de las grandes masas de los culpables e infelices. Si un renacimiento local producía aunque sólo fuera dos parejas capaces de celebrar un «Matrimonio Celestial», Foster se sentía contento; si no se producía ninguno, dejaba que las otras semillas prendiesen y enviaba un sacerdote y una sacerdotisa bregados para que las fueran alimentando.

Pero, en lo posible, siempre probaba personalmente a las parejas candidatas, en compañía de alguna devota sacerdotisa. Puesto que la pareja sometida a prueba ya estaba «salvada» en lo que a la iglesia media se refería, el riesgo que corría era mínimo.

Ninguno, en realidad, con la mujer candidata y él siempre evaluando al hombre antes de dejar que su sacerdotisa siguiera adelante.

En la época en que fue salvada, Patricia Paiwonski era aún joven, estaba casada, y se sentía «muy, muy feliz». Había tenido su primer hijo, y respetaba y admiraba a su marido, bastante mayor que ella. George Paiwonski era hombre generoso y muy afectuoso. Sólo tenía una debilidad, que a menudo le dejaba excesivamente ebrio para demostrar su afecto después de un largo día… pero su aguja de tatuar era siempre firme y su ojo agudo. Patty se consideraba una esposa fiel y, en general, afortunada. De acuerdo, a veces George se manifestaba afectuoso con alguna clienta… demasiado afectuoso si era a primeras horas del día… y, por supuesto, algunos tatuajes requerían intimidad, sobre todo con las damas. Patty era tolerante. Además, a veces ella también concertaba alguna cita con un cliente masculino, sobre todo después de que George empezara a darle a la botella más de la cuenta.

Sin embargo, había una carencia en su vida, un hueco que no llenó siquiera cuando un cliente especialmente agradecido le hizo el extraño regalo de una serpiente toro; tenía que embarcar en un carguero, le dijo, y no podía conservarla. A ella siempre le habían gustado los animalitos de compañía, y no sentía la fobia habitual hacia las serpientes; construyó una casita para ella en el escaparate de su negocio que daba a la calle, y George pintó un precioso rótulo a cuatro colores para colocarlo detrás: «¡No me pises!» Este letrero se hizo muy popular.

Más tarde había tenido más serpientes, y habían sido un consuelo para ella. Pero era hija de un protestante del Ulster y una muchacha de Cork; la tregua armada entre sus padres la había dejado sin religión.

Era ya «buscadora» cuando Foster fue a predicar a San Pedro; ella se las había arreglado para llevar a George unos cuantos domingos, pero él aún no había visto la luz. Foster les llevó la luz, e hicieron sus confesiones el mismo día. Cuando Foster volvió a San

Pedro, seis meses más tarde, para una rápida comprobación de cómo funcionaba la nueva sucursal, los Paiwonski estaban tan dedicados que llamaron su atención personal.

* * *

—Nunca tuve ni un minuto de preocupación con George desde el día en que vio la luz —les dijo Patty a Mike y Jill—. Continuó bebiendo, por supuesto… pero sólo en la iglesia, y nunca demasiado. Cuando nuestro santo líder regresó, George había emprendido ya su Gran Proyecto. Naturalmente, deseábamos mostrárselo a Foster, si él podía hallar algo de tiempo… —la señora Paiwonski titubeó—. Chicos, realmente no debería estar contando nada de esto…

—Entonces no lo hagas —repuso Jill con simpatía—. Patty, querida, ninguno de nosotros quiere que hagas o digas *nunca* nada que pueda resultarte violento. «Compartir el agua» tiene que ser algo fácil y natural… y aguardar a que se convierta en algo fácil para ti resulta fácil para nosotros.

—Oh… ¡pero es que *deseo* hacerlo! Mirad, chicos, confío en ambos… absolutamente. Pero quiero que recordéis que esto que os estoy contando son cosas de la Iglesia, así que no debéis repetírselas a nadie… como tampoco yo diré nada a nadie sobre vosotros.

Mike asintió.

—Aquí en la Tierra lo llamamos a veces asuntos de «hermanos de agua». En Marte no hay problemas… pero asimilo que aquí a veces sí los hay. Los asuntos de «hermanos de agua» no se van diciendo por ahí.

—Lo… «asimilo». Es una palabra curiosa, pero estoy aprendiendo. Muy bien, queridos, esto es un asunto de «hermanos

de agua». ¿Sabíais que todos los fosteritas están tatuados? Los auténticos miembros de la Iglesia, quiero decir, los que cuentan ya con la salvación eterna para siempre y un día más… como yo. Oh, no me refiero a tatuados por todo el cuerpo, como yo, sino… ¿veis eso? Aquí, justamente encima del corazón. Eso es el beso sagrado de Foster. George trabajó en el diseño, de modo que parece formar parte del dibujo… y nadie supone de lo que se trata hasta que se lo digo. Pero es su beso… ¡y el propio Foster lo puso ahí! —parecía extáticamente orgullosa.

Jill y Mike lo examinaron.

—*Es* la huella de un beso —admitió Jill, en tono maravillado —. Como si alguien hubiese puesto ahí sus labios pintados con carmín. Creí que formaba parte de esa puesta de sol.

—Sí, ¿verdad? George lo arregló de ese modo. Porque no se puede enseñar el beso de Foster a nadie que no lo lleve también… y yo nunca lo mostré, hasta ahora. Pero —insistió—, estoy segura de que vosotros dos lo tendréis también algún día… y, cuando lo tengáis, quiero ser yo quien realice el tatuaje.

—No comprendo, Patty —dijo Jill—. Puedo ver que es algo maravilloso para ti el haber sido besada por Foster, pero… ¿cómo va a besarnos a nosotros? Al fin y al cabo, está… arriba, en el Cielo.

—Sí, querida, lo está. Pero permíteme que te lo explique. Cualquier sacerdote o sacerdotisa ordenado puede darte el beso de Foster. Significa que Dios anida en tu corazón. Dios es parte de ti… para siempre.

Mike se puso repentinamente tenso.

— ¡Tú eres Dios!

— ¿Eh? Bueno, eso es una extraña forma de decirlo… nunca había oído a un sacerdote manifestarlo así. Pero en cierto modo lo expresa… Dios está en ti y contigo, y el diablo no puede nunca alcanzarte.

—Sí —admitió Mike—. Asimilas Dios.

Pensó alegremente que aquello le acercaba mucho más al concepto que lo que había conseguido con anterioridad… excepto que Jill lo estaba aprendiendo en marciano. Lo cual era inevitable.

—Ésa es la idea, Michael. Dios te asimila, y tú te casas en Santo Amor y Felicidad eterna con Su Iglesia. El sacerdote, o quizá la sacerdotisa, puede ser cualquiera de los dos, te besa, y luego la señal del beso es tatuada para demostrar que es para siempre. Por supuesto, no es necesario que sea tan grande… el mío tiene exactamente la forma y el tamaño de los benditos labios de Foster… y puede situarse en cualquier lugar a cubierto de los ojos pecadores. Muchos hombres se hacen afeitar una porción de cráneo, y luego llevan sombrero o un vendaje hasta que les vuelve a crecer el pelo. O en cualquier lugar donde uno esté benditamente seguro de que no será visto a menos que él lo quiera. No debes sentarte sobre él ni pisarlo… pero cualquier otro lugar sirve. Luego se puede mostrar cuando uno asiste a una reunión cerrada de Felicidad de los salvados eternamente.

—Ya he oído hablar de esas reuniones de Felicidad —comentó Jill—, pero nunca he sabido cómo son.

—Bueno —dijo la señora Paiwonski con aire crítico—, hay reuniones y reuniones. Las destinadas a los miembros corrientes, que están salvados pero pueden recaer, son tremendamente divertidas: grandes fiestas en las que sólo se reza de una forma natural y feliz, llenas del júbilo y la alegría propios de una buena fiesta. Quizá incluso un poco de auténtico amor… pero no está muy bien visto y resulta conveniente andarse con cuidado respecto de cómo y con quién, porque uno no debe esparcir la semilla de la disensión entre la hermandad. La Iglesia es *muy* estricta en lo que se refiere a mantener las cosas en su debido lugar.

»Pero una reunión de Felicidad para los eternamente salvados… bueno, no tienes por qué preocuparte, ya que a ella no asiste *nadie* que pueda pecar… todo eso está pasado y olvidado. Si quieres beber hasta caerte redondo, adelante; es la voluntad de Dios, o no desearías hacerlo. Puede que desees arrodillarte y rezar, o alzar la voz en una canción… o despojarte de tus ropas y ponerte

a bailar; es la voluntad de Dios. Incluso —añadió— puedes asistir a ella sin llevar ningún tipo de ropa en absoluto, porque no es posible que algún otro asistente vea nada equivocado en ello.

—Suena como una auténtica fiesta —admitió Jill.

— ¡Oh, lo es, lo es… siempre! Y uno se siente inundado todo el tiempo de bendición celestial. Si te despiertas por la mañana en una cama con uno de los eternamente salvados de la cofradía, sabes que es así porque Dios quiso que fueras benditamente Feliz. Y lo eres. Todos tienen el beso de Foster en ellos… son suyos. —Frunció ligeramente el entrecejo—. Es un poco como «compartir el agua». ¿Me entendéis?

—Asimilo —asintió Mike.

— (¡Michael!)

— (Espera, Jill. Aguarda la plenitud)

—Pero no creáis —siguió Patricia con voz ansiosa— que una persona puede introducirse en una reunión de Felicidad del Templo Interior con sólo llevar una pequeña marca tatuada; después de todo, es algo muy fácil de falsificar. Un hermano o hermana visitante… Bueno, tomemos mi caso, por ejemplo. Tan pronto como sé cuál será la siguiente parada de la feria, escribo a las iglesias locales y les envío mis huellas dactilares para que puedan comprobarlas en el archivo general de los salvados eternamente en el Tabernáculo del Arcángel Foster… a menos que ya me conozcan. Les doy la dirección donde pararé cuando llegue.

»Luego, cuando voy a la iglesia… y siempre voy a la iglesia los domingos y *jamás* me pierdo una reunión de Felicidad aunque eso signifique que Tim tenga que eliminar mi número algunas noches… me presento la primera vez y me identifico positivamente. Hay muchos lugares en los que se alegran de verme; soy una atracción añadida, con mis dibujos sagrados, únicos y no superados… A menudo paso la mayor parte de la velada sólo dejándome examinar por la gente, y os aseguro que es algo bendito desde el primero hasta el último segundo. En ocasiones el sacerdote desea que lleve conmigo a Cariñito y represente la escena de Eva y

la serpiente… lo que me obliga a maquillarme el cuerpo, por supuesto, o a ponerme mallas color carne si no hay tiempo. Algún hermano local interpreta el papel de Adán, y somos expulsados del Jardín del Edén, y el sacerdote local explica el significado *real* del hecho, no todas esas mentiras retorcidas que se oyen comúnmente… y acabamos por recuperar nuestra bendita inocencia y felicidad, y eso hace que la fiesta continúe con más empuje que nunca. ¡Alegría!

Hizo una pausa, luego añadió:

—Pero todo el mundo se interesa siempre por mi beso de Foster… porque, aunque se marchó al Cielo hace casi veinte años, y la Iglesia se ha desarrollado y ha florecido desde entonces, no son muchos los que tienen un beso de Foster que no les haya sido dado por poder… También hago que el Tabernáculo testifique *eso*. Y les hablo de ello. Oh…

La señora Paiwonski titubeó un momento, luego se los explicó con todo detalle… y Jill se preguntó adónde habría ido a parar la limitada capacidad de sonrojarse que había admitido que tenía. Luego asimiló que Mike y Patty pertenecían a la misma categoría: inocentes de Dios, incapaces de ser ninguna otra cosa, hicieran lo que hiciesen. Deseó, por el bien de Patty, que Foster hubiera sido realmente un profeta santo que había salvado a la mujer para la gloria eterna.

¡Pero Foster! ¡Por todas las Llagas Divinas, qué falsedad! Luego, de pronto, a través de su mejorada capacidad de recordar, Jill se vio de pie en la sala del tabique de cristal, contemplando los muertos ojos de Foster. Pero, en su mente, parecía vivo… y sintió un escalofrío en sus ingles y se preguntó qué hubiera hecho *ella* si Foster en persona le hubiera ofrecido su beso sagrado… y su sagrado ser.

Apartó la idea de su mente, pero no antes de que Mike captase buena parte de ella. Le notó sonreír con cómplice inocencia.

Jill se puso en pie.

—Querida Patty, amor, ¿a qué hora tienes que estar de vuelta en la feria?

— ¡Oh, encanto! ¡Ya tendría que estar allí en este bendito minuto!

— ¿Por qué? La compañía no recoge las cosas hasta las nueve y media.

—Bueno… Cariñito me echa de menos, y se siente celosa si estoy fuera hasta tarde.

— ¿No puedes decirle que asististe a una reunión nocturna de Felicidad?

—Oh… —la mujer abrazó a Jill—. ¡Eso es! ¡Desde luego!

—Bien. Entonces me voy a dormir un poco… estoy exhausta, créeme. ¿A qué hora tienes que levantarte, pues?

—Hum, si estoy de vuelta a ocho, puedo pedirle a Sam que desmonte mi tienda, y tendré tiempo para comprobar que mis bebés sean cargados como corresponde.

— ¿Y el desayuno?

—No desayunaré de inmediato. Lo tomaré en el tren. Normalmente sólo bebo una taza de café al despertarme.

—Podemos hacerlo aquí en la habitación. Me ocuparé de que os levanteis. Vosotros dos, queridos, podéis quedaros y hablar de religión todo el tiempo que os plazca; me encargaré de que no se te peguen las sábanas… si te duermes. Mike no duerme.

— ¿Nada?

—Nunca. Se enrosca sobre sí mismo y piensa un rato, si es que tiene algo en que pensar… pero no duerme.

La señora Paiwonski asintió con aire solemne.

—Otro signo. Lo sé… Michael, algún día tú también lo sabrás. Oirás la llamada.

—Es posible —admitió Jill—. Mike, me estoy cayendo de sueño. ¿Quieres trasladarme a la cama, por favor?

Fue alzada, derivó por el aire hasta el dormitorio, la ropa de la cama se alzó y luego descendió sobre ella movida por manos

invisibles; dormía ya antes de que la cubriera.

* * *

Se despertó, como había planeado, exactamente a las siete. Mike también tenía un reloj en su cabeza, pero era completamente errático en lo que a calendarios y horas de la Tierra se refería; vibraba de acuerdo con otra necesidad. Saltó fuera de la cama y asomó la cabeza por la puerta que daba a la otra habitación. Las luces estaban apagadas y las sombras eran densas, pero no se habían dormido. Jill oyó a Mike decir con suave certidumbre:

—Tú eres Dios.

—«Tú eres Dios»… —respondió Patricia en un susurro, con una voz tan espesa como si estuviera drogada.

—Sí. Jill es Dios.

—Jill… es Dios. Sí, Michael.

—Y tú eres Dios.

—*Tú.*… eres Dios. Ahora, Michael. ¡Ahora!

Jill se retiró sin hacer ruido y se lavó en silencio los dientes. Dejó que Mike supiese mentalmente que estaba despierta y descubrió, como esperaba, que ya lo sabía. Cuando volvió a la salita, las persianas estaban alzadas y el sol penetraba en la estancia.

— ¡Buenos días! —les besó a los dos.

—Tú eres Dios —dijo Patty simplemente.

—Sí, Patty. Y tú eres Dios. Dios está en todos nosotros.

Miró a Patty a la dura y brillante luz de la mañana, y observó que su nuevo hermano no parecía cansada. Parecía como si hubiera disfrutado de toda una noche de sueño y un poco más, y su aspecto era más joven y dulce que nunca. Bueno, conocía ese efecto: si

Mike deseaba que ella le hiciese compañía, en vez de pasarse toda la noche leyendo o pensando, Jill nunca había tenido ningún problema con ello… y sospechaba que su repentina somnolencia la noche antes había sido idea de Mike también… y comprobó que Mike se lo confirmaba mentalmente.

—Ahora café para vosotros dos, queridos, y para mí también. Y da la casualidad de que, además, tengo en la despensa un envase de naranjada sin abrir.

Desayunaron en un ambiente jovial y feliz. Jill vio que Patty parecía meditabunda.

— ¿Qué ocurre, querida?

— ¿Eh? No quisiera mencionarlo, pero… ¿de qué vais a comer, muchachos? Ocurre que tía Patty tiene una bolsa bastante abultada, y había pensado…

Jill se echó a reír.

—Oh, cariño, lo siento; no debería haberme reído. ¡Pero es que el Hombre de Marte es rico! ¿No lo sabías? ¿O es que no lees nunca las noticias?

La señora Paiwonski pareció desconcertada.

—Bueno, supongo que sí lo sabía… de alguna forma. Pero una no puede creer todas las cosas que oye en las noticias, ¿verdad?

Jill suspiró.

—Patty; eres absolutamente encantadora. Y créeme, ahora que somos hermanos de agua, no vacilaríamos ni un instante en aceptar lo que dices: «compartir el nido» es algo más que una simple expresión poética. Pero ocurre que la cosa es al revés. Si alguna vez necesitas dinero, no importa cuánto, nosotros *no podemos* gastarlo todo, no tienes más que decírnoslo. Cualquier suma. En cualquier momento. Escríbeme, o mejor aún, llámame, porque Mike no tiene la más remota noción en cuestiones de dinero. Querida, en este mismo momento hay una cuenta a mi nombre con un par de centenares de miles de dólares. ¿Quieres parte de ellos?

La señora Paiwonski pareció sobresaltada, una expresión que Jill no le había visto desde que Mike hiciera desaparecer sus ropas.

— ¡Bendita sea! No, no necesito dinero.

Jill se encogió de hombros.

—Si alguna vez estás en algún apuro económico, simplemente avisa. Aunque quisiéramos, no podemos gastarlo todo, y el Gobierno no dejará que Mike se lo lleve. Al menos, no mucha cantidad. Si deseas un yate… A Mike le encantaría regalarte un yate.

—Desde luego que sí, Pat. Nunca he visto un yate — dijo Mike.

La señora Paiwonski negó con la cabeza.

—No me subáis hasta la cumbre de una alta montaña, queridos. Nunca he ambicionado mucho. Todo lo que deseo de vosotros es vuestro cariño…

—Ya lo tienes —le dijo Jill.

—No asimilo el significado de «cariño» —repuso Mike—. Pero Jill siempre habla correctamente. Si lo tenemos, es tuyo.

—…y saber que ambos estáis salvados. Pero eso ya no me preocupa. Mike me ha hablado de la espera, y para qué es la espera. ¿Comprendes, Jill?

—Asimilo. Ya no me siento impaciente por nada.

—Pero tengo algo para vosotros dos —la tatuada dama se levantó y fue hasta donde había dejado su bolso, sacando un libro de su interior. Volvió, se detuvo de pie junto a ellos—. Queridos míos… éste es el ejemplar de la «Nueva Revelación» que me regaló el mismo Bendito Foster… la noche en que me dio el beso. Quiero que lo tengáis vosotros.

Los ojos de Jill se llenaron repentinamente de lágrimas, y tuvo la impresión de que se ahogaba.

—Pero, tía Patty… ¡Patty, hermano nuestro! No podemos aceptarlo. No éste. Compraremos uno.

—No. Esto es… es «agua». Lo comparto con vosotros. Para acercarnos más.

—Oh… —Jill saltó en pie—. Lo aceptamos. Pero ahora es nuestro… de todos nosotros.

La besó. Mike le dio unos golpecitos en el hombro.

—Pequeña hermano avariciosa. Es mi turno.

—Siempre seré avariciosa, en lo que a esto se refiere.

El Hombre de Marte besó a su nuevo hermano, primero en la boca y después, suavemente, en el punto donde Foster había puesto sus labios. Luego reflexionó, brevemente según el tiempo terrestre, eligió otro punto correspondiente en el otro lado, allá donde el dibujo de George encajaba lo suficiente para su propósito, y la besó allí, mientras pensaba, manteniendo dilatada la noción del tiempo y con gran detalle. Era necesario asimilar los capilares…

Para las otras dos, sujeto y espectador, pareció que sólo apretaba suave y brevemente los labios contra la elaboradamente decorada piel. Pero Jill captó un asomo del esfuerzo que estaba realizando y miró.

— ¡Patty! *¡Mira!*

La señora Paiwonski bajó la vista hacia su pecho. Marcados sobre su piel, como una mancha emparejada de color rojo sangre, aparecían los labios de Mike. Estuvo a punto de desmayarse, luego mostró la profundidad de su inconmovible fe.

—Sí. ¡Sí! Michael…

Poco después la dama tatuada había desaparecido, reemplazada por un ama de casa más bien corriente, con un vestido de cuello alto, mangas largas y guantes.

—No voy a llorar —dijo, serena—, y esto no es un adiós; en la eternidad no existen las despedidas. Pero estaré aguardando.

Los besó a ambos, brevemente, y salió de la suite sin mirar atrás.

OceanofPDF.com

28

— ¡Blasfemia!

Foster alzó la cabeza.

— ¿Te ha picado algo, hijo?

Aquel anexo temporal había sido construido apresuradamente y las Cosas entraban sin cesar en él: normalmente enjambres de duendes casi invisibles… inofensivos, por supuesto, pero una mordedura de cualquiera de ellos dejaba un espantoso prurito en el ego.

—Oh… tiene que verlo para creerlo… Espere, haré retroceder un poco el omniscio.

—Te sorprendería comprobar lo que puedo creer, hijo.

Sin embargo, el supervisor de Digby derivó una parte de su atención. Tres temporales… humanos, vio que eran; un hombre y dos mujeres, especulando acerca de lo eterno. No había nada extraño en ello.

— ¿Sí?

— ¡Ya oyó lo que dijo esa mujer! ¡«Arcángel Miguel», eso fue!

— ¿Y qué hay con ello?

— ¿Que «qué hay con ello»? ¡Oh, por el amor de Dios!

—Muy posible.

Digby estaba tan indignado que su halo se estremecía.

—Foster, no debe de haber mirado bien. Se refería a ese delincuente superjuvenil que me envió aquí. Eche otro vistazo.

Foster incrementó los aumentos, y se dio cuenta que el ángel en período de entrenamiento no se había equivocado. Observó algo más y esbozó su sonrisa angélica.

— ¿Cómo sabes que no es él, hijo?

— ¿Eh?

—Últimamente no he visto a Miguel por el Círculo, y recuerdo que su nombre ha sido descartado del Torneo Solipsista del Milenario… lo cual es signo de que probablemente ha salido a cumplir algún servicio, puesto que Mike es uno de los más entusiastas jugadores de Solipsismo en este sector.

— ¡Pero la idea es obscena!

—Te asombrarías de saber cuántas de las mejores ideas del Jefe han sido calificadas de «obscenas» en algunas partes… mejor dicho, no debería asombrarte a la vista de tu campo de trabajo. Pero «obsceno» es un concepto que no necesitas para nada; no tiene significado teológico. «Para los puros, todas las cosas son puras».

—Pero…

—Todavía estoy Atestiguando, hijo. Así que escucha. Además del hecho de que nuestro hermano Miguel parece encontrarse ausente en este microinstante… y no le sigo la pista, ya que no estamos en la misma lista de Servicios… queda el hecho de que es probable que esa dama tatuada que efectuó el pronunciamiento oracular no se equivoque; se trata de una temporal más bien santificada.

— ¿Quién lo dice?

—Yo. Lo sé.

Foster sonrió de nuevo con angélica dulzura. ¡La pequeña y querida Patricia! Su verborrea resultaba un poco pesada, pero era terrenalmente deseable… y brillaba con una luz interior que a uno le hacía recordar las vidrieras de colores. Observó sin orgullo temporal que George había terminado su gran obra desde la última vez que había visto a Patricia, y que aquella representación gráfica

de su ascenso al Cielo no era mala, en absoluto mala, en el sentido Más Alto. Tenía que recordar el buscar a George y felicitarle por aquel trabajo, y decirle que había visto a Patricia… Hum, ¿dónde estaba George? Como artista creativo en la sección de diseño del universo, directamente bajo las órdenes del Arquitecto, creía recordar… Bueno, no importaba, el archivo central le localizaría en una fracción de milenio.

¡Qué deliciosa había sido la pequeña Patricia! Suave como una bola de mantequilla, y ¡qué sagrado frenesí! Si hubiera tenido un poco más de confianza en sí misma y un poco menos de humildad, habría podido hacer de ella una buena sacerdotisa. Pero era tal la necesidad de Patricia de aceptar a Dios según su propia naturaleza, que sólo hubiera podido calificarse entre los *lingayats*… donde no hacía ninguna falta. Foster consideró la posibilidad de escudriñar hacia el pasado y verla otra vez tal como había sido, pero se contuvo con angélica moderación; había mucho trabajo que hacer.

—Olvida el omniscio, hijo; quiero decirte unas Palabras.

Digby obedeció y aguardó. Foster hizo sonar su halo, una costumbre irritante que había adquirido durante sus momentos de reflexión.

—Hijo, no te estás modelando demasiado angélicamente.

—Lo siento.

—Las lamentaciones no encajan en la eternidad. Pero la Verdad es que te preocupas demasiado por ese joven sujeto, que puede o puede no ser nuestro hermano Miguel. Ahora aguarda… En primer lugar, no eres quién para Juzgar al instrumento utilizado para enviarte aquí desde los pastos. En segundo lugar, no es él lo que te preocupa, apenas le conoces: lo que en el fondo te roe por dentro es esa pequeña secretaria morenita que tenías. Se había ganado mi Beso durante el período temporal antes de que tú fueses llamado, ¿no es así?

—Aún estaba probándola.

—Entonces, no me cabe la menor duda de que te sentirás angélicamente complacido al observar que el obispo supremo

Short, después de someterla al más completo de los exámenes… oh, de lo más detallado; puedo decirte que no ha quedado nada de ella por examinar… la ha aprobado, y la muchacha disfruta ahora de la amplia Felicidad que merece.

»Hum. Un pastor debería hallar satisfacción en su trabajo, pero cuando es ascendido también debería experimentar alegría por ello. Resulta que ha surgido una plaza libre para un guardián en período de entrenamiento en un nuevo sector que va a abrirse. Es un trabajo por debajo de tu jerarquía nominal, lo reconozco, pero se trata de una buena experiencia angélica. Ese planeta… bueno, puedes pensar en él como un planeta, ya verás… está ocupado por una raza de tripolaridad en vez de bipolaridad, y estoy absolutamente convencido de que ni el mismísimo don Juan sería incapaz de descubrir ningún interés terrestre en *ninguna* de sus tres polaridades… y eso no es una opinión; fue enviado como prueba. Chilló y rezó pidiendo que se le devolviera al infierno solitario que se ha creado para sí mismo.

—Así que se me envía a Mataplana, ¿eh? ¡Para que no interfiera!

— ¡Oh, vamos, vamos! No *puedes* interferir. Es la única Imposibilidad que permite que todo lo demás sea posible; traté de decírtelo cuando llegaste. Pero no dejes que eso te preocupe; dispones de toda la eternidad para seguir intentándolo. Tus órdenes incluirán un bucle para que puedas comprobar el presente y el pasado sin ninguna pérdida de temporalidad. Y ahora, sal volando a escape; tengo trabajo que hacer.

Foster volvió al punto donde había sido interrumpido. Oh, sí, una pobre alma temporalmente designada con el nombre de «Alice Douglas»… enviada como estímulo para una dura labor, y que se había enfrentado a ella de un modo firme y persistente. Pero su trabajo ya había sido completado, y ahora necesitaría descanso y rehabilitación tras la inevitable fatiga de la batalla; debía de estar pateando y chillando y espumeando ectoplasma por todos sus orificios.

¡Oh, necesitaría un exorcismo completo después de un trabajo tan duro! Pero todos los trabajos eran duros; no podía ser de otra forma. Y «Alice Douglas» era una operadora de campo de absoluta confianza; podía desempeñar cualquier operación para la que hiciese falta mano izquierda siempre y cuando fuese algo esencialmente virginal: ser quemada en la hoguera o ingresar en un convento; siempre respondía.

No es que le importasen mucho las vírgenes, más allá de su respeto profesional por cualquier trabajo bien hecho. Foster lanzó una última y rápida mirada a la señora Paiwonski; allí había un compañero de trabajo digno de su aprecio. ¡La pequeña y encantadora Patricia! Qué santa y lozana bendición…

OceanofPDF.com

29

Cuando la puerta de su suite se cerró detrás de Patricia Paiwonski, Jill dijo:

— ¿Y ahora qué, Mike?

—Nos vamos. Jill, supongo que has leído algo acerca de la psicología anormal.

—Sí, por supuesto. En mi instrucción. Aunque sé que no tanta como tú.

— ¿Conoces el simbolismo del tatuaje? ¿Y el de las serpientes?

—Claro. Supe eso acerca de Patty en cuanto la conocí. Confiaba en que tú encontrases el medio de averiguarlo también.

—No pude hasta que fuimos hermanos de agua. El sexo es necesario, el sexo es una buena ayuda, pero sólo si se comparte y crea acercamiento. Asimilo que si lo hiciese sin acercamiento… Bueno, no estoy seguro.

—Asimilo que aprenderías lo que no pudieras, Mike. Ésa es una de las razones, una de las muchas razones por las que te tengo cariño.

—Sigo sin asimilar «cariño». No asimilo «personas». Ni siquiera a ti. Pero no deseaba que Pat se marchase.

—Impídelo. Consérvala a nuestro lado.

— (Hay que esperar, Jill)

— (Lo sé)

Mike añadió en voz alta:

—Además, dudo que pudiéramos proporcionarle todo lo que necesita. Desea entregarse continuamente a todo el mundo. Ni siquiera sus reuniones de Felicidad, sus serpientes y sus primos son suficientes para Pat. Ella anhela ofrecerse en un altar al mundo entero, siempre… y hacerlos dichosos. Esta Nueva Revelación… asimilo que para muchas personas significa un montón de otras cosas. Pero eso es lo que representa para Pat.

—Sí, Mike. Querido Mike.

—Es hora de irnos. Elige el vestido que quieras y coge tu bolso. Dispondré del resto de la basura.

Jill pensó un poco tristemente que alguna vez le gustaría poder llevarse consigo una o dos cosas. Pero Mike siempre iba de un lado para otro con sólo lo puesto… y parecía asimilar que ella lo prefería así también.

—Me pondré ese precioso vestido azul.

La prenda flotó en el aire, quedó suspendida sobre ella, se deslizó hacia abajo cuando ella alzó las manos; la cremallera se cerró. Los zapatos a juego avanzaron hacia ella, aguardaron mientras se metía dentro de ellos.

—Estoy lista, Mike.

Mike había captado el pensativo sabor de sus pensamientos, pero no el concepto; era demasiado extraño para las ideas marcianas.

—Jill, ¿quieres que paremos y nos casemos?

Ella pensó unos instantes en la proposición.

—Hoy no podríamos, Mike. Es domingo; no conseguiríamos una licencia.

—Mañana, entonces. Lo recordaré. Asimilo que te gustaría.

Ella siguió pensando en la proposición.

—No, Mike.

— ¿Por qué no, Jill?

—Por dos razones. Una, no nos aproximaría más, porque ya compartimos el agua. Eso es lógico, tanto en inglés como en marciano.

—Sí.

—Y la otra, es una razón válida sólo en inglés. No me gustaría que Dorcas, Anne y Miriam… e incluso Patty, pensaran que he tratado de echarlas fuera. Y una de ellas podría pensarlo.

—No, Jill, ninguna de ellas pensaría eso.

—Bueno, de todos modos no quiero correr ese riesgo, porque no lo necesito. Tú ya te casaste conmigo en la habitación de un hospital, hace siglos y siglos. Sólo porque eras de la forma que eres. Antes de que yo lo sospechara siquiera —vaciló—. Pero sí hay algo que puedes hacer por mí.

— ¿Qué, Jill?

—Bueno, puedes llamarme de tanto en tanto con nombres cariñosos. De la misma forma que yo hago contigo.

—De acuerdo, Jill. ¿Qué nombres cariñosos?

— ¡Oh! —ella le besó rápidamente—. Mike, eres el hombre más dulce, más encantador que haya conocido nunca… ¡y la criatura más exasperante de dos planetas! No te molestes con los nombres cariñosos. Limítate a llamarme «hermanito» de vez en cuando… eso hace que me estremezca interiormente de pies a cabeza.

—Sí, hermanito.

— ¡Oh, Dios mío! Ahora ponte decente y salgamos de aquí, antes de que te lleve de vuelta a la cama. Vamos. Te espero en la recepción; estaré pagando la cuenta —se marchó precipitadamente.

Fueron a la estación de aerobuses de la ciudad y cogieron el primer Greyhound que iba a alguna parte. Una o dos semanas más tarde se detuvieron en casa, compartieron el agua durante un par de días, se marcharon de nuevo sin despedirse de nadie… o más bien Mike lo hizo; despedirse era una costumbre humana a la que se resistía testarudamente, y nunca la utilizaba por voluntad propia. La

usaba formalmente con los desconocidos sólo cuando Jill requería que lo hiciera.

Poco después estaban en Las Vegas, alojados en un hotel pasado de moda, cerca pero no en el Strip. Mike probó todos los juegos en todos los casinos, mientras Jill mataba el tiempo actuando como corista; el juego la aburría. Como no sabía cantar ni bailar, y no tenía ningún número propio, el exhibirse o pasearse lentamente con un alto e improbable sombrero, una sonrisa y unas cuantas lentejuelas era el trabajo más adecuado para ella en la Babilonia del Oeste. Jill prefería trabajar si Mike estaba atareado y, de un modo u otro, él se las arreglaba siempre para conseguirle la ocupación que ella escogía. Puesto que los casinos nunca cerraban, estaba atareado casi todo el tiempo en Las Vegas.

Mike ponía buen cuidado en no ganar demasiado en ningún casino, manteniéndose estrictamente dentro de los límites que Jill había establecido para él. Después de ordeñar unos cuantos miles en cada uno, se dedicaba a perderlos meticulosamente, sin hacer nunca grandes apuestas en ningún juego, ya fuera ganando o perdiendo. Luego aceptó un empleo como *croupier*, y se dedicó a estudiar a la gente, intentando asimilar por qué jugaban. Asimiló confusamente un impulso en muchos jugadores que le pareció de una naturaleza intensamente sexual… pero creyó ver también cierta incorrección en ello. Conservó el trabajo durante bastante tiempo, dejando siempre que la pequeña bolita rodara sin ninguna interferencia.

A Jill le divirtió descubrir que los clientes del palaciego teatro —restaurante donde trabajaba no eran más que primos… Con más dinero, pero primos pese a todo. Descubrió algo sobre sí misma también: disfrutaba exhibiéndose ante ellos, mientras estuviera a salvo de las manos que no deseaba que la agarraran. Con su cada vez mayor honestidad marciana, examinó esta recién descubierta faceta de sí misma. En el pasado, aunque había sabido que le gustaba ser admirada, siempre había creído sinceramente que lo deseaba sólo de un selecto grupo de hombres y normalmente sólo de uno. Se había sentido dolida por el descubrimiento, no hacía

mucho, de que la visión de su ser físico no significaba en realidad nada para Mike, aunque siempre se había mostrado y seguía mostrándose físicamente tan agresivo y tiernamente devoto hacia ella como cualquier mujer pudiera llegar a soñar… si no estaba preocupado por otras cosas.

E incluso era generoso respecto a eso, se recordó. Si ella lo deseaba, le permitía que le sacase siempre de sus más profundos trances de retraerse, cambiaba sus engranajes sin emitir una sola queja, y se mostraba todo lo sonriente, ávido y amoroso que ella deseaba.

Pero pese a todo ahí estaba… Era una de sus peculiaridades, como su incapacidad para reír. Jill decidió, tras su iniciación como corista, que le gustaba ser admirada visualmente porque eso era una cosa que Mike no le proporcionaba.

Pero su propia honestidad cada vez más perfeccionada y su firme y creciente empatia no permitieron que aquella teoría se mantuviese. La mitad masculina del público contenía siempre el porcentaje de hombres que eran demasiado viejos, demasiado gordos, demasiado calvos, y en general demasiado adentrados en el triste camino de la entropía como para que pudieran ser considerados atractivos por una mujer de la juventud, belleza y exigencias de Jill. Ella siempre se había burlado de los «viejos lobos libidinosos», aunque no de los hombres viejos *per se*, se recordó a sí misma en defensa propia; Jubal podía mirarla — e incluso utilizar un lenguaje crudo de indecencias deliberadas — sin darle la menor sensación de que estaba ansioso por pillarla a solas y manosearla. Estaba tan serenamente segura del cariño de Jubal hacia ella y de su naturaleza auténticamente espiritual, que se dijo a sí misma que podría fácilmente compartir una cama con él, dormirse de inmediato… y estar segura de que él lo haría también, tras sólo el casto beso de buenas noches que siempre le daba al retirarse.

Pero ahora descubría que esos viejos carentes de atractivo no provocaban en ella ninguna emoción desagradable. Cuando sentía sus admirativas miradas o incluso su clara lujuria —y se dio cuenta

de que podía sentirlo, incluso podía identificar sus fuentes—, no experimentaba rencor alguno; la caldeaban un poco y la hacían sentirse afectadamente complacida.

«Exhibicionismo» había sido para ella tan sólo una palabra utilizada para describir una anormalidad psicológica, una debilidad neurótica que siempre le pareció digna de desprecio. Ahora, al profundizar por sí misma y mirarla directamente, decidió que, o bien esa forma de narcisismo era normal, o era ella la anormal y no lo había sabido. Pero ella no se *sentía* anormal; se consideraba sana y feliz, más sana de lo que lo que nunca se había sentido. Siempre había gozado de una salud superior a la media —así tenía que ser para ejercer de enfermera—, y, que recordase, nunca había sufrido un resfriado o un trastorno gástrico. Ni siquiera — se dio cuenta con sorpresa — había tenido calambres en las piernas en toda su vida.

De acuerdo, estaba sana; y si a una mujer sana le gustaba que la mirasen como tal — ¡y no como un cuarto de ternera!—, entonces era tan inevitable como que la noche sucede al día que los hombres sanos la mirasen, ¡aunque el hecho no fuese más que una solemne tontería! Y al llegar a este punto comprendió por fin intelectualmente, a Duque y sus fotografías, y le pidió mentalmente perdón.

Habló del asunto con Mike, intentó explicarle el cambio de su punto de vista… lo cual no resultó fácil, puesto que Mike era incapaz de comprender por qué a Jill había llegado a importarle alguna vez el que la mirasen o no, por parte de cualquiera, en cualquier circunstancia. Comprendía que una persona no deseara que la tocasen; Mike eludía los apretones de manos si podía hacerlo sin ofender a nadie, y sólo deseaba tocar y que le tocasen sus hermanos de agua.

Jill no estaba segura de hasta qué punto incluía eso a los hermanos de agua masculinos. Le había explicado a Mike la homosexualidad, después de que él hubiese leído sobre el tema y no hubiera conseguido asimilarlo… y le había dado reglas prácticas para eludir incluso la apariencia e impedir que le fueran hechas

insinuaciones, puesto que suponía, correctamente, que Mike, con su apostura, atraería tales insinuaciones. Él siguió sus consejos e hizo su rostro más masculino, en vez de continuar con la belleza andrógina que tenía al principio. Sin embargo, Jill no estaba segura de que Mike hubiera rechazado una proposición así de, digamos, Duque. Por fortuna, los hermanos de agua masculinos de Mike eran decididamente masculinos, del mismo modo que los otros eran mujeres muy femeninas. Jill esperaba que las cosas siguieran así; sospechaba que, de todas formas, Mike asimilaría la existencia de una «incorrección» en los pobres invertidos que se le pudieran poner por delante, y que se abstendría de ofrecerles agua o de aceptarla de ellos.

Tampoco conseguía Mike comprender por qué a Jill le complacía ahora que la mirasen. La única vez en que sus dos actitudes habían sido aproximadamente similares fue cuando abandonaron la feria, donde Jill había descubierto que se había vuelto indiferente a las miradas, y se hallaba dispuesta a hacer su número «completamente desnuda», como le había dicho a Patty, si eso podía ayudar.

Jill vio que su actual conocimiento de sí misma había nacido en aquel punto; en el fondo, en realidad nunca se había sentido indiferente a las miradas masculinas. Sometida a las necesidades únicas de ajustar su vida al Hombre de Marte, se había visto obligada a dejar al margen una parte de su *persona* artificial — impuesta por su educación y su entrenamiento —, ese punto de recato propio de dama altiva que una enfermera debe retener, pese a los rigores de una profesión que exigía generalmente tareas incluso indignantes. Pero Jill no había sabido que tuviera *ningún* recato, hasta que lo hubo perdido.

Por supuesto, se sentía más una «dama» que nunca… aunque prefería pensar en sí misma como una «persona». Pero ya no era capaz de ocultar a su mente consciente — ni sentía ningún deseo de hacerlo — que había algo dentro de ella tan alegremente desvergonzado, como una gata en celo que fuera a ejecutar su

danza del vientre para excitación de todos los gatos machos del vecindario.

Trató de explicarle todo esto a Mike, comunicándole su teoría de las funciones complementarias y la naturaleza funcional de la exhibición narcisista y del voyeurismo, utilizándose a sí misma y a Duque como ejemplos clínicos.

—Lo cierto es, Mike, que noto que algo se agita dentro de mí cuando todos esos tipos me contemplan… un sinfín de individuos y casi ningún hombre. Así que ahora asimilo por qué le gusta a Duque tener montones de fotos de mujeres, cuanto más sensuales mejor. Es lo mismo, sólo que a la inversa. Eso no quiere decir que desee irme a la cama con ellos, del mismo modo que Duque no desea irse a la cama con una de sus fotografías; demonios, querido… ni siquiera siento deseos de decirles «hola».

»Pero cuando me miran y me dicen, mejor dicho lo piensan, que soy deseable, eso me produce un hormigueo, una sensación cálida ahí en la boca del estómago —frunció ligeramente el entrecejo—. ¿Sabes?, debería hacer que me tomaran una foto realmente indecente y enviársela a Duque. Sólo para decirle que lamento haberle desdeñado y no haber conseguido asimilar lo que pensé que no era más que una debilidad suya. Porque, si se trata de una debilidad, también yo la tengo… pero como mujer. Si *fuera* una debilidad… Pero asimilo que no lo es.

—De acuerdo. Buscaremos un fotógrafo por la mañana.

Ella negó con la cabeza.

—No, me limitaré a pedirle disculpas la próxima vez que vayamos a casa. En realidad, no le enviaría nunca a Duque una foto así. Nunca hizo la menor insinuación de querer propasarse conmigo… y no deseo que se le ocurran ciertas ideas.

—Jill, ¿no desearías a Duque?

Ella oyó en su mente un eco del concepto de «hermano de agua».

—Hum… en realidad jamás pensé en ello. Supongo que ha sido porque me he sentido «fiel» hacia ti, lo cual de todos modos no

ha sido ningún esfuerzo. Pero asimilo que hablas correctamente: no rechazaría a Duque, y lo *disfrutaría* también. ¿Qué piensas de eso, querido?

—Asimilo bondad —repuso Mike seriamente.

—Hum… mi galante marciano, hay momentos en los que a las mujeres humanas nos gusta apreciar al menos un conato de celos… pero no creo que exista la más remota posibilidad de que asimiles alguna vez lo que es estar «celoso». Cariño, ¿qué asimilarías si alguno de esos primos, esos hombres de entre el público, no un hermano de agua, me formulara proposiciones deshonestas?

Mike apenas sonrió.

—Asimilo que él desaparecería.

—Hum. Asimilo que es posible. Pero, Mike… escúchame con atención, querido. Me prometiste que no harías nada de eso a menos que surgiera una emergencia grave. Así que no te precipites. Si me oyeras chillar y gritar pidiendo ayuda, alcanzaras mi mente y comprobaras que me hallaba en un auténtico problema, entonces sería otro asunto. Pero yo ya me las arreglaba con lobos cuando tú aún estabas en Marte. En nueve de cada diez veces, si una chica es violada, en buena parte la culpa le corresponde a ella. La décima vez… bueno, de acuerdo. Lánzale tu mejor empujón al pozo sin fondo. Pero descubrirás que la mayoría de las veces no es necesario.

—De acuerdo, lo recordaré. Quiero que mandes esa foto indecente a Duque.

— ¿Qué, querido? Lo haré si tú lo quieres. Es sólo que, si alguna vez quiero insinuarme a Duque… y puede que lo haga, ahora que me has metido la idea en la cabeza… le cogería por los hombros y le diría: «Duque, ¿qué opinas? Yo estoy dispuesta». No me gusta el sistema de enviarle por correo una foto indecente, como hacían aquellas repugnantes fulanas contigo. Pero, si tú quieres que lo haga, entonces de acuerdo. Hum, tampoco es necesario hacerla demasiado indecente… podría hacerme una foto clásica de corista profesional y decirle lo que estoy haciendo y preguntarle si tiene

espacio para ella en su álbum. Puede que no lo interprete como una insinuación.

Mike frunció el entrecejo.

—Creo que he hablado de forma incompleta. Si deseas enviarle a Duque una fotografía indecente, hazlo. Si no lo deseas, entonces no lo hagas. Pero me hubiera gustado ver cómo tomaban esa foto indecente. Jill, ¿qué es una foto «indecente»?

Mike estaba desconcertado por toda aquella idea en general: por el cambio de Jill, de una actitud que nunca había comprendido pero que había aprendido a aceptar, a una actitud exactamente opuesta de placer… más un tercer y antiguo desconcierto ante la colección «artística» de Duque, que evidentemente no tenía nada de artística. Pero el pálido y evanescente concepto marciano paralelo a la tumultuosa sexualidad humana no le proporcionaba ninguna base para asimilar ni el narcisismo ni el voyeurismo, ni el recato ni la exhibición.

—«Indecente» significa una incorrección —añadió—, normalmente una pequeña incorrección, pero asimilo que tú no quieres dar a entender ni siquiera una pequeña incorrección, sino más bien una corrección.

—Oh, una foto indecente puede ser cualquiera de esas cosas, supongo, según quien la mire, ahora que he vencido algunos de mis prejuicios. Pero… Mike, tendré que mostrártelo; no te lo puedo explicar. Pero primero cierra esas persianas, ¿quieres?

Las persianas venecianas se cerraron solas.

—Muy bien —dijo Jill—. Ahora, esta postura puede ser considerada un poco indecente; cualquiera de las chicas del espectáculo la utilizaría como recurso profesional… y esta otra lo es un poco más, *algunas* de las chicas la usarían. Pero esta otra ya es inconfundiblemente indecente… y ésta es indecente por completo… y ésta es indecente en extremo, de tal modo que yo no posaría así ni con la cara envuelta en una toalla, a menos que tú lo desearas.

—Pero, si tu rostro estaba tapado, ¿para qué iba yo a quererla?

—Pregúntaselo a Duque. Eso es todo lo que puedo decirte.

Él siguió pareciendo desconcertado.

—No asimilo ninguna incorrección, tampoco asimilo corrección. Asimilo… —utilizó una palabra marciana que expresaba un estado absolutamente desprovisto de emociones.

Pero estaba interesado, precisamente porque se sentía tan desconcertado; siguieron hablando de ello, en marciano cuando era posible, debido a sus extremadamente finas discriminaciones para emociones y valores… y en inglés también, cuando el marciano, pese a lo rico que era, era incapaz de reflejar los conceptos.

Aquella noche Mike apareció en una mesa de primera fila, después de que Jill le dijera cómo sobornar al jefe de camareros para que le diera aquel lugar; estaba decidido a proseguir con su investigación del misterio. Jill no estaba en contra de ello. Apareció trotando en el primer número de la producción, dirigiendo sonrisas a todo el mundo y un rápido guiño a Mike cuando se volvió y sus ojos se cruzaron con los de él. Descubrió que, con Mike presente, la cálida y agradable sensación que había disfrutado todas las noches se amplificaba enormemente: sospechó que, si las luces se apagaran, su cuerpo brillaría en la oscuridad.

Cuando el desfile terminó y las chicas formaron cuadro, Mike estaba a no más de tres metros de ella; Jill había sido promovida a la primera fila del coro. El director la había mirado de pies a cabeza a su cuarto día con el espectáculo y le había dicho:

—No sé lo que pasa, pequeña. Tengo chicas por aquí mendigando cualquier trabajo con dos veces tus formas… pero, cuando los focos te iluminan, es a ti a quien miran todos los clientes. Está bien, voy a ponerte en la primera fila para que puedan verte mejor. Con el correspondiente aumento de sueldo… aunque sigo sin saber por qué.

Jill adoptó su pose y habló con Mike a través de su mente:

— (¿Sientes algo?)

— (Asimilo, pero no en toda su plenitud)

— (Mira hacia donde miro yo, hermano mío. El individuo bajito. Tiembla. Tiene sed de mí)

— (Asimilo su sed)

— (¿Puedes verle?)

Jill clavó su mirada en los ojos del cliente y le obsequió con una cálida sonrisa, no sólo para incrementar su interés en ella, sino para permitir que Mike se valiera de sus ojos para verle, si era posible. Cuando su asimilación del pensamiento marciano aumentó y con ello creció firmemente el acercamiento en otras formas entre ambos, empezaron a ser capaces de utilizar aquel sistema común marciano. Todavía no de una forma completa, pero con creciente facilidad. Jill aún no tenía control sobre él; Mike podía ver con sólo mirar a través de sus ojos si ella se lo indicaba, pero ella podía ver a través de los ojos de él sólo si Mike le dedicaba toda su atención.

— (Le asimilamos juntos) —admitió Mike—. (Tiene una enorme sed de mi pequeño hermanito)

— (¡!)

— (Sí. Una hermosa agonía)

Unos compases del estribillo le dijeron a Jill que tenía que romper su postura y reanudar su ondulante contoneo. Lo hizo, moviéndose con orgullosa sensualidad y captando en sí misma una bullente sensación de lujuria, en respuesta a las emociones que estaba recibiendo tanto de Mike como del desconocido. La rutina del número hacía que se alejara de Mike y se dirigiera casi hacia el excitado desconocido, acercándose a él durante los primeros pasos. Siguió mirándole con fijeza.

Y en ese momento sucedió algo que resultó totalmente inesperado para ella, porque Mike nunca le había explicado que fuera posible. Había estado permitiendo la recepción de las emociones de aquel desconocido, soliviantándole intencionadamente con la mirada y con el cuerpo, y retransmitiendo a Mike todo lo que sentía. De pronto el circuito se cerró, y se encontró contemplándose a sí misma, viéndose a través de unos ojos desconocidos, mucho más lujuriosos de lo que había

pensado… y experimentando toda la primitiva necesidad con la que el desconocido la veía.

Trastabilló ciegamente, y habría caído de bruces si Mike no hubiera captado al instante el problema y la hubiera sujetado, alzado, enderezado y estabilizado hasta que pudo seguir andando sin ayuda, desaparecida la segunda vista.

La hilera de beldades siguió su marcha hacia la salida. Tras abandonar el escenario, la muchacha que iba detrás de ella preguntó:

— ¿Qué demonios te ocurrió, Jill?

—Se me enganchó el tacón del zapato.

—Sí, a veces ocurre. Pero fue la forma más extraña de recuperar el equilibrio que haya visto en toda mi vida. Por un segundo pareciste una marioneta sostenida por hilos.

«Y lo era, querida, lo era», pensó Jill, «pero no vamos a hablar de ello».

—Le diré al encargado del escenario que eche un vistazo a ese lugar. Creo que hay una tabla suelta. Alguna podría romperse una pierna…

Durante el resto del espectáculo, siempre que estaba en el escenario, Mike le enviaba rápidos atisbos de cómo la observaban los distintos hombres entre el público, al tiempo que se aseguraba siempre de que ella no se viese cogida otra vez por sorpresa. A Jill le asombró descubrir la variedad de aquellas imágenes: uno miraba sólo sus piernas, otro se sentía fascinado por las ondulaciones de su torso, un tercero sólo veía sus orgullosos pechos.

Luego Mike, tras advertirla primero, le dejó ver a las otras chicas en el cuadro. Se sintió aliviada al comprobar que Mike las veía como ella misma las veía… sólo que con mayor agudeza. Pero le sorprendió darse cuenta de que su propia excitación no disminuía mientras miraba, de segunda mano, a las chicas a su alrededor: se incrementaba.

Mike se retiró de la sala inmediatamente después del número final, adelantándose a los demás como ella le había advertido que

hiciera. Jill no esperaba volver a verle aquella noche, puesto que Mike sólo había pedido permiso para ausentarse de su trabajo de *croupier* el tiempo suficiente para ver a su esposa en el espectáculo. Pero cuando se vistió y regresó al hotel, sintió su presencia antes de llegar a la habitación.

La puerta se abrió para ella; entró, luego se cerró a sus espaldas.

— ¡Hola, querido! —saludó—. ¡Qué estupendo encontrarte en casa!

Mike sonrió, gentil.

—Ahora asimilo imágenes indecentes —la ropa de Jill desapareció—. Haz posturas indecentes.

— ¿Eh? Sí, querido, por supuesto.

Repitió las mismas actitudes que había adoptado antes. Con cada una de ellas, una vez adoptada, Mike dejó que ella utilizase los ojos de él para contemplarse a sí misma. Jill se miró a sí misma y experimentó las emociones de él… y sintió hincharse las suyas propias en respuesta a una cerrada y mutua reverberación amplificada. Por último, se situó en una postura tan sensualmente lasciva como su imaginación pudo crear.

—Las imágenes indecentes son una gran corrección —dijo Mike, con voz grave.

— ¡Sí! ¡Y ahora yo también las asimilo! ¿A qué estás esperando?

* * *

Abandonaron sus empleos y, durante los siguientes días, asistieron a tantos espectáculos adultos como les fue posible, y durante este período Jill hizo otro descubrimiento: asimilaba las imágenes indecentes sólo a través de los ojos de un hombre. Si

Mike miraba, ella captaba y compartía su estado de ánimo, desde el relajado placer sensual de la contemplación de una mujer hermosa hasta la más ardiente de las excitaciones. Pero si la atención de Mike estaba en alguna otra parte, la modelo, bailarina o artista de *strip—tease* no era más que otra mujer para Jill, quizá agradable de contemplar pero en absoluto excitante. Lo más probable era que terminara aburriéndose y deseando un poco que Mike la llevara de vuelta a casa. Pero sólo un poco, porque ahora ya era casi tan paciente como él.

Examinó este nuevo hecho desde todos lados, y decidió que prefería no sentirse excitada por las mujeres más que a través de los ojos de él. Un hombre le proporcionaba ya todos los problemas que podía manejar, y unos cuantos más; descubrirse tendencias lesbianas hubiera sido demasiado… absolutamente.

Pero resultaba divertido, «una gran corrección», ver a aquellas chicas con los ojos de Mike tal como había aprendido a verlas; y era una corrección aún mayor y exultante saber que, al fin, Mike la contemplaba a ella del mismo modo, sólo que más.

Se detuvieron en Palo Alto el tiempo suficiente para que Mike intentara — y fracasara — engullir toda la Biblioteca Hoover en bocados de mamut. La tarea era mecánicamente imposible; los escáneres no podían girar tan aprisa, ni Mike podía pasar las páginas de los libros encuadernados con la suficiente rapidez como para poder leerlos todos. Renunció, y admitió que estaba almacenando datos en bruto a una velocidad muy superior a lo que podía asimilar, incluso pasando en la biblioteca todas las horas en que estaba cerrada en solitaria contemplación. Con gran alivio por parte de Jill, se trasladaron a San Francisco, y Mike se embarcó en una investigación más sistemática.

* * *

Ella volvió al piso un día y encontró a Mike sentado, no en trance sino sin hacer nada, y rodeado de libros, muchos libros: el *Talmud*, el *Kama—Sutra*, varias versiones de la Biblia, el *Libro de los Muertos*, el *Libro de los Mormones*, el precioso ejemplar de Patty de la *Nueva Revelación*, diversos apócrifos, el *Corán*, *La Rama Dorada* — versión no resumida —, *El Camino, Ciencia y Salud* con la *Llave a las Escrituras*, los escritos sagrados de una docena de otras religiones mayores y menores… incluso desviaciones tan extrañas como el *Libro de la Ley* de Crowley.

— ¿Te ocurre algo, querido?

—Jill, no asimilo… —agitó la mano hacia los libros.

— (La espera, Michael. Se impone la espera basta que llegue la plenitud)

—No creo que la espera la llene nunca. Oh, sé dónde está el fallo: no soy realmente un hombre. Soy marciano… un marciano en un cuerpo deforme.

—Para mí eres un hombre más que completo, querido… y adoro la forma que tiene tu cuerpo.

—Oh, tú asimilas de qué estoy hablando. No asimilo a la gente. No comprendo esta multiplicidad de religiones. Mira, entre mi pueblo…

— ¿Tu pueblo, Mike?

—Lo siento. Debí decir que, entre los marcianos, sólo existe una religión… y no es una fe, sino una certidumbre. La asimilas. «¡Tú eres Dios!».

—Sí —asintió ella—. Lo asimilo en marciano. Pero ya sabes, queridísimo, que eso no significa lo mismo en inglés… o en ninguna otra lengua humana. No sé por qué.

—Hum. En Marte, cuando necesitamos saber algo, cualquier cosa, preguntamos a los Ancianos, y la respuesta nunca es errónea. Jill, ¿es posible que los humanos no tengamos «Ancianos»? No me refiero a las almas, esto se da por sentado. Cuando nosotros nos descorporizamos, morimos. Cuando nos quedamos *muertos*… ¿morimos de un modo total y no queda nada? ¿Vivimos en la

ignorancia porque eso no importa? ¿Porque desaparecemos sin dejar ningún rastro detrás, en un espacio de tiempo tan breve que cualquier marciano lo utilizaría para una larga contemplación? Dímelo, Jill. Tú eres humana.

Ella sonrió con serena tranquilidad.

—Tú mismo me lo has dicho. Tú me has enseñado a conocer la eternidad, y no puedes arrebatarme ese conocimiento, nunca. No puedes morir, Mike; lo único que puedes hacer es descorporizarte.

Se señaló a sí misma con ambas manos.

— Este cuerpo que me has enseñado a ver a través de tus ojos, y que has amado tan bien, desaparecerá algún día. Pero yo no desapareceré: ¡soy lo que soy! Tú eres Dios y yo soy Dios y nosotros somos Dios, eternamente. No estoy segura de adonde iré a parar, ni de si recordaré que hubo un tiempo en que fui Jill Boardman, la muchacha que se consideraba feliz manoseando instrumental médico y que fue igualmente feliz meneando su cuerpo en las tablas bajo los brillantes focos. Siempre me ha gustado este cuerpo…

Con el más desacostumbrado gesto de impaciencia, Mike hizo desaparecer las ropas de Jill.

—Gracias, querido —dijo ella en voz baja, sin moverse de donde estaba sentada—. Siempre ha sido un cuerpo estupendo para mí, y para ti… para los dos. Pero confío en no perderlo cuando haya terminado con él. Espero que te lo comas cuando me descorporice.

—Oh, te comeré, puedes estar segura… a menos que me descorporice yo antes.

—No creo que pase eso. Con tu dominio mucho mayor sobre ese adorable cuerpo, sospecho que puedes vivir varios siglos. A menos que *decidas* descorporizarte antes.

—Podría hacerlo. Pero no ahora. Jill, lo he intentado una y otra vez. ¿A cuántas iglesias hemos asistido?

—A todas las que hay en San Francisco, de todo tipo, creo… Excepto las más pequeñas y secretas, que no están listadas en

ninguna parte. No recuerdo cuántas veces hemos asistido a los servicios de buscadores.

—Eso sólo fue para reconfortar a Patty. Yo no volvería nunca más, si tú no estuvieses segura de que ella lo necesita para saber que no hemos abandonado.

—Lo necesita. No podemos mentirle; tú no sabes hacerlo y yo no puedo engañar a Patty.

—En realidad —admitió él—, los fosteritas son muchos más de los que había creído. Todos retorcidos, por supuesto. En realidad andan torpemente a tientas, como hacía yo cuando estábamos en la feria. Y nunca corrigen sus errores por culpa de esto… —hizo que el libro de Patty se alzara en el aire—, que en su mayor parte no es más que basura.

—Sí, pero Patty no lo ve. Está envuelta en su propia inocencia. Ella es Dios, y obra en consecuencia; sólo que no sabe que lo es.

—Así es —asintió él—. Ésa es nuestra Patty. Lo cree sólo cuando yo se lo digo, con el énfasis adecuado. Pero, Jill, hay otros sitios donde mirar. La ciencia, por ejemplo. A mí, mientras estaba aún en el nido, me enseñaron más acerca de cómo fue ensamblado el universo físico de lo que han averiguado hasta la fecha los científicos humanos. Sé tanto de eso, que ni siquiera puedo hablar con ellos sobre el asunto. Ni siquiera puedo hablarles de algo tan elemental como la levitación. No trato de menospreciar a los científicos… Hacen lo que deben y se orientan hacia el camino correcto; asimilo por completo eso. Pero lo que están tratando de descubrir no es lo que yo ando buscando, ¿entiendes? Uno no asimila un desierto contando sus granos de arena.

»Luego está la filosofía, que se supone que es capaz de abarcarlo todo. ¿Lo hace? Todo filósofo que aparece con algo es exactamente porque ha tropezado con ello… excepto los que se engañan a sí mismos, demostrando sus suposiciones a través de sus conclusiones, en un círculo. Como Kant. Como muchos otros que se muerden la cola. Así que la respuesta, si la hay, debería estar aquí.

Agitó la mano hacia el montón de libros religiosos.

—Sólo que no está. Trozos y fragmentos que parecen verídicos, pero nunca un esquema global… y si hay un esquema, cada vez, sin excepción, te piden que la parte más difícil la suplas con la fe. ¡Fe! ¡Qué sucio monosílabo! Jill, ¿por qué no lo mencionaste cuando me enseñabas la relación de palabras breves que no deben ser usadas en compañía de personas educadas?

Ella sonrió.

—Mike, acabas de hacer un chiste.

—No tenía intención de que fuera un chiste, y no le veo la gracia tampoco. Jill, no he sido bueno para ti… tú solías reírte. No dejabas de reír y sonreír hasta que yo te traspasé mis preocupaciones. Yo no he aprendido a reír; tú en cambio has olvidado cómo hacerlo. En vez de transformarme yo paulatinamente en humano, has sido tú la que has empezado a convertirte en marciana.

—Soy feliz, querido. Probablemente tú no me has visto reírme.

—Si rieras como lo hacías antes en el otro extremo de la calle Market, oiría tu risa. Después de que la risa dejara de asustarme, nunca he dejado de notarla… en especial la tuya. Si asimilase la risa, asimilaría también a la gente, creo. Y entonces podría ayudar a alguien como Pat… o bien enseñarle lo que sé, o aprender lo que ella sabe. O ambas cosas. Podríamos hablar y comprendernos mutuamente.

—Mike, todo lo que necesitas hacer por Patty es verla de vez en cuando. ¿Por qué no lo hacemos, querido? Salgamos de esta terrible niebla. Ahora está en su casa; la feria descansa esta temporada. Vayamos al sur y visitémosla. Siempre he deseado conocer la Baja California; podríamos seguir avanzando con rumbo sur y disfrutar de un clima cada vez más cálido, y nos la llevaríamos con nosotros, ¡eso sí sería divertido!

—De acuerdo.

Ella se puso en pie.

—Déjame ponerme un vestido. ¿Quieres conservar alguno de estos libros? En vez de una de tus habituales limpiezas caseras, podría enviarlos a casa de Jubal.

Él aleteó los dedos, y todos desaparecieron excepto el regalo de Patty.

—Sólo nos llevaremos ése; Pat se daría cuenta si no lo tuviéramos con nosotros. Pero, Jill, en este preciso momento tengo necesidad de ir al zoológico.

—Me parece bien.

—Quiero escupirle a un camello y preguntarle por qué se siente tan avinagrado. Tal vez los camellos sean los auténticos «Ancianos» de este planeta… y eso es lo que esté mal en el lugar.

—Dos chistes en un día, Mike.

—No me estoy riendo. Ni tú. Ni el camello. Quizá él asimile por qué. Vamos. ¿Te parece bien ese vestido? ¿Quieres ropa interior? Observé que la llevabas cuando retiré la otra ropa.

—Oh, sí, por favor, cariño. Hace fresco fuera.

—Muy bien. Arriba —levitó a Jill un par de palmos—. Bragas. Medias. Portaligas. Zapatos. Ahora baja y alza los brazos. ¿Sujetador? No necesitas sujetador. Ahora el vestido… y ya estás presentable de nuevo. Y preciosa, sea eso lo que sea. Tienes un aspecto fantástico. Quizá consiga un empleo como doncella, si no valgo para ninguna otra cosa. Baños, lavados de cabeza, masajes, peinados, vestidos para todas las ocasiones… incluso he aprendido a hacer la manicura a la moda. ¿Eso es todo, *madam*?

—Eres la doncella perfecta, querido. Pero te voy a conservar para mí.

—Sí, asimilo que sí. Tienes un aspecto tan estupendo que me parece que voy a quitarte todo eso y te daré un masaje. Del tipo llamado de acercamiento.

— ¡Oh, sí, Michael!

—Pensé que habías aprendido a esperar. Primero tienes que llevarme al zoo y comprarme cacahuetes.

—Sí, Mike.

* * *

En el parque del Golden Gate soplaba un viento frío, pero Mike no lo notaba y Jill había aprendido a que no tenía por qué sentir el frío o cualquier otra incomodidad si no lo deseaba. Sin embargo, fue agradable relajar su control cuando entraron en la cálida atmósfera de la casa de los monos. Aparte aquel calorcillo, a Jill no le gustaba demasiado ese lugar. Los monos y antropoides se parecían demasiado a las personas, eran demasiado deprimentemente humanos. Jill creía haber terminado para siempre con cualquier tipo de remilgos; había crecido para albergar una alegría ascética, casi marciana, hacia todas las cosas físicas. Las copulaciones y evacuaciones en público de aquellos simios prisioneros no la turbaban como antes lo habían hecho; aquellos pobres animales enjaulados carecían de intimidad, no era culpa suya. Ahora podía contemplarlos sin repugnancia, sin que afectaran sus propios remilgos. Pero la cuestión estribaba en que eran «humanos, demasiado humanos en todo»… cada uno de sus actos, cada una de sus expresiones, cada una de sus aturdidas miradas le recordaban lo que menos le gustaba de los miembros de su propia raza.

Jill prefería la casa de los felinos. Los grandes machos, arrogantes y seguros de sí mismos pese a su cautividad, la plácida maternidad de las grandes hembras, la señorial hermosura de los tigres de Bengala, con la jungla asomando constantemente de sus ojos, la rapidez y el aire mortífero de los pequeños leopardos, con su olor almizcleño que el aire acondicionado no lograba eliminar. Normalmente Mike compartía también sus gustos hacia otras exhibiciones; se pasaría horas allí en el aviario, en el terrario o contemplando las focas. En una ocasión Mike le había dicho que, si

uno tuviera que eclosionar su huevo en el planeta Tierra, nacer león marino sería la mayor corrección. Cuando visitó por primera vez un zoológico, Mike se trastornó mucho; Jill se vio obligada a ordenarle que esperase y asimilase, ya que él había estado a punto de tomar acciones inmediatas para poner en libertad a todos los animales. Finalmente había admitido, tras la argumentación de ella, que la mayoría de aquellos animales no podrían sobrevivir libres en el clima y entorno donde él se había propuesto soltarlos, que un parque zoológico era una especie de nido… de algún tipo. Había seguido esta primera experiencia con varias horas de retraimiento, tras las cuales nunca volvió a amenazar con retirar todos los barrotes, cristales y verjas. Le explicó a Jill que los barrotes estaban allí para mantener a las personas fuera, tanto o más que para conservar a los animales dentro, cosa que al principio no había logrado asimilar. A partir de entonces, Mike nunca dejó de visitar el zoo allá donde fueran y hubiese uno.

Pero hoy, sin embargo, ni la no mitigada misantropía de los camellos pudo extirpar el melancólico humor de Mike. Ni siquiera los monos y antropoides consiguieron alegrarle. Se detuvieron durante un rato frente a una jaula que contenía una familia de caís capuchinos y los observaron comer, dormir, cortejarse, cuidar de los pequeños, peinarse e ir bulliciosamente de un lado para otro de la jaula mientras Jill les lanzaba subrepticiamente cacahuetes, pese a los carteles de «No alimente a los animales».

Arrojó uno a un capuchino de tamaño medio; pero antes de que éste pudiera comérselo, otro ejemplar macho más corpulento no sólo se lo arrebató sino que además le propinó una buena paliza, y luego se alejó. El mono más pequeño no intentó perseguir a su torturador; se acuclilló en la escena del crimen, golpeó con los puños las cáscaras que había en el suelo de cemento y parloteó su impotente rabia. Mike le observó con mirada solemne.

De pronto, el mono maltratado se precipitó hacia un lado de la jaula, agarró a un mono aún más pequeño que él, y le administró una paliza peor aun de la que él había sufrido… tras lo cual pareció quedarse completamente relajado. El tercer mono se escabulló

como pudo, gimoteando, y se acurrucó en los brazos de una hembra que llevaba a otro aún más pequeño, un bebé, a su espalda. Los demás monos no prestaron la menor atención a nada de aquello.

Mike echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada… y siguió riendo, estentórea e incontrolablemente. Jadeó en busca de aliento, las lágrimas brotaron de sus ojos; empezó a temblar y se derrumbó al suelo, sin dejar de reír.

— ¡Basta, Mike!

Dejó de doblarse sobre sí mismo, pero las carcajadas y las lágrimas prosiguieron. Un empleado se acercó presuroso.

— ¿Necesita ayuda, señora?

—No. Sí, sí la necesito. ¿Podría avisar un taxi? Cualquier vehículo, terrestre, aéreo, lo que sea… tengo que sacarle de aquí. No se encuentra bien —añadió.

— ¿Una ambulancia? Parece como si hubiera sufrido un ataque.

— ¡Cualquier cosa!

Pocos minutos después conducía a Mike al interior de un aerotaxi con piloto. Dio la dirección, luego dijo con urgencia:

— Mike, tienes que escucharme. Tranquilízate.

Mike se calmó un poco pero siguió riendo, quedamente primero, luego más fuerte, después quedamente de nuevo, mientras ella le secaba los ojos, durante los pocos minutos que tardaron en llegar a casa. Le metió dentro, le desnudó, le hizo tenderse en la cama.

—Tranquilo, querido. Retráete ahora, si necesitas hacerlo.

—No, estoy bien. Por fin me encuentro bien.

—Espero que sí —suspiró—. Me has dado un buen susto, Mike.

—Lo siento, hermanito. Lo sé. Yo también me asusté la primera vez que oí la risa.

—Mike, ¿qué ocurrió?

—Jill… ¡asimilo a la gente!

— ¿Eh? (¿?)

— (Hablo correctamente, hermanito. Asimilo). Ahora asimilo a las personas, Jill… hermanito… encanto… precioso duendecillo de piernas vivaces y adorables hechizos lascivos con libido licenciosa… hermosas prominencias pectorales y retaguardia sensual… con voz dulce y manos suaves. Mi queridísima muchachita.

—Pero… ¡Michael!

—Oh, conocía todas esas palabras; simplemente no sabía cuándo o por qué pronunciarlas… ni por qué tú deseabas que lo hiciese. Te adoro, amor mío… Ahora también asimilo «amor».

—Siempre lo hiciste. Y yo te quiero… mono adulador. Mi querido.

—«Mono», sí. Acércate, mono hembra, apoya tu cabeza en mi hombro y cuéntame un chiste.

— ¿Simplemente contarte un chiste?

—Bueno, basta con que te arrimes a mí. Cuéntame un chiste que yo no haya oído nunca y observa si me río en el lugar adecuado. Lo haré, estoy seguro… y seré capaz de decirte en *qué* consiste la gracia. Jill… ¡asimilo a las personas!

—Pero, ¿cómo, querido? ¿Puedes decírmelo? ¿Necesitas expresarlo en marciano? ¿O tienes que utilizar el habla mental?

—No, ésa es la cuestión. Asimilo a las personas. *Soy* una persona… así que ahora puedo hablar como las personas. He descubierto por qué se ríe la gente. Se ríen porque algo duele demasiado, porque ésa es la única cosa que puede hacer que deje de doler.

Jill pareció desconcertada.

—Tal vez sea yo la que no es persona. No lo entiendo.

—Ah, pero tú *eres* una persona, pequeño mono hembra. Tú asimilas tan automáticamente que no necesitas pensar en ello. Porque creciste entre personas. Pero yo no. Yo he sido como un cachorro al que había que mantener apartado de los demás perros… que no podía ser como sus amos, y nunca aprendió a ser perro. Así

que era necesario enseñarme. El hermano Mahmoud me enseñó, Jubal me enseñó, mucha gente me enseñó… y tú me enseñaste más que todos. Hoy he obtenido mi diploma, y he reído. Gracias a aquel pobre mono.

— ¿Cuál, querido? Para mí, el grande fue simplemente mezquino… y el pequeño al que le lancé al principio el cacahuete se volvió luego tan mezquino como él, o más. Ciertamente, no hubo nada de divertido en ello.

— ¡Jill, Jill, querida! Te he frotado con demasiadas cosas marcianas. Claro que no fue divertido; fue trágico. Por eso tengo que reír. Estaba mirando aquella jaula llena de monos, y de pronto vi todas las cosas mezquinas y crueles y absolutamente inexplicables que he visto, oído y leído durante el tiempo que llevo entre mi propia gente… y de pronto me hizo tanto daño que me encontré riendo a carcajadas.

—Pero… Mike, querido, reírse es algo que uno hace cuando se encuentra con algo agradable, no ante algo horrible.

— ¿De veras? Piensa en Las Vegas… Cuando todas vosotras, las hermosas chicas del coro, salíais al escenario, ¿se reía la gente?

—Bueno… no.

—Pero vosotras las coristas erais la parte más hermosa del espectáculo. Ahora asimilo que los espectadores os habrían lastimado si se hubiesen echado a reír a vuestra aparición. Pero no, se reían cuando un cómico tropezaba y caía de bruces… o algo por el estilo, que no encierra ninguna corrección.

—Pero la gente no se ríe *sólo* de eso.

— ¿No? Quizá todavía no asimilo por completo. Pero encuéntrame algo que realmente te haga reír, cariño: un chiste, cualquier cosa… algo que te impulse a soltar una auténtica carcajada, no a sonreír. Entonces comprobaremos si hay o no incorrección en alguna parte de ello… y si realmente te echarías a reír en caso de que la incorrección no estuviera allí —meditó—. Asimilo que, cuando los monos aprendan a reír, serán personas.

—Es posible.

Dubitativa pero ansiosa, Jill empezó a rebuscar en su memoria aquellos chistes que había considerado irresistiblemente divertidos, aquellos que había visto u oído y que la habían impulsado a soltar la carcajada de forma irreprimible—:… todo su club de Bridge… ¿Debo hacer una reverencia?… ¡Idiota, ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario!… los objetos del chino… a ella se le rompió la pierna… ¡para fastidiarme a mí!… Pero eso me hará polvo el viaje… y su suegra se desmayó… ¿Te paras? ¡Apuesto tres a uno a que puedes!… algo le ha pasado a Ole… ¡y tú también, buey torpe!

Abandonó las historias «divertidas», señalándole a Mike que no eran más que fantasías, no eran reales, y trató de recordar incidentes auténticos. ¿Bromas pesadas? Todas las bromas pesadas apoyaban la tesis de Mike, incluso las menos pesadas también, como la del vaso que gotea… y en cuanto a la idea de los internos de una broma pesada… bueno, los internos y los estudiantes de medicina deberían ser encerrados en jaulas. ¿Qué más? ¿Aquella vez en que Elsa Mae perdió sus *pantys* con su nombre bordado en ellos? Para Elsa Mae el incidente no tuvo ninguna gracia. ¿O la vez que…?

—Al parecer —reconoció hoscamente—, la caída de espaldas es la cúspide del humor. No es un cuadro muy hermoso de la raza humana, Mike.

— ¡Oh, sí lo es!

— ¿Eh?

—Había pensado… me dijeron que una cosa «divertida» era una cosa correcta. No es así. Ni siquiera resulta graciosa para la persona a quien le ocurre. Como ese *sheriff* sin pantalones. Lo correcto está en la propia risa. Asimilo que es un acto de valor… y una participación… contra el dolor, la amargura y la derrota.

—Pero… Mike, no es correcto reírse *de* las personas.

—No. Pero yo no me estaba riendo del mono. Me reía de *nosotros*. De las personas. Y, de pronto, me di cuenta de que yo también era una persona, y no pude dejar de reír —hizo una pausa —. Esto es difícil de explicar, porque tú nunca has vivido como un

marciano, pese a todo lo que te he explicado al respecto. En Marte, *nunca* sucede nada de lo que reírse. Todas las cosas que resultan graciosas para los humanos no pueden ocurrir físicamente en Marte, o no se permite que ocurran… Cariño, lo que vosotros llamáis «libertad» no existe en Marte; todo está planeado por los Ancianos… o las cosas que ocurren en Marte y de las que nos reímos aquí en la Tierra no son divertidas porque carecen de incorrección. La muerte, por ejemplo.

—La muerte no tiene nada de divertido.

—Entonces, ¿por qué hay tantos chistes sobre la muerte? Jill, para nosotros… para nosotros los humanos… la muerte es algo tan triste que *debemos* reírnos de ella. Todas esas religiones se contradicen unas a otras en todos los demás puntos, pero cada una está repleta de formas de ayudar a la gente a ser lo bastante valiente como para reírse aunque sepan que están agonizando… —dejó de hablar, y Jill pudo sentir que casi había entrado en estado de trance —. Jill… ¿es posible que estuviera buscándolas por el camino equivocado? ¿No podría ser que *todas y cada una* de esas religiones fuesen verdaderas?

— ¿Eh? ¿Cómo podría ser eso posible? Mike, si una de ellas es verdadera, las demás tienen que ser falsas. Es pura lógica.

— ¿De veras? Apunta hacia la dirección más corta en torno del universo. No importa hacia qué lado apuntes, siempre es la dirección más corta… y en realidad estás apuntando a tu propia espalda.

—Bueno, ¿y qué demuestra eso? Tú me enseñaste la verdadera respuesta, Mike: «tú eres Dios».

—Y tú eres Dios, mi amor. No estaba discutiendo eso. Pero ese detalle fundamental, que no depende en absoluto de la fe, puede significar que *todas* las religiones son verdaderas.

—Bueno… si todas son verdaderas, entonces en este preciso momento deseo adorar a Siva —cambió de tema Jill, con una enérgica acción directa.

—Pequeña pagana —dijo Mike en voz baja—. Te expulsarán de San Francisco.

—Entonces iremos a Los Ángeles… donde nadie reparará en nosotros. ¡Oh! ¡Tú eres Siva!

— ¡Danza, Kali, danza!

* * *

En algún momento durante la noche, Jill se despertó y vio a Mike de pie ante la ventana, mirando la ciudad.

— (¿Te ocurre algo, hermano mío?)

Mike dio media vuelta.

—No hay ninguna *necesidad* de que se sientan desdichados.

— ¡Querido, querido! Creo que hubiera sido mejor que te llevara a casa. La ciudad no te sienta bien.

—Pero de todas formas lo hubiera sabido. El dolor, la enfermedad, el hambre, la lucha… no hay *ninguna* necesidad de nada de ello. Es una insensatez tan grande como la de aquellos pequeños monos.

—Sí, querido. Pero tú no tienes la culpa…

— ¡Oh, sí que la tengo!

—Bueno… si tú lo dices… Pero no se trata sólo de una ciudad: son cinco mil millones de personas o más. No puedes ayudar a cinco mil millones de personas.

—Eso es lo que me pregunto.

Avanzó unos pasos y se sentó junto a ella.

—Ahora los asimilo, puedo hablarles. Jill, ahora podría preparar bien nuestro número… y conseguir que los primos se pasaran riendo todos los minutos de nuestra actuación. Estoy seguro.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? A Patty le encantaría… y a mí también. Me gustaba ese ambiente. Y ahora que hemos compartido el agua con Patty, sería como estar en casa.

Mike no respondió. Jill tanteó su mente y se dio cuenta de que estaba contemplando, intentando asimilar. Aguardó.

— ¿Jill? ¿Qué tengo que hacer para ser ordenado?

OceanofPDF.com

CUARTA PARTE — SU ESCANDALOSA CARRERA

OceanofPDF.com

30

El primer cargamento mixto de colonos permanentes llegó a Marte; seis de los diecisiete supervivientes del grupo de los veintitrés originales regresaron a la Tierra. Más colonos en perspectiva se entrenaban en Perú, a cinco mil metros de altura. El presidente de Argentina se trasladó una noche a Montevideo, cargado con dos maletas llenas con lo que pudo meter en ellas; el nuevo presidente inició los trámites de extradición ante el Tribunal Supremo, a fin de obligarle a regresar o, por lo menos, recuperar las dos maletas. Los ritos póstumos para Alice Douglas se celebraron privadamente en la Catedral Nacional con asistencia de menos de dos mil personas, y los comentaristas y locutores de la estéreo fueron unánimes en alabar la digna resignación y fortaleza de ánimo con que el secretario general había aceptado tan terrible pérdida. Un potro de tres años llamado Inflación, cargado con cincuenta y cinco kilos, ganó el Derby de Kentucky y pagó cincuenta y cuatro a uno, y dos huéspedes del Colony Airotel en Louisville, Kentucky, se descorporizaron, el uno voluntariamente, el otro por un fallo cardíaco.

Otra edición pirata de la biografía (no autorizada) *El diablo y el reverendo Foster* apareció simultáneamente en todas las librerías de Estados Unidos. Al anochecer del mismo día todos los ejemplares habían sido quemados y las planchas destruidas, además de producirse como represalia diversos daños incidentales en bienes inmuebles, más una cierta cantidad de destrozos, mutilaciones y asaltos. Se rumoreaba que el Museo Británico poseía una copia de

la primera edición — lo cual era falso —, y la Biblioteca Vaticana otra — lo cual era cierto, aunque la obra sólo estaba disponible para los estudiantes eclesiásticos —.

En la legislatura de Tennessee se presentó de nuevo un proyecto de ley solicitando que pi fuese exactamente igual a tres; fue defendido por el comité de educación y moral públicas, pasó sin objeciones por la Cámara Baja, y murió en comité en la Cámara Alta. Un grupo de fundamentalistas intereclesiales abrió oficinas en Van Buren, Arkansas, con el fin de recaudar fondos para enviar misioneros a los marcianos; el doctor Jubal Harshaw les envió alegremente un espléndido donativo, pero tomó la precaución de remitirlo con el nombre — y la dirección — del director del *Nuevo Humanista*, un fanático ateo y su amigo más íntimo.

Aparte esto, el doctor Harshaw tenía pocos motivos por los que sentirse satisfecho: llegaban demasiadas noticias relativas a Mike últimamente, y todas ellas eran deprimentes. Recordaba con añoranza las ocasionales visitas a casa de Jill y Mike, y se sentía muy interesado por los progresos del Hombre de Marte, sobre todo después de que desarrollara un cierto sentido del humor. Pero ahora acudían a su casa cada vez con menos frecuencia, y a Jubal no le gustaban mucho las últimas novedades.

No se alteró en absoluto cuando Mike fue expulsado del seminario de la Unión Teológica y sometido a una encarnizada persecución intelectual por parte de un grupo de furiosos teólogos, algunos de los cuales estaban frenéticos porque creían en Dios y otros porque no creían… pero todos parecían unidos en detestar al Hombre de Marte. Jubal evaluaba honestamente que cualquier cosa que pudiera pasarle a un teólogo — excepto romperle todos los huesos en el potro — no era otra cosa que lo que él mismo se había buscado, y la experiencia resultaría edificante para el muchacho; la próxima vez lo haría mejor.

Tampoco se sintió preocupado cuando Mike — con la ayuda de Douglas — se alistó bajo un nombre supuesto en las Fuerzas Armadas de la Federación. Tenía la absoluta certeza — gracias a su conocimiento privado — de que ningún sargento sería capaz de

poner a Mike en ningún aprieto serio, y por otro lado no le preocupaba en absoluto lo que pudiera ocurrirles a los sargentos u otros rangos militares; era un viejo e implacable reaccionario. Jubal había quemado su honorable licencia y todo lo que iba con ella el día en que Estados Unidos dejaron de tener sus propias Fuerzas Armadas.

En realidad, a Jubal le habían sorprendido los escasos destrozos creados por Mike como «soldado Jones» y lo mucho que aguantó en las filas: casi tres semanas. Coronó su carrera militar el día que, en el coloquio subsiguiente a una conferencia de orientación, afirmó y sostuvo la absoluta inutilidad del empleo de la fuerza y la violencia — con algunos comentarios adicionales acerca de lo deseable de reducir el exceso de población mediante el canibalismo —; luego se ofreció voluntario como conejillo de Indias frente a cualquier arma de cualquier naturaleza, a fin de demostrar que la fuerza no sólo era innecesaria, sino también literalmente imposible cuando se pretendía emplear contra una persona autodisciplinada. No aceptaron su ofrecimiento, y le expulsaron a patadas.

Pero había habido un poco más que eso. Douglas permitió a Jubal echar un vistazo a un informe supersecreto de alto nivel, accesible sólo a contadísimas personas del más alto rango, tras advertirle que nadie, ni siquiera el jefe supremo del Estado Mayor, sabía que el «soldado Jones» era el Hombre de Marte. Jubal se limitó a ojear los testimonios del expediente, en su mayor parte informes contradictorios de testigos oculares relativos a lo sucedido en diversas ocasiones mientras «Jones» era «entrenado» en el manejo de diversas armas; lo único asombroso para Jubal fue que algunos testigos tuvieran el valor y la confianza suficientes como para declarar bajo juramento que habían visto desaparecer las armas. «Jones» también aparecía tres veces en el informe por haber perdido armas de propiedad de la Federación.

Pero el final del informe era todo lo que a Jubal le interesaba leer meticulosamente para recordar: «Conclusión: El sujeto es un hipnotista natural de extremado talento y, como tal, podría ser

concebiblemente útil en los Servicios de Información, aunque es por completo incompetente para cualquier cuerpo de combate. De todos modos, su bajo cociente intelectual (rozando la imbecilidad), su extremadamente baja clasificación general, y sus tendencias paranoicas (ilusiones de grandeza) hacen poco aconsejable explotar su talento de *idiot—savant*. Recomendación: Licencia inmediata por ineptitud, sin pensión ni beneficio alguno».

Estas pequeñas travesuras eran buenas para el muchacho, y Jubal había disfrutado enormemente con la poco gloriosa carrera de Mike como soldado, puesto que Jill había pasado todo aquel tiempo en la casa. Cuando Mike apareció para pasar unos pocos días después de haber sido licenciado, no pareció dolido por ello: alardeó ante Jubal de que había obedecido con exactitud los deseos de Jill y no había hecho desaparecer a nadie, sólo unas pocas cosas muertas. Aunque, según asimilaba Mike, había habido varias ocasiones en las que hubiera podido hacer que la Tierra fuese un mejor lugar, si Jill no fuera tan pusilánime. Jubal no lo discutió; él también tenía una larga lista, aunque inactiva, de «mejor estarían muertos».

Pero al parecer Mike se las había arreglado para encontrar allí también diversiones. Durante el desfile de su último día como soldado, el comandante general y todo su estado mayor perdieron de pronto sus pantalones mientras el pelotón de Mike pasaba revista… y el sargento mayor de la compañía de Mike cayó de bruces cuando sus zapatos se congelaron momentáneamente y se quedaron pegados al suelo. Jubal decidió que, al adquirir su sentido del humor, Mike había desarrollado también un gusto atroz por las bromas pesadas, pero… qué demonios. El muchacho estaba pasando por una adolescencia retardada; *necesitaba* liberarse de algunos traumas. Jubal recordó con placer un incidente en la Facultad de Medicina en el que intervinieron un cadáver y el decano. Jubal se había puesto guantes de goma para la ocasión, ¡y también aquello fue digno de presenciarse!

La forma única de crecer que tenía Mike era absolutamente correcta; Mike era único. Pero aquella última ocurrencia:

«Reverendo doctor Valentine M. Smith, en servicio activo, doctor en Teología, bachiller en Filosofía, fundador y pastor de la Iglesia de Todos los Mundos»… ¡Mierda! Ya era bastante malo que el muchacho hubiese decidido convertirse en un san Fulano cualquiera, en vez de dejar en paz las almas del prójimo, como debería hacer un caballero. Pero, encima, todos aquellos diplomas oficiosos que había añadido a su nombre… Jubal sintió deseos de vomitar.

Lo peor de todo era que Mike le dijo que había tenido la idea a partir de algo que había oído decir a Jubal sobre qué era una Iglesia y lo que podía hacer. Jubal se vio obligado a admitir que sí, que tal vez había dicho algo acerca de eso, pero que no lo recordaba; era un parco consuelo el que el muchacho supiera lo suficiente de leyes como para haber llegado a la misma conclusión por sí mismo de todos modos.

Pero Jubal tenía que admitir que Mike había preparado la operación con mucha astucia: algunos meses de residencia en un insignificante y muy pobre — en todos los sentidos — instituto sectario, un grado de bachiller obtenido mediante examen, una «llamada» a desempeñar su ministerio seguida por la ordenación en aquella reconocida pero insignificante secta, una disertación doctoral sobre religión comparada que era una maravilla de erudición, al tiempo que esquivaba toda auténtica conclusión — Mike se la había llevado a Jubal para que efectuara una crítica literaria, y Jubal había añadido por reflejo condicionado algunas palabras elusivas —, el premio del «merecido» doctorado, coincidente con una donación — anónima — para la famélica escuela, el segundo doctorado — honorífico — por sus «contribuciones al conocimiento interplanetario» de una universidad que hubiera debido pensarse dos veces las cosas antes de hacerlas, cuando Mike les hizo saber que ése era su precio por participar como atracción en una conferencia sobre estudios del sistema solar. El único y exclusivo Hombre de Marte lo había rechazado todo hasta entonces, desde el Cal—Tech hasta el

instituto del Kaiser Guillermo; no podía culparse a la Universidad de Harvard de haber picado el anzuelo.

Bueno, ahora probablemente debían estar tan colorados como su bandera, pensó cínicamente Jubal. Mike permaneció luego unas pocas semanas actuando como capellán adjutor en la iglesia que había sido su *alma mater*. Luego rompió con la secta a través del correspondiente cisma, y fundó su propia Iglesia, completamente *kosher*, legalmente hermética, tan venerable en sus precedentes como Martín Lutero… y tan nauseabunda como la basura de la semana pasada.

Jubal fue extraído de sus lúgubres meditaciones por Miriam.

— ¡Jefe! ¡Tenemos compañía!

Jubal alzó la vista para ver un aerocoche que estaba a punto de tomar tierra, y se dijo que no se había dado cuenta de la bendición que era una patrulla de los Servicios Especiales hasta que las que montaban guardia en torno de su casa se hubieron retirado.

—Larry, tráeme la escopeta… me juré a mí mismo que acribillaría al imbécil que volviera a posarse sobre los macizos de rosas.

—Está tomando tierra sobre el césped, jefe.

—Bueno, entonces dile que pruebe otra vez. Le abatiremos en la siguiente pasada.

—Parece que es Ben Caxton.

—No lo parece, lo es. Así que le dejaremos vivir por esta vez. ¡Hola Ben! ¿Qué va a tomar?

—Nada, a esta hora temprana del día sólo me hace falta su mala influencia profesional. Necesito hablar con usted, Jubal.

—Ya lo está haciendo. Dorcas, trae a Ben un vaso de leche caliente; está enfermo.

—Sin mucha soda —corrigió Caxton—, y la leche de esa botella con los tres hoyuelos. Una charla en privado, Jubal.

—Muy bien, subamos a mi estudio… aunque si se cree capaz de ocultar algo a los chicos de aquí, hágame saber su método.

Después de que Ben terminase de saludar adecuadamente a los miembros de la familia — y sin miedo al intercambio de microbios en tres de los casos —, se dirigieron escaleras arriba.

— ¿Qué es esto? —dijo Ben—. ¿Me he perdido?

—Oh, así que no había visto las reformas, ¿eh? Una nueva ala al norte, lo cual nos da dos habitaciones y otro baño en la planta baja… y aquí arriba mi galería.

— ¡Hay suficientes estatuas para llenar un cementerio!

—Por favor, Ben. Estatua es lo que se erige a los políticos fallecidos en las esquinas de los bulevares. Esto que ve son «esculturas». Y, por favor, hable en tonos bajos y reverentes si no quiere que me ponga violento… porque aquí tenemos réplicas exactas de algunas de las esculturas más maravillosas que este asqueroso planeta ha producido.

—Bueno, *esa* cosa horrible creo haberla visto antes, pero… ¿cuándo adquirió el resto de todo este lastre?

Jubal le ignoró y le habló con suavidad a la copia de *La bella Heaulmiére*:

—No le escuches, *ma petite chére*… es un bárbaro y no sabe hacerlo mejor —alargó la mano hacia la estropeada mejilla de la escultura, luego tocó con suavidad uno de sus mermados senos—. Me hago cargo de lo que sientes… pero no va a durar mucho. Paciencia, querida.

Se volvió hacia Caxton y dijo secamente:

—Ben, no sé lo que se trae usted en mente, pero tendrá que esperar mientras le doy una lección acerca de cómo han de mirarse las esculturas… aunque es probable que resulte tan inútil como intentar enseñar a un perro a apreciar un violín. Pero ha sido grosero con una dama, y no estoy dispuesto a tolerarlo.

— ¿Eh? No sea tonto, Jubal; usted sí es grosero con las damas… con las vivas, por lo menos una docena de veces al día. Y ya sabe a quiénes me refiero.

— ¡Anne! —gritó Jubal—. ¡Sube! ¡Con la toga puesta!

—Sabe usted que yo nunca sería grosero con la vieja que sirvió de modelo para eso. Nunca. Lo que no puedo comprender es que un individuo que se hace llamar artista tenga la osadía de hacer posar desnuda a la bisabuela de alguien… ni que usted tenga el mal gusto de querer tal esperpento en su casa.

Anne llegó con la toga puesta, no dijo nada. Jubal le preguntó:

—Anne, ¿he sido grosero alguna vez contigo? ¿O con alguna de las chicas?

—Eso es pedir una opinión.

—Eso es precisamente lo que te pido. Tu opinión. No estás ante el tribunal.

—Nunca ha sido usted grosero con ninguna de nosotras, Jubal.

— ¿Recuerdas alguna ocasión en la que me haya portado intencionadamente de una forma grosera con alguna dama?

—Le he visto portarse intencionadamente grosero con una mujer. Pero nunca le he visto ser grosero con una dama.

—Eso es todo. No, una opinión más. ¿Qué piensas de este bronce?

Anne observó atentamente la obra maestra de Rodin, luego dijo despacio:

—Cuando lo vi por primera vez, pensé que era horrible. Pero he llegado a la conclusión de que puede que sea el objeto más hermoso que hayan visto mis ojos.

—Gracias, eso es todo —la muchacha se fue—. ¿Quiere que discutamos el asunto, Ben?

— ¿Eh? Cuando discuto con Anne, el traje se me pone del revés… —Ben contempló la escultura—. Pero no acabo de captarlo.

—Está bien. Atiéndame. Cualquiera puede mirar a una chica guapa y ver una chica guapa. Pero un artista es capaz de mirar a una chica preciosa y ver en ella a la anciana en que llegará a convertirse. Y un artista *mejor* puede mirar a una vieja y ver la chica preciosa que fue en su juventud. Pero un *gran* artista, un

maestro, y eso es lo que fue Auguste Rodin, puede mirar a una vieja, retratarla *exactamente* tal como es en aquel momento… y obligar al que contemple su obra a ver en ella la jovencita preciosa que fue la anciana. Y más que eso: puede conseguir que cualquier persona con la sensibilidad de un armadillo, o incluso usted, vea que esa chica encantadora aún está viva, en absoluto vieja y fea, sino simplemente aprisionada dentro de ese cuerpo arruinado. El gran artista es capaz de hacerle sentir a uno la tranquila e infinita tragedia de una muchacha que nació para no envejecer en su corazón más allá de los dieciocho años… al margen de lo que las despiadadas horas le hicieron a su cuerpo. Mírela, Ben. Envejecer no nos importa a usted o a mí; nunca nacimos para ser admirados… pero a ella sí. ¡Contémplela!

Ben miró la escultura. Finalmente, Jubal dijo con voz hosca:

—Está bien, suénese la nariz y séquese los ojos… ella acepta sus disculpas. Vamos a sentarnos. Ya es suficiente para una sola lección.

—No —respondió Caxton—. Quiero saber sobre esas otras. ¿Qué me dice de ésa de aquí? No me inquieta tanto; ya veo que es una muchacha. Pero, ¿por qué está retorcida como un ocho?

Jubal miró la copia de la *Cariátide caída bajo el peso de su piedra* y sonrió.

—Llámelo un *tour de force* en empatía, Ben. No espero que sea capaz de apreciar las formas y masas que hacen que esa figura sea mucho más que un «ocho»… pero puede apreciar lo que Rodin está diciendo en ella. Ben, ¿qué extrae la gente del hecho de mirar un crucifijo?

—Ya sabe usted lo mucho que voy a la iglesia.

—«Lo poco», querrá decir. Sin embargo, tiene que saber que, como artesanía, las pinturas y esculturas de la Crucifixión son normalmente atroces… y las pinturas, las más realistas utilizadas a menudo en las iglesias, suelen ser las peores: la sangre chorrea como ketchup, y ese ex carpintero es reflejado como si fuese un afeminado… lo cual *no* era así, si hay que creer lo que dicen los

Evangelios. Jesús fue un hombre robusto, probablemente musculoso y con una buena salud. Pero, pese a las casi siempre lamentablemente torpes representaciones de la Crucifixión, para la mayoría de las personas una imagen deficiente es tan efectiva como otra buena. No ven los defectos; todo lo que ven es un símbolo que les inspira las más profundas emociones: les recuerda la Agonía y el Sacrificio de Dios.

—Jubal, creí que no era usted cristiano.

— ¿Y qué tiene que ver con esto? ¿Acaso eso me deja ciego y sordo a la más fundamental emoción humana? Estoy diciendo que el crucifijo de yeso más torpemente pintado o la más barata postal del Nacimiento pueden ser un símbolo suficiente poderoso para evocar en el corazón del hombre emociones tan fuertes, que muchos han muerto por ellas y muchos más viven para ellas. Así que la habilidad artesanal y el juicio artístico con el que se juzga ese símbolo es irrelevante. Y aquí tenemos ahora otro símbolo emocional… trabajado con un arte y una habilidad exquisitos.

»Ben, durante casi tres mil años, los arquitectos diseñaron edificios con columnas en forma de figuras femeninas. Se convirtió en una costumbre tan generalizada, que lo hacían de una forma tan indiferente como un niño pequeño pisa una hormiga. Después de todos esos siglos, fue necesario un Rodin para hacer ver que ése era un trabajo excesivamente pesado para una chica. Pero no se limitó a decir: «Mirad, estúpidos, si debéis diseñarlo así, al menos poned recias figuras de hombres». No, lo *mostró*… y generalizó el símbolo. He aquí a esa pobre cariátide que lo ha intentado, y ha fracasado, derrumbada bajo el peso de su carga. Es una buena chica. Observe su cara. Seria, infeliz a causa de su fracaso, pero sin echarle la culpa a nadie, ni siquiera a los dioses… y aún sigue esforzándose en sostener el peso, después de haberse derrumbado bajo él.

»Pero constituye algo más que buen arte denunciando un arte muy malo: es un símbolo para toda mujer que haya intentado alguna vez llevar sobre sus hombros una carga demasiado pesada, más de la mitad de la población femenina de este planeta, viva y

muerta, calculo. Y no sólo mujeres: el símbolo es asexual. Se refiere a cada hombre y a cada mujer que haya vivido y se haya pasado la vida haciendo gala de fortaleza de ánimo, sin emitir queja alguna, y cuyo valor no ha sido jamás detectado hasta que se han derrumbado, vencidos por el peso de su carga. Es el valor, Ben, y la victoria.

— ¿Victoria?

—Victoria en la derrota; no hay triunfo mayor. Ella no se da por vencida, Ben; sigue intentando alzar esa piedra, después de que la ha aplastado. Ella es un padre de familia yendo a su aburrido trabajo mientras el cáncer devora dolorosamente sus entrañas, a fin de poder llevar a casa un nuevo cheque de la paga para sus chicos. Es una niña de doce años tratando de cuidar a sus hermanitos pequeños porque mamá se ha ido al Cielo. Es la telefonista de una central que se mantiene en su puesto mientras el humo la asfixia y las llamas avanzan y le cortan la retirada. Es todos esos héroes desconocidos que no pueden hacer otra cosa, excepto no abandonar nunca. Vamos. Salude cuando pase por delante de ella y venga a ver mi *Sirenita*.

Ben obedeció al pie de la letra; si Jubal se sorprendió, no hizo comentario alguno.

—Ahora ésta —dijo—. Es la única que Mike no me regaló. Pero no hay necesidad de decirle a Mike por qué la adquirí… aparte el hecho evidente de que es una de las más deliciosas composiciones que han sido concebidas y orgullosamente ejecutadas por los ojos y las manos del hombre.

—Es cierto, sí. No necesita explicación, al menos para mí… ¡Es preciosa!

—Sí. Y eso es una excusa en sí mismo, como ocurre con los gatitos y las mariposas. Pero hay en ella más que eso… y me recuerda a Mike. No es del todo una sirena, ¿ve? Y no es del todo un ser humano. Está sentada en tierra firme, donde ha elegido estar… y contempla eternamente el mar, llena de nostalgia y siempre solitaria por todo lo que ha dejado atrás. ¿Conoces la historia?

—Hans Christian Andersen.

—Sí. Está sentada en el puerto de Kjeibenhavn, Copenhague era su ciudad natal… y representa a todo aquel que alguna vez se ha enfrentado a una elección difícil. No lamenta su elección, pero tiene que pagar por ella; toda elección ha de pagarse. El precio de la suya no es sólo una nostalgia sin fin. Está condenada a no ser nunca humana del todo; cuando utiliza sus tiernamente adquiridos pies, cada paso es sobre cuchillos afilados. Ben, creo que Mike anda siempre sobre cuchillos, pero no es necesario que le diga que yo se lo he contado. No creo que él conozca la historia. Al menos, no creo que sepa que yo la relaciono con él.

—No se lo diré —Ben contempló la réplica—. Prefiero mirarla a ella y no pensar en los cuchillos.

—Es un pequeño encanto, ¿verdad? ¿No le gustaría llevársela a la cama? Probablemente sería tan sugestiva como una foca, y casi igual de escurridiza.

— ¡Maldita sea! Es usted un viejo malvado, Jubal.

—Y cada año que pasa me siento más y más diabólico. Hum… no miraremos a las demás; tres esculturas en una hora es más que suficiente. Por lo general, una por día es mi ración normal.

—Me parece bien. Tengo la impresión de haber bebido tres copas de más con el estómago vacío. Jubal, ¿por qué no tiene todo esto en un sitio donde la gente pueda verlo?

—Porque el mundo se ha vuelto excéntrico, y el arte contemporáneo siempre refleja el espíritu de su época. Rodin creó sus obras más importantes a finales del siglo XIX, y Hans Christian Andersen se le adelantó sólo por unos pocos años. Rodin murió a principios del siglo XX, justo cuando el mundo empezaba a levantar su tapadera… y el arte con él.

»Los sucesores de Rodin se percataron de las cosas sorprendentes que él había hecho con luces y sombras y masas y composiciones, y copiaron esa parte. Lo que no consiguieron ver fue que el maestro contaba una historia y dejaba desnudo el corazón humano. En vez de ello, se dedicaron al «diseño», y se

manifestaron desdeñosos hacia la pintura o escultura que contaba una historia. Con ánimo burlón, calificaron tales obras de «literarias», una palabra sucia. Se dedicaron a la búsqueda y creación de abstracciones, sin dignarse a pintar o tallar nada que tuviera la menor semejanza con el mundo humano.

Jubal se encogió de hombros.

—Los dibujos abstractos están bien como linóleo, o papel decorativo para las habitaciones. Pero el *arte* es el proceso de evocación de la misericordia y el terror, y eso no es abstracto en absoluto, sino muy humano. Lo que hacen los supuestos artistas modernos es una especie de masturbación pseudointelectual no emotiva, mientras que el arte creativo es más parecido a las relaciones sexuales, puesto que a través de él el artista debe seducir, provocar las emociones de su audiencia, cada vez. Esos muchachos que no se dignan hacerlo así, o quizá no sepan, pierden por supuesto el favor del público. De no ser gratificados con interminables subvenciones, se morirían de hambre o haría mucho tiempo que habrían debido ponerse a trabajar. Porque una persona corriente no compra un «arte» que le deja insensible: si lo hace y paga por él, es para desgravarlo en sus impuestos o algo por el estilo.

— ¿Sabe una cosa? Siempre me he preguntado por qué la pintura o la escultura me importaban un comino, pero pensaba que era algo que me faltaba a mí, como el daltonismo.

—Hum. Uno ha de aprender a contemplar el arte, del mismo modo que uno ha de saber francés para leer un libro impreso en francés. Pero, en general, a los artistas les corresponde utilizar un lenguaje que todo el mundo pueda entender, no ocultarlo debajo de algún código privado, como Pepys y su diario. La mayoría de esos bufones ni siquiera *quieren* emplear el lenguaje que usted y yo sabemos o estamos en condiciones de aprender; prefieren burlarse de nosotros y mostrarse complacidos de sí mismos porque «no conseguimos» adivinar el punto al que se dirigen. Si es que van a alguna parte… La oscuridad es normalmente el refugio de la incompetencia. Ben, ¿usted me llamaría artista a mí?

— ¿Eh? Bueno, nunca había pensado en ello. Escribe bastante bien.

—Gracias. «Artista» es una palabra que procuro evitar, por las mismas razones que odio que me llamen «doctor». Pero *soy* un artista, aunque menor. Admito que la mayor parte de mi producción sólo sirve para ser leída una vez, y ni siquiera eso para las personas ajetreadas que ya saben lo poco que tengo que decir. Pero soy un artista honesto, porque lo que escribo va destinado conscientemente a cierta clientela; llega al lector y cala en él, posiblemente con lástima y terror… o, si no, en el peor de los casos, lo distrae del tedio de sus horas con un guiño o una buena idea. Pero *nunca* le escondo nada expresándome en un lenguaje particular, ni busco el elogio de otros escritores hacia mi «técnica» u otras tonterías.

»El único elogio que me interesa es el sonido del dinero que paga el cliente al comprar mis relatos, un dinero que me llega a mí porque yo he llegado a él. O eso, o nada. Apoyo para las artes… ¡*merde*! ¡Un artista subvencionado por el Gobierno es una puta incompetente! Maldita sea, ha pulsado usted uno de mis botones. Déjeme llenarle su vaso y dígame qué bulle en su cabeza.

—Hum. Jubal, soy desgraciado.

— ¿Eso es una noticia, acaso?

—No. Pero han caído sobre mí una nueva serie de complicaciones —Ben frunció el entrecejo—. Supongo que no hubiera debido venir aquí. No necesito cargarle a usted con más peso. No estoy seguro de querer hablar de ellas…

—De acuerdo. Pero, puesto que está aquí, puede aprovechar para escuchar las mías.

— ¿*Usted* tiene complicaciones? Jubal, siempre he pensado que era usted el único hombre capaz de dominar todas las situaciones desde todos los ángulos.

—Hum… en algún momento tendré que hablarle de mi vida matrimonial. Pero sí, estoy en apuros ahora. Algunos de ellos son evidentes. Duque se ha marchado. ¿Lo sabía, o no?

—Sí, lo sabía.

—Larry es un buen jardinero… pero la mitad de los artilugios que mantienen en funcionamiento toda esta cabaña de troncos se están cayendo a pedazos. No sé cómo reemplazar a Duque. Los buenos mecánicos para todo escasean… y los capaces de encajar con esta casa, ser un miembro más de la familia en todos los sentidos, son casi inexistentes. Voy renqueando gracias a los chapuceros que vienen de la ciudad: cada visita es una molestia, todos los que vienen a reparar algo llevan el latrocinio en el alma, y la mayor parte de ellos son incapaces de utilizar el destornillador sin cortarse las manos. Yo también soy incapaz, así que me encuentro a su merced. Tengo que contratar ayuda. O trasladarme a la ciudad, Dios no lo permita.

—Se me parte el corazón, Jubal.

—Olvide los sarcasmos, eso es sólo el principio. Los mecánicos y los jardineros son convenientes, pero para mí las secretarias son esenciales. Dos de las mías están embarazadas, y la tercera va a casarse.

Caxton se quedó atónito. Jubal gruñó:

—Oh, no se crea que son historias de salida de colegio. Las chicas son presumidas como ellas solas… no hay nada secreto en ello. Seguro que en estos momentos están irritadas conmigo porque le he traído aquí arriba enseguida, sin darles tiempo de fanfarronear ante usted. Así que sea gentil y ponga cara de sorpresa cuando se lo digan.

—Hum, ¿cuál es la que se prepara para el matrimonio?

— ¿No es evidente? El novio feliz es ese refugiado de una tormenta de arena, nuestro estimado hermano de agua de habla suave, Stinky Mahmoud. Le dije llanamente que van a tener que vivir *aquí* mientras permanezcan en este país. El muy bastardo se limitó a reírse y dijo que cómo podía ser de otro modo… tras lo cual señaló que hacía mucho tiempo ya que le habían invitado a vivir permanentemente aquí —Jubal soltó un bufido—. No sería tan malo, si él simplemente quisiese hacerlo. Así incluso podría conseguir algún trabajo de *ella*. Quizá.

—Es muy probable que lo consiguiera. A ella le gusta trabajar. ¿Y las otras dos están embarazadas?

—Más altas que una cometa. Estoy poniendo al día mis conocimientos de obstetricia porque ambas dicen que quieren tenerlos en casa. ¡Lo que van a hacerle un par de crios pequeños a mis hábitos de trabajo! Peor que unos gatitos. Pero, ¿por qué supone usted que ninguna de esas turgentes barrigas pertenece a la novia?

—Oh… Bueno, supongo que porque me parece que Stinky es más convencional que eso… o quizá más cauteloso.

—A Stinky le tendría sin cuidado. Ben, en los ochenta o noventa años que llevo estudiando el tema, intentando seguir los meandros de sus pequeñas mentes retorcidas, lo único que he averiguado con certeza es que, cuando una muchacha se descarría, simplemente se descarría. Todo lo que un hombre puede hacer es cooperar con lo inevitable.

Ben pensó a regañadientes en las veces en que había tenido que recurrir a la velocidad de sus pies… y en las otras veces en las que no había sido lo bastante rápido.

—Sí, tiene razón. Bueno, ¿cuál es la que no se va a casar ni ha hecho nada? ¿Miriam? ¿O Anne?

—Alto, no he dicho tampoco que la novia estuviese embarazada… y de todos modos usted parece creer que la esposa en perspectiva es Dorcas. No ha tenido los ojos abiertos. Es Miriam la que está estudiando árabe como loca, para poder hacerlo bien.

— ¿Eh? ¡Bueno, ni que fuera un babuino bizco!

—Evidentemente, lo es.

—Pero Miriam siempre estaba metiéndose con Stinky…

—Y pensar que han confiado en usted para darle una columna periodística sindicada. ¿Ha observado alguna vez a un grupo de chicas estudiantes de sexto grado?

—Sí, pero… Dorcas lo hizo todo, excepto interpretar la danza de las bayaderas.

—Así es el natural de Dorcas, su comportamiento normal con todos los hombres. También lo usó con usted… aunque supongo que usted estaba demasiado preocupado en otro lado como para darse cuenta. No importa. Tan sólo asegúrese, cuando Miriam le enseñe su anillo del tamaño de un huevo de *roc*, de que manifiesta la debida sorpresa. Y que me maldiga si le he dicho algo de lo otro, así que asegúrese de mostrarse sorprendido también. Tan sólo recuerde que se sienten muy complacidas con ello… razón por la cual le he traído aquí antes, a fin de que no cometiera el error de pensar que ellas se consideran «atrapadas». No lo están. Nunca lo han estado. Son presumidas. —Jubal suspiró—. Pero yo no. Me estoy volviendo demasiado viejo para disfrutar oyendo los pasos de unos piececitos… pero no quiero perder los servicios de unas secretarias perfectas, y de unas chicas a las que aprecio, como bien sabe, por *ningún* motivo, si puedo inducirlas de algún modo a quedarse. Sin embargo, debo decir que esta casa se ha desorganizado mucho desde que Jill le puso la zancadilla a Mike. No es que se lo reproche… ni creo que usted lo haga tampoco.

—No, no lo hago, pero… Jubal, déjeme decirlo claramente: ¿tiene usted la impresión de que fue Jill la que instó a Mike a que la cortejara?

— ¿Eh? —Jubal pareció sorprendido, luego pensó en aquello, y tuvo que reconocerse que nunca había llegado a saberlo… que simplemente lo había supuesto, a partir del hecho de que, cuando llegó el momento de tomar una decisión, Jill había sido la que se había marchado con Mike—. ¿Quién fue, entonces?

—«No seas fisgón, muchacho», como usted mismo diría. Si ella desea decírselo, se lo dirá. Sin embargo, Jill me dijo… me quitó la idea de la cabeza cuando llegué a la misma conclusión que usted —Ben meditó unos instantes—. Tal como yo lo entiendo, el hecho de cuál de los dos se anotó el primer tanto fue más o menos cuestión de azar.

—Hum… sí. Creo que tiene razón.

—Jill también opina lo mismo. Excepto que ella piensa que Mike tuvo una enorme suerte al seducirla, o al dejarse seducir (si

empleo el verbo correcto), por la persona más adecuada para echar a andar con buen pie. Lo cual puede darle una pista, si sabe cómo funciona la mente de Jill.

—Demonios, ni siquiera sé cómo funciona la mía… y en cuanto a Jill, nunca hubiera esperado que le diera por predicar, no importa lo fuerte que la golpeara el amor; lo que equivale a confesar que tampoco sé cómo funciona su mente.

—Jill no predica mucho; ya llegaremos a eso. Jubal, ¿qué está mirando en el calendario?

— ¿Eh?

—Sé lo que está pensando. Cree que lo hizo Mike… en ambos casos. O está comprobando si sus visitas a casa encajan con alguno de los dos.

Jubal se puso a la defensiva.

— ¿Por qué dice esto, Ben? Yo no he dicho nada que pueda inducirle a suponer tal cosa.

—Un cuerno no lo ha dicho. Dijo que eran presumidas, las dos. Conozco demasiado bien el efecto de ese maldito superhombre sobre las mujeres.

—Alto, hijo: es nuestro hermano de agua.

—Lo sé… —dijo Ben con tono ecuánime—, y yo también le aprecio. Si alguna vez decidiera hacerme homosexual, Mike sería mi única elección. Pero ésa es una razón más para comprender el por qué se muestran presumidas.

Jubal miró su vaso.

—Quizá simplemente tengan esperanzas. Ben, me parece que su nombre debería figurar en la lista de sospechosos, antes incluso que el de Mike.

— ¡Jubal, ha perdido usted la cabeza!

—Tómeselo con calma. Nadie está intentando casarle con nadie, se lo prometo… Vaya, ni siquiera he pintado de blanco mi escopeta. Aunque no soy curioso y nunca he comprobado el contenido de ninguna cama de esta casa, y créame, por los mil

millones de nombres de Dios, que siempre he mantenido la creencia de que lo mejor es no meter las narices en los asuntos del prójimo… no por eso, aunque tal vez haya perdido la cabeza, una «última hipótesis» más de una vez este último par de años, dejo de tener una vista y un oído normales. Y si una banda de música desfila a través de mi casa tocando en *fortissimo*, termino por darme cuenta de ello. Ha dormido usted bajo este techo docenas de veces. Dígame, ¿durmió, al menos una de esas noches, solo?

— ¡Oh, viejo bribón! Eh… dormí solo la primera noche que pasé aquí.

—Dorcas debió perderse la cena aquella noche. No, recuerdo que estaba usted bajo los efectos de un fuerte sedante… no cuenta. ¿Alguna otra noche? ¿Sólo una?

—Su pregunta es irrelevante, capciosa y fuera de lugar para mí.

—Ésa es una respuesta adecuada, supongo. Pero, por favor, observe que los dormitorios que he añadido están lo más lejos posible del mío. La construcción a prueba de ruidos nunca es perfecta.

—Jubal, me parece que *su* nombre debería estar más arriba que el mío en esa lista.

— ¿Qué?

—Sin mencionar a Larry y a Duque. Jubal, casi todo el mundo que le conoce supone que tiene usted aquí el harén más fantástico imaginable desde que los sultanes quedaron fuera del negocio. Oh, no me interprete mal… le *envidian*. Pero creen también que es usted un viejo chivo lujurioso.

Jubal tamborileó en el brazo de su sillón antes de responder.

—Ben, normalmente no me importan las impertinencias de los jóvenes. Como sabe usted muy bien, las animo. Pero en algunos asuntos insisto en que se traten con respeto mis años. Éste es uno de ellos.

—Lo siento —dijo Ben, tenso—. Pensé que, si usted tenía derecho a meterse con mi vida sexual, no le importaría el que yo

fuese igualmente franco con la suya.

— ¡No, no, no, Ben!… No me ha entendido. Su pregunta era en toda regla y no tocaba ningún tema al que yo no le hubiera invitado. A lo que me refiero es a que exijo a las chicas que me traten respetuosamente… sobre todo en lo que a este asunto se refiere.

—Oh…

—Como ya le he indicado, soy viejo… completamente viejo. Ya que estamos solos, me siento feliz de decirle que aún me siento lascivo. Pero mi lascivia no me domina, y no soy un macho cabrío. Prefiero la dignidad y el autorrespeto a entregarme a pasatiempos que, créame, ya disfruté en gran medida en su tiempo y no necesito repetir. Ben, un hombre de mi edad, que parece un desecho humano en sus estadios más depresivos, puede atraer lo suficiente a una joven como para llevarla a la cama… y posiblemente animarla un poco y darle las gracias por el cumplido; pero no hay que llamarse a engaño. Sólo lo podrá hacer gracias a tres medios: primero, dinero… o segundo, su equivalente en testamentos o cesión de bienes o algo parecido y… Una pausa para una pregunta: ¿Imagina a cualquiera de esas tres chicas… esas cuatro, déjeme incluir a Jill… acostándose con un hombre por alguna de *esas* dos razones?

—No. Categóricamente no… ninguna de ellas.

—Gracias, señor. Me asocio sólo con damas; veo que lo reconoce. El tercer incentivo es el más femenino de todos. Una muchacha joven y dulce puede, y a veces lo hace, llevar a la cama a una reliquia de hombre porque le tiene cariño, siente lástima por él y desea proporcionarle un poco de felicidad. ¿Tendría aplicación esa razón aquí?

—Hum. Sí, Jubal, creo que es posible. Con cualquiera de ellas cuatro.

—También yo lo creo. Aunque odiaría malditamente que alguna de ellas sintiera lástima por mí. Pero esa tercera razón, que cualquiera de esas cuatro damas tal vez encontrase suficiente, *no* es suficiente motivación para mí. No la aceptaría. Tengo mi dignidad,

señor… y espero conservar la razón el tiempo suficiente como para extinguirme por mí mismo si alguna vez parezco a punto de cometer ese desliz. Así que, por favor, borre mi nombre de la lista.

Caxton sonrió.

—De acuerdo, viejo carcamal quisquilloso. Espero que yo, cuando tenga su edad, no sea tan difícil de tentar.

Jubal esbozó una sonrisa.

—Créame, es mejor sentir la tentación y resistir, que no resistirse y verse decepcionado. Volvamos ahora a Duque y Larry: no sé nada, ni me importa. Siempre que alguien viene aquí, para vivir y trabajar como un miembro más de la familia, dejo bien claro que esto no es una fábrica donde se explota a los obreros ni un prostíbulo, sino un hogar. Como tal, combina la anarquía y la tiranía sin el menor asomo de democracia, lo mismo que en cualquier familia bien gobernada; es decir, que todo el mundo puede hacer lo que le plazca excepto cuando yo doy órdenes, las cuales nadie tiene derecho a discutir.

»Pero mi tiranía nunca se ha extendido a la vida amorosa. Todos los muchachos que viven aquí han elegido siempre mantener sus asuntos privados razonablemente privados. Por lo menos —Jubal sonrió tristemente— hasta que la influencia marciana hizo que las cosas se escaparan un poco de las manos… lo cual le incluye también a usted, mi querido hermano de agua. Pero Duque y Larry han sido más contenidos, en uno u otro sentido. Quizá no hayan parado de arrastrar a las chicas detrás de todos los matorrales. Pero, si es así, yo no lo he visto, y nunca se han oído los gritos.

Ben pensó en añadir algo a la relación de los hechos, pero decidió dejarlo.

—Entonces usted cree que ha sido Mike.

Jubal frunció el entrecejo.

—Sí. Creo que ha sido Mike. Esa parte no tiene nada que objetar: ya le dicho que las chicas se muestran presumidamente alegres… y yo no estoy en la ruina. Además hay que tener en

cuenta el hecho de que puedo sangrarle a Mike cualquier cantidad que quiera sin necesidad de decírselo a ellas. A los niños no les faltará nada. Pero, Ben, lo que me preocupa es el propio Mike. Mucho.

—Y a mí, Jubal.

—También me preocupa Jill. Hubiera debido nombrar a Jill.

—Oh… Jubal, Jill no es el problema… excepto para mí, personalmente. Y ésa es mi mala suerte. No le guardo rencor. Es Mike.

—Maldita sea, ¿por qué no puede ese muchacho volver a casa y olvidar ese obsceno aporrear el púlpito?

—Hum… Jubal, eso no es todo lo que está haciendo —Ben hizo una pausa, luego añadió—. Acabo de regresar de allí.

— ¿Eh? ¿Por qué no lo dijo?

Ben suspiró.

—Primero quiso hablar usted de arte, luego quiso contarme sus penas, después chismorrear un poco. ¿Qué oportunidad he tenido?

—Oh… de acuerdo. Tiene la palabra.

—Volvía de cubrir la conferencia de Ciudad del Cabo; estrujé un día en mi agenda y les visité. Lo que vi me asustó terriblemente… tanto que de vuelta me detuve en Washington sólo el tiempo suficiente para dejar preparadas unas cuantas columnas y luego vine directo hasta aquí. Jubal, ¿no puede hacer que Douglas cierre el grifo de esta operación?

Jubal negó con la cabeza.

—En primer lugar, no lo haría. Lo que Mike haga con su vida es asunto exclusivamente suyo.

—Lo haría si hubiese visto lo que yo vi.

— ¡No yo! Pero, en segundo lugar, no puedo. Ni Douglas tampoco.

—Jubal, usted sabe muy bien que Mike aceptaría cualquier decisión que usted tomase acerca de su dinero. Es probable que ni

siquiera lo entendiese… y ciertamente no lo cuestionaría.

— ¡Oh, por supuesto que lo entendería! Ben, recientemente Mike hizo testamento; lo redactó él mismo, sin ayuda de ningún abogado, y me lo envió para que se lo criticara. Debo decir que era uno de los documentos más legalmente astutos que haya visto nunca. Reconocía que poseía más riquezas de las que sus herederos podían llegar a gastar, así que usaba la mitad de su dinero para respaldar la otra mitad… y todo ello ligado de tal modo que cualquiera que intentara impugnar el testamento se pondría en contra de sí mismo. Es un documento terriblemente cínico al respecto, y está lleno de trampas no sólo contra posibles reclamantes de la herencia de sus padres legales y de sus padres naturales (sabe que es bastardo, aunque ignoro cómo lo averiguó), sino también contra cualquier miembro de la tripulación de la *Envoy*.

»Además, incluye una forma de lo más hábil para rechazar ante los tribunales a cualquier supuesto heredero desconocido que se presente con ánimo litigante y una buena reclamación *prima facie*… Y todo ello ligado de tal modo, que cualquiera sentiría tentaciones de derribar al Gobierno antes que de impugnar el testamento. Además, demostraba que sabía exactamente las acciones, bonos, obligaciones y propiedades que poseía. No pude encontrar *nada* que criticar… —incluidas, pensó Jubal, sus disposiciones a tu favor, hermano mío—. Luego se tomó la molestia de depositar originales holográficos en varios lugares… y copias en media docena de cerebros de testigos honestos de confianza. ¡Así que no me diga que puedo tomar decisiones respecto a su dinero sin que él sepa lo que he hecho!

Ben pareció malhumorado.

—Me gustaría que pudiese.

—Pero no puedo. Sin embargo, eso no es más que el principio. Aunque pudiera, tampoco serviría de nada. Mike no ha sacado ni un dólar de su cuenta de gastos en el plazo de casi un año. Lo sé, porque Douglas me llamó para preguntarme si no creía que la mayor parte de su saldo debería ser reinvertido. Mike no se había

molestado en contestar a sus cartas. Le dije que eso era su problema… pero que, si yo fuera mayordomo, seguiría siempre las últimas instrucciones de mi amo.

— ¿Ninguna retirada de fondos? Jubal, está gastando enormes cantidades.

—Quizá esa alborotadora Iglesia suya dé beneficios.

—Eso es lo más extraño del asunto. La Iglesia de Todos los Mundos no es en realidad una Iglesia.

— ¿Qué es, entonces?

—Oh, primariamente es una escuela de idiomas.

—Repítame lo que dijo.

—Para enseñar la lengua marciana.

—Bueno, no hay nada malo en eso. Aunque en tal caso, no debería llamarla Iglesia.

—Bueno, supongo que *es* una Iglesia, dentro de la definición legal.

—Mire, Ben… si se quiere, una pista de patinaje es una Iglesia. Para ello sólo hace falta que cualquier secta alegue que patinar resulta básico para su fe y una parte indispensable de su adoración. Ni siquiera haría falta llegar tan lejos… simplemente bastaría con afirmar que el patinaje representa una función deseable aunque no esencial paralela a lo que es la música religiosa en la mayoría de las Iglesias. Si se puede cantar a mayor gloria de Dios, también puede patinarse con idéntico fin. Créame, esto no es nuevo siquiera. Hay templos en Malasia que no son, para el profano, más que albergues en los que se da hospedaje y manutención a serpientes… pero el propio Tribunal Supremo los considera «Iglesias» tan dignas de protección como nuestras propias sectas.

—Bueno, Mike también cría serpientes, además de enseñar el marciano. Pero, Jubal, ¿no hay *nada* ilegal?

—Hum. Eso es un caso delicado. Hay algunas restricciones menores, concedido. Normalmente, una Iglesia no puede cobrar por leer el porvenir o invocar los espíritus de los muertos… pero puede aceptar ofrendas… y luego dejar que la costumbre haga que las

«ofrendas» se conviertan de hecho en unos honorarios. Los sacrificios humanos son ilegales en todas partes, pero estoy completamente seguro de que se practican en muchos lugares del mundo… y probablemente aquí mismo, en esta antigua «tierra de la libertad y hogar de los valientes». La forma de hacer bajo la pantalla de la religión cualquier cosa que de otro modo sería suprimida, consiste en hacerla en el sanctasanctórum y mantener fuera a los gentiles. ¿A qué vienen sus temores, Ben? ¿Acaso Mike está haciendo algo que pueda conducirle a la cárcel o a la horca?

—Hum, no sé. Probablemente no.

—Bueno, si es cauteloso… Los fosteritas han demostrado cómo salirse con bien de casi cualquier cosa. Ciertamente de muchas más de las que motivaron que Joseph Smith fuera linchado.

—De hecho, Mike ha copiado muchas cosas de los fosteritas. Esa parte es la que me preocupa.

—Pero, ¿qué es exactamente lo que le preocupa?

—Oh, Jubal, éste tiene que ser un asunto de «hermano de agua».

—De acuerdo, había supuesto eso. Estoy preparado para enfrentarme a las tenazas al rojo vivo y al potro si es necesario. ¿Debo llevar veneno en una muela ahuecada?

—Hum, se supone que los miembros del círculo interior son capaces de descorporizarse siempre que quieran… no hace falta veneno.

—Lo siento, Ben. Nunca he llegado tan lejos. No importa. Conozco otros métodos adecuados para poner en práctica la única defensa final contra el tercer grado. Le escucho.

—Cualquiera puede descorporizarse a voluntad, ellos me lo han dicho… con sólo aprender antes el marciano. No importa. Jubal, ya le he indicado que Mike cría serpientes. Me refiero a ello en sentido tanto figurado como literal… aquel lugar es un pozo de serpientes. Asqueroso.

»Pero déjeme describírselo. El templo de Mike es un lugar enorme, casi un laberinto. Un gran auditorio para las reuniones

públicas, otro más pequeño para las asambleas por invitación, diversas salas de menor tamaño… y alojamientos, un montón de alojamientos. Jill me envió un radiograma diciéndome dónde debía ir, así que aterricé por la parte de la entrada a los alojamientos, que da a la calle de atrás del templo. Los alojamientos están encima del auditorio principal, y son el lugar más privado en el que uno puede alojarse sin dejar de vivir en la ciudad.

Jubal asintió.

—Tiene sentido. Tanto si tus actos son legales como si son ilegales, los vecinos escandalosos son siempre nefastos.

—En este caso la idea fue *muy* buena. Un par de puertas exteriores me permitieron el acceso. Primero fui registrado por algún dispositivo detector, aunque no localicé cámara alguna. Franqueé otras dos puertas automáticas y una que hubiera detenido la incursión de todo un pelotón de los Servicios Especiales… y llegué a un tubo impulsor. Jubal, no era un tubo impulsor normal. No lo controlaba el pasajero, sino alguien que no estaba a la vista. Otra prueba más de que deseaban intimidad y estaban dispuestos a conseguirla: una incursión de los Servicios Especiales hubiera necesitado equipo especial de escalada para subir por allí. No había escaleras en ninguna parte. Tampoco daba la sensación de moverse como un tubo impulsor normal… francamente, yo los evito siempre que puedo; me producen náuseas.

—Yo nunca he utilizado ninguno, y jamás los utilizaré —dijo Jubal con firmeza.

—Ése no le hubiera importado. Era como flotar hacia arriba de una forma tan suave como una pluma.

—No yo, Ben. Desconfío de las máquinas. Muerden. Sin embargo —añadió—, debo admitir que la madre de Mike fue uno de los mejores ingenieros de todos los tiempos y su padre, su auténtico padre, un piloto número uno y un competente ingeniero, o mejor… y ambos en el nivel de genios. Si Mike ha mejorado los tubos impulsores hasta adaptarlos para los humanos, no debería sorprenderme.

—Es posible. Subí hasta lo más alto y fui depositado sin tener que mover un dedo ni depender de las redes de seguridad… a decir verdad no vi ninguna. Crucé nuevas puertas automáticas que se abrieron para mí, y desemboqué en una enorme sala de estar. ¡Enorme! Con un mobiliario extraño y más bien austero. Y aún hay quien opina que usted tiene aquí una casa rara, Jubal.

—No puedo imaginar por qué. Sólo es sencilla y cómoda.

—Bueno, comparada con esa cosa extraña que tiene Mike, esta casa no es más que la Escuela Particular para Señoritas Refinadas de Tía Jane. Apenas había entrado allí cuando vi lo primero, y no pude creerlo. Una chica, tatuada desde la barbilla hasta la punta de los pies… y sin ninguna otra maldita cosa encima. Demonios, ni siquiera una hoja de parra… y estaba tatuada *por todas partes*. ¡Algo fantástico!

—Es usted un patán metropolitano, Ben —dijo Jubal tranquilamente—. Hace años conocí a una dama tatuada. Una muchacha encantadora. Intensa en algunos aspectos. Pero dulce.

—Bueno… —concedió Ben—, sólo le estaba dando mi primera impresión. Esa chica también es estupenda, una vez uno se ajusta al suplemento gráfico… y al hecho de que siempre va con una serpiente encima. En realidad es ella quien las cría, no Mike.

Jubal agitó la cabeza.

—Me pregunto si por casualidad no será la misma mujer. Las mujeres cubiertas de tatuajes suelen ser más bien escasas estos días. Pero la dama que conocí, hará ahora treinta años… demasiado mayor para ser ésa, supongo… sufría el habitual y vulgar pánico a las serpientes, en exceso, incluso. Sin embargo, a mí me encantan las serpientes. Siento curiosidad por conocer a su amiga; espero poder hacerlo.

—Lo hará cuando visite a Mike. Ella es una especie de mayordomo suyo… y una sacerdotisa, si me perdona la expresión. Su nombre es Patricia… pero la llaman «Pat» o «Patty».

— ¡Ah, sí! Jill me ha hablado de ella; la tiene en gran estima. Sin embargo, nunca me mencionó los tatuajes. Probablemente no

creyó que fuera importante. O quizá no era asunto mío.

—Pues tiene poco más o menos la edad adecuada para ser esa amiga suya. Cuando dije «chica» le estaba dando mi primera impresión. A primera vista aparenta tener veintitantos años; pero ella asegura que ésa es la edad de su hijo mayor. Sea como sea, la verdad es que acudió al trote a mi encuentro, toda ella una gran sonrisa, me echó los brazos al cuello y me besó. «Tú eres Ben, lo sé. ¡Bienvenido, hermano! ¡Te ofrezco agua!»

»Usted ya me conoce, Jubal. Llevo en el periodismo ya no sé cuántos años, y he rodado por todos lados. Pero *nunca* había sido besado por una chica totalmente desconocida, vestida sólo con tatuajes… y que estaba decidida a ser tan amigable y afectuosa como un cachorrillo de *collie*. Me sentí azorado.

—Pobre Ben. Me sangra el corazón.

— ¡Maldita sea, a usted le habría ocurrido exactamente lo mismo!

—No. Recuerde, yo ya conocí a una dama tatuada. Los tatuajes hacen que se sientan completamente vestidas… y casi se resienten de tener que ponerse ropa encima. O al menos, así era por lo que se refiere a mi amiga Sedako. Era japonesa. Claro que los japoneses no tienen la misma conciencia del cuerpo que tenemos nosotros.

—Bueno —murmuró Ben—, Pat no tiene tampoco exactamente conciencia de su cuerpo… sólo de sus tatuajes. Cuando muera quiere que la disequen, desnuda, como homenaje a George.

— ¿George?

—Perdón. Su esposo. Está en el cielo, para mi alivio… aunque ella habla de él como si el hombre acabara de salir a tomar una cerveza. Mientras, ella se comportaba como si esperase que se armara algo en cualquier momento. Pero, en esencia, Pat es una dama… y no permitió que mi azoramiento durase mucho…

OceanofPDF.com

31

Patricia rodeó con sus brazos a Ben Caxton y le estampó el beso completo de hermandad antes de que él supiera lo que se le había venido encima. De inmediato ella se dio cuenta de su turbación, y también se sorprendió. Michael le había dicho que le esperase, había estampado en su mente el rostro de Ben y le había explicado que Ben era un hermano completo, del Nido Interior, y ella sabía que el acercamiento entre Jill y Caxton era de segundo nivel, después del de Jill y Michael. Éste era necesariamente del primero, puesto que Michael era la fuente y el manantial de todo su conocimiento del agua de la vida.

Pero era algo innato en Patricia el sentir un deseo infinito de hacer a las personas tan felices como ella, así que frenó la marcha. Invitó a Ben a librarse de su ropa, pero sin apremiarle. Sólo para pedirle que se quitase los zapatos, con la explicación de que el Nido era amable con los pies descalzos; el corolario no formulado era que los zapatos de calle no eran amables con el Nido, que estaba tan suave y limpio como únicamente los poderes de Mike eran capaces de conseguir, como Ben podía ver por sí mismo.

Aparte de eso, se limitó a mostrarle el lugar donde podía dejar colgada cualquier prenda que considerara quitarse, y se apresuró a prepararle una copa. No le preguntó sus preferencias; las sabía por Jill. Simplemente supuso que esta vez él elegiría un martini doble antes que un escocés con soda; el pobre muchacho parecía cansado. Cuando regresó con las bebidas, Ben estaba descalzo y se había quitado la chaqueta.

—Hermano, que nunca tengas sed.

—Compartamos el agua —asintió él, y bebió—. Pero en *esto* hay un mínimo de agua.

—La suficiente —respondió ella—. Mike dice que el agua puede estar por completo sólo en el pensamiento; es el compartir lo que cuenta. Asimilo que habla correctamente.

—Asimilo. Y esto es justamente lo que necesito. Gracias, Patty.

—Lo nuestro es tuyo y lo tuyo es nuestro. Nos alegramos de tenerte sano y salvo en casa. En estos momentos los demás están asistiendo a los servicios, o atendiendo a la enseñanza. Pero no hay prisa; vendrán cuando la espera se haya colmado. ¿Te gustaría echar un vistazo a tu nido?

Aún desconcertado pero interesado, Ben se dejó guiar por la mujer. Algunos lugares eran más bien comunes: una cocina enorme con una barra en un extremo… más bien escasa de utensilios y con el mismo tipo de suelo amable—con—los—pies que todos los demás sitios, pero notable por el único aspecto de su tamaño; una biblioteca aún mejor surtida que la de Jubal; cuartos de baño amplios y lujosos; dormitorios…

Ben decidió que debían de ser dormitorios, aunque no contenían cama alguna, sino tan sólo suelos, que eran más blandos y suaves que en los demás sitios. Patty los llamó «niditos», y le mostró el que solía utilizar ella para dormir.

Contenía sus serpientes.

Uno de sus lados había sido acondicionado para albergarlas cómodamente. Ben dominó su desagrado hacia las serpientes hasta que llegó a las cobras.

—No hay ningún peligro —le aseguró la mujer—. Al principio poníamos un cristal delante de ellas. Pero Michael les ha enseñado que no deben cruzar esta línea.

—Creo que confiaría más en el cristal.

—De acuerdo, Ben.

En un tiempo notablemente breve volvió a colocar la barrera de vidrio, delante y arriba. Caxton se sintió aliviado cuando se fueron de allí, aunque llegó a acariciar a Cariñito cuando ella le invitó a hacerlo. Antes de regresar a la enorme sala de estar, Pat le mostró otra habitación. Era grande, circular, con el suelo tan mullido como el de los dormitorios, y sin ningún mueble. En el centro había una piscina redonda.

—Éste es el Templo Íntimo, donde recibimos a los nuevos hermanos que entran en el Nido —avanzó un poco e introdujo un pie en el agua—. ¿Quieres compartir el agua y acrecentar el acercamiento? ¿O prefieres limitarte a nadar?

—Oh, ahora no.

—La espera es —asintió Pat.

Volvieron a la sala de estar, y Patricia fue a buscarle otra copa. Ben se acomodó en un grande y cómodo sofá… luego se levantó casi de inmediato. El sitio era demasiado caluroso para él, aquella primera copa le estaba haciendo sudar, y reclinarse en un asiento que se ajustaba demasiado a los contornos de su cuerpo aumentaba aún más el calor. Decidió que era una maldita tontería seguir vestido como lo haría en Washington. Además, Patty seguía sin nada encima excepto tinta de tatuaje, y una serpiente toro que se había enrollado alrededor de sus hombros durante la última parte de la visita, un reptil que le hubiera quitado toda tentación si no hubiera resultado evidente desde un principio que Patty no intentaba ser provocativa.

Se comprometió hasta el extremo de quedarse en calzoncillos, y colgó el resto de su ropa en el vestíbulo. Mientras lo hacía, vio un cartel impreso en la parte interior de la puerta por la que había entrado: «Recuerda que debes vestirte».

Decidió que, en aquella extraña casa, aquel gentil aviso podía ser necesario para cualquier distraído. Luego observó algo más que se le había pasado por alto al entrar, ya que su atención se había visto atraída de inmediato por la decorada Patty. A ambos lados de la puerta había dos grandes cuencos del tamaño de pequeños toneles… llenos de dinero.

Más que llenos… Los billetes de la Federación, de distintas denominaciones, desbordaban los cuencos y se derramaban por el suelo.

Estaba contemplando aquella improbabilidad cuando regresó Patricia.

—Aquí está tu bebida, hermano Ben. Acerquémonos en la Felicidad.

—Hum, gracias —sus ojos regresaron al dinero.

Patricia siguió la dirección de su mirada.

—Debes pensar que como ama de casa soy una calamidad, Ben… y lo soy. Michael hace que todo resulte tan sencillo, la limpieza y lo demás, que a menudo olvido las cosas —se agachó, recogió el dinero que había en el suelo y lo metió en el cuenco menos lleno.

—Patty, ¿qué demonios es eso?

— ¿Eh? Oh, lo tenemos aquí porque ésta es la puerta que da a la calle. Si alguno de nosotros sale del Nido… yo misma lo hago casi a diario para ir a comprar comida… puede necesitar dinero. Por eso lo ponemos aquí, donde a uno no se le olvide coger un poco.

— ¿Quieres decir… así, sin más ni más? ¿Coger un puñado y salir?

—Vaya, por supuesto, querido. Oh, ya sé lo que quieres decir. Pero aquí nunca hay nadie excepto nosotros. Ningún visitante, nunca. Si alguno de nosotros tiene amigos fuera… todos nosotros los tenemos, por supuesto… la parte de abajo está llena de hermosas habitaciones, del tipo al que están acostumbrados los de fuera, donde podemos encontrarnos con ellos. Este dinero no puede tentar a ninguna persona de carácter débil.

— ¡Hey! Yo soy bastante débil…

Ella rió quedamente ante el chiste.

— ¿Cómo puede tentarte lo que ya es tuyo? Tú formas parte del Nido.

—Hum… supongo que sí. Pero, ¿qué me dices de los ladrones?

Trató de calcular cuánto dinero contendrían aquellos cuencos. La mayor parte de aquellos billetes parecían ser grandes… Demonios, en el suelo había uno con tres ceros que a Patty se le había pasado por alto.

—Entró uno, la semana pasada.

— ¿De veras? ¿Cuánto robó?

—Oh, nada. Michael lo alejó.

— ¿Llamó a los polis?

— ¡Oh, no, no! Michael *nunca* entregaría a nadie a los polis. Asimilo que sería una incorrección. Michael se limitó a… —se encogió de hombros— alejarle. Luego Duque reparó el agujero del tragaluz en el cuarto donde está el jardín… ¿te lo enseñé? Es estupendo, con el suelo de hierba. Pero recuerdo que tú también tienes un suelo de hierba, Jill me lo dijo. Allí fue donde Michael vio uno por primera vez. ¿Está toda tu casa así?

—Sólo la sala de estar.

—Si alguna vez voy a Washington, ¿me dejarás pasear por él? ¿Tenderme sobre la hierba? Por favor…

—Claro que sí, Patty. Oh… es tuyo.

—Lo sé, querido. Pero no está en el Nido, y Michael nos ha enseñado que es bueno preguntar, aunque sepamos que la respuesta es sí. Me tenderé en el suelo y sentiré la hierba contra mí, y me colmará de felicidad el encontrarme en el «nidito» de mi hermano…

—Serás más que bienvenida, Patty —Ben miró los tatuajes a la vista, pensó que le importaba un comino lo que pensaran sus vecinos… pero confió en que dejara atrás las serpientes—. ¿Cuándo quieres ir?

—No lo sé. Cuando la espera se colme. Quizá lo sepa Michael.

—Bueno, avísame si puedes, para estar en la ciudad cuando vayas. Si no, Jill conoce siempre el código de mi puerta… lo

cambio de tanto en tanto. Patty, ¿no lleva nadie la cuenta de este dinero?

— ¿Para qué, Ben?

—Oh, la gente acostumbra hacerlo.

—Bueno, nosotros no. Simplemente sírvete cuando salgas… luego depositas lo que te haya quedado cuando vuelvas a casa, si te acuerdas. Michael me dijo que los mantuviera siempre llenos. Si el nivel baja, le pido un poco más.

Ben dejó a un lado el asunto, aturdido por la simplicidad del arreglo. Tenía ya una cierta idea — del propio Mike y de segunda mano de Jill y Jubal — del comunismo carente de dinero de la cultura marciana; podía ver que Mike había establecido allí una avanzadilla de ese sistema… y aquellos cuencos señalaban el punto de transición por el que uno pasaba de la economía marciana a la terrestre. Se preguntó si Patty sabía que todo aquello era falso, un disfraz mantenido gracias a la enorme fortuna de Mike. Decidió no preguntarlo.

—Patty, ¿cuántas personas hay en el Nido?

Experimentó un ligero conato de preocupación acerca de que estaba adquiriendo demasiados hermanos con quienes compartir sin su consentimiento, pero rechazó la idea como ridícula; después de todo, ¿por qué iba a querer exprimirle ninguno de ellos? Aparte tenderse en su alfombra de hierba, él no tenía ollas de oro a cada lado de su puerta.

—Veamos… casi veinte, contando los hermanos novicios que aún no piensan realmente en marciano y no han recibido las órdenes.

— ¿Tú has sido ordenada, Patty?

—Oh, sí. Pero casi toda mi labor consiste en enseñar. Doy clases de marciano a los que empiezan, y ayudo a los hermanos novicios y cosas así. Y Dawn y yo… Dawn y Jill son las dos sumas sacerdotisas. Dawn y yo somos fosteritas bastante conocidas, especialmente Dawn, así que trabajamos juntas en la tarea de demostrar a los demás fosteritas que la Iglesia de Todos los Mundos

no está en conflicto con la Fe, del mismo modo que ser anabaptista no le impide a un hombre formar en las filas de los masones… —le mostró a Ben el beso de Foster, le explicó su significado, y luego le mostró el milagroso compañero puesto allí por Mike—. Todos ellos saben lo que representa el beso de Foster y lo difícil que es ganárselo… y han presenciado algunos de los milagros de Mike, y muchos están maduros para hacer el esfuerzo de ascender hacia el círculo superior.

— ¿Es un esfuerzo?

—Naturalmente que lo es, Ben… para ellos. En tu caso y en el mío, y en el de Jill, y en el de unos pocos más (tú los conoces a todos), la cosa fue sencilla porque Michael nos llamó directamente a la hermandad. Pero, a los otros, Michael empieza por enseñarles primero la disciplina: no una fe, sino un sistema para comprender la fe mediante el trabajo. Lo cual significa que han de empezar por aprender marciano. Eso no es fácil; yo tampoco soy perfecta en ello. Pero trabajar y aprender es pura felicidad. Has preguntado por el tamaño del Nido; déjame ver: Duque, Jill, Michael… dos fosteritas, Dawn y yo, un judío circunciso y su esposa y cuatro hijos…

— ¿Niños en el Nido?

—Oh, más de una docena. No aquí, sino en el nido de los polluelos, justo fuera de aquí; nadie podría meditar con chiquillos gritando y alborotando alrededor. ¿Quieres verlo?

—Hum… después.

—Una pareja católica no casada, con un niño pequeño… excomulgados, lamento decirlo; su párroco se enteró del asunto. Michael tuvo que proporcionarles una ayuda especial; fue un golpe terrible para ellos, y tan absolutamente innecesario… Se levantaban temprano cada domingo para ir a misa como de costumbre, pero los niños hablan. Una familia mormona del nuevo cisma… eso hace tres más, y sus chicos. El resto son la mezcla habitual de protestantes, y un ateo… es decir, uno que creía que era ateo hasta que Michael le abrió los ojos. Vino con ánimo de burlarse; se quedó para aprender, y dentro de poco tiempo será sacerdote.

»Esto hace, hum, diecinueve adultos. Estoy casi segura de que ésa es la cifra correcta, aunque resulta difícil de decir, puesto que rara vez se encuentran todos en el Nido al mismo tiempo, excepto para nuestros propios servicios en el Templo Íntimo. El Nido se ha construido para albergar a ochenta y uno… es decir un «tres lleno», o tres veces tres multiplicado por sí mismo… pero Michael dice que habrá mucha espera antes de que se necesite un nido mayor, y que para entonces ya habremos construido otros más. Ben, ¿te gustaría presenciar un servicio externo y ver cómo lo lleva Mike, en vez de escucharme a mí decir tonterías? Michael estará predicando ahora.

—Oh, sí, me encantaría, si no es demasiado trastorno.

—Podrías ir por ti mismo. Pero me gustará ir contigo… y no tengo ninguna otra cosa que hacer en estos momentos. Espera un segundo, querido, mientras me pongo decente.

—Jubal, volvió al cabo de un par de minutos cubierta por una túnica, no muy distinta de la toga de testigo de Anne pero con un corte diferente, con mangas en alas de ángel, cuello alto y la marca registrada que utiliza Mike para la Iglesia de Todos los Mundos: nueve círculos concéntricos y un sol convencionalizado, bordados encima del corazón. Ese atuendo era una túnica de sacerdotisa, su vestimenta; Jill y las otras sacerdotisas vestían del mismo modo, excepto que la de Pat era opaca, de densa seda sintética, y el cuello era lo suficientemente alto como para cubrir sus dibujos. También se había puesto medias de malla densa, o quizá calcetines, y llevaba unas sandalias en la mano.

»Aquellas prendas la cambiaban por completo, Jubal. La investían de una gran dignidad. Su rostro es muy agradable, y pude darme cuenta de que era considerablemente mayor de lo que había supuesto en un principio, aunque no la diferencia de veinte años que ella asegura. Posee una piel exquisita, y pensé que era una vergüenza haberla estropeado con todos aquellos tatuajes.

»Yo me había vuelto a vestir. Me pidió solamente que siguiera descalzo por el momento, porque no iríamos por el camino por el que yo había llegado. Me condujo a través del Nido hasta salir a un

pasillo; nos detuvimos allí el tiempo suficiente para calzarnos y luego descendimos un par de pisos por una rampa hasta alcanzar una galería. Era una especie de anfiteatro que dominaba el auditorio principal. Mike estaba de pie en un estrado. No había púlpito ni altar. Sólo era una sala de conferencias, con un gran símbolo de Todos los Mundos pintado en la pared detrás de él. Había una sacerdotisa con Mike en el estrado y, a aquella distancia pensé que era Jill, pero no lo era; se trataba de otra mujer que se le parece un poco y es casi tan hermosa como ella. La otra suma sacerdotisa, Dawn Ardent.

— ¿Qué nombre ha dicho? —interrumpió Jubal.

—Dawn Ardent… nacida Higgins, si quiere ser tan exigente.

—La conozco.

—Ya sé que la conoce, pretendido chivo retirado. Ella pierde la chaveta por usted.

Jubal negó con la cabeza.

—Aquí hay algún error. La «Dawn Ardent» a la que me refiero apenas intercambió unas palabras conmigo, hará cosa de dos años. No es posible que se acuerde de mí.

—Le recuerda. Compra todos sus bodrios comerciales baratos en cinta, bajo todos los seudónimos que ha sido capaz de rastrear. Se va a dormir con ellos, normalmente, y le proporcionan sueños felices. O eso dice ella. Además, no hay la menor duda de que sabe quién es usted. Esa gran sala de estar, y el Nido propiamente dicho, tiene sólo *una* pieza de adorno, si me disculpa la palabra: una fotografía a tamaño natural, en color, de su cabeza. Da la impresión de que le hubieran decapitado, y su rostro exhibe una sonrisa espantosa. Se trata de una instantánea que Duque le tomó a escondidas.

— ¡Maldito mocoso!

—Jill se lo pidió, a espaldas de usted.

— ¡Dos mocosos, entonces!

—Señor, habla usted de la mujer a la que quiero… aunque no soy el único dentro de esa distinción. Fue Mike quien la convenció.

Agárrese, Jubal: es usted el santo patrón de la Iglesia de Todos los Mundos.

Jubal puso cara de horror.

— ¡No pueden hacerme eso!

—Ya lo han hecho. Pero no se preocupe; no es oficial, y no se ha hecho público. Pero Mike le atribuye a usted todo el mérito, dentro del Nido y sólo entre los hermanos de agua, de haber instigado todo el espectáculo. Dice que le explicó tan bien las cosas que finalmente fue capaz de imaginar cómo adaptar la teología marciana a la idiosincrasia de los humanos.

Jubal pareció a punto de vomitar. Ben siguió:

—Me temo que no puede evitarlo. Pero, además, Dawn opina que es usted hermoso. Aparte esa absurda peculiaridad, sin embargo, es una mujer inteligente… y absolutamente encantadora. Pero me estoy desviando del tema. Mike nos vio enseguida, saludó con la mano y dijo: «¡Hola, Ben! Luego nos vemos…», y siguió su plática.

»Jubal, no voy a intentar citarle; hubiera debido usted oírle. No parecía un sermón, y no llevaba ropas místicas… sólo un traje de lino sintético blanco, elegante y bien cortado. Sonaba como un maldito vendedor de coches usados, de los buenos. Soltaba chistes y explicaba parábolas… nada de ello puritano precisamente, pero nada tampoco realmente obsceno. Su esencia era una especie de panteísmo. Una de las parábolas era aquel viejo cuento de la lombriz que, mientras está cavando, tropieza con otra y exclama: «¡Oh, qué hermosa eres! ¡Qué encantadora! ¿Quieres casarte conmigo?» Y la otra responde: «No seas tonta, ¿no ves que soy tu otra punta?». ¿No lo había oído antes?

— ¿Oírlo? ¡Yo lo escribí!

—No me había dado cuenta de que fuera *tan* viejo. Mike le saca mucho partido. Su idea es que, cuando alguien se encuentra con otro ser asimilante… Bien, él no dice «asimilante» en este punto… cualquier otro ser vivo, hombre, mujer o gato extraviado, lo que hace uno es encontrarse con su «otra punta», y el universo es

sólo algo pequeño que zurramos entre todos la otra noche para entretenernos y luego acordamos olvidar la broma. Todo ello planteado de una forma muy recubierta de azúcar, y con un extremo cuidado de no pisarles los pies a los competidores.

Jubal asintió y se mostró huraño.

—Solipsismo y panteísmo. Unidos pueden explicarlo *todo*. Cancelan cualquier hecho inconveniente, reconcilian todas las teorías e incluyen todas las realidades e ilusiones que uno quiera nombrar. El problema es que sólo son algodón de azúcar: todo gusto y ninguna sustancia, y tan insatisfactorios como resolver un relato diciendo: «…y entonces el niño cayó de la cama y despertó; sólo era un sueño».

—No la tome conmigo sobre esto; tómela con Mike. Pero créame, hacía que sonara convincente. Una vez se interrumpió y dijo: «Debéis estar aburridos de tanta charla…», y le gritaron: «¡No!»… Se lo digo, los tenía realmente en un puño. Pero alegó que su voz estaba cansada y que, de todos modos, dentro de una Iglesia tenía que haber milagros y aquello era una Iglesia, aunque no tuviera ninguna hipoteca. «Dawn, tráeme la caja de los milagros». Y entonces hizo un asombroso juego de manos… ¿Sabía que actuó de mago en una feria?

—Supe que había estado en una. Pero nunca me aclaró la naturaleza exacta de su vergüenza.

—Es todo un mago prestidigitador; hizo trucos que me dejaron confuso. Claro que no hubiera importado aunque les hubiera hecho tan sólo los trucos con las cartas que aprenden los niños; los tenía en el bolsillo. Finalmente se detuvo y dijo, como disculpándose: «Se espera que el Hombre de Marte haga maravillas… así que realizo algunos milagros en cada reunión. No puedo evitar ser el Hombre de Marte; es algo que me ocurrió. Pero los milagros pueden ocurriros a *vosotros* también, si los deseáis. No obstante, para poder ver algo más que estos milagros de vía estrecha, tenéis que entrar en el Círculo. Me entrevistaré luego con aquellos que quieran aprender de veras. Que pasen las tarjetas».

Ben se aclaró la garganta.

— Patty me explicó lo que Mike estaba haciendo realmente: «Esta muchedumbre no son más que primos, querido… personas que han venido atraídas por la curiosidad o quizá impulsadas por algunos de los nuestros que ya alcanzaron uno de los círculos internos». Jubal, Mike tiene la cosa organizada en nueve círculos, como los grados de iniciación de una logia… y a nadie se le dice que *hay* otro círculo más interior hasta que ha madurado lo suficiente como para ingresar en él. «Ésta es la presentación que hace Mike del asunto», me dijo Patty, «y la hace tan fácilmente como respirar, mientras sondea al mismo tiempo a los asistentes y los evalúa, se mete dentro de sus cabezas y decide cuáles de ellos son posibles candidatos. Quizá uno de cada diez. Por eso se extiende tanto. Duque está detrás de aquella verja, y Michael le dice a qué primos evaluar, dónde se sientan y todo lo demás. Michael le transmite esa información… y despide a los que no le interesan. Dawn se encarga de esa parte, después de recibir el diagrama de los asientos de Duque».

— ¿Cómo arreglan eso? —preguntó Harshaw.

—No lo vi, Jubal. ¿Importa? Hay una docena de medios para separar del rebaño a los que les interesan, siempre que Mike sepa quiénes son y haya elaborado alguna forma de señalárselo a Duque. Patty afirma que es clarividente y lo dice con el rostro muy serio. Y… ¿sabe?, yo no descartaría esa posibilidad. Pero inmediatamente después pasaron la colecta. Mike ni siquiera lo hizo al estilo habitual de las iglesias, con música suave y dignos monaguillos. Dijo que nadie creería que aquello era un servicio religioso si no había colecta… así que la incluía, pero con una diferencia. Uno podía poner o coger dinero… cada cual a su gusto.

Y así, Dios me ayude, pasaron una colección de cestitos ya llenos de dinero. Mike no dejaba de decirles que esto era lo que había dejado la última congregación que se había ido, así que cada cual se sirviera, en el caso de estar sin un centavo o hambriento y lo necesitara. Pero que si consideraban que debían dar algo, que lo diesen. Que compartieran con los demás. Simplemente que hicieran una cosa o la otra… que pusieran algo o cogieran algo. Cuando lo

vi, pensé que había descubierto un sistema más para desembarazarse de parte del dinero que le sobra.

—No estoy seguro de que pierda dinero en eso —dijo Jubal, pensativo—. Ese truco, adecuadamente planteado, debería dar como resultado que más gente diera más… con sólo unos pocos tomando algo. Y probablemente muy pocos. Diría que es muy difícil que alguien meta la mano y coja dinero cuando la gente a ambos lados está dándolo… a menos que lo necesite realmente.

—No lo sé, Jubal… pero entiendo que se muestran tan indiferentes hacia esas colectas como hacia ese montón de billetes en los cuencos de arriba. Pero Patty me arrancó rápidamente de allí cuando Mike pasó el servicio a sus sumas sacerdotisas. Fui llevado a un auditorio mucho más pequeño, donde acababan de iniciarse los servicios para el séptimo círculo interior… gente que llevaba ya varios meses como mínimo perteneciendo allí y había hecho progresos. Si es que *eso* eran progresos…

»Jubal, Mike fue directamente de un sitio a otro, y yo no pude ajustarme al cambio. Esa reunión externa era mitad conferencia popular y mitad puro entretenimiento… pero en este otro auditorio se celebraba un rito casi vudú. Esta vez Mike se había puesto una túnica; parecía más alto, ascético y vehemente; hubiera podido jurar que le fulguraban los ojos. El lugar estaba débilmente iluminado, y había una música lánguida que, sin embargo, hacía que uno sintiera deseos de bailar. Esta vez Patty y yo tomamos asiento en un diván que había condenadamente cerca de una cama. Soy incapaz de decir en qué consistía exactamente el servicio. Mike les cantaba en marciano, ellos le respondían en marciano… excepto el estribillo: «¡Tú eres Dios! ¡Tú eres Dios!», que despertaba siempre el eco de alguna palabra marciana que me provocaría dolor de garganta si tratase de pronunciarla.

Jubal emitió un sonido chasqueante.

— ¿Era eso? —preguntó.

— ¿Eh? Sí, creo que sí… teniendo en cuenta su horrible acento. Jubal… ¿Me ha puesto *usted* el anzuelo? ¿Ya sabía todo eso? ¿Ha intentado sonsacarme?

—No. Stinky me la enseñó. Él dice que es herejía de la peor especie. Según como él lo ve, quiero decir; a mí no me importa un rábano. Es la palabra marciana que Mike traduce por «Tú eres Dios». Pero nuestro hermano Mahmoud asegura que ni siquiera se aproxima a una posibilidad de traducción. Es el universo proclamando su autoconsciencia… o el «*peccavium*» con una total ausencia de contrición… o una docena de cosas más, todas ellas intraducibles. Stinky confiesa que no sólo no puede traducirse, sino que él en realidad no la comprende, ni siquiera en marciano… excepto que es una mala palabra, la peor posible en su opinión, y mucho más cerca del desafío de Satanás que de la bendición de un Dios benévolo. Adelante. ¿Eso fue todo? ¿Sólo un puñado de fanáticos gritándose unos a otros en marciano?

—Oh… Jubal, no gritaban, y no me pareció nada fanático. En algunos momentos sus voces apenas pasaban del susurro; la sala estaba casi en silencio. Luego aumentaban ligeramente de volumen, un poco, pero no mucho. Mantenían una especie de ritmo, una pauta, como una cantata, como si llevaran ensayándolo mucho tiempo… y, sin embargo, no tuve la impresión de que lo hubiesen ensayado; más bien parecía como si todos fueran una sola persona, entonando para sí misma lo que sentía en ese momento. Jubal, usted ha visto cómo se animan los fosteritas…

—Demasiado, lamento decirlo.

—Bien, esto no era en absoluto la misma clase de frenesí; todo se desarrollaba con calma y sencillez, como cuando a uno le va venciendo el sueño. Era algo intenso, de acuerdo, y se acentuaba de una manera uniforme, pero… Jubal, ¿ha asistido alguna vez a una sesión espiritista?

—Sí. He probado todo lo que he podido, Ben.

—Entonces ya sabe cómo puede ir aumentando la tensión sin que nadie se mueva o diga una palabra. Se parecía mucho más a eso que a una conmemoración a gritos, o al más relajado de los servicios religiosos. Pero no era suave; entrañaba un hervor terrible.

—La palabra técnica es «apolíneo».

— ¿Eh?

—En contraposición a «dionisíaco». Y ambas son más bien procusteanas, lamento decirlo. La gente tiende a simplificar el término «apolíneo» como suave, tranquilo y frío. Pero apolíneo y dionisíaco son dos caras de una misma moneda: una monja de rodillas en su celda, completamente inmóvil y con los músculos faciales relajados, puede hallarse en un éxtasis religioso más frenético que cualquier sacerdotisa de Pan Príapo celebrando el equinoccio primaveral. El éxtasis está en el cráneo, no en la realización de un programa de ejercicios… —Jubal frunció el entrecejo—. Otro error común consiste en identificar apolíneo con «bueno»… simplemente porque nuestras sectas más respetables son apolíneas en sus ritos y preceptos. Mero prejuicio local. Prosiga.

—Bien… de todos modos las cosas no eran allí tan tranquilas como una monja en sus devociones. No se limitaban a permanecer sentados y dejar que Mike les entretuviera; iban de un lado para otro, cambiaban de asientos, y no había duda de que se estaban besuqueando. Sólo besuqueando, creo, aunque la luz era escasa y resultaba difícil ver de uno a otro banco. Una muchacha se dirigió hacia nosotros, pero Patty le hizo alguna seña de que nos dejara, así que simplemente nos besó y se marchó —sonrió—. Fue un buen beso, de todos modos, aunque no se entretuvo con él. Yo era la única persona que no llevaba túnica; me sentía tan llamativo como un traje espacial en un salón de baile. Pero ella no pareció darse cuenta.

»Todo el asunto parecía lo más natural del mundo… y, sin embargo, estaba tan coordinado como los músculos de una bailarina. Mike se mantenía ocupado; a veces allá delante, otras vagando entre los demás. En un momento determinado me dio un apretón en el hombro y besó a Patty, sin prisa pero sin pausa. No me habló. Detrás del lugar que ocupaba cuando parecía presidir la reunión había una especie de artilugio parecido a un espejo mágico, o posiblemente un gran tanque estéreo; lo empleaba para sus «milagros». Aunque en este círculo nunca usó esa palabra, al menos en inglés. Jubal, todas las Iglesias prometen milagros, pero

siempre son música celestial ayer y música celestial mañana; nunca música celestial hoy.

—Hay excepciones —le interrumpió Jubal de nuevo—. Muchos de ellos son realizados como un asunto de rutina… *exempli gratia* entre muchos: los cristianos científicos y los católicos romanos.

— ¿Católicos? ¿Se refiere a Lourdes?

—El ejemplo incluía Lourdes, por todo lo que vale. Pero me refería al milagro de la transustanciación, al que apela cada sacerdote católico al menos una vez al día.

—Hum… Bueno, no puedo juzgar algo tan sutil como un milagro. En cuanto a los cristianos científicos, no pienso discutir; si me rompo una pierna, prefiero avisar a un matasanos.

—Entonces mire dónde pone los pies —gruñó Jubal—. No me moleste con sus fracturas.

—Nunca se me ocurriría. No quiero a ningún condiscípulo de William Harvey.

—Harvey podía reducir una fractura. Prosiga.

—Sí, ¿pero qué me dice de sus condiscípulos? Jubal, esas cosas que cita como milagros tal vez lo sean… pero los que Mike ofrece son ostentosos, el tipo de cosas que cualquier cliente que haya pagado podría ver. O es un experto ilusionista, alguien que haría parecer torpe al fabuloso Houdini… o un asombroso hipnotizador.

—Puede que sea ambas cosas.

—O ha maniobrado los cables del circuito cerrado de la estereovisión hasta el punto de que simplemente no pueda distinguirse de la realidad por sus efectos especiales. O «apaga y vámonos, querida».

— ¿Cómo es posible que se niegue a aceptar usted los *auténticos* milagros, Ben?

—Los he incluido en el «apaga y vámonos». No es una teoría que me guste. Sea cual sea el sistema que usara, fue una buena función. Las luces se encendieron detrás de él, y allí estaba un león

de negra melena, en una pose tan mayestática y tranquila como un guardián de bronce en la escalinata de una biblioteca, mientras un par de corderitos jugueteaban a su alrededor. El león se limitó a parpadear y bostezar. Desde luego, en Hollywood son capaces de filmar esos efectos cada día… pero parecía real, tanto que tuve la impresión de que olía al león; sin embargo, eso también pudo estar falsificado.

— ¿Por qué insiste en la falsificación?

— ¡Maldita sea, trato de juzgar imparcialmente!

—Entonces no se eche tan atrás, que está a punto de caerse de espaldas. Procure emular a Anne.

—Yo no soy Anne. En aquel momento me abstuve de juzgar; no hice más que reclinarme en mi asiento y disfrutar del espectáculo. Ni siquiera me irritó el que no pudiera comprender la mayor parte de lo que se decía; tenía la sensación de que pese a todo captaba su música. Mike ejecutó un sinfín de milagros… o números de ilusionismo. Levitaciones, y cosas así. No me sentí crítico. Estaba dispuesto a disfrutar de aquello como si fuera un buen espectáculo. Patty se dirigió hacia el extremo del auditorio después de susurrarme que yo continuase donde estaba.

»—Michael acaba de decirles que todo aquel que no se sienta preparado para ingresar en el círculo siguiente deberá retirarse ahora —me informó.

»—Entonces será mejor que me marche yo también —le dije.

»—Oh, no, querido —me contestó—. Tú perteneces al Noveno Círculo… ya lo sabes. Sigue ahí sentado, vuelvo enseguida —y se fue.

»No creo que nadie se marchara. Aquel grupo estaba formado por miembros del Séptimo Círculo que estaban a punto de ascender. Casi sin que me diera cuenta, las luces volvieron a encenderse… ¡y allí estaba Jill!

»Jubal, definitivamente, aquello no parecía estereovisión. Jill se me quedó mirando y me sonrió. Oh, ya sé, si un actor contempla directamente la cámara, sus ojos se encuentran con los tuyos, no

importa dónde estés sentado. Pero si Mike había arreglado aquello también, debería patentar el sistema. Jill llevaba un atuendo de lo más extraño: de sacerdotisa, supongo, pero no como los otros. Mike empezó a decir algo, para ella y para nosotros, parcialmente en inglés; algo sobre la Madre de Todos, la unidad de muchos, y empezó a llamarla con una serie de nombres… Y con cada nombre, su vestido *cambiaba*.

* * *

Ben Caxton se puso rápidamente alerta cuando las luces se encendieron detrás del sumo sacerdote y vio a Jill Boardman allí de pie, por encima y detrás del sacerdote. Parpadeó y se aseguró que no había sido engañado por la luz y la distancia. ¡Era Jill! Le miraba directamente y le sonreía. Medio escuchó la invocación mientras pensaba que había estado convencido de que el espacio que había detrás del Hombre de Marte era seguramente un tanque estéreo, o algún artilugio parecido. Pero casi podría jurar que era capaz de avanzar unos cuantos pasos y pellizcarla.

Estuvo tentado de hacerlo, pero se recordó que sería una sucia faena que arruinaría el espectáculo de Mike. Lo mejor era aguardar a que Jill estuviese libre.

— ¡Cibeles!

…y el atuendo de Jill cambió bruscamente.

— ¡Isis!

…de nuevo.

— ¡Gea!… ¡Devi!… ¡Ishtar!… ¡Maryam!

— ¡Madre Eva! ¡*Mater Deum Magna*! Amorosa y amada. Vida imperecedera…

Caxton dejó de escuchar las palabras… porque Jill fue de pronto la Madre Eva, revestida sólo con su propia gloria. La luz se

diseminó, y vio que ella estaba relajadamente de pie en un Jardín, al lado de un árbol en el que había enroscada una gran serpiente.

Jill sonrió a todos, se volvió un poco, alargó la mano y acarició la cabeza de la serpiente… Luego se volvió de espaldas y abrió los brazos a todos ellos.

El primero de los candidatos avanzó para entrar en el Jardín.

Patty regresó y tocó a Caxton en el hombro.

—Ya estoy de vuelta. Ven conmigo, querido.

Caxton se mostró reluctante. Deseaba quedarse y beber de la gloriosa visión de Jill… deseaba hacer más que eso; deseaba unirse a la procesión e ir adonde ella fuese. Pero se puso en pie y se dirigió hacia la salida con Patricia. Volvió la cabeza, y vio a Mike a punto de abrazar y besar a la primera mujer de la fila. Se volvió para seguir a Patricia, y eso le impidió ver que la túnica de la candidata se desvanecía cuando Mike la besó… y tampoco vio lo que sucedió a continuación, cuando Jill besó al primer candidato masculino para su elevación al Octavo Círculo… y la túnica de éste desapareció también.

—Iremos dando una vuelta —explicó Patty— para darles tiempo a salir de aquí y entrar en el Templo del Octavo Círculo. Oh, no haría ningún daño interrumpirles; pero luego Michael tendría que perder tiempo volviendo a ponerlos en la debida disposición de ánimo… ¡y trabaja tanto ya!

— ¿Adónde vamos ahora?

—A recoger a Cariñito. Luego volveremos al Nido, a menos que quieras tomar parte en la iniciación del Octavo Círculo. Puedes hacerlo, ¿sabes?, puesto que perteneces al Noveno Círculo. Pero todavía no has aprendido marciano; te parecería todo muy confuso.

—Bueno… me gustaría ver a Jill. ¿Cuándo estará libre?

—Oh, sí: me indicó que te dijera que luego subirá a verte. Por aquí, Ben.

Se abrió una puerta, y Ben se encontró en el jardín que había visto antes. La serpiente todavía estaba enroscada en el árbol; alzó la cabeza cuando ellos se le acercaron.

— ¡Ven, aquí, preciosa! —dijo Patricia—. Eres la buena chica de mamá… —desenroscó con suavidad a la boa y la introdujo en un cesto, con la cola por delante—. Duque la trae por mí, pero yo tengo que enrollarla y decirle que no se marche del árbol. Has tenido suerte, Ben; una transición del Séptimo al Octavo no ocurre muy a menudo… Michael no la celebra hasta que no hay suficientes candidatos para acumular y mantener la disposición de ánimo necesaria. Incluso hubo un tiempo en el que utilizábamos gente del Círculo Íntimo para ayudar a los primeros candidatos a pasar de nivel.

Ben llevó por Patty el cesto con Cariñito hasta que alcanzaron el nivel superior, y así supo que una serpiente de cuatro metros es toda una carga: el cesto tenía asas de hierro, y las necesitaba. Tan pronto como llegaron arriba, Patricia se detuvo.

—Déjala en el suelo, Ben —se quitó la túnica y se la tendió, luego sacó la serpiente y se la enrolló en torno del cuerpo—. Ésta es la recompensa de Cariñito por haber sido buena chica; siempre espera abrazarse a mamá. Tengo que dar una clase dentro de un momento, así que la llevaré hasta el último segundo. No es correcto decepcionar a una serpiente; son como niños pequeños. Son incapaces de asimilar en toda su amplitud, excepto que Cariñito asimila a mamá… y a Michael, por supuesto.

Recorrieron unos cincuenta metros hasta la entrada del Nido propiamente dicho, y a su puerta Patricia dejó que Ben le quitara sus sandalias después de hacer lo mismo con sus propios zapatos. Ben se preguntó cómo podía mantenerse en equilibrio sobre un solo pie bajo tal carga… y observó asimismo que en algún momento se había quitado también sus medias o calcetines… sin duda cuando estaba fuera, arreglando la aparición de Cariñito en el escenario.

Entraron, y ella fue con él, aún envuelta en la gran serpiente, mientras Ben volvía a quedarse en calzoncillos… y dudaba mientras lo hacía, tratando de decidir si debía desprenderse de ellos también. Había visto ya lo suficiente como para tener la razonable certeza de que llevar encima ropa — alguna ropa — dentro del Nido, era algo tan fuera de *esas* convenciones — y posiblemente

tan grosero — como salir a una pista de baile con botas claveteadas. El amable aviso sobre la puerta de salida, el hecho de que en el Nido no había ventanas de ninguna clase, su confort como de seno materno, la falta de atuendo de Patricia, más el hecho de haberle sugerido — aunque no insistido — que la imitase… Todo señalaba hacia un inconfundible esquema de nudismo doméstico entre personas que eran al menos nominalmente sus propios «hermanos de agua», aunque no conociera a la mayoría de ellos.

Había hallado otras confirmaciones además de Patricia. No había tomado mucho como modelo su conducta, bajo la vaga sensación de que una dama tatuada podía muy bien tener extrañas costumbres respecto a la forma de vestir. Pero al entrar en la sala de estar se cruzaron con un hombre que se encaminaba en la otra dirección, hacia los baños y los «niditos»… y Patricia le ganaba al menos por una serpiente y un montón de dibujos. Les saludó con un «tú eres Dios» y continuó su camino, al parecer tan acostumbrado a aquello como la propia Patricia. Pero — se recordó Ben — su «hermano» no había parecido tampoco sorprendido de que Ben fuera vestido.

En la sala de estar había más pruebas. Un cuerpo echado boca abajo en un sofá al otro lado de la estancia: una mujer, le pareció a Ben, aunque no quiso volver a mirar después de que una rápida ojeada le confirmara que también iba desnuda.

Ben Caxton se había considerado siempre bastante liberal respecto a tales cosas. Consideraba simplemente una cosa sensata el nadar sin bañador. Sabía que muchas familias iban tranquilamente desnudas por el interior de sus hogares… y ésta era una familia, más o menos, aunque él no había sido educado en esas costumbres. En una ocasión había dejado que una chica le invitara a un campo nudista, y no se había sentido particularmente turbado luego de los primeros cinco minutos o así; simplemente lo había considerado como una forma estúpida de buscarse un montón de problemas para gozar de los dudosos placeres de las plantas urticantes, los arañazos y la insolación general que lo habían mantenido en cama durante todo un día luego.

Pero ahora se encontraba equilibrado en una perfecta indecisión, incapaz de tomar una resolución entre la probable cortesía de quitarse su simbólica hoja de parra… y la más fuerte probabilidad —la certeza, decidió— de que, si lo hacía así y entraban desconocidos convenientemente vestidos y seguían así, ¡se sentiría como un maldito estúpido! Demonios, incluso era posible que se ruborizara…

— ¿Qué hubiera hecho *usted*, Jubal? —preguntó.

Harshaw alzó las cejas.

— ¿Pretende que me muestre impresionado, Ben? He visto cuerpos humanos desnudos, profesionalmente y bajo otros aspectos, durante la mayor parte de un siglo. A menudo es agradable a la vista, con frecuencia resulta deprimente… y nunca es significativo de por sí. Todo depende del valor subjetivo que le agregue el que lo contempla. Asimilo que Mike gobierna su casa siguiendo las líneas nudistas. ¿Debo lanzar gritos de júbilo, o ponerme a llorar? Ninguna de las dos cosas. Me deja indiferente.

—Maldita sea, Jubal, es muy fácil para usted permanecer sentado aquí y mostrarse olímpico acerca de ello: nunca se encontró enfrentado a la elección. Pero jamás le he visto *a usted* quitarse los pantalones en compañía.

—Ni es muy probable que me vea hacerlo. «Otros tiempos, otras costumbres». Pero asimilo que no se sentía usted motivado por la modestia. Sufría el miedo morboso de parecer ridículo… una fobia muy conocida que tiene un largo nombre pseudogriego con el cual no tengo intención de aburrirle.

— ¡Tonterías! Simplemente, no estaba seguro de que fuese educado hacerlo.

—Tonterías usted, señor. Sabía muy bien que era educado, pero temía parecer tonto. O posiblemente le asustaba la idea de ser atrapado inadvertidamente en pleno reflejo galante. Pero me parece asimilar que Mike tenía una razón para instituir tal costumbre en su casa; Mike siempre tiene razones para todo lo que hace, aunque algunas de ellas me parezcan extrañas.

—Oh, sí. Tenía sus razones. Jill me las dijo.

* * *

Ben Caxton estaba de pie en el vestíbulo, de espaldas a la sala de estar y con las manos en sus calzoncillos, tras decirse, no muy firmemente, que lo mejor que podía hacer era lanzarse de cabeza y ver lo que pasaba… cuando unos brazos se cerraron cariñosamente en torno de su cintura desde su espalda.

— ¡Ben, encanto! ¡Qué *maravilloso* tenerte aquí!

Se volvió, y Jill estuvo en sus brazos; su boca cálida y ansiosa se aplastó contra la de él… y Ben se sintió muy feliz de no haber terminado de desnudarse. Porque ella ya no era «Madre Eva»; ahora llevaba una de las largas y envolventes túnicas de sacerdotisa. No obstante, se dio cuenta con gran satisfacción de que tenía entre sus brazos a una muchacha llena de vitalidad, cálida y ondulante; su atuendo sacerdotal no era un mayor impedimento del que hubiera sido una delgada bata, y sus sentidos — tanto táctiles como cinestésicos — le dijeron que el resto era Jill.

— ¡Vaya! —dijo Jill, interrumpiendo por fin el beso—. Te he echado de menos, viejo bruto. Tú eres Dios.

—Tú eres Dios —concedió él—. Jill, estás más hermosa que nunca.

—Sí —admitió ella—. Y te lo debo a ti. No sabes el estremecimiento de felicidad que me recorrió cuando te vi en la apoteosis.

— ¿La apoteosis?

—Jill se refiere —intervino Patricia— a la parte final del servicio, en el que ella es la Madre de Todos, *Mater Deum Magna*. Muchachos, debo apresurarme.

—Nunca te apresures, Patty cariño.

—Debo darme prisa, y así no tendré que apresurarme. Ben, tengo que poner en su cama a Cariñito y bajar a dar mi clase; así que dame el beso de buenas noches ahora, ¿quieres?

Ben se encontró dándole el beso de buenas noches a una mujer con una serpiente gigante enrollada en su cuerpo, y decidió que podía pensar en mejores formas de hacerlo… digamos llevando una armadura completa. Pero intentó ignorar a Cariñito y trató a Patty como merecía ser tratada.

Jill besó a Pat y dijo:

—Párate y dile a Mike que aguarde hasta que yo llegue allí, por favor.

—Lo hará de todos modos. Buenas noches, queridos —se marchó, sin precipitaciones.

—Ben, ¿no es una ovejita?

—Ciertamente que lo es. Aunque confieso que al principio me desconcertó.

—Asimilo. Pero no es porque esté tatuada ni por sus serpientes, lo sé. Patty te dejó turbado, deja turbado a todo el mundo, porque nunca tiene dudas; siempre hace automáticamente lo que se tiene que hacer. Se parece mucho a Mike. Está mucho más adelantada que cualquiera de nosotros. Debería ser suma sacerdotisa, pero no quiere aceptar el nombramiento porque sus tatuajes dificultarían el cumplimiento de algunas de sus tareas, y como mínimo serían una distracción para los demás… y no desea quitárselos.

— ¿Cómo podría quitarse tantos dibujos? ¿Con un cuchillo de desollar? La mataría.

—Nada de eso, querido. Mike podría borrárselos por completo, sin dejar huella y sin lastimarla en absoluto. Créeme, querido: podría hacerlo. Pero él asimila que ella cree que no le pertenecen; que no es más que su custodio… y asimila con ella al respecto. Ven, sentémonos. Dawn preparará la cena para los tres en un momento. Tengo que comer mientras dure la visita, o no podré hacerlo hasta mañana. Eso parece decir muy poco en favor de la

dirección, con toda la eternidad por delante… Pero no sabía cuándo te presentarías, y resulta que has llegado en uno de los días más atareados. Pero dime qué opinas de lo que has visto. Dawn me ha contado que asististe también a un servicio de aspirantes.

—Sí.

— ¿Y bien?

—Mike —dijo Caxton despacio— sería capaz de venderles zapatos a las serpientes.

—Estoy completamente segura de que podría. Pero nunca lo haría porque sería algo incorrecto… las serpientes no los necesitan. ¿Qué ocurre, Ben? Asimilo que algo te preocupa.

—No —repuso él—. No se trata de nada sobre lo que pueda poner el dedo. Oh, no soy muy partidario de las Iglesias… pero tampoco estoy en contra de ellas exactamente. Y por supuesto, no de ésta. Supongo que lo único que ocurre es que no asimilo.

—Te lo volveré a preguntar dentro de una o dos semanas. No hay prisa.

—No estaré aquí dentro de una semana.

—Tienes columnas en conserva, ¿no? —no era una pregunta.

—Tres, preparadas recientemente. Pero no debería quedarme ni siquiera tanto tiempo.

—Creo que sí lo harás. Luego puedes telefonear algunas más… probablemente acerca de la Iglesia. Para entonces creo que habrás asimilado que debes permanecer aquí más tiempo.

—Me parece que no.

—La espera es, hasta llenarla. ¿Sabes que esto no es una Iglesia?

—Bueno, Patty me dijo algo por el estilo.

—Digamos más bien que no es una religión. Es una Iglesia, en todos los sentidos legales y morales… y supongo que nuestro Nido es un monasterio. Pero no tratamos de acercar a la gente a Dios; eso es una contradicción en sí misma, ni siquiera puedes expresarla en marciano. No intentamos salvar almas, porque las almas no pueden

perderse. No pretendemos convencer a la gente de que tengan fe. Lo que ofrecemos no es fe sino verdad… una verdad que todos pueden verificar; no les animamos a que crean en ella. Una verdad para propósitos prácticos, para el aquí—y—ahora, una verdad tan prosaica como una tabla de planchar y tan útil como una hogaza de pan… tan práctica que puede hacer que la guerra y el hambre, la violencia y el odio sean tan innecesarios como… bueno, como las ropas aquí en el Nido.

»Pero primero tienen que aprender el idioma marciano. Ése es el único problema: encontrar seres lo bastante honestos como para creer en lo que ven, y deseosos de trabajar duro. Es un trabajo duro aprender el lenguaje que puede enseñárseles. Un compositor no podría escribir una sinfonía en inglés… y este tipo de sinfonía no puede escribirse en inglés, como no puede hacerse con la Quinta de Beethoven…

»Pero Mike nunca tiene prisa — sonrió Jill —. Día tras día criba a cientos de personas; encuentra unas pocas docenas, y de entre ésas un número aún menor ingresan en el Nido, y aquí las entrena más profundamente. Y algún día Mike nos tendrá a algunos de nosotros tan completamente entrenados que podremos salir y empezar otros nidos, y entonces todo será como la bola de nieve rodando por la ladera. Pero no hay prisa. Ninguno de nosotros, ni siquiera los del Nido, está realmente entrenado. ¿No es así, querida?

Ben alzó la vista, ligeramente sobresaltado, al oír las cuatro últimas palabras de Jill… y entonces se sobresaltó realmente cuando descubrió inclinada sobre él para ofrecerle una bandeja a una mujer en la que reconoció demasiado tarde a la otra suma sacerdotisa… Dawn, sí, eso era. Su sorpresa no se vio reducida por el hecho de que iba vestida al mismo estilo que Patricia, menos los tatuajes.

Pero Dawn no se sobresaltó. Sonrió y dijo:

—Tu cena, hermano Ben. Tú eres Dios.

—Oh, tú eres Dios. Gracias.

Estaba más allá de sentirse sorprendido cuando ella se inclinó y le besó, luego llevó bandejas para Jill y para sí, se sentó al otro lado de él y empezó a comer. Ben estuvo dispuesto a conceder que — si no era Dios — Dawn tenía los mejores atributos asociados con la divinidad; casi lamentó que no se hubiera sentado frente a él… hubiera podido verla sin que su contemplación resultase demasiado evidente.

—No —admitió Dawn, entre bocado y bocado—, todavía no estamos entrenadas. Pero la espera se llenará.

—Así es el tamaño de las cosas, Ben —continuó Jill—. Por ejemplo, de vez en cuando me tomo un respiro para comer. Pero Mike no ha probado bocado desde hace más de veinticuatro horas, y no lo hará hasta que los demás dejen de necesitarle; has venido en un día muy atareado a causa de este grupo que efectúa la transición al Octavo Círculo. Luego, cuando haya terminado con ello, se atiborrará como un cerdo, y después volverá a aguantar todo el tiempo que sea necesario sin comer. Aparte eso, Dawn y yo nos cansamos… ¿no es así, dulzura?

—Claro que sí. Pero ahora no estoy cansada, Gillian. Deja que me ocupe de ese servicio y quédate con Ben. Dame la túnica.

—En esa cabecita puntiaguda tuya ha entrado algo de locura, cariño… y mamá da azotes. Ben, ella lleva en servicio ininterrumpido casi tanto tiempo como Mike. Ambas podemos resistir mucho esfuerzo… pero comemos cuando tenemos hambre, y a veces necesitamos dormir. Hablando de túnicas, Dawn, ésta era la última en desvanecerse en el Séptimo Templo. Tendré que decirle a Patty que encargue unas cuantas docenas más.

—Ya lo ha hecho.

—Debí suponerlo. Ésta parece un poco apretada… —Jill onduló dentro de su túnica de una manera que turbó a Ben más que la perfecta y desnuda piel de Dawn—. ¿No será que estamos engordando?

—Creo que sí, un poco. Pero no importa.

—Más bien ayuda, querrás decir. Estábamos demasiado delgadas. Ben, ¿te has dado cuenta de que Dawn y yo tenemos la misma figura? Estatura, busto, cintura, caderas, peso, todo… por no citar el color de la piel. Éramos casi iguales cuando nos conocimos… luego Mike colaboró un poco y acabamos por ser idénticas, y nos mantenemos así. Incluso nuestros rostros se parecen cada vez más… pero no lo planeamos de este modo. Eso es consecuencia de hacer las mismas cosas y pensar las mismas cosas. Ponte en pie y deja que Ben te eche un vistazo, querida.

Dawn apartó su plato a un lado y obedeció, adoptando una pose que a Ben le recordó extrañamente a Jill. Hablar de semejanza estaba más que justificado; y entonces comprendió que aquélla era la pose exacta que había adoptado Jill cuando apareció revelada como Madre Eva.

Invitado a mirar, lo hizo. Jill dijo, con la boca llena:

— ¿Lo ves, Ben? Ésa soy yo.

Dawn le sonrió.

—Hay la diferencia del filo de una navaja, Gillian.

—Bah. Estás siendo demasiado meticuloso. Casi lamento que nunca podamos llegar a tener la misma cara. Resulta muy cómodo, Ben, el que Dawn y yo nos parezcamos tanto. Necesitamos dos sumas sacerdotisas; es todo lo que podemos hacer para estar a la altura de Mike. Podemos cambiarnos de una a otra justo en medio de un servicio… y a veces lo hacemos. Además —añadió—, Dawn puede comprar vestidos que a mí me sientan bien. Eso me ahorra la molestia de tener que ir de tiendas. Cuando llevamos ropa.

—No estaba seguro —dijo Ben lentamente— de que utilizaseis vestidos. Excepto estos uniformes de sacerdotisa.

Jill pareció sorprendida.

— ¿Cómo podríamos salir a bailar con *esto?* Llevamos trajes de noche, como todo el mundo. El baile es nuestra forma favorita de no convertirnos en unas bellas durmientes, ¿no es así, querida? Siéntate y acaba de cenar, Dawn; Ben ya nos ha mirado bastante por el momento. Oye, en ese grupo de transición hay un hombre

que es un perfecto bailarín, y esta ciudad está repleta de buenos clubes nocturnos… Dawn y yo nos hemos alternado sacándolo un montón de noches seguidas; hemos mantenido al pobre tipo tan atareado, que luego hemos tenido que ayudarle a permanecer despierto durante las clases de idioma. Pero todo irá bien para él; en cuanto alcance el Octavo Círculo no necesitará dormir demasiado. ¿Qué te hace pensar que no nos vestimos nunca, querido?

—Oh… —Ben se dio cuenta del lío en el que se había metido.

Jill se le quedó mirando con los ojos muy abiertos, empezó a reír quedamente… se cortó de inmediato, y de pronto Ben se dio cuenta de que no había oído reír a nadie de aquella gente… sólo los «primos» en el servicio exterior.

—Entiendo. Pero, querido, no he tenido tiempo de cambiarme. Llevo esta túnica porque siempre tengo que estar hablando y actuando. De haber asimilado que *eso* te turbaba, me habría cambiado de ropa antes de venir a saludarte, aunque no estoy segura de que tuviera otra a mano en estos momentos. Nos hemos acostumbrado a vestirnos o no según lo que estamos haciendo, y es posible que simplemente olvidase que esta túnica tal vez no sea apropiada para la ocasión, según las reglas de la cortesía. Encanto, tú puedes llevar puestos esos calzoncillos o quitártelos… según te parezca bien a ti.

—Hum.

—No te sientas violento por ello, de ninguna de las dos maneras —Jill sonrió e hizo un mohín—. Esto me recuerda la primera vez que Mike fue a una playa pública, pero a la inversa. ¿Te acuerdas, Dawn?

— ¡No lo olvidaré nunca!

—Ben, ya sabes cómo es Mike acerca de la ropa. Simplemente no la comprende. Tuve que enseñarle todo. No podía ver ninguna utilidad para la ropa, ni siquiera como protección, hasta que asimiló, con enorme sorpresa, que no éramos tan invulnerables a los cambios atmosféricos como él. La modestia… *ese* tipo de modestia, no es un concepto marciano, no puede serlo. En realidad

él es tan modesto, en el auténtico sentido del término, que hasta duele. Y sólo más tarde asimiló Mike que las prendas de vestir pueden ser ornamentos, después de que empezáramos a experimentar con varias formas de vestir nuestros actos.

»Pero aunque Mike siempre está dispuesto a hacer lo que yo le diga, tanto si lo asimila como si no, no puede imaginar cuántos millones de cosas *insignificantes* resultan propias y exclusivas del ser humano. Nos pasamos veinte o treinta años aprendiéndolas; Mike tuvo que hacerlo casi de la noche a la mañana. Aún quedan lagunas, incluso ahora. Hace cosas sin darse cuenta de que no es así como las hacen los seres humanos. Todos procuramos enseñarle… en especial Dawn y yo. Todos excepto Patty, que está convencida de que cuanto hace Michael tiene que ser perfecto. Entre otras muchas cosas, él sigue sin asimilar la naturaleza de vestirse. Asimila en su mayor parte que las ropas son la incorrección que separa a la gente, que se interponen en la forma en que el amor permite el acercamiento. Últimamente ha llegado a comprender que en muchos momentos uno desea y necesita esa barrera contra los desconocidos. Pero, durante mucho tiempo, Mike sólo se vistió cuando yo le pedí que lo hiciera, y cuando le dije que *debía* hacerlo.

»Y una vez olvidé pedírselo. Estábamos en la Baja California. Fue precisamente por aquella época cuando conocimos (en realidad nos encontramos de nuevo) a Dawn; Mike y yo llegamos por la noche a uno de esos grandes hoteles de moda junto a la playa, y él estaba tan ansioso por asimilar el océano, mojarse de pies a cabeza, que a la mañana siguiente me dejó dormir y bajó solo, dispuesto a enfrentarse por sí mismo con el mar por primera vez. Y yo no pensé que Mike no sabía nada acerca de trajes de baño.

»Oh, debía de haberlos visto; pero no sabía para qué eran, o en todo caso tenía alguna idea más bien nebulosa o equivocada. Ciertamente, no sabía que se suponía que uno debía llevarlos *en el agua*… la idea era casi sacrílega. Y ya conoces las rígidas reglas de Jubal acerca de mantener limpia la piscina; estoy segura de que nunca ha visto un traje dentro de ella. Recuerdo una noche que un

montón de gente fue arrojada a ella completamente vestida; pero fue cuando Jubal había decidido ya vaciarla y limpiarla de inmediato.

»¡Pobre Mike! Llegó a la playa, se quitó su bata y se dirigió al agua… con todo el aspecto de un Dios griego, y tan ajeno a ello como a los convencionalismos humanos. El tumulto que se organizó fue tan estrepitoso, que me desperté enseguida; agarré mis ropas y bajé justo a tiempo para impedir que lo llevaran a la cárcel… Regresamos a la habitación y él se pasó el resto del día en trance.

La expresión de Jill se volvió momentáneamente lejana.

—Y ahora también me necesita. Dame un beso de buenas noches, Ben; te veré por la mañana.

— ¿Vas a estar ausente toda la noche?

—Probablemente. Es una clase de transición de proporciones más bien numerosas. Mike ha estado manteniéndolos ocupados durante la última media hora y más, mientras nosotras veníamos a saludarte. Pero todo está bien.

Se puso en pie, tiró de él suavemente para obligarle a levantarse también y se echó en sus brazos. Finalmente interrumpió el beso pero no el abrazo, y murmuró:

—Ben, querido, has estado tomando lecciones. ¡Uau!

— ¿Yo? Te he sido absolutamente fiel… a mi modo.

—Igual que yo… de la misma manera. No me estaba quejando; simplemente creo que Dorcas te ha estado ayudando en la práctica del beso.

—Un poco, tal vez. Curiosa.

—Oh, oh, siempre soy curiosa. La clase puede esperar mientras me besas otra vez. Trataré de ser Dorcas.

—Procura ser tú misma.

—Lo seré de todas formas. Yo misma. Pero Mike asegura que Dorcas besa de una manera más completa, «asimila más el acto de besar»… que nadie.

—Deja de parlotear.

Lo hizo, por un tiempo; luego suspiró.

—Clase de transición, ahí voy… irradiando claridad como una luciérnaga. Cuida de él, Dawn.

—Lo haré.

— ¡Y será mejor que le beses de inmediato y veas lo que quiero decir!

—Eso pretendo hacer.

— ¡Adiós, muchachos! Ben, sé buen chico y haz lo que Dawn te diga.

Se marchó, sin apresurarse… pero corriendo. Dawn se puso en pie, oprimió todo su cuerpo contra el de Ben y le rodeó con sus brazos.

Jubal alzó una ceja.

—Y ahora supongo que va a decirme que, en *ese* punto, se volvió usted gallina.

—Hum, no exactamente. Aunque estuve a punto, casi. A decir verdad, yo no tenía mucho que decir al respecto. Así que, eh…. «cooperé con lo inevitable».

Jubal asintió.

—Ningún otro curso de acción posible. Estabas atrapado y no podías correr. En esa situación, lo mejor que un hombre puede hacer es intentar conseguir una paz negociada —añadió—. Pero lamento que las costumbres civilizadas de mi casa hayan causado que el muchacho cayera bajo las garras de la ley en las junglas de la Baja California.

—No creo que sea ya un muchacho, Jubal.

OceanofPDF.com

32

Ben Caxton se despertó sin saber dónde estaba ni qué hora era. Rodeado de oscuridad, en medio de un silencio absoluto, se hallaba tendido sobre algo blando. Pero no era una cama… ¿dónde estaba?

Los acontecimientos de la noche anterior volvieron a él en una oleada. Lo último que recordaba claramente era estar tendido sobre el blando suelo del Templo Íntimo, hablando tranquila e íntimamente con Dawn. Ella le había llevado allí, se habían sumergido, compartido el agua, acercado…

Tanteó frenéticamente a su alrededor en la oscuridad, sin encontrar nada.

— ¡Dawn!

Las luces aumentaron lentamente a una suave penumbra.

—Estoy aquí, Ben.

— ¡Oh! Pensé que te habías ido.

—No quería despertarte —la muchacha vestía, ante la repentina e intensa decepción de Ben, su túnica oficial—. Debo iniciar el Servicio Exterior para Madrugadores. Gillian no ha vuelto todavía. Como ya sabes, era una clase muy numerosa.

Sus palabras trajeron de vuelta las cosas que ella le había dicho durante la noche. En aquel momento le habían trastornado, pese a sus suaves y completamente lógicas explicaciones… y ella había tenido que tranquilizarle hasta que Ben descubrió, sorprendido, que estaba de acuerdo con ella. La cosa aún no estaba del todo clara en su mente, aún no la asimilaba… pero sí,

probablemente Jill estaba todavía atareada con los ritos propios de una suma sacerdotisa. Una tarea — o quizá un feliz deber — que Dawn se había ofrecido a desempeñar por ella. Ben se dijo con una punzada de pesar que realmente hubiera debido lamentar el que Jill rechazara el ofrecimiento, e insistiera en que Dawn necesitaba un muy merecido descanso.

Pero no lo lamentaba.

—Dawn… ¿tienes que marcharte? —se puso trabajosamente en pie, la rodeó con sus brazos.

—Debo hacerlo, Ben, querido… querido Ben —se fundió de nuevo contra él.

— ¿Ahora mismo? ¿Con tanta prisa?

—Nunca hay tanta prisa —repuso ella en voz baja.

De pronto la túnica ya no se interpuso entre ellos. Él estaba demasiado aturdido como para preguntarse qué había sido del trapo.

Se despertó por segunda vez, comprobó que la luz del «nidito» estaba encendida a una intensidad suave y se incorporó. Se desperezó, descubrió que se sentía estupendamente y miró a su alrededor en busca de sus calzoncillos. No estaban a la vista, y no había ninguna posibilidad de que estuvieran en algún lugar fuera de la vista. Trató de recordar dónde los había dejado… y se dio cuenta de que ni siquiera tenía noción de habérselos quitado. Pero seguro que no los llevaba cuando se metió en el agua. Probablemente estarían junto a la piscina en el Templo Íntimo… Tomó nota mental de pasar por allí y recogerlos, salió y encontró un cuarto de baño.

Unos minutos más tarde, afeitado, duchado y fresco, recordó mirar en el Templo Íntimo, pero no vio allí sus calzoncillos. Decidió que alguien — Patty, quizá — los habría puesto cerca de la puerta de salida, donde al parecer todo el mundo dejaba sus ropas de calle. Al final los echó al diablo, y sonrió para sí al darse cuenta de que la noche anterior los había convertido en una cuestión de honor de vieja solterona. Allí en el Nido, los necesitaba tanto como una segunda cabeza.

Ahora que pensaba en ello, no tenía el menor rastro de resaca en la cabeza, pese a que recordaba que había bebido más de unas cuantas copas con Dawn. No se había emborrachado, pero ciertamente había bebido más de lo que se permitía a sí mismo; no era capaz de absorber tanto alcohol como Jubal sin pagar por ello.

A Dawn no parecía afectarle en absoluto el licor, y ésa debía de ser probablemente la causa por la que Ben se había excedido en su cuota habitual. Oh, Dawn… ¡Qué muchacha, qué muchacha! Ni siquiera pareció molestarse cuando, en un instante de confusión emocional, Ben la llamó «Jill»… Más bien pareció complacida.

No encontró a nadie en la amplia sala y se preguntó qué hora sería. No es que le importase un comino, excepto que su estómago le decía que hacía rato que había pasado la hora del desayuno. Se encaminó a la cocina para ver si lograba rebañar algo.

Un hombre que estaba dentro volvió la cabeza al oírle entrar.

— ¡Ben!

— ¡Vaya! ¡Hola, Duque!

Duque le obsequió con un abrazo de oso y unas cuantas palmadas en la espalda.

——Dios mío, cuánto me alegro de verte. Tú eres Dios. ¿Cómo te gustan los huevos?

—Tú eres Dios. ¿Eres el cocinero?

—Sólo cuando no puedo encontrar a nadie que lo haga por mí. Tony se encarga casi siempre del trabajo. Pero todos hacemos un poco. Incluso Mike, a menos que Tony le sorprenda y le eche. Mike es el peor cocinero del mundo, con los ojos cerrados —siguió cascando huevos en un plato.

Ben se puso a trabajar.

—Ocúpate del café y las tostadas. ¿Hay salsa *Worcestershire* por aquí?

—Tú sólo pide, y Pat te lo proporciona. Aquí está —y añadió —. Fui a echarte un vistazo hará como media hora, pero aún estabas aserrando maderos. Desde que llegaste, uno de los dos ha estado siempre atareado y no hemos podido vernos… hasta ahora.

— ¿Qué haces aquí, Duque? Aparte de cocinar cuando no puedes evitarlo…

—Bueno, soy diácono… y algún día seré sacerdote. Pero soy lento, aunque no es que importe. Estoy estudiando marciano; todo el mundo lo hace. Y soy el arreglatodo de esta casa, lo mismo que cuando estaba con Jubal.

—Hará falta todo un ejército para el mantenimiento de un sitio tan grande como éste.

—Ben, te sorprendería comprobar lo poco que se necesita, aparte de mantener vigiladas las cañerías. Alguna vez deberías ver el sistema único que tiene Mike de arreglar cualquier lavabo que se atasque; no tengo que trabajar gran cosa como fontanero… y aparte las cañerías, nueve décimas partes de los artilugios del edificio se hallan aquí, en la cocina, y no son tantos como los que había en casa de Jubal.

—Tenía la impresión de que los templos necesitaban mecanismos complicados.

—Oh, no. Casi nada; algunos controles para las luces, eso es todo, y muy sencillos. En realidad —sonrió Duque—, uno de mis trabajos más importantes es el de no trabajar. Soy bombero.

— ¿Eh?

—Auxiliar diplomado del servicio contra incendios, tras el correspondiente examen y título, por supuesto, además de inspector sanitario y de seguridad… y ninguno de esos empleos requiere el menor trabajo. Pero eso significa que no debemos dejar pasar a un extraño a través de este lugar, y no lo hacemos. Asisten a los servicios externos, pero nunca más allá, a menos que Mike les conceda un salvoconducto.

Sirvieron la comida en los platos y se sentaron a una mesa.

—Vas a quedarte, ¿verdad, Ben? —preguntó Duque.

—No puedo, Duque.

—Hum… había esperado que tuvieras más sentido común que yo. Yo también vine para una corta visita; luego volví a casa y estuve casi un mes como atontado, antes de decidirme a

comunicarle a Jubal que me iba y que no regresaría más. No importa que te vayas ahora; volverás. Y no tomes ninguna decisión definitiva antes de Compartir el Agua esta noche.

— ¿Compartir el Agua?

— ¿No te habló Dawn de ello? ¿Ni Jill?

—Hum… me parece que no.

—Entonces no lo hicieron. Oh, quizá debería dejar que te lo explicase el propio Mike. Pero no, los demás van a pasarse el día mencionándotelo. Supongo que asimilas lo que significa compartir el agua; eres uno de los Primeros Llamados.

— ¿«Primeros Llamados»? Dawn empleó esa expresión.

—Somos ese puñado que nos convertimos en hermanos de agua de Mike sin aprender marciano. Normalmente los demás no comparten el agua ni disfrutan del acercamiento hasta haber pasado del Séptimo Círculo al Octavo… y por entonces ya han empezado a *pensar* en marciano. Demonios, algunos de ellos saben más marciano que yo ahora, puesto que soy un «Primer Llamado» y empecé mis estudios cuando ya estaba en el Nido.

»Oh, en realidad no está prohibido… *nada* está prohibido… compartir el agua con alguien que no se encuentre preparado para el Octavo Círculo. Demonios, si deseara hacerlo, podría coger a una muchacha en cualquier bar, compartir el agua con ella, luego llevármela a la cama, y *después* traerla al Templo y hacer que iniciara su aprendizaje. Pero yo no lo haría. Ése es el detalle: jamás desearía hacer tal cosa. Ben, te haré una predicción llana y simple. Has rondado mucho… supongo que te has metido en algunas camas de lo más extravagante, con algunas chicas de lo más extravagante…

—Hum. Sí, con algunas.

—Sé malditamente bien que sí. Pero, a partir de ahora, no volverás a meterte en tu vida en la cama con ninguna chica que no sea tu hermano de agua.

—Hum.

—Ya lo verás. Volvamos a hablar de ello dentro de un año, y entonces me dirás. Mike puede decidir que alguien está preparado para compartir el agua antes de que esa persona alcance siquiera el Séptimo Círculo. Tenemos aquí en el Nido a una pareja a la que Mike ofreció agua cuando acababan de entrar en el Tercer Círculo… y ahora él es sacerdote y ella sacerdotisa: Sam y Ruth.

—No los conozco.

—Los conocerás. Esta noche, a más tardar. Pero Mike es el único que puede estar seguro, tan pronto, de algo así. Muy esporádicamente, Dawn, y a veces Patty, localizan a alguien apto para una promoción y un entrenamiento especiales, pero nunca antes del Tercer Círculo, y estoy completamente seguro de que siempre consultan con Mike antes de seguir adelante. No es que estén obligadas a hacerlo. Normalmente, sin embargo, la cosa se produce en el Octavo Círculo, donde se comparte el agua y se inicia el acercamiento. Luego, más pronto o más tarde, vienen el Noveno Círculo y el Nido en sí… y ése es el servicio al que nos referimos al aludir a «Compartir el Agua», pese a que estamos compartiendo el agua todo el día. El Nido en pleno asiste a la ceremonia, y el nuevo hermano se convierte en parte integrante del Nido para siempre. En tu caso ya lo eres… pero nunca habíamos celebrado la ceremonia para ti, así que esta noche se deja todo de lado para darte la bienvenida. Hicieron lo mismo en mi honor… —Duque miró a lo lejos, soñadoramente—. Ben, se trata de la sensación más maravillosa del mundo.

—Aún no sé qué es, Duque.

—Oh… un sinfín de cosas. ¿Has estado alguna vez en un auténtico *luau*, de esos que a veces interrumpen los polis y suelen terminar en un par de divorcios?

—Bueno… sí.

—Pues hermano, en comparación, ¡no son más que un picnic de escuela dominical! Ése es un aspecto del asunto. ¿Estuviste casado alguna vez?

—No.

—*Estás* casado. Sólo que aún no lo sabes. A partir de esta noche, no habrá duda de ello en tu mente —volvió a mirar de nuevo a lo lejos, felizmente pensativo—. Ben, yo estuve casado antes… y durante un corto tiempo fue bonito, pero luego se transformó en un constante infierno sobre ruedas. Esta vez me gusta, todo el tiempo. ¡Demonios, me encanta! Y mira, Ben, no pretendo decir que resulta divertido sólo porque me acuesto con un puñado de chicas exuberantes. Las *quiero*… quiero a todos mis hermanos, de ambos sexos.

»Toma a Patty… ¡y lo harás! Patty nos cuida como si fuese nuestra madre… y no creo que ninguno de nosotros, hombre o mujer, piense que no lo necesita, aunque crea que ya es demasiado crecido para eso. Patty… bien, Patty es simplemente *estupenda*. Me recuerda a Jubal… ¡y ese viejo bastardo haría mejor dejándose caer por aquí y recibiendo la palabra! Mi punto de vista no es sólo que Patty sea femenina. Oh, no trato de esconder la cola y…

— ¿Quién trata de esconder la cola? —interrumpió una intensa voz de contralto a sus espaldas.

Duque volvió la cabeza.

—Yo no, ¡elástica pecadora levantina! Acércate, muchacha, y besa a tu hermano Ben.

—Jamás me acusaron de tal cosa en la vida —negó la mujer mientras se deslizaba hacia ellos—. Empieza a retractarte antes de que alguien más empiece a decírmelo —besó a Ben cuidadosa y concienzudamente—. Tú eres Dios, hermano.

—Tú eres Dios. Comparte el agua.

—Nunca tengas sed. Y no hagas caso a lo que diga Duque; a juzgar por su forma de comportarse, debe de haberle dado a la botella ya en la cuna.

Se inclinó sobre Duque y lo besó de una manera todavía más completa, mientras el hombre le palmeaba sus amplios fundamentos. Ben observó que era bajita, regordeta, muy morena y con una mata de denso pelo entre azul y negro que le llegaba casi hasta la cintura.

—Duque, al levantarte, ¿no viste el ejemplar del *Ladies' Home Journal*? —tendió la mano más allá del hombro de Duque, le arrebató el tenedor y empezó a comerse sus huevos revueltos—. Hum… están buenos. No los has preparado tú, Duque.

—Ben lo hizo. ¿Para qué iba yo a querer el *Ladies' Home Journal*?

—Ben, bate un par de docenas más del mismo modo, y yo los revolveré en las pausas. Hay un artículo que quiero enseñarle a Patty, querido.

—Muy bien —aceptó Ben, y se puso en pie para hacerlo.

—Vosotras dos no empecéis a albergar ideas raras con vista a redecorar esta pocilga, o me marcho. ¡Y dejad algunos de esos huevos para mí! ¿Crees que los hombres podemos realizar nuestro trabajo con sólo unas gachas?

—Vamos, vamos, Duque querido. Agua dividida es agua multiplicada. Como estaba diciendo, Ben, las lamentaciones de Duque nunca significan nada: siempre y cuando tenga mujeres suficientes para dos hombres y comida para tres, es un perfecto corderito… —introdujo un tenedor cargado de comida en la boca de Duque—. Deja de hacer muecas, hermano; yo me encargaré de prepararte el segundo desayuno. ¿O será el tercero para ti?

—Ni siquiera es el primero aún; tú te lo has comido. Ruth, le estaba contando a Ben cómo Sam y tú saltasteis con pértiga desde el Tercero hasta el Noveno Círculo. Creo que está un poco intranquilo acerca del Compartir el Agua de esta noche.

Ella engulló el último bocado que quedaba en el plato de Duque, luego se apartó de la mesa e inició los preparativos para ponerse a cocinar.

—Duque, te enviaré algo que no serán gachas. Ahora tómate el café y lárgate. Ben, también yo estaba preocupada cuando llegó mi momento… pero no tienes por qué preocuparte, querido, porque Michael no comete errores. Perteneces aquí, o no estarías aquí ahora. ¿Piensas quedarte?

—Oh, no puedo. ¿Preparada para el primer lote?

—Échalos. Entonces, ya volverás. Y algún día te quedarás. Duque dice la verdad. Sam y yo saltamos con pértiga… y casi fue demasiado rápido para una decorosa ama de casa de mediana edad.

— ¿De mediana edad?

—Ben, una de las bonificaciones de la disciplina consiste en que, al mismo tiempo que endereza tu alma, también endereza tu cuerpo. Ésa es una cuestión en la que los cristianos científicos también están en lo cierto. ¿Has visto algún frasco de medicinas en alguno de los cuartos de baño?

—Eh… No.

—No hay ninguno. ¿A cuántas personas has besado?

—A varias, al menos.

—En mi calidad de sacerdotisa, yo beso a más que a «varias», créeme. Pero no oirás ni un estornudo en todo el Nido. Yo solía ser una mujer enfermiza, de esas que nunca están bien del todo y son propensas a las «quejas femeninas» —sonrió—. Ahora soy más femenina que nunca, pero peso diez kilos menos, me siento varios años más joven y no tengo nada de qué quejarme… *Disfruto* siendo mujer. Como Duque trató de adularme: «una pecadora levantina», e incuestionablemente mucho más elástica que antes. Siempre me siento en la posición de loto cuando doy clase, mientras que antes todo lo que podía hacer era inclinarme un poco hacia delante y volver a levantarme, toda mareos y punzadas.

»Pero eso ocurrió aprisa —prosiguió Ruth—. Sam era profesor de lenguas orientales en la universidad de aquí, la ciudad universitaria me refiero. Empezó a acudir al Templo porque era un medio, el único medio, de aprender marciano. Su motivación era estrictamente profesional; la Iglesia le tenía completamente sin cuidado. Y yo le acompañaba para no quitarle el ojo de encima; había oído rumores y era una esposa celosa, mucho más posesiva que la media.

»Y así llegamos al Tercer Círculo, con Sam aprendiendo con rapidez y yo esforzándome en el estudio porque no deseaba perderle de vista. Y entonces, ¡bum!, se produjo el milagro. De

pronto empezamos a *pensar* en marciano, un poco. Michael lo observó y nos hizo quedar una noche después del servicio, y con Gillian nos dieron el agua. Después de eso supe que yo era todas las cosas que despreciaba en las otras mujeres, que debía despreciar a mi marido por dejarme ser así, y le odié por lo que había hecho. Todo ello en inglés, con las peores partes en hebreo. Así que lloré todo el día y gemí y me convertí en un apestoso estorbo para Sam… y no pude *esperar* a volver para compartir más agua y acercarme otra vez esa noche.

»Luego las cosas fueron resultando más fáciles, pero no demasiado fáciles, ya que nos veíamos empujados a atravesar los círculos lo más aprisa posible; Michael sabía que necesitábamos ayuda y quiso meternos en la seguridad y la paz del Nido. Así que cuando llegó el momento de nuestro Compartir el Agua, yo todavía era incapaz de disciplinarme a mí misma sin una ayuda constante. Sabía que deseaba ser recibida en el Nido… una vez empiezas, ya no hay forma de dar la vuelta… pero no estaba segura de poder fusionarme con otras siete personas. Llevaba encima un susto de muerte; por el camino casi supliqué a Sam que diésemos media vuelta y regresáramos a casa.

Ruth dejó de hablar y alzó la cabeza; no sonreía pero su expresión era beatífica, parecía un ángel rollizo, con una cuchara de batir en la mano.

—Entonces entramos en el Templo Íntimo, y un foco me iluminó, y nuestras ropas desaparecieron… y todos estaban en la piscina, y nos llamaron en marciano para que fuésemos a compartir con ellos el agua de vida… ¡y me dejé caer en ella y me sumergí, y no he vuelto a salir desde entonces! Ni tampoco quiero hacerlo. No te inquietes, Ben, aprenderás el lenguaje y adquirirás la disciplina, y tendrás una ayuda encantadora de todos nosotros durante cada paso del proceso. Deja de preocuparte y salta esta noche a esa piscina; extenderé mis brazos para cogerte. Todos nosotros te tenderemos nuestros brazos, dándote la bienvenida a casa.

»Ahora llévale este plato a Duque y dile que yo he dicho que era un cerdo… pero un cerdo encantador. Y coge este plato para

ti… ¡oh, por supuesto que puedes comértelo todo! Dame un beso y vete; Ruthie tiene trabajo que hacer.

Ben entregó el beso, el mensaje y el plato, luego descubrió que le quedaba algo de apetito… pero de todos modos no se concentró en la comida puesto que encontró a Jill tendida, aparentemente dormida, en uno de los amplios y mullidos divanes. Se sentó frente a ella, gozando de la dulce visión de su rostro y pensando que Dawn y Jill se parecían mucho más aún de lo que había supuesto la noche anterior.

Levantó la cabeza del plato y vio que ella había abierto los ojos y le estaba sonriendo.

—Tú eres Dios, querido… y eso huele bien.

—Y tú tienes un aspecto magnífico. Pero no quise despertarte… —se aproximó a ella y tomó asiento a su lado, le puso un poco de revoltillo en la boca—. Mi propia obra culinaria, con la ayuda de Ruth.

—Entiendo. Y buena, también. Duque me dijo que permaneciera alejada de la cocina porque Ruthie estaba dándote una conferencia buena para tu alma. No me has despertado; sólo estaba haciéndome la perezosa, esperando a que salieses. No he dormido en toda la noche.

— ¿Ni un poco?

—Ni siquiera entorné los párpados. Pero no estoy cansada; me siento grandiosa. Sólo tengo un poco de hambre. Es una sugerencia.

Así que él le fue dando de comer. Jill le dejó hacer, sin moverse, sin utilizar sus propias manos.

— ¿Tú has dormido algo? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Oh, un poco.

— ¿Lo suficiente? No, no has dormido lo suficiente. Pero, ¿de cuánto sueño ha disfrutado Dawn? ¿Dos horas?

—Oh, más que eso, estoy seguro.

—Entonces se encontrará perfectamente. Dos horas de sueño nos hacen tanto bien como antes ocho. Sabía que ibas a pasar una

noche deliciosa, que ibais a pasarla los dos… pero me preocupaba la idea de que Dawn no descansara lo suficiente.

—Bueno, *fue* una noche maravillosa —admitió Ben—, aunque, eh… me sorprendió un poco la manera en que la empujaste hacia mí.

—Querrás decir que te sobresaltó. Te conozco, Ben, quizá más de lo que tú mismo te conoces. Ayer llegaste rezumando celos. Creo que ahora han desaparecido, ¿no es así?

Él la miró.

—Eso creo.

—Eso está bien. También yo tuve una noche alegre y maravillosa, y libre de preocupaciones, puesto que te sabía en buenas manos. Las mejores… mucho mejores que las mías.

— ¡Oh, no!

— ¿De veras? Asimilo que aún quedan unos cuantos celos… pero esta noche acabaremos con ellos, lavándolos con agua.

Se sentó, tendió la mano hacia el extremo del diván… y Caxton tuvo la impresión de que el paquete de cigarrillos en la mesilla de al lado saltaba los últimos centímetros hasta la mano de ella.

—Parece que tú también has aprendido algunos juegos de manos.

Ella pareció momentáneamente desconcertada, luego sonrió.

—Oh, sí, algunos. Pero nada importante. Trucos de salón. Citando a mi maestro: «sólo soy un huevo».

— ¿Cómo lo hiciste?

—Bueno, simplemente le silbé en marciano. Primero tienes que asimilar la cosa, luego asimilar lo que quieres que haga… ¡Mike! —agitó la mano—. ¡Estamos aquí, querido!

—Ya voy.

El Hombre de Marte avanzó directamente hacia Ben, tiró de él y le obligó a ponerse en pie.

— ¡Déjame que te contemple, Ben! ¡Qué alegría verte!

—También a mí me alegra verte a ti. Y estar aquí.

—Y vamos a tener que retorcerte el brazo para mantenerte aquí. ¿Qué es eso de tres días? ¡Tres días!

—Soy un hombre que trabaja, Mike.

—Eso ya lo veremos. Todas las chicas están excitadas, preparándose para tu Bienvenida de esta noche. Valdría más que dejaran los servicios y las clases por todo el resto del día; tampoco van a hacer nada.

—Patty ya ha hecho un reajuste del programa —indicó Jill a Mike—. No quiso molestarte con ello. Dawn, Ruth y Sam se encargarán de lo necesario. Patty decidió saltarse la *matineé* externa… así que has terminado por hoy.

—Esas son buenas noticias.

Mike se sentó, hizo que Jill apoyara la cabeza en sus rodillas, tiró de Ben para que volviera a sentarse a su otro lado, pasó un brazo en torno de él y suspiró. Iba vestido como Ben le había visto en la reunión externa, con un elegante traje tropical, al que sólo le faltaban los zapatos.

—Ben, no te dediques nunca a la predicación. Me paso los días y las noches yendo de un lado para otro, diciéndole a la gente que no debe apresurarse nunca. A ti, a Jill y a Jubal os debo más que a nadie de este planeta… Y sin embargo, estás aquí desde ayer por la tarde y ésta es la primera vez que puedo decirte hola. ¿Cómo te encuentras? Parece que estás bien. De hecho, Dawn me ha dicho que *estás* bien.

Ben se ruborizó.

—Me encuentro perfectamente.

—Eso es bueno. Porque, créeme, las tribus de la colina estarán inquietas esta noche. Pero yo asimilaré cerca y te sostendré. Estarás más fresco al final de la fiesta que al principio… ¿no lo crees así, Hermanito?

—Sí —admitió Jill—. Ben, no lo creerás hasta que lo haya hecho, pero Mike puede proporcionarte fortaleza… fortaleza física,

no sólo apoyo moral. Yo sólo puedo prestarte un poco. Pero Mike puede hacerlo de veras.

—Jill puede hacer mucho —Mike la acarició—. Hermanito es una torre de fortaleza para todo el mundo. Desde luego, anoche lo fue —le dirigió una sonrisa a Jill, luego cantó:

Jamás encontrarás una chica como Jill,

ni una entre mil millones.

De todas las chicas voluntariosas

¡la más voluntariosa es nuestra Gillian!

¿… no es cierto, Hermanito?

—Bah —repuso Jill, evidentemente complacida, al tiempo que cogía la mano de Mike y la apretaba—. Dawn es exactamente como yo… y bastante más voluntariosa.

—Quizá. Pero tú estás aquí… y Dawn está en el piso de abajo, entrevistando a los posibles candidatos. Está ocupada, y tú no. Eso es una importante diferencia, ¿no es así, Ben?

—Es posible.

Caxton empezaba a notar la conducta de Mike y Jill algo embarazosa, pese a la tranquila y relajada atmósfera de la estancia. Deseó que dejaran de juguetear, o al menos le proporcionasen una excusa para marcharse. Pero en vez de ello Mike siguió acariciando a Jill con una mano, mientras sujetaba a Ben por la cintura con el otro brazo… y Ben se vio obligado a admitir que Jill le animaba antes que al contrario. Mike dijo, muy serio:

—Ben, una noche como esta última, ayudando a un grupo a dar el gran salto al Octavo Círculo… me deja terriblemente conectado. Permíteme que te diga algo que forma parte de las lecciones para el Sexto. Nosotros los humanos poseemos algo que mi antiguo pueblo jamás soñó. No *puede*. Y debo confesarte lo precioso que es, lo especialmente precioso que sé que es… porque he sabido lo que es el no tenerlo. Se trata de la bendición que supone ser macho y hembra. Hombre y Mujer los creó Él… el mayor tesoro jamás inventado por Nosotros—Que—Somos—Dios. ¿Correcto, Jill?

—Hermosamente correcto, Mike… y Ben sabe que es verdad. Pero haz una canción para Dawn también, querido.

—De acuerdo…

Ardiente es nuestra encantadora Dawn;

Ben lo asimiló en su mirada…

Compra nuevos vestidos cada mañana,

¡pero nunca *se compra bragas!*

Jill rió y se retorció en las rodillas de Mike.

— ¿Se la has cantado ya?

—Sí, y me obsequió con un gran ¡hurra! del Bronx… acompañado de un beso para Ben. Dime, ¿no hay nadie en la cocina esta mañana? Acabo de recordar que no he comido nada en los dos últimos días. O en los dos últimos años, quizá; no estoy seguro.

—Creo que está Ruth —dijo Ben, soltándose del brazo que lo sujetaba y poniéndose en pie—. Iré a ver.

—Duque puede hacerlo. ¡Hey, Duque! Mira a ver si puedes encontrar a alguien capaz de prepararme un montón de tortas de trigo tan alto como tú, y un barrilito de jarabe de arce.

— ¡Ahora mismo, Mike! —respondió Duque.

Ben Caxton dudó, ya camino de la cocina, sin una excusa que le valiera para marcharse con el pretexto de hacer alguna gestión. Pensó en alguna otra disculpa y miró hacia atrás por encima del hombro…

—Jubal —dijo Caxton, muy serio—, no le hubiera contado esto en absoluto… si no fuera imprescindible para explicarle cómo me siento respecto a todo el asunto, y por qué estoy preocupado por ellos… por *todos* ellos, Duque y Mike y Jill, así como el resto de las víctimas de Mike. Aquella mañana yo mismo me había quedado medio convencido, y había llegado a pensar que todo estaba bien… extraño como un demonio en algunos aspectos, pero delicioso. El propio Mike me había fascinado; su nueva personalidad es absolutamente poderosa. Autoritario y a la vez persuasivo como un supervendedor, y muy convincente. Pero luego él… o los dos… me

dejaron más bien azarado, así que aproveché aquella ocasión para levantarme del diván.

«Entonces me volví para mirarles… y no pude creer lo que veían mis ojos. No me había vuelto en otra dirección ni cinco segundos, y Mike se las había arreglado para librarse de todas sus ropas… y, Dios me ayude, lo estaban haciendo, mientras yo y otros tres o cuatro en la habitación mirábamos… ¡tan osadamente como unos monos en el zoo!

»Jubal, me impresioné tanto que casi vomité el desayuno.

OceanofPDF.com

33

— ¿Y bien? —inquirió Jubal—. ¿Qué hizo usted? ¿Aplaudir?

—Y un infierno. Me largué de inmediato de allí. Fui corriendo a la puerta de salida, agarré mis ropas y mis zapatos, olvidé mi maleta y no volví por ella, hice caso omiso del letrero, salí y me precipité a ese tubo impulsor con mi ropa en los brazos. ¡Vaya! Me fui sin siquiera decirles adiós.

—Una actitud más bien brusca.

—Me sentía brusco. *Tenía* que irme. De hecho, me fui tan aprisa que casi estuve a punto de matarme. Ya sabe cómo son los tubos impulsores normales…

—No, no lo sé.

—Bueno, a menos que aprietes el botón correspondiente para subir o bajar hasta un cierto nivel, simplemente te hundes con suavidad, como a través de melaza fría. Pero yo no me hundí, yo *caí*… y estaba a unos seis pisos de altura. Pero justo cuando ya pensaba que había cometido mi último error, algo me atrapó. No una red de seguridad, sino un campo de alguna especie. Ni siquiera reboté. Pero Mike necesita pulir un poco ese artilugio, o poner en su lugar un tubo de impulso normal.

—Yo me limito a las escaleras y, cuando es inevitable, a los ascensores —dijo Jubal.

—Bueno, yo no me había dado cuenta de que aquél pudiera ser tan arriesgado. Pero el único inspector de seguridad allí es Duque… y para Duque todo lo que dice Mike es el Evangelio.

Jubal, todo ese lugar se encamina al desastre. Están todos hipnotizados por un solo hombre…., que no está en sus cabales. ¿Qué se puede hacer al respecto?

Jubal proyectó los labios hacia delante y luego frunció el entrecejo.

—Veamos primero si lo ha analizado bien. ¿Exactamente qué aspectos de la situación le parecen inquietantes?

— ¿Eh? ¡Todo el asunto!

— ¿De veras? En realidad, ¿no fue sólo *una* cosa? Y ésa cosa es un acto esencialmente inofensivo que ambos sabemos que no es nada nuevo… y que fue, puedo suponer de una forma bastante definitiva, realizado inicialmente en esta casa o sobre estos terrenos hará un par de años. Entonces yo no puse ninguna objeción… ni usted tampoco, cuando supo de él, fuera cuando fuese. De hecho, tuve la sensación de que usted mismo había participado en otras ocasiones en ese mismo acto con la misma joven dama… y ella *es* una dama, pese a lo que cuenta usted ahora. Usted ni negó mi suposición, ni actuó ofendido por ella. Para decirlo claramente, hijo… ¿qué es lo que le remuerde las tripas?

—Bueno, por el amor de Dios, Jubal… ¿Lo aceptaría usted, en su propia sala de estar?

—Decididamente no… a menos que lo hubiera hecho, si ha tenido lugar tan clandestinamente, de noche tal vez, de modo que nadie se haya dado cuenta. En cuyo caso hubiera sido, o ha sido quizá, algo que no me ha despellejado la nariz. Pero el asunto es que no fue en *mi* sala de estar, ni presumo que haya roto las reglas de la sala de estar de ninguna otra persona. Fue en casa de Mike… y con su esposa, según la ley común o cualquier otra; no hace falta ahondar en el asunto. Así que, ¿qué me importa eso a mí? ¿O a *usted*, de hecho? Si entra usted en la casa de un hombre, acepta las reglas de *su* hospitalidad. Ésa es una ley universal del comportamiento civilizado.

— ¿Quiere decir que no lo encuentra ofensivo?

—Oh, acaba de plantear usted un tema completamente distinto. La exhibición pública de la lujuria es algo que considero muy desagradable, ya sea como participante o como espectador; pero asimilo que esto refleja mi educación primaria, nada más. Una minoría muy grande de la humanidad, posiblemente una mayoría, no comparte mis gustos sobre esta materia. Decididamente no… porque la orgía posee una historia larga y amplísima, aunque no sea de *mi* agrado. Pero, ¿ofensiva?… Mi querido señor, sólo puedo considerar ofensivo lo que me ofende éticamente. Las cuestiones éticas están sujetas a la lógica; pero éste es un asunto de gusto y cabe aplicarle el viejo dicho: *de gustibus non est disputandum*.

— ¿Opina usted que una copulación en público es un simple «asunto de gusto»?

—Exactamente. Respecto a lo cual admito que mi propio gusto, arraigado en mis enseñanzas primarias, reforzado por algo así como tres generaciones de hábito, y ahora, creo, calcificado más allá de toda posibilidad de cambio, no es más sagrado que el muy diferente gusto de Nerón. Menos sagrado aún, puesto que Nerón era un dios; yo no lo soy.

—Bueno, que me condenen…

—Probablemente, a su debido tiempo… si es posible la condenación. Pero, Ben, eso no fue en público.

— ¿Eh?

—Usted mismo lo ha dicho. Describió ese grupo como un matrimonio plural… un grupo teógamo, para ser precisos. No fue público, sino enteramente privado. «No hay nadie aquí excepto nosotros los dioses». Así que, ¿cómo podía alguien sentirse ofendido?

— ¡*Yo* me sentí ofendido!

—Eso fue porque su propia apoteosis fue menos completa que la de ellos. Me temo que le juzgaron por encima de sus posibilidades; les llevó usted a una conclusión errónea. Usted mismo les invitó a ello.

— ¿Yo? Jubal, no hice nada de eso.

—«Tommy le pegó a mi muñeca… yo le pegué en la cabeza con ella». El momento adecuado para echarse atrás fue cuando llegó, porque vio usted de inmediato que sus costumbres y actitudes no eran las propias. Pero se quedó allí… y gozó de los favores de una diosa… y se comportó como un dios con ella. En pocas palabras, captó el panorama, y ellos se dieron cuenta. Me parece que el error de Mike fue simplemente aceptar su hipocresía, tomándola por moneda de curso legal. Pero él tiene la debilidad, muy propia de los dioses, de no dudar nunca de sus «hermanos de agua». Incluso Júpiter cae en ello, y su debilidad… ¿o es una fuerza?… procede de su educación primaria; no puede evitarlo. No, Ben; Mike se comportó con una absoluta propiedad; la ofensa contra los buenos modales reside en la conducta *de usted*.

—Maldita sea, Jubal, está retorciendo de nuevo las cosas. Hice lo que tenía que hacer… ¡estaba a punto de vomitar sobre su alfombra!

—Así que ahora alega que fue un movimiento reflejo. De acuerdo; sin embargo, cualquiera con una edad emocional por encima de los doce años hubiera encajado las mandíbulas, se hubiera ausentado discretamente al lavabo, con el peligro máximo de que se le obstruyeran los senos nasales, en vez de lanzarse presa del pánico hacia la puerta de la calle… y hubiera regresado después, cuando el espectáculo hubiese terminado, con una excusa más o menos aceptable.

—Eso no hubiera sido suficiente. ¡Le digo que *tuve* que marcharme!

—Lo sé. Pero eso no fue reflejo. El reflejo puede vaciarle a uno el estómago, pero no puede impulsarle los pies hacia un camino determinado, moverle los brazos para recoger su ropa, llevarle a través de algunas puertas y hacerle saltar por un agujero sin mirar antes. Eso es pánico, Ben. ¿Por qué le dominó el pánico?

Caxton tardó largo rato en contestar. Luego suspiró y dijo:

—Supongo que fue eso, ahora que lo dice. Soy un puritano.

Jubal negó con la cabeza.

—Su comportamiento fue momentáneamente puritano, pero no por motivaciones puritanas. Usted no es un puritano, Ben. Un puritano es una persona que cree que sus propias reglas de decencia son leyes naturales. Usted se halla casi completamente libre de ese frecuente mal. Usted se acomoda, al menos con pasable urbanidad, a muchas cosas que no encajan con su código del decoro… mientras que un puritano se habría sentido afrentado ya por aquella deliciosa dama tatuada y se hubiera ido pisando fuerte. Profundice más. ¿Quiere algún indicio?

—Hum, quizá fuera lo mejor. Todo lo que sé es que me siento confuso e infeliz respecto a toda la situación… ¡por mí y también por Mike, Jubal!… y es por eso por lo que me tomé un día libre para verle a usted.

—Muy bien. Establezcamos una cuestión hipotética para que usted la evalúe. Mencionó a una dama llamada Ruth a la que conoció de pasada… un beso de hermandad y una conversación de unos pocos minutos, nada más.

—Sí.

—Supongamos que los actores en el salón hubieran sido Ruth y Mike. Que Gillian no hubiese estado presente. ¿Se habría sentido desagradablemente ofendido?

— ¿Eh? ¡Demonios, sí, me habría sentido desagradablemente ofendido!

— ¿Desagradablemente hasta qué punto? ¿Hasta la náusea? ¿Hasta el pánico y la huida?

Caxton adoptó una expresión pensativa, luego avergonzada.

—Supongo que no. Me habría sentido igualmente ofendido, sí. Pero supongo que simplemente me habría ido a la cocina o algo así… y luego habría hallado alguna excusa para marcharme. Todavía me sigo sintiendo como un estúpido por haber salido de aquel modo.

— ¿Hubiera buscado realmente una excusa para marcharse? ¿O hubiera esperado expectante su propia fiesta de «bienvenida a casa» de aquella noche?

—Bueno… —Caxton meditó unos instantes—. En realidad no pensé en nada de eso cuando ocurrió. Me sentía curioso, lo admito… pero no estaba completamente decidido.

—Muy bien. Ahora ya tiene usted su motivación.

— ¿De veras?

—Dígala usted mismo, Ben. Sáquela de donde está escondida y mírela… y descubra cómo desea enfrentarse a ella.

Caxton se mordisqueó el labio y adoptó una expresión de infelicidad.

—De acuerdo. Me habría trastornado un poco si hubiera sido Ruth… pero realmente no me habría sentido ofendido. Demonios, con sólo ojear los titulares de los periódicos uno puede sentirse ofendido por cualquier cosa, pero… Bueno, usted mismo lo expresó muy bien: algo que corta muy profundo acerca del bien y del mal. Maldita sea, si hubiera sido Ruth, quizá incluso habría echado una mirada… aunque sigo pensando que habría abandonado la habitación. Esas cosas tendrían que ser… o al menos yo creo que tendrían que ser… privadas —hizo una pausa—. Fue porque se trataba de Jill. Me sentí herido… y celoso.

—Al menos es usted sincero, Ben.

—Jubal, hubiera jurado que no estaba celoso. Sabía que había perdido… y lo había aceptado. Fueron las circunstancias, Jubal. No me interprete mal ahora. Seguiría queriendo a Jill aunque fuera una puta de dos dólares, cosa que *no* es. Ese harén de manos unidas me trastorna malditamente. Pero, según sus propias luces, Jill es altamente moral.

Jubal asintió.

—Lo sé. Estoy seguro de que Gillian es incapaz de ser corrompida. Posee una invencible inocencia que le hace imposible el ser inmoral —frunció el entrecejo—. Ben, nos acercamos a las raíces de su problema. Me temo que usted… y yo también, debo admitirlo… carece de la angélica inocencia necesaria para practicar la moralidad perfecta bajo la que viven esas personas.

Ben pareció sorprendido.

—Jubal, ¿cree que lo que están haciendo es *moral*? ¿Todo eso, propio de monos en el zoo, y lo demás? Todo lo que quiero decir, es que Jill *ignora* realmente que lo que hace está mal. Mike ha conseguido hechizarla… y hasta el propio Mike, tampoco sabe que está actuando mal. Él es el Hombre de Marte, no tuvo un punto de partida honesto. Todo lo nuestro resulta extraño para él… probablemente nunca ha llegado a asimilarlo.

Jubal pareció turbado.

—Acaba de suscitar una cuestión difícil, Ben. Pero le daré una respuesta directa. Sí, creo que lo que hace esa gente… todo el Nido, no sólo nuestros chicos… es moral. Tal como usted me lo describió. No he tenido oportunidad de examinar los detalles, pero sí lo creo. Orgías en grupo, abiertos y desvergonzados cambios de parejas… su forma comunal de vivir y su código anarquista… todo. Y muy especialmente, su desinteresada dedicación a ofrecer su perfecta moralidad a los demás.

—Jubal, me deja absolutamente abrumado —Caxton se rascó la cabeza y frunció el entrecejo—. Si ése es su criterio, ¿por qué no se ha unido a ellos? Será bienvenido; le desean a su lado, le están esperando. Le organizarán un jubileo… Dawn aguarda ansiosamente poder besarle los pies y servirle en todas las formas que usted le permita; y no estoy exagerando.

Jubal negó con la cabeza.

—No. Si eso hubiera sido hace cincuenta años, lo hubiera hecho. Pero… ¿ahora? Ben, hermano mío, el potencial para tamaña inocencia ha desaparecido hace mucho tiempo de mí, y no me estoy refiriendo a la potencia sexual, así que borre esa sonrisa cínica de su rostro. Quiero decir que llevo muchos años revoleándome en el fango de mi propia maldad y desesperanza para que ahora su agua de vida me limpie y me haga inocente de nuevo. Si es que alguna vez fui inocente.

—Mike cree que posee usted esa «inocencia», así es como él también la llama, totalmente y ahora. Dawn me lo dijo, hablando extraoficialmente.

—Entonces Mike me hace un gran honor; no debería desilusionarle. Mike ve su propio reflejo. Yo soy, por profesión, un espejo.

—Jubal… Lo que es, es un gallina.

— ¡Exactamente, señor! Lo que más me preocupa es si esos inocentes pueden hacer que su esquema encaje en un mundo malvado. ¡Oh, se ha intentado antes!… y cada vez el mundo los ha arrojado a un lado como ácido. Algo de los primitivos cristianos: anarquía, comunismo, matrimonio de grupo… vaya, incluso ese beso de hermandad, posee un fuerte aroma de cristianismo primitivo. Puede que sea de ahí de donde lo cogió Mike, puesto que todas las formas que utiliza son abiertamente sincréticas, en especial ese ritual de la Madre Tierra —frunció el entrecejo—. Si recogió eso del cristianismo primitivo, y no sólo por la oportunidad de besar a las chicas, lo cual le encanta, lo sé… entonces cabría esperar que los hombres besaran a los hombres también.

—Lo ha adivinado… lo hacen. Pero no es un gesto homosexual. Fui atrapado una vez en ello; después conseguí eludirlo.

— ¿De veras? Encaja. La Colonia Oneida era muy parecida al «Nido» de Mike. Consiguió durar bastante, pero con una escasa densidad de población, no como un enclave en una ciudad residencial. Ha habido muchas otras, todas con la misma triste historia: una planificación para compartir en forma perfecta y un amor perfecto, gloriosas esperanzas y altos ideales… todo ello seguido por persecución y el fracaso final… —suspiró—. Me preocupó Mike antes; ahora estoy preocupado por todos ellos.

— ¿*Usted* preocupado? ¿Cómo cree que me siento yo? Jubal, no puedo aceptar su teoría de la dulzura y la luz. ¡Lo que están haciendo es erróneo!

— ¿De veras? Ben, es ese último incidente lo que no ha conseguido digerir usted.

—Hum… quizá. No del todo.

—En su mayor parte. Ben, la ética del sexo es un problema espinoso, porque cada uno de nosotros ha de hallar una solución pragmática compatible con un ridículo, completamente impracticable y nocivo código público: la llamada «moralidad». La mayoría de nosotros sabemos, o sospechamos, que ese código público está equivocado, y lo violamos. Pero pagamos nuestro tributo aparentando estar de acuerdo en público y sintiéndonos culpables por quebrantarlo en privado. Queramos o no, ese código nos gobierna, nos pone alrededor del cuello un albatros muerto y pestilente. Usted piensa en sí mismo como un alma libre, lo sé, y también rompe ese código nocivo. Pero enfrentado a un problema de ética sexual nuevo para usted, lo sitúa inconscientemente delante del mismo código judeo—cristiano que usted conscientemente rechaza obedecer. Todo ello de una forma tan automática que empieza a sentir arcadas, y pese a todo llega a la conclusión, y *sigue* creyéndolo, de que sus reflejos demuestran que usted está «en lo cierto» y los demás «se equivocan». ¡Uf! El utilizar su estómago para probar la culpabilidad no es más que otra variante del juicio de Dios. Todo lo que su estómago puede reflejar son los prejuicios que le inculcaron antes de que tuviese uso de razón.

— ¿Y qué me dice de *su* estómago?

—El mío es tan estúpido como el suyo… pero no le permito que gobierne mi cerebro. Al menos, puedo ver la hermosura del intento de Mike de proyectar una ética humana ideal, y aplaudo su reconocimiento de que un código así debe estar fundado en un comportamiento sexual ideal, aunque exija cambios tan radicales en las costumbres sexuales como para asustar a la mayoría de la gente, incluido usted. Por eso le admiro… Debería proponerlo como miembro de la Sociedad Filosófica. La mayor parte de los filósofos morales suponen, consciente o inconscientemente, que nuestro código sexual cultural es esencialmente correcto: familia, monogamia, continencia, el postulado de intimidad que tanto le trastornó a usted, restricción de las relaciones sexuales al lecho matrimonial, etcétera. Una vez estipulado nuestro código cultural como un conjunto, juguetearon con los detalles… ¡hasta

insignificancias tales como discutir si el pecho femenino era o no una visión «obscena»! Pero sus debates principales se refirieron a *cómo* el animal humano podía ser inducido o forzado a obedecer este código, ignorando imperturbablemente las altas posibilidades de que los corazones rotos y las tragedias que presenciaban a su alrededor tuvieran su origen en el propio código antes que en el fracaso en respetarlo.

»Y ahora llega el Hombre de Marte, examina ese código sacrosanto… y lo rechaza *in toto*. No capto exactamente cuál es el código sexual de Mike, pero resulta claro, por lo poco que me ha dicho usted, que viola las leyes de todas las naciones importantes de la Tierra y ultrajará la «honesta forma de pensar» de los que observan las normas de todas las principales religiones… y de muchos agnósticos y ateos también. Y, sin embargo, ese pobre muchacho…

—Jubal, se lo repito… no es ningún muchacho, es un hombre.

— ¿*Es* un hombre? Me lo pregunto. Ese pobre sucedáneo marciano está diciendo, según su informe, que el sexo es una forma de ser felices juntos. Hasta aquí estoy de acuerdo con Mike: el sexo *debería* ser un medio hacia la felicidad. Lo peor acerca del sexo es que lo utilizamos para hacernos daño los unos a los otros. *Jamás* debería hacer daño; sólo debería traer felicidad o, por lo menos, placer. No hay ninguna buena razón por la cual debería ser menos que eso.

»E1 código dice: *No desearás la mujer de tu prójimo*. ¿Y el resultado? Castidad reluctante, adulterio, celos, amargas peleas familiares, golpes y a veces asesinatos, hogares deshechos y niños traumatizados… pequeñas insinuaciones furtivas en los bailes de los clubes de campo y lugares así, que degradan tanto a la mujer como al hombre, se consumen o no. ¿Se obedeció alguna vez esa prohibición? Me refiero al mandamiento de «no desear». Me lo pregunto. Si un hombre me jurara sobre un montón de sus propias Biblias que se había abstenido de desear la mujer de su prójimo porque el código se lo prohibía, me atrevería a suponer que es un tipo que se engaña a sí mismo, o un subnormal sexual. Cualquier

hombre lo bastante viril como para procrear ha codiciado muchas, muchas mujeres, tanto si ha hecho algún avance al respecto como si no lo ha hecho.

»Y ahora llega Mike y dice: *No es necesario que desees a mi mujer. ¡Ámala! Su amor no conoce límites, todos lo tenemos todo por ganar, y nada que perder excepto el miedo y el pecado, el odio y los celos*. Esta proposición es tan ingenua que resulta increíble. Por todo lo que yo recuerdo, sólo la precivilización de los esquimales fue alguna vez tan ingenua… y sus miembros estaban tan aislados del resto de nosotros que casi podrían ser calificados como «hombres de Marte». Sin embargo, pronto les transmitimos nuestras virtudes y ahora, en vez de su alegre compartir, tienen la misma castidad y el mismo adulterio que el resto de nosotros. Me pregunto qué salieron ganando. ¿Qué piensa usted, Ben?

—No tengo ningún interés en ser esquimal, gracias.

—Ni yo. El pescado podrido me produce bilis.

—Bueno, sí… pero yo pensaba en el agua y el jabón. Supongo que soy decadente.

—También yo, Ben. Nací en una casa con menos cañerías que un iglú, y no quiero repetir mi infancia. Aunque supongo que las narices endurecidas por el hedor de la grasa de ballena podrida no se sentirán molestas por el olor de los cuerpos humanos sin lavar. Pero, de todos modos, y pese a su curiosa cocina y sus lamentables posesiones, los esquimales han sido siempre considerados el pueblo más feliz de la Tierra. Jamás podremos estar seguros de por qué eran felices, pero sí podemos afirmar absolutamente que cualquier desdicha que sufrieran no estaba causada por los celos sexuales. Se prestaban sus esposas los unos a los otros, tanto por conveniencia como simplemente para divertirse, y eso no les hacía desgraciados.

»Uno se siente tentado a pensar: ¿quién es más lunático? ¿Mike y los esquimales, o el resto de nosotros? No podemos juzgar por el hecho de que usted y yo no tenemos estómago para practicar ese deporte de grupo; nuestros gustos canalizados son irrelevantes. Pero eche un vistazo a este malhumorado mundo que le rodea y

luego dígame: los discípulos de Mike, ¿parecen más felices o más desgraciados que las demás personas?

—Hablé sólo con más o menos una tercera parte de ellos, Jubal, pero… sí, son felices. Tan felices que me parecieron atolondrados. Pero no confío en ello. Tiene que haber una trampa en alguna parte.

—Hum… quizá la trampa fuera usted mismo.

— ¿Cómo?

—Estaba pensando que es una pena que sus gustos se hayan visto canalizados siendo tan joven. Ahí estaba, lloviendo sopa a su alrededor… y usted atrapado sin una cuchara. Incluso tres días de lo que le estaban ofreciendo, a lo que le estaban incitando… hubieran sido algo que atesorar cuando alcanzase mi edad. ¡Y usted, joven idiota, permite que los celos le expulsen de allí! Créame, a sus años yo me habría convertido en esquimal a lo grande, agradecido de que se me ofreciera un permiso de libre circulación en vez de tener que asistir a la iglesia y estudiar marciano para calificarme. Me siento tan indirectamente vejado por su acción, que mi único consuelo es la hosca certidumbre de que lamentará lo que ha hecho. La edad no proporciona sabiduría, Ben, pero sí perspectiva… y la más triste perspectiva de todas es ver hasta muy lejos, muy lejos detrás de ti, las tentaciones que dejaste pasar por tu lado. Yo también tengo esos remordimientos, pero todos ellos juntos no son nada comparados con la terrible paliza de remordimientos que estoy felizmente seguro de que va a sufrir usted.

— ¡Oh, por el amor de Dios, deje de restregármelo!

— ¡Cielos, hombre! ¿O es un ratón? No le estoy restregando nada; sólo estoy intentando hacerle ver lo obvio. ¿Por qué está aquí sentado gimiéndole a un viejo, cuando lo que debería hacer es encaminarse inmediatamente al Nido, como una paloma que vuelve volando a su casa? ¡Antes de que los polis arrasen el lugar! Demonios, si yo tuviese aunque sólo fuesen veinte años menos, yo también me uniría a la Iglesia de Mike.

—Háble me de eso, Jubal. ¿Qué opina realmente de la Iglesia de Mike?

—Usted me dijo que no era una Iglesia… sólo una disciplina.

—Bueno… sí y no. Se supone que está basada en la Verdad, con «V» mayúscula, tal como Mike la recibió de los Ancianos de Marte.

—Los Ancianos, ¿eh? Para mí siguen siendo pura basura.

—Mike cree en ellos.

—Ben, en una ocasión conocí a un fabricante que creía que consultaba con el fantasma de Alexander Hamilton todas sus decisiones de negocios. Lo único que demuestra eso es que él lo creía. Sin embargo… ¡Maldita sea!, ¿por qué tengo que convertirme siempre en el abogado del diablo?

— ¿Qué es lo que le remuerde ahora?

—Ben, el más inmundo de los pecadores es el hipócrita que convierte la religión en un fraude organizado. Pero debemos dar al demonio lo que es suyo. Mike cree en esos Ancianos, y no está montando un fraude. Está enseñando la verdad tal como él la ve, aunque haya considerado conveniente tomar prestadas cosas de otras religiones para ilustrar sus enseñanzas. Ese rito de «La Madre de Todos», por muy poco que me guste, parece que tiene simplemente por misión ilustrar la universalidad del Principio Femenino, independientemente de nombre y forma. Lo cual es bastante honesto. En cuanto a sus Ancianos, por supuesto *no sé* si existen o no; simplemente considero difícil de tragar la idea de que todo planeta esté regido por una jerarquía de fantasmas. Por lo que se refiere a su credo del «Tú eres Dios», para mí no resulta más creíble o increíble que cualquier otro. Es posible que el día del Juicio Final, si llega, descubramos todos que ese espantajo del Dios del Congo era el Gran Jefe desde un principio.

»*Todos* los nombres se hallan aún en el sombrero, Ben. El hombre consciente de sí mismo ha sido creado de tal forma que no puede imaginar su propia extinción, y esto conduce automáticamente a una infinita invención de religiones. Mientras

esta involuntaria convicción de inmortalidad no demuestre por algún medio que la inmortalidad es un hecho, las preguntas generadas por esta convicción son abrumadoramente importantes, podamos responderlas o no, o demostrar las respuestas que sospechamos. La naturaleza de la vida, cómo se introduce el ego en el cuerpo físico, el problema del ego en sí mismo y por qué cada ego parece ser el centro del universo, la finalidad de la vida, la finalidad del universo… Ésas son cuestiones importantes, Ben; nunca pueden ser triviales. La ciencia no puede, o no lo ha conseguido todavía, resolver ninguna de ellas… ¿y quién soy yo para burlarme de las religiones por intentar resolverlas, aunque sus explicaciones no me parezcan convincentes?

»El viejo Espantajo todavía puede devorarme; no puedo echarlo a un lado porque no se hayan erigido en su honor fantásticas catedrales. Ni puedo desdeñar a un muchacho tocado por la divinidad, que capitanea un culto sexual en un ático completamente acolchado: puede ser el Mesías. La única opinión religiosa de la que me siento seguro es ésta: ¡la autoconsciencia no es sólo un puñado de aminoácidos chocando unos contra otros!

— ¡Caramba! Jubal, hubiera debido ser usted predicador.

—Me lo perdí por el filo de una navaja, muchacho… y le agradeceré que mantenga una lengua educada dentro de su cabeza. Le diré una palabra más en defensa de Mike, y luego lo arrojaré a merced del tribunal. Si es capaz de mostrarnos una forma mejor para gobernar este enmarañado planeta, su vida sexual queda vindicada de una forma automática, independientemente de los gustos suyos o míos. Los genios son notoriamente indiferentes a las costumbres sexuales de la cultura en que se hallan; promulgan sus propias leyes. Esto no es una opinión, fue demostrado por Armattoe allá en 1948. Y Mike *es* un genio; lo demuestra en más de una forma. En consecuencia, puede esperarse que haga caso omiso de la señora Gazmoñería y avance por el camino que crea más conveniente para él. Los genios se muestran justificablemente desdeñosos de las opiniones de sus inferiores.

»Y, desde el punto de vista teológico, la conducta sexual de Mike es tan *kosher* como un pescado en viernes, tan ortodoxa como Santa Claus. Predica que todas las criaturas vivas son colectivamente Dios; eso hace de él y sus discípulos los únicos dioses conscientes de sí mismos en este panteón… lo cual les adjudica una tarjeta de afiliación al sindicato, según las reglas para la divinidad en este planeta. Estas reglas *siempre* permiten a los dioses disponer de una libertad sexual limitada sólo por su propio juicio; las reglas mortales *nunca* se aplican. ¿Leda y el Cisne? ¿Europa y el Toro? ¿Osiris, Isis y Horus? ¿Los increíbles juegos incestuosos de los dioses escandinavos? Eche una buena mirada a las relaciones familiares del Uno y Trino de la más ampliamente respetada religión occidental… Y no citaré las religiones orientales; ¡sus dioses hacen cosas que no toleraría un criador de visones!

»La única forma en que las extrañas interrelaciones de los distintos aspectos de lo que significa ser un monoteísta pueden reconciliarse con los preceptos de la religión, es aceptando que las reglas para la deidad en esos asuntos no son las mismas reglas que para los vulgares mortales. Por supuesto, la mayoría de la gente no piensa en ello; lo compartimentan en su mente y lo etiquetan: *Sagrado — No molestar*.

»Pero es preciso concederle a Mike la misma dispensa concedida a todos los demás dioses. Hay reglas para este juego: un dios único se divide al menos en dos partes: masculina y femenina, y procrea. No únicamente Jehová; *todos* lo hacen. Por el contrario, un grupo de dioses procrearán como conejos, sin que les importen mucho las formalidades humanas. Una vez ingresado Mike en el negocio de la divinidad, esas orgías de su grupo eran algo tan lógico y seguro como que el domingo sigue al sábado. Así que deje de utilizar los estándares de Podunk y júzguelos solamente por la moral olímpica; creo que entonces descubrirá que han estado mostrando una sorprendente moderación. Además, Ben, este «acercamiento» a través de la unión sexual, esta unidad en la pluralidad y pluralidad de vuelta a la unidad, no puede tolerar la monogamia dentro del grupo divino. Cualquier emparejamiento que

excluyera a los demás sería inmoral y obsceno, bajo el credo postulado. Y si ese congreso sexual compartido por todos es esencial para su credo, como asimilo que *tiene* que serlo, entonces, ¿por qué espera que escondan esta sagrada unión detrás de una puerta? Su insistencia de que deberían esconderse convertiría un rito sagrado, cosa que *era*, en algo obsceno, cosa que *no* era. Usted simplemente no comprendió lo que estaba sucediendo.

—Tal vez no —admitió Ben, hosco.

—Voy a ofrecerle un premio de tapa de cereal, como incentivo. Se preguntaba cómo consiguió Mike desembarazarse tan rápidamente de sus ropas. Se lo diré.

— ¿Cómo?

—Fue un milagro.

—Oh, por el amor de Dios…

—Pudo serlo. Le apuesto mil dólares a que fue un milagro según las reglas usuales de los milagros… y usted mismo decide el resultado. Vuelva y pregúntele a Mike cómo lo hizo. Pídale que le haga una demostración. Luego me envía el dinero.

—Demonios, Jubal… No quiero ganarle de esa forma.

—No lo hará. Poseo información de índole interna. ¿Apuesta o no?

—No, maldita sea. Jubal, vaya usted allí y vea de qué se trata. Yo no puedo volver… no ahora.

—Le recibirán con los brazos abiertos, y ni siquiera le preguntarán por qué se marchó tan bruscamente. Van otros mil a esto también. Ben, estuvo usted allí menos de un día, unas quince horas… y pasó más de la mitad del tiempo durmiendo y jugando a la pata coja con Dawn. ¿Les echó acaso una buena mirada? ¿Usó la meticulosa investigación que le dedica a alguien de la vida pública que huele mal, antes de crucificarlo en su columna?

—Pero…

— ¿Lo hizo o no lo hizo?

—No, pero…

— ¡Oh, por el amor de Dios, Ben! Afirma usted que está *enamorado* de Jill… y, sin embargo, no le concede siquiera la misma consideración que le concede a un político deshonesto. Ni una décima parte del esfuerzo que ella hizo por ayudarle *a usted* cuando estaba secuestrado. ¿Dónde se hallaría usted ahora si esa muchacha no se hubiese preocupado por usted como lo hizo? ¡Criando malvas! La emprende con esos chicos por culpa de un poco de fornicación amistosa, pero… ¿sabe lo que realmente me preocupa a mí?

— ¿Qué?

—Jesucristo fue crucificado por predicar sin permiso de la policía. Piense bien en eso.

Caxton se puso en pie.

—Me voy.

—Hágalo después del almuerzo.

—No. Ahora.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Ben envió a Jubal un giro telegráfico de dos mil dólares. Cuando, al cabo de una semana, Jubal no recibió ningún otro mensaje, remitió una comunicación a la oficina de Ben: «¿Qué diablos está haciendo?».

La respuesta tardó un poco en llegar: «Estudio marciano y las reglas de la pata coja. Fraternalmente suyo, Ben».

OceanofPDF.com

QUINTA PARTE — SU BIENAVENTURADO DESTINO

OceanofPDF.com

34

Foster alzó la cabeza del trabajo que tenía entre manos.

— ¡Hijo!

— ¿Señor?

—Ese joven por el que te interesabas está disponible ya. Los marcianos lo han soltado.

Digby pareció desconcertado.

—Lo siento. ¿Hay alguna joven criatura hacia la cual tengo alguna Obligación?

Foster sonrió angélicamente. Los milagros *nunca* eran necesarios… en Verdad, el pseudoconcepto «milagro» era en sí mismo una contradicción. Pero esos jóvenes tenían que aprenderlo siempre por su cuenta.

—No importa —dijo en tono amable—. Es un trabajo menor, me encargaré yo mismo de él. Y… por favor, hijo…

— ¿Señor?

—Llámame «Fos», por favor… las ceremonias están muy bien ahí fuera, pero no son necesarias en el estudio. Y recuérdame que no te llame «hijo» después de esto; tu hoja de servicios durante el período de prueba provisional es estupenda. ¿Por qué nombre deseas que se te llame?

Su ayudante parpadeó.

— ¿Tengo otro nombre?

—Miles de ellos. ¿Alguna preferencia?

—Oh, la verdad es que no recuerdo en este preciso eón.

—Bien… ¿no te gustaría que te llamasen «Digby»?

—Oh, sí. Es un nombre bonito. Gracias.

—No tienes por qué agradecérmelo. Te lo has ganado.

El Arcángel Foster volvió a su tarea, sin olvidar la misión secundaria que había asumido. Consideró brevemente cómo podría retirar aquel cáliz de la pequeña Patricia… luego se reprendió a sí mismo por aquel pensamiento tan poco profesional, casi humano. La misericordia no era posible en un ángel; la compasión angélica no dejaba sitio para ella.

Los Ancianos de Marte habían llegado a una elegante solución experimental de su problema estético más importante, y lo habían dejado a un lado durante unos cuantos «treses llenos» a fin de dejar que generase nuevos problemas. Entonces, sin prisas pero de inmediato y casi distraídamente, recogieron los informes de lo que había aprendido acerca de su propio pueblo el extraño polluelo al que habían enviado de regreso a su mundo, tras haberlo cuidado y hecho crecer, puesto que ya no era de interés para sus propósitos.

Tomaron colectivamente los datos que había acumulado y, con un vistazo de prueba a aquella solución experimental, empezaron a pensar en la conveniencia de promover una encuesta que condujese a una investigación de los parámetros estéticos implicados en la posible necesidad artística de destruir la Tierra. Pero haría falta necesariamente mucha espera antes de que la plenitud permitiera asimilar una decisión.

El Daibutsu de Kamakura volvió a verse inundado por una ola gigantesca, como consecuencia de una alteración sísmica a unos 280 kilómetros de Honshu. La ola mató a más de trece mil personas, y alojó a un niño pequeño en lo alto del interior de una imagen del Buda, donde fue finalmente hallado y socorrido por los monjes supervivientes. Aquel niño vivió noventa y siete años terrestres después del desastre que barrió a toda su familia, y no dejó descendencia alguna ni hizo nada notable, excepto ganarse una reputación que llegó hasta Yokohama por su continuo hipo.

Cynthia Duchess ingresó en un convento con todos los beneficios de la moderna publicidad, y salió de él sin la menor fanfarria al cabo de tres días. El ex secretario general Douglas sufrió una apoplejía menor que le dejó casi inútil la mano izquierda, pero eso no redujo su habilidad para conservar los fondos que le habían sido confiados. La *Lunar Enterprises, Ltd.* publicó un folleto sobre una emisión de acciones de su empresa subsidiaria, la *Ares Chandler Corporation*. La nave exploradora *Mary Jane Smith*, dotada con el impulsor Lyle, se posó en Plutón. Fraser, Colorado, informó que estaba padeciendo el mes de febrero más frío de sus anales históricos.

El obispo Oxtongue, en el Templo de la Nueva Gran Avenida en Kansas City, predicó sobre el texto de Mateo 24:24: «Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, con grandes señales y prodigios, hasta hacer errar, por si fuera poco, a los elegidos». Tuvo mucho cuidado en dejar bien sentado que su diatriba no se refería a mormones, cristianos científicos, católicos romanos ni fosteritas. Sobre todo no a estos últimos, ni a ninguno de sus peregrinos compañeros de viaje, cuya buena labor tenía más importancia — en último análisis — que las inconsecuentes diferencias en credo o ritual. Se aplicaba única y exclusivamente a los advenedizos heréticos que seducían a los fieles contribuyentes para alejarlos de la fe de sus padres.

En una lujuriante ciudad residencial subtropical en la parte sur de la misma nación, tres querellantes presentaron una denuncia acusando de libertinaje público a un pastor, tres de sus ayudantes y Fulano de Tal, Mengana de Cual, etcétera… además de acusaciones de dirigir un burdel y contribuir a la corrupción de menores. El fiscal del condado no tenía al principio el menor interés en proseguir la causa, sobre la base de la información que tenía archivada de una docena de casos anteriores similares… en los que los testigos querellantes nunca se habían presentado al proceso. Señaló esto, y su portavoz dijo:

—Lo sabemos. Esta vez se le respaldará a fondo. El obispo supremo Short está decidido a que este Anticristo deje de prosperar.

El ministerio fiscal no estaba interesado en los Anticristos, pero había unas elecciones primarias en perspectiva.

—Bien, pero recuerde que no puedo hacer mucho sin respaldo.

—Lo tendrá.

Más hacia el norte, el doctor Jubal Harshaw no se enteró de inmediato de este incidente y sus consecuencias, pero tuvo noticia de demasiados otros para su paz mental. Contra sus propias reglas había sucumbido a la más insidiosa de las drogas: las noticias. Hasta entonces había contenido su vicio; se había limitado a suscribirse a un servicio de recortes de prensa centrado exclusivamente en los epígrafes «Hombre de Marte», «V. M. Smith», «Iglesia de Todos los Mundos» y «Ben Cax—ton»… pero el mono se le estaba subiendo a la espalda. En dos ocasiones últimamente se había visto obligado a mantener una dura lucha consigo mismo para vencer el impulso de ordenar a Larry que instalase la caja de parloteos en su estudio. Maldita sea, ¿por qué no se molestaban aquellos chicos en grabarle alguna carta de vez en cuando, en vez de dejarle que se interrogara y se preocupara?

— ¡Primera!

Oyó entrar a Anne, pero siguió con la vista clavada en la nieve y la piscina vacía al otro lado de la ventana.

—Anne —dijo al fin, sin volverse—, alquílanos un pequeño atolón tropical y pon en venta este mausoleo.

—Sí, jefe. ¿Alguna otra cosa?

—Pero asegúrate de dejarlo todo bien atado para un alquiler a largo plazo antes de devolver este lugar salvaje a los indios; no soporto los hoteles. ¿Cuánto tiempo hace que no escribo nada de pago?

—Cuarenta y tres días.

— ¿Lo ves? Que esto te sirva de lección. Empieza: «Canción fúnebre de un muchacho de los bosques».

Las profundidades del añorado invierno son hielo en mi corazón;

los jirones de los acuerdos rotos yacen pesados sobre mi alma.

Los fantasmas de los perdidos éxtasis aún nos mantienen separados;

los sordos vientos de amargura flotan sobre nosotros.

Las cicatrices y los tendones rotos, las ramas arrancadas de cuajo,

el doliente pozo del hambre y el pulsar del hueso dislocado,

mis ardientes ojos llenos de arena mientras la luz disminuye dentro,

no añaden nada al tormento de yacer aquí solo…

Las rielantes llamas de la fiebre resaltan tu bendito rostro;

mis rotos tímpanos envían el eco de tu voz a mi cabeza.

No temo la oscuridad que avanza a buen paso;

sólo temo perderte cuando ya esté muerto.

—Ya está —dijo secamente—. Fírmalo «Louisa M. Alcott» y haz que la agencia lo mande a la revista *Ib—getherness*.

—Jefe, ¿es ésta su idea de un «escrito de pago»?

— ¿Eh? Por supuesto que no. No ahora. Pero valdrá algo más adelante, así que archívalo, y mi albacea literario podrá sacarle partido en mis honras fúnebres. Eso es lo malo de todas las búsquedas artísticas: las mejores obras rinden dividendos cuando ya no puede cobrarlos el que las ha creado. La vida literaria… ¡mierda!… no consiste más que en acariciar el gato hasta que ronronee.

— ¡Pobre Jubal! Nadie siente piedad por él, así que no le queda más remedio que compadecerse de sí mismo.

—Y encima sarcasmos. No es extraño que trabaje poco.

—Nada de sarcasmos, jefe. Sólo el que lo usa sabe dónde le aprieta el zapato.

—Mis disculpas. De acuerdo, aquí va un escrito de pago. Empieza. Título: «Despedida».

Hay amnesia en un nudo corredizo y alivio en el hacha,

Pero el sencillo veneno relajará tus nervios.

Hay rapidez en un pistoletazo y sopor en el potro,

Pero una buena dosis de veneno te ahorrará lo más duro.

Hallarás descanso en la silla eléctrica, o el gas te traerá la paz;

Pero el farmacéutico de la esquina puede darte esa paz en un sobrecito.

Hay refugio en el cementerio de la iglesia, si estás cansado de enfrentarte a los hechos…

Y el camino más suave es el veneno recetado por un médico amable.

Coro:

Tras un ¡hugh! *y un gemido, y un estertor,*

La Muerte llega en silencio, o tal vez aullando…

Pero lo más agradable para acabar con tus días

es el brindis de una copa, de mano de un amigo.

—Jubal —dijo Anne con tono preocupado—, ¿le duele el estómago?

—Siempre.

— ¿Éste lo archivo también?

—No. Éste es para el *New Yorker*. El seudónimo habitual.

—Lo rechazarán.

—Lo comprarán. Es morboso, lo comprarán.

—Y, además, le pasa algo a la métrica.

— ¡Pues claro que le pasa algo! Uno ha de dar al editor *algo* distinto, o se sentirá frustrado. Después de que lo ha paladeado un poco, se da cuenta que le satisface el sabor, así que lo compra. Mira, querida, yo ya le estaba dando esquinazo con éxito a todo trabajo honrado antes de que tú nacieras… así que no trates de enseñarle a tu abuelo cómo se baten los huevos. ¿O preferirías que

yo cuidara a Abby mientras tú escribes? ¡Hey! Es la hora de dar de comer a Abigail, ¿no? Y tú no eres «primera», Dorcas es «primera». Lo recuerdo.

—A Abby no le hará ningún daño esperar un poco. Dorcas está acostada. Mareos matutinos.

—Tonterías. Si está embarazada, ¿por qué no me deja hacer la prueba? Anne, puedo oler un embarazo veinte días antes que un conejo, y tú lo sabes. Voy a tener que mostrarme firme con esa chica.

— ¡Déjela en la cama, Jubal! Le asusta la posibilidad de que no haya prendido… y quiere convencerse de que sí, durante tanto tiempo como sea posible. ¿Sabe usted *algo* de mujeres?

—Hum. Ahora que pienso en ello… no. Nada. De acuerdo, no la molestaré. Pero, ¿por qué no trajiste a tu bebé ángel y la alimentaste aquí? Tienes libres las dos manos cuando tomas dictado.

—En primer lugar, me alegro de no haberlo hecho: hubiera podido entender algo de lo que usted decía…

—Así que ahora soy una mala influencia, ¿eh?

—Es demasiado pequeña para ver el jarabe de caramelo blando que hay debajo, jefe. Pero la auténtica razón es que usted no hace nada si la traigo conmigo; se dedica a jugar con ella.

— ¿Puedes imaginar un mejor medio de enriquecer las horas vacías?

—Jubal, aprecio el hecho de que sea usted un tonto con mi hija; yo también creo que es una niña encantadora. Pero se pasa usted todo el tiempo jugando con ella… o dormitando. Eso no es bueno.

— ¿Falta mucho para que tengamos que recurrir a la beneficencia pública?

—No se trata de eso. Si no produce historias, se estriñe espiritualmente. La cosa ha llegado al punto de que Dorcas, Larry y yo nos mordemos las uñas… y cuando usted grita: «¡Primera!» se

nos escapa un suspiro de alivio. Sólo que últimamente es una falsa alarma.

—Si hay dinero en el banco para pagar las facturas, ¿por qué tenéis que preocuparos?

— ¿Por qué se preocupa *usted*, jefe?

Jubal consideró aquello. ¿Debía explicárselo? Cualquier posible duda acerca de la paternidad de la niña había quedado solventada en su mente por el nombre que se le impuso; Anne había vacilado entre «Abigail» y «Zenobia»… y al final cargó a la pobre niña con los dos. Anne nunca mencionó el significado de esos nombres, presumiblemente porque ignoraba que Jubal los conocía.

Anne continuó, con firmeza:

—No engaña usted a nadie excepto a sí mismo, Jubal. Dorcas, Larry y yo sabemos que Mike puede cuidar de sí mismo, y usted debería saberlo también. Pero está tan frenético que…

— ¿Frenético yo?

—…Larry puso el estéreo en su habitación, y siempre ha habido uno de nosotros viendo las noticias, todas las emisiones. No porque *nosotros* estemos preocupados… excepto por usted. Pero cuando Mike aparece en las noticias, y por supuesto lo hace con frecuencia; todavía sigue siendo el Hombre de Marte… lo sabemos mucho antes de que esos tontos recortes le lleguen a usted a las manos. Me gustaría que dejase de leerlos.

— ¿Qué sabes tú de los recortes? Me tomé un sinfín de molestias para evitar que os enterarais.

—Jefe —dijo ella con voz cansada—, alguien ha de encargarse de la basura. ¿Acaso piensa que Larry no sabe leer?

—Vaya… Esa maldita trituradora de desperdicios no ha funcionado bien desde que Duque se marchó. ¡Maldita sea, nada lo hace!

—Todo lo que tiene que hacer es mandarle aviso a Mike de que quiere que Duque vuelva… y Duque se presentará al instante.

—Sabes que no puedo hacer eso —le confundió el hecho de que lo que ella había dicho era casi con toda seguridad cierto… y el

pensamiento fue seguido por una repentina y amarga sospecha—. ¡Anne! ¿Estás aquí porque Mike te dijo que te quedaras?

La chica respondió casi de inmediato:

—Estoy aquí porque quiero estar aquí.

—Hum. No estoy seguro de que sea una respuesta aceptable.

—Jubal, a veces desearía que fuese usted lo bastante pequeño como para poder tumbarle sobre mis rodillas y darle unos azotes. ¿Me permite acabar lo que estaba diciendo?

—Tienes la palabra.

¿Estaría *alguno* de ellos aquí en otras circunstancias? ¿Se habría casado Miriam con Stinky y se habría ido a Beirut, si Mike no lo hubiera aprobado? El nombre de «Fátima Michele» podía ser un reconocimiento de la fe que había adoptado — además del deseo de su esposo de cumplimentar a su mejor amigo —, o podía ser una clave tan explícita como el doble nombre de la niña Abby. Una que señalaba que Mike era algo más que el padrino de la hija del doctor y la señora Mahmoud. Si era así, ¿llevaba Stinky su cornamenta sin saberlo? ¿O aceptaba la situación con el mismo sereno orgullo con que se suponía lo había hecho José?

Hum. Pero había que llegar a la conclusión de que Stinky conocía con toda certeza el calendario de su hurí; la hermandad de agua no permitía siquiera omisiones diplomáticas en un asunto tan importante… si de hecho era importante, cosa que el médico y agnóstico Jubal dudaba. Pero para ellos sí lo sería…

—No me está escuchando.

—Lo siento. Me distraje.

…y basta ya, viejo malicioso… ¡Deja de ver extraños significados a los nombres que las madres ponen a sus hijos! Luego la emprenderás con la numerología… después con la astrología… luego con el espiritismo… hasta que tu senilidad haya progresado tanto, que todo lo que te quede sea un tratamiento bajo custodia, y la razón se te ofusque tanto que te resulte imposible descorporizarte con dignidad. Ve al cajón cerrado con la llave nueve del archivo de

la clínica, clave «Leteo»… y usa al menos dos granos para estar seguro, aunque uno es más que suficiente…

—No hay ninguna necesidad de que lea esos recortes, porque nosotros sabemos todas las noticias públicas relativas a Mike antes que usted, y Ben nos ha hecho una promesa de agua de informarnos de inmediato de todas las noticias privadas que necesitemos saber. Y Mike, por supuesto, lo sabe. Pero, Jubal, nada *puede* lastimar a Mike. Si tan sólo hubiese visitado usted el Nido, como hemos hecho nosotros tres, lo sabría.

—Nunca he sido invitado.

—Tampoco nosotros recibimos invitación alguna; simplemente fuimos. Nadie necesita invitación para entrar en su propia casa… del mismo modo que ellos no necesitan invitaciones para venir aquí. Lo único que hace usted es poner excusas, Jubal, y muy pobres… porque Ben le animó a ir, y tanto Dawn como Duque se lo dijeron también.

—Mike no me ha invitado.

—Jefe, ese Nido nos pertenece tanto a usted y a mí como a Mike. Mike es el primero entre iguales… como usted aquí. ¿No es éste el hogar de Abby?

—Da la casualidad —dijo Jubal con voz llana— que la escritura está ya a su nombre… con un inquilinato vitalicio para mí. No tenía intención de decírtelo, pero no se pierde nada conque lo sepas.

Jubal había cambiado su testamento, sabiendo que Mike hacía ahora innecesario preocuparse por ninguno de sus hermanos de agua. Pero, puesto que no estaba seguro del *status* «acuoso» exacto de aquel polluelo — salvo que normalmente estaba mojado —, estableció nuevas disposiciones testamentarias a favor de la niña y a favor de los descendientes, si los había, de algunos otros.

—Jubal… va a hacerme llorar. Y casi ha logrado que olvide lo que estaba diciendo. Y *debo* decirlo. Mike nunca le meterá prisa, usted lo sabe. Asimilo que el muchacho está aguardando la plenitud… y asimilo que usted hace lo mismo.

—Hum… Asimilo que hablas correctamente.

—De acuerdo. Creo que hoy se encuentra especialmente melancólico porque han vuelto a arrestar a Mike. Pero eso ha sucedido muchas…

— ¿Arrestado? ¡No sé nada de eso! Maldita sea, muchacha… —añadió.

— ¡Jubal, Jubal! Ben no ha llamado; eso es todo lo que necesitamos saber. Ya sabe cuántas veces han arrestado a Mike: en el Ejército, cuando estaba con la feria, en otros lugares, media docena de veces mientras predicaba. Nunca hace daño a nadie; simplemente les deja hacer. Nunca han podido acusarle de nada, y sale en libertad tan pronto como desea… de inmediato, si así lo quiere.

— ¿De qué le acusan esta vez?

—Oh, las tonterías habituales: escándalo público, violación de menores, conspiración para defraudar, mantenimiento de un burdel, contribución a la delincuencia de menores, conspiración para eludir las leyes sobre vagancia del estado…

— ¿Eh?

—Eso implica la escuela de sus polluelos. Su permiso para dirigir una escuela parroquial fue cancelado; los chicos aún no han vuelto a la escuela pública. No importa, Jubal; nada de eso importa. Lo único en lo que ha violado técnicamente la ley… y usted también, jefe querido… no puede demostrarse de ninguna forma. Jubal, si hubiese visto usted alguna vez el Templo y el Nido, sabría que ninguna organización policíaca, ni siquiera los bomberos, es capaz de meter la nariz allí. Por lo tanto, tranquilícese. Después de mucha publicidad, las acusaciones serán retiradas… y las multitudes en los servicios externos serán más numerosas que nunca.

— ¡Hum! Anne, ¿prepara el propio Mike esas persecuciones?

La joven pareció sorprendida, una expresión muy poco habitual en ella.

—Bueno, nunca se me ha ocurrido esa posibilidad, Jubal. Mike no sabe mentir, como usted sabe muy bien.

— ¿Implica todo eso alguna mentira? Supongamos que se limita a poner en circulación rumores perfectamente verídicos. Cosas que no pueden demostrarse ante los tribunales.

— ¿Piensa que Mike sería capaz de hacer eso?

—No lo sé. Pero sé que la manera más astuta de mentir es contar la cantidad exacta de verdad en el momento adecuado… y luego callarse. No sería la primera vez que una persecución de este tipo ha sido llevada a los tribunales por su valor en los titulares de los periódicos. De acuerdo, olvidaré el asunto de mi mente a menos que Mike no pueda manejarlo. ¿Sigues siendo «primera»?

—Si contiene usted sus impulsos de hacerle monerías a Abby debajo de la barbilla, y decirle cuchi—cuchi y hacer ruidos similares no comerciales, iré a buscarla. De otro modo, será mejor que levante a Dorcas.

—Trae a Abby. Me esforzaré honradamente en emitir ruidos comerciales… una cosa nueva, conocida como chico—encuentra—chica.

— ¡Vaya, eso sí que es *bueno*, jefe! Me pregunto cómo nadie ha pensado nunca antes un argumento así. Un segundo… —salió apresuradamente.

Jubal se controló: menos de un minuto de ruidos y demostraciones no comerciales, sólo lo justo para despertar la celestial sonrisa de Abigail, hoyuelos incluidos; luego Anne se echó hacia atrás y dejó que la niña se alimentara.

—Título —empezó Jubal—: «Las chicas son como los chicos, sólo que más así». Principio: «Henry M. Haversham IV había sido educado esmeradamente. Estaba convencido de que sólo existían dos clases de chicas: las que tenían presencia y las que no la tenían. Prefería enormemente las de esta última clase, sobre todo si se mantenían a distancia. Punto y aparte. No le habían presentado a la damita que cayó en su regazo, y no le pareció que un desastre

común fuera el equivalente a una presentación formal…». ¿Qué diablos quieres? ¿No ves que estoy trabajando?

—Jefe… —jadeó Larry.

—Sal por esa puerta, ciérrala a tus espaldas y…

—Jefe… ¡La iglesia de Mike ha sido incendiada!

* * *

Emprendieron una marcha desordenada hacia el cuarto de Larry, con Jubal medio cuerpo detrás de él al llegar a la esquina, y Anne con cinco kilos de niña a cuestas acercándose rápidamente, pese a la carga extra. Dorcas cerraba la marcha y llegó la última a la puerta; el estrépito la había despertado.

—… en la medianoche pasada. Están viendo ustedes lo que fue la entrada principal del templo del culto, tal como quedó inmediatamente después de la explosión. Aquí su periodista local de la New World Networks, con su noticiario de media mañana. Permanezcan sintonizados a este canal para posterior información. Y, ahora, unos minutos de nuestro patrocinador local…

La escena de destrucción se fundió en la pantalla y cambió a una jovial ama de casa que se acercaba a la cámara.

— ¡Maldita sea! Larry, desconecta ese artilugio y llévalo al estudio. Anne… no, Dorcas. Telefonea a Ben.

Anne protestó:

—Sabe usted perfectamente que el Templo nunca ha tenido teléfono. ¿Cómo puede llamar?

—Entonces que alguien vaya para allí y… no, por supuesto que no; en el Templo no habrá nadie… Llama al jefe de policía local. No, al fiscal del distrito. ¿La última noticia que tuviste de Mike era que estaba en la cárcel?

—Exacto.

—Espero que aún siga allí… y los demás también.

—Yo también lo espero. Dorcas, toma a Abby; yo telefonearé.

Pero cuando regresaron al estudio, el teléfono indicaba que había una llamada con petición de codificación. Jubal maldijo y estableció la comunicación, decidido a enviar al infierno a quienquiera que estuviese ocupando la frecuencia.

Era Ben Caxton.

—Hola, Jubal.

— ¡Ben! ¿Cómo demonios está la situación?

—Ya veo que se han enterado de la noticia. Por eso llamo, para tranquilizarles. Todo está bajo control, no se preocupen.

— ¿Qué hay del incendio? ¿Ha resultado alguien herido?

—Ningún daño. Mike me ha indicado que se lo diga…

— ¿Ningún daño? Acabo de ver las imágenes; parece más bien una total…

—Oh, eso… —Ben se encogió de hombros—. Por favor, Jubal, escuche y déjeme hablar. Tengo que hacer otras cosas, y más llamadas después de ésta. No es usted la única persona que necesita que la tranquilicen. Pero Mike me dijo que le llamase el primero.

—Oh… muy bien, señor. Guardaré silencio.

—No ha habido ningún herido, nadie se ha chamuscado siquiera. Oh, un par de millones de pérdida en daños a la propiedad, la mayor parte sin asegurar. *Nichevó*. El lugar ya estaba colmado de experiencias; Mike planeaba abandonarlo pronto. Sí, el edificio era a prueba de incendios, pero cualquier cosa se puede quemar con la suficiente gasolina y dinamita.

—Trabajo de incendiarios, ¿eh?

—Por favor, Jubal. Han arrestado a ocho de nosotros… todos los que pudieron atrapar del Noveno Círculo, con vulgares órdenes de detención firmadas en su mayoría por un tal Don Nadie. Mike nos sacó a todos en un par de horas, excepto él mismo. Aún sigue en chirona…

— ¡Iré ahora mismo!

—Tómeselo con calma. Mike dice que venga si quiere, pero que no es imprescindible que lo haga. Son sus palabras. Y estoy de acuerdo con ellas. Sería sólo un viaje de placer. Prendieron fuego al Templo anoche, cuando estaba vacío, con todo anulado debido a los arrestos… es decir, todo vacío excepto el Nido. Todos los que estábamos en la ciudad, salvo Mike, nos hallábamos reunidos en el Templo Íntimo, celebrando un Compartir el Agua especial en su honor, cuando se produjo la explosión y estalló el incendio. Así que nos hemos trasladado a un Nido de emergencia.

—A juzgar por el aspecto, tuvieron suerte de poder salir.

—Nos aislaron por completo, Jubal. Todos estamos muertos…

— ¿Qué?

—Todos figuramos en la lista de muertos o desaparecidos, según las autoridades. Verá, nadie abandonó el edificio después de que se iniciara el holocausto… por ninguna de las salidas conocidas.

—Hum… ¿un «agujero para sacerdotes»?

—Jubal, Mike tiene métodos muy especiales para cosas así… y no voy a hablar de ellos por teléfono, ni siquiera con la señal codificada.

— ¿Dice que Mike estuvo en la cárcel?

—Y yo. El aún sigue allí.

—Pero…

—Ya es suficiente. Si viene, no se dirija al Templo. Está *kaputt*. Nuestra organización está desmantelada. Nos hallamos diseminados por toda la ciudad. Usted podría decir que esta vez nos han ganado, supongo. No voy a decirle dónde nos encontramos… y no llamo desde nuestro alojamiento. Si viene, aunque no veo la utilidad de que lo haga, ya que no puede hacer nada… limítese a hacerlo como si se tratara de un viaje normal a la ciudad… y nosotros le encontraremos.

—Pero…

—Eso es todo. Adiós. Anne, Dorcas, Larry… y usted también, Jubal, y la niña. Compartid el agua. Tú eres Dios.

La pantalla quedó en blanco. Jubal maldijo.

— ¡Lo sabía! ¡Lo supe todo el tiempo! Eso es lo que pasa cuando uno se mete con la religión. Dorcas, consígueme un taxi. Anne… no, acaba de dar de comer a la niña. Larry, prepárame una maleta pequeña. Anne, quiero llevarme la mayor parte del dinero en efectivo que tengamos aquí; Larry puede ir mañana al banco y reponer las reservas.

—Pero, jefe —protestó Larry—, nos iremos *todos* contigo.

—Claro que sí —añadió Anne, crispadamente.

—Cállate, Anne. Y tú cierra el pico, Dorcas. Éste no es el momento adecuado para conceder el voto a las mujeres. La ciudad se halla en estos momentos en la línea de fuego, y puede ocurrir cualquier cosa. Larry, tú te quedarás aquí y protegerás a las dos mujeres y a la niña. Olvida lo de ir al banco; no necesitaréis dinero en efectivo porque ninguno de vosotros se va a mover de casa hasta que yo vuelva. Alguien está jugando rudo, y entre esta casa y esa Iglesia existe la suficiente relación como para que las cosas también se pongan feas aquí. Larry, mantén las luces encendidas durante toda la noche, conecta la verja, y no vaciles en disparar. Y no dudes en enviar a todo el mundo al refugio si es necesario; será mejor que pongas ya allí la cuna de Abby. Y ahora a lo nuestro: tengo que cambiarme de ropa.

* * *

Treinta minutos más tarde Jubal estaba solo en su suite, por elección propia. Larry le avisó:

— ¡Jefe! El taxi está tomando tierra.

—Ahora mismo bajo —respondió.

Volvió la cabeza para echar una última mirada a la «Cariátide caída». Se le llenaron los ojos de lágrimas. Murmuró en voz baja:

—Lo intentaste, ¿verdad, muchacha? Pero esa piedra era demasiado pesada para cualquiera…

Acarició suavemente una mano de la contraída figura, dio media vuelta y salió.

OceanofPDF.com

35

Jubal tuvo un mal viaje. El taxi era automático, e hizo exactamente lo que él esperaba siempre de las máquinas: sufrió una avería en el aire y acudió a su base de mantenimiento en vez de seguir sus órdenes. Jubal acabó en Nueva York, mucho más lejos de su destino que antes. Allí descubrió que llegaría antes utilizando los medios de transporte regulares que contratando cualquier chárter disponible. De todos modos, llegó varias horas más tarde de lo que había esperado, tras pasar el tiempo alternando con desconocidos — cosa que detestaba — y contemplando el estéreo — cosa que detestaba sólo un poco menos —.

Pero le informó de algo. Contempló una aparición pública del obispo supremo Short, proclamando la conveniencia de emprender una guerra santa contra el Anticristo — es decir, Mike —, y vio demasiadas imágenes de lo que era sin lugar a dudas un edificio completamente en ruinas. No pudo comprender cómo era posible que alguien hubiese escapado de allí con vida. Augustus Greaves, en su tono más solemne de locutor engolado, comentó con alarma todo el asunto… pero hizo notar que, en todas las peleas de vecindario, uno de los antagonistas es siempre el provocador, y que, según su criterio, expresado con voz de comadreja, la mayor culpa de lo ocurrido era del llamado Hombre de Marte.

Por fin Jubal se encontró en la plataforma de aterrizaje de una azotea municipal, sudando bajo sus ropas de invierno — en absoluto correctas para el brillante sol que caía sobre su cabeza —; observó que las palmeras seguían dando la impresión de pequeños

plumeros inadecuados para quitar el polvo y miró fríamente el mar, al tiempo que pensaba que era una sucia masa inestable de agua, contaminada con pieles de pomelo y excrementos humanos — pese a que no podía comprobarlo dada la distancia —, y se preguntó qué hacer a continuación.

Un hombre con gorra de uniforme se le acercó.

— ¿Taxi, señor?

—Oh, sí, creo que sí —en el peor de los casos podía ir a un hotel, llamar a la prensa y conceder una entrevista que informara públicamente de su posición; a veces era una ventaja ser conocido.

—Por aquí, señor… —el taxista le condujo por entre la gente hasta un vapuleado taxi *Yellow*. Mientras colocaba la maleta detrás de Jubal, dijo, con voz queda—. Le ofrezco el agua.

— ¿Eh? Nunca tengas sed.

—Usted es Dios.

El taxista cerró la portezuela y subió a su compartimiento.

Se posaron en una plataforma de aterrizaje privada con espacio para cuatro coches, en un ala de un enorme hotel junto a la playa; la plataforma de aterrizaje del hotel estaba en otra ala. El taxista puso el aparato en automático para que aparcara por sí mismo, tomó la maleta de Jubal y le escoltó dentro.

—No puede entrar por el vestíbulo de esta planta —explicó, en un tono normal de conversación—, porque está lleno de cobras de bastante mal temperamento. Si decide bajar a la calle, asegúrese de preguntar a alguien primero, a mí o a cualquiera. Me llamo Tim.

—Yo soy Jubal Harshaw.

—Lo sé, hermano Jubal. Por aquí. Mire dónde pisa… —entraron en una suite de gran lujo, y Jubal fue conducido a un dormitorio con baño—. Todo esto es suyo —indicó Tim; depositó en el suelo la maleta de Jubal y se retiró.

En una mesita auxiliar encontró agua, vasos, cubitos de hielo y una botella de coñac, abierta pero sin empezar; no le sorprendió descubrir que era su marca preferida. Se mezcló rápidamente una

copa, dio un sorbo y suspiró; luego se quitó la pesada chaqueta de invierno.

Entró una mujer con una bandeja de bocadillos. Llevaba un vestido sencillo y sin adornos, que Jubal interpretó como el uniforme de doncella del hotel, puesto que era completamente distinto de los habituales pantaloncitos cortos, pañuelos enrollados en torno del cuerpo, corpiños escotados, *sarongs* y otras prendas de llamativos colores, que exhiben más que ocultan y que caracterizan la indumentaria de las mujeres en los lugares turísticos. Pero la doncella, o lo que fuera, sonrió y dijo:

—Beba profundamente y calme siempre su sed, hermano nuestro… —depositó la bandeja, entró en el cuarto de baño, abrió el grifo de la bañera y empezó a verificar las cosas en el dormitorio y en el baño—. ¿Hay alguna otra cosa que necesite, Jubal?

— ¿Yo? Oh, no, todo está bien. Me asearé un poco y… ¿Está Ben Caxton por aquí?

—Sí. Pero dijo que a usted le gustaría tomar un baño y ponerse cómodo primero. Si necesita alguna cosa, simplemente pídala. A cualquiera. O pregunte por mí; soy Patty.

— ¡Oh! La Vida del Arcángel Foster.

La mujer hizo un mohín y, de pronto, pareció mucho más hermosa y joven que la casi cuarentona que Jubal había supuesto.

—Sí.

—Me encantaría verla en algún momento. Me interesa el arte religioso.

— ¿Quiere ahora? No, asimilo que prefiere bañarse. A menos que desee algo de ayuda en su baño…

Jubal recordó que su muy tatuada amiga japonesa había trabajado en unos baños en su adolescencia, y que le hubiera hecho —en realidad le había hecho, muchas veces— el mismo ofrecimiento. Pero Patty no era japonesa, y él lo que deseaba era simplemente quitarse el sudor y los olores del viaje, y ponerse una ropa más acorde con este clima.

—No, gracias, Patty. Pero me gustaría contemplar esos dibujos, cuando a usted le parezca bien.

—En cualquier momento. No hay prisa —se fue, sin apresurarse pero moviéndose en silencio y con agilidad.

Jubal se enjabonó y enjuagó, y refrenó los deseos de sus cansados músculos de demorarse en el agua caliente; deseaba ver a Ben y averiguar exactamente cómo estaban las cosas. Poco después, revisaba lo que Larry le había puesto en su maleta y gruñía, irritado, al descubrir que no había ni un solo par de pantalones de verano. Eligió unas sandalias, unos pantalones cortos y una camisa de colores brillantes: el conjunto le proporcionaba el aspecto de un emú salpicado de pintura, y acentuaba la delgadez y el vello de sus piernas. Pero Jubal había dejado de preocuparse por su apariencia hacía varias décadas; se sentía cómodo, de modo que eso serviría, al menos hasta que necesitara salir a la calle… o ir a los tribunales. La asociación de abogados de allí, ¿tendría reciprocidad con la de Pensilvania? No podía recordarlo. Bueno, siempre era posible actuar juntamente con otro abogado que tuviera las acreditaciones necesarias.

Halló su camino hasta una gran sala de estar, bastante confortable pero con todo el aire impersonal de las estancias de hotel. Había varias personas reunidas allí, contemplando el mayor tanque de estereovisión que Jubal había visto en su vida fuera de un teatro. Una de ellas alzó la cabeza, y exclamó:

—Hola, Jubal —y avanzó hacia él.

—Hola, Ben. ¿Cuál es la situación? ¿Sigue Mike todavía en la cárcel?

—Oh, no; salió poco después de que yo hablara con usted.

—Entonces habrá sido citado. ¿Se ha dictado ya fecha para la encuesta preliminar?

Ben sonrió.

—Las cosas no van por ahí, Jubal. Técnicamente, Mike es un fugitivo de la justicia. No le han soltado. Escapó.

Jubal expresó claramente su disgusto.

—Ésa es la peor tontería que ha podido cometer. Ahora el caso será ocho veces más difícil.

—Jubal, ya le dije que no se preocupara. El resto de nosotros somos presuntos fallecidos, y Mike simplemente desapareció. Estamos acabados en esta ciudad, pero eso no importa en lo más mínimo. Iremos a otro sitio.

—Conseguirán su extradición.

—No tema. No lo harán.

—Bueno, ¿dónde está? Quiero hablar con él.

—Oh, está aquí mismo, un par de habitaciones más abajo de la suya. Pero se ha retraído para meditar. Dejó dicho que le comunicáramos, cuando usted llegara, que no emprendiese ninguna acción… ninguna. Puede hablar con él ahora mismo si insiste; Jill le llamará para que salga de su retraimiento. Pero no se lo recomiendo. No hay prisa.

Jubal pensó en todo aquello. Admitió que se sentía ansioso por hablar con Mike, para saber exactamente cómo estaban las cosas —y para darle una buena reprimenda por el lío en que se había metido —, pero admitió también que molestar a Mike cuando se hallaba en trance era casi con toda seguridad peor que molestar al propio Jubal cuando dictaba una historia. El muchacho salía siempre por sí mismo de su autohipnosis cuando había «asimilado la totalidad», fuera eso lo que fuese… y si no lo lograba, tenía que volver de nuevo a ello. Así que tratar de despertarle era tan inútil como molestar a un oso en plena hibernación.

—De acuerdo, esperaré. Pero quiero hablar con él apenas se despierte.

—Lo hará. Y ahora relájese y siéntase feliz. Deje que todos los inconvenientes del viaje salgan de su sistema.

Le empujó hacia el grupo que estaba alrededor del tanque estéreo. Anne alzó la vista.

—Hola, jefe —se hizo a un lado para dejarle sitio—. Siéntese.

Jubal se le acercó.

— ¿Puedo preguntarte qué diablos estás haciendo aquí?

—Lo mismo que usted: nada. Viendo la estéreo. Jubal, por favor, no se ponga pesado porque no hicimos lo que nos dijo. Pertenecemos a este lugar tanto como usted. No hubiera debido decirnos que no viniéramos, pero en aquel momento estaba usted demasiado trastornado para que nos pusiéramos a discutir. Así que relájese y mire lo que dicen de nosotros. El sheriff acaba de anunciar que está decidido a expulsar de la urbe a todas las rameras, es decir, a nosotras… —sonrió—. Nunca he sido expulsada de ninguna ciudad. Puede que sea interesante… ¿Ponen a las rameras en un vagón de ferrocarril, o me veré obligada a caminar?

—No creo que haya ningún protocolo establecido sobre la materia. ¿Vinisteis todos?

—Sí, pero no se preocupe. Jed McClintock se ha quedado durmiendo en la casa. Larry y yo llegamos a un acuerdo hace un año con los chicos McClintock para que uno de ellos hiciera eso si era necesario, sólo por si acaso. Saben cómo funciona el horno, dónde están los interruptores y todo lo demás; las cosas están en orden.

— ¡Hum! Estoy empezando a pensar que allí yo no era más que un huésped…

— ¿Esperaba alguna otra cosa, jefe? Quería de nosotros que gobernásemos la casa sin molestarle para nada. Eso hemos hecho, siempre. Pero es una vergüenza que no se tranquilizara y nos dejara venir con usted. Nosotros llegamos aquí hace más de dos horas; debe de haber tenido usted algún problema por el camino.

—Así fue. Un viaje terrible. Anne, una vez de regreso en casa, no pienso volver a poner un pie fuera de la finca en toda mi vida; desconectaré el teléfono y reventaré a martillazos la caja de parloteos.

—Sí, jefe.

—Y esta vez lo digo en serio —contempló la gigantesca caja de parloteos frente a él—. ¿Es que esos anuncios se van a prolongar

eternamente? ¿Dónde está mi ahijada? ¡No me digas que la dejaste a merced de los idiotas hijos de McClintock!

—Oh, claro que no. Está aquí. Hasta tiene su propia niñera, gracias a Dios.

—Quiero verla.

—Patty se la enseñará. Me tiene un poco irritada… se portó como una perfecta bestiecilla durante todo el viaje. ¡Patty, querida! Jubal quiere ver a Abby.

La mujer tatuada efectuó uno de sus rápidos cruces de la estancia, sin prisa. Por todo lo que Jubal podía ver, era la única de entre todos los presentes que estaba haciendo algo, y parecía estar en todas partes a la vez.

—Desde luego, Jubal. No tengo nada que hacer. Venga por aquí.

Jubal tuvo que trotar para alcanzarla.

—Tengo a las niñas en mi cuarto —explicó ella por el camino —, a fin de que Cariñito pueda vigilarlas.

Jubal se sorprendió ligeramente, un momento más tarde, al comprobar lo que Patricia quería decir con aquello. La boa estaba encima de una de las dobles camas, con el cuerpo enroscado de modo que formaba un nido rectangular. Un doble nido, ya que la cola de la serpiente dividía en dos el rectángulo, formando dos huecos del tamaño de sendas cunas, cada uno de ellos con su correspondiente mantita infantil y cada uno de ellos conteniendo un bebé.

El ofidio niñera alzó la cabeza con aire interrogador cuando se acercaron. Patty le dedicó una caricia.

—Todo está bien, querida. Papá Jubal desea verlas. Hágale alguna caricia y deje que le asimile, así le conocerá la próxima vez.

Primero Jubal le hizo unos cuantos mimos a su niña favorita cuando ésta gorgoteó y pataleó alegremente, luego acarició a la serpiente. Decidió que era el más hermoso ejemplar de *boidae* que había visto nunca, así como el mayor. Más largo, estimó, que cualquier otra boa constrictora en cautividad. Las listas de su piel se

marcaban con claridad, y los brillantes colores de la cola eran realmente llamativos. Envidió a Patty su animalito, digno de cualquier primer premio, y lamentó no disponer de tiempo para trabar amistad con él.

La serpiente frotó su cabeza contra la mano de Jubal, igual que hubiera hecho un gato. Patty cogió a Abby y dijo:

—Tal como pensaba. Cariñito, ¿por qué no me avisaste? —luego explicó, mientras empezaba a cambiar pañales—. Me cuenta enseguida si alguna de ellas se enreda en la ropa o necesita ayuda, puesto que no puede hacer mucho por sí misma para ayudarlas, excepto empujarlas para que vuelvan a la cama si tratan de gatear fuera y pueden caer. Pero no parece asimilar que un bebé mojado tiene que ser cambiado… Cariñito no ve que haya nada malo en ello. Ni tampoco Abby.

—Lo sé. La llamamos la «Vieja Puntual». ¿Quién es el otro bombón?

— ¿Eh? Oh, ésa es Fátima Michele. Creí que lo sabía.

— ¿Están aquí? ¡Pensé que estaban en Beirut!

—Bueno, creo que vinieron de alguno de esos sitios extranjeros. No sé exactamente de dónde. Quizá Maryam me lo dijo, pero no significaba nada para mí; nunca he estado en parte alguna. No es que importe, tampoco; asimilo que todos los sitios son semejantes, sólo otras personas. Tome, ¿quiere sostener a Abigail Zenobia mientras yo compruebo a Fátima?

Jubal lo hizo, y le aseguró que era la niña más hermosa del mundo; poco después, le aseguraba lo mismo a Fátima. Fue completamente sincero en ambas ocasiones, y las niñas le creyeron. Jubal había dicho lo mismo en incontables ocasiones empezando en la administración Hardim, y siempre lo había dicho con sinceridad, y siempre le habían creído. Abandonó de mala gana el dormitorio, tras hacerle unos cuantas caricias más a Cariñito y decirle lo mismo que a las niñas, con idéntica sinceridad.

Al salir se tropezaron con la madre de Fátima.

— ¡Jefe, querido! —le dio un beso, y unas palmaditas en la barriga—. Ya veo que le mantienen bien alimentado.

—Un poco. He estado besuqueando a tu hija. Es un ángel de muñequita, Miriam.

—Sí, es una niña encantadora, ¿eh? Vamos a venderla en Río… conseguiremos buen precio por ella.

— ¿No es mejor el mercado en Yemen?

—Stinky dice que no. Tenemos que venderla para hacer sitio… —llevó la mano de Jubal a su vientre—. ¿No nota el bulto? Stinky y yo estamos fabricando un chico ahora; no tenemos tiempo para las hijas.

—Maryam —reprochó Patricia, sonriente—. Ésa no es forma de hablar.

—Lo siento, Patty. No hablaría así si fuese tu hija. Tía Patty es una dama, y asimilo que yo no.

—Yo también asimilo que no lo eres, pequeña diablilla —aseveró Jubal —. Pero si Fátima está en venta, te ofrezco el doble de lo que pueda dar el mejor postor.

—Tendrá que cerrar el trato con tía Patty; a mí sólo me dejan verla ocasionalmente.

—Y tú no has engordado, así que puede que desees conservarla contigo. Aunque, hum… podría ser.

—Lo es. Mike ha asimilado muy cuidadosamente, y le ha dicho a Stinky que ha fabricado un muchacho.

— ¿Cómo puede asimilar Mike una cosa así? Imposible. Ni siquiera yo estoy seguro de que hayas quedado embarazada.

—Oh, claro que lo está, Jubal —confirmó Patricia.

Miriam le miró serenamente.

—El escéptico de siempre, ¿eh, jefe? Mike lo asimiló mientras Stinky y yo estábamos aún en Beirut, antes incluso de que nosotros estuviéramos seguros de que había prendido. Mike nos telefoneó. Stinky dijo en la universidad que nos tomábamos un año sabático

para efectuar trabajo de campo… o que renunciaba a su puesto. Y aquí estamos.

— ¿Haciendo qué?

—Trabajando. Trabajo mucho más de lo que nunca me hizo trabajar usted, jefe… Mi marido es un negrero.

— ¿Haciendo qué?

—Están escribiendo un diccionario marciano —intervino Patty.

— ¿Marciano—inglés? Eso debe de ser más bien difícil…

— ¡Oh, no, no, no! —Miriam pareció casi sorprendida—. Eso no sería difícil, sería imposible. Un diccionario marciano en marciano. Nunca ha habido ninguno antes; los marcianos no necesitan tales cosas. Oh, mi contribución es puramente de oficina; paso a máquina lo que hacen ellos. Mike y Stinky… sobre todo Stinky, preparan un alfabeto fonético marciano de ochenta y un caracteres. Disponemos de una fonoescritora IBM adaptada a esos caracteres, tanto mayúsculas como minúsculas… Jefe, querido, estoy *estropeada* como secretaria; ahora escribo al tacto por el sistema marciano. ¿Me querrá de todos modos, cuando usted grite: «¡Primera!», y yo no valga para nada? De todos modos, aún sé cocinar… y me han dicho que poseo otros talentos.

—Aprenderé a dictar en marciano.

—Lo hará, en cuanto Mike y Stinky le den un buen repaso. Lo asimilo. ¿Verdad, Patty?

—Hablas correctamente, hermana.

Regresaron a la sala de estar, y Caxton acudió a su encuentro; sugirió encontrar algún lugar más tranquilo, lejos de la enorme caja de parloteos, y condujo a Jubal por un pasillo hasta otra sala de estar.

—Parece que tienen ocupada la mayor parte de este piso.

—Todo él —asintió Ben—. Cuatro suites: la secretarial, la presidencial, la residencial y la del propietario, abiertas unas a otras y sólo accesibles a través de nuestra propia plataforma de

aterrizaje… excepto un vestíbulo que no es muy seguro sin ayuda. ¿Le advirtieron al respecto?

—Sí.

—No necesitamos mucho espacio en estos momentos, pero acaso nos haga falta en el futuro; está llegando más gente.

—Ben, ¿cómo pueden ocultarse de los polis de esta manera tan abierta? El personal del hotel les denunciará…

—Oh, hay formas. El personal del hotel no sube aquí. Verá, Mike es el propietario del hotel.

—Me atrevería a decir que eso es mucho peor todavía.

—No, es mucho mejor, a menos que nuestro valeroso jefe de policía tenga al señor Douglas en su nómina, cosa que dudo. Mike pasó la propiedad a través de una cadena de cuatro eslabones de hombres de paja… y Douglas nunca se mete en los procedimientos de Mike. Desde que Os Kilgallen se hizo cargo de mi columna, Douglas dejó de aborrecerme, supongo; pero tampoco quiere entregarme el control, así que hace lo que Mike quiere. El hotel es una inversión sólida; hace dinero… pero el propietario, según el registro, es un miembro clandestino de nuestro Noveno Círculo. De modo que si el propietario desea habitar esta planta para la temporada, el gerente no hace preguntas sobre cómo y por qué o cuántos huéspedes va a albergar, o quién entra y sale: le gusta su trabajo, y Mike le paga más de lo que vale realmente el puesto. Es un buen escondite, por el momento. Hasta que Mike asimile adónde podemos ir a continuación.

—Suena como si Mike hubiera anticipado la necesidad de un escondite.

—Oh, estoy seguro de que sí. Hace casi dos semanas Mike evacuó a todos los polluelos del nido, excepto Maryam y su bebé. Maryam es imprescindible para el trabajo que está haciendo. Mike envió a las familias con hijos a otras ciudades… sitios donde piensa abrir templos, me parece… y cuando llegó el momento había menos de una docena de personas que trasladar. No hubo problemas.

—Pero, tal como fueron las cosas, tengo entendido que tuvieron bastante trabajo para salvar el pellejo… —Jubal se preguntó cómo habrían tenido tiempo de buscar sus ropas, teniendo en cuenta que probablemente no iban vestidos—. ¿Perdieron todo el contenido del Nido? ¿Todas sus pertenencias personales?

—Oh, no, nada que realmente deseáramos. Cosas como las cintas de lenguaje de Stinky y una fonoescritora especial que utiliza Maryam… incluso ese horrible cuadro de usted que merecería estar en el museo de Madame Tussaud. Y Mike tomó nuestras ropas y algo de dinero, que estaban a mano.

— ¿Dice que *Mike* hizo eso? —objetó Jubal—. Tenía entendido que estaba en la cárcel cuando se inició el fuego.

—Oh, estaba y no estaba. Su cuerpo estaba en la cárcel, contraído y en pleno retraimiento. Pero en realidad, él se encontraba con nosotros. ¿Comprende?

—Hum. No, no asimilo.

—Afinidad. Se hallaba principalmente dentro de la cabeza de Jill, pero todos nos encontrábamos unidos íntimamente. Jubal, no puedo explicárselo; tiene que *vivirlo*. Cuando se produjo la explosión, él nos trasladó aquí. Luego regresó y salvó las otras cosas, menos importantes, que valieran la pena.

Jubal frunció el entrecejo. Caxton dijo, impaciente:

—Teleportación, por supuesto. ¿Por qué le parece tan difícil de asimilar, Jubal? Usted mismo me recomendó que viniera aquí y mantuviera los ojos abiertos, y supiera reconocer un milagro cuando viera uno. Le obedecí, y ahí estaban. Sólo que no son milagros, del mismo modo que la radio tampoco es un milagro. ¿Asimila usted la radio? ¿O la estereovisión? ¿O los ordenadores electrónicos?

— ¿Yo? No.

—Ni yo. Nunca he estudiado electrónica. Pero estoy seguro de que podría, si dispusiera del tiempo y las ganas de aprender el lenguaje de la electrónica. Creo que no es milagroso; es únicamente

complejo. La teleportación es sencilla también, una vez aprendes el lenguaje; es el lenguaje lo que resulta difícil.

—Ben, ¿puede usted teleportar cosas?

— ¿Yo? Oh, no, no enseñan eso en el parvulario. Soy diácono por cortesía, simplemente porque soy un «Primer Llamado» y por eso estoy en el Noveno Círculo, pero mis progresos se limitan al Cuarto Círculo, camino del Quinto. Apenas estoy empezando a conseguir el control de mi propio cuerpo. Patty es la única de nosotros que recurre a la teleportación con cierta regularidad… y no estoy seguro de que lo haga sin el apoyo de Mike. Oh, Mike afirma que es perfectamente capaz de hacerlo, pero Patty es una persona tan ingenua y humilde que siente que su genio depende absolutamente de Mike. Cosa que no necesita en absoluto.

»Jubal, asimilo esto: en realidad no necesitamos a Mike. Oh, no estoy intentando desprestigiarle; no me interprete mal. Pero *usted* podría haber sido el Hombre de Marte. O incluso yo. Mike es como el primer hombre que descubrió el fuego. El fuego estaba allí durante todo el tiempo… y una vez que él demostró que podía usarse, todo el mundo pudo utilizarlo… Al menos, cualquiera con el suficiente sentido común como para no quemarse los dedos. ¿Me sigue?

—Asimilo, algo al menos.

—Mike es nuestro Prometeo… pero recuérdelo, Prometeo no era Dios. Mike no deja de subrayar eso. Usted es Dios, yo soy Dios, él es Dios… todo eso se asimila. Mike es un hombre, igual que todos nosotros, aunque sabe más cosas. Un hombre muy superior, de acuerdo; un hombre inferior, instruido en las cosas que saben los marcianos, podría haberse erigido en un dios de pacotilla. Mike está por encima de esa tentación. Es un Prometeo… pero eso es todo.

Jubal dijo lentamente:

—Según recuerdo, Prometeo pagó un precio muy alto por proporcionar el don del fuego a la raza humana.

— ¡No crea que Mike no lo está pagando también! Lo paga con veinticuatro horas diarias de trabajo, siete días a la semana,

tratando de enseñarnos a unos pocos a jugar con cerillas sin quemarnos los dedos. Jill y Patty insistieron e insistieron sobre Mike, hasta convencerle por puro agotamiento de que debía tomarse una noche de descanso a la semana, mucho antes de que yo me uniese al grupo —sonrió—. Pero uno no puede detener a Mike. Esta ciudad está repleta de casinos, sin duda ya lo sabe, y la mayoría de ellos hacen trampas, puesto que aquí el juego es ilegal. Normalmente Mike se pasa la noche jugando en los juegos amañados… y ganando. Acumula diez, veinte, treinta mil dólares por noche. Intentaron cazarle, intentaron matarle, intentaron lanzar sobre él matones y rufianes, pero nada funcionó. Todo lo que consiguieron fue aumentar su reputación como el tipo más afortunado de la ciudad, cosa que atrajo más gente aún al Templo; deseaban ver al hombre que siempre ganaba.

»Así que intentaron mantenerle fuera de los juegos, y eso fue otro error. Los mecanismos de las máquinas tragaperras se soldaban hasta formar un sólido bloque, las ruedas de las ruletas se negaban a girar, los dados no salían de sus cubiletes. Finalmente llegaron a un acuerdo con él: le pidieron educadamente que dejara de jugar una vez hubiera ganado unos cuantos billetes grandes. Por las buenas, Mike siempre atiende a razones, si se le pide educadamente.

Caxton hizo una pausa, luego añadió:

—Por supuesto, ahora es un nuevo bloque de poder el que tenemos enfrentado a nosotros. No sólo los fosteritas y algunas de las demás Iglesias, sino el sindicato del juego y la maquinaria política de la ciudad. Opino que ese trabajo en el Templo fue hecho por profesionales traídos de fuera de la zona; dudo mucho que los escuadrones de combate fosteritas tengan algo que ver con la explosión.

Mientras hablaban había entrado y salido gente, se habían formado grupos y algunos se habían reunido con Jubal y Ben. Jubal descubrió en ellos una sensación de lo más inusual, una relajada tranquilidad sin prisas que, al mismo tiempo, era una tensión dinámica. Nadie parecía excitado ni apresurado; sin embargo, todo

lo que hacían parecía tener un propósito, incluso gestos aparentemente tan accidentales e impremeditados como los de encontrarse unos a otros y saludarse con un beso o unas palabras… o a veces no. Jubal empezó a tener la sensación de que todos aquellos movimientos habían sido planificados por un maestro coreógrafo, aunque evidentemente no era así.

La quietud y la creciente tirantez… o más bien la «expectación», decidió; aquella gente no estaba tensa de un modo que pudiera calificarse de morboso. A Jubal le recordaban algo que había conocido en el pasado. Cirugía, con un maestro trabajando: nada de ruidos, nada de movimientos inútiles. Un poco.

Entonces lo recordó. En una ocasión, muchos años antes, cuando el hombre utilizaba cohetes gigantescos impulsados por combustibles químicos para la primitiva exploración del espacio desde el tercer planeta, había asistido a una cuenta regresiva en un blocao. Recordó ahora: las mismas voces bajas, la misma actividad relajada, muy diversa pero coordinada, idéntica expectación exultante y creciente a medida que la cuenta se arrimaba a cero. Tuvo la certeza de que estaban «aguardando la plenitud», eso era seguro. Pero, ¿de qué? ¿Por qué se sentían tan felices? Su Templo y todo lo que habían edificado acababa de ser destruido, y sin embargo parecían chiquillos en Nochebuena.

Jubal había observado de pasada, al llegar, que el nudismo que tanto alterara a Ben en su primera y abortada visita al Nido no parecía practicarse como norma general en este Nido sustituto, pese a que estaban lo bastante aislados como para poder hacerlo. Cuando hizo acto de presencia, Jubal no lo notó enseguida; se había adaptado ya tanto a aquel ambiente de familia unida que el ir o no ir vestido carecía de importancia.

Cuando se dio cuenta, no lo apreció en forma de piel, sino de la más densa y hermosa cascada de cabello negro que jamás hubiera visto, y que adornaba a una mujer que había entrado, hablado con alguien, lanzado a Ben un beso, mirado gravemente a Jubal y salido. Jubal la siguió con los ojos, apreciando aquella ondulante masa de plumaje de medianoche. Sólo después de que la

mujer hubo desaparecido se dio cuenta de que todo su atuendo estribaba en aquella regia gloria… y entonces se dio cuenta también de que no era la única del grupo de hermanos que iba de esa manera.

Ben observó la dirección de su mirada.

—Es Ruth —le dijo—. La nueva suma sacerdotisa. Ella y su esposo han estado fuera, en la otra costa… preparando un templo subsidiario, creo. Me alegro de que hayan vuelto. Está empezando a parecer que toda la familia ha vuelto a casa, como en esas comidas de Navidad pasadas de moda.

—Tiene una hermosa cabellera. Me hubiera gustado que se quedara.

—Entonces, ¿por qué no la llamó?

— ¿Eh?

—Es casi seguro que Ruth halló alguna excusa para entrar aquí con el único fin de echarle un vistazo a usted; supongo que acaban de llegar. ¿No se ha dado cuenta de que casi nos han dejado solos, excepto unos cuantos que se han sentado unos momentos con nosotros, no han dicho casi nada y luego se han marchado?

—Bueno… sí.

Jubal se había dado cuenta de ello no sin cierta decepción, ya que se había estado preparando, después de todo lo que había oído, para eludir en lo posible toda intimidad indebida… y había descubierto que acababa de tropezar con un escalón superior que no estaba allí. Había sido tratado con hospitalidad y cortesía, pero era más la cortesía de un gato que la de un perro abiertamente cariñoso.

—Todos están terriblemente interesados en el hecho de que está usted aquí, y desean verle… pero le temen.

— ¿A mí?

—Oh, ya se lo dije el verano pasado. Es usted una venerable tradición de la Iglesia, no del todo real para ellos, y un poco mayor que de tamaño natural. Mike les ha dicho que es usted el único ser humano que conoce de quien puede decir que «asimila en toda su plenitud» sin verse obligado a aprender marciano primero. La

mayoría de ellos sospechan que puede leer usted sus mentes con la misma perfección que lo hace Mike.

—Oh… ¡Vaya estupidez! Espero que los haya sacado usted de su error.

— ¿Quién soy yo para destruir un mito? Quizá pueda leer usted las mentes… y en ese caso estoy seguro de que no me lo diría. Le temen sólo un poco: saben que devora niños para desayunar y que, cuando ruge, tiembla el suelo. Cualquiera de ellos se sentiría encantado si le llamase, pero no quieren obligarle a aceptar su presencia. Saben que hasta Mike es todo oídos y dice «señor» cuando usted habla.

Jubal desdeñó toda la idea con una corta y explosiva palabra.

—Desde luego —admitió Ben—. Incluso Mike tiene puntos débiles; ya le dije que sólo era humano. Pero así son las cosas. Se ha convertido usted en el santo patrón de esta Iglesia, y no le queda más remedio que enfrentarse a las consecuencias.

—Bueno… por fin entra alguien a quien conozco. ¡Jill! ¡Dése la vuelta, querida!

La mujer se volvió, vacilante.

—Soy Dawn. Pero… gracias.

Se acercó, de todos modos, y Jubal pensó por un instante que iba a besarle en la boca… y decidió no rechazarlo. Pero, o bien ella no tenía esa intención, o cambió de idea. Se dejó caer sobre una rodilla, cogió su mano y fue ésta lo que besó.

—Padre Jubal. Le damos la bienvenida y bebemos profundamente de usted.

Jubal retiró bruscamente la mano.

— ¡Oh, por el amor del Cielo, chiquilla! Levántese y tome asiento. Compartamos el agua.

—Sí, padre Jubal.

—Hum. Llámeme Jubal a secas… y haga correr la voz de que no me gusta ser tratado como un leproso. Estoy en el seno de mi familia, espero.

—Lo está… Jubal.

—Así que espero ser llamado Jubal y que se me trate como a un hermano de agua… ni más ni menos. El primero que me mire con respeto se quedará castigado después de clase. ¿Asimilado?

—Sí, Jubal —dijo ella modestamente—. Ya se lo he transmitido.

— ¿Eh?

—Lo que Dawn quiere decir —explicó Ben— es que se lo ha dicho a Patty probablemente, y que Patty lo está comunicando a todos los que pueden oírla… por el oído interno… y que éstos se lo están diciendo a los que aún están un poco sordos, como yo.

—Exacto —asintió Dawn—, excepto que se lo he dicho a Jill. Patty ha salido a buscar algo que desea Mike. Jubal, ¿ha estado viendo la estereovisión? Es excitante.

— ¿Eh? No.

— ¿Te refieres al jaleo en la cárcel, Dawn?

—Sí, Ben.

—Todavía no hemos hablado de eso… y a Jubal no le gusta la estéreo. Jubal, Mike no se limitó a abrir un boquete y venir a casa cuando lo creyó conveniente; les dejó un dilema para que pudieran sentarse encima. Ahí estaba, arrestado por todo lo imaginable excepto sodomizar la Estatua de la Libertad, con «Bocazas» Short denunciándole como el Anticristo el mismo día. Así que les dio a masticar unos cuantos milagros. Hizo desaparecer todos los barrotes y puertas de la cárcel del condado antes de marcharse, e hizo lo mismo con la prisión estatal justo en las afueras de la ciudad, por si no lo habían entendido. Desarmó a todas las fuerzas de la policía de la ciudad, condado y estado. En parte para mantenerlos ocupados e interesados, y en parte simplemente porque Mike desprecia la idea de mantener encerrado a un hombre, sea por la razón que fuere. Asimila en ello una gran incorrección.

—Eso encaja —admitió Jubal—. Mike es gentil, siempre. Le lastima que alguien esté encerrado. Estoy de acuerdo con él.

Ben agitó la cabeza.

—Mike no es gentil, Jubal. Matar a un hombre no le preocuparía en lo más mínimo. Pero es el anarquista definitivo. Encerrar a un hombre es una incorrección. Libertad para uno mismo, y absoluta responsabilidad personal para uno mismo. «Tú eres Dios».

— ¿Dónde reside el conflicto, señor? Matar a un hombre puede ser necesario. Pero confinarlo es una ofensa contra su integridad, y la de uno mismo.

Ben se le quedó mirando.

—Asimilo que Mike tiene razón. Absorbe usted en su totalidad… a su modo. A mí me falta mucho; todavía estoy aprendiendo. ¿Cómo se lo están tomando en la ciudad, Dawn? —añadió.

La muchacha rió suavemente.

—Como un enjambre de abejas enfurecidas. El alcalde se ha visto atrapado, y echa espuma por la boca. Ha solicitado la ayuda del estado y de la Federación, y se la han concedido; hemos visto aterrizar montones de transportes de tropas. Pero a medida que salen de los vehículos, Mike los va despojando no sólo de sus armas, sino también de sus zapatos… y tan pronto como el transporte queda vacío, Mike lo hace desaparecer también.

—Absorbo que Mike permanecerá retraído hasta que se cansen y se den por vencidos —dijo Ben—. Tantos detalles pueden ocuparle una eternidad.

Dawn pareció pensativa.

—No, no lo creo así, Ben. Por supuesto que así sería si tuviera que hacerlo yo, aunque sólo fuera una décima parte. Pero asimilo que Michael puede hacerlo mientras conduce una bicicleta, manteniendo el equilibrio con la cabeza en el sillín.

—Hum. No lo sé, yo todavía no hago más que chapuzas… —Ben se puso en pie—. A veces vosotros los milagreros me dais un poco de dolor de cabeza, chica de azúcar. Me voy a ver ese tanque unos momentos —se demoró un instante para besarla—. Tú encárgate de entretener a papá Jubal; le gustan las niñas pequeñas.

Caxton se marchó de la sala, y un paquete de cigarrillos que había sobre la mesita de café se alzó en el aire, le siguió y fue a introducirse en uno de sus bolsillos.

— ¿Quién hizo eso? — preguntó Jubal —. ¿Usted o Ben?

—Ben. Yo no fumo, a menos que el hombre con el que estoy desee fumar. Pero él siempre olvida los cigarrillos; le persiguen por todo el Nido.

—Hum… No es tan chapuzas como quiere dar a entender.

—Ben adelanta mucho, y más rápidamente de lo que confiesa. Es una persona verdaderamente santa… pero odia admitirlo. Es tímido.

—Hum. Dawn, es usted la Dawn Ardent que conocí en el Tabernáculo de Foster hace dos años y medio, ¿verdad?

— ¡Oh, lo recuerda! —le miró como si Jubal le hubiera ofrecido una piruleta.

—Por supuesto que lo recuerdo. Pero estaba un poco desconcertado. Ha cambiado usted algo. Para mejor. Parece mucho más hermosa.

—Eso se debe a que *soy* más hermosa —dijo ella, simplemente—. Me confundió usted con Gillian. Y ella es más hermosa también.

— ¿Dónde está esa niña? Todavía no la he visto, y albergaba la esperanza de verla enseguida.

—Está trabajando —Dawn hizo una pausa—. Pero ya se lo he dicho, y me ha contestado que ahora viene… —volvió a hacer otra pausa—. Y yo tengo que sustituirla. Si me dispensa…

—Oh, por supuesto. Adelante, chiquilla.

—No hay prisa —dijo, pero se levantó y salió de la estancia casi de inmediato, mientras el doctor Mahmoud se sentaba.

Jubal le miró hoscamente.

—Al menos hubiera podido tener la cortesía de hacerme saber que estaba usted en este país, en vez de dejar que conociese a mi ahijada gracias a los buenos oficios de una serpiente.

—Oh, Jubal, usted siempre tiene mucha prisa.

—Señor mío, cuando uno tiene mi edad… —Jubal se vio interrumpido por unas manos que se posaron sobre sus ojos. Una voz muy recordada preguntó:

— ¿Adivina quién soy?

— ¿Belcebú?

—Inténtelo de nuevo.

— ¿Lady Macbeth?

—Se acerca. Tercera oportunidad, o tendrá que pagar prenda.

—Gillian, olvide eso, dese la vuelta y siéntese a mi lado.

—Sí, padre.

—Y deje de llamarme «padre» en cualquier parte excepto en casa. Señor, como le estaba diciendo, cuando uno tiene mi edad, ha de apresurarse a hacer ciertas cosas. Cada amanecer es una joya preciosa… puesto que es posible que nunca se vea seguido por el ocaso. El mundo puede terminar en cualquier momento.

Mahmoud le sonrió.

—Jubal, ¿acaso tiene la impresión de que, si deja de darle *usted* a la manivela, el mundo interrumpiría sus giros?

—Es muy posible, señor… desde mi punto de vista —Miriam se les unió en silencio y se sentó en el lado libre de Jubal; éste pasó un brazo en torno de ella—. Claro que también es posible que no desee volver a ver de nuevo su feo semblante… ni siquiera el rostro, algo más aceptable, de mi antigua secretaria.

—Jefe, ¿está acumulando puntaje para un puntapié en el estómago? —susurró Miriam—. Soy exquisitamente guapa, y lo digo con la máxima autoridad.

—Silencio. Las nuevas ahijadas constituyen otra categoría. Por culpa de tu omisión al no remitirme ni una simple tarjeta postal, pude haberme perdido la oportunidad de ver a Fátima Michele. En cuyo caso, mi espíritu habría vuelto para atormentarte.

—En cuyo caso —señaló Miriam—, podría haberle echado un vistazo a Micky al mismo tiempo… y limpiado toda la zanahoria

extraviada en su pelo. Un cuadro de lo más desagradable.

—Hablaba metafóricamente.

—Yo no. La niña es terrible comiendo.

— ¿Por qué hablaba usted metafóricamente, jefe? —intervino Jill suavemente.

— ¿Eh? El concepto de «espíritu» es uno que no considero necesario, más allá de la figura retórica.

—Es algo más que una figura retórica —insistió Jill.

—Hum… es posible. Pero prefiero encontrarme las niñas pequeñas en carne y hueso, incluida mi propia persona.

—Pero eso es lo que yo estaba diciendo, Jubal —indicó el doctor Mahmoud—. No va usted a morir; ni siquiera está cerca de ello. Mike lo ha asimilado. Afirma que le quedan a usted muchos años por delante.

Jubal negó con la cabeza.

—Hace años ya que establecí un límite de tres cifras. No más.

— ¿Qué tres cifras, jefe? —preguntó Miriam inocentemente —. ¿Las tres usadas por Matusalén?

Jubal sacudió a la muchacha por los hombros.

— ¡No seas obscena!

—Stinky dice que las mujeres deben ser obscenas, pero sordas.

—Tu marido habla correctamente. El día en que mi maquinaria muestre tres cifras en su cuentakilómetros me descorporizaré, ya sea al estilo marciano, ya sea por mis propios y toscos medios. No podéis arrebatarme eso. Ir a las duchas es la mejor parte del juego.

—Asimilo que habla correctamente, Jubal —dijo Jill despacio —, en eso de que es la mejor parte del juego. Pero no se precipite al calcular su hora final. Su plenitud no se ha producido todavía. Allie le hizo un horóscopo precisamente la semana pasada.

— ¿Un horóscopo? ¡Oh, Dios mío! ¿Quién es «Allie»? ¿Y cómo se ha atrevido a hacerme un horóscopo? ¡Quiero verla! Que

alguien la traiga aquí, la enviaré a la Oficina de Asuntos Mejores en que Ocuparse.

—Temo que no va a poder hacerlo en estos momentos —indicó Mahmoud—, puesto que está colaborando en nuestro diccionario. En cuanto a quién es, se trata de Madame Alexandra Vesant.

Jubal se irguió en su asiento y pareció complacido.

— ¿Becky? ¿También *ella* se encuentra en esta casa de locos? Hubiera debido adivinarlo. ¿Dónde está?

—Sí, Becky. Aunque la llamamos «Allie» porque ya tenemos otra Becky. Pero tendrá que esperar. Y no se tome a broma sus horóscopos, Jubal: tiene la Visión.

—Oh… tonterías, Stinky. La astrología no pasa de ser una estupidez, y usted lo sabe.

—Desde luego que sí. Incluso Allie lo sabe. Y un gran porcentaje de los astrólogos son burdos fraudes. No obstante, Allie la practica de una forma más diligente de lo que solía hacer cuando trabajaba para el público, ya que ahora emplea la aritmética y la astronomía marcianas, mucho más completas que las nuestras. Pero es su instrumento para asimilar. Podría mirar un remanso de agua, o una bola de cristal, o examinar las entrañas de un pollo; el medio que utiliza para ponerse en situación no importa, y Mike le aconsejó que continuara usando los símbolos a los que estaba acostumbrada. El detalle estriba en que Allie posee la Visión.

— ¿Qué demonios quiere decir con eso de «la Visión», Stinky?

—La habilidad de asimilar más del universo que esa pequeña parte sobre la que está uno sentado en este momento. Mike la posee a través de años de disciplina marciana; Allie era una semiadepta no entrenada. El hecho de que utilizara un símbolo tan carente de significado como la astrología no tiene nada que ver con el asunto. Un rosario carece también de significado… hablo de un rosario musulmán, por supuesto; no estoy criticando a nuestros competidores del otro lado de la calle… —Mahmoud metió una

mano en su bolsillo, sacó un rosario y empezó a manosearlo—. Si ayuda a que su sombrero dé la vuelta sobre sí mismo durante una partida de póquer, entonces sirve de algo. Es irrelevante el hecho de que el sombrero no posea poderes mágicos y no pueda asimilar.

Jubal observó el objeto islámico de meditación y aventuró una pregunta que había dudado en formular antes:

—Entonces, ¿debo tomar eso como que continúa usted siendo uno de los Fieles? Pensé que tal vez se había unido a la Iglesia de Mike desde el principio.

Mahmoud apartó a un lado las cuentas del rosario.

—Tengo las dos cosas.

— ¿Eh? Stinky, son incompatibles. O de otro modo, no asimilo ninguna de los dos.

Mahmoud agitó la cabeza.

—Sólo en la superficie. Puede usted decir, supongo, que Maryam adoptó mi religión y yo adopté la suya; nos consolidamos. Pero Jubal, mi querido hermano, sigo siendo esclavo de Dios, sometido a Su voluntad… y, no obstante, puedo decir: «Tú eres Dios, yo soy Dios, todo lo que asimila es Dios». El profeta no afirmó nunca que fuera el último de los profetas, ni proclamó que había dicho todo lo que se tenía que decir… sólo los fanáticos después de él insistieron en esas dos engañosas falacias.

»El sometimiento a la voluntad de Dios no es convertirse en un robot ciego, incapaz de elegir libremente y así de pecar; el Corán no dice eso. La sumisión puede incluir, *incluye*, de hecho, profundas responsabilidades respecto a la forma en la cual yo, y cada uno de nosotros, configura el universo. Nos corresponde a nosotros convertirlo en un jardín celestial… o arrancar todo y destruirlo —sonrió—. «Con la ayuda de Dios todas las cosas son posibles», si puedo tomar esa frase prestada por un momento… excepto lo único imposible: Dios no puede escapar de Sí mismo. No puede abdicar de Su propia responsabilidad absoluta; debe mantenerse sometido a Su propia voluntad, eternamente. El Islam

permanece; Él no puede cargarle la responsabilidad a nadie. Es Suya… mía… de usted… de Mike.

Jubal dejó escapar un suspiro.

—Stinky, la teología siempre me produce malestar. ¿Dónde está Becky? ¿No puede dejar a un lado su trabajo en el diccionario y decirle hola a un viejo amigo? Sólo la he visto una vez en veintitantos años; eso es demasiado tiempo.

—La verá. Pero ahora no puede interrumpir su trabajo, está dictando. Permítame explicarle la técnica, a fin de que no insista. Hasta ahora he pasado una parte de cada día en comunicación con Mike… sólo unos breves momentos, aunque parece una jornada de ocho horas. Luego dicto de inmediato a la cinta todo cuanto Mike me ha vertido. A partir de esas cintas otras personas, entrenadas en fonética marciana pero no necesariamente estudiantes avanzados, efectúan transcripciones fonéticas con todo detalle. Luego Maryam las mecanografía utilizando una máquina especial… y esta copia maestra es la que Mike o yo corregimos a mano. Yo preferiría que lo hiciera siempre Mike, pero su tiempo está a tope.

»Pero nuestro esquema se ha visto alterado ahora, y Mike asimila que tiene que enviarnos a Maryam y a mí lejos, a algún Shangri—La para que terminemos la tarea… o, más correctamente, ha asimilado que nosotros asimilaremos esa necesidad. Así que Mike está completando meses y años de cintas a fin de que podamos llevárnoslas y traducir sin prisas su contenido a una fonética que los humanos puedan aprender a leer. Aparte eso, tenemos montones de cintas de conferencias de Mike en marciano, que será imprescindible transcribir cuando el diccionario esté concluido… conferencias que comprendimos en su momento con su ayuda, pero que más tarde necesitarán ser impresas, con el diccionario.

»Me veo obligado a suponer que Maryam y yo tendremos que marcharnos pronto porque, ocupado como está con un centenar de otras cosas, Mike ha cambiado el método. Hay aquí ocho dormitorios equipados con grabadoras. Aquellos de nosotros que pueden hacerlo mejor… Patty, Jill, yo mismo, Maryam, su amiga

Allie, algunos otros… nos turnamos en esas estancias. Mike nos pone en un corto trance y vierte el lenguaje: definiciones, locuciones, conceptos, dentro de nosotros, en unos pocos momentos que representan horas… luego nosotros dictamos *de inmediato* lo que ha sido vertido en nosotros, de una forma exacta, mientras aún está fresco en nuestras mentes. Pero eso no puede hacerlo cualquiera, ni siquiera del Templo Íntimo. Se requiere un acento afinado y la aptitud de unirse a la relación del trance y descargar luego los resultados. Sam, por ejemplo, lo tiene todo, salvo el acento claro… se las arregla, Dios sabe cómo, para hablar marciano con acento del Bronx. No se le puede utilizar; originaría incontables errores. Y eso es lo que Allie está haciendo ahora… dictar. Se encuentra aún en el estado de semitrance necesario para un recuerdo total y, si se la interrumpe, olvidará todo lo que no se haya registrado.

—Asimilo —aceptó Jubal—, aunque la imagen de Becky Vesey como adepta a lo marciano me estremece un poco. De todos modos, en su tiempo fue una de las mejores mentalistas del negocio del espectáculo; era capaz de efectuar lecturas que hacían que hasta el último primo se saliera de sus zapatos… y perdiera el contenido de su billetera. Oiga, Stinky, si va a ser enviado lejos en busca de paz y tranquilidad para desarrollar todos esos datos, ¿por qué usted y Maryam no vienen a casa? Hay sitio de sobra en los dormitorios y estudios de la nueva ala.

—Quizá lo hagamos. La espera aún es.

—Cariño —dijo Miriam, ansiosa—, es una solución que me encantaría… si Mike nos empuja fuera del Nido.

—Si asimilamos la necesidad de alejarnos del Nido, querrás decir.

—Viene a ser lo mismo, como muy bien asimilas.

—Hablas correctamente, querida. Pero, ¿cuándo se come en esta casa? — reprochó Stinky —. Tengo en mi interior una urgencia que lo es todo menos marciana. El servicio era mejor en el otro Nido.

—No esperarás que Patty trabaje en el dichoso diccionario, se ocupe de que todo el mundo esté a gusto, haga recados para Mike, y además tenga la comida en la mesa en el instante en que a ti se te ocurra sentir hambre, querido. Jubal, Stinky nunca terminará su sacerdocio… es esclavo de su estómago.

—Bueno, yo también.

—Y vosotras chicas podíais ir a echar una mano a Patty —añadió el esposo de Miriam.

—Eso suena como una insinuación muy vulgar. Sabes perfectamente, querido, que hacemos todo lo que ella nos deja… y que Tony no permite a casi nadie entrar en su cocina… ni siquiera en *esta* cocina… —se puso en pie—. Vamos, Jubal, veamos qué se guisa. Tony se sentirá muy halagado si usted visita sus dominios.

Jubal fue con ella, se sintió un poco desconcertado al ver que se usaba la telequinesia en la preparación de la comida y conoció a Tony. Éste frunció el entrecejo hasta que supo la identidad de la visita, luego le mostró orgullosamente su centro de trabajo… entre una diatriba de insultos — escupidos en una mezcla de inglés e italiano — dirigidos a los canallas que habían destruido «su» cocina en el Nido. Mientras les atendía, una cuchara, sin ayuda de mano alguna, removía la salsa del *spaguetti* que se preparaba en una pequeña olla.

Poco después, Jubal se negaba a ocupar un asiento en la cabecera de una larga mesa y elegía un sitio a un lado. Patty se sentaba en un extremo; la silla de la cabecera siguió vacante… aunque Jubal tuvo la extraña sensación — que se esforzó en reprimir — de que el Hombre de Marte estaba allí sentado, y que todo el mundo podía verle menos él.

Frente a Jubal, al otro lado de la mesa, estaba el doctor Nelson.

Jubal se dio cuenta de que sólo se habría sorprendido si el doctor Nelson no hubiese estado presente. Le saludó con una inclinación de cabeza y dijo:

—Hola, Sven.

—Hola, doctor. Compartamos el agua.

—Nunca tenga sed. ¿Qué hace usted por aquí? ¿Pertenece al cuadro médico?

Nelson negó con la cabeza.

—Estudio medicina.

—Vaya. ¿Y aprende algo?

—He aprendido que la medicina no es necesaria.

—De habérmelo preguntado, yo se lo habría dicho. ¿Ha visto a Van?

—Debería llegar a última hora de esta noche o mañana por la mañana temprano. Su nave aterrizó hoy.

— ¿Siempre viene aquí? —inquirió Jubal.

—Llámelo un estudiante con prórroga. No dispone de mucho tiempo para pasar aquí.

—Bueno, me alegrará verle. Hace como año y medio que no le echo la vista encima.

Jubal trabó conversación con el hombre que tenía a su derecha mientras Nelson hablaba con Dorcas, que estaba a su izquierda. Jubal captó la misma punzante expectación en la mesa que había notado antes, sólo que reforzada. Sia embargo, era algo a lo que no podía ponerle el dedo encima; sólo parecía una familia tranquila cenando en relajada intimidad. En un momento determinado un vaso de agua empezó a dar la vuelta a la mesa pero, si era un ritual con palabras en él, éstas eran pronunciadas en voz demasiado baja como para ser oídas. Cuando llegó a Jubal, éste tomó un sorbo y lo pasó a la muchacha sentada a su izquierda, con ojos un poco desorbitados y demasiado acomplejada para charlar con él… y le dijo en voz baja:

—Le ofrezco el agua.

—Gracias por el agua, pa… Jubal — consiguió responder ella.

Ésas fueron casi las únicas palabras que pudo arrancarle. Cuando el vaso completó su circuito y llegó al asiento vacío de la cabecera de la mesa, quedaba quizá un centímetro de agua en su

interior. El vaso se alzó solo, se inclinó, el agua desapareció de él, y el recipiente de cristal volvió a posarse sobre el mantel. Jubal decidió, correctamente, que había tomado parte en un grupo de «Compartir el Agua» del Templo íntimo… y probablemente en su honor… aunque por ninguna parte apareció la orgiástica bacanal que había supuesto acompañaría una tal bienvenida de un hermano. ¿Era porque se hallaban en un entorno extraño? ¿O acaso había imaginado todo aquello de acuerdo con sus gustos?

¿O simplemente los otros lo habían suprimido como deferencia hacia él?

Esto último parecía la tesis más probable… y descubrió que se sentía vejado por ello. Por supuesto — se dijo —, le alegraba el que le ahorrasen la necesidad de rechazar una invitación a algo que ciertamente no deseaba… que no hubiera deseado a ninguna edad, dados sus gustos personales. Pero maldita sea, venía a ser lo mismo que: «No menciones para nada el patinaje sobre hielo, porque la abuelita es demasiado anciana y frágil y no sería educado. Hilda, propón que juguemos a las damas y todos aplaudiremos la idea… a la abuelita le gusta jugar a las damas. Ya iremos a patinar en otra ocasión. ¿De acuerdo, chicos?».

Jubal se resintió ante aquella respetuosa consideración, si se trataba de eso; casi hubiera preferido ir a patinar, aunque hubiese tenido que pagarlo con una fractura de cadera.

Pero decidió olvidar el asunto, alejarlo por completo de su mente, cosa que hizo con la ayuda del comensal de su derecha, que era tan charlatán como silenciosa la muchacha de su izquierda. Jubal supo que se llamaba Sam, y al poco tiempo sabía que Sam era un hombre de amplia y profunda erudición, un rasgo que Jubal valoraba en cualquiera cuando era algo más que mero recitado de loro… y asimiló que en Sam lo era.

—Este retroceso sólo es aparente —le aseguró Sam—. El huevo estaba a punto de romper la cáscara y ahora nos extenderemos. Por supuesto, hemos tenido problemas y seguiremos teniendo problemas… porque ninguna sociedad, no importa lo liberales que parezcan ser sus leyes, está dispuesta a permitir que se

desafíen impunemente sus conceptos básicos. Y nosotros lo desafiamos todo, desde la santidad de la propiedad hasta la santidad del matrimonio.

— ¿La propiedad también?

—La propiedad tal como funciona hoy. Hasta ahora, Michael no ha hecho más que enfrentarse a unos cuantos tahúres timadores. Pero, ¿qué sucederá cuando sean miles, decenas de miles, centenares de miles y más, las personas que no puedan ser detenidas ni siquiera por las cajas fuertes de los bancos y que sólo dispongan de su autodisciplina para impedirles apoderarse de cualquier cosa que deseen? A decir verdad, esa disciplina es más fuerte que cualquier freno legal, pero ningún banquero puede asimilar ese detalle hasta que él mismo recorra el espinoso camino que conduce a esa disciplina, en cuyo caso… dejará de ser banquero. ¿Qué le ocurrirá al mercado de valores cuando los iluminados conozcan la ruta que ha de seguir el rebaño, y los agentes de cambio y bolsa no?

— ¿Usted la conoce?

Sam negó con la cabeza.

—No tengo ningún interés. Pero Saúl, aquí… ese joven Hebe robusto; es mi primo… ha asimilado un poco, junto con Allie. Michael les ha recomendado prudencia al respecto, nada de grandes alharacas, así que utilizan una docena de cuentas pantalla… pero sigue existiendo el hecho de que cualquiera de los disciplinados puede ganar cualquier suma de dinero en cualquier empresa, bienes raíces, acciones, carreras de caballos, juego, nombre usted lo que quiera… cuando compiten con los semidespiertos. No, no creo que el dinero y las propiedades desaparezcan; Michael asegura que ambos conceptos son útiles… pero afirmo que van a sufrir un vuelco, hasta el punto que la gente tendrá que aprender nuevas reglas (y eso significa aprenderlas de la manera más dura, como nosotros) o verse desplazada irremediablemente. ¿Qué le ocurrirá a la *Lunar Enterprises* cuando el medio de transporte corriente entre aquí y Luna City sea la teleportación?

— ¿Debo comprar? ¿O vender?

—Pregunte a Saúl. Puede seguir utilizando la actual corporación, o puede llevarla a la bancarrota. O puede dejar las cosas tal como están durante un siglo o dos. Pero, aparte los banqueros y los corredores de bolsa, considere cualquier otra ocupación. ¿Cómo va a dar lecciones una maestra a unos chiquillos que saben más que ella y no se callarán cuando cometa algún error en sus enseñanzas? ¿Qué será de los médicos y dentistas cuando todo el mundo esté siempre sano? ¿Qué pasará con las industrias textiles y del vestido y los grandes imperios de la moda cuando la ropa ya no sea realmente necesaria y las mujeres pierdan gran parte de su interés en los nuevos modelos (aunque nunca lo perderán del todo), y a nadie le importe en absoluto que le vean con el culo al aire? ¿Qué forma adoptará «el problema agrícola» cuando pueda decírseles a las malas hierbas que no crezcan y las cosechas se recojan sin beneficios para la Cosechera Internacional o la *John Deere*? Diga simplemente un nombre: cambiará hasta el punto de hacerlo irreconocible cuando sea aplicada la disciplina. Tome por ejemplo el cambio que sacudirá tanto la santidad del matrimonio, en su forma actual, como la santidad de la propiedad. Jubal, ¿tiene usted alguna idea de cuánto dinero gasta anualmente este país en drogas anticonceptivas y dispositivos semejantes?

—Tengo cierta idea, Sam. Casi mil millones de dólares sólo en anticonceptivos orales este último año fiscal… y aproximadamente la mitad más en remedios patentados, curalotodos y panaceas tan útiles como el almidón de maíz.

—Oh, sí, es usted médico.

—Sólo de pasada. Pero soy una mente curiosa.

—De cualquier forma, ¿qué será de esa gran industria… y de las discordantes protestas de los moralistas… cuando una mujer pueda concebir solamente cuando decida hacerlo con un acto de volición, cuando además sea inmune a las enfermedades, le importe únicamente la aprobación de los de su misma clase… y su orientación esté tan cambiada que desee las relaciones sexuales con una vehemencia que Cleopatra jamás pudo soñar, pero que cualquier hombre que pretenda violarla caiga fulminado

instantáneamente si ella así lo asimila, sin que llegue a saber nunca qué es lo que le ha golpeado? ¿Cuando las mujeres se vean libres de culpa y temor, pero invulnerables excepto por decisión propia? Demonios, la industria farmacéutica será una baja sin importancia; ¿qué otras industrias, leyes, instituciones, actitudes, prejuicios y demás estupideces tendrán que abandonarse?

—No asimilo en su totalidad —confesó Jubal—. Todo esto se refiere a un tema por el que he sentido muy poco interés personal desde hace tiempo.

—De todos modos, una institución no resultará dañada: el matrimonio.

— ¿De veras?

—Puede asegurarlo. En vez de ello se verá purificada, fortalecida y dotada con una nueva resistencia. ¿Resistencia? ¡Éxtasis! ¿Ve esa muchacha de ahí abajo, la de la larga cabellera negra?

—Sí. Me deleité en su belleza hace un momento.

—Ella sabe que es hermosa, y ha dejado crecer su belleza un par de palmos más desde que nos unimos a la Iglesia. Es mi esposa. Hace poco más de un año, vivíamos juntos y nos llevábamos como perro y gato. Ella era celosa, y yo desatento. Hastiado. Demonios, ambos estábamos hastiados, y lo único que nos mantenía bajo el mismo techo eran nuestros chicos… y su carácter dominante; me daba cuenta de que nunca me dejaría marchar sin provocar un enorme escándalo. De todas formas, yo tampoco tenía valor, a mi edad, para intentar la aventura de un nuevo matrimonio. Así que me desviaba hacia caminos torcidos, cuando se me presentaba la ocasión de salir bien librado. Un profesor universitario tiene muchas tentaciones, pero pocas oportunidades seguras, y Ruth se manifestaba sosegadamente amargada. A veces, no tan sosegadamente. Y entonces nos unimos a la Iglesia… —Sam sonrió con aire feliz—. Y me enamoré de mi propia esposa. ¡La amiguita número uno!

Las palabras de Sam habían sido pronunciadas en voz baja, una conversación íntima entre él y Jubal, cubierta por el ruido general de la comida y la alegre compañía. Su esposa estaba a cierta distancia de ellos. Pero levantó la cabeza y dijo con voz clara:

—Eso es una exageración, Jubal. Creo que soy la número seis.

— ¡Sal de mi mente, hermosa! —protestó su esposo—. Esto es una conversación entre hombres. Presta a Larry toda tu atención — cogió un panecillo y se lo arrojó.

Ella lo detuvo en mitad de su trayectoria y se lo arrojó de vuelta mientras seguía hablando; Sam lo atrapó al vuelo y lo untó con mantequilla.

—Le estoy dando a Larry toda la atención que desea… hasta más tarde, quizá. Jubal, ese bruto no me dejó terminar. ¡El puesto número seis es maravilloso! Porque mi nombre ni siquiera figuraba en esa lista cuando ingresamos en la Iglesia. Jamás alcancé una posición tan alta como un número seis con Sam durante los últimos veinte años —concluyó, y volvió a dedicar su atención a Larry.

—La cuestión —dijo Sam en voz baja— es que ahora somos dos compañeros, mucho más compenetrados y unidos de lo que estuvimos incluso en el mejor período de nuestro matrimonio; y lo hemos logrado a través del entrenamiento, que culminó con el compartir y el acercarse con otros que tenían el mismo entrenamiento que nosotros. Todos formamos parejas dentro de un grupo más grande… normalmente, pero no necesariamente, con nuestras anteriores esposas. Pero a veces no es así; y si no lo es, entonces el reajuste se produce de una forma indolora y se crea una relación mejor, más cálida y más cercana que nunca entre la que podríamos llamar pareja «divorciada», tanto en la cama como fuera de ella. No se pierde nada y se gana todo. Demonios, ese emparejamiento ni siquiera es necesario que se produzca entre hombre y mujer. Ahí tiene a Dawn y a Jill, por ejemplo; trabajan juntas como un perfecto equipo de acróbatas.

—Hum… creo —dijo Jubal, pensativo— que había llegado a pensar que ambas eran esposas de Mike.

—No más de lo que lo son de cualquiera de nosotros. O que Mike es esposo de todo el resto. Mike ha estado excesivamente atareado, o lo había estado, hasta que el Templo ardió, como para hacer algo más que asegurarse de que se compartía con todos. Si alguien es la esposa de Mike— añadió Sam—, ésa es Patty, aunque Patty también está siempre tan ocupada que la relación es más espiritual que física. En realidad, se podría decir que tanto Mike como Patty son los menos utilizados a la hora de sacudir el colchón.

Patty no estaba tan lejos como Ruth, pero estaba lejos de todos modos. Alzó la vista y dijo:

—Querido Sam, no me siento mal utilizada.

— ¿Eh? —Sam dudó unos instantes, luego anunció, en tono alto y amargado—. Lo único malo que tiene esta Iglesia es que un hombre se ve totalmente privado de intimidad…

Eso provocó un verdadero bombardeo de comida en su dirección por parte del elemento femenino. Lo paró y devolvió todos los proyectiles sin alzar siquiera la mano… hasta que al parecer la complejidad de todo ello fue demasiado para él y un plato lleno de espaguetis le alcanzó en pleno rostro… arrojado, observó Jubal, por Dorcas.

Durante un momento Sam presentó todo el espeluznante aspecto de la víctima de un terrible choque automovilístico. Luego, de pronto, su cara quedó completamente limpia, e incluso desaparecieron las salpicaduras de salsa que habían manchado la camisa de Jubal.

—No le des más a Dorcas, Tony. Los ha malgastado, pese a lo buenos que estaban; ahora déjala que pase hambre.

—Hay muchos más en la cocina —respondió Tony—. Los *spaguetti* te favorecen, Sam. Y la salsa ha quedado estupenda, ¿eh?

El plato de Dorcas surcó el aire hacia la cocina y regresó, lleno de nuevo. Jubal decidió que Dorcas no le había estado ocultando sus talentos: el plato estaba mucho más lleno de lo que ella misma hubiera elegido; él conocía su apetito.

—Sí, la salsa ha quedado estupenda —reconoció Sam—. Conseguí aprovechar un poco que me cayó en la boca. ¿De qué está hecha? ¿O no debo preguntar?

—De carne picada de policía —contestó Tony.

Nadie se echó a reír. Por un incómodo instante Jubal se preguntó si la broma sería realmente una broma. Luego recordó que sus hermanos de agua sonreían a menudo, pero rara vez soltaban una carcajada… y, además, tal vez la carne de policía fuese una comida sana. Pero la salsa no podía estar hecha de carne de «cerdo», o sabría realmente a cerdo. Su sabor era decididamente de ternera.

Cambió de tema.

—Lo que más me gusta de esta religión…

— ¿Es una religión? —inquirió Sam.

—Bueno, Iglesia. La llamaré Iglesia. Usted lo hizo.

—Es una Iglesia —admitió Sam—. Cumple todas las funciones de una Iglesia, y su cuasi teología encaja bastante bien con la de algunas religiones reales, debo admitirlo. Me metí en ella porque era un ateo convencido… y ahora soy sumo sacerdote y no sé dónde estoy.

—Tenía entendido que había dicho que era usted judío.

—Lo soy. De una larga estirpe de rabinos. Así que desemboqué en el ateísmo. Y míreme ahora. Pero mi primo Saúl y mi esposa eran judíos religiosos. Hable con Saúl; descubrirá que eso no representa ninguna desventaja. Más bien una ayuda, puesto que Ruth, una vez franqueada la primera barrera, progresó mucho más deprisa que yo; fue sacerdotisa bastante antes de que yo alcanzara el sacerdocio. Pero es que Ruth es del tipo espiritual; piensa con sus gónadas. Yo tuve que hacerlo por el camino más penoso, entre los oídos.

—La disciplina —repitió Jubal—. Eso es lo que me gusta más de todo ello. La fe en la que me educaron no requería que nadie supiera nada. Tan sólo confesar tus pecados y ser salvado, y ahí estabas, a salvo en los brazos de Jesús. Un hombre podía ser

demasiado estúpido incluso para sacarse el sombrero cada vez que saludaba, y sin embargo podía presumirse conclusivamente que era uno de los elegidos de Dios y tenía garantizada una eternidad de bendiciones por el simple hecho de haberse «convertido». Podía o no volverse un estudioso de la Biblia; ni siquiera eso era necesario, y ciertamente no tenía que saber, ni intentar saber nada más. Esta iglesia no acepta la «conversión», tal como yo lo asimilo…

—Asimila correctamente.

—Aquí, pues, una persona puede empezar impulsada por el simple deseo de aprender, y luego seguir adelante con un estudio más profundo. Asimilo que eso es saludable en sí mismo.

—Más que saludable —estuvo de acuerdo Sam—, indispensable. No se puede profundizar en los conceptos si no se conoce el lenguaje, y la disciplina resultante es un cuerno de la abundancia. Está plena de beneficios, desde cómo vivir sin tener que luchar hasta cómo complacer a tu esposa, y todos ellos derivados de la lógica conceptual: de comprender quién eres, por qué estás aquí, de qué modo funcionas… y comportándote en consecuencia. La felicidad es funcionar de la forma en que un ser humano está organizado para funcionar… pero las palabras en inglés no son más que mera tautología, cosas huecas. ¿He mencionado ya que tenía cáncer cuando vine aquí?

— ¿Eh? No, no lo hizo.

—Yo mismo lo ignoraba. Michael lo asimiló, y me envió fuera para el habitual examen por rayos X y todo lo demás, a fin de que *yo* estuviese seguro. Luego empezamos a trabajar en ello juntos. La «fe» cura. Un milagro. La clínica lo calificó de «remisión espontánea», lo cual equivale, asimilo, a que «me puse bien».

Jubal asintió.

—El ambiguo lenguaje profesional. Algunos cánceres desaparecen, no sabemos por qué.

—Yo sé por qué desapareció éste. Por aquel entonces empezaba a controlar mi propio cuerpo. Reparé el daño con la

ayuda de Mike. Ahora puedo hacerlo sin su ayuda. ¿Quiere oír cómo deja de latir un corazón?

—Gracias, ya lo he observado en Mike, muchas veces. Mi estimado colega, el cirujano Nelson, no estaría sentado delante de nosotros si lo que está explicando usted fuese «fe que cura». Es el control voluntario del organismo. Asimilo.

—Perdón. Todos sabemos que lo hace. Lo sabemos.

—Hum. No me gusta llamar a Mike embustero, porque no lo es. Pero el muchacho se muestra algo parcial en lo que a mí respecta…

Sam negó con la cabeza.

—He estado hablando con usted durante toda la cena. Deseaba comprobarlo por mí mismo, pese a lo que Mike dijo. Asimila. Me pregunto qué nuevas cosas podría revelarnos si se molestase en aprender el lenguaje.

—Ninguna. No soy más que un viejo con poco que contribuir a nada.

—Insisto en reservarme mi opinión. Todos los demás Primeros Llamados han tenido que enzarzarse con el lenguaje para conseguir algún auténtico progreso. Incluso los tres que estaban con usted tuvieron que ser sometidos a un riguroso entrenamiento, mantenidos en trance durante la mayor parte de los pocos días y las escasas ocasiones en que los tuvimos entre nosotros. Todos menos usted… y usted realmente no lo necesita. A menos que desee poder quitarse los *spaguetti* de la cara sin recurrir a la servilleta, cosa en la que asimilo no está interesado de todos modos.

—Sólo para observarlo.

La mayoría de los otros habían ido abandonando ya la mesa, discretamente y sin ceremonias de ninguna clase, cuando desearon hacerlo. Ruth se les acercó y se detuvo junto a ellos.

— ¿Van a pasarse ustedes dos toda la noche ahí sentados? ¿O deberemos retirarlos junto con los platos?

—Estoy tiranizado. Vamos, Jubal —Sam se levantó para besar a su esposa.

Se detuvieron sólo un instante en la sala de estar con el estéreotanque.

— ¿Alguna novedad? —preguntó Sam.

—El procurador del condado —dijo alguien— no ha parado de hacer discursos en un intento de demostrar que todos los desastres de hoy son obra nuestra… sin admitir que no tiene ni la menor idea de cómo se produjeron.

—Pobre tipo. Ha estado mordiendo una pata de palo y le duelen los dientes.

Siguieron su camino y encontraron una estancia más tranquila. Sam dijo:

—Estuve diciendo que todos esos problemas eran algo que había que esperar… y empeorarán aún más antes de que consigamos el suficiente dominio sobre la opinión pública como para ser tolerados. Pero Mike no tiene prisa. Así que cerramos la Iglesia de Todos los Mundos. Está cerrada. Nos mudamos a otro sitio y abrimos la Congregación de la Fe Única… y somos echados de nuevo a patadas. Entonces reabrimos en alguna otra parte como el Templo de la Gran Pirámide, que atraerá hacia nosotros un rebaño de mujeres estúpidas, gordas y vanidosas, algunas de las cuales terminarán con su obesidad y su estupidez.

»Y cuando tengamos a la Asociación Médica y la abogacía local y los periódicos y los principales políticos mordiéndonos los talones… bueno, entonces abriremos la Hermandad del Bautismo en alguna otra parte. Y cada una de ellas significará un sólido progreso, un núcleo duro y resistente de miembros disciplinados a los que no se podrá lastimar. Mike empezó aquí hace apenas dos años, inseguro de sí mismo y con sólo la cortés ayuda de tres sacerdotisas poco entrenadas. Ahora poseemos un Nido sólido… más un lote de peregrinos bastante adelantados con los que entraremos en contacto más tarde y dejaremos que se reúnan con nosotros. Y algún día… algún día seremos demasiado fuertes para que puedan perseguirnos.

—Bien —asintió Jubal—, puede funcionar. Jesús consiguió una buena publicidad con sólo doce discípulos.

Sam sonrió, feliz.

—Un muchacho judío. Gracias por mencionarle. Es la más importante historia de un éxito en mi tribu, y todos la conocemos, aunque muchos no hablemos nunca de Él. Pero fue un muchacho judío que se portó bien, y me siento orgulloso de Él, puesto que yo también soy judío. Observe, por favor, que Jesús no intentó tenerlo todo terminado para el miércoles próximo. Fue paciente. Estableció una sólida organización y la dejó crecer. Mike también es paciente. La paciencia tiene tanto de disciplina que ni siquiera es paciencia; es algo automático. No hay que estrujarse el cerebro. Nunca hay que estrujarse el cerebro.

—Una sólida actitud en cualquier momento.

—No se trata de ninguna actitud; es el funcionamiento de la disciplina. Jubal, asimilo que está cansado. ¿Quiere que le descansemos? ¿O prefiere ir a la cama? Si no quiere ir, nuestros hermanos le mantendrán despierto toda la noche, dándole conversación. Ya sabe que la mayoría de nosotros no dormimos mucho.

Jubal bostezó.

—Prefiero un buen baño, largo y caliente, seguido de ocho horas de sueño. Visitaré a nuestros hermanos mañana, y en días sucesivos.

—En muchos días sucesivos —confirmó Sam.

Jubal encontró su habitación, e inmediatamente Patty se le reunió, insistió en abrirle el grifo de la bañera, prepararle la cama sin siquiera tocar la ropa, disponer todo lo necesario para las bebidas — con cubitos de hielo frescos — junto a ella, mezclar un combinado y colocar el vaso en el estante junto a la bañera. Jubal no intentó darle prisa; ella había llegado exhibiendo todos sus dibujos. Sabía lo suficiente respecto al síndrome que podía conducir a un tatuaje total como para estar completamente seguro

de que, si no les prestaba atención y pedía que se le permitiera examinarlos, ella se sentiría muy dolida, aunque intentara ocultarlo.

Tampoco mostró ni experimentó nada de la agitación que había sentido Ben en una situación anterior semejante. Se quitó la ropa que llevaba, sin concederle la menor importancia… y descubrió, con retorcido orgullo, que no le importaba en absoluto quedarse desnudo frente a alguien, pese a que habían transcurrido muchos años desde la última vez que permitió que otra persona le viera así. Tampoco pareció importarle gran cosa a Patty, que se limitó a comprobar que todo estaba bien en la bañera antes de dejarle meter en el agua.

Luego se quedó y le explicó los dibujos, uno por uno y en la secuencia correlativa en que había que contemplarlos. Jubal se mostró adecuadamente asombrado y apropiadamente halagador, aunque completamente impersonal como crítico de arte. Pero se trataba indiscutiblemente — reconoció para sí — de la obra de mayor calidad hecha con una aguja de tatuar que hubiera visto nunca. Hacía que los dibujos de su amiga japonesa resultaran como una alfombra barata al lado de la más fina *Princess Bokhara*.

—Han cambiado un poco —le dijo Patty—. Tome la escena del sagrado nacimiento, por ejemplo; esa pared del fondo empieza a parecer combada… y la cama casi tiene el aspecto de una camilla de hospital. Pero estoy segura de que a George no le importa. Desde que se marchó al Cielo, ninguna aguja ha tocado mi piel. Y si se produce algún cambio milagroso, estoy segura de que lo sabe y de que, de algún modo, él tiene algo que ver con ello.

Jubal decidió que Patty era un poco tonta pero decididamente encantadora; en general, prefería a las personas tontas; «la sal de la tierra» le dejaba frío. No demasiado tonta, se corrigió; Patty había dejado que se desvistiera él mismo, luego había puesto sus ropas dentro del armario sin acercarse demasiado a ellas. Era probablemente una clara prueba de que uno no necesitaba ser demasiado listo, fuera eso lo que fuese, para beneficiarse de aquella notable disciplina marciana que al parecer el muchacho podía enseñar a cualquiera.

Finalmente se dio cuenta de que ella se preparaba para irse y le sugirió que lo hiciera, pidiéndole que diese en su nombre un beso de buenas noches a sus ahijadas; a él se le había olvidado hacerlo.

—Estaba exhausto, Patty.

Ella asintió.

—Tengo que ir a trabajar en el diccionario —se inclinó sobre él y le besó, cálida pero rápidamente—. Llevaré ese beso a sus bebés.

—Y hágale una caricia a Cariñito.

—Sí, claro. Ella le asimila, Jubal. Sabe que a usted le gustan las serpientes.

—Estupendo. Compartamos el agua, hermano.

—Usted es Dios, Jubal.

Se retiró. Jubal se arrellanó en la bañera, y se sorprendió al darse cuenta de que no estaba en absoluto cansado y que los huesos habían dejado de dolerle. Patty era un tónico… irradiaba serena felicidad. Le hubiera gustado no tener dudas… luego admitió que no deseaba ser otra cosa que él mismo, viejo y excéntrico y autocomplaciente.

Por último se enjabonó y se duchó, y decidió afeitarse para no tener que hacerlo antes del desayuno. Tras tomarse su tiempo cerró por dentro la puerta de su habitación, apagó la luz del techo y se metió en la cama. Miró a su alrededor en busca de algo para leer, pero descubrió que no había nada. Se irritó por ello, porque era adicto a su vicio por encima de todo lo demás y no deseaba salir de nuevo y asustar a alguien. Bebió un poco y apagó la luz de la cabecera.

No se durmió de inmediato. Su agradable charla con Patty parecía haberle desvelado y relajado. Aún estaba despierto cuando entró Dawn.

— ¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta.

—Soy Dawn, Jubal.

—No es posible que ya haya amanecido —murmuró, interpretando mal el nombre de la muchacha—; apenas acabo de meterme en la cama… ¡Oh!

—Sí, Jubal, soy yo.

—Maldita sea, creí que había cerrado esa puerta por dentro. Chiquilla, salga de aquí ahora mismo… *¡Hey!* Salga de esta cama. ¡Fuera!

—Sí, Jubal. Lo haré. Pero antes quiero decirle algo.

— ¿Qué?

—Hace mucho tiempo que le quiero. Casi tanto como Jill.

— ¿Eh, qué demonios…? Déjese de decir tonterías y saque su trasero por esa puerta.

—Lo haré, Jubal —susurró ella con humildad—. Pero antes quiero que escuche algo. Algo sobre las mujeres.

—No quiero oír nada ahora. Dígamelo por la mañana.

—Ahora, Jubal.

Suspiró.

—Está bien, hable. Pero quédese donde está.

—Jubal… mi bienamado hermano. Los hombres se preocupan mucho por la apariencia de las mujeres. Así que tratamos de estar hermosas, y eso es correcto. Como usted sabe, yo me dedicaba al *strip—tease*. Eso era correcto también, para permitir que los hombres disfrutasen de la hermosura que yo era para ellos. También era correcto para mí saber que ellos necesitaban lo que yo podía ofrecerles.

»Pero, Jubal, las mujeres no somos hombres. A nosotras nos importa lo que un hombre *es*. Puede tratarse de algo tan tonto como: «es rico». O puede ser: ¿se ocupará de mis hijos y será bueno con ellos? O, a veces, puede ser incluso: ¿es bueno? Usted es bueno, Jubal. Pero la belleza que vemos en usted no es la belleza que usted ve en nosotras. Es usted hermoso, Jubal.

— ¡Por el amor de Dios!

—Creo que habla correctamente. Usted es Dios y yo soy Dios… y le necesito. Le ofrezco el agua. ¿Quiere que la compartamos y nos acerquemos?

—Hum. Mire, jovencita, si entiendo lo que me está ofreciendo…

—Asimila, Jubal. Compartir todo lo que tenemos. Nosotros mismos. Nuestro propio ser.

—Eso pensé. Querida, usted tiene mucho que compartir… pero yo… Bueno, ha llegado usted con algunos años de retraso. Lo lamento sinceramente, créame. Gracias. Muy profundamente. Ahora márchese y deje dormir a un viejo.

—Dormirá, cuando la espera se haya llenado. Jubal… yo podría prestarle vigor. Pero asimilo claramente que no es necesario.

Maldita sea… ¡que no era necesario!

—No, Dawn. Gracias, querida.

Ella se puso de rodillas y se inclinó sobre él.

—Sólo una palabra más, entonces. Jill me aconsejó que, si se resistía, me pusiese a llorar. ¿Debo dejar que mis lágrimas inunden su pecho? ¿Y compartir agua con usted de esa manera?

—Cuando la vea, voy a darle a Jill una buena azotaina…

—Sí, Jubal. Comenzaré a llorar.

No produjo ningún sonido pero, al cabo de tan sólo uno o dos segundos, una gruesa lágrima golpeó contra su pecho… fue seguida rápidamente por otra… y por otra… y muchas más. La muchacha sollozó, casi en silencio.

Jubal maldijo, tendió las manos hacia ella… y colaboró con lo inevitable.

OceanofPDF.com

36

Jubal se despertó alerta, descansado y feliz. Se dio cuenta de que se sentía mucho mejor antes del desayuno de lo que se había sentido en años. Desde hacía mucho, mucho tiempo, pasaba el negro período entre el instante de abrir los ojos y la primera taza de café consolándose a sí mismo con el pensamiento de que a la mañana siguiente la cosa resultaría un poco más fácil.

Esta mañana se sorprendió a sí mismo al descubrirse silbando. Al darse cuenta se interrumpió, lo olvidó y empezó de nuevo.

Se vio a sí mismo en el espejo, esbozó una sonrisa sesgada, luego sonrió más ampliamente.

—Eres un viejo chivo incorregible. En cualquier momento vendrán a buscarte.

Observó un pelo blanco de su pecho, lo arrancó, sin preocuparse de los muchos más que había allí tan blancos como el primero, y siguió preparándose para hacer frente al mundo.

Cuando salió, Jill estaba junto a su puerta. ¿Accidentalmente? No, ya no creía en las «coincidencias» en aquel lugar; todo estaba organizado como un ordenador. La muchacha se arrojó directamente a sus brazos.

— ¡Oh, le *queremos* tanto! Usted es Dios.

Jubal devolvió el beso con el mismo calor con que lo había recibido, mientras asimilaba que sería hipócrita no hacerlo así… y descubrió que besar a Jill difería de besar a Dawn de una manera

inconfundible, pero que estaba más allá de toda posible descripción.

Finalmente la apartó, sin dejarla marchar.

—Mesalina en pañales… Me preparó usted una trampa.

—Jubal, querido… ¡estuvo usted maravilloso!

—Hum. ¿Cómo diablos supo que yo aún era capaz?

Jill le lanzó una mirada que rezumaba franca inocencia.

—Oh, vamos, Jubal, he estado segura de ello desde el primer día que Mike y yo llegamos a su casa. Verá, incluso entonces, mientras estaba dormido en trance, Mike podía ver a su alrededor, en un radio bastante amplio, y a veces miraba en el interior de usted, en busca de la respuesta a una pregunta o algo, para comprobar si estaba usted dormido.

— ¡Pero yo dormía solo! Siempre.

—Sí, querido. Pero no es eso lo que quería decir. Siempre he tenido que explicarle a Mike cosas que no entendía.

—Uf —Jubal decidió no seguir ahondando en el tema—. Bueno, no importa. No tuvo que prepararme esa trampa.

—Asimilo que, en el fondo de su corazón, no siente lo que está diciendo, Jubal… y usted asimila que hablo correctamente. Hubiéramos debido tenerle en el Nido desde un principio. Le necesitamos. Puesto que es tan tímido y tan humilde en su corrección, hicimos lo que debía hacerse para darle la bienvenida sin lastimar sus sentimientos. Y no los hemos lastimado, como usted mismo asimila.

— ¿Qué significa ese «nosotros»?

—Fue un Compartir el Agua del Nido en pleno, como usted seguro que asimila: estaba allí. Mike interrumpió lo que estaba haciendo y se despertó para asistir también, y asimiló con usted y nos mantuvo a todos juntos.

Jubal se apresuró a abandonar también aquel tema.

—Así que Mike se ha despertado por fin, ¿eh? Por eso brillan tanto esos ojos.

—Sólo en parte. Por supuesto, siempre nos sentimos contentos cuando Mike no se halla retraído, es una alegría. Pero de todos modos nunca se encuentra lejos. Jubal, asimilo que no ha asimilado usted la plenitud de nuestra forma de Compartir el Agua. Pero la espera se llenará. Al principio ni el propio Mike lo asimilaba; pensaba que sólo era un medio para la aceleración ovípara, como en Marte.

—Bueno… ése es el propósito primario, el más evidente: bebés. Lo cual hace que sea un comportamiento más bien estúpido por parte de una persona como yo, por ejemplo, que a mi edad no alberga la menor intención ni deseo de promover tal incremento.

Ella agitó la cabeza.

—Los bebés son el resultado evidente, pero en absoluto el propósito primario. Los bebés dan significado al futuro, y eso es una gran corrección. Pero sólo tres o cuatro o una docena de veces se produce la aceleración de un bebé en la vida de una mujer, de entre los miles de veces que puede compartir… y *ésa* es la finalidad primaria de que lo hagamos tan a menudo, cuando necesitaríamos hacerlo muy de tarde en tarde si fuera sólo para reproducirnos. Es el compartir y el acercarse, para siempre y siempre. Jubal, Mike asimiló esto porque en Marte las dos cosas, la aceleración ovípara y el acercamiento, son dos funciones separadas por completo, y asimiló también que *nuestro* sistema es mejor. Y para él es un motivo de felicidad no haber eclosionado marciano, sino humano… ¡y que haya mujeres!

Jubal la miró atentamente.

—Chiquilla, ¿está usted embarazada?

—Sí, Jubal. Asimilé al fin que la espera había terminado y que era libre de quedar embarazada. La mayor parte de las mujeres del Nido no necesitan esperar, pero Dawn y yo hemos tenido mucho trabajo. Pero cuando asimilamos la inminencia de este punto crítico culminante me di cuenta de que dispondríamos de tiempo después de él, y puede ver que lo tendremos. Mike no reconstruirá el Templo de la noche a la mañana, así que las sumas sacerdotisas no estarán tan atareadas y podrán gestar. La espera siempre se llena.

Jubal extrajo de entre aquel revoltijo de palabras el hecho central, o la creencia de Jill relativa a tal posibilidad. Bueno, sin duda había tenido todas las oportunidades necesarias y más. Decidió mantener su atención sobre el asunto e intentar llevarse a Jill a casa para que pasase allí el embarazo. Los métodos de superhombre que tenía Mike estaban muy bien, pero no se perdería nada con tener a mano el mejor instrumental y técnicas. Perder a Jill por culpa de la eclampsia o cualquier otro contratiempo era algo que no estaba dispuesto a dejar que ocurriese, aunque tuviera que ponerse duro con los chicos.

Pensó en otra posibilidad… pero decidió no mencionarla.

— ¿Dónde está Dawn? ¿Y dónde está Mike? La casa parece espantosamente tranquila.

No había aparecido nadie por el pasillo donde estaban y no había oído ningún tipo de voces… y, sin embargo, aquella extraña sensación expectante y feliz era incluso más fuerte que el día anterior. Cabía esperar una cierta relajación después de la ceremonia en la que, aparentemente, había participado sin saberlo, pero el lugar estaba más cargado que nunca. De pronto recordó lo que había sentido cuando era muy pequeño, mientras aguardaba que pasase el desfile de su primer circo, cuando alguien exclamó: «¡Ahí vienen los elefantes!».

Jubal tuvo la sensación de que, puesto que había crecido un poco, podría ver los elefantes por encima de la multitud. Pero no había ninguna multitud.

—Dawn me ha dicho que le dé un beso en su nombre: estará ocupada durante las tres próximas horas. Y Mike está muy ocupado también; ha vuelto a retraerse.

—Oh.

—No se sienta tan decepcionado; pronto quedará libre. Está haciendo un esfuerzo especial para poder ponerse a su disposición… y para que todos nosotros quedemos libres también. Duque se ha pasado toda la noche recorriendo la ciudad en busca de grabadoras de cinta de alta velocidad, que son las que utilizamos

para el diccionario, y ahora todo el mundo capacitado para ello se encuentra trabajando en los símbolos fonéticos marcianos. Luego Mike habrá acabado, y podrá dedicarse a las visitas.

»Dawn acaba de empezar una sesión de dictado; yo terminé la mía hace un momento y vine para darle los buenos días… pero ahora tengo que volver a cumplir con la última parte de mi tarea, así que estaré ausente un poco más de tiempo que Dawn. Y aquí está el beso de Dawn… el primero era mío —Jill le rodeó el cuello con los brazos y aplicó ávidamente su boca contra la de él; finalmente exclamó—. ¡Dios mío! ¿Por qué aguardamos tanto tiempo? ¡Volveré enseguida!

Jubal encontró a unas cuantas personas en el comedor. Duque alzó la vista, sonrió, agitó una mano y siguió comiendo con ganas. No parecía haber pasado la noche en blanco… y en realidad eran dos noches las que había estado sin pegar ojo.

Becky Vesey miró a su alrededor cuando Duque agitó la mano; lo vio y le dijo alegremente:

— ¡Hola, viejo chivo! —cogió a Jubal de una oreja, tiró de él hacia abajo y susurró—. Te he conocido desde siempre, pero… ¿por qué no acudiste a consolarme cuando falleció el Profesor? —y añadió en voz alta—. Siéntate aquí a mi lado y te meteremos un poco de comida en la barriga, mientras me cuentas qué diabólicas conspiraciones has estado tramando últimamente.

—Sólo un momento, Becky… —Jubal rodeó la mesa—. Hola, capitán. ¿Tuvo buen viaje?

—Sin complicaciones. Un paseo tranquilo. Me parece que no conoce usted a la señora Van Tromp. Querida, te presento al padre fundador de toda esta gran hazaña, el único y exclusivo Jubal Harshaw. Dos hubieran sido demasiado.

La esposa del capitán era una mujer alta y sencilla, con los ojos tranquilos de quien ha contemplado el Sendero de la Viudez. Se puso en pie y besó a Jubal.

—Usted es Dios.

—Oh, usted es Dios.

Jubal decidió que sería mejor que se olvidara del ritual. Demonios, si lo decía las suficientes veces, podía perder el resto de los tornillos que le quedaban y creerlo… Selló esta decisión con un amistoso abrazo al capitán y un beso a su esposa. Luego se dijo que la señora Van Tromp incluso podía enseñar a Jill algo sobre el arte de besar. La mujer… — ¿cómo lo había descrito Anne una vez? — concedía al acto toda su atención; no estaba en ninguna otra parte.

—Supongo, Van —dijo—, que no debería sorprenderme de hallarle aquí.

—Bueno —repuso el astronauta—, un hombre que va y viene de Marte tendría que estar en condiciones de parlamentar con los nativos, ¿no cree?

—Sólo alguna conferencia de vez en cuando, ¿eh?

—Hay otros aspectos —Van Tromp tendió la mano hacia una tostada; ésta cooperó—. Buena comida, buena compañía.

—Hum, sí.

—Jubal —llamó Madame Vesant—, ¡la sopa está a punto!

Harshaw volvió a su sitio y encontró frente a sí huevos, zumo de naranja y otras cosas sabiamente elegidas. Becky le palmeó en la pierna.

—Una estupenda reunión de fieles, muchacho.

— ¡Mujer, vuelve a tus horóscopos!

—Eso me recuerda una cosa, querido. Necesito saber el momento exacto de tu nacimiento.

—Oh, nací en tres días sucesivos, a distintas horas. Era un chico demasiado grande; tuvieron que manejarme por secciones.

La respuesta de Becky fue rudamente decidida:

—Lo averiguaré.

—El juzgado se incendió cuando yo tenía tres años. No podrás.

—Hay medios. ¿Te apuestas algo?

—Sigue maquinando cosas en contra mía, y descubrirás que no eres demasiado crecida para escapar de unos azotes. ¿Qué ha

sido de tu vida, muchacha?

— ¿Qué opinas tú? ¿Tengo buen aspecto?

—Saludable. Un poquito ancho en la parte trasera. Te has retocado el cabello.

—En absoluto. Dejé de teñirme hace meses. Tú sí que deberías hacerlo, compañero, para librarte de esas canas. Sustitúyelas con un buen césped.

—Becky, me niego a ser más joven por ninguna razón. He alcanzado la decrepitud por la senda penosa, y me propongo disfrutarla. Deja de parlotear y permite que un hombre coma tranquilo.

—De acuerdo, viejo chivo.

* * *

Jubal estaba a punto de abandonar el comedor cuando entró el Hombre de Marte.

— ¡Padre! ¡Oh, Jubal! —Mike le abrazó y le besó.

Jubal se deshizo suavemente del abrazo.

—Compórtese de acuerdo con su edad, hijo. Siéntese y disfrute de su desayuno. Me sentaré con usted.

—No he venido aquí a desayunar, he venido a verle. Buscaremos un lugar tranquilo y charlaremos.

—Está bien.

Fueron a la sala de estar de una de las suites. Mike tiraba de la mano de Jubal como un chiquillo excitado dando la bienvenida a su abuelo favorito. Eligió un amplio y cómodo sillón para Jubal y se dejó caer en un sofá que había delante y próximo a él. Aquella habitación daba hacia el ala que tenía la plataforma privada de aterrizaje; unas altas puertas vidrieras daban acceso a ella. Jubal se

levantó para cambiar el sillón de sitio de forma que la luz no le diera directamente en la cara cuando miraba a su hijo adoptivo; no se sorprendió mucho, pero sí se irritó ligeramente, cuando el pesado sillón se movió como si su masa no fuera superior a la del balón de un niño; sus manos solamente tuvieron que guiarlo.

Había dos hombres y una mujer en la habitación cuando llegaron. Se marcharon al poco rato, severa, pausada y discretamente. Después de eso quedaron a solas, excepto que a ambos les fueron servidas sendas raciones del coñac favorito de Jubal… a mano, con gran complacencia de éste. Estaba completamente dispuesto a admitir que el control remoto que poseía aquella gente sobre los objetos ahorraba esfuerzos y probablemente dinero — ciertamente en lavandería: su camisa manchada de *spaguetti* quedó en una fracción de segundo tan limpia como si se la hubiera acabado de poner —, y evidentemente era un método preferible a la ceguera automática de los aparatos mecánicos. Sin embargo, Jubal no estaba acostumbrado al telecontrol realizado sin cables ni corriente; era algo que le asombraba, del mismo modo que los coches sin caballos alteraron a los caballos decentes y respetables en la época en que nació.

Duque sirvió el coñac.

—Hola, Caníbal —dijo Mike—. Gracias. ¿Eres el nuevo mayordomo?

—De nada, Monstruo. Alguien tiene que hacerlo, y tienes a todos los cerebros de esta casa esclavizados ante los micrófonos.

—Bueno, habrán terminado dentro de un par de horas, así que podrás volver a tu inútil y lasciva existencia. El trabajo está terminado, Caníbal. Cero. Treinta. Fin.

— ¿Ya está todo ese maldito lenguaje marciano metido en un puño? Monstruo, será mejor que te examine en busca de condensadores fundidos.

— ¡Oh, no, no! Sólo los conocimientos primarios que tengo de él. Que tenía, quiero decir; mi cerebro es ahora un saco vacío. Pero los hombres de frente ancha y despejada como Stinky volverán a

Marte durante todo un siglo para empaparse de lo que yo nunca aprendí. Ya he terminado mi trabajo: unas seis semanas de tiempo subjetivo hasta las cinco de esta mañana, o cuando fuera el momento en que terminamos la reunión, y ahora las personas robustas y firmes podrán terminarlo, mientras yo puedo ver a Jubal sin nada en mi mente —Mike se estiró y bostezó—. Siento una sensación agradable. Concluir un trabajo siempre causa bienestar.

—Antes de que termine el día estarás metido en alguna otra cosa. Jefe, este monstruo marciano no puede tomarlo o dejarlo. Puedo asegurarle que ésta es la primera vez que se relaja un poco y no hace nada desde hace más de dos meses. Debería apuntarse a los «Trabajólicos Anónimos». O debería visitarnos usted más a menudo. Es una influencia benéfica sobre él.

—Dios evite que sea nunca una influencia benéfica sobre nadie.

—Sal de aquí, Caníbal, y deja de decir mentiras sobre mí.

—Mentiras, y un cuerno. Me has convertido en un sincero compulsivo: siempre digo la verdad… y eso es un gran inconveniente en algunos de los lugares que frecuento…

Duque se marchó. Mike alzó su vaso.

—Compartamos el agua, hermano mío padre Jubal.

—Beba profundamente, hijo.

—Usted es Dios.

—Tranquilo, Mike. Paso por eso con los demás, y respondo educadamente. Pero no me venga con ésas. Le conozco desde que «no era más que un huevo».

—De acuerdo, Jubal.

—Eso está mejor. ¿Cuándo empezó a beber por las mañanas? Siga haciendo eso a su edad y pronto habrá arruinado su estómago. No vivirá para convertirse en un viejo borrachín feliz como yo.

Mike contempló su vaso medio vacío.

—Bebo cuando es un acercamiento hacerlo. El licor no me produce ningún efecto; ni a mí ni a la mayoría de nosotros, a menos

que lo deseemos. Una vez dejé que surtiese efecto sin detenerlo, hasta que llegué a perder el sentido. Fue una extraña sensación. Ninguna corrección en ello, asimilo. Sólo una forma de descorporizarse por un tiempo, sin llegar a hacerlo del todo. Puedo conseguir un efecto similar retrayéndome, sólo que mucho mejor y sin ningún daño que tenga que ser reparado después.

—Y más económico, al menos.

—De acuerdo, pero la factura de licores no es casi nada. De hecho, mantener todo el Templo no costaba más de lo que le cuesta a usted mantener nuestra casa. Excepto la inversión inicial y reemplazar alguna que otra cosa, café y pastelillos era casi lo único; nosotros mismos nos procurábamos nuestra diversión. Éramos felices. Necesitábamos tan poco que a veces me preguntaba qué hacer con los ingresos que llegaban.

—Entonces, ¿por qué organizaba colectas?

— ¿Eh? Uno tiene que cobrar algo, Jubal. Los primos no prestan ninguna atención a lo que se les ofrece gratis.

—Lo sabía. Sólo me preguntaba si usted lo sabía también.

—Oh, sí. Asimilo a los primos, Jubal. Al principio intenté predicar gratis, sólo por el placer de hacerlo. Tenía todo el dinero que necesitaba, así que pensé que era lo correcto. No dio resultado. Nosotros los seres humanos tendremos que hacer considerables progresos antes de poder aceptar las cosas gratuitas y valorarlas. Normalmente no les doy nada gratis hasta que alcanzan el Sexto Círculo. Para entonces ya están en condiciones de aceptar… y aceptar es mucho más difícil que dar.

—Hum. Hijo, creo que tal vez debería escribir un libro sobre psicología humana.

—Ya lo hice. Pero está en marciano; Stinky tiene las cintas —Mike miró de nuevo su vaso, dio un lento sorbo—. Nos hemos acostumbrado a tomar algo de licor. Unos cuantos de nosotros: Saúl, Sven, yo, algunos más… nos gusta. Y he aprendido que puedo permitir que surta sólo un poco de efecto; lo interrumpo en ese punto, y así obtengo un acercamiento eufórico muy parecido al

trance, pero sin tener que retraerme. Los daños menores son fáciles de reparar —dio otro sorbo—. Eso es lo que estoy haciendo esta mañana: dejar que me inunde un suave resplandor interno y sentirme feliz a su lado.

Jubal lo estudió atentamente.

—Hijo, no está bebiendo únicamente para mostrarse social; algo le bulle en la cabeza.

—Sí.

— ¿Quiere hablarme de ello?

—Sí, padre, siempre es una gran corrección estar con usted, aunque no me turbe nada. Pero es usted el único ser humano con el que puedo hablar y saber que asimila, y no sentirme abrumado por ello. Jill siempre asimila, pero si se trata de algo que me duele, a ella le duele todavía más. Con Dawn ocurre lo mismo. Patty… bien, Patty puede alejar de mí cualquier angustia, pero a cambio de quedarme con ella. Las tres resultan heridas con demasiada facilidad para que yo pueda correr el riesgo de compartir plenamente con ellas alguna cosa que no asimile y que desee compartir.

Mike parecía muy pensativo.

—La confesión es algo necesario — continuó —. Los católicos lo saben, la tienen… y poseen todo un cuerpo de hombres fuertes para recibirla. Los fosteritas tienen confesiones en grupo, donde las palabras pasan de unos a otros y pierden virulencia. Necesito introducir la confesión en esta Iglesia, como parte de las purificaciones iniciales… Oh, ya la tenemos ahora, pero espontánea, cuando el peregrino ya no la necesita. Necesitamos hombres fuertes para eso. El pecado rara vez está relacionado con la auténtica incorrección… pero «pecado» es lo que el pecador asimila como tal, y cuando uno asimila con el pecador, el pecado puede doler. Lo sé.

»La corrección no es suficiente — continuó, ahora inquieto —, la corrección nunca es suficiente. Ése fue uno de mis primeros errores, porque entre los marcianos corrección y sabiduría son la

misma cosa, idéntica. Pero no sucede así entre nosotros. Tome a Jill. Su corrección era perfecta cuando la conocí; pero pese a todo, estaba confusa interiormente, y casi la destruí, y me destruí a mí mismo también, porque yo estaba tan confuso como ella… hasta que pusimos las cosas en claro. Su infinita paciencia (un rasgo nada común en este planeta) fue lo que nos salvó, mientras yo aprendía a ser humano y ella aprendía lo que yo sabía.

»Pero la corrección sola *nunca* es suficiente. Se requiere también una dura y fría sabiduría para que la corrección alcance la corrección —sonrió, y su rostro se iluminó—. Y es por eso por lo que le *necesito*, padre, tanto como le amo. Necesito confesarme con usted.

Jubal se agitó.

— ¡Oh, por el amor de Dios! Mike, no convierta esto en una producción. Simplemente dígame qué le corroe por dentro. Encontraremos una salida.

—Sí, padre.

Pero Mike no prosiguió. Por último, Jubal dijo:

— ¿Se siente derrotado a causa de la destrucción del Templo? No se lo reprocharía. Pero no está vencido, puede construir uno de nuevo.

—Oh, no, eso no tiene la menor importancia.

— ¿Eh?

—Ese templo era un diario con todas las páginas ya escritas. Había sonado la hora de empezar uno nuevo, antes que escribir encima y estropear las páginas ya llenas. El fuego no puede destruir las experiencias vividas en él, y desde el punto de vista estrictamente publicitario y de la política práctica de la Iglesia, ser arrojados de una forma tan espectacular puede ayudar, a la larga. No, Jubal, el último par de días han sido simplemente una pausa agradable en una ajetreada rutina. No ha representado daño alguno —su expresión cambió—. Pero… Padre, últimamente he averiguado que soy un espía.

— ¿Qué quiere decir, hijo? Explíquese.

—De los Ancianos. Me enviaron aquí para espiar a nuestro pueblo.

Jubal meditó aquello. Finalmente dijo:

—Mike, sé que es usted inteligente. Posee a todas luces poderes de los que yo carezco, y que no había visto nunca. Pero un hombre puede ser un genio y pese a todo sufrir ilusiones.

—Lo sé. Déjeme que se lo explique, y luego decidirá si estoy loco o no. Ya sabe cómo funcionan los satélites de vigilancia que utilizan las Fuerzas de Seguridad.

—No.

—No me refiero a los detalles técnicos que interesarían a Duque; me refiero al esquema general. Circulan en órbita en torno del globo, recogiendo datos y almacenándolos. En un momento determinado se acciona el «Ojo en el Cielo», y el mecanismo emite todo lo que ha captado. Eso es lo que han hecho conmigo. Le supongo enterado de que en el Nido utilizamos lo que se llama telepatía.

—Me he visto obligado a creerlo.

—Lo hacemos. Pero esta conversación es privada, y, además, nadie de nosotros intentaría nunca leerle; no estoy seguro de que pudiéramos tampoco. Incluso anoche el enlace se efectuó a través de la mente de Dawn, no de la suya.

—Bueno, no deja de ser un consuelo.

—Hum, quiero volver sobre ello más tarde. Soy tan sólo un huevo en este arte; los Ancianos son los maestros. Se mantuvieron en contacto conmigo, pero me dejaron a mis propios medios; me ignoraron totalmente. Luego me activaron, y todo lo que yo había visto y oído, hecho, sentido y asimilado brotó de mí y se convirtió en parte de sus registros permanentes. No quiero decir que borrasen las experiencias de mi mente; simplemente pasaron la cinta, por decirlo así, y sacaron una copia. Pero me di cuenta de la activación… y todo hubo terminado antes de que tuviese tiempo de hacer nada por impedirlo. Luego me soltaron, y eliminaron la conexión; ni siquiera pude protestar.

—Bueno… me parece que te utilizaron de un modo más bien despreciable.

—No según sus estándares. Ni yo habría puesto objeción alguna, me habría ofrecido alegremente voluntario… si lo hubiera sabido antes de abandonar Marte. Pero no quisieron que lo supiese; deseaban que viera y asimilara sin interferencias.

—Iba a añadir —indicó Jubal— que, si ahora está libre de esa condenable invasión de su intimidad, ¿qué daño se ha producido? Opino que, si hubieras llevado un marciano auténtico junto a tu codo durante esos dos últimos años y medio, no se habría producido más daño que el de atraer todas las miradas.

Mike estaba profundamente serio.

—Jubal, escuche una historia. Escúchela hasta el final —y le explicó la destrucción del desaparecido Quinto Planeta del sistema solar, cuyas ruinas eran los asteroides—. ¿Y bien, Jubal?

—Eso me recuerda un poco los mitos acerca del Diluvio.

—No, Jubal. Nadie en la Tierra está completamente seguro acerca del Diluvio. En cambio, están seguros de la destrucción de Pompeya y Herculano.

—Oh, sí. Ésos son hechos históricos establecidos.

—Jubal, la destrucción del Quinto Planeta por los Ancianos es tan históricamente segura como la erupción del Vesubio… y está registrada con muchos más detalles. Nada de mitos. Hechos.

—Oh, de acuerdo. ¿Debo entender que temes que los Ancianos de Marte decidan darle a este planeta el mismo tratamiento? Me perdonarás si confieso que me resulta un poco difícil tragármelo.

—Pero, Jubal, no les costaría nada a los Ancianos hacerlo. Lo único que se necesita es un cierto conocimiento fundamental de la física, saber cómo está unida la materia… y el mismo tipo de control que me ha visto usar una y otra vez. Tan sólo se necesita asimilar primero lo que se desea manipular. Yo puedo hacerlo ahora, sin ninguna ayuda. Se elige un fragmento cerca del núcleo del planeta de digamos unos ciento cincuenta kilómetros de

diámetro. Es mucho mayor de lo necesario, pero deseamos hacerlo de una manera rápida y sin dolor, aunque sólo sea para complacer a Jill. Se calcula el tamaño y el lugar, luego se asimila cuidadosamente cómo unir las partículas… —su rostro perdió toda expresión y sus globos oculares giraron hacia arriba.

— ¡Hey! — intervino Harshaw —. ¡Ya basta! Ignoro si puede hacerlo o no, ¡pero no quiero que lo intente!

El rostro del Hombre de Marte recobró la normalidad.

—Oh, no lo haría nunca. Para mí sería una gran incorrección; soy humano.

— ¿Pero no para ellos?

—No. Los Ancianos pueden asimilarlo como una plétora de belleza. No sé. Oh, poseo la disciplina para hacerlo, pero no la voluntad. Jill podría hacerlo también… es decir, podría contemplar el método exacto. Pero nunca desearía hacerlo; también es humana, y éste es su planeta. La esencia de la disciplina es primero la autoconsciencia, luego el autocontrol. Para cuando un humano estuviese físicamente en condiciones de destruir este planeta mediante este método, en vez de cosas tan torpes como las bombas de cobalto… no le sería posible albergar la volición necesaria, lo asimilo plenamente. Se descorporizaría. Y eso pondría fin a cualquier amenaza. Nuestros Ancianos no vagan por aquí del mismo modo que lo hacen en Marte.

—Hum… hijo, ya que estamos buscando murciélagos en su campanario, acláreme otra cosa. Siempre habla usted de esos «Ancianos» con la misma naturalidad con que yo hablaría del perro del vecino… pero a mí los espíritus me resultan difíciles de engullir. ¿Qué aspecto tiene un «Anciano»?

—Bueno, exactamente el mismo que cualquier otro marciano… excepto que hay mucha más variedad en la apariencia de los marcianos adultos que la que hay entre nosotros.

—Entonces, ¿cómo se sabe que no son más que marcianos adultos? ¿Se escurren por las paredes o algo así?

—Cualquier marciano puede hacer eso. Yo mismo lo hice ayer.

—Oh… ¿Resplandecen, o algo?

—No. Uno los ve, los oye, los palpa… todo. Es como una imagen en un tanque estéreo, sólo que perfecta y colocada de forma directa en la mente de uno. Pero… Mire, Jubal, todo este asunto sería una cuestión estúpida en Marte, aunque comprendo que aquí no lo es. Pero si estás presente en la descorporización… en la muerte de un amigo, y luego ayudas a comer su cuerpo… y *entonces* ves su espíritu, hablas con él, le tocas, todo… ¿no creería uno después en los espíritus?

—Bueno… O eso, o creerá que ha perdido el juicio.

—Está bien. Aquí podría ser una alucinación, si asimilo correctamente que nosotros no nos quedamos aquí cuando nos descorporizamos. Pero, en el caso de Marte, la alucinación tendría que ser todo un planeta con una civilización intensa y muy compleja abocado a una alucinación masiva… o de otro modo la explicación más sencilla es la correcta: la que me enseñaron y la que toda mi experiencia me impulsa a creer. Porque, en Marte, los «espíritus» constituyen de lejos la parte más potente, importante y numerosa de la población. Los que aún están con vida, los corpóreos, son los desbastadores de los bosques y los extractores del agua, los sirvientes de los Ancianos.

Jubal asintió.

—De acuerdo. Nunca me echo atrás cuando hay que cortar una rebanada con la navaja de Occam. Aunque esto es una contradicción a mi propia experiencia, lo cierto es que mi experiencia se limita a este planeta… es provinciana. De acuerdo, hijo, ¿está asustado por la idea de que puedan destruirnos?

Mike negó con la cabeza.

—No de un modo especial. Creo… no se trata de asimilación, sino de una simple hipótesis… que pueden hacer una de estas dos cosas: o destruirnos, o intentar conquistarnos culturalmente, transformarnos a su propia imagen.

—Pero, ¿no le preocupa la posibilidad de que nos hagan saltar en pedazos? Eso es un punto de vista más bien distanciado, incluso para mí.

—No. Oh, creo que pueden decidir hacerlo. Verá, según sus estándares, nosotros somos unos seres sucios y tarados… las cosas que nos hacemos los unos a los otros, la forma en que no conseguimos comprendernos recíprocamente, nuestra imposibilidad casi absoluta de asimilar entre nosotros, nuestras guerras y epidemias y hambrunas y crueldades… todo eso es una absoluta locura para ellos. Lo *sé*. Así que pienso que es muy probable que decidan terminar con nosotros por piedad. Esto no es más que una suposición mía; y no soy un Anciano. Pero, Jubal, si se deciden a hacerlo, transcurrirán… —Mike se detuvo y meditó largo rato—… un mínimo absoluto de quinientos años, más probablemente cinco mil, antes de que hagan algo.

—Eso es mucho tiempo para que un jurado tome su decisión.

—Jubal, la mayor diferencia entre nuestras dos razas es que los marcianos nunca se apresuran… mientras que los humanos siempre lo hacen. Ellos preferirán siempre meditar sobre algo un siglo más de la cuenta, o media docena, sólo para asegurarse de que asimilan en toda su plenitud.

—En tal caso, hijo, sugiero que no se preocupe por ello. Si dentro de quinientos o mil años la raza humara no es capaz de manejar a sus vecinos, entonces ni usted ni yo podremos hacer nada. Sin embargo, sospecho que sí podrán hacer algo.

—Eso asimilo, aunque no en su plenitud. Pero ya le he dicho que no estaba preocupado por eso. La otra posibilidad me inquieta más: la de que se trasladen aquí e intenten remodelarnos. Jubal, no pueden hacerlo. Cualquier intento de hacer que nos comportemos como los marcianos acabará con nosotros con la misma seguridad, pero con mucho dolor. Será una gran incorrección.

Jubal se tomó su tiempo para contestar.

—Pero, hijo, ¿no es eso precisamente lo que *usted* ha estado intentando hacer?

Mike no pareció muy feliz.

—Sí y no. Eso es lo que pretendí al principio. Pero no es lo que intento hacer ahora. Padre, ya sé que se sintió decepcionado conmigo cuando inicié esto.

—Era asunto suyo, hijo.

—Sí. Exclusivamente mío. Debo asimilar y decidir a cada punto crítico culminante yo solo. Y lo mismo debe hacer usted… y cada uno de nosotros. Usted es Dios.

—No acepto el nombramiento.

—No puede rechazarlo. Usted es Dios y yo soy Dios, y todo lo que asimila es Dios, y yo soy todo lo que he sido, visto, sentido o experimentado en toda mi vida. Soy todo lo que asimilo. Padre, vi la horrible forma en que estaba este planeta y asimilé, aunque no plenamente, que podía cambiarlo. Lo que tenía que enseñar no podía aprenderse en las escuelas y las universidades; me vi obligado a introducirlo en la ciudad disfrazado como una religión, cosa que no es, e inducir a los primos a saborearlo a través de despertarles su curiosidad y su deseo de diversión. En parte la cosa funcionó exactamente como yo esperaba; la disciplina y el conocimiento estaban al alcance de los demás tanto como lo estaban de mí, que había sido criado en un nido marciano. Nuestros hermanos se llevaban bien juntos; ya lo ha visto, lo ha compartido: viven en paz y felicidad, sin amarguras ni celos.

»Esto sólo ya fue un triunfo, que demostró que estaba en lo cierto. El mayor don de que disponemos es la relación hombre—mujer; puede que el amor físico—romántico sea algo único de este planeta. No lo sé. De ser así, el universo es un lugar mucho más pobre de lo que podría ser… y asimilo nebulosamente que nosotros —que—somos—Dios debemos conservar este precioso invento y difundirlo. La mezcla, la unión real de dos cuerpos físicos, con la simultánea fusión de las almas en un éxtasis compartido de amor, dando y recibiendo y deleitándose mutuamente… Bueno, no hay nada en Marte comparable a eso, y es la fuente de todo lo que hace que este planeta sea un lugar tan intenso y maravilloso; lo asimilo en toda su plenitud. Y hasta que una persona, hombre o mujer, haya

disfrutado de ese tesoro, y se haya bañado en la bendición mutua de tener las mentes enlazadas de un modo tan íntimo como los cuerpos, esa persona seguirá siendo tan virginal y estando tan sola como si nunca hubiese copulado.

»Pero asimilo que usted lo ha hecho; su misma reluctancia a arriesgar una cosa insignificante lo demuestra… y, de cualquier forma, lo sé de forma directa. Usted asimila. Siempre lo ha hecho. Y sin necesidad del lenguaje de la asimilación. Dawn nos explicó que profundizó usted tanto en su mente como en su cuerpo.

—Hum… creo que la dama exagera.

—Es imposible para Dawn hablar sobre esto de una manera que no sea la correcta. Y perdóneme… pero nosotros estábamos allí. En la mente de ella, pero no en la suya… y usted estaba con nosotros, compartiendo…

Jubal se refrenó de decir que las únicas veces en las que había sentido débilmente que podía leer las mentes fueron precisamente en esa situación… y aun entonces no en pensamientos, sino en emociones. Tan sólo lamentaba, sin amargura, no haber sido medio siglo más joven… en cuyo caso sabía que Dawn habría quitado el «señorita» de delante de su nombre y él se habría arriesgado a otro matrimonio, a pesar de sus cicatrices. Y tampoco habría renunciado a la noche anterior ni por todos los años que pudieran quedarle de vida. En esencia, Mike tenía toda la razón.

—Adelante, señor; continúe.

—Eso es lo que debería ser. Pero he ido asimilando poco a poco que raras veces lo era. En su lugar, casi siempre existía la indiferencia, y actos ejecutados de manera mecánica: violación y seducción como un juego no mejor que el de la ruleta, pero con menos posibilidades. Prostitución y celibato, voluntario o forzoso, y miedo y culpa, odio y violencia, y niños educados en la creencia de que el sexo era algo «malo» y «vergonzoso», un acto «animal», y algo que debía ocultarse y de lo que siempre había que desconfiar. Y a esa relación amorosamente perfecta, hombre—mujer, se le daba completamente la vuelta, lo de dentro fuera, y era exhibida como algo horrible.

»Y todas y cada una de esas cosas incorrectas son corolario de los *celos*. Jubal, no podía creerlo. Aún sigo sin asimilar los celos en toda su plenitud; me parecen una demencia, una terrible incorrección. Cuando aprendí por primera vez lo que era el éxtasis, mi primer pensamiento fue que deseaba compartirlo, compartirlo de inmediato con todos mis hermanos de agua… directamente con mis hermanos femeninos e indirectamente mediante la invitación a compartir con mis hermanos masculinos. Si se me hubiera ocurrido la idea de intentar mantener para mí solo las delicias de esta fuente inagotable, me habría horrorizado. Pero era incapaz de pensar en eso. Y en perfecto corolario, no sentí el más leve deseo de gozar de ese milagro con nadie a quien no amara ya, y en quien confiara. Jubal, soy físicamente incapaz de intentar el amor con una mujer que no haya compartido el agua conmigo. Y esto reza para todo el Nido. Es una impotencia psíquica, a menos que el espíritu se fusione como se fusiona la carne.

Jubal estaba escuchando y pensando tristemente que aquél era un espléndido sistema —para los ángeles—, cuando un aerocoche aterrizó en la plataforma privada, diagonalmente frente a ellos. Volvió un poco la cabeza para ver y, cuando los patines de aterrizaje rozaron el suelo, el vehículo se desvaneció: dejó de estar allí.

— ¿Dificultades? —preguntó.

—Ninguna —negó Mike—. Empiezan a sospechar que estamos aquí… que estoy aquí, más bien; creen que todos los demás están muertos. Los del Templo Íntimo, quiero decir. No molestan especialmente a los de los otros círculos… y muchos de ellos han abandonado la ciudad hasta que se calmen las cosas… —sonrió—. Podríamos obtener un buen precio por estas habitaciones de hotel; la ciudad rebosa de visitantes más allá de su capacidad con las tropas de choque del obispo Short.

—Y bien, ¿no es el momento de enviar la familia a algún otro lado?

—Jubal, no se preocupe por ello. Ese coche no ha tenido la menor posibilidad de enviar un informe, ni siquiera por radio. Estoy

manteniendo una firme vigilancia. No existe ningún problema, ahora que Jill ha superado sus conceptos erróneos acerca de la «incorrección» de descorporizar personas que tienen la incorrección en ellas. Solía verme obligado a utilizar todo tipo de recursos complicados para protegernos. Pero Jill sabe ya que sólo actúo cuando he asimilado hasta la plenitud —el Hombre de Marte esbozó una sonrisa juvenil—. Anoche me ayudó en una tarea de poda… y no era la primera vez que lo hacía.

— ¿Qué clase de tarea?

—Oh, sólo una secuela de la fuga de la cárcel. Unos cuantos individuos de los que estaban también encerrados y a los que no podía dejarse sueltos por ahí; eran perversos. Así que tuve que desembarazarme de ellos antes de eliminar los barrotes y las puertas. Pero, durante meses, he estado asimilando lentamente toda esta ciudad, y algunos de los peores no estaban en la cárcel. Así que me mantuve a la espera, redactando una lista, asegurándome hasta la plenitud en cada caso.

»Y ahora que nos marchamos de esta ciudad… ellos dejarán de vivir aquí también. Eliminados. Necesitaban ser descorporizados y enviados de vuelta al pie de la línea, para que vuelvan a intentarlo. Incidentalmente, ésa fue la asimilación que cambió la actitud de Jill, de los escrúpulos a la aprobación entusiasta: cuando asimiló por fin que es absolutamente imposible matar a un hombre… que todo lo que estábamos haciendo se parecía mucho a la decisión de un arbitro que expulsa del campo a un jugador por «dureza innecesaria» en el juego.

— ¿No teme atribuirse el papel de Dios, muchacho?

Mike sonrió con desvergonzada jovialidad.

—*Soy* Dios. Usted es Dios… y cualquier necio al que extirpo, es Dios también. Jubal, se dice que Dios observa a cada gorrión que cae. Y así es. Pero la forma más aproximada en que puede expresarse esta idea en nuestro idioma, es decir que Dios *no puede evitar* darse cuenta de la caída del gorrión porque el gorrión *es* Dios. Y cuando un gato atrapa a un gorrión, ambos son Dios, y realizan los pensamientos de Dios.

Otro aerocoche fue a aterrizar, y se desvaneció antes de tocar el suelo.

— ¿A cuántos jugadores expulsó anoche del campo?

—Oh, a unos cuantos. Alrededor de cuatrocientos cincuenta, supongo; no los conté. Ésta es una ciudad grande, ¿sabe? Pero por un tiempo va a ser también una ciudad inusualmente decente. No es una cura definitiva, por supuesto… no hay ninguna cura, excepto adquirir una férrea disciplina —Mike pareció desdichado—. Y ése es un tema sobre el que debo interrogarle, padre. Temo haberme confundido con la gente que me ha seguido. Con todos nuestros hermanos.

— ¿En qué sentido, Mike?

—Son demasiado optimistas. Han visto lo bien que ha ido todo para nosotros; todos han comprobado lo felices que son, lo fuertes y sanos que se sienten, lo profundamente que se aman unos a otros. Y ahora creen asimilar que sólo es cuestión de tiempo el que toda la raza humana alcance idéntica beatitud. Oh, no mañana; algunos de ellos asimilan que tendrán que transcurrir dos mil años antes de que empiece a cristalizar un experimento así. Pero consideran que finalmente ocurrirá. Y al principio yo opinaba así también. Incluso les incité a creerlo.

»Pero, Jubal, había pasado por alto un punto clave: los humanos no son marcianos. Cometí este error una y otra vez… me corregí… y aún sigo cometiéndolo. Lo que funciona perfectamente para los marcianos no funciona necesariamente con los humanos. Oh, la lógica conceptual que sólo puede expresarse en marciano *sirve* para ambas razas. La lógica es invariable… pero los *datos* difieren. Así que los resultados son diferentes.

»No consigo comprender por qué, si la gente tenía hambre, algunas personas no se ofrecieron voluntarias para ser sacrificadas y que el resto pudiera comer. En Marte esto es algo obvio… y es un honor. Tampoco logro entender por qué los bebés son tan mimados. En Marte, nuestras dos pequeñas serían simplemente arrojadas a la intemperie para que muriesen o sobrevivieran… y en Marte nueve de cada diez ninfas mueren en su primera temporada. Mi lógica era

correcta, pero me había equivocado en los datos: aquí los bebés no compiten pero los adultos sí; en Marte los adultos no compiten en absoluto, la competencia está reservada a la primera niñez. Pero, de una forma u otra, la competencia y la eliminación tienen que producirse… ya que de otro modo la raza iniciaría su decadencia.

»Pero, tanto si me equivocaba como si no al tratar de eliminar la competencia en ambos extremos, últimamente he empezado a asimilar que la raza Humana no va a permitirme hacerlo, sea lo que fuere.

Duque asomó la cabeza en la habitación.

—Mike, ¿has echado un vistazo fuera? Hay una muchedumbre concentrándose alrededor del hotel.

—Lo sé —asintió Mike—. Diles a los demás que la espera aún no se ha llenado.

Se dirigió a Jubal.

— La frase «tú eres Dios» no es un mensaje de alegría y esperanza, Jubal. Es un desafío… y una suposición atrevida y desvergonzada de responsabilidad personal… —su expresión se hizo triste—. Pero rara vez exijo que se acepte. Unos cuantos, muy pocos… sólo los que están aquí con nosotros hoy, nuestros hermanos… me han comprendido y han aceptado lo amargo y lo dulce, se han puesto en pie y lo han bebido… lo han asimilado. Los demás, los centenares y miles de otros, insisten en considerarlo como un premio sin competición, una «conversión», o lo ignoran enteramente. No importa lo que les haya dicho; han insistido en pensar en Dios como algo fuera de ellos mismos. Algo que anhela tomar en brazos a todo imbécil indolente, llevárselo al pecho y consolarlo. La idea de que el esfuerzo tiene que ser suyo… y de que todos los problemas que tienen son obra suya… es algo que no quieren o no pueden albergar.

El Hombre de Marte agitó la cabeza.

—Y mis fracasos son tan superiores en número respecto a mis éxitos que estoy empezando a preguntarme si la asimilación completa no me mostrará que sigo un camino equivocado: que esta

raza *debe* vivir escindida, odiándose los unos a los otros, luchando eternamente entre sí, constantemente infelices y en guerra incluso consigo mismos… sólo para que se produzca el proceso de eliminación que toda raza debe sufrir. Dígame, padre. Debe decírmelo.

—Mike, ¿qué demonios le induce a creer que soy infalible?

—Quizá no lo sea. Pero cada vez que he necesitado saber algo, usted fue capaz de explicármelo… y la plenitud demostró siempre que había hablado correctamente.

— ¡Maldita sea, me niego a esta apoteosis! Pero comprendo una cosa, hijo. Usted fue quien instó siempre a todo el mundo a que no se apresurara… «La espera se llenará», decía.

—Eso es correcto.

—Ahora está violando su propia regla primaria. Ha esperado sólo un poco… muy poco según los estándares marcianos, calculo… y ya quiere arrojar la toalla. Ha demostrado que su sistema puede funcionar para un grupo pequeño, cosa que me alegra confirmar; nunca había visto personas tan felices, sanas y alegres. Eso debería ser suficiente para el poco tiempo en que lo ha realizado. Vuelva cuando haya multiplicado por mil este número, con todos trabajando y felices y no celosos, y hablaremos de nuevo del asunto. ¿Le parece razonable?

—Habla correctamente, padre.

—Pero todavía no he terminado. Le ha estado preocupando el hecho de que, si había fracasado en conseguir más del noventa y nueve por ciento de los éxitos, era porque la raza no podía seguir adelante sin sus actuales perversidades, y entonces habría que hacer una selección. Pero… maldita sea, muchacho, ya ha estado *haciendo* esa selección… mejor dicho, los fracasos han estado haciendo la selección por usted, dejando afuera las personas que no le han escuchado. ¿Había planeado eliminar el dinero y la propiedad?

— ¡Oh, no! Dentro del Nido no los necesitábamos, pero…

—No los necesita ninguna familia que funcione como es debido. La suya solamente es más grande. Pero afuera son necesarios, para tratar con las demás personas. Sam me dijo que nuestros hermanos, en vez de olvidarse del mundo, se habían mostrado más hábiles que nunca con el dinero. ¿Es eso cierto?

—Oh, sí. Hacer dinero es una tarea sencilla, una vez lo has asimilado.

—Muchacho, acaba de añadir una nueva bienaventuranza: «Bienaventurados los ricos de espíritu, porque ellos amasarán la pasta». ¿Cómo se las apaña nuestra gente en otros campos? ¿Mejor o peor que la media?

—Oh, mejor, por supuesto; es algo que ni siquiera necesita asimilar. Verá, Jubal, esto *no* es una fe; la disciplina es, sencillamente, un método para funcionar eficazmente en cualquier actividad que uno elija.

—Ahí tiene su respuesta, hijo. Si todo lo que dice es verdad… y no estoy juzgando; sólo pregunto, y usted contesta… entonces ésa es toda la competición que necesita, y se trata de una carrera ganada por anticipado. Si tan sólo un diez por ciento de la población es capaz de entender la noticia, entonces todo lo que hay que hacer es *mostrárselo*… y en cosa de unas cuantas generaciones todos los estúpidos habrán muerto, y los que gocen de su disciplina heredarán la Tierra. Cuando esto ocurra, dentro de mil años o dentro de diez mil… entonces habrá llegado el momento de preocuparse por crear una nueva valla, para hacer que salten más alto. Pero no tiene que descorazonarse porque sólo un puñado de hombres se hayan convertido en ángeles de la noche a la mañana. Personalmente, nunca me atreví a pensar que lo consiguiese ni siquiera *uno*. Simplemente creí que no iba a hacer usted más que el ridículo al pretender convertirse en predicador.

Mike suspiró y sonrió.

—Empezaba a temer que lo hubiera hecho; me preocupaba la idea de haberles fallado a mis hermanos.

—Me gustaría que lo hubiese denominado «halitosis cósmica» o algo parecido. Pero el nombre es lo de menos. Si uno posee la verdad, puede demostrarla. *Muéstresela* a la gente. Si sólo habla, no probará nada.

El Hombre de Marte se puso en pie.

—Me ha presentado las cosas con claridad, padre. Ahora estoy preparado. Asimilo la plenitud. — miró hacia la puerta —. Sí, Patty, te he oído. La espera ha terminado.

—Sí, Michael.

OceanofPDF.com

37

Jubal y el Hombre de Marte entraron lentamente en la sala de estar con el gran tanque estéreo. Al parecer, el Nido en pleno se había reunido allí para observarlo. Mostraba una densa y turbulenta multitud, apenas contenida por la policía. Mike lo miró también y pareció serenamente feliz.

—Vienen. Ahora es la plenitud.

La sensación de éxtasis expectante que Jubal había sentido crecer desde su llegada aumentó de modo considerable, aunque nadie en la sala se movió.

—Es un auditorio numerosísimo, cariño —admitió Jill.

—Y a punto de entrar —añadió Patty.

—Será mejor que me vista para la ocasión —comentó Mike—. ¿Tienes algo de ropa por aquí, Patty?

—Enseguida, Michael.

—Hijo, esa muchedumbre me parece más bien fea —intervino Jubal—. ¿Está seguro de que ha llegado el momento de enfrentarse a ella?

—Oh, por supuesto —dijo Mike—. Han venido para verme… así que ahora mismo bajaré para ir a su encuentro.

Hizo una pausa mientras algunas prendas de vestir le cubrían el rostro, en su descenso por su cuerpo. Estaba siendo vestido a velocidad de vértigo, con la innecesaria ayuda de varias mujeres… innecesaria, porque cada prenda parecía conocer perfectamente su camino y cómo ajustarse allá donde debía.

—Esta misión tiene sus obligaciones, al igual que sus privilegios: la estrella ha de aparecer para el espectáculo, ¿me asimila? Los primos la esperan.

—Mike sabe lo que está haciendo, jefe —indicó Duque.

—Bien… pero desconfío de las masas humanas.

—Esa multitud está compuesta principalmente por buscadores de curiosidades, siempre es así. Oh, hay unos cuantos fosteritas y varios resentidos… pero Mike puede dominar cualquier multitud. Ya lo verá. ¿No es cierto, Mike?

—Exacto, Caníbal. Atrae un auditorio, luego ofrécele un espectáculo. ¿Dónde está mi sombrero? No puedo salir al sol del mediodía sin sombrero… —un costoso jipijapa, con su vistosa banda de colores, se deslizó y se posó sobre su cabeza; lo inclinó airosamente—. ¡Ya está! ¿Tengo buen aspecto?

Iba vestido con su traje de calle de costumbre, el que utilizaba en los servicios exteriores: bien cortado, meticulosamente planchado, de color blanco, con zapatos a juego, camisa blanca como la nieve y pañuelo lujosamente deslumbrante.

—Todo lo que le falta es un maletín —dijo Ben.

— ¿Asimilas que lo necesito? Patty, ¿debo llevar uno?

Jill se adelantó un paso hacia él.

—Ben estaba bromeando, querido. Tu apariencia es perfecta —le enderezó la corbata y le besó… y Jubal se sintió besado—. Ve a hablarles.

—Sí. Ha sonado la hora de alzar el telón. ¿Anne? ¿Duque?

—Listos, Mike.

Anne se había puesto su toga de testigo honesto — que le llegaba hasta los pies — e iba revestida de dignidad; Duque era exactamente todo lo contrario: se había vestido desmañadamente, con un cigarrillo encendido colgando de la comisura de sus labios, un viejo sombrero echado hacia atrás con una tarjeta en la banda que decía «PRENSA», y al hombro una serie de cámaras y equipo fotográfico.

Echaron a andar hacia la puerta del vestíbulo común a las cuatro suites del ático. Sólo les siguió Jubal; todos los otros, treinta personas o más, siguieron frente al estéreo. Mike se detuvo un instante al llegar a la puerta. Había una mesita auxiliar allí, con una jarra de agua y algunos vasos, un frutero con fruta y un cuchillo.

—Será mejor que no pase usted de aquí —aconsejó a Jubal—, o Patty tendrá que escoltarle de vuelta por entre sus animalitos.

Mike se sirvió un vaso de agua y bebió parte de él.

—Predicar da sed —dijo.

Tendió el vaso a Anne, luego cogió el cuchillo de fruta y cortó un trozo de una manzana. Jubal tuvo la impresión de que Mike se había cortado un dedo… pero su atención se vio distraída cuando Duque le pasó el vaso. La mano de Mike no sangraba y, de cualquier modo, Jubal se había acostumbrado ya a los juegos de manos. Aceptó el vaso y bebió un sorbo, y se dio cuenta de que su garganta también estaba muy seca.

Mike aferró su brazo y le sonrió.

—Olvide sus temores. Esto sólo durará unos minutos. Nos veremos luego, padre.

Avanzaron por entre las cobras que guardaban el vestíbulo y la puerta se cerró tras ellos. Jubal regresó a la sala donde estaban los demás, aún con el vaso en la mano. Alguien se lo retiró; no se dio cuenta, con la mirada fija en las imágenes del enorme tanque.

La gente parecía más densa ahora, se agitaba nerviosa, y lo único que la mantenía a raya eran los policías, armados con porras. Se oían algunos gritos aislados, pero principalmente el murmullo general y localizado de la multitud.

Alguien dijo:

— ¿Dónde están ahora, Patty?

—Acaban de bajar por el tubo. Michael va un poco adelantado, Duque se ha detenido para esperar a Anne. Ahora entran en el vestíbulo. Han reconocido a Michael, están tomando fotos.

La escena en el tanque cambió a un primer plano de la enorme cabeza y hombros de un locutor de aspecto animado y jovial.

— Aquí los equipos móviles de la NWNW, la *New World Network*, transmitiendo en directo desde el lugar donde arde la noticia… Les saluda su reportero Happy Holliday. Acabamos de enterarnos de que el falso mesías, antes conocido como el Hombre de Marte, está saliendo de su escondrijo en la habitación de un hotel aquí en el hermoso St. Petersburg, la Ciudad Que Lo Tiene Todo Para Hacerle A Uno Cantar. Al parecer, Smith está a punto de entregarse a las autoridades. Escapó ayer de la cárcel, utilizando poderosos explosivos que le fueron pasados subrepticiamente por sus fanáticos seguidores. Pero el firme cerco establecido por la policía alrededor de esta ciudad parece que ha sido demasiado para él. No tenemos aún noticias concretas… repito, no tenemos aún noticias concretas… así que sigan sintonizando este canal. Y ahora, unas palabras de nuestro patrocinador local, que les ofrece esta visión en directo del hecho clave de los últimos acontecimientos…

— Gracias, Happy Holliday. ¡Y gracias a ustedes, buena gente que nos están viendo a través de la NWNW! ¿Cuál es el precio del Paraíso? ¡Asombrosamente bajo! Vengan a ver con sus propios ojos los Campos Elíseos, recientemente abiertos para hogar de una restringida clientela. Tierras arrancadas a las cálidas aguas del glorioso Golfo, y cada parcela garantizada como mínimo a medio metro por encima del nivel más alto del mar, y no hace falta más que una pequeña entrada para… Oh, más tarde, amigos… ¡telefoneen al Gulf nueve, dos, ocho, dos, ocho!

— ¡Y gracias a ti, Jack Morris, y a los promotores de los Campos Elíseos! ¡Creo que tenemos algo, amigos! ¡Sí, señor, creo que…!

—Están saliendo por la puerta principal —informó Patty quedamente—. La multitud todavía no ha visto a Michael.

—Quizá todavía no… pero pronto — siguió el relator —. Están contemplando ustedes la entrada principal del magnífico *Hotel Sans Souci*, joya del Golfo, cuya gerencia no es en modo alguno responsable de lo que haya hecho el fugitivo al que se

persigue… La dirección del establecimiento ha colaborado con las autoridades desde un principio, según declaró hace poco el jefe de policía Davis. Y mientras aguardamos el desarrollo de los acontecimientos, les daré a ustedes unos cuantos detalles de la extraña carrera de ese monstruo medio humano, criado en Marte…

La escena en directo fue sustituida por un montaje rápido de imágenes procedentes de documentales. El lanzamiento de la *Envoy*, años antes; la *Champion* ascendiendo por el espacio, silenciosa y sin esfuerzo bajo el impulsor Lyle; marcianos moviéndose por Marte; el regreso triunfal de la *Champion*; una escena de la entrevista falsificada con el falso Hombre de Marte —« ¿Qué opinas de las muchachas de la Tierra?»… «Jesús…» —; una breve toma de la conferencia en el Palacio Ejecutivo; y la muy divulgada concesión de un doctorado en filosofía, todo ello sazonado con rápidos comentarios.

— ¿Ves algo, Patty?

—Michael está en lo alto de la escalera. Tiene a la gente al menos a cien metros de distancia, mantenida por la policía fuera de los terrenos del hotel. Duque ha tomado unas fotografías, y Mike aguarda ahora para darle tiempo a que cambie los objetivos. No hay prisa.

Happy Holliday apareció de nuevo, mientras el tanque ofrecía un barrido sobre la multitud.

— Comprenderán, amigos, que ésta es una magnífica comunidad, hoy en una situación única. Han estado sucediendo cosas extrañas, y a esta gente no le gustan las bromas. Sus leyes han sido burladas, sus fuerzas de seguridad tratadas con desprecio, y la población está legítimamente enfurecida. Los fanáticos seguidores de ese presunto Anticristo no se han detenido ante nada para crear disturbios, en un fútil intento por conseguir que su líder escapase de la red de la justicia que se cerraba a su alrededor. Puede suceder cualquier cosa… ¡cualquier cosa!

Su voz subió de tono:

— ¡Sí, ahora está saliendo… avanza hacia la gente! —la escena cambió, tomada ahora desde un ángulo frontal; Mike caminaba directamente hacia la cámara. Anne y Duque estaban detrás, rezagándose paulatinamente—. ¡Eso es! ¡Eso es! ¡Esto es la apoteosis!

Mike seguía andando, sin prisas, hacia la multitud, hasta que su figura llenó por completo el estereotanque, alcanzando su tamaño natural, como si estuviese en la estancia entre sus hermanos de agua. Se detuvo al llegar al borde del césped de la parte delantera del hotel, a pocos pasos de la multitud.

— ¿Me llamabais?

Le respondieron con un gruñido hosco.

El cielo contenía algunas nubes dispersas; en aquel instante el sol salió de detrás de una, y un rayo de dorada luz incidió sobre Mike.

Sus ropas se desvanecieron. Permaneció erguido ante ellos, con su dorada juventud, vestido solamente con su propia belleza… una belleza que angustió a Jubal y le hizo pensar que Miguel Ángel, en su vejez, habría descendido de su alto andamiaje para perpetuar aquella escena para las generaciones venideras. Mike dijo suavemente:

—Miradme. Soy un hijo del hombre.

La escena se vio interrumpida por una cuña publicitaria de diez segundos, una hilera de bailarinas de *can—can* que cantaba:

Vamos, señoras, laven su ropa

con las burbujas más olorosas!

¡Jabón «Amante» cuida sus manos…

y a la postre les da regalos!

El tanque se llenó de espuma entre juveniles risas femeninas, la escena se fundió y apareció de nuevo el reportaje en directo.

— ¡Dios te maldiga! —medio ladrillo alcanzó a Mike en las costillas. Volvió la cabeza hacia su agresor.

—Pero si tú mismo eres Dios. Sólo tú mismo puedes maldecir… y nunca podrás escapar de ti mismo.

— ¡Blasfemo! —una piedra se estrelló contra su frente, encima del ojo izquierdo; brotó la sangre.

El Hombre de Marte dijo en tono tranquilo:

—Combatiéndome a mí os combatís a vosotros mismos, porque vosotros sois Dios… yo soy Dios… y todo lo que asimila es Dios; no hay otro.

Más piedras le golpearon, desde varias direcciones; Mike empezó a sangrar por distintos lugares.

—Escuchad la verdad. No necesitáis odiar, no necesitáis luchar, no necesitáis tener miedo. Os ofrezco el agua de vida… —de pronto, un vaso de agua apareció en su mano, destelló al sol—… y podéis compartirla siempre que os plazca… y caminar juntos en paz, amor y felicidad.

Una piedra alcanzó el vaso y lo hizo añicos. Otra se estrelló contra la boca de Mike.

Les sonrió a través de sus labios partidos y ensangrentados, mirando directamente a la cámara, con una expresión de anhelante ternura en el rostro. A causa de algún efecto de los rayos solares y la estereovisión, un halo dorado se formó en torno de su cabeza.

— ¡Oh, hermanos míos, os amo tanto! Bebed profundamente. Compartid y acercaos sin fin. Vosotros sois Dios.

Jubal susurró aquellas palabras, repitiéndolas para sí mismo. La escena cedió paso a una cuña de cinco segundos:

— ¡Cueva Cabuenga! El club nocturno con la auténtica niebla de Los Ángeles, importada a diario. Seis danzarinas exóticas.

— ¡Linchadle! ¡Pasad una cuerda de cáñamo por el cuello de ese bastardo!

Una escopeta de pesado calibre disparó a escasa distancia de él, y el brazo derecho de Smith fue arrancado a la altura del codo y cayó. Descendió flotando suavemente hasta la fresca hierba del suelo y quedó allí como descansando, la abierta mano curvada hacia arriba como invitando a los hombres a acercarse.

—Dispárale el otro cañón, Shortie… ¡y apunta desde más cerca!

La multitud rió y aplaudió. Un ladrillo aplastó la nariz de Mike, y más piedras le proporcionaron una corona de sangre.

—La Verdad es simple, pero el Camino del hombre es duro. Lo primero que tenéis que aprender es a controlar vuestro yo. El resto se os dará por añadidura. Bienaventurado el que se conoce y se domina, porque el mundo es suyo y el amor, la dicha y la paz le seguirán allá donde vaya.

Resonó otra detonación de escopeta, seguida por dos disparos más. Uno de ellos, un proyectil del cuarenta y cinco, alcanzó a Mike encima del corazón, astillando la sexta costilla cerca del esternón y abriendo una enorme herida; el escopetazo y la otra bala atravesaron su tibia izquierda, quince centímetros por debajo de la rótula, y el peroné, fracturado y blanco, asomó, destacando sobre la tonalidad amarilla y roja de la herida.

Mike se tambaleó ligeramente y se echó a reír, y siguió hablando, con palabras claras y lentas.

—Vosotros sois Dios. Si sabéis eso, el Camino estará abierto ante vosotros.

—Maldito seas… ¡deja ya de pronunciar el Nombre de Dios en vano!… ¡Vamos, acabemos con él de una vez!

La muchedumbre se abalanzó hacia delante, acaudillada por un tipo valiente que enarbolaba un palo; cayeron sobre Mike con piedras y puños, y cuando se desplomó al suelo, con los pies. El Hombre de Marte siguió hablándoles mientras le pateaban las costillas y aplastaban su dorado cuerpo, le rompían los huesos y le arrancaban una oreja. Por fin alguien propuso:

— ¡Retiraos para que pueda rociarle con gasolina!

La multitud se abrió un poco ante aquella advertencia, y la cámara hizo un zoom para tomar un plano de su cara y hombros. El Hombre de Marte sonrió a sus hermanos y dijo una vez más, en voz baja y clara:

—Os amo.

Un saltamontes incauto aterrizó zumbando sobre la hierba, a pocos centímetros de su rostro; Mike volvió la cabeza y contempló al insecto, que se le había quedado mirando.

—Tú eres Dios —dijo alegremente, y se descorporizó.

OceanofPDF.com

38

Llamas y ondulantes volutas de humo se elevaron y llenaron el tanque.

— ¡Santo Dios! —exclamó Patty, reverente—. ¡Es la mejor apoteosis que se haya hecho jamás!

—Sí —admitió Becky con aire crítico—; ni el propio Profesor soñó nunca con algo que superara eso.

Van Tromp dijo muy quedamente, como si hablara para sí mismo:

—Con estilo. Hábil y con estilo… el muchacho acabó con estilo.

Jubal volvió la cabeza a su alrededor y observó a sus hermanos. ¿Él era el *único* dominado por la emoción? Jill y Dawn permanecían sentadas, cada una con el brazo alrededor de la otra… pero siempre estaban así cuando se hallaban juntas; ninguna de las dos parecía alterada. Incluso Dorcas se mantenía tranquila y con los ojos secos.

El infierno en el tanque se cortó, para dejar paso a un sonriente Happy Holliday, que dijo:

—Y ahora, amigos, dediquemos unos instantes a los Campos Elíseos, que tan graciosamente nos han cedido su espacio… — Patty desconectó el aparato.

—Anne y Duque regresan —indicó—. Les acompañaré a cruzar el vestíbulo y luego almorzaremos.

Se dirigió hacia allá. Jubal la detuvo.

—Patty, ¿sabía usted lo que iba a hacer Mike?

Pareció confusa.

— ¿Eh? Oh, claro que no, Jubal. Era necesario esperar la plenitud. Ninguno de nosotros lo sabía. —se dio la vuelta y salió.

—Jubal… —Jill le estaba mirando—. Jubal, nuestro querido padre… por favor, haga un alto y asimile la plenitud. Mike no está muerto. No puede haber muerto, cuando no se puede matar a nadie. Ni puede estar lejos de nosotros, que siempre le hemos asimilado. «Tú eres Dios».

—«Tú eres Dios» —repitió él, torpemente.

—Eso está mejor. Venga a sentarse con Dawn y conmigo… entre las dos.

—No. No, déjeme solo.

Se dirigió ciegamente a su habitación, entró, cerró la puerta con llave a sus espaldas y se inclinó pesadamente hacia adelante, sujetando con ambas manos los pies de la cama. «¡Hijo mío, oh, hijo mío! ¡Yo habría muerto por ti! Tenías tanto por lo que vivir… y un viejo estúpido al que respetabas demasiado tuvo que soltar sus insensatos ladridos e impulsarte a un absurdo e inútil martirio». Si Mike les hubiese dado algo *grande*, como la estereovisión o el bingo… Pero sólo les había ofrecido la Verdad. O una parte de la Verdad. ¿Y a quién le interesa la Verdad? Se echó a reír entre sollozos.

Al cabo de un rato interrumpió ambas cosas: los amargos sollozos y las risas angustiadas, y rebuscó a tientas en su maletín de viaje. Llevaba consigo todo lo necesario; había guardado en su estuche de tocador una buena dosis desde que el ataque al corazón de Joe Douglas le había recordado que toda la carne es hierba.

Bueno, ahora había llegado su propio ataque, y no podía asimilarlo. Se recetó tres tabletas para garantizarse rapidez y seguridad, las hizo bajar con un poco de agua y se apresuró a tenderse en la cama. El dolor no tardó en desaparecer.

Desde una gran distancia, la voz llegó a sus oídos:

—Jubal…

—Estoy descansando. Que nadie me moleste.

— ¡Jubal! Por favor, padre…

—Oh… ¿Sí, Mike? ¿Qué ocurre?

— ¡Despierte! Todavía no se ha producido la plenitud. Vamos, deje que le ayude.

Jubal suspiró.

—De acuerdo, Mike.

Aceptó la ayuda ofrecida, se dejó conducir al baño, dejó que su cabeza fuera sujetada mientras vomitaba, aceptó el vaso de agua y se enjuagó la boca.

— ¿Ya está bien ahora?

—Perfectamente, hijo. Gracias.

—Entonces iré a atender unos asuntos que tengo pendientes. Le quiero, padre. Usted es Dios.

—Le quiero, Mike. Usted es Dios.

Jubal permaneció un poco más en la habitación, poniéndose presentable, cambiándose de ropa y tomando un trago pequeño de coñac para eliminar el sabor ligeramente amargo que aún tenía en su estómago. Luego fue a reunirse con los demás.

Patty estaba sola en el salón con la caja de parloteos, que estaba apagada. Alzó la vista cuando él entró.

— ¿Almorzará algo, Jubal?

—Sí, gracias.

Ella se le acercó.

—Eso está bien. Me temo que la mayoría se han limitado a comer un poco y han salido zumbando de aquí. Pero todos los que ya se han ido han dejado un beso para usted. Se los entrego, en bloque.

Se las arregló para transmitir todo el cariño delegado a ella cimentado con el suyo propio; Jubal se dio cuenta de que aquel beso le dejaba fortalecido, con la serena aceptación de ella compartida, sin que quedase en su ánimo el más leve poso de amargura.

—Vamos a la cocina —dijo Patty—. Tony se ha marchado, así que la mayor parte de los demás están allí. No es que los gruñidos de Tony mantuviesen a la gente alejada de la cocina, pero… —se interrumpió, y dobló el cuello para intentar mirarse la parte baja de su espalda—. ¿No ha cambiado un poco la escena final? ¿Como si se hubiera ahumado algo, quizá?

Jubal asintió solemnemente y dijo que así lo creía. No podía ver ningún cambio apreciable en el dibujo… pero no era cosa de ponerse a discutir con la idiosincrasia de Patty. Ella asintió.

—Lo esperaba. Puedo ver perfectamente a mi alrededor… excepto la parte de atrás de mí misma. Aún necesito un espejo doble para observar mi espalda con claridad. Mike dice que mi Visión incluirá eso cuando llegue el momento. Bien, no importa.

En la cocina había quizá una docena de personas, sentadas a la mesa y en otros lugares; Duque estaba ante el hornillo, removiendo algo en una cacerola pequeña.

—Hola, jefe. He pedido un autobús de veinte plazas. Es el mayor que puede posarse en nuestra pequeña plataforma de aterrizaje… y lo necesitamos de ese tamaño si queremos llevarnos también los pañales y los animalitos de Patty. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Van a venir todos a casa?

Si faltaban habitaciones las chicas podían dormir juntas, preparar camas en el salón y en algunos otros sitios… y de todos modos, aquella multitud podía distribuirse por parejas. Ahora que pensaba en ello, incluso podía concederse el lujo de no dormir solo; había tomado la decisión de no resistirse. Resultaba agradable tener un cuerpo cálido en el otro lado de la cama, aunque sus intenciones no fuesen activas. ¡Por Dios, había olvidado lo agradable que era! Acercarse…

—No todos. Tim llevará el autobús, nos dejará allí, y luego regresará a Texas por una temporada. El capitán, Beatrix y Sven se quedarán en Nueva Jersey.

Sam alzó la vista de la mesa.

—Ruth y yo tenemos que regresar junto a nuestros chicos. Y Saúl nos acompañará.

— ¿No pueden quedarse antes un par de días en mi casa?

—Bueno, tal vez. Lo hablaré con Ruth.

—Jefe —preguntó Duque—, ¿cuándo podremos llenar la piscina?

—Bueno, hasta ahora nunca la habíamos llenado antes de abril… pero con los nuevos calentadores supongo que la podemos llenar en cualquier época. Sin embargo —añadió—, el tiempo no invita aún; ayer todavía había nieve en el suelo.

—Jefe, permítame que le dé una pista. Este grupo puede caminar con nieve hasta la cadera de una jirafa y no notarlo… y si quieren, pueden nadar. Además, hay formas mucho más baratas de impedir que el agua se congele que esos grandes calentadores de petróleo.

—Jubal…

— ¿Sí, Ruth?

—Nos quedaremos un día, o tal vez más. Los chicos no me echarán de menos… y de todos modos, no ardo en deseos de mostrarme maternal precisamente, sin Patty cerca para llamarlos al orden. Jubal, se dará usted cuenta de que nunca me ha visto tal como soy hasta que me vea en la piscina, con la cabellera flotando en la superficie del agua… y el aspecto de la señora Que Hace lo Que Uno Quisiera Que Hiciese.

—Es un compromiso. Digan, ¿dónde están el Cabeza Cuadrada y el Holandés? Beatrix nunca ha estado en casa… no pueden tener tanta prisa.

—Se lo comunicaré, jefe.

—Patty, ¿podrán sus serpientes soportar durante una temporada un sótano cálido y limpio, hasta que encontremos algo mejor? No me refiero a Cariñito, por supuesto; ella es una persona. Pero no creo que las cobras deban andar sueltas por la casa.

—Claro, Jubal.

—Hum… —Harshaw miró a su alrededor—. Dawn, ¿sabe taquigrafía?

—No la necesita —intervino Anne—. No más que…

—Entiendo. Debí haberme dado cuenta. ¿Escribe a máquina?

—Aprenderé, si usted lo desea —repuso Dawn.

—Considérese contratada… hasta que surja alguna plaza vacante de suma sacerdotisa en algún sitio. Jill, ¿olvidamos a alguien?

—No, jefe. Excepto que los que ya se han marchado se considerarán libres de acampar en cualquier momento en su finca. Y lo harán.

—Lo daba por supuesto. Nido número dos, cuando y como sea necesario —se acercó al hornillo y echó un vistazo al interior de la cacerola cuyo contenido removía Duque. Había una pequeña cantidad de caldo—. Hum… ¿Mike?

—Sí —Duque sacó una cucharada y lo probó—. Le falta un poco de sal.

—Sí, Mike siempre necesitaba algo de condimento… —Jubal se hizo cargo de la cuchara y probó a su vez el caldo. Duque tenía razón: el sabor era más bien dulzón; no le vendría mal un poquito de sal—. Pero asimilémoslo tal como está. ¿Quién queda por compartir?

—Sólo usted. Tony me dejó aquí con instrucciones estrictas para que lo removiese a mano, añadiera agua si era necesario y le esperase. No debía dejar que se evaporarse todo y quemara la cacerola.

—Entonces saca un par de tazas. Lo compartiremos y asimilaremos juntos.

—Ahora mismo, jefe… —dos tazas surcaron el aire y se posaron junto al hornillo, al lado de la cacerola—. Esto es una broma a cuenta de Mike; siempre andaba diciendo que me sobreviviría y que iba a servirme a mí en la comida de Acción de Gracias. O tal vez la broma sea a cuenta mía… porque habíamos hecho una apuesta y ahora no puedo cobrarla.

—Has ganado sólo por negligencia. Repártelo bien.

Duque lo hizo así. Jubal alzó su taza.

— ¡Compartamos!

—Acerquémonos siempre.

Bebieron el caldo despacio, prolongándolo, saboreándolo, glorificando, abrigando y absorbiendo a su donante. No sin sorpresa, Jubal descubrió que, si bien se veía abrumado por la emoción, se trataba de una relajada felicidad que no provocaba lágrimas. Pensó en el torpe y extraño cachorrillo que era su hijo cuando lo vio por primera vez… tan deseoso de complacer, tan ingenuo en sus pequeños errores… y qué orgulloso poder había desarrollado, sin llegar a perder su angélica inocencia. «Por fin te asimilo, hijo… ¡y no cambiaría ni una sola línea!»

Patty le tenía preparado el almuerzo. Jubal se sentó a la mesa y comió con apetito, con la sensación de que habían transcurrido días desde su último desayuno. Sam hablaba:

—Le estaba contando a Saúl que no asimilo ninguna necesidad de cambiar los planes. Sigamos como antes. Si uno dispone de la mercancía adecuada, el negocio sigue desarrollándose y prosperando, aunque el fundador de la firma haya pasado a mejor vida.

—No estoy en desacuerdo —objetó Saúl—. Ruth y tú encontraréis otro templo… y los demás también. Pero necesitamos tomarnos un cierto tiempo para acumular capital. No se trata de revivir un puesto callejero en una esquina, ni nada que podamos montar en una tienda que se haya quedado vacía; requiere instalaciones y equipo. Y eso significa dinero… sin contar los gastos tales como enviar a Stinky y Maryam a Marte, para que pasen allí uno o dos años… y eso es fundamental.

— ¡De acuerdo! ¿Quién lo discute? Esperemos la plenitud… y entonces adelante.

—El dinero no es problema —dijo Jubal de pronto.

— ¿Qué quiere decir, Jubal?

—Como abogado no debería contar esto… pero, como hermano de agua, hago lo que asimilo. Un momento… Anne.

—Sí, jefe.

—Compra ese terreno. El lugar donde lapidaron a Mike. Será mejor que adquieras todo el terreno en un radio de unos treinta metros alrededor.

—Jefe, ese sitio es un parque público. Un radio de treinta metros incluirá algún trozo de calle y una parte de los terrenos del hotel.

—No discutas.

—No discutía. Sólo le señalaba los hechos.

—Lo siento. Venderán. Volverán a trazar esa calle. Demonios, si se les retuerce el brazo adecuadamente, incluso donarán los terrenos… mediante una buena llave administrada a través de Joe Douglas, supongo. Y haremos que Douglas reclame al depósito los restos mortales que queden cuando esos devoracadáveres hayan terminado con él, y lo enterraremos aquí mismo, en este lugar, digamos dentro de un año… con toda la ciudad llorando y los policías que no le protegieron hoy tiesos en posición de firmes.

¿Qué se le podía poner encima? ¿La «Cariátide caída»? No, Mike había sido lo bastante fuerte como para sostener su pilar. La «Sirenita» quedaría mejor… pero no lo entenderían. Tal vez una estatua del propio Mike, justo en el momento en que dijo: «Miradme. Soy un hijo del hombre». Si Duque no tomó una fotografía de aquel instante, la *New World* sí… y tal vez hubiese algún hermano ya, o lo habría en el futuro, con el talento de Rodin para modelar con exactitud la figura, sin estropear la obra con fantasías inadecuadas.

— Lo enterraremos aquí —prosiguió Jubal—, sin ninguna protección, y dejaremos que los gusanos y la suave lluvia lo asimilen. Asimilo que a Mike le gustaría. Anne, quiero hablar con Joe Douglas tan pronto como lleguemos a casa.

—Sí, jefe. Asimilamos con usted.

—Ahora pasemos a otra cosa… —les habló del testamento de Mike—. Así que pueden ver que cada uno de ustedes es por lo menos millonario. Hace tiempo que no calculo las riquezas de Mike, pero estoy seguro de que hay mucho más de un millón para cada uno, incluso después de descontados los impuestos. No hay ninguna cláusula restrictiva… pero asimilo que todos emplearán lo que sea necesario en erigir templos y adquirir cosas similares. Aunque nada impide a nadie comprar yates, si lo desea.

» ¡Ah, sí! Joe Douglas seguirá siendo el administrador de cualquiera que decida dejar el capital para que siga rindiendo sus dividendos, con su mismo sueldo… aunque asimilo que Joe no durará mucho, en cuyo momento la administración pasará a manos de Ben Caxton. ¿Ben?

Caxton se encogió de hombros.

—Puede ir a mi nombre. Pero asimilo que contrataré los servicios de un auténtico hombre de negocios, un tipo llamado Saúl.

—Arreglado entonces. Habrá que esperar algún tiempo, pero nadie se atreverá a intentar seriamente la impugnación del testamento; Mike lo dejó todo muy bien atado. Ya lo verán. ¿Cuánto tardaremos en salir de aquí? ¿Se ha pagado ya la cuenta?

—Jubal —dijo Ben en voz baja—. Somos los *dueños* de este hotel.

* * *

Poco después estaban en el aire, sin sufrir ningún contratiempo por parte de la policía; la ciudad se había apaciguado con la misma rapidez con que se había inflamado. Jubal se sentó en la parte delantera con Stinky Mahmoud, relajado… Notó que no estaba cansado, no se sentía infeliz, ni siquiera le preocupaba la idea de

regresar a su refugio. Hablaron de los planes de Mahmoud de ir a Marte y aprender más profundamente el lenguaje… después, se enteró Jubal complacido, de completar el diccionario, tarea que Mahmoud esperaba realizar en cuestión de un año más de revisión fonética.

Jubal refunfuñó:

—Supongo que me veré obligado a aprender yo también esa maldita jerigonza, aunque sólo sea para enterarme de lo que se dice a mi alrededor.

—Como usted asimile, hermano.

— ¡Bien, maldita sea, no pienso hacerlo siguiendo un programa de lecciones y horas de clase regulares! Trabajaré como me parezca, como siempre he hecho.

Mahmoud guardó silencio unos instantes.

—Jubal, en el Templo utilizábamos clases y programas porque atendíamos a grupos. Pero algunos discípulos recibían atención especial.

—Eso es lo que voy a necesitar.

—Anne, por ejemplo, está muchísimo más adelantada de lo que dice. Con su memoria de recuerdo total aprendió marciano en un abrir y cerrar de ojos, en concordancia directa con Mike.

—Bueno, yo carezco de esa clase de memoria, y Mike no está disponible.

—No, pero Anne sí. Y, por testarudo que sea usted, Dawn puede ponerle en concordancia con Anne, si usted la deja. En cuyo caso no será necesario que Dawn le dé la segunda lección; Anne podrá encargarse de todo. Estará pensando usted en marciano al cabo de unos días, según el calendario… y mucho antes si utiliza la frecuencia de tiempo subjetiva, pero… ¿a quién le importa? —Mahmoud le miró de reojo—. Disfrutará con los ejercicios de precalentamiento.

Jubal se erizó.

—Es usted un árabe ruin, diabólico y lascivo, y además me robó una de mis mejores secretarias.

—Por lo cual me siento en deuda eterna con usted. Pero no la perdió del todo; le dará lecciones también. Insistirá en ello.

—Oh, vaya a buscar otro asiento. Quiero pensar.

Un poco más tarde gritó:

— ¡Primera!

Dorcas avanzó y se sentó a su lado, con el equipo estéreo preparado. Jubal la miró antes de iniciar el trabajo.

—Chiquilla, pareces más feliz que de costumbre. Estás radiante.

Dorcas dijo, soñadora:

—He decidido llamarle «Dennis».

Jubal asintió.

—Apropiado. Muy apropiado —apropiadísimo, aunque la muchacha se sintiera algo confusa acerca de la paternidad del niño, pensó para sí mismo—. ¿Crees que estás en condiciones de trabajar?

— ¡Oh, sí! Me siento grande.

—Empiezo. Estereodrama. Borrador. Título provisional: «Un marciano llamado Smith». Entrada: acercamiento sobre Marte, utilizando filmación de archivo o imágenes concatenadas, secuencia continua, luego fundido a maqueta del punto real donde se posó la Envoy. Nave a media distancia. Animación de marcianos, típicos, con fauna disponible o refotografiada de archivo. Corte a primer plano: interior de la nave. Paciente femenina tendida…

OceanofPDF.com

39

El veredicto que debía dictarse respecto al tercer planeta del sistema solar nunca fue puesto en duda. Los Ancianos del cuarto planeta no eran omniscientes y, a su modo, resultaban tan provincianos como los humanos. Asimilando según sus propios valores locales, incluso con la ayuda de una lógica enormemente superior, llegaron a la certeza — a su debido tiempo — de que captaban una «incorrección» incurable en los atareados, inquietos y pendencieros seres del tercer planeta, una incorrección que requeriría selección y eliminación, una vez hubieran sido asimilados, apreciados y aborrecidos.

Pero, para cuando llegara el momento en que dieran el lento rodeo que enfocaría de nuevo su atención hacia el asunto, resultaría altamente improbable, casi imposible, que los Ancianos fueran capaces de destruir aquella raza compleja hasta lo inimaginable. Era una posibilidad tan remota, que todos aquellos relacionados con el tercer planeta ni siquiera perdieron una milésima de eón en pensar en ella.

Desde luego, Foster no lo hizo.

— ¡Digby!

Su ayudante alzó la vista.

— ¿Sí, Foster?

—Voy a estar fuera unos cuantos eones en una misión especial. Quiero presentarte a tu nuevo supervisor —Foster volvió la cabeza y dijo—. Mike, aquí tienes al Arcángel Digby, tu

ayudante. Sabe dónde está todo aquí en el estudio, y descubrirás que es magnífico capataz para cualquier cosa que concibas.

—Oh, nos llevaremos bien —aseguró el Arcángel Michael, y preguntó a Digby—. ¿No nos hemos visto antes en alguna parte?

—No que yo recuerde —respondió Digby—. Por supuesto, uno ha estado en tantos sitios en tantas ocasiones… —se encogió de hombros.

—No importa. Tú eres Dios.

—Tú eres Dios —respondió Digby.

—Ahorraos las formalidades, por favor —dijo Foster—. Os he dejado un montón de trabajo, y no disponéis de toda la eternidad para ocuparos de él. Cierto, «Tú eres Dios», pero… ¿quién no lo es?

Se fue, y Mike se echó hacia atrás su halo y puso manos a la obra. Podía ver una enorme cantidad de cambios que deseaba hacer…

FIN

OceanofPDF.com

POSFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Por Domingo Santos

Forastero en tierra extraña es un libro con una curiosa y en ocasiones rocambolesca historia a lo largo de sus distintas ediciones en nuestro país, y con respecto a algunas de las cuales me siento en cierto modo ligado. Aparecido originalmente en Estados Unidos en 1961, no fue hasta 1968 cuando un editor de aquí se atrevió a enfrentarse a su publicación en español. El motivo principal de que no se hubiera hecho antes era, por supuesto, su extensión: por aquel entonces la ciencia—ficción era aún un género minoritario, y lo elevado de los costes hacía difícil rentabilizar una obra como ésta, mucho más extensa de lo normal. Además, su temática era lo suficientemente escabrosa para hacer dudar a más de un editor. Por aquel entonces, la nueva Ley de Prensa e Imprenta — promulgada en 1966 — estaba en pleno apogeo. Se trataba de una ley que pretendía ser progresista… con trampa incluida. En principio eliminaba la censura previa, un trámite obligatorio hasta entonces, y la sustituía por un depósito anterior a la distribución — a razón de un día de antelación por cada cincuenta páginas o fracción de texto — para que el ministerio opusiera sus reparos si lo creía pertinente;

si no lo hacía, la publicación — libro, revista, periódico, etc. — podía considerarse aceptada y distribuirse.

Naturalmente, esto era un arma de doble filo; ya que en caso de no autorizarse la publicación, la prohibición de la obra se producía, en todo caso, cuando el libro ya estaba producido y todos los costes de la edición asumidos. Y, por supuesto, la obra prohibida era destruida.

Lo que pretendía con eso la sibilina ley, y lo consiguió en gran número de casos, era sustituir la censura oficial por la autocensura del editor. Muchos editores, ante las dudas y los temores, preferían *expurgar* ellos mismos los libros que publicaban a fin de obviar dificultades, con lo que su censura era más concienzuda y a menudo más profunda que la de los propios censores… aunque, evidentemente, más lógica y racional. Para aquellos libros que podían considerarse *difíciles*, por supuesto, existía un trámite voluntario: la «consulta previa». Esto también era un arma de doble filo, ya que cuando un libro era enviado a consulta previa por iniciativa del propio editor los censores de turno enderezaban las viseras, daban brillo a los manguitos y afilaban los lápices rojos, porque, *evidentemente*, aquel libro tenía que tener *algo*. Y, aunque el texto fuera más inocente que un cuento infantil, ellos *siempre* encontraban algo.

Claro que, aunque el tema fuera delicado, siempre existía la posibilidad de lanzarse, editar el libro y correr el riesgo. De hecho, muchos editores con ideas más o menos progresistas convirtieron precisamente eso en su caballo de batalla, y en este aspecto la Ley de Prensa vio cómo, en muchas ocasiones, le salía el tiro por la culata. Aunque las prohibiciones, sanciones y cierres estuvieron a la orden del día, sobre todo durante los primeros años de vigencia de la ley — había que dar ejemplo —, los estamentos públicos tenían que hilar más fino antes de dejar caer su mano sobre una publicación, y normalmente sólo actuaban con contundencia en casos muy flagrantes, con lo que, lentamente, se fueron ganando posiciones en pro de una mayor libertad de expresión.

Pero nadie podía estar nunca tranquilo, y la dura mano de la Administración podía caer en cualquier momento si el editor se confiaba demasiado. Esto fue lo que ocurrió con Ediciones Géminis y *Forastero en tierra extraña*… y el error fue el fin de la editorial. Se trataba de una editorial pequeña, creada por un grupo de entusiastas del género fantástico y de ciencia—ficción. Por aquel entonces, otros dos locos del género y yo estábamos ultimando los prolegómenos de lo que sería la revista *Nueva Dimensión*, y tuvimos ocasión de colaborar con ellos en la medida de nuestras posibilidades. Alguien — no recuerdo quién — sugirió publicar en español la novela de Heinlein, advirtiendo de antemano que tenía en su haber el ser en Estados Unidos una obra de gran éxito — que había ganado un premio Hugo —, y en su debe su dilatada extensión y lo comprometido de buena parte de su temática. Sobre todo en lo que a religión y política se refería, dos de las vacas sagradas del país por aquel entonces; la tercera, por supuesto, era las Leyes Fundamentales del Movimiento. Pese a todo, los responsables de Ediciones Géminis decidieron lanzarse y correr el riesgo, y nosotros nos santiguamos y les deseamos suerte.

No la tuvieron. A las cuarenta y ocho horas de haber efectuado el depósito previo, la policía se presentó en los almacenes de la editorial y precintó toda la edición, que sería destruida poco después, y de la que sólo podrían salvarse unos escasos ejemplares. Hoy en día son guardados como oro en paño por sus propietarios, y constituyen un preciado artículo de colección. Ediciones Géminis no se repondría de este duro golpe, y moriría poco después.

Casi diez años más tarde, en 1976, ya en plena agonía del franquismo, apareció la segunda edición de *Forastero*… en lengua española. Esta vez fue de la mano de la revista *Nueva Dimensión*, de la que yo era uno de los irresponsables, pero fue publicada en Argentina. La razón de esta maniobra era muy sencilla: la Ley de Prensa aún seguía vigente y, aunque teóricamente había una mayor liberación, los expedientes seguían cayendo con regularidad metronómica y la cosa continuaba sin estar demasiado clara, puesto que seguía sin haber ninguna regla precisa que dijera: «Hasta aquí

puedes llegar, a partir de aquí no». Se importó y distribuyó cierto número de ejemplares en nuestro país, más o menos camuflados, y puede decirse que ésta fue la primera vez que el público pudo leer la novela en nuestro idioma en España.

Más tarde aún, en 1981, una empresa de club del libro, *Discolibro*, hoy también desaparecida, sacó a la venta sólo para sus socios una nueva edición de la novela. Ésa puede considerarse en realidad la primera edición *española* que apareció en nuestro país, aunque estaba destinada únicamente a los miembros del club. Para obviar esto, una editora especializada también en ciencia—ficción y fantasía, *Ediciones Adiax*, publicó el mismo año el libro para el público en general. Sin embargo, en el momento de la edición *Adiax*, una editora de tan corta como turbulenta vida, se hallaba ya en las postrimerías de su agonía, y el libro apenas tuvo distribución; muchos ejemplares se saldaron y desaparecieron rápidamente de las manos de los vendedores; pero la edición era corta y su difusión, evidentemente, fue muy limitada.

Habría que esperar hasta 1986 para que un editor de libros de grandes tiradas, *Ediciones Orbis*, sacara a la calle los cien títulos de su «Biblioteca de Ciencia—ficción» en una edición masiva, y como es lógico incluyera en ella al *Forastero*… Tras todas las vicisitudes anteriores, cabría decir que ésta fue la primera edición que llegó realmente al gran público de habla española: no sólo a un público «del género», sino también a uno mucho más general. Sin embargo, la edición de Orbis estaba encuadrada dentro de una colección de quiosco: se lanzó, se distribuyó, se vendió, se agotó, y nunca volvió a reeditarse.

En 1988, la muerte de Robert Heinlein dio un nuevo giro a la historia del libro. Como explica Virginia Heinlein en su prefacio, el editor original de la novela en lengua inglesa, asustado ante su extensión, hizo que Heinlein redujera el texto en casi una cuarta parte, y así se mantuvieron todas las ediciones hasta después de su muerte, momento en que, visto lo ocurrido, se decidió restablecer su formato original. En Estados Unidos, la aparición a principios de 1991 de la edición *original uncut* del libro despertó un enorme

interés entre el público lector… y un aluvión de ventas, puesto que era la primera vez que el libro aparecía tal como lo había concebido su autor.

La ocasión parecía ideal para efectuar también en España una edición *definitiva*, y el mejor lugar donde podía figurar ésta era quizá la colección «Cronos», de *Ediciones Destino*, dirigida por mí. Sin embargo, como si el libro estuviera sometido a algún tipo de maldición, también esta edición tuvo un paso breve y ocasional en el mercado. En primer lugar, el editor no indicó en ninguna parte del libro que se trataba de la edición definitiva, tal como había sido escrita originalmente por su autor, lo cual hizo que aquellos que tenían ya alguna edición anterior no la compraran creyendo que era la misma que ya poseían, sobre todo teniendo en cuenta su elevado precio. En segundo lugar, su publicación coincidió con la venta de *Ediciones Destino* al grupo *Planeta*; el cambio de política editorial hizo que la colección no tardara en ser suspendida por no cumplir los nuevos requisitos fijados de rentabilidad, y todos los números publicados fueran sumariamente saldados cuando la obra de Heinlein apenas había iniciado su vida comercial. Pese a todo, el interés intrínseco de la obra quedó demostrado en el momento mismo en que fue saldada: *Forastero…* duró menos de una semana en los mostradores de saldo de unos grandes almacenes.

Esto pareció marcar el fin —al menos por el momento— de la edición del libro en lengua española. Y era una auténtica lástima el que, tratándose de una obra importante, ninguna de sus ediciones españolas hubiera tenido continuidad. Porque *Forastero…* no ha sido nunca en España, en toda su vida literaria, un libro de *fondo editorial*. Sus distintas ediciones, más o menos limitadas, han aparecido, se han vendido — muy bien, por cierto —, pero no se han reeditado. Con lo que se ha convertido en nuestro país en una especie de libro «maldito», del que se ha hablado mucho pero que muchas personas no han tenido todavía ocasión de leer.

Pese a lo cual, *Forastero…* ha sido siempre, sin lugar a dudas, un libro de culto. Lo fue ya en los propios Estados Unidos con ocasión de su publicación original, aunque también pasó ciertas

vicisitudes, ya que en un principio algunos editores lo rechazaron por su extensión. Por aquel entonces muy pocos editores se atrevían a correr el riesgo de asumir los grandes costes que representaban las novelas demasiado extensas —baste recordar el caso de *Dune* —, cosa que choca curiosamente con la actitud actual, en la que son precisamente los editores quienes *exigen* a sus autores conocidos una extensión mínima a sus obras. Ganador tras su aparición del prestigioso premio Hugo — el más importante del género —, *Forastero*… siguió una firme trayectoria ascendente que culminó a finales de los años sesenta, cuando se convirtió en el libro de culto de los estudiantes universitarios norteamericanos y en la Biblia de cabecera de buena parte del movimiento *hippy*. Esto acaeció sin duda por sus iconoclastas ideas hacia los poderes establecidos y su planteamiento y defensa de la vida comunitaria, el amor libre y en grupo y un misticismo muy siglo XX. Desde entonces, el libro ha sido uno de los clásicos indiscutidos del género en lengua inglesa, y nunca ha dejado de hallarse presente, en alguna de sus muchas ediciones, en los estantes de las librerías.

La edición *uncut* promovida por la viuda de Heinlein tras la muerte del autor despertó un nuevo interés y revitalizó la obra: casi una cuarta parte del texto suprimido originalmente, ahora recuperado. La pregunta fue desde el principio unánime: ¿significa esto mucha diferencia?

La realidad es que no. Russell Letson, en su crítica del libro para la revista *Locus*, dice textualmente al respecto, después de indicar que no había hallado diferencias apreciables con la edición que había leído hacía quince años:

> *«… así que rebusqué mi edición de bolsillo de Avon de 1962 para ver cómo estaba la cosa, y recomiendo el ejercicio a cualquiera que alguna vez haya gruñido que Heinlein no sabía cómo recortarse a sí mismo. Si alguna vez deseó hacerlo, o si tuvo que hacerlo, son dos preguntas completamente distintas. Las supresiones de la primera página del capítulo primero parecen típicas: una*

frase de cinco palabras del primer párrafo; todo el segundo párrafo — quince palabras —; dos palabras del tercero; y del cuarto largo párrafo siete palabras individuales, una frase de tres palabras, y la sustitución de una frase de cuatro palabras por otra de quince. Oh, y una letra».

Un examen exhaustivo de las dos versiones (me he tomado la molestia de hacerlo), confirma ese juicio a lo largo de todo el libro: nada crucial de la obra fue eliminado en las ediciones anteriores. Los rumores que surgieron entre los aficionados estadounidenses al conocerse la noticia — cuando el libro se hallaba aún en prensa — de que Heinlein se había visto obligado a suprimir páginas enteras a causa de lo atrevido de sus ideas, carecen de fundamento. Ciertamente, fueron suprimidos párrafos enteros, pero todos ellos se incluyen en lo que podríamos llamar «relleno», la ambientación del libro. Contra lo que se dijo también al principio, el editor no cortó ni mutiló nada por su cuenta: fue el propio Heinlein quien efectuó la tarea, y hay que reconocer que lo hizo condenadamente bien, puesto que logró suprimir casi una cuarta parte del texto sin menoscabo alguno de la obra general. Hay frases que evidentemente quedan más redondas tal como las concibió el autor que como fueron finalmente publicadas; otras no. Pero hay que dejar bien sentado que Heinlein, en su obligada poda, consiguió que ningún episodio, detalle, lance o acontecer de sus personajes quedara desvirtuado con las supresiones. Lo cual es una auténtica hazaña.

De todos modos, la libertad del escritor para con la integridad de su propia obra es un derecho sagrado, y ningún editor debería imponerle podas o rectificaciones: el libro será bueno o malo, se publicará o no, pero tiene derecho a hacerlo tal como surgió de la mente de su autor.

Por ello me sentí orgulloso y feliz hace cinco años, después de casi veinticinco de aquella primera y desgraciada edición de Géminis, de poder ofrecer al fin en lengua española, en *Ediciones*

Destino, una edición *completa* y *definitiva* de la obra más importante de Robert Anson Heinlein y uno de los pilares de la ciencia—ficción mundial, tal como surgió de su pluma. En cierto modo, lo consideré un deber y una retribución: durante muchos años me he sentido, a nivel personal, un poco en deuda con este libro. Y por eso también sentí una gran decepción cuando la edición de *Destino* se malogró de una forma tan repentina y absurda, un poco al estilo de todas las anteriores.

Ahora, al fin, *Plaza & Janés* parece haber recogido la antorcha y decidido efectuar una edición realmente definitiva: espero que no sea también perecedera como las anteriores: *Forastero en tierra extraña* no es, nunca lo ha sido, una obra de una sola edición, sino un libro de fondo para que todo editor que se precie lo cuide, mime y mantenga en su catálogo. No se trata de un libro de temporada, como lo ha demostrado de forma fehaciente a lo largo de los años. Estoy seguro de que las ediciones se irán sucediendo, quizá sin prisa pero sin pausa, y que a partir de ahora, aunque sea con retraso, muchos nuevos lectores — y algunos de los antiguos — podrán encontrar sin dificultad la obra en los estantes de las librerías en el momento en que deseen adquirirla y leerla.

Méritos para ello no le faltan.

Domingo Santos

OceanofPDF.com